



Coradino Vega

La noche más profunda



LA NOCHE MÁS PROFUNDA

CORADINO VEGA

Galaxia Gutenberg



Bucarest, primavera de 1945. Un hombre camina por la ciudad medio derruida, en dirección a la universidad, y recuerda. Rumanía cambió de bando a última hora y, en cuestión de meses, ha pasado de ser una dictadura fascista a convertirse en un país controlado por la Unión Soviética. Pero el hombre ha sobrevivido, tanto a la brutalidad antisemita como a los bombardeos de las dos partes. Porque el hombre no es otro que el escritor Mihail Sebastian: judío; amigo, entre otros, de Cioran o Mircea Eliade; miembro de la *intelligentsia* rumana que, bajo la tutela del profesor Nae Ionescu, flirteó con la Guardia de Hierro. Y hasta qué punto las palabras no son también responsables de la barbarie, como la frivolidad, el oportunismo, el mirar para otra parte...

Concebida como una sinfonía, *La noche más profunda* es el retrato de un temperamento concreto, de una manera de percibir la vida, pero a la vez es el friso de toda una época que termina; una novela que va desde las lealtades y traiciones de la amistad y el amor, hasta la gran crisis europea de los años treinta y el horror de sus consecuencias.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© Coradino Vega, 2019

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Imagen de cubierta: Los militares de Rumanía desfilando
ante la estatua del difunto rey Carlos, en Bucarest, 1 de enero de 1940

© Hulton-Deutsch Collection/CORBIS/Corbis via Getty Image

Conversión a formato digital: gama, sl

ISBN: 978-84-17971-23-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a

CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o
escanear

fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Estrella

PRIMERA PARTE

Bucarest, 1945. Pasadas las diez de la mañana, un hombre camina solo, cerca del centro urbano. Es un día luminoso de finales de mayo y a Mihail, que aún no ha cumplido los treinta y ocho años, siempre le han revitalizado los cielos despejados, el aroma de las lilas, la claridad derramándose por las fachadas: el aire tibio que, en lugar de punzarlos como en invierno, ensancha los pulmones y convierte el paseo en un ejercicio liviano. Lleva un traje ligero de estofa clara, con solapas grandes; camisa blanca, el cuello un poco deshilachado, corbata; del bolsillo superior de la chaqueta, le sale un pañuelo a cuadritos azul oscuro, en forma de triángulo. A su alrededor: pillos, lisiados, operarios. El sombrero es de un ala ancha que se le inclina hacia atrás cuando consulta el reloj Anker de su muñeca izquierda. Tose. Todavía es temprano.

La tarde anterior, al cruzar Calea Victoriei, se quedó mirando las ventanas del que fue su piso, su apartamento de soltero, en la octava planta de un bloque moderno.

Aún eran perceptibles los daños. Desde Correos hasta la calle Regală, vio solares derruidos de los que emergían vigas entre los escombros. Y observándolos, Mihail tuvo la sensación de no haber salido del túnel; de que no le remitía la vibración continua; de que no acababa de acomodarse a la luz que se supone llega después de las tinieblas: ese esplendor que viene y se va, intermitentemente, como el de la estrella de su comedia. Por mucho que hubiera sido nombrado consejero cultural del gobierno y la próxima semana vuelva a París, por más que la traducción de sus libros fuese algo casi consumado, y se baraje el estreno de todas sus obras teatrales, e incluso tenga una oferta para escribir guiones en Hollywood, apenas supo reconocer la antigua posibilidad de marcharse a la montaña o a la costa cuando el trabajo se le hacía insoportable. Su olvidada forma de vivir. La impresión de que ciertas cosas se realicen. Miraba el edificio en el que, por las noches, escuchaba a Mozart o a Bach, desde Radio Budapest o Radio Praga, y trataba de adivinar una frase de violín tras pasar la tarde con Leni. No hace tanto. Y,

sin embargo, otra época. Una vida distinta.

Al regresar y mirarse al espejo, se sintió feo, mayor y cansado; el reflejo de un pájaro decrepito con la coronilla desplumada; aunque tampoco es que eso fuera una novedad exactamente. Esta mañana, en cambio, se ha despertado con otro ánimo. Va camino de la universidad, donde dará su primera clase sobre *La comedia humana*, que ha leído entera, volumen tras volumen de La Pléiade.

Cuando prácticamente todo había pasado, la casa de la calle Antim recibió el impacto de una bomba y, hasta hace bien poco, según la terminología de la nueva administración, ha sido un «siniestrado». Lo que son las cosas, piensa Mihail: a última hora, después de sobrevivir a la muerte previa a la muerte, casi acaba aplastado. Pero está vivo. El trino de los pájaros se lo dice, la gente que camina por la calle se lo dice, los escaparates de las tiendas que se desperezan levantando sus persianas metálicas también se lo dicen. Los arcos del parque Cișmigiu, el cielo sin mácula y el trajín de los niños que deberían estar en el colegio y sin embargo no están, son la prueba de que aún se encuentra en el mundo. Hay en esos críos con las cabezas trasquiladas por la tiña una especie de exultación, una jactancia que le grita al más allá que a ellos no los tiene.

Mientras dobla la esquina, le sobresalta un destello: una mujer que se le queda mirando. Y se estremece no porque una joven de cierto atractivo, pequeña y rápida de movimientos, fije los ojos por un segundo en su aspecto enclenque y desahuciado; sino porque la mujer le resulta idéntica a la Nina de hace doce o trece años. En ese instante, pasa por la calzada un camión del Ejército Rojo. Pero él no se detiene a observar como siempre los rostros entre los que le ha parecido ver el perfil del secretario de Ana Pauker. Mihail ha girado la vista para cerciorarse de que la mujer con la que se acaba de cruzar no es Nina, de cuya muerte —como de todo lo que tuvo que ver con ellos desde que estalló la guerra— se enteró casi por casualidad, en diciembre, al encontrarse con Marietta Rareș. Una vez más, con una emoción tan contradictoria como dos olas que reventaran al chocarse en su interior, ve a Nina en el cuartito del pasaje Inmobiliaria sentada a la máquina en la que mecanografió su segundo libro, *Mujeres*, al mismo tiempo que la novela hindú de Mircea, *Maitreyi*; las visitas a la buhardilla en la calle Melodieii; la fuga de Mircea con Sorana; la desesperación de ella al enterarse; el piso del bulevar

Golescu; la boda furtiva en las dependencias municipales de Calea Rahovei; las excursiones a la montaña; los veranos en Breaza; los rosales cubiertos de nieve, desde los ventanales del número 42 de la calle Palade. Al pensar en Nina no puede dejar de pensar en Mircea, y al pensar en Mircea no puede evitar acordarse de Nae. Se ve llegando a casa de Mircea con el rostro lívido, las manos temblorosas, el prólogo de Nae que le tiende a su amigo y cuyas palabras resuenan todavía en su mente: *El Mesías ya vino, Iosef Hechter, y tú no lo conociste.*

—Acaba de dármele. Toma. Léelo. Una tragedia, una auténtica condena a muerte.

A veces aún ocupan su cabeza estos recuerdos amargos, a veces ya no encuentran en su corazón ningún sentimiento, a veces se lo destrozan en pedazos que no pueden reconstruirse. Quién levantará todo lo que se ha venido abajo, escucha en su mente Mihail, y la voz del profesor Durmiși se le superpone por un momento a la de Vișoianu. Quién borrará las palabras que, dichas o escritas desde la negligencia o la frialdad, volvieron el crimen legítimo, heroico. Recordar era una tarea farragosa. Sobre todo, si el lenguaje saturado ya no podía referir. Inmóvil, a medio camino de la parada del tranvía que lleva a la Universidad Libre Democrática, cerca de la iglesia de San Nicolás, Mihail —que hace mucho que cambió su cédula identificativa— mira al frente pero no repara en los coches, ni en las personas que andan, ni en la luz que cae indistintamente sobre las ruinas y las quintas cubiertas de madreSelva. No ve los carteles de propaganda soviética, con las letras del alfabeto cirílico; ni el paso de los vehículos por el bulevar Regina Maria; ni a aquellos que siguen llegando del otro lado del Dniéster, más raquíticos que los primeros, con menos bultos, con la misma forma de arrastrar los pies de quien escapa de una plaga medieval o una maldición bíblica, casi tambaleándose, con todo el dolor y la fatiga que un ser humano puede reunir, criaturas a las que sólo un último gramo de determinación les permite seguir adelante.

Tampoco escucha las voces que le vienen por azar, las bocinas de los autos, las quejas de los mendigos, los reclamos de las vendedoras de flores, las campanillas de los tranvías, los redobles de las iglesias, los zureos de las palomas, el motor del camión militar que ha pasado tan rápido que a punto ha estado de atropellar a alguien. No huele la mezcla de polinización, goma quemada y comida podrida que todavía adensa el aire, bajo un sol que cae

como miel derretida, este calor abrasador, tan extremo en primavera. Está recordando, como si la tuviera ante sí, la mirada enarcada por el afecto y la sorpresa de Mircea, su mejor amigo, mientras lee las palabras *porque la soberbia te puso escamas en los ojos, Iosef Hechter, ¿no sientes cómo se apoderan de ti el frío y las tinieblas?* que había escrito Nae, Nicolae Ionescu, catedrático de metafísica y lógica, y mentor de ambos, de Mircea Eliade y Mihail Sebastian, cuyo nombre al nacer no fue otro que el de Iosef Hechter.

Apenas había pasado una década del prólogo de Nae para *Desde hace dos mil años*, tan polémico o más que su propio libro, y él ya no es un hombre, piensa Mihail, sino un amasijo de recuerdos que caen como hojas de otoño, con los nervios quebrados. Pero mira ese sol, se dice, mira las copas deslumbrantes de los árboles, mira todas esas mujeres yendo de un sitio a otro sin percatarse de la presencia del sujeto que las contempla con los ojos hundidos en dos cuencas de carbón, con su tono de piel macilento, devastado. De vez en cuando vuelan oropéndolas o vencejos: imposible reconocer las motas incoloras que burbujan en la lisura del cielo. Oye a los gorriones alternar el canto con la atención entre el follaje de las ramas, el silbido de las golondrinas que anidan bajo los aleros de las cornisas, su gorjeo sin pena ni amargura. Como ha salido demasiado temprano, ha decidido sentarse en los veladores de un café desierto. Y mientras viene el camarero, Mihail se escruta los zapatos, comprueba con un pinchazo de alerta que no le falta nada en su maletín de piel desgastada: las páginas del curso que él mismo ha escrito sobre Balzac, el ejemplar muy subrayado y con algunas hojas dobladas de *Le père Goriot*, la libreta donde anota lo que no quiere que se le olvide, los documentos que certifican su nombramiento como profesor de literatura universal, la pluma estilográfica, un lápiz bastante gastado, revenido de tanto morderlo por arriba. Los documentos no son necesarios pero Mihail los lleva por si acaso, porque todavía no se cree que le hayan dado ese puesto de trabajo. No le vendría mal un café bien cargado. Porque tiene la cabeza amodorrada y los párpados le pesan igual que el plomo que se le acumula dentro.

Qué queda aún de él, es lo que se pregunta cada mañana cuando se mira en el espejo y asimila las ojeras pronunciadas, la flacidez bajo la mandíbula que dificulta el paso de la maquinilla al afeitarse.

Un desconocido del pasado.

Durante cuatro años ha vivido escondiéndose, en retirada constante, huyendo sin moverse de la misma casa, y a menudo se planteaba qué quedaría de él cuando concluyera la fuga. Yo ya era viejo entonces, piensa Mihail. Y recuerda con socarronería el anhelo de intensidad con el que escribió sus primeros libros, el afán por liberarse del raciocinio y el juego de las ideas, la aspiración de reencontrar la naturaleza primaria y simple de lo humano. ¿No era eso lo que decía Nae en las clases a las que él siguió asistiendo como oyente después de licenciarse, cuando terminaba en la redacción y no tenía ningún caso en los tribunales ni tareas pendientes en el bufete de abogados? Conectar directamente con lo que estaba vivo. Subido a la tarima de un anfiteatro hasta los topes, con el cabello oscuro, las cejas tupidas y las sienes despejadas, Nae clavaba en el auditorio sus ojos metálicos, fulminantes, y era como si atravesara a todos con su fuego interno, con su voz cavernosa y estentórea: gallardo, traje marrón, palomita inglesa: acompasando las manos al discurso mientras despejaba las incertidumbres. Todos creían que escucharle era escuchar algo nuevo. En un silencio sobrenatural, entrecortado por los crujidos de los pupitres llenos de público no universitario, Nae construía la génesis del tema como si entablara un diálogo con cada uno de los presentes, obligándolos a replantearse lo propio, invitándolos a pensar; pedía que no le aplaudieran mientras el reglamento no permitiese también los abucheos; y hablaba de la crisis del mundo moderno, vaya por Dios, de los efectos desvitalizantes del intelecto o la reducción de lo cotidiano al mero automatismo técnico:

—Hay que estar dispuesto a recibir las cosas que tal y como llegan se van. A esperar su solución. A mirarlas sin miedo y perderlas sin desesperarse. Porque la vida es simple. Inmensamente simple.

Y cada vez que Mihail escuchaba aquellas apelaciones con las que Nae cerraba sus conferencias al modo de una sinfonía, y él interpretaba como un alegato a favor de los sentidos, salía de la facultad pesando muy poco, revoloteando igual que un estornino al que acabaran de abrir la jaula de tedio en la que pensaba que transcurría su vida.

Nicolae Ionescu. Nae... Las imágenes resurgen con impertinencia de fantasmas desvergonzados. Después de las clases de Nae, Mihail solía ir al

café Corso junto a los miembros de Criterion: ambiente magnífico, whisky, cócteles, cigarrillos. Lo mucho que sufrió y disfrutó con los placeres y chismes mundanos, y ahora, al mirar a la gente que va de aquí para allá, en vez de sentir nostalgia por la noche, deja que el sol le acaricie la cara y se sorprende agradeciendo el milagro de estar vivo. Ese cielo azul, radiante, nuevo, ¿no se despliega al fin como una promesa? Sonríe al recordar cuánto indignó a casi todos *Desde hace dos mil años*, con sus frases como: «Dejo en libertad al Estado para que me declare buque, oso polar o máquina fotográfica». Muchos de los que integraron la caterva que se rebeló de forma sanguínea contra su novela había pasado por su mesa en el periódico, recordaba Mihail, para pedirle un artículo, un favor o una crítica amistosa; cada uno con sus asuntillos, francachelas y pequeñas influencias; cuando él se decía aún que la vida no tendría mucha gracia sin ellos. No repara en que es la única persona que aguarda a que llegue el camarero de este otro café, bastante más sucio y modesto que el Corso. Entre mujeres encorvadas con pañoletas negras, hombres sin corbata y niños descalzos, se ha fijado en otra joven que lleva un gorro con pequeñas plumas laterales, en sus medias de rejilla y su cintura delgada: una muchacha que aparece por una esquina y enfila el bulevar a toda prisa trastabillando sobre unos tacones muy altos, incongruentes con la hora y el escenario. Entonces el deseo, con toda su sensualidad, lo abrumba de pronto. Un deseo de ropas sueltas, cuerpos desnudos y juventud. ¿Desde cuándo no pasa sus dedos por una espalda femenina? En su otra vida de la que no hace tanto aunque parezca mucho, una joven igual de magnífica vino a recogerlo un día semejante de primavera a la redacción de la *Revista de las Fundaciones Reales*. Llevaba un vestido de sastre gris, similares zapatos de tacón, una cintita al cuello y sombrero celeste. Le preguntó si era verdad lo que había oído: que tenía un amor en Brăila. Él lo negó y pensó pórtate bien, pórtate bien, y luego dijo: «Llámalo prudencia, si quieres. Yo creo más bien que es conocimiento de mí mismo. Lo contrario sería esperar demasiado, cosas que no merezco»; pero la joven le respondió: «Tú no sabes lo que mereces y lo que no, y sobre todo no sabes lo que pueden pensar los otros de ti»; y después dieron un paseo cogidos del brazo por el parque Cișmigiu, y él se sintió ufano de lo guapa que era ella y de cómo los miraba la gente cuando entraban juntos en el cine Regal o el teatro o caminaban por la Avenida, volviendo la cabeza tras su paso, verdes, fucsias, amarillos; y otro día estuvieron en un partido entre el Venus y el Juventus, en las gradas del estadio

desde donde se extendía Bucarest con toda su plenitud, y ella se retrasó porque venía de un ensayo y, en medio del bullicio del fútbol, se le acercó un empresario del teatro y entonces Leni pasó de comportarse con timidez a hablar de forma dicharachera, y Mihail se dio cuenta de que se había acostado con ese hombre o le sobrevino la sospecha, y se vio mal vestido y torpe al lado de una mujer tan llamativa, y después tuvo remordimientos por el ataque de celos y pensó en lo sincera y alegre que solía ser ella, en lo reconfortante que podría ser su amor, sin complicaciones ni dramas, si él no fuera tan difícil ni se le hubiera roto la capacidad para ser feliz de su adolescencia, obsesionado con lo que por aquella época llamaba *adversidades interiores*. Una noche, después de bailar en el Modern, Leni le dijo: «Hay tantas cosas de niño en ti..., y sin embargo estás cansado de la vida»; y Mihail apuntó en su diario que fue un comentario de lo más certero porque resultaba tremenda la calma con la que aceptaba la idea de la muerte.

Adversidades interiores. De la muerte. Qué sabría él entonces de las adversidades y de la muerte.

Pero otras veces no percibía la vida con ese tremendismo contagiado por los libros o las conversaciones intelectuales, y se olvidaba de los achaques a los que tanto contribuían sus lecturas de Proust, y se iba solo o con su hermano Beno al campo o a la playa y rápidamente se sentía joven, pletórico, recuperado, y disfrutaba del aire puro con una fruición que no quería perder, que pretendía que le durase siempre: esa vivacidad mediterránea que, de modo consustancial, también formaba parte de su carácter; ese optimismo irónico, chispa de humor exuberante y alegría de vivir; *chutzpah*, lo llamaban sus mayores. Y cada vez que se escapaba a la costa o la montaña se sobreponía de inmediato a la catástrofe de haberse estropeado para la dicha, a la fatiga que le producía su trabajo de abogado o a la inflamación de sus sentimientos amorosos, y tras dos o tres días de holganza y sol se daba cuenta de que, en efecto, sus aptitudes naturales para reír seguían siendo grandes, y regresaba a sus obligaciones cotidianas como nuevo, sin rastro de la envidia abstracta por la suprema insensibilidad de las cosas o, como escribía por entonces, *por su extrema indiferencia*. Iba a la ópera, o al Ateneo por Pascua, y la temprana sensación de ser un intruso, alguien ajeno a la buena sociedad, un extranjero, se le pasaba en cuanto escuchaba la bóveda sonora que erguían los primeros acordes de *La pasión según San Mateo* y no podía controlar la

emoción que lo hermanaba con el resto del público. Cansado de salir todas las noches y llevar una vida tan disoluta, se quedaba en casa una tarde releyendo *Albertine disparue* para después volver a *Un amor de Swann* y, cuando le sorprendía el alba, ya no sabía si los celos a causa de su relación con Leni eran los suyos, los de Swann o los del narrador Marcel: los del propio Proust. Pero al día siguiente paseaba por el parque Filipescu, desde donde admiraba las casas suntuosas como en las que vivía Roman, el dueño del bufete; o Mihai Ralea; o Aristide Blank; o el príncipe Bibescu, que quizás le resultaba más fascinante porque había conocido a Proust en persona. Pasaban los coches por el bulevar Elisabeta y los veladores estaban llenos de parejas en un día de mayo o junio igual de esplendoroso, recuerda Mihail, y él pensaba en lo sencillo que sería recibir a Leni en su piso de soltero, tirársela, beber un vaso de vino juntos, fumarse un cigarrillo y escuchar un disco en el gramófono o a ella hablar tranquila de sus amantes de antaño; y porque sabía precisamente que para ella él era un hombre más, alegrarse por el simple hecho de verla contenta, con sus pequeños caprichos y frivolidades; aunque si Leni se mostraba demasiado jovial él se sentía de pronto desgraciado, y luego temblaba cuando se iba y sonaba el teléfono, y por las mañanas era soportable no verla pero por las noches, al imaginársela acostándose con uno y con otro, le oprimía el deseo de estar con ella en ese preciso instante.

Otro recuerdo vuelve a él, con la intensidad de una descarga eléctrica: aquel día que estuvieron almorzando en casa de los Blank, antes de la guerra, y Aristide se llevó a Leni aparte, pasándole la mano por debajo de las caderas, y estuvieron hablando no sabe de qué, concertando una cita quizás, porque cuando por la tarde Mihail la telefoneó tras dejarla en su casa, primero le dijeron que estaba durmiendo y después que había salido a hacer un recado; o aquella otra noche, cuando se la encontró por casualidad con Irina en la puerta de la sala Picadilly y, nada más verlo, se excusó un momento y fue a hacer una llamada. Por eso siempre creyó que se había dejado prender como un burro, revive Mihail, en una historia que sabía desde el principio que no conduciría a ninguna parte; después de lo mal que se portó con Jenica, pobre chica; y le ridiculizaba el sentimentalismo con el que se tomaba su relación con Leni: porque sabía que pasaría, que olvidaría, que al cabo de un tiempo todo resultaría insignificante. Pero en aquellos momentos saber no era un remedio, como conocer las fases de una fiebre tifoidea no dispensa a nadie de

sufrirlas, y para desquitarse Mihail se iba a una fiesta después de la ópera vestido de esmoquin, rodeado de mujeres con vestidos largos de seda, y el deleite sofisticado de la noche le duraba aún por la mañana, cuando se echaba a la calle y disfrutaba de la agitación urbana camino de la villa lujosa de otro conocido, entregado por completo a los días de primavera, y en una de esas conoció a una señora venezolana que vivía entre Viena y Hamburgo, que pasaba temporadas en Londres y en París o se marchaba a descansar a su residencia de verano en el norte de Marruecos y, mientras conversaba con ella en francés, se puso a pensar que él malgastaba su vida vegetando entre los dos o tres sitios de siempre, hasta que de pronto intuyó —cuando alguien hizo una alusión disimulada entre sonrisas— que las buenas maneras y el refinamiento no servirían de nada cuando se desvelase lo que la mayoría parecía guardar como un antojo sofocado, como algo natural o latente, como un depósito de agua turbia que sólo precisaba de un resquicio para desbordarse.

Esta mañana sin embargo, Mihail se desveló antes del amanecer y permaneció en la cama con las manos en la nuca, incorporándose sólo cuando tosía, hasta que empezó a notar la luz filtrarse por la ventana. Desde hacía unos meses, desde poco antes de comunicar al nuevo periódico su dimisión, le habían vuelto los sobresaltos. Eran situaciones absurdas, detalles sin importancia, voces que se dirigían a él en conversaciones imaginadas o que lo acusaban directamente. En un primer momento, sin recordar qué había soñado, creyó que estaba en Balcic, que de la cocina venía un olor a café y de la calle llegaban campanadas y voces de niños. Siempre había amado la suavidad de los colores de la playa, su luz cambiante al atardecer y las nubes cremosas que surcaban el cielo. Era una sensación agradable, como si tras los rumores prematuros escuchara el vaivén repetitivo del mar y oliese los jazmines y la glicina, y pensó que no tenía prisa, que podía quedarse acostado un rato más, disfrutando del silencio de las horas iniciales del día, familiarizándose con la cadencia de los sonidos tenues de la mañana. Estaba en un pequeño hotel y tenía una jornada entera para escribir, leer o nadar sin ningún tipo de compromiso. ¿Cómo sería vivir de esa forma todo el año? Pero luego le sobrevino otro acceso de tos y recordó que debía ir a la universidad, y la sensación de encontrarse en Balcic se diluyó inmediatamente; tomó conciencia de las paredes del nuevo piso y la letargia se le agarró de nuevo al pecho:

aquella asfixia que a saber desde cuándo sufría y que, a veces, le duraba hasta bien entrada la tarde. Podía mantener a raya la tristeza, incluso la soledad, pero no aquella agitación persistente, el apremio de comenzar a hacer algo que lo alejara de sus cavilaciones poniéndose enseguida en movimiento. Se levantó bruscamente y se sentó al escritorio. Sacó pluma y papel y empezó la carta para Larry Bachman. Estaba resuelto a aceptar su oferta de escribir guiones para Hollywood. Si con el nuevo orden continuaba sintiéndose desplazado, lo mejor era abandonar el país. Mientras escribía, sin embargo, corroboró lo poco fiable que era la memoria y le invadió de nuevo el deshonor: la culpa de no haber hecho nada o lo suficiente; su pecado de necesidad o silencio; el mismo sentimiento de ligereza y humillación que le había acompañado durante los últimos años. Todos eran responsables; pero los inculpados, quizás menos. Lo hice porque me lo mandaron, repetían las voces que le retumbaban en el cerebro, cómo iba a saber yo entonces que estaba mal, cómo iba siquiera a planteármelo, nadie lo dudaba, obrábamos por el interés de la patria, yo sólo cumplía órdenes, por aquella época el mariscal tenía la última palabra, tampoco es que fuera para tanto. ¿No había que obligarlos a escuchar? A los criminales y a los colaboradores más o menos temerosos; a los confidentes; a quienes guardaron un silencio cómplice o lo justificaron expresamente, tácitamente. Aquella deuda extraña que Mihail no sabía a quién pagar. Aquel deseo de quitarles algo a los verdugos para dárselo a las víctimas, mediante actos sustitutorios sin mucha lógica, cuando el nosotros anulaba al yo y lo único individual que quedaba era la conciencia. Una pequeña minoría los ayudó, una minoría mayor los denunció y estuvo dispuesta a participar incluso, pero los más se mantuvieron al margen y no hicieron nada, exactamente igual que él, en una postura de espera; ver, sobrevivir y soportar; ni colaboracionistas ni partícipes de ningún tipo de resistencia. ¿Dónde estaba la línea de delimitación? Por mucho que intentara reconstruir de forma precisa lo ocurrido, pensaba Mihail, la memoria nada tenía que ver con la exactitud de los acontecimientos; era una invención; operaba de manera independiente y, a menudo, se adentraba por caminos imprevisibles. La piedad y la brutalidad podían existir en el mismo hombre, quería decirle al capitán Bachman, y del mismo modo que comprender no era igual que justificar, conocer tampoco era equivalente a entender de dónde había salido tanto odio. Lo que Bachman o Vișoianu le sugerían era inane. Frente a quienes callarían su culpa para siempre, sólo quedaba aferrarse al

daño. Y eso precisaba otra quiebra, una trampa, habiendo asistido a la muerte de los otros. Inmediatamente después de escribir *A mí me juzgaron no por lo que era sino por el grupo del que me tocó formar parte*, Mihail levantó la cabeza y dio un suspiro. Para qué, se preguntó mientras arrugaba la hoja y la tiraba a la papelera.

Durante su adolescencia en Brăila, la intuición que devino en certeza el día que habló con aquella señora venezolana, apenas había sido un pálido rumor soterrado, un telón de fondo asumido por la costumbre, un bajo continuo amortiguado por la languidez de una pequeña ciudad a orillas del Danubio: que alguien atemperase la voz como si se tratara de una enfermedad vergonzosa; que alguien callara lo obvio; que alguien agregase: «Pero es decente». De hecho, Mihail ni reparó en ello cuando Nae presidió el tribunal de su examen de bachillerato y quedó impresionado por la defensa que hizo de Istrati en contraposición a la poesía de Eminescu. El catedrático llamó a su profesor, el señor Banea, por quien Mihail únicamente podía sentir gratitud y cariño: «Nicolae Ionescu dice que tu tesis es brillante, y que estás loco». Él había escrito su ejercicio achantado por la presencia de aquel hombre a quien había visto cinco años antes justo allí, dando una conferencia sobre la crisis religiosa en Alemania, en el mismo liceo del que lo habían expulsado como alumno por incitar al republicanismo. Nae era una leyenda para los estudiantes de provincias que habían exprimido la enseñanza de los institutos becados hasta el último mililitro. Cuando llegó a Bucarest, Mihail pudo haberle remitido su artículo directamente, puesto que se le ofreció mediante Banea para lo que necesitase, pero revivió su mirada intimidatoria y lo disuadió la posibilidad del ridículo. Un artículo con el primer seudónimo que se le ocurrió. Una gota en el océano. Y sin embargo se lo publicó en *Cuvântul*, el reputado diario próximo al Partido Nacional Campesino, de tendencia socialdemócrata, del que Nae era redactor jefe antes de asumir su dirección. En 1926 o 1927. No lo recuerda bien. De lo que se acuerda con exactitud es que ya iba firmado como MIHAIL SEBASTIAN, y que fue una réplica a otro en el que Mircea Eliade criticaba la ingenua fascinación por la ciencia y el escepticismo de Rémy de Gourmont.

La primera noche en la redacción Mihail esperó intranquilo, lleno de preguntas que sabía que no iba a tener el valor de formular, bajo aquellas

luces artificiales rodeado de los periodistas a los que había leído desde que entrara en el instituto. Nae se le acercó con su sonrisa intrépida, sin sorprenderse por hallar tras aquel sobrenombre al alumno Iosef Hechter, y todas las cosas que le dijo le parecieron a Mihail decisivas, de la forma en que se abre un camino. Al salir a la calle, las farolas de gas, los escaparates y los carruajes se sucedían ante sus ojos de modo desleído, envueltos en la revelación que acababa de vivir intensamente. Habría bastado que el profesor Ionescu hubiera tirado el sobre sin abrirlo, que no hubiese prestado atención a aquel muchacho de diecinueve años embebido de lecturas juveniles, para que su vida transcurriera de manera distinta. «El puesto es suyo.» Un hombre generoso y severo al mismo tiempo, recuerda Mihail, capaz de penetrar en su interior removiéndolo sin condescendencia. «Escriba sobre lo que quiera.» Alguien que comprendía sus dudas y anhelos. Un maestro.

Pero a Eliade no lo conoció hasta 1932, cuando regresó de la India después de pasar cuatro años adentrándose en los misterios del sánscrito y el budismo. Mihail había seguido las *Cartas a un joven provinciano* que Mircea había publicado antes de marcharse en *Cuvântul*: las mismas en las que sostenía que nada, excepto la ausencia de libertad, podía anular el talento creativo; las mismas que derrochaban lo que le faltaba a él: determinación, energía, ingenio. Podía resultar alegre y sombrío, afectado y sincero, pero lo que más asombró a Mihail fue que aunque pareciera mayor con sus gafas de miope atlético, su frente espaciada y mirada brillante, Eliade tenía su misma edad. «Deberías leer a Papini», le dijo apasionadamente el día que se lo presentó Nae. Tartamudeaba después de su estancia en Bhowanipore, como si el idioma materno se le hubiera vuelto un corsé que le impedía unir la vastedad de sus conocimientos. «Hay que leer a Papini»; o: «Balzac y Gide aparte, quien sólo lee literatura francesa sufre de pereza intelectual, de falta de espíritu».

Entre ellos surgió de inmediato una corriente continua. En una época en la que todos iban a hacer el doctorado a París, Mircea se marchó al Himalaya; leía a Kierkegaard y a los sabios orientales; se sabía de memoria los tratados de Nicolae Iorga; devoraba cualquier libro que hablara de los mitos, los rituales arcaicos y el orfismo. Quería saberlo todo y ser capaz de escribirlo todo. Estaba convencido de que la alimentación, la danza, la fertilidad, la agricultura, la medicina, cualquier ámbito, tenía en su origen una función

mágica; de que la razón quemaba la abundancia de la vida; de que la serenidad científica prescindía de lo absoluto. Y se obligaba a dormir poco.

—El tiempo apremia —contestaba cuando le preguntaban si no estaba cansado.

Al escucharlo hablar con aquel nervio que exudaba adrenalina, Mihail se sentía como un principiante rezagado, como si se tuviera que disculpar por algo.

Autenticidad, dictadura positivista, renacimiento, esencia. Con Nae le pasaba algo parecido: ¿acaso no bromeaba demasiado con que Istrati hubiera preferido la lengua de Voltaire a la suya? Mihail consideraba París el centro del pensamiento, recelaba de las tradiciones rumanas y no sabía en qué consistía la hierofanía ni los ritos tántricos; si bien delante de ellos disimulaba, cambiaba de tema o asentía con una admiración entre desazonada e incrédula. Así empezó a ocultarse en la ironía de sus artículos. A diferencia de Mircea, era bajito, esmirriado y todos lo creían más joven. Por aquel juego en el que uno salía de la buhardilla y, al regresar, los otros le leían el retrato que habían escrito a sus espaldas, Mihail supo la opinión que tenían de él: delicado, discreto y atractivo para las mujeres, sólo cuando cogía confianza abandonaba su aire ausente para cobrar cuerpo con su «elegancia natural» y sus «encantos personales».

Mircea vivía en la calle Melodiei, casi al final de la línea 14 del tranvía, junto a la plaza Rossetti. Si Mihail cierra los ojos, puede ver la fachada cubierta de labrusca que no sabe si seguirá existiendo, si habrá sido destruida o permanecerá igual o será lo único que se mantiene en pie como en esos inmuebles de los que sólo queda la parte delantera, sin techo, desventrados, con un testero de la cocina al descubierto en un lateral o un balcón tras el que aún cuelgan las cortinas. Se recuerda entrando en el jardín cercado por un murete de cemento y la verja lanceolada de hierro forjado; los macizos de lilas frondosos; y detrás del bosquecillo de arbustos, al final de la alameda interior cubierta de nieve pisoteada, el banco, la mesa, las sillas de metal teñidas de herrumbre. En la marquesina los esperaba la madre, una mujer absorta con ojos amplios que los escrutaban de arriba abajo, antes de conducirlos a la buhardilla, sin pasar por el salón recargado de cuadros y tapices del que emanaba un olor a clausura y madera antigua. Una alfombra

polvorienta y regia; sillas con pájaros tallados; objetos por los rincones, semejantes a los de una chamarilería. Y arriba: el pequeño tragaluz, la estufa de cerámica. Visiones que aparecen y desaparecen, como hilachas de humo.

Mihail recuerda el clima férvido y, a la vez, de entumecimiento; ese contagio con sabor a polvo; discusiones sobre la nueva generación, las descomposiciones y el sentido. Las paredes de la buhardilla estaban forradas de libros, reproducciones de jeroglíficos, bajorrelieves egipcios; y por todos lados había colecciones de insectos, herbarios, minerales, instrumentos de química. Las cosas de Mircea. De su querido amigo Eliade. Pero por allí iban todos. No habían cumplido con su misión y en su mano estaba hacerlo, decía a menudo Polihroniade.

—Desde luego, quienes no lo harán serán ellos —replicó una tarde Constantin Noica, refiriéndose a los viejos intelectuales.

—¿Habéis visto a algún delincuente expiarse *motu proprio*? —dijo Paul Sterian.

—Por eso Mircea estaba en lo cierto —intervino Polihroniade, en alusión al manifiesto que había publicado Eliade—. Hace falta un vuelco espiritual. Un ímpetu que supere la decadencia de los que nos están aplastando. El hombre unificado, fundido con su prójimo, capaz de crear una comunidad pura.

Mircea contaba que, en esa buhardilla, jóvenes marcados por el desamor y la miseria habían preparado sus exámenes sin desmayo, estudiando sin levantar la espalda del escritorio, como científicos a punto del descubrir el secreto del ser humano. Y lo decía sonriendo, haciendo befa de su pose de pensador, agravando su mirada ecuánime tras sus gafas de carey, tan sólidamente protegida contra las inseguridades. Honestos e idealistas, añadía luego; sordos a las tentaciones de la política y las intrigas; decididos a llevar la luz a las aldeas más remotas luchando contra la ignorancia y la injusticia. La primera generación libre en la historia de Rumanía por mucho que se burlasen de ellos o les pusiesen palos en las ruedas. Los hijos y hermanos menores de los que murieron en la Gran Guerra.

—Ha de explotar, ha de explotar sin falta —decía Cioran.

—¿El qué? —le preguntó una vez Mihail.

—Todo.

Hombre nuevo, cambio, destino, voluntad, redención, ascesis, nosotros, ellos. Palabras y más palabras. Borracheras de palabras con toda su

simulación, toda su ingenuidad y toda su arrogancia. Palabras a borbotones, pronunciadas desde un cojín o apoyados en una viga con un tono de insolencia y órdago. Palabras centelleantes, desdeñosas, trémulas. Mihail las oía y se acordaba de su infancia en Brăila: de las repisas llenas de bibelots de su abuela, de la pequeña caja de plata que su madre escondía en el sinfonier de su dormitorio, de la quietud del cielo estrellado y el aroma de la dama de noche y los juegos con los otros niños en la calle, medio desnudos, en verano. Allí, con el golpeteo de las botas alemanas en los adoquines, había crecido y empezado a soñar con el futuro. Mientras, en la cajita de plata de su madre, que guardaba una almohadilla perfumada de lavanda, habitaban las tardes húmedas de noviembre, cuando las acacias se volvían tristes y la lumbre de la chimenea traía el consuelo de abrir la puerta y comprobar que todos estaban en casa.

Aquello le hacía pensar que por mucho que la crisis económica arreciara y los escándalos de corruptelas y represión policial tambaleasen el sistema parlamentario (como no se cansaba de denunciar el propio Mihail en sus artículos de prensa), él era un producto de la posguerra: de la naturalización impuesta por la Sociedad de Naciones a cambio de Transilvania, Bucovina y Besarabia; de la igualdad ante la ley; del sufragio universal; de la Constitución de 1923; de la reforma agraria, la instrucción pública y la libertad de expresión: de la mejora ostensible, aunque a todas luces insuficiente, de las condiciones de vida para un grupo más amplio de personas. ¿No llamaban a Bucarest el París del Este? ¿No eran esos los cimientos en los que se basaba la Gran Rumanía? Mircea en cambio había crecido en la villa de la calle Melodiei, desde donde probablemente habría ido al Ateneo o al Círculo Militar de pequeño, en compañía de su padre, un capitán de Moldavia condecorado en la guerra del que casi nunca hablaba. Cada vez que hubiera paseado por sus bulevares, cualquier día de primavera con los albaricoqueros y castaños en flor, podría haber comprobado el desarrollo urbano: las avenidas anchas con edificios neoclásicos, las mansiones señoriales, los porches *art nouveau*, los pisos cada vez más altos, los tranvías nuevos que sustituían a los tirados por caballos, los parques en los que los verdes se superponían unos a otros, los cines, los teatros, los espectáculos de varietés, los primeros grandes almacenes, los restaurantes de camareros con frac, la iluminación eléctrica, la construcción de viviendas sociales, la universidad en

la que habían empezado a entrar los hijos de los campesinos, la silueta moderna del Palacio de Comunicaciones. Sin embargo, las pocas veces que Eliade se refería a su adolescencia, era para mostrar su rechazo a los años de enseñanza en el liceo, a la obligatoriedad académica que cercenaba las aspiraciones que sólo alentaba su madre, y a la hipocresía burguesa de todo lo que representaba su padre, a quien Mircea parecía culpar de cuanto simbolizaba el Partido Liberal de la familia Brătianu y de quien, paradójicamente, había heredado la disciplina de trabajar en sí mismo. Pero no era un pedante circunspecto; a lo mucho, le faltaba sentido del humor; tenía conciencia de su liderazgo y su sagacidad gozaba de la simpatía de todos.

—Digáis lo que digáis —soltaba si la conversación se enrevesaba—, lo más importante es que el hombre sea feliz y que con su felicidad haga feliz a los otros.

Mihail, por su parte, asistía en silencio a las reuniones de amigos en las que Eliade oficiaba de *prima donna*, con una mueca de estupor que a menudo se convertía en una sonrisa entre provocadora y cándida, sin sentirse preocupado, encogiéndose de hombros, como si siempre estuviera en otro sitio. Y en cierto modo así era. Se había fijado en una mujer de rasgos exangües y zapatitos planos que vivía en el último piso del inmueble donde *Cuvântul* tenía sus oficinas, en el pasaje Inmobiliaria. Al caer la noche, la veía regresar por la cristalera de la redacción en la que los teléfonos y las máquinas de escribir seguían sonando. A veces coincidían en el ascensor y ella siempre miraba al suelo o fijaba la vista en la placa que enumeraba las empresas foráneas, agencias de viajes y compañías de seguros que había en cada planta. Mientras, él la observaba e interpretaba sus gestos: una joven tozuda, que intentaba pasar desapercibida para que nadie la molestase, golpeada quizás por la vida, grácil si lograba interceptar su mirada por encima del abrigo pasado de moda que solía abrocharse hasta el cuello.

Una tarde se la encontró en el tranvía, se presentó deferentemente, y no paró de insistir hasta que ella aceptó una taza de chocolate en el bar al que los periodistas iban después del cierre. Mihail recuerda su jersey esmeralda ceñido por un cinturón, la boina que dejaba al descubierto tres cuartos de melena corta, el hielo de la timidez, su desconfianza. Mirándola desde el otro lado de la mesa, se dio cuenta de que no era guapa, sino que la embellecía una suerte de reprimido entusiasmo. Acostumbrado a las muchachas indolentes de

Brăila o al jolgorio de las modistillas de su barrio, no conocía a nadie que escuchara con tanta atención, como si clavase las pupilas en cada palabra que oía, en cada detalle por mínimo que fuera. No fue hasta la tercera o cuarta cita cuando supo que era madre soltera de una niña de seis años, que sabía escribir a máquina, y que no encontraba nada que le proporcionara un ingreso extra para completar su sueldo de empleada en la Compañía de Teléfonos.

—¿Y qué hace por las noches?

—Leer —respondió Nina.

Entonces quedaron en que le entregaría algunos manuscritos y, un día, se atrevió a llevarla a la buhardilla de Mircea:

—Ésta es la señorita Mareş —dijo Mihail con su mezcla de pesar y retranca—. Y no sólo estaría dispuesta a mecanografiar vuestro rigor intelectual puro, sino también a haceros la crítica a la que nadie se ha atrevido.

Aunque todos sonrieron, Nina fue acogida con la indulgencia amable y reservada de quienes daban por hecho que, por muchas lecturas que emprendiese aquella mujer de mirada perspicaz, nunca sería uno de ellos. Eran los tiempos en los que iban los domingos a jugar al voleibol al jardín de la bailarina Floria Capsali. La época en la que pasaban juntos las vacaciones de verano en los Cárpatos. A veces se les añadían Vulcănescu, Max Blecher antes de que la enfermedad lo paralizase, Petru Comarnescu; Marietta Sadova con Haig Acterian; actrices como Lilly Popovici, Sorana Tzopa o Marietta Rareş. Haig tenía la tez de un moreno mate y el rostro, de una lánguida belleza oriental; mientras que el aspecto de Marietta Sadova era tan frágil y bondadoso que parecía la extensión de su carácter. Mihail se desplazaba a menudo con ellos desde Breaza a Sinaia, donde se unían a los otros. Trabajaban por las mañanas y después se bañaban en aguas heladas: oxígeno puro, paseos por el bosque, atardeceres dorados. Algún enclave remoto en el que reinaban las conversaciones que no excluían otras delicadezas. Por la noche se sentaban alrededor del fuego y discutían sobre asuntos que rápidamente trasladaban a lo íntimo. Ni se daban cuenta de lo que disfrutaban juntos. Y a Mihail esa permisividad le hacía revivir las vacaciones de su niñez. La misma efervescencia. La misma puerta abierta. Mircea se tomaba el amor como una debilidad que le vedaba sus «experiencias decisivas» o le

interrumpía «el trance de la escritura», y cada vez que hablaba con Mihail del matrimonio, ambos lo dramatizaban. Sorana en cambio les recriminaba que se negaran a aceptar las cosas con naturalidad, adoptando clichés que secaban la savia de la vida.

—Todos vivís en las nubes —decía aquella joven tan alta que, siempre que pronunciaba la palabra «vida», parecía hacerlo con mayúsculas—. No entendéis nada: yo amo el mundo entero, yo amo la Vida.

Mircea miró a Mihail con complicidad y replicó sonriendo:

—Entiendo una flor, entiendo el universo, entiendo a la mujer que quiero.

Una de esas noches Comarnescu propuso organizar en la Fundación Carol, a la vuelta del verano, un ciclo de conferencias y debates. Les pidió a cada uno mil lei para alquilar la sala, imprimir los programas y pegar los carteles. Las ideas brotaron de prisa. Y así nació Criterion.

Lo lejano se funde con lo reciente: imágenes, ecos, confesiones distorsionadas que se pierden en los espacios en blanco. El camarero le ha traído el café y un ejemplar de *România Liberă*. Y a Mihail le basta un vistazo a la portada del periódico para sentir la misma repulsa que le produjo la presencia en la redacción del emisario de Zhdánov y Vishinski. Pero ya está acostumbrado a que el ánimo se le transmute igual que cambia la luz conforme cae la tarde. El día que quedó para almorzar con Rossetti, Zilber y Vișoianu, hace sólo unos meses, tras la calma que le produjo la calidez del restaurante con su olor a comida y a madera barnizada, no hubo nada que no lo hiriese: el rostro tumefacto del cerillero que se les acercó a la mesa; la piel cetrina del *garçon* que les trajo los platos; la cara muy maquillada de una mujer que bebía sola, al acecho de una mirada furtiva. Las siluetas de sus amigos le habían parecido inverosímiles, en medio del juego de sombras que orquestaban las lámparas y los comensales en las paredes, al trasluz que lo había mostrado todo bello por un instante. Porque de repente, del mismo modo que un peatón que pasase por la calle y se detuviera a contemplarlos desde el otro lado de la ventana, los vio reír y pedir más vino disfrutando de una vida que ahora, sentado en la terraza del café, a Mihail vuelve a parecerle grotesca con todo su monótono ajeteo de comer y beber y despertar, de ir y venir o quedarse quieto.

Tuvo que ser a mediados de septiembre y, cuando Zilber y Rossetti se

marcharon, aún llovía. El sonido del agua mientras cerraban la puerta le hizo recordarse aupando a Nina con Mircea, cada uno de un brazo, para que no se mojara los zapatos, entre el pestañeo de los anuncios luminosos, la histeria de los taxis y el chaparrón bañando los tejados. Casi una década después, a la vuelta de la última cena que compartieron en la calle Călărași, Nina se acordó también ante la mirada desmañada de su hija Giza: «Venga, subidme. ¿Recordáis cómo se hacía?». Un intento forzado por revivir la emoción del tiempo en que, cuando estaban los tres solos, lo ordinario no contaba; las relaciones con el resto se desvanecían; todo pasaba sin adherirse, como una gota de mercurio por un cristal pulido, mientras el núcleo ardiente permanecía con ellos.

A la espera de que se enfríe la taza, que tiene más de achicoria que de café, Mihail está incurriendo en las mismas cavilaciones de siempre, las antiguas y las nuevas, listas para saltarle encima, todas juntas. Había oído las voces de Rossetti, Zilber y Vișoianu como si vinieran de muy lejos: la lluvia repiqueteando en la cristalera; la mano que no acertaba a manejar el tenedor, que no atinaba a alcanzar la copa de vino, como si entre las cosas que veía y él se alzara una hoja de metal opaca, los objetos todos ahí y él aquí, mirándolos de uno en uno, de igual modo que la última noche que pasó rodeado de cajas en su apartamento de Calea Victoriei, asombrándose de su inhabilidad para establecer una relación con ellos.

Sin embargo, afuera el crepúsculo incrementaba la humedad que había dejado la lluvia limpiando el aire, que tenía una transparencia aguda que reverberaba en las cosas como en las aristas del cuarzo, después de aquel día templado que declinaba de manera irremediable. La luz naranja se deslizaba por las fachadas del bulevar Brătianu y había una perfección en las gotitas sobre los coches, en las farolas recién encendidas, en la calzada brillando de forma similar al lomo de una foca; la maravilla de lo concreto; una especie de liviandad tangible o de nacimiento dispuesto a borrar el olor a destrucción que aún revoloteaba en el ambiente y que se desmoronaba con cada palabra. Mihail recuerda que había sentido estupor al oír el sonido de su nombre. Cuánto tiempo hacía que no lo escuchaba en voz alta. Si nadie te llama en público por tu nombre, poco a poco dejas de existir. Recluido en su silencio cobarde y huraño, había perdido la costumbre de aparentar, convertido su miedo en pereza.

Él mismo había dicho algo al salir a la calle, cogido del brazo de Vișoianu, y percibió las palabras que brotaron de la boca de su amigo como las de otro. Entonces, en la acera, tuvo una visión nítida: la imagen de Adán y Eva que había visto no recordaba dónde; una miniatura en la que Dios los señalaba, colgado del cielo, expulsándolos del paraíso mientras el dedo de Adán acusaba a Eva. El hombre y la mujer estaban sentados, flotando ingrávidos, en una postura parecida a las de las figuras de Matisse; al fondo, unos árboles garabateados como culebras; y de nuevo Dios, que señalaba a Adán, y Adán que señalaba a Eva.

Dos mil años después de la invención bíblica de esa escena, pensó Mihail, de las alcantarillas salían bolcheviques que se habían dado la gran vida con los alemanes, tratando de sacudirse el hedor a cloaca, buscando contactos, reinventándose. El mismo coro, con distintas máscaras. Los que celebraban cada bando del Ejército Rojo como antes habían vitoreado los partes triunfales del mariscal Antonescu. Esos bandos estaban redefiniendo la libertad, dijo Vișoianu. Y Mihail, que había sobrevivido al derrumbamiento de la bestia, no necesitaba que nadie le explicara qué significaba ser libre; ese algo insondable, irse sin más planes que los propios; no una reivindicación o una idea, sino un deber estructural: la palabra «libertad» que suena tan grandilocuente cuando no se tiene o los envidiosos de las hormigas se revuelven contra ella.

Había cambiado la sustancia del miedo, se daba cuenta Mihail. Ahora temía no tener fuerza para empezar otra vez. Porque desde que se suponía que era libre sentía un dolor nuevo, puede que más vasto, semejante a una atrofia o un desvanecimiento, a un torpor que le impedía desempeñar ningún papel entre tanta incertidumbre. De ahí que se negara a aceptar lo que decía Vișoianu mientras caminaban bulevar abajo:

—Se trata de la misma tristeza de Varsovia al inicio de la ocupación. De Praga. Algo inasible en el clima humano. Un aura de infelicidad y parálisis interior. La calle es gris; la gente, taciturna.

La voz de Vișoianu.

—Nadie sonríe en público. Todos te miran mudos, acusándote, con una desconcentración que denotan la frente inclinada o los ojos desorbitados. Apenas se ven hombres, sólo mujeres que pretenden ilusamente parecer coquetas. También hay cooperativas, tiendas provisionales con escaparates

compartidos: a la derecha, los víveres racionados; y, a la izquierda, medias junto a clavos y martillos.

Constantin Vișoianu era un hombre sin prejuicios. Tantos años destinado en el servicio diplomático lo habían convertido en un conversador con razones convincentes. Había presenciado el fracaso del espíritu de Locarno, la conferencia de desarme y el desplome de la Sociedad de Naciones. Y contaba que en Moscú vivían cuatro o cinco personas en un cuartucho, que una pastilla de jabón costaba 130 rublos.

—Tienen conciencia de su gran victoria, que sin duda es admirable, pero al mismo tiempo les irrita que no les tomen en serio. La comisión ha sido incapaz de cambiar ni una coma del armisticio. De vez en cuando Mólotov nos preguntaba: «¿Qué se les había perdido a ustedes en Stalingrado?».

Vișoianu no había dicho nada delante de Rossetti y Belu Zilber, y a Mihail le habría gustado contestarle: no sigas, por favor, ¿por qué me lo cuentas a mí y no a ellos?

—Yo creo en la libertad, igual que tú. Y allí la gente tiene miedo de decir no. Nuestra necesidad de ir con la URSS es indiscutible, pero el contacto se hace difícil. Las conversaciones son incomprensibles, como si nadie expresara lo que piensa. La vida de ese país es una conspiración contra la verdad. Por las ventanas apenas se ve alguna bombilla que lloriquea. Que hay mucha miseria lo ve mejor quien llega desde fuera. Están pasando hambre. Y no sólo por culpa de la guerra.

Mihail estuvo a punto de asentir con tal de que se callara; se notaba acometido por una especie de ira: derrumbado, hueco. Sólo quería descansar. Estaba harto de las componendas y de las ideas. ¿Por qué había aceptado que le postulasen para consejero cultural del ministerio? ¿Quién volvería a hablar de música o de poesía? ¿Quién podía mencionar la belleza sin que lo miraran con desprecio o condescendencia? A lo que él aspiraba era a sentir una mañana blanca, inmensa, en la que todo permaneciera inmóvil y transparente. A fundirse en su silencio petrificado.

—Vivi, tú eres un hombre de la vieja Europa —dijo sin embargo—. Del imperio austrohúngaro —añadió con un amago de sonrisa—. Para ti el confort y la cortesía son costumbres arraigadas. Pero ellos han construido un régimen para los trabajadores —y al decir esto sintió cómo le asolaba de nuevo la vergüenza—. Un mundo sin lujos superficiales.

—Cuando los rumanos reocupamos Besarabia, los rusos ya habían hecho su trabajo. Fueron ellos quienes enseñaron a las SS cómo limpiar el terreno. Los alemanes respetaban la propiedad privada, lo que no respetaban era a quien la poseía. Los soviéticos no respetan ni una cosa ni la otra.

—Mi hermano me contó el otro día un chiste: Isaac estaba leyendo el *Stürmer* en el gueto y, cuando Shlomo le preguntó por qué leía aquel pasquín, le respondió que le subía el ánimo porque decía que los judíos eran ricos y controlaban el mundo. También nos identificaron con los bolcheviques... ¿No es fabuloso ser comunista y plutócrata al mismo tiempo?

—Sí, pero tú no eres un bolchevique. No lo has sido nunca y tampoco podrás serlo ahora. Para ellos, sólo serás un contrarrevolucionario que antepone el individuo al bien colectivo. Un burgués. Y la posición del comunista ante el burgués es indeclinable: que pague, que sufra, que reviente.

—Bolchevique, burgués... Estoy acostumbrado.

—Pues un fascista rumano.

Mihail tosió: qué hago aquí con este hombre, quién es; y yo que respondo a sus preguntas y acepto su ayuda, yo quién soy. También se le pasó por la cabeza el lenguaje que habían empezado a emplear los editoriales de *România Liberă*, mientras se hizo un silencio que cayó como un peso y una paz simultánea. Si las aves que pasaban por el cielo se quedaran quietas y el planeta se detuviera en ese punto de su órbita. Una suspensión. Quizás los efectos de aquel resfriado mal curado, o de su incomodidad y renuencia.

—Creo que entiendes perfectamente lo que quiero decir —dijo Vișoianu.

Y si era así, ¿para qué seguir hablando? ¿Quién podía hablar después de lo que había pasado?, divagaba Mihail. Dios lo señalaba con el dedo y él se limitaba a señalar a otro, encogiéndose como si lo atravesara un hierro.

—Tal vez nos engañemos al creer que nuestra ansia de libertad es la misma que tienen otros —dijo en cambio—. Todos necesitamos que nos tranquilicen. Nosotros hablamos de una libertad de pensamiento que proteja el derecho a estar solo.

—Precisamente. Para Stalin no existen esos matices. Acuérdate de Bujarin. Si permitieran la libertad de prensa durante veinticuatro horas, lo que sabrían nuestros marxistas los haría retroceder de espanto. O no, tampoco estoy seguro. En cualquier caso, la verdad dejaría el no sé si deplorable o ingenuo *Retour de l'URSS* de Gide como lo que realmente es: el testimonio de

una vieja. Te lo digo sinceramente, en cuanto el avión despegó de Moscú experimenté un gran alivio. No hubo un momento en que no me sintiera impelido por aquella pregunta que te lanzan a la cara en cuanto se formula la objeción más tímida: «¿Libertad para qué?». Me asfixiaba esa atmósfera de objetividad política, obligación social y santurronería. De no poder ser una persona privada. Ellos persiguen un ideal excelso, pero yo prefiero un poco de bajeza: un número de revista, un traje de moda, esas puerilidades que allí están prohibidas en aras de lo necesario. Porque yo me pregunto: ¿para conseguir tan poco han sido imprescindibles tantos crímenes? ¿Cómo puede el amor al pueblo llevar al extremo de sacrificarlo? Qué curioso que nuestros nuevos comunistas no quieran probar su paraíso yéndose a vivir a la Unión Soviética. Me gustaría creerte, pero tengo la sensación de que incluso tú dices lo que quieren que digamos.

Lo que él quería sin embargo, pensó Mihail, era volverse hacia Vivi y estrecharlo en un abrazo. Vișoianu repetía a menudo que, antes de elegir entre el bien y el mal, quizás fuera mejor decantarse por lo preferible en vez de lo detestable. Y mientras, a él, en septiembre de 1944, aún le seguía escociendo el aguijonazo de la duda: los rusos le habían devuelto la libertad, se decía Mihail, y eso era lo único que le importaba. Pero en el fondo había vuelto a hablar con soberbia. Pensaba en los saqueos de los soldados soviéticos, en su fijación por los relojes, en las violaciones de mujeres, en las sonrisas rudas e infantiles de los que pasaban montados en los camiones: en todo lo que Rumanía se merecía con creces. Pensaba en las cosas que se dijeron en Criterion, en lo fácil que fue no saber lo que nunca deseó saberse, en que cada palabra tuvo consecuencias. Y se preguntaba: ¿por qué todos los jóvenes que se consideran inteligentes creen? Tal vez porque en ellos aún quedaba algo que no se había adormecido. Pero él ya no era joven. Cada uno de los últimos cuatro años lo había agostado como una década. Y por más que en algún momento hubiera llegado a envidiar a quienes sí la tenían o aparentaban tenerla, siempre careció de ese tipo de fe.

Había hecho falta demasiada gente dispuesta a identificar a su vecino como enemigo, a considerar aceptable el asesinato gratuito. Y ahora tocaban los linchamientos públicos, las ejecuciones sumarias y la justicia retributiva. Payasos. Comedia. Palabras. No había mañana que Mihail dejara de preguntarse por qué no estaba muerto: por qué otros sí y tú no. Miraba a

Vișoianu y recordaba cuántas veces se había dicho que si quería volver a mirarse al espejo sin que se le cayera la cara de vergüenza, no debía llorar; que podía apretar los puños, darse cabezazos contra la pared si era preciso, pero no dejarse arrastrar por la voluptuosidad de haber sido tratado injustamente. De qué servía decir nada. Quiso abrazar a Vivi aunque por pudor, o por falta de costumbre, no lo hizo. Los ojos de Vișoianu brillaban en la distancia, suplicantes, y Mihail no sabía si eran esquirolas a punto de apagarse o piedras titilando en el desierto.

En Criterion se hablaba. Demasiado. En público y en privado. Confundiendo un plano y otro alegremente. Al principio, con ponderaciones; después, a dentelladas. Tanto en el auditorio de la Fundación como en el café Corso. En el primer debate, Eliade, Vulcănescu y Sterian deliberaron sobre el psicoanálisis, el aforo lleno, la gente entrando y saliendo por las galerías, sentándose en las escaleras. Llamaron a los bomberos y Comarnescu se subió a una mesa para anunciar que la charla se repetiría días más tarde. Y la visión de Mircea Eliade diciendo que Freud delataba la repulsión hebraica por la idolatría. El público prorrumpió en un fuerte aplauso. Pero Mircea era así de excesivo: prefería brillar a ser justo. Sólo en Bucarest se vieron obligados a repetir el coloquio tres veces; y luego en provincias, en salas mal iluminadas, con el alcalde a la cabeza, estudiantes y barro dentro de los locales.

Mihail recuerda también cómo el día de Gide cruzaron el vestíbulo escoltados. Un centenar de jóvenes habían irrumpido en la sala y les dificultaban el paso. *Huliganii*, húligans, revoltosos, bárbaros. Así les gustaba que los llamasen. Hombres nuevos. Aún puede oír sus cánticos. No querían montar ningún escándalo, le dijeron a Comarnescu, sólo asegurarse de que allí no se hacía apología del comunismo. Sin embargo, en cuanto la sesión dio comienzo, empezaron a vociferar y la ponencia acabó suspendiéndose. A partir de ese momento la policía no sólo se empleó en controlar al público: vigilaba también, según el atestado de la denuncia, las «influencias nefastas» y las «ideas subversivas» de los conferenciantes. Y cada debate terminaba en caos. Como cuando le tocó a Mihail hablar sobre Charlie Chaplin. Alguien se puso en pie y gritó: «¡Un judío va a hablarnos de otro judío!». Entonces, en medio del escenario, dando un paso al frente, Mihail rompió las hojas que llevaba y dijo con voz temblorosa:

—Tenía intención de hablarles de ciertos aspectos de la obra de Charlot, pero alguien ha pronunciado la palabra «judío». Así que lo mejor será que os hable como judío del judío Charlot.

La sala aplaudió clamorosamente y Mihail improvisó una conferencia sobre la soledad en las películas de Chaplin, comparándola con la del gueto: el sentido cómico judío no era más que otra forma de su sentimiento trágico de la vida; ¿hacía falta hablar de la sátira que rebotaba como una bala hacia los suyos?; Sholem Aleijem, Chagall o Chaplin habían sabido traer a la literatura, el arte y la mímica la crueldad de una risa que no engañaba a nadie y, menos aún, a ellos. Al finalizar, los asistentes no paraban de agitar las palmas y de aclamarle. Algunos se pusieron en pie para hacerlo con más entusiasmo. Entre bambalinas, los miembros de Criterion estaban eufóricos. Nina le recibió saltando de alegría y echándose en sus brazos. Y más tarde, en el primer piso del Corso, Mircea:

—Ha sido lo más inteligente. Una buena estrategia.

Quizás ahí empezara todo, piensa Mihail mientras demora el café y hojea el periódico, en el encumbramiento de la inteligencia y la estrategia. ¿No era lo que se había propuesto al fin y al cabo al dejar *România Liberă*? Reconstruir con calma, al margen de la farsa y los ajustes de cuentas, su examen de conciencia. *Para mi querido Mihail, por su generosidad y confianza.* En el coloquio sobre Lenin intervinieron Belu Zilber, Vulcănescu y Polihroniade. Como invitado, Zilber logró convencer a Lucrețiu Pătrășcanu, por entonces secretario general de un Partido Comunista sin apenas militantes que, cada dos por tres, entraban o salían de la cárcel. Mihail piensa: cuánta prisa se han dado en olvidar todos los que ahora corren a sacarse el carné que, ante una Besarabia amenazada por Rusia, consideraban a los comunistas lacayos de los judíos, antirrumanos. Polihroniade fue vitoreado por la mitad del público cada vez que mencionó la necesidad de una revolución nacionalista, pero cuando dijo que el Estado burgués no era más que un cadáver que debía ser enterrado de inmediato, aplaudieron y rieron tanto sus seguidores como los de Pătrășcanu.

A Mihail le duele como un picotazo la tarde que le tocó hablar de narrativa rumana y criticó a los novelistas más reconocidos del momento, aludiendo también a Felix Aderca, que presidía la mesa. «Le tengo mucho apego a mis

aversiones críticas, las cuales he formulado siempre sin ningún rodeo», se acuerda ahora de que escribió en su refutación de los ataques recibidos por *Desde hace dos mil años*. Él respetaba en cambio a Aderca. Valoraba su trabajo. Pero como pertenecía a la generación a la que sus amigos tenían especial inquina, lo despreció sin contemplaciones. En la universidad, de la gente como Aderca, de los escritores responsables de la ausencia de futuro de los más jóvenes, se decía que había que llevarlos al paredón. No les perdonaban su afrancesamiento impostado ni su connivencia con el nepotismo balcánico. Los prebostes. Las vacas sagradas que se oponían al relevo. Ellos mangoneaban en las facultades, el mundo de la cultura; acaparaban las tribunas. Y en Criterion pensaban que constituían un tapón que había que hacer volar. Incluso algún tiempo después, a cuenta de la polémica en torno a la acusación de pornografía que sufrió Eliade por *La señorita Cristina*, Cioran escribió en *Vremea* —en referencia a Nicolae Iorga— que el abismo entre los jóvenes y los viejos se había vuelto tan hondo en Rumanía, que era necesario hacer lo que fuera para superar esa «dictadura reumática»; añadiendo que la única salvación pasaba por otra masacre de San Bartolomé que apuntara a quienes encarnaban esa decrepitud. Empeñados en regenerar el país, ¿nadie reparaba en que los efectos de las palabras pudieran ser literales?

Tampoco él, se lamenta ahora Mihail, en aquella charla sobre literatura. Mientras decía que si el estilo de esos escritores no fuera tan pobre la novela rumana se habría elevado a una mayor altura estética, sin atreverse a girar el rostro hacia un Aderca que debió de ir demudando el suyo conforme lo escuchaba, recuerda que no dejó de mirar a Mircea con una especie de tic nervioso. Y otro remordimiento: cuando arremetieron contra el apego de Comarnescu por los Estados Unidos, y éste aceptó con bondad los argumentos orientales de Eliade pero, al oír las ironías francesas de Mihail («los turistas americanos pasan tan impasibles por los cuadros del Louvre como un charcutero al lado de un ángel»), no paró de revolverse en su silla hasta que se puso en pie, tambaleándose, y se marchó del estrado.

—Calmaos, por favor —le dijo luego Nina a Mihail, con una mirada tierna.

A veces se quedaba pensativa y permanecía de lado: su boina trazaba una sinuosa diagonal que orillaba la ceja izquierda y caía sobre la mejilla derecha, sonrojada por el paso del frío al calor, hasta el lóbulo de la oreja. Era como si

sonriese a sus pensamientos apoyando el mentón con la mano, al tiempo que él la contemplaba y sentía la misma alegría que cuando miraba un cuadro. Sin saber cómo ni por qué, se citaban menos a solas. Lo más común era que quedaran para almorzar también con Mircea. Y el día que Eliade leyó su tesis acerca del yoga, escuchando sus exhortos sobre el chamanismo y la alquimia, sentados a uno y otro lado de Nae, estaban Mihail y Nina Mareş.

Sin embargo una tarde que Mircea se marchó después de comer, Nina se mostró más segura y tranquila, como si se hubiese quitado un peso de encima. Mihail jamás olvidaría sus dedos aprehendiendo las migajas del mantel con parsimonia. Durante el almuerzo había permanecido retraída, lanzando de vez en cuando miradas esquivas, y fue entonces, conforme se dejaba arrastrar por la embriaguez de la sobremesa, cuando le contó que se había casado muy joven con un oficial que pronto ascendió a coronel en Besarabia y con quien tuvo a Giza; que, tres años más tarde, se enamoró de un teniente guapo y culto, y aquello supuso un escándalo dentro del ejército; que, como su marido se negaba a otorgarle el divorcio, ella se marchó de casa con la niña. El padre del teniente era un general de gran reputación y mandó a su hijo a París para que se olvidara, pero éste les juró tanto a Nina como a su familia que se casaría con ella en cuanto volviese. Entonces, en la víspera de la partida, sus amigos lo emborracharon, lo metieron en la cama con una joven y a la mañana siguiente, apelando al honor militar, lo conminaron a que la pidiera en matrimonio. Aquel mismo día lo desposaron en el hotel. Y cuando Nina leyó la noticia del enlace en los periódicos de Braşov, tuvo que ser ingresada en una clínica varios meses. El teniente se arrepintió inmediatamente, se divorció, fue a verla al hospital y nunca dejó de visitarla ni de colmarla de regalos. Al recibir el alta, en cambio, ella no quiso regresar con él. Aún iba por las noches a su piso y golpeaba la puerta, dijo Nina, alarmando a los vecinos. Las pocas veces que estaba sobrio, prosiguió, ella trataba de convencerle de que se buscara otra esposa. Y como para conseguir su divorcio Nina renunció a todo, se vio obligada a entregar a su hija a un colegio que tenía más de hospicio que de internado de señoritas, para trabajar doce horas diarias en la central de teléfonos y pagar el alquiler del cuchitril al que fueron luego.

—Siento mucho que haya ocurrido así —le dijo sin victimismo, como si adivinara cuál iba a ser el próximo paso de Mihail, sentada en la cama, sin quitarse la boina de lana roja—. Me hubiera gustado seguir queriéndolo un

poco, aunque sólo fuera un poco. Porque perdonarlo, lo perdoné desde el principio.

Por la única ventana de la habitación Mihail veía caer la nieve espaciosa, demoradamente, sobre las diminutas farolas iluminadas de color naranja. Hizo un leve movimiento y, con una sonrisa amable, Nina añadió:

—Tendré que acostumbrarme a no ver en los hombres más que a amigos.

Por eso decidió marcharse a Brăila en Navidad, recuerda Mihail. No estuvo en la fiesta de fin de año que Criterion celebró en el Museo Kalinder. Y a su vuelta, Nina se lo confesó. Con cara de idiota, corrió a casa de Mircea para que se lo confirmase. A Nina sólo le dijo que le ofendía que hubiesen vulnerado el acuerdo tácito de no romper aquella intimidad a tres. Además, ¿no seguía Mircea con Sorana Tzopa?, ¿no pensaba irse con ella a escribir a Poiana?, ¿no consideraba que el amor era una humillación incompatible con su obra? En cuanto lo vio, no obstante, supo que era cierto.

—Qué querías que hiciese. Nina se merece una *restitutio in integrum*. Me parecería injusto abandonar a una mujer que me quiere tanto.

Y únicamente cuando Mihail estaba a punto de irse sin decir nada más, evitando mirarlo de forma directa, Mircea agregó:

—A ella sólo le preocupa tu aprobación. Eso es lo único que le importa.

Pero él estaba siempre muy ocupado, recuerda Mihail, y pronto su vida se convirtió en una vorágine de sensualidad, falta de atención y trabajo: los conciertos, el periódico y las *soirées* de sus amigos ricos, como una maraña sobre las realidades inmutables. Había comenzado a escribir anónimamente crónicas musicales para *L'Indépendance Roumanie* y teatrales para *Rampa*. Y aunque en un principio tuvo que tragarse el orgullo y hacer acopio de sus recursos, de alguna forma todas esas cosas también celebraban la vida. Era un hombre joven, sano y confiado, que disfrutaba publicando libros y artículos. No hacía caso a lo que las personas de su entorno familiar parecían saber desde la infancia: que uno podía sentirse satisfecho sin grandes éxitos. El ajetreo público lo dejaba exhausto pero le evitaba el ensimismamiento y, al final del día, por mucho que tuviera la sensación de haber hecho exactamente lo que esperaban de él, la angustia se le remansaba: salir a la calle, quedar con Leni, la gente que pasa, una mañana limpia de diciembre: el placer de estar en una ciudad que te tomaba por uno de los suyos y de que, a pesar de los

pesares, el mundo estuviera bien hecho.

La primera vez Leni se quitó la ropa a plena luz del día, con las cortinas abiertas. Y Mihail recuerda el latido de la sangre. El goce de levantar un brazo y dejarlo caer. La sensación de su materialidad única. Aquel sopor inconsciente: sentir hambre, frío, sed. Y la alegría de vivir al margen del talmudismo, de renegar del caftán y del lamento del *kaddish*, por encima de la marca indeleble que la invocación a Elías había dejado en su pene. ¿No decía el Eclesiastés que mientras nos convertimos de nuevo en polvo lo mejor que podía hacerse era comer y beber continuamente? Después Leni se puso su americana por encima a modo de capa, sin nada debajo, y se paseó por la habitación curioseando, descalza, deslizándose por el suelo y dando saltitos, como una bailarina. Alzaba una cuartilla del escritorio, abría un cajón, apartaba una copa, leía un marbete, y él la contemplaba reírse. «¿Volveremos a vernos?», preguntó cuando ya se marchaba. Y Mihail le contestó que sí, convencido de que no lo harían pero deseándolo con todas sus fuerzas, antes de replegarse de nuevo en la melancolía que llegaba del mismo modo caprichoso con que se iba.

Cuando Leni se vestía para salir, su belleza tenía algo que explicaba por qué tantos hombres hablaban de aquella *petite putain charmante* con una emoción vedada a quienes no la conocían, a quienes sólo la habían visto en una situación cotidiana o actuar sobre el escenario. Su placer de existir. Su aire de libertad ajeno a las coacciones, rutilante. Y fue en una de aquellas fiestas organizadas por Zissu o Aristide Blank, rodeado de financieros e industriales siderúrgicos entre los que se encontraban Malaxa o incluso un Rothschild, cuando Mihail comprendió que no debería ignorar lo que había significado residir durante sus primeros años de universidad en una pensión de Văcărești, el barrio donde vivían las familias judías llegadas de provincia y los estudiantes pobres, con sus partidas de póquer, sopas de bajocas y prostíbulos: la sospecha de que hasta en los detalles más nimios encontraba indicios, si los observaba bien, de las viejas hostilidades de las que hablaban sus tíos y antiguos vecinos.

Es como si se le derramara la sombra de los recuerdos y, al igual que le sucedía con la escritura, cualquier brote de exaltación quedase de pronto eclipsado por el abatimiento. Mientras apura el café ha sacado su libreta de la cartera y, de vez en cuando, relee algo. Un ensayo. *Para mi amigo Mihail, que*

sabe perfectamente de lo que he escrito. Una confesión. Iosef Hechter, tú estás enfermo. Un testimonio. Para Mihail, a quien debería haber ido dedicado este libro. Una acusación que lo cuente todo desde el principio. Tú estás sustancialmente enfermo porque sólo puedes sufrir. Pero la linealidad se ve interrumpida por fragmentos que acuden a su memoria inconexos: el invierno que aprendió a esquiar, su breve viaje a Suiza, las disputas con su padre; la primera noche en París, cuando estuvo a punto de echarse a llorar, porque se sentía solo y le dolía el estómago. O la piel joven y tersa de Zoe; el frescor de la montaña; el olor a humedad del bufete de abogados, fundido con los perfumes caros de Roman, mientras le tendía un pliego de descargo. O las lámparas de araña en la mansión de los Blank, los tapices del palacete del príncipe Bibescu, el mar glauco, las puertas esmeriladas. O la risa de Leni con su vestido de tafetán y su echarpe blanco, su cuerpo desnudo, abierto como una delicada flor, recibéndole entre las sábanas. La seguridad y la placidez que no supo valorar hasta que empezó a estrecharse el cerco.

Después del foco semejante al de un teatro que ha iluminado los zapatos de tacón de la chica que ha visto hace un momento desde el velador que ocupa en el café, de esos tobillos que le han hecho acordarse de las noches del Modern durante su otra vida, es como si la bruma se le instalara de nuevo en el cerebro. Ese aturdimiento, se dice Mihail, lo sentía también cuando pasaba las mañanas en la audiencia o el bufete y apenas podía escribir, convencido de que la felicidad transcurría al otro lado de los ventanales del Palacio de Justicia que daban a las aguas del Dâmbovița: el buen tiempo, la música, las mujeres jóvenes de las que podría enamorarse. A menudo se sentía aplanado, tan muerto de cansancio como los funcionarios que se arrastraban por los juzgados, oprimido por tareas que nunca llegaban a buen puerto, por las turbulencias de la ciudad, por las interminables obligaciones diarias y su falta de aptitud para ser práctico: para hacer carrera, situarse o pedir un favor; para tener contactos y estar en el sitio adecuado en el momento oportuno. Trasnuchar, levantarse temprano para ir a un juicio, almorzar a toda prisa, acercarse al despacho de Roman, llegar por la tarde a *Cuvântul* y escribir una página y esperar al cierre si no tenía ninguna conferencia o estreno o presentación de un libro: perderse otra vez en el remolino de actrices y escritores de la noche bucarestina.

Cuando se agobiaba, recuerda Mihail, lo único que pedía era un poco de

paz, una mujer a la que querer, algunos libros y una casa limpia. No sabía apreciar lo cotidiano ni aprovechar las horas en blanco, arrasado por el agotamiento, seguro de que nunca pasaría nada. Su tensión nerviosa sólo encontraba alivio en los días de vacaciones, cuando podía escribir y todo le parecía armonioso. Porque en Bucarest sólo lo tranquilizaba la música: escuchar a Wilhelm Kempff o a Pablo Casals en directo; asistir cada primavera a *La pasión según San Mateo*; encender la radio y encontrarse con una suite para violonchelo de Bach, desde Berlín o cualquier otra capital europea, de una calma y gravedad desgarradoras. Rememora un mes de abril en Breaza, con su profusión de colores y sus manzanos florecidos: está caminando por una alameda de nogales solo, y al final le espera el río Prahova, y el blanco de los Bucegi junto al de los cerezos se funde en una gama de tonalidades verdes, desde el oscuro de un pino solitario hasta el amarillento y frágil de los olmos nuevos; en medio del paisaje, como si la hubieran puesto ahí por alguna ley oculta de composición, hay una casa de techumbre negra, quemada y umbría, iluminando por contraste su alrededor, las manchas azules, las sombras grises; y los destellos del agua le parecieron tan irreales como la sensación de que todo estaba en su sitio correspondiente.

El orden de las cosas. Su golpe físico.

Se iba al mar o a la montaña a escribir, pero en cuanto llegaba se entregaba como un niño a la luz y al aire libre, y a la pereza seguía siempre el remordimiento, y cada hora que pasaba sin trabajar, tumbado en una hamaca, era el colmo de la dicha, hasta que el placer se le convertía de pronto en una reprimenda. En esos momentos, recuerda Mihail, lo mismo pensaba que jamás llegaría a ser un buen novelista, que notaba recuperar el impulso creativo de cuando era más joven. Y al subir a su habitación releía lo escrito y a veces le parecía que no estaba tan mal y, otras, que todo era pretencioso y burdo, sin chispa ni vida, de una palabrería y superficialidad como para dejarlo en evidencia. Entonces bajaba de nuevo al jardín de Villa Wagner y se tiraba en una *chaise longue* a aprovechar las últimas ráfagas de la tarde, o salía a esquiar, y sumergido de lleno en la naturaleza sopesaba lo amplia que, más allá de la literatura, podía ser la vida; aunque otras veces se limitara a vegetar porque le resultaba imposible quitarse el sabor a bagatela de la escritura y no acordarse de su existencia en Bucarest, irremediablemente perdida. Todo lo que tenía de gusto por la comodidad y de presumido quedaba tan saciado en

sus estancias en el mar o la montaña como puesto en ridículo cuando se encontraba con una mujer elegante y llevaba su abrigo raído. Pero en Ghilcoș, en una noche fresca de limpidez perfecta, con la luna frente al balcón y el valle debajo de un azul de piedra transparente; o en Balcic, con el rumor uniforme de las olas colándose por la ventana entreabierta; no sólo podía olvidar, sino que incluso conciliaba el sueño que tanto se le resistía cuando estaba en Bucarest, alienado por el bufete más sus tareas en el periódico, sus crónicas anónimas y sus reseñas para *România literară* o la *Revista de las Fundaciones Reales*.

Quería olvidar las ocurrencias de Camil Petrescu, las baladronadas de Nae, los silencios en casa de Mircea. Olvidar cómo oyó en un café que los escritores judíos mentían cuando utilizaban el rumano o la conversación de dos bachilleres que iban andando por la calle, mientras hablaban con naturalidad de la cruz que llevaba cosida uno de ellos al uniforme del internado. Olvidar, en definitiva, la ciudad que Mihail amaba y aborrecía al mismo tiempo, cada vez más incomprensible e inquisitiva, donde todo el mundo se afanaba por llegar a alguna parte. Volver a Bucarest era dilapidar en un solo día las reservas de energía adquiridas en Balcic; regresar al torbellino sin sentido de hacer muchas cosas como si no hiciera nada; darse cuenta de que su relación con Leni le acarreaba menos regocijo que disgustos, con las preocupaciones constantes de ella por la modista y la peluquera, con su sonrisa bruscamente luminosa que era un tic, no una expresión, igual de amable y seductora para cualquiera que se le acercara a la mesa del local en el que se encontrasen sentados por la noche.

Sólo en Ghilcoș o Balcic podía olvidar, por ejemplo, el viaje en tren que hizo a la ciudad donde vivía Max Blecher. En él se encontró a Nae Ionescu, que iba a dar una ponencia sobre símbolos en la universidad de Iași. Al principio hicieron el trayecto tranquilos, leyendo la prensa, distraídos con una hermosa joven que se puso a hablar con ellos; pero luego, cuando entraron en el vagón restaurante, empezaron a charlar con un cacique electoral de la región que conocía vagamente a Nae, y de la perorata que soltó el profesor Mihail dedujo no sólo que apoyaba los *numerus clausus* del Colegio de Abogados, sino que fue él quien lanzó la propuesta que los endureció en la universidad limitando la cuota de alumnos judíos, cuando siempre le había asegurado que

no tenía nada que ver con eso. ¿Por qué se empeñaba en seguir mintiéndole? En ese momento Mihail comprendió mejor una escena: la tarde que lo acompañó a hablar sobre «solidaridad nacional» en la Fundación y el gobierno prohibió la conferencia y los estudiantes se apilaron frente al palacio y empezaron a abuchear a la policía. Subieron a Nae a hombros y lo condujeron hasta el Ateneo, donde se dirigió a ellos con su airada cabeza descubierta, su busto de león y su abrigo de piel de lobo. «Estaba guapo, Nae», le dijo Nina. A la arenga siguieron palos y petardos. Y, a la mañana siguiente, ni una palabra en la prensa.

En el tren, Nae explicaba cuáles eran sus planes para derrocar al gobierno, en un tono impúdico, artero, con su tesitura de bajo, hablando como si palpara la victoria, con un exhibicionismo lleno de afirmaciones deslumbrantes. Para entonces se habían incorporado a la charla dos coroneles que lo secundaban con asombro. Y en un abrir y cerrar de ojos Nae contó todo lo que Mihail le había escuchado mil veces en la universidad o en su despacho de *Cuvântul*, sin atreverse a contradecirle: su participación en la revolución de Múnich, sus influencias sobre los políticos alemanes, sus contactos de juventud, sus méritos académicos...

—En Berlín le dije a un ministro...

—¿Conoce usted en persona a Hitler? —lo interrumpió uno de los coroneles.

—Sí —respondió Nae, percatándose de cómo se le enarcaban a Mihail las cejas—. Lo he visto. Un gran político, todo un caballero. Mire, Trotski, que es enormemente listo, y Stalin, que es idiota... —cambió rápido de tema, puesto que sólo una hora antes le había confesado lo contrario.

Después el otro coronel volvió a preguntarle si de verdad había visto a Hitler y Nae contestó de nuevo que sí, como si fuera un niño, con el mismo rubor que debía de subirle en su juventud cuando iba al café Capşa de tertulia, rojo de satisfacción o puede que de vergüenza.

Tapándose la boca con la servilleta para disimular su sonrisa, Mihail recordó la primera clase de Nae a la que fue, cuando todavía cursaba Derecho. No era un sistema económico el que se venía abajo con la crisis bursátil, dijo el catedrático, sino una estructura metafísica: «Entre la vida y nosotros, hemos creído que somos nosotros los que decidimos. Una osadía orgullosa. Dios dijo que sin Él no podíamos crear nada y hubo un tal

Descartes que pensó que sí. Ahora pagamos esos platos rotos hace trescientos años. Pero aunque haya profesores como el señor Durmiși que no quieran verlo, ha llegado el tiempo de los tontos. Y si quieren que les diga la verdad, me alegro. No creo que ningún intelectual haya hecho nunca nada decisivo por la humanidad. Claro que ustedes me preguntarán qué estoy haciendo entonces yo aquí, y mi respuesta es fácil. Destruir valores. Sacudirlos como si fueran árboles secos: inteligencia, individualismo, libre albedrío. Buscar un solo valor que los supere a todos. Y éste, si no me equivoco, se llama vida. Una verdad breve y sencilla: biológica, fisiocrática y campesina». Mientras decía esto llegó la fanfarria de una marcha militar. Entonces Nae saltó de la cátedra, se abalanzó sobre el alféizar y, acompañando el ritmo de los tambores con la cabeza, se volvió y les increpó: «¿Es que no les gusta la calle?».

Estaban en plena primavera y Cișmigiu, con sus magnolios y plátanos reverdecidos, sus bancos y puentecitosafiligranados y hojas redondas y su lago bruñido, irradiaba una belleza irresistible: una chica paseando sola por el parque, decorosamente vestida, que le sonrió cuando Mihail se puso a su lado después de la clase, a la altura del bulevar Elisabeta, y no le preguntó adónde se dirigían. Qué distintas eran aquellas lecciones comparadas con la última sesión inaugural, pensaba en el tren Mihail, que versó sobre la política como estado de lucha. Donde antes había dicho «intuiciones», Nae decía ahora «instintos». Formaba parte de la esencia de cada fuerza suprimir al resto. La nación era el ente en el que se debía fundir la colectividad. Y sin embargo Mihail se lo tomaba todavía como algo divertido: en el auditorio había un legionario con la camisa verde de la Guardia de Hierro y tuvo la impresión de que Nae le dedicaba su discurso. Él había seguido yendo a sus clases más importantes como iba también a veces a las de Durmiși, incluso después de lo del prólogo, convencido de que las desavenencias con su maestro eran algo superficial, fruto de las circunstancias, asuntos pasajeros. Pero con lo que se encontró la última vez fue con una profesión de fe legionaria sofocante, impropia de la clarividencia de Nae: «El libro es algo abstracto. Y la política significa acción, realidad, contacto con la vida. Así que bien hacéis lo que hacéis. Porque la verdad está con vosotros».

Huliganii, húligans, bárbaros, revoltosos. Mircea había publicado una novela titulada así (*Para mi amigo Mihail, que sabe perfectamente de lo que he escrito*); él mismo había manejado con ironía el término en su respuesta a

las críticas que recibió *Desde hace dos mil años*; y ahora Nae se estaba dirigiendo a ellos, diciendo precisamente lo que querían. Al acabar la clase, Mihail le recordó un artículo de 1928 en el que afirmaba que el sentido de la joven generación no había que buscarlo en las calles, entre agitadores y vándalos que rompían escaparates, sino en las bibliotecas. «Sí, sí, sí... Así era entonces», contestó Nae imperturbable, con aquella risa bienhumorada y de fingida despreocupación que le sentaba tan bien en las distancias cortas, «pero es completamente distinto, antes era un momento espiritual y ahora es político», y le pasó el brazo por los hombros y lo convenció para que lo acompañara en otra conferencia al día siguiente, en la facultad de Letras.

Mihail recuerda su incomodidad en ella, la rigidez de los músculos de su rostro: cómo le resultó imposible sonreír mientras Nae disertaba sobre los usos semánticos que debían mejorar la salud colectiva, sobre qué tipos de libros habría que prohibir «para no dar alas a los enemigos dañinos», sobre cómo erradicar los elementos internos que perjudicasen el bien de la comunidad nacional: mientras el profesor hablaba, él no sabía qué hacer para ocultar su cara. Que por qué había estado tan serio, le preguntó Nae luego. Que por qué lo había presentado como si hubiese sido su entierro. ¿Acaso seguía molesto? Y si aún le dolía lo del prólogo, ¿por qué había aceptado acompañarle en un acto público mientras a él no le importaba que lo vieran juntos?

Cuánto hacía del primer paseo que dieron cogidos del brazo, era lo que se preguntaba Mihail sin embargo, ¿siete, ocho años? Una mañana que cerraron precisamente la universidad por los disturbios relacionados con las cuotas, poco después de su cita en la redacción de *Cuvântul*: el profesor, con las manos en los bolsillos de su gabardina; y él, tratando de hilvanar frases de las que rápidamente desistía. Nae le agarró del codo, le tendió un cigarrillo y siguió caminando: «Sé lo que quiere decirme. Quiere decirlo todo. Lo más sencillo y lo más complejo. Déjelo. ¿Es urgente? ¿No hemos salido a pasear? Pues paseemos». Y la tarde que con toda confianza le preguntó si no le vendría bien darse una tregua, coger perspectiva, dejar de lado sus expansiones íntimas, tres años después, puesto que en realidad no existían preocupaciones aisladas como tampoco había árboles evadidos del bosque. «No somos el centro del universo», dijo Nae, «sólo un punto, un pequeño músculo sin importancia que palpita dentro de un organismo enorme. ¿Literatura francesa?

Pues vete a París. Utiliza el doctorado como excusa. Sólo lo que surge del interior acaba haciéndose con los cinco sentidos. El hombre es el único animal que puede malograrse».

De ver a Max Blecher volvió también abrumado, recuerda Mihail, pero de un modo distinto; con un trastorno en el que se le mezclaba la inutilidad con la vergüenza; incapaz de entrar de nuevo en su enervante rutina. El sufrimiento al que había asistido era demasiado hondo para cualquier manifestación de piedad o ternura. ¿Cómo tenía la desfachatez de quejarse? La mera idea de que telefonar a Leni o recibir una llamada suya pudiera ser un problema lo humillaba. Blecher estaba viviendo en intimidad con una muerte que no era nebulosa y a largo plazo, sino precisa y determinada, de la que sabía sus detalles. Por la noche, desde el cuarto que le prepararon, Mihail lo oyó gemir y percibió que en la casa había algo más que las personas que la habitaban. Sus hermanas se turnaban con la madre para pasar la noche junto a él, que no paraba de sollozar hasta que, como si no pudiera soportarlo, lanzó un grito espantoso. Bajo el dolor que lo paralizaba de cuerpo entero, ¿qué le daba valor para vivir? Y, sin embargo, por la mañana todos actuaban como si no hubiera pasado nada. Los padres habían convertido la enfermedad del hijo en el centro de sus vidas, con un halo de resignación que era como si compartieran su padecimiento. Las hermanas se mostraban en todo momento solícitas, amables, demacradas, sin ningún asomo de descontento. Y de Blecher emanaba un destello que conservaba intactos el humor y la perspicacia.

—He empezado a escribir una novela —le dijo trabajosamente, con voz débil, a la hora de la cena; y por un instante Mihail le notó una furia introspectiva que, de alguna manera, lo arrancaba de allí, lo dejaba solo y corría el riesgo de precipitarlo a la locura—. Pero no es absolutamente necesario que la termine. Si me suicido antes, no lamentaré no haberla terminado.

Y a la mañana siguiente:

—No sé lo que me pasó. Te ruego que me perdones.

Después le preguntó qué estaba escribiendo e insistió en lo mucho que le gustaba su obra: a él, a Max Blecher, de quien sólo había que leer un párrafo para darse cuenta de que era un autor con más literatura, más inventiva y

personalidad, que las que pudieran mostrar el inmoralismo copiado de Gide de *Fragmentos de un cuaderno encontrado*, pensaba Mihail sobre sus propios libros, la cursilería de *Mujeres* o la falta de brío de *La ciudad de las acacias*, que era una novela fallida por la nostalgia de cuanto había dejado atrás, en Brăila. Quizás Blecher lo elogiara en una especie de esfuerzo por recobrar la alegría perdida, creyó Mihail, alabando el coraje que había demostrado al publicar *Desde hace dos mil años* con el prólogo de Nae, o la entereza que puso de manifiesto después del escándalo, ante el chaparrón de injurias, en *Cómo me convertí en húligan*, que a su vez no era más que una versión particular, se decía para sus adentros, de los *Retouches à mon 'Retour de l'URSS'*.

Durante la tarde, la cena y la mañana que pasaron juntos, percibió cómo a Blecher se le había acentuado el impulso natural de no querer hablar de sí mismo. Prefería preguntarle por sus amigos comunes, a la mayoría de los cuales Mihail hacía mucho que no veía. No había hablado con Comarnescu ni con Sterian desde que el Ministerio del Interior prohibiera Criterion por incitación a la pederastia, después de una representación comentada del *Preludio a la siesta de un fauno* de Debussy. A menudo se encontraba con algunos de los que, como Zaharia Stancu, los habían calumniado tildándoles de criptocomunistas, y a diferencia de sus amigos más agraviados —del mismo modo que cuando sufrió como un ataque personal el cierre de *Cuvântul* y la detención de Nae tras el asesinato de Duca, y se negó a colaborar con ninguno de los periódicos que habían difamado al profesor mientras otros no tuvieron reparos— se negaba a estrecharles la mano.

—¿Y el gran Camil Petrescu? —le preguntó Blecher con una sonrisa burlona que, sin embargo, excluía el sarcasmo o la rivalidad de los escritores bucarestinos—. ¿Aún sigue pensando que los versos de Valéry son inferiores a los suyos?

—El otro día me presentó a un escritor que acababa de conocer diciéndole: «En definitiva, querido amigo, reconozcámoslo. Sólo hay tres novelistas rumanos dignos de atención: Sebastian, usted y yo»; cuando la semana anterior había hecho lo mismo con otro y Mircea: «En definitiva, querido amigo, reconozcámoslo. Sólo hay tres novelistas rumanos dignos de atención: Eliade, usted y yo».

Blecher rio, y fue como si se rompiera por dentro. La tuberculosis ósea le

había remarcado los pómulos, las sienes y la negrura de las cejas. La prominencia de la frente además, apenas oculta por la boina que llevaba puesta en la cama con ruedas donde se pasaba el día ladeado, con las piernas recogidas, en su corsé de escayola, hizo que Mihail, al contemplarlo tan blanco como las almohadas en las que apoyaba la cabeza, pensara en Boris Karloff caracterizado como Frankenstein. Le cogió la mano y, como viera que nada sería capaz de aliviarle, no tardó en retirarla.

—¿Cómo está Eliade? —preguntó Blecher después de echarse en la cara un poco de agua de la jofaina, como si la misma falta de oxígeno lo espoleara para recobrase—. Leí *Los jóvenes bárbaros*. Una novela avasalladora acerca del ansia de ser libre, ¿verdad?

—Sí, es excelente. Mircea está como siempre. Empeñado en descubrir el secreto del misterio y convertirse, como Goethe o Leonardo, en el *uomo universale*. Igual escribe una novela en tres semanas que un ensayo sobre religión en cuatro días. Ahora dice que la experiencia mística hindú tiene más que ver con las creencias de los campesinos rumanos que la democracia.

—*Los jóvenes bárbaros* es una novela violenta —dijo Blecher, y a Mihail le pareció que sus palabras venían de bastante más lejos que de donde en realidad llegaban.

—Para él, de una violencia necesaria. Posiblemente sólo imprescindible para purificar la vida ordenada que lleva y detesta.

—Eliade tiene una voluntad y una ambición encomiables, además de talento literario. Yo admiro mucho la viveza de sus diálogos, la inteligencia de sus personajes y su ritmo trepidante. Es como si esa fluidez le saliera de forma natural, sin esfuerzo...

—Sí, pero me temo que él está ahora más pendiente de otras cosas.

—¿A qué te refieres?

—Al momento actual, a lo que él llama la crisis del espíritu rumano.

—No tengo opinión al respecto. Si no me entiendo ni a mí mismo, ¿cómo voy a comprender eso?

—¿No lees sus artículos de *Vremea*?

—Como supondrás, no es una tribuna que me atraiga especialmente.

—¿Te ha escrito?

—¿Quién? ¿Eliade?

—Sí.

—No.

—¿Y Cioran?

—Tampoco.

—Es raro. Me dijo que quería venir a verte.

—No me ha escrito nadie ni han venido a verme —dijo Blecher en un tono libre de reproches.

Se estaba quedando dormido, agotado por la charla. Pero antes de hacerlo, guiñó a Mihail:

—Imagino que no debe de ser agradable relacionarse con un sentenciado.

En el vagón que le trajo de su visita, de forma parecida a lo que le sucede ahora sentado en el café mirando su libreta o el periódico con hastío, las voces y las imágenes bailaban en su mente mientras trataba de conciliar el sueño. Le había entristecido el estado de Blecher, pero también había sentido una especie de liberación en cuanto se despidió de su amigo. Veía su rostro cadavérico pero la voz que le hablaba era la de Leni, reconociendo que se había ido a vivir con Froda, el director de *Rampa*, tras confesarle con toda naturalidad que su amiga había querido acostarse con ella: «Cuando Irina se comporta conmigo como un hombre enamorado, yo le respondo como una mujer coqueta». Quizás habían hecho ya un trío con Froda, o con algún empresario teatral en un encuentro propiciado por el mismo Froda, pensaba Mihail: un hombre nunca sabe qué sedimentos de amores queda en los gestos y el vocabulario de una mujer. «¿Tienes novia?», le preguntó Jenica mientras se vestía, después de aquel primer y único encuentro en Cișmigiu al salir de la primera clase de Nae a la que fue él. Pero cerraba los ojos y la voz de Leni o de Jenica se transformaba de pronto en la de Dorina Blank, en medio de un cóctel en el Jockey Club, «¿de verdad no crees que engañaría a mi marido?», o salía de Camil Petrescu, en la misma *soirée*, señalando con el mentón a Leni, entre indiferente y como si disfrutase: «Se acuesta con un joven de veinte años». Sin embargo los recuerdos de Mihail ya no están en esa fiesta, están en la última vez que pisó París, después de pasar por Sceaux para ver a su hermano Poldy, andando por las mismas calles que recorriera en busca de ejemplares de la correspondencia de Proust, la rue de la Clef, la rue Soufflot, camino de la biblioteca de Sainte-Geneviève. ¿Cuándo aprendería a fugarse de

su interioridad, a ser menos entusiasta en sus relaciones personales?, se iba preguntando mientras paseaba. En Brăila había soñado que en alguna parte, lejos, podría tener una vida propia, caminar solo por calles extrañas, diluirse en la gran ciudad, hacer el amor con mujeres anónimas; pero le bastaba una taza de té con canela durante un resfriado, o contemplar entre los visillos la caída de la tarde, para temer que jamás pudiera salir de su reducida existencia. Quién le hubiese dicho que apenas unos años más tarde estaría en el París que sólo conocía por las revistas ilustradas, mezclándose con todo tipo de personas en cafés en los que resonaban las monedas sobre las mesas de zinc, entre espejos empañados, sumergido en el rumor de quienes no le pedirían nunca explicaciones, de desconocidos que le invitaban a hablar de sus secretos sin estar atado a nada ni a nadie. Allí no tenía que trabajar, decidir una vocación; podía levantarse a la hora que quisiera, visitar cuantos museos le vinieran en gana, ir una tarde a escuchar *Los maestros cantores de Núremberg* y convertirse en lo que siempre había querido ser: un hombre libre. Continuó por la rue Mouffetard, la rue Monge y la rue Lacépède, igual que cuando se perdía adrede, dejándose llevar por el instinto y la suerte, dilatando cada segundo de su juventud. Indiferencia, neutralidad, negativa a asentir o a indignarse: ésa era la mejor de las actitudes, seguía diciéndose. Pero no había imbéciles y espabilados, honrados y granujas, sólo la posibilidad de ser fuerte, no importaba cómo, a través del dinero, del chantaje, de la importancia, de lo que fuera, en un país que parecía haberle dado definitivamente la espalda a París, donde todo el mundo gritaba y cada vez se podía hablar menos con calma: que se tomaba como la llegada del diablo la victoria de Léon Blum. París era su casa y Bucarest, el destierro; aunque quizás sería igual de feliz en Londres o Nueva York, se dijo aquella última vez Mihail, pues lo esencial era librarse.

Entró en el Jardin des Plantes, con el Sena al fondo, llenándose el pecho de aire helado, y permaneció allí un buen rato, pensando en su talento para complicarse la vida, en su falta de valor para romper con nada, para cambiar de carácter, para actuar, sentado bajo un cedro gigante, con la cabeza entre las manos, mirándose los zapatos, la primera mañana de 1936, cuando se escapó sin avisar a nadie con el primer sueldo de la *Revista de las Fundaciones Reales*. Leni, Dorina, Blecher, Camil, Jenica usada y tirada como una colilla: dos personas adultas que habían hecho lo que querían hacer y, sin embargo, la

tristeza tenue de luego, el sentimiento de engaño. Sus rostros que se transformaban y sus voces que decían lo que fue o no llegó a ser, simultáneas: Mircea de repente, en medio de una conversación sobre otra cosa, con una especie de furor subiéndole por el cuello, «¡Tătărescu es un pelele. Un inepto. No tiene ni idea de lo que significa dirigir la patria, de ser rumano. La situación es insostenible. Habría que despellejarlo!», *para mi amigo Mihail*, y el remordimiento que le recordaba a la angustia de la época en que empezó a ir a las clases de Nae, *porque la soberbia te puso escamas en los ojos*, la bata de seda del profesor, su pañuelo de cachemir, aquel cuadro tan sensual de un Cristo junto a una mujer en postura ambigua recibéndole en su caserón de Băneasa, *¿no sientes cómo se apoderan de ti el frío y las tinieblas?* Tantas cosas que se le añadieron cuando se marchó a Francia con la excusa del doctorado, recuerda ahora Mihail, a las historias que le contaban en la barbería de Brăila su tío Avram o Moritz Bercovici, quien tenía un negocio de manufacturas y zapatos; al gesto azorado de su padre; a aquel lejano «¡cochino judío miedoso!» que le gritaron unos niños durante la ocupación de los alemanes, bajo el ruido de los aviones que nunca sintió como un peligro, en la guerra del 14. De repetirse, se había dicho todo ese tiempo, sería una desgracia que les pasaría a otros; por mucho que detalles como la mirada de Cioran indicasen, aunque Mihail no lo tomara en serio, justo lo contrario. «Me ha interesado, me ha interesado... ¿Qué significa “me ha interesado”? Un libro te hunde o te eleva. Si no tuvieras tantas tonterías podríamos ser amigos», y aludiendo a la lección de Nae que acababan de escuchar, Cioran le replicó: «Te equivocas. Nosotros no podemos ser amigos ni hoy ni nunca. ¿No notas que yo huelo a tierra?».

Esas palabras despertaron en Mihail la difusa animadversión que le había hecho preguntarse, cada vez que conocía a alguien, de modo casi inconsciente, si sabría lo que era o no, si se habrían dado cuenta, si llegarían a perdonarlo: la ansiedad de creerse juzgado; la ingenuidad de quien tiene algo que esconder (un delito, un drama, una vergüenza); signos que le hacían recordar también un comentario susurrado en el liceo, cuando estaba leyendo en alto la historia de Esteban el Grande y, al decir «nosotros los rumanos», de uno de los pupitres de atrás supuró: «¿Qué rumanos?». O la primera noche de guardia en el servicio militar, cuando le comunicaron que no podían adjudicarle el puesto en ayudantía debido a una orden especial. O las cartas de su madre: *y sobre todo*

no vayas a clase he leído en el periódico que han vuelto a empezar las grandes palizas y el hijo de fabricantes de gorras que ha venido a su casa me ha dicho que ahí las cosas están peor que en ninguna parte aléjate de esos jóvenes que van por ahí tomándose todo como una ofensa personal o como si el mundo les debiese algo que alguien sienta que es el único que sufre siempre es peligroso deja a los demás que hagan barbaridades tú hazle caso a tu madre y no salgas a la calle. Él sólo volvía a Brăila por vacaciones: bailes, paseos bajo el claro de luna, fiestas por Purim en la sinagoga o en casa de sus amigos, pistas de patinaje, trineos, excursiones de verano; de nuevo ese letargo; y la incapacidad de darle un beso de buenas noches a su madre, aquella añoranza que le encogía el corazón antes de las despedidas, cuando se volvía en tren a Bucarest, en las tardes de septiembre que oscurecían cada vez más deprisa. Pequeños hechos aislados, anécdotas sin importancia, minúsculas amenazas lanzadas al viento: hoy, una pelea en el tranvía; mañana, un artículo en la prensa; pasado, los cristales rotos de una ventana. Todo casual, sin ligazón, medio en broma, como si nadie tuviera la culpa. Hasta que llegaba un día en que uno se daba cuenta de que ya no podía respirar, en que todo estaba relacionado: una «orden especial» que suprimía de golpe no sólo tu vida en esta tierra, sino la de tus padres, la de tus abuelos, la de tus vecinos; que borraba con un número de registro tu pertenencia a un país al que te prohibían llamar «patria». Y así surgió la necesidad de escribir *Desde hace dos mil años*. «Creo que nunca he tenido miedo de personas ni de cosas, sino únicamente de señales y símbolos.» Ésa era la primera frase de la novela, la cual brotó de forma espontánea, seguida del recuerdo del chopo negro frente a su casa. Más la evocación de las hogueras y vida errante que repetía el señor Bercovici. «Voy a escribir un libro judío», le contó a Nae al volver de París; y el profesor le respondió: «Me parece una idea magnífica».

Sin embargo, Mihail nunca fue un revoltoso. En la universidad jamás había respondido a las provocaciones, entrando todos juntos a clase de Derecho Civil, después de que le hubieran partido el labio con la pata de una silla a Leibovici. Tampoco era valiente. «Querido compañero, ¿tiene la bondad de enseñarme su carné? Ajá..., le rogamos que abandone la sala», y en la puerta lo rodearon entre tres y alguien le soltó un puñetazo que sólo le alcanzó a medias la cadera. Cuando fue a una manifestación contra las cuotas junto a los del hogar sionista del estudiante, le pareció que caminaban con la indolencia

de un caballo que arrastra un carro por el fango bajo la tormenta. Nunca había sabido participar en un acto colectivo sin observarse desde fuera. Y la imposibilidad de cantar con ellos era una limitación, no un título de nobleza; una incapacidad de entrar en la multitud, cualquier multitud, y olvidarse del yo, o como lo definía Nae: de «esa triste derrota». Inmerso en un grupo, Mihail no podía dejar de sentirse ridículo; por lo que, cada vez que se encontraba en esa situación, le entraban ganas de soltar un exabrupto para que nadie lo considerase de los suyos: ni los universitarios absorbidos por Theodor Herzl; ni los viejos que le hablaban en yiddish; ni Belu Zilber, que estudiaba ingeniería en la Politécnica: «No conozco judíos, conozco obreros y burgueses. No conozco ningún problema nacional en Palestina, conozco el problema económico de Palestina, Siria o Indochina. El resto sólo es mito, idilio y camelo». En el lugar que debían haber ocupado el amor y la vanidad, había crecido en Zilber la más devoradora de las pasiones, dispuesta a ocupar cada célula de su cuerpo, mientras que lo que surgía de Mihail era un deseo de crecimiento y disfrute personal, junto a la ineptitud respecto al fervor o la altisonancia, y la severidad consigo mismo.

Discreción, se decía cuando no tenía más remedio que participar, por más que tratase de evitarlo. Las verdades generales lo retraían; sólo podía juzgar, y ni siquiera estaba seguro de ello, hombre por hombre, caso por caso; pero si algo le afligía hasta lo más profundo era el lloriqueo judío, ese lamento resignado y autocompasivo, con su gusto por el sufrimiento y la catástrofe, dado que esa adversidad interior superaba las agresiones que pudieran llegar desde fuera. Era cierto que en el aire flotaba algo que fecundaba raíces amargas. Pero con un antisemita se podía intentar un acuerdo, imposible si el interlocutor era tu propio antagonismo. Y eso fue quizás lo que le hizo ser más receptivo a las ideas de los otros, piensa Mihail, lo que minaba su seguridad literaria y lo bloqueaba por mucho que se recubriera de desparpajo sarcástico en su sección de la primera página de *Cuvântul*: eso, más el convencimiento de que su tendencia natural al reconcomio guardaba tanta relación con el hecho de ser judío, como la soledad del hombre con el silencio de Dios. Aquella paradoja sin salida; la del racionalismo y la pasión desenfrenada, la de la lucidez y la fiebre, la de una sensibilidad tumultuosa y la autocrítica como estigma. De ese modo, una mirada de Cioran bastaba para detestarse violentamente, para desear ser antisemita cinco minutos y sentir mejor el

enemigo a liquidar, para convertirse en uno de ellos y no en «el hijo de un pueblo sucio que dobla las rodillas», se ha sorprendido Mihail recordando en voz alta cuando ha venido el camarero para preguntarle si desea algo más y no ha sabido qué responder, encandilado por el sol, como si acabara de despertarse del sueño que no logró conciliar regresando de la última vez que vio a Max Blecher.

Pero por ese doble rasgo tendente a la angustia y al júbilo de la aceptación, Mihail ni quiso ni pudo prescindir de ellos. Aunque lo desmintiera, los había retratado en *Desde hace dos mil años*, y por más que vindicase su aislamiento como única arma y fuente de dicha, necesitaba de su amistad, de la conversación compartida. Inexplicablemente, seguía asistiendo a las clases de Nae, aún saludaba a Cioran, departía con Belu Zilber, paseaba agarrado del brazo de Camil e iba a casa de Mircea, como si su novela no lo hubiera puesto todo patas arriba ni él hubiese sufrido cada crítica como una afrenta íntima. La respuesta de Mihail, no obstante, fue socarrona y tranquila. Pensaba: el género de la novela, con sus detalles y misterio, se erige contra la abstracción y las categorías geométricas. Por otro lado, no había cosa que le pareciera más grotesca que los escritores que se consideraban incomprendidos, que prescribían cómo leer sus obras, que se tomaban las desavenencias como prueba de la torpeza de sus críticos: desde que salía a la venta, un autor no tenía nada que decir de su libro. Pero como no había escrito el suyo en clave política, y las injurias recibidas nada tenían que ver con la literatura, decidió publicar una réplica. Los comunistas lo habían llamado burgués; la derecha, bolchevique; los demócratas, reaccionario; la comunidad judía se había sentido tan ofendida que lo tachó de antisemita, mientras para los legionarios tan sólo era un judío más que extirpar de Rumanía. El privilegio de reunir a tanta gente idealista tomándose el debate con una preocupación compatible con el insulto. El honor de concitar ese alud de opiniones, en un ambiente en el que todo el mundo se cansaba rápido y nada tenía relevancia, con una tenacidad halagadora por impropia. Y luego estaba el prólogo de Nae, que añadía más confusión a la negligencia que, en las discusiones elevadas de Bucarest, era casi un método.

No veía los indicios del desvelamiento, que cada vez eran más evidentes, o los veía y consideraba que eran una minucia comparados con los afectos.

Pero tan inflexible como se mostró desde el principio con las incompatibilidades, piensa Mihail, ¿no incurrió él en la mayor luchando por el aprecio de quienes habían decidido rechazarlo? «No soy partidista, soy siempre un disidente. Sólo confío en el hombre solo, pero en él tengo una gran confianza», escribió en *Cómo me convertí en húligan*. El único que lo había defendido en público fue Mircea, en un artículo que desmontaba el círculo vicioso en el que incurría el prólogo: si el judío sólo podía hallar la redención dejando de ser judío pero, aunque quisiera, le resulta imposible dejar de serlo, ¿qué salida proponía Nae? *Tu respuesta, querido Mircea, excelente. No se puede hablar más ni mejor. Lamento profundamente que te hayas arrastrado en medio de esta porquería, en cierto modo, por mi causa.* Tampoco olvidaba que, gracias a Eliade, dio a luz su primer libro. *Para mi querido amigo Mircea, a quien no sé cómo agradecer su sabiduría y la ayuda que me ha prestado durante los últimos años.* Pero, poco después, a Mircea empezaron a sentarle mal las cosas que escribía Mihail en la prensa, y Mihail no podía terminar los artículos que publicaba Eliade en *Vremea*. Sin embargo, preferían no hablar de eso cuando coincidían. Eran otros los que le contaban las reacciones de Mircea ante los acontecimientos políticos, comentarios de segunda mano que no dejaban de sorprender a Mihail puesto que lo que solía acaparar la atención de su amigo eran los *chakras*, las gnosis, y las relaciones entre lo sagrado y lo profano.

Los domingos iba a su casa a comer, primero al amplio piso del bulevar Golescu, cerca de la estación del Norte, y después a la calle Palade; y, cada vez que Nina le apartaba, Mihail no podía evitar recordarla deshecha en lágrimas, cuando Mircea se fugó a la montaña con Sorana. Atosigado por empezar una relación seria con Nina, le había confesado antes de marcharse: «No existe otra cosa en el mundo que el hombre libre y su inagotable capacidad de trabajo: el hombre que puede hacer de su capa un sayo y la literatura que pueda crear. Hay personas que sólo saben divertirse en tropel. *Le vrai héros s'amuse tout seule*»; y durante un par de semanas pareció que nunca volvería. Mihail la consoló y luego ella, con un celo protector que lo arrullaba como a un lactante, únicamente tuvo ojos para su marido: *A Nina y Mircea, los únicos para quienes no puedo escribir una «dedicatoria», pero para quienes podría escribir —y quizá lo haga algún día— un libro entero.* Y al acordarse de aquellas palabras le viene también la imagen de Mircea

diciendo que los librereros lo persiguen, que la crítica ha emprendido una cruzada contra su última novela, que el mundo editorial conspira para que no se distribuyan sus libros, que los periodistas no le echan cuenta o que fulanito no le ha devuelto el favor que le hizo reseñándolo, mientras Mihail lo escuchaba perplejo y admirado, ante la sonrisa temblorosa de su mujer, recordando las razones que Mircea le dio para volver con ella: «Todos somos culpables respecto a Nina, como lo somos respecto a cualquiera que se haya quedado en un estado inferior, larvario. Si mi egoísmo de escritor consiste en querer estar solo, el de la mujer es permanecer junto al amado».

Mihail nunca se había sentido escritor; jamás tuvo una política literaria ni fe en su obra; en ningún momento pidió un artículo, cultivó simpatías o evitó hostilidades. Siempre desconfió de los elogios, porque le sonaban a mentira; y sufría con las críticas, porque pensaba que llevaban razón. Le incomodaban las reuniones de la Sociedad de Escritores Rumanos y, cada vez que Mircea o Camil lo arrastraban allí, se lamentaba de no dedicarse por entero a algo que no tuviera que ver con la literatura, de no ser un hombre de provecho con una casa y una vida y un amor sin complicaciones, sin nada de lo que sus amigos consideraban «interesante». La S.E.R. le parecía un contubernio de garrapatas que sólo tenían de escritores su lado más gremial y arrabalero. Pero por mucho que se lo propusiera, tampoco tenía madera de abogado y, siempre que se pasaba el día entero en la audiencia, no dejaba de pensar que postergaba su verdadera vida. Escucha a Mircea quejarse del maltrato que recibe por parte del «orden cultural», el mismo que le dio una beca para que se fuera a la India y le amañaba premios y convirtió *Maitreyi* en un éxito y a Eliade en el nuevo escritor oficial, proporcionándole unos adelantos que a él jamás se le hubieran ocurrido, pero de pronto la conversación se desliza hacia otro asunto y Mircea borbotea que a los procesados de Craiova —sobre los que Mihail escribió un artículo en la prensa demócrata denunciando la indefensión que estaban padeciendo en el juicio— habría que mandarlos directamente a la cárcel, sin darles la oportunidad de hacer propaganda comunista a través de sus testigos y abogados, y entonces él se queda en silencio o cambia de tema o le ruega a Mircea que lo deje puesto que es domingo y no le gustaría tener que abandonar aquel almuerzo de amigos.

O rememora un encuentro con Cioran por la calle, en el que después de saludarse se pusieron a discutir como siempre: Mihail preguntándole cómo era

posible que siguiera anclado en sus oquedades de estudiante; y Cioran, con su aspecto descuidado y retraído, tildándolo de cursi: «Sí, un cursi: no te quejes si te duele porque no está bien, no grites no vayan a sobresaltarse los vecinos, seamos delicados. ¿Andamos para finuras? El espíritu no se eleva, se desgarran. Estoy harto de la cultura de los buenos modales y de tu buen gusto». Al ver cómo dejaba atrás su timidez para enardecerse cuando hablaba así, cómo se removía tras su cara de triángulo invertido y cejas peludas, cómo el cuello de sogas le vibraba con sus inmovibles revoltillos dialécticos, Mihail no podía dejar de pensar que sólo Cioran era capaz de seguir perorando de crisis y autenticidad con ese lirismo, afirmar que estaba desesperado y dar conferencias sobre la desesperación, estar angustiado e irse luego a dormir tranquilamente. Sin embargo, nunca se lo decía porque ya sabía lo que le iba a responder: «Para mí la coherencia no es ningún valor, nadie puede saber qué está mal y qué está bien». Junto a ellos discurría una manifestación con sus inocentes, casi simpáticos gritos de «¡Abajo los judíos!», mientras Cioran no paraba de imprecarse: «Yo tengo sed y espero que llegue la lluvia, y tú crees que la lluvia es buena pero temes que traiga granizos. Pues bien, yo la deseo aunque venga con tormenta. No me interesa la superficie. Romper cristales siempre es saludable. ¿Que “¡abajo los judíos!” es una burrada? De acuerdo. Pero ¿qué más da? Lo importante es empezar a sacudir las ramas para que prenda el incendio. Porque me ahorcaré si no viene otra cosa».

A Mihail le hacía gracia ver cómo Cioran se sentía tan oprimido, le daban pena sus oscuridades, y mientras los alborotadores chillaban «¡muerte a los judíos!», se acordaba del día que su madre le encontró un ejemplar de su primer libro: «¿Por qué has subrayado esto? “Por lo que a mí respecta, dimito de la humanidad: no puedo, ni quiero, continuar siendo un hombre.” ¿Son éstas las cosas que escriben tus amigos? ¿Cómo se puede titular un libro *En las cimas de la desesperación*? ¡Desesperación es lo que siente una madre cuando descubre que lo que quiere hacer su hijo es suicidarse! ¿Por esto le han dado el premio de los jóvenes escritores rumanos?».

Dos años después Cioran acababa de publicar *La transfiguración de Rumanía*, donde aparte de decir que si fuese judío se mataría de inmediato, condensaba todo lo que había escrito para *Vremea* desde que regresó de Berlín tras su beca Humboldt: «la única vía», «una cruzada», «de todos los políticos

actuales Hitler es el único que me gusta y a quien más admiro», «toda lucidez es criminal», «porque ¿qué importa la muerte de unos pocos idiotas?». Impulso, raíces biológicas, revolución colectiva, culturas mayores y menores, ocaso de la civilización, alma, apocalipsis, bestial, crepúsculo, genio, dinamismo, para los alemanes somos menos que los búlgaros, sustituir al campesino por el obrero, transformación del país en un Estado moderno. No había habido nadie que criticara el rumanismo de su generación de forma más virulenta que Cioran, su afición por el folclore primitivo, su repliegue reaccionario, su impronta religiosa, su aversión por Europa; pero tampoco había nadie, entre sus amigos, que propusiera una solución tan expeditiva; y Mihail se preguntaba si el ejemplo de Cioran no demostraba que ser húligan siempre era más cómodo que ser víctima, pues un perro aplastado bajo las ruedas de un coche era suficiente para que se produjera un momento de silencio, mientras que aquellos jóvenes manifestantes hablaban de la muerte —de la suya, para ser concretos— sin que nadie volviera la cabeza.

Desde que Mihail había entrado además en la *Revista de las Fundaciones Reales*, Cioran no dejaba escapar ocasión de reprocharle que se hubiera convertido en uno de «esos imbéciles que se complacen de su contribución social»; que se hubiese prestado a apaños para asegurarse el privilegio de los mediocres; que aceptar ese puesto equivalía poco menos que a un acto de mercenaria complicidad con la oligarquía putrefacta del Estado. Todo eso, claro, después de lamentarse de que le hubieran negado una plaza como profesor universitario y lo condenaran a volver a su puesto en un instituto de Braşov («ser excluido me dignifica»), para luego seguir hablando de prejuicios («hay que ser acomodaticio para que te ayuden»), y de convencionalismos («el trabajo es una maldición que el ser humano ha transformado en voluptuosidad»), o del mundo nuevo y el mundo viejo que había que purificar mediante la agonía y el «gran baño de fuego». La simbología de Cioran..., que a Mihail le hacía acordarse de Mircea, sonreír o preguntarse si las metáforas no contribuían también a respaldar una matanza.

O los disparates de Camil, de quien Mihail se había hecho muy amigo después de que recomendara *Desde hace dos mil años* a la editorial Ciornei, siempre con su voluminosa cabeza repeinada hacia atrás, con sus trajes confeccionados y sus camisas de seda, sudando, en pos de la celebridad, ejerciendo a tiempo completo de Camil Petrescu.

—Es lamentable que el equipo de atletismo tenga un ochenta por ciento de húngaros y judíos —le dijo una mañana después de echar un partido de tenis—. Todo el mundo sabe que las minorías son responsables de la miseria en la que nos estamos hundiendo. Sobre todo, los judíos.

—¿Por qué?

—Porque conspiran con los rusos y son demasiados.

—¿Y acaso los húngaros no son más?

—Puede... Pero al menos están agrupados en un sitio... Amigo mío, los judíos provocan. Tienen una actitud equívoca. Se meten en cosas que no les importan. Son demasiado nacionalistas.

—Tendrás que definirte, Camil. ¿Nacionalistas o comunistas?

—Estamos entre nosotros, hombre. Los dos solos. Me extraña que me hagas esa pregunta. ¿Acaso el comunismo difiere del imperialismo hebreo? —Y al ver la sonrisa medio guasona medio estupefacta de Mihail, añadió sin solución de continuidad—: Querido, sólo hay en la literatura rumana dos libros profundos por la forma de conjugar los sentimientos: mi *Lecho de Procasto* y *Desde hace dos mil años*.

Y, sin embargo, Mihail continuaba creyendo que lo miraban con suficiencia porque no les gustaba su literatura. Como el día que los reunió para leerles el borrador de la comedia que estaba escribiendo, tan expectante por lo que Eliade pudiera pensar de su trabajo, tan temeroso de su autoridad que nadie de su entorno discutía. Pero el sistema de valores de Mircea parecía variar por momentos: ¿cómo podía explicarse si no que se hubiese alineado con quienes acusaban al poeta Bogza por los mismos motivos que él padeció con *La señorita Cristina*?, ¿desde cuándo las «conmociones orgiásticas» ya no tenían una función sagrada de virilidad y despreocupación dionisiaca, y Mircea era partidario del *decorum*?, ¿cómo quedaban relegados sus martillazos a la moral por el simple hecho de que Bogza no perteneciera a la Sociedad de Escritores Rumanos? La obra de Mihail trataba del juego que un hombre muy parecido a él imponía a sus compañeros de pensión por vacaciones: una cura de aislamiento consistente en no leer periódicos, recibir cartas, llamadas telefónicas ni escuchar la radio.

—Es una obra difusa —empezó diciendo Mircea—. Como si aún no hubieras dado con su tema.

—Su tema es la paz interior por medio de la indiferencia —le respondió Mihail—, la pereza como forma de libertad, cuando nos apartamos de la nostalgia y las urgencias.

—Mircea se refiere a que el punto de partida es acertado —dijo Nina, cuya intuición para lo que podía ser discutible solía ir acompañada de una apaciguadora prudencia—. Lo que propone tu héroe es muy ocurrente, pero imposible.

—Te evaporas en sutilezas —añadió Mircea—. Aunque prefieras no instalarte en las ideas, tampoco bajas a ras de tierra. Y tu principal virtud, huir de las abstracciones, se diluye hasta convertirse en un defecto.

—El argumento está bien —intervino Vulcănescu—, sólo tienes que perfilar más los personajes.

—Darle una mayor solidez —dijo Haig—. El segundo y el tercer acto están descompensados, demasiado a expensas de tu ligereza, que es ingrávica, casi aérea.

—De eso se trata —contestó Mihail—. O al menos pretendo.

—No has visualizado la historia —retomó su crítica Mircea—. De ahí que los personajes del joven Jeff o el señor Bogoiu parezcan acartonados. Además, aunque sus diálogos aparenten sofisticación y estén llenos de elusiones, no dicen nada inteligente. Son superficiales. Dan vueltas sobre sí mismos y acaban siendo tópicos y sentimentales, esbozados con trazo grueso. Lo mejor es que, a diferencia de lo que suele suceder en tu obra, los personajes no resultan buenos o malos. Aquí todos son buenos. Pero ese exceso de misericordia termina impregnando el texto de melifluidad, de falta de sustancia y de objeto. Una obra de polo blanco y gafas de sol, que necesita trabajo.

—Estoy en ello —replicó Mihail—. Te lo agradezco mucho.

—Siempre es preferible ser completo que bueno —continuó Mircea—. Además dudo que tu estilo sea el más apropiado para el teatro. Quizás deberías centrarte en la novela y no distraerte con estos divertimentos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mihail, tratando de sonreírle con gentileza.

—A ese estilo tuyo... No sé cómo decirlo —fingió dudar Mircea—. A esa forma de escribir tan afeminada, sin garra, tan centrada en la psicología de las mujeres.

—Para eso es muy perspicaz —intervino Marietta Sadova—. Y a mí me encanta. Aunque el papel de la mujer que proyecta Corina para su futuro me parece anticuado. Qué aburrimiento, por favor. Más que un sueño, resulta una pesadilla, con esa espera a que vengan los hombres de la casa, de la cocina a la aguja. ¡La entierras en vida!

—Mihail tiene una concepción peculiar de las relaciones sentimentales —dijo Nina mirando a Marietta—. Demasiado literaria. En sus libros el amor siempre es innecesariamente complicado —y girando la vista hacia Mihail, añadió—: Sin embargo, esta vez me ha gustado.

—En su escritura no hay épica —la interrumpió Mircea—. No se recoge el empuje que demanda nuestro tiempo.

—Afortunadamente —dijo Mihail en voz baja.

Pero ya nadie lo escuchaba. Mircea había derivado el tema de conversación al ministro de Exteriores.

—Habría que ejecutar a Titulescu. Ponerlo delante de un pelotón de ametralladoras y acribillarlo a balazos. Colgarlo por la lengua. Lo suyo es alta traición.

—Qué horror —dijo Marietta.

—Y ¿a qué viene eso? —preguntó Mihail recogiendo sus papeles, sintiéndose más dolido por el menosprecio de Mircea hacia su literatura que por sus interdicciones y dicitos.

—¿Que a qué viene eso? ¿No leéis periódicos? El muy canalla ha firmado con los rusos un tratado secreto para que, en caso de guerra, ocupen Besarabia.

A Mihail aún le sorprendía que Mircea se crispase con cualquier cosa que publicase la prensa de derechas, aunque fuera un delirio. O que las pocas veces que él se atrevía a cuestionar lo que fuese, o se encogía de hombros, o simplemente bromeaba («¿y qué diferencia hay entre el sentido de la existencia rumano y el paraguayo?»), Mircea lo mirase apesadumbrado, con aquella manera tan suya de hacer sentir inferior a cualquiera, de hacerle perder la confianza en sí mismo o creer que todas las palabras que decía podían ser objeto de corrección o burla; como si estuviese ante un hombre perdido para la verdad; alguien con una tara de carácter o vicio secreto o forma de implicación en lo despreciable. Hasta que llegó un momento en que, por muchos esfuerzos que hiciera para esconderlo cuando Mihail se

encontraba presente, Mircea ya no pudo ocultar que sus simpatías estaban con Franco en España, Salazar en Portugal y Codreanu en Rumanía.

—Me tiene sin cuidado si Mussolini es o no un tirano —dijo en otra ocasión—. Me interesa una sola cosa: que este hombre ha transformado Italia, creando una potencia mundial de un Estado de tercer orden.

Lo mismo que escribía para *Vremea*: «No me importa que Rumanía liquide su democracia. Porque si, superándola, se convierte en un Estado poderoso, nacional y consciente de su destino, eso pasará a la Historia». Y ante declaraciones de tal calibre, empezó a pensar Mihail, cualquier cautela era en vano. Había aprendido que las confrontaciones de ideas se construían con obsesiones, no con verdades; y como la calle subía hasta ellos, incluso lo más anodino podía servir para ensanchar la grieta. Sin embargo, por más que Mircea escribiera en *Vremea* como no escribía en *Cuvântul* y dijera ese tipo de cosas, Mihail no quería perderlo. No podía olvidar todo lo que tenía de excepcional, de generoso y de amigo. *Para mi querido Mircea Eliade*, decía la dedicatoria de *Cómo me convertí en húligan* tras la cubierta rosa de la editorial Cultura Nacional, *que fue mi único apoyo cuando todo se desmoronaba*.

Si se encontraban los dos solos, o con Nina, Mircea aún se dirigía a él a su manera áspera y afectuosa, revelándole secretos que Mihail sabía que no era capaz de confiar a nadie, contándole sus progresos académicos y literarios. Pero cuando se juntaban con los demás, todo resultaba cada vez más torpe, más raro, y el silencio se extendía vergonzosamente entre ellos. Mihail recuerda el día de su veintinueve cumpleaños, después de beber champán en el piso del bulevar Goleacu. Esa noche también estuvieron allí Haig y Marietta Sadova, que de la noche a la mañana se había transformado en Madame Verdurin, pensó Mihail, con su habilidad social para la manipulación y la hipocresía. Marietta estaba haciendo suficientes méritos para ocupar el papel de Leni Riefenstahl si se declaraba el Estado legionario, llamando por su nombre de pila a Codreanu y aprovechando cada momento para ostentar su reconversión, pero cuando se lo comentó riendo a Mircea, en una esquina desde la que no les oía nadie, éste le respondió con semblante serio:

—Tranquilízate. No te sulfures. Marietta tiene un corazón tremendo.

¿Tranquilízate? ¿No te sulfures? Él estaba tranquilo. Si se había atrevido a hacer ese chiste era porque ambos estuvieron presentes cuando, en una cena en

casa de Vișoianu, tras pedir que se prohibieran por ley las películas extranjeras, Marietta se puso a gritar: «Yo digo lo que dice Corneliu: ¡que se hable en rumano!». Mihail al principio creyó que se trataba de una broma, y le respondió en francés que ella misma utilizaba ese idioma cuando quería causar buena impresión. Entonces Marietta levantó aún más la voz y, con el rostro completamente pálido, insistió: «¡Que se acabe de una vez con este escándalo! ¡Como dice Corneliu, si estamos en Rumanía, que se hable rumano!». La pobre se debió de quedar de lo más decepcionada cuando, en otra velada organizada por Polihroniade «bajo el patronazgo espiritual de los combatientes en España contra el marxismo», se acercó a Codreanu con el libro *Para mis legionarios*, en busca de un autógrafo, y el Capitán le preguntó cómo se llamaba. «Marietta Sadova», contestó ella muy segura; pero como viera que el otro no tenía ni la menor idea, agregó con una risita de piedra: «Del Teatro Nacional, señor Codreanu, *vous ne savez pas?*».

A ese encuentro también fue Haig, que le regaló a «Corneliu» su obra completa. Haig Acterian, que en 1932 decía en el Corso que era comunista, como Belu Zilber, a quien por supuesto seguía frecuentando: un marxista y un legionario que quedaban para comer en Capșa sin temor a que los sorprendieran en flagrante ternura. «Verás, sólo somos amigos. Eso no nos compromete a nada», le había dicho Haig, con la misma ligereza con que Zilber le rogó que Nae intercediera cuando estuvo preso en Jilava acusado de espionaje soviético, o con la que utilizaban los dos para llamar a Mihail burgués, tras explicarle que la revolución, si no el martes, llegaría a lo más tardar el miércoles. Mihail se acordó de ellos mientras escuchaba a Mircea, que también estuvo en aquella cita en honor al líder de la Guardia de Hierro y que fue precisamente quien le contó de modo desenfadado la conversación entre Marietta y Codreanu. Mihail quiso recordárselo pero se quedó callado. Mircea, en cambio, se percataría de su gesto e intentó reponer:

—Se trata de una elección en un momento extremo. Y yo prefiero una Rumanía con las provincias perdidas, pero que conserve su intelectualidad, antes que una Rumanía proletaria. ¿Comprendes?

Cuando las élites eran económicas o políticas había que derrocarlas, pero cuando eran intelectuales debían ser preservadas. ¿No sonaba a broma colectiva? ¿Qué les estaba pasando? No hacía tanto que eran personas

juiciosas, amantes de los matices, y de repente se daban codazos por estrechar la mano de Corneliu Zelea Codreanu, por hundir en la vulgaridad el pasado más inmediato. El pasado de cada uno. Lo que opinaban antes de que se extendiese la pandemia. Marietta era una mujer soberana que había renunciado deliberadamente a la maternidad, que había dejado plantado a su primer marido después de sorprenderlo en la cama con una corista, que se había vuelto a casar contra la opinión de quienes no veían con buenos ojos a Haig, y de un día para otro no paraba de repetir que el papel de la mujer debía estar entre los fogones y los hijos. Como le diría más tarde Eugen Ionescu a Mihail, uno empezaba diciendo «No estoy de acuerdo con ellos pero hay que reconocer...» y, al cabo de poco, se convertía en un ferviente legionario. Era cierto que, ante los trapicheos del Partido Liberal y sus banqueros y el cinismo de Carol II, la ilusión del gobierno nacional-campesino se había quedado en nada. Era cierta la inflación, y el desempleo, y las aulas masificadas en la universidad, y la curva de sacrificio impuesta a los funcionarios en contraposición a los favores fiscales de los latifundios, y las huelgas en las fábricas y los pozos petrolíferos de Ploești, y la tutela de la justicia. Era muy cierto que la desigualdad no acababa de disminuir, que había un grado abyecto de pobreza y que los débiles no contaban con nadie que los defendiese. Era cierto que la sensación general de indignación y de declive y de desencanto había inclinado la balanza, ante el miedo a la URSS, hacia los pequeños partidos de derechas, algunos de los cuales habían hecho suyo el lenguaje de la revolución, prometiendo mejoras a los oprimidos y combatiendo de boquilla los excesos capitalistas, guardándose la palabra «socialismo» tras los «principios nacionales y cristianos» para insultar a sus enemigos. Era cierto que el discurso que identificaba a los judíos con los bolcheviques y los responsabilizaba de la Depresión cada vez era más acusado; que no paraba de hablarse de nuevo de *numerus clausus*; que la *intelligentsia*, tan mermada por sus ingresos precarios como envidiada por los estudiantes que habían dejado el campo para instalarse en la ciudad, empezaba a utilizar expresiones como «mano dura» o «cirujano de hierro». Pero también era cierto que los retoños agrupados en torno a la revista *Axã*, en la que escribía Polihroniade, no provenían del mundo rural que hubiera querido para su infancia Eliade, sino de un selecto origen cuyo glamur aumentaba la fascinación de los jóvenes de provincias, sobre todo si, a la vez que bebían Martini en Capșa, vinculaban «lo específico rumano» al campesinado («lo más puro de la raza»), y hablaban

de su «singularidad cósmica», y la relacionaban con la poesía de Eminescu — que ya defendía a las clases antiguas contra la explotación moderna—, y de vez en cuando pronunciaban la palabra *volks-gemeinschaft* para dar a entender que sólo la Guardia de Hierro podía hacer posible esa comunidad nacional libre de contaminaciones exteriores. A los cambios políticos debía precederles el cambio cultural, decía Polihroniade. Había que generar primero una ola de ilusión, una nueva literatura, una nueva épica que agitase las emociones del pueblo, para que Rumanía se soñase un país diferente. Un país que se sacudiera la melancolía de las derrotas del pasado. Un país vigoroso, joven y, sobre todo, nuevo. Ruptura con lo anterior; combate contra la generación caduca que había hecho la guerra y después perdido contacto con la realidad; los traumas de sus herederos. Eso era lo que había sustituido a la influencia francesa en la que él se había formado, pensaba Mihail, a Montesquieu, el Código Civil de Napoleón, Jaurès y los tratados de posguerra que protegían a las minorías. Pero Codreanu, por muy alto que fuera en aquel país de bajos —con su rostro bello como una escultura clásica, su admiración por los aires que venían de Berlín y los trajes oscuros que vestía últimamente—, había fundado un partido de una cosa llamada Legión de San Miguel Arcángel; se hacía llamar Capitán y a sus seguidores, legionarios; no hacía tanto que había recorrido las aldeas de Transilvania a caballo invocando el espíritu de los *haiduci* (con una pluma de pavo real en su gorro de piel entre de campesino y caudillo valaco), que se vestía con el atuendo nacional antes de que se vieran las primeras camisas verdes con correaes, que ponía a sus discípulos a rezar bajo su escapulario. Y ¿qué tenía Marietta Sadova que ver con los votos de castidad y pobreza? ¿Qué tenía Mircea de campesino o Cioran de cristiano? ¿Qué relación guardaba la frívola Bucarest con el culto a la muerte y los milagros? Un legionario que construía un puente entre dos aldeas de Moldavia había caído al fondo de un precipicio, pero el arcángel San Miguel lo depositó suavemente en un lecho de hierba. Dios nos ha dado una misión «gloriosa», un destino «histórico». Esos muchachos disciplinados y obedientes levantaban casas, daban de comer a los pobres, creaban escuelas en las zonas rurales, hacían deporte: combinaban las plegarias y el arrobo con el cultivo de una ética pura. Y del mismo modo que los *haiduci* no eran bandoleros, sino luchadores por el pueblo durante la invasión de los turcos, estaban llamados a impartir justicia contra los «politicastos» y los judíos que conspiraban con los rusos y los gitanos y los húngaros para destruir Rumanía.

La élite política nos vende, nos traiciona, nos roba: nos mata. CONTRA NICOLAE IORGA, QUE DESDE SU POSICIÓN PRIVILEGIADA HA MANIOBRADO SIEMPRE PARA FAVORECER A LA CLASE DIRIGENTE. Ni los liberales ni los nacional-campesinos eran capaces de tener autoridad, marionetas corrompidas, frente a los plutócratas internacionales. CONTRA LOS BRĂTIANUS, LOS TĂTĂRESCUS, CONTRA LOS ARTÍFICES DEL RÉGIMEN DE 1923. La democracia era un modelo obsoleto e importado, ajeno al espíritu rumano. CONTRA IULIU MANIU, REPRESENTANTE NAUSEABUNDO DE LO PEOR DE LO VIEJO QUE NO TERMINA DE MORIR. Aún circulaba aquella foto en la prisión de Văcărești en la que Codreanu y sus acólitos posaban con los chalecos policromados de sus regiones de origen, con los cabellos largos y el brazo derecho en diagonal, como seguidores de Mussolini disfrazados. Durante un tiempo habían ido vestidos así a las facultades, repartiendo octavillas amenazantes, en una ciudad en la que los automóviles se multiplicaban, la radio y el teléfono se extendían por las clases medias, y en el Modern se bailaba el charlestón. Sin embargo, todo el mundo parecía estar de acuerdo en que había que hacer lo que fuera para que no surgiera un Léon Blum rumano; pero una cosa era simpatizar con A. C. Cuza, Nicolae Iorga u Octavian Goga, intelectuales metidos a políticos antisemitas, y otra dejarse fascinar por un grupo excéntrico de matones y pistoleros. Codreanu había asesinado a un prefecto en 1924, vestido con su traje blanco bordado, en medio de la vista oral de un juicio en el que mintió a ojos de todo el mundo, donde mostró su típica ambigüedad para exculparse y del que, poco después, fue absuelto por falta de pruebas. Los atentados contra rectores de universidad, directores de periódicos, comerciantes judíos y políticos cómplices del «Régimen del 23», habían sido un continuo tolerado por los sucesivos gobiernos, así como las palizas arbitrarias y las reyertas callejeras. El mismo Ion Moța, mano derecha del Capitán, abatió a tiros a un estudiante que se había infiltrado entre ellos para denunciarlos a la policía. «El legionario ha de estar dispuesto a dar su vida por la tierra de sus ancestros, por la redención del país, por el advenimiento de la nueva Rumanía, pero también a quitarla cuando resulte necesario», escribía Vasile Marin. Un equipo de diez legionarios disparó ciento veinte balas sobre el cuerpo de un militante que se atrevió a acusar a Codreanu del sacrificio de la juventud en beneficio de su carrera; lo hicieron mientras yacía en la cama del hospital para ser operado de apendicitis; después, lo

descuartizaron con hachas allí mismo; y lo único que trascendió de ellos fue que eran alumnos de Teología. Muerte a los traidores, justicia para el pueblo, abrazar el martirio como hizo Jesucristo. Pureza de alma, fe, amor, valentía. Pocas horas antes de las elecciones de diciembre de 1933, en la estación de Sinaia, cuando esperaba el tren que lo tenía que llevar de regreso a Bucarest después de entrevistarse con el rey en su residencia de invierno, un comando legionario baleó a quemarropa al primer ministro liberal Ion Duca, que acababa de ilegalizar a la Guardia de Hierro. «Por desgracia», decía Marietta Sadova, «un estadista digno de ese nombre, por el bien y el interés de su pueblo, debe pensar por encima de los comunes mortales». Pero aquéllos eran hechos, no opiniones como «la mística del rezo y el revólver». ¿Acaso nadie los quería ver? De cada muerte concreta y demostrable, Codreanu sacaba un valor aleccionador: «El fenómeno casual del fallecimiento de Duca no es el complot, sino la provocación, la iniquidad y la violación de las leyes por su parte como jefe de gobierno». La violencia legionaria siempre era ocasional, selectiva, consecuencia de la inmoralidad política, una forma de justicia delegada cada vez más reconocida: matan o castigan a un primer ministro represor, a un policía abusivo, a un capitalista judío, a un mercenario del comunismo o las finanzas internacionales, pero no se atreverán con una acción a gran escala, pensaba la mayoría. «Libro y mosquete», pedía Codreanu en aquel catecismo para jóvenes exaltados que Marietta quiso que le firmase como una quinceañera. «¡Haz, no hables!» ¿Para qué les iba a servir un programa electoral si lo que esperaban era la llegada del Hombre Nuevo? ¿A quién podía ocurrírsele llamar a los enviados que proclamaban la buena nueva por el país «Escuadras de la muerte» sino a ellos? Y lo que difundían eran las «verdades claras»: la pena capital para los traidores de la patria, la abolición de las clases y los partidos políticos, la creación de una prensa «sana», la disolución de las «sociedades secretas», la primacía de la fuerza juvenil y el rechazo a la Sociedad de Naciones por sus «inepcias pacifistas». De esa forma, recuerda Mihail, aumentaba el número de estudiantes que repetían las consignas del Capitán y asistían en trance a las clases de Nae Ionescu, fascinados por la acción, por la creencia de estar jugando en serio, por el valor de las respuestas directas y la gasolina que su «guía espiritual», como llamaba Mircea a Nae, echaba al fuego. «¿Comprendes?»

Un relato escrupuloso de los hechos, con datos verificables, con cifras contrastadas. Más un análisis del lenguaje: cómo la uniformidad ampulosa de lo escrito se volvió también homogénea en el habla; qué giros acabaron siendo aceptados de forma mecánica e inconsciente; de qué manera las afirmaciones actuaron como pequeñas dosis de arsénico: los tópicos propagandísticos, el tono de voz para apelar o incitar, el grito de arenga con independencia del nivel cultural de quien lo daba. La palabra del testigo ante quien desconoce la vergüenza de la culpa, piensa Mihail, idéntica a la que le pesaba a él porque había sido introducida irrevocablemente en el mundo, o porque su voluntad fue nula o insuficiente para contrarrestarla. Remediar esa falta de coraje. Echar cuentas. Pero no como acto de venganza, decían Bachman y Vișoianu, sino contra el olvido; o como Mihail pensaba mientras escuchaba las razones de ambos: contra mí mismo. Recordar para que no se repitiese. Y ¿tenía que hacerlo precisamente él?, se preguntaba. ¿Con qué legitimidad podía acusar a nadie? ¿En base a qué fundamento? Pero ¿sabían los demás lo que pasó en enero del 41? ¿Sabían, como lo supo él, lo que ocurrió en Iași? ¿Sabían qué significaban los trenes que acababan en Transnistria? Porque si lo sabían, ¿cómo eran capaces de ir por la calle, volver a sus casas, mirar a sus hijos o cruzar el umbral de una iglesia? Y si no era así, ¿no estaban obligados a escuchar la naturaleza incurable de su ofensa? Hubo un momento en el que casi todos parecieron sordos, mudos, ciegos: sin atreverse a mirarle a los ojos. Y esas caras, se dice Mihail, eran las mismas que los rostros sellados de quienes no pudieron dejar de conocer, de quienes habían ordenado y obedecido y matado y humillado o aplicado las leyes o instigado verbalmente, que se encontraba ahora por todos sitios: no sabíamos lo que estaba pasando, cómo íbamos a saberlo, no fue nuestra culpa: los mismos que habían oído por una ranura gritar de sed a quienes atestaban los vagones de los trenes, los mismos que miraron para otro lado cuando se llevaban a una familia de vecinos, los mismos que se habían beneficiado por lo que dejaba atrás un desaparecido.

Mihail aún recuerda cuando empezó a acabársele el dinero y se preguntaba si estallaría una revolución o una guerra. O si al mes siguiente podría representarse la pieza de un autor judío. Planteándoselo pero sin creerlo. Porque su sueldo como redactor en la *Revista de las Fundaciones Reales* se lo gastaba en una gabardina, que le hacía sentirse más joven y elegante, o en un disco de Mozart. También fue a ver en la Filarmónica a Arthur Rubinstein. Y,

en el Ateneo, el *Octeto* de Enescu, a ratos transparente y a ratos sombrío, que lo envolvió desde el primer acorde y ya no lo soltó a lo largo de su recorrido sinuoso: aquel arte que le estremecía cada fibra y que era el más espiritual pero también el más físico: la música donde hallaba la fuerza y el dolor y la debilidad y algo más sin nombre, la única forma de resistir al desconcierto. O quedar a tomar el té en casa de Lena Constante, o con Cella Seni, o con la señora Ghiolu, cuando los encuentros con Leni se fueron espaciando; en mitad del invierno, amor; habitaciones blancas, sillones azules y muebles anchos. Porque una mañana abrió el periódico y se encontró con un artículo en el que lo llamaban «funcionario» y pedían su cese de la revista. Y otro día Lilly le contó lo que había oído decir al director del Teatro Nacional: «¿Qué quieren ustedes? ¿Que me vaya de aquí? ¿Que presente la dimisión y en mi lugar nombren a Mihail Sebastian? Pues muy bien, eso no es posible. Y no se puede porque él es judío». Cuando la vida aún no se había interrumpido.

Una tarde se demoró en el portal de la casa de Mircea, pensando si de verdad le apetecía verlo, y presencié un accidente de tráfico. Un tranvía atropelló a una mujer que se intentó bajar a una altura en la que no había parada y, entre el remolino de transeúntes que se formó de inmediato, Mihail pudo ver a la víctima tumbada sobre la acera, con la cabeza hundida en la nieve y el cristal del reloj de pulsera roto. Las voces subían y bajaban y, tras comprobar que la mujer sólo se había dañado una pierna, decidió volverse a casa, donde se puso a escribir con la urgencia de quien no quiere que se le escapen los detalles, la minuciosidad de una experiencia completa. Durante todo el camino de vuelta le había rondado una escena, un timbre, un comienzo: «La nieve era suave y acariciadora y tenía la blandura de un lecho frío». Había aprendido de Proust no sólo la forma de plasmar una conciencia, sino la importancia del tono como hilo inicial para contar una historia, las ondulaciones musicales que debían marcar la atmósfera de un relato: el estilo como traslación del propio temperamento. Sin embargo, ese impulso que era como un estado de gracia, de suspensión y de dicha, le duraba apenas tres o cuatro días, y cuando se le agotaba no podía evitar compararse con Mircea, envidiar su fecundidad, pensar que a diferencia de Eliade, él carecía de imaginación y de fluidez en el lenguaje. Después de una semana o dos, todo lo que llevaba escrito devenía lineal y esquemático, y la emoción del primer instante, unida a la fiebre que le quitaba el sueño las noches en las que

fraguaba el argumento, se deshinchaba como un globo. Entonces la escritura se le convertía de nuevo en un suplicio, en un proceso lento y angustioso que resultaba tentador abandonar para ponerse a hacer lo que fuese. Ya no sabía mostrar, se decía para sí, sino sólo exponer lo que ni siquiera él visualizaba. Y llegado a ese extremo, era fácil dejar que los compromisos le ocupasen el cerebro. Trataba de justificarse arguyendo que siempre regresaba cansado del bufete y no tenía la frescura necesaria para escribir con naturalidad. Cada frase le llevaba demasiado tiempo. Jadeaba, se levantaba de la mesa, recorría la habitación de punta a punta, tachaba desesperadamente. Se pasaba las noches revisando una y otra vez su trabajo para después no ser capaz de suprimir ni de avanzar una línea.

Pero si lograba encadenar dos días productivos, Mihail no sólo se lanzaba a calcular cuándo podría acabar —en un mes quizás, en tres como mucho— sino todos los libros que escribiría a continuación: otras dos novelas, una obra de teatro más, un ensayo sobre narrativa rumana, el estudio de los diarios de Renard que tenía en mente, un pequeño volumen con las crónicas sobre sus paseos parisinos y pintores que envió a *Cuvântul* entre 1930 y 1931, algo sobre la correspondencia de Flaubert: un retrato de Stendhal, basándose en sus notas autobiográficas y en su personaje Lucien Leuwen, que recomendaba no desperdiciar la vida odiando ni teniendo miedo, con el objetivo de explicarse su propio carácter (esa misma mezcla de libertinaje y austeridad, de rasgos mundanos y galantería, de prudencia e ímpetu) y para el que ya tenía pensada hasta una cita introductoria de Montaigne: *Je ne cite les autres que pour mieux exprimer ma pensée*. Por su parte, en cada lectura colectiva que hacía, cuando se le acababa la paciencia y necesitaba una opinión que le ofreciese algún tipo de salida, hablaban unos, hablaban otros, con exacta convicción de especialistas, haciendo observaciones contradictorias, mientras él los escuchaba bien como si lo examinaran, bien como si comentasen lo que había escrito otro. Por eso lo mejor era dejar de escribir e irse a esquiar a Sinaia, donde sufrió una caída. Pero en el suelo, recuerda, sin poderse levantar, contemplando la raja de los pantalones y la magulladura, la postergación de la novela sobre el accidente le dolió más que la herida de la pierna.

¿A quién podía acudir? Antes le contaba sus tribulaciones a Mircea, al que la muerte de Moța y Marin parecía tener trastornado. Nae —de quien Mihail

no sabía si estaba poseído por un arrebató de megalomanía o una fase de misticismo agudo— fue a Varsovia a dar una conferencia en la universidad y, por lo visto, les dijo a los estudiantes que la nueva Rumanía debía partir del sacrificio de esos dos héroes que marcharon a España «no para luchar, sino para morir», que eran las mismas palabras que utilizó Codreanu para referirse a ellos cuando partieron. Y el resto también aparentaba estar de luto por sus dos «correligionarios». El grupo se desintegraba. O más que desintegrarse, lo excluía a él, observaba Mihail, que no había día que no pensara que en la actitud de sus amigos había más buena intención que impostura: una suerte de moda o virus que se les pasaría más pronto que tarde. Porque ¿cómo era posible que no se dieran cuenta? Cuando llegaba a casa de Mircea o Camil o Marietta, nada más verlo entrar, cambiaban de tema o se quedaban callados, entre cohibidos y cómplices, como si les invadiera de súbito la vergüenza.

Había empezado a frecuentar más a Constantin Noica, que se había apartado del resto y se comportaba con una delicadeza extraordinaria, siempre con gestos suaves y una mesura que incluso a Mihail le hacía sentirse vulgar cuando se encontraba a su lado. Con sus trajes distinguidos, y su tono amable y reposado, Dinu Noica estaba a años luz de la estridencia declamatoria de Marietta Sadova, de quien Vulcănescu contó a Mihail que, en una de esas reuniones a las que empezaron a olvidarse de invitarle, se puso a chillar otra vez: «Los judíos tienen la culpa. Nos quitan el pan de la boca, nos explotan y nos ahogan. Que se vayan de aquí. ¡Rumanía para los rumanos!». Vulcănescu también le dijo que se había encontrado en el Ateneo a Nae y que, ante un círculo de personalidades influyentes, bramó: «Ahora, si funcionara un tribunal revolucionario, a Titulescu lo fusilarían, así de sencillo». Mihail le había ofrecido a Marietta el papel que escribió para Leni, y no sabía cómo explicarle que entre su personaje y alguien que creía que Codreanu hablaba como un poeta («a los pueblos, en sus crisis más graves, no los mueven los políticos, sino los poetas y los visionarios», le había dicho ella la última vez que la vio) había una incoherencia insalvable. Además, con la exaltación del ayuno y el desfile funerario con toda su parafernalia, se palpaba un ambiente de golpe de Estado.

Por eso prefería escaparse con el matrimonio Noica a Sinaia cada vez que tenía ocasión, sobre todo si la cosa marchaba como la última vez, cuando le presentaron a Thea, la mujer de un amigo ausente, y Mihail acabó besándola y

abrazándola como un colegial inexperto, arrellanados en un sofá, en presencia de Dinu y Wendy. Todo fue confuso, medio en broma y excitante, hasta que Noica le explicó cómo había planeado con su esposa que cayera en sus brazos, confesándole además, y entonces volvió la cara para cerciorarse de que Wendy no los escuchaba, que él lo había intentado antes en vano y que no sabía si le corroía más la negativa de Thea o su amago de adulterio mientras Moța y Marin estaban siendo enterrados. Pero a la vuelta de esas escapadas, la situación seguía igual o peor. Aprovechando que su madre se había ido con Poldy y Beno a Sceaux, y su padre continuaba en Brăila tratando de vender la casa, Mihail dio una pequeña recepción y notó a Mircea más serio que de costumbre y a Nina huidiza, con una resistencia silenciosa, como si no lo conociera, en un momento en que se rozaron las manos involuntariamente. Al domingo siguiente, cuando fue a la calle Palade a almorzar, Mircea dijo:

—Me gusta la Guardia, lo reconozco. Confío en ella y espero su victoria.

—Así que ya te has decantado —le respondió Mihail.

—¿Cómo que ya me he decantado?

—Reconoces que apoyas a quienes apuñalaron al rector de la Universidad de Iași y, después, le cortaron una oreja.

—Eso no es cierto —sacudió la cabeza exhalando aire por la nariz y mostrando una sonrisa alterada—. Esos estudiantes no eran legionarios. Eran comunistas o nacional-campesinos.

—Comprendo —dijo Mihail—. Igual que quienes azotaron ayer con cuerdas a otro en la sede legionaria de la calle Roma.

—Le estuvo bien empleado —dijo desenfadadamente Mircea, pero luego se le endureció la mirada—. Es lo que se merecen los traidores. Y te digo más. —Mihail notó que a Mircea empezaban a hinchársele las venas del cuello—. Yo no me hubiera conformado. Yo le habría sacado los ojos porque todos los que sostienen en estas circunstancias una postura así merecen la misma suerte.

—¿Lo dices en serio? —Mihail dejó los cubiertos sobre el mantel.

Mircea se giró ante Nina y repuso:

—Siento habérselo dicho.

—Lo que Mircea quiere decir —intervino ella mientras su marido se llevaba una mano a la frente, como si oscilara entre la vulnerabilidad y un desaliento repentino— es que, con tanto dolor como hay, ha llegado un

momento en que desentenderse nos convierte a todos en partícipes.

—En partícipes —repitió en tono neutro Mihail, exagerando su gesto incrédulo.

—Este país ha llegado a un punto de no retorno —dijo Mircea—. Los liberales y los nacional-campesinos lo han destrozado. Todo está corrompido. Y si las leyes sólo sirven para que continúen enriqueciéndose, ya no son legítimas.

—Claro, y entonces yo puedo coger este cuchillo —dijo Mihail levantando el suyo de la mesa—, salir a la calle y clavárselo al primero que pase.

—Pero ¿tú no has visto cómo acaban con las protestas? ¿Cómo tratan a todos esos jóvenes tirados con sus títulos bajo el brazo? Los llamamos húligans, gamberros, pero están cargados de razón. Son hombres libres. Muchachos que han decidido superar el determinismo biológico y el miedo a la muerte. La única élite moral. En un tiempo que pugna por ser joven, hay que seguir siendo joven.

—Nosotros ya no somos jóvenes, Mircea.

—Yo me sigo considerando joven. Además, si el orden es inicuo, ¿por qué no cambiarlo por medio de una inteligencia infinitamente superior a la mediocridad de esos parásitos?

—¿Te refieres a tu inteligencia o a la de tus jóvenes bárbaros?

—Es justo que renieguen de un régimen viejo y aspiren a sustituirlo por otro que parta de ellos. Siempre hay que matar al padre, a quienes respetan medrosamente una ley que beneficia al poder a costa del pueblo. Fíjate en alguien como Nae. Nadie dice que sea perfecto. Pero su capacidad desborda la de cualquier cretino con cargo a cuenta del Estado. Porque ellos son los verdaderos traidores, peores que los rusos y los búlgaros. Los auténticos enemigos que han esquilado Rumanía —se detuvo—. Esto es algo que la gente entiende y aprueba con creces, a no ser que seas un privilegiado o... —se interrumpió de nuevo—. En un Estado como Dios manda, Nae sería reconocido. Aquí, en cambio, se le mantiene en un puesto subalterno mientras todo es un desastre.

Mihail percibió que, cuando Mircea titubeó después de decir «privilegiado», estuvo a punto de decir «judío» y supo contenerse. Comarnescu le había referido, después de acompañarlo a un ballet, que a Eliade le había «repugnado» el «espíritu judaico» del espectáculo.

—Yo siempre he creído en la primacía de lo espiritual —zanjó Mircea—. Y estas cosas hay que defenderlas cuando la vida peligra, cuando la libertad está amenazada y a uno lo humillan y lo pisotean.

Mihail se preguntó en qué sentido se sentía Mircea humillado y no supo qué contestar. En qué momento lo habían pisoteado. Por dónde empezar su respuesta. Contemplaba a Mircea con sus pantuflas indias, su sayal recortado y sus pantalones bombachos de andar por casa, y sólo podía pensar que quizás, algún día, la situación llegaría a calmarse y él tendría la oportunidad de recordarle aquellas palabras. También pensó, nuevamente, que nada de lo que dijera Mircea debería romper su amistad. Y que ingenuidades como las suyas podían acabar resultando catastróficas.

Después de varios meses sin verlo, Mihail se encontró con Nae a la salida de un concierto. Desde que le escuchara decir que la política no surgía de la historia, sino de la naturaleza, o que su vertiente interna no existía porque todo nacía del enfrentamiento con el enemigo extranjero, había dejado de asistir a unas clases que se habían vuelto restos previsibles de las del curso anterior, refritos de Spengler y Carl Schmitt, extractos de artículos salpicados de chistes histriónicos y profecías bíblicas que lo único que buscaban era la simpatía de un auditorio cada vez más entregado. La fusión del partido con la colectividad... Se acababa de comprar un Mercedes Benz y quería enseñárselo. A Nae le traían los trajes de Londres, la lencería de Viena, los muebles de Florencia y los artículos de tocador de París, pero nada de eso le impedía arremeter contra Francia e Inglaterra al tiempo que defendía la vuelta al mito del campesino rumano. «Europa es una ficción», había repetido hasta la saciedad en sus lecciones magistrales. Sin embargo, Mihail fue a cenar otra vez a su casa de Băneasa. Mientras conducía atravesando en sentido norte la ciudad, Nae le fue explicando todos los detalles de su nuevo coche, alabando la tecnología alemana; y, luego, sin tránsito en la conversación:

—He llorado con el *Benedictus*, ese milagro piadoso de Dios. O quizás sea al contrario. Quizás fue Bach quien inventó a Dios por medio de esa música que limpia las suciedades que el hombre alberga.

Nae no había parado aún de hablar cuando se sentaron a la mesa y una criada les sirvió la cena. Trataba de resumirle lo que había dicho en su última clase: que su teoría de los colectivos era una fuga de la soledad, un intento

trágico de salir del aislamiento y no, pensó Mihail, lo que a todas luces parecía: la justificación filosófica del término *Führer*. El catedrático disertaba como de costumbre, con su elocuencia de predicador acompañada de la danza de sus manos, y Mihail lo escuchaba con la cabeza en otra parte. Miraba sus dedos largos moviéndose como arañas, con la manicura hecha, tocando los objetos de la mesa breve, nerviosa, tiernamente. De vez en cuando cruzaba una mirada con aquellos ojos vidriosos que desprendían un calor ambiguo y observaba el rostro al que, a pesar de su interés por la buena comida, los años habían dado una apariencia ascética. Pero, por mucho que asintiese, sus pensamientos estaban en Leni, en su sonrisa radiante, en el mechón dorado que le caía de debajo del sombrero, en su capacidad de estar a gusto consigo misma, desnuda, con su cuerpo.

A menudo revivía de forma inopinada sus labios, el óvalo de su cara, sus uñas de rojo, sus hombros derechos y, como efecto inmediato, notaba el endurecimiento en la entrepierna. Nunca había estado con una mujer que fuera tan dueña de su propia vida y eso, que era lo que más le excitaba, también era lo que más inquietud le producía. Después de las primeras citas, cuando Leni se marchaba de la habitación de hotel donde se encontraban, Mihail se quedaba tumbado en la cama sopesando todas las señales de mimo y desagrado mostradas por ella, de curiosidad o desdén, de apasionamiento o apatía. De este modo, mientras Nae hablaba sin cesar, a Mihail le parecía sentir los rizos del vello de Leni en la boca después de bajar por la piel arqueada del vientre, su aliento exhalado como una brisa tenue que entraba por la ventana mientras se corría, las palabras sucias que le susurraba rozándole la oreja. La cara conocida y deseada era la misma y también la de una extraña cuando Nae empezó a lamentarse, llevándose las manos a las sienes, de que se había convertido en un hombre acabado, en un intelectual sin obra publicada a quien nadie hacía caso.

—Mi vida se divide en dos —estaba diciendo y, al cruzar las piernas, Mihail se dio cuenta de lo bonitos que eran sus zapatos y lo delgados que tenía los tobillos—. Antes y después de mi separación de Maruca. Hasta entonces, yo era un hombre fuerte. A partir de ahí, me sumí en el fracaso.

Nae nunca había ocultado su idilio extraconyugal con Maruca Cantacuzino y, del mismo modo, mantenía una relación pública con la pianista Cella Delavrancea. La prensa sensacionalista se ensañaba con el profesor

comparando a la última con Elena Lupescu, aseguraba que había estado con las dos a la vez, y daba por cierta la versión de que Maruca lo había dejado por el compositor Enescu. En cambio, a diferencia de la amante de Carol II, Cella no vivía con Nae, no había sido obstáculo en su carrera ni se le suponía origen judío. Mihail se cuidó de no preguntarle por ella, puesto que los medios chismosos que antes la menospreciaban la defendían ahora porque, al parecer, Nae se veía también con Lilly Popovici.

—Pero si he insistido en que vinieras —prosiguió Nae— es porque estoy cansado de que me mires con cara de pocos amigos y no quiero que me malinterpretes. La cultura no es más que una piel de manzana sobre el ardiente caos. Lo que se dice no es tan importante y tú no eres como Eliade, que se cree infalible y no acepta lecciones de nadie. Tú no tienes esa *hybris*, esa hambre fáustica. Él concede al hecho de escribir la importancia de un rito solemne y, para llevarlo a la práctica, se reviste de un manto de mago. Cioran, menos seguro que Mircea de su genio, tiene mucho más talento, explora la exultación de lo irracional de forma más brillante.

Sin embargo, después de la cena fueron al ambigú del Athénée Palace y, tras encontrarse con el secretario del rey, Nae lo dejó plantado. Mihail los escuchaba hablar de la crisis de gobierno desde los sillones de la sala de lectura, toda vez que el profesor le diera la espalda sin mediar excusa. Y allí Mihail recordó que, cuando él entró en *Cûvantul*, Nae apoyaba al gobierno nacional-campesino; cómo se integró después en la camarilla real e incluso sostuvo al gobierno de Nicolae Iorga; cómo se enfrentó a Carol II y empezó a tildarlo de pusilánime, de traidor cuando encargó al Partido Liberal otra vez la formación de gabinete. Ahora en cambio, después de que lo acusaran de instigar el asesinato de Duca, del cierre de *Cûvantul* y de sus relaciones cada vez más evidentes con la Guardia de Hierro, Nae departía tan alegremente con su secretario, encogiéndose de forma aparatosa los hombros ante la pregunta de qué pasaría tras las elecciones.

A Mihail le sorprendió la coincidencia de que, mientras observaba a Nae, en uno de los periódicos de encima de la mesa viniera una declaración suya en el juicio por los legionarios que torturaron a otro estudiante judío. «NO TODOS LOS ASESINATOS ESTÁN PROHIBIDOS POR LA RELIGIÓN», rezaba el artículo; y en él se contaba que el profesor Ionescu había expuesto delante del tribunal su teoría de los cuerpos constituidos con sensibilidad

propia, en virtud de la cual esos jóvenes tenían derecho a reaccionar contra una acción cuyas consecuencias les afectaran directamente. «En centros universitarios como Oxford o Cambridge se aplican con frecuencia correctivos corporales en las asociaciones estudiantiles», manifestó. «Las palizas a veces tienen su sentido educativo y pueden resultar provechosas: elevan nuestra alma y nos inoculan fuerza de carácter, coraje y patriotismo.»

Tras leer eso, Mihail decidió marcharse sin decirle nada pero en la puerta se topó con un Polihroniade que miró a un lado y otro antes de estrecharle la mano. Sin embargo, cuando se cercioró de que nadie los miraba, Polihroniade le invitó a un whisky y rápidamente volvió a ser el mismo de siempre, con su cara redonda de niño mullido echando pestes del Frente Popular francés y del «demonio socialista» que presidía un gobierno, «fíjate bien», con un judío a la cabeza y tres mujeres ministras, a las que lo único que se les ocurría era que los obreros trabajasen menos y tuvieran dos semanas de vacaciones pagadas al año. Mihail sonrió de forma pícaro al escucharlo. Su familia conocía a los padres del estudiante que había sido atacado por una veintena de jóvenes en plena calle: lo arrastraron hasta el sótano de una residencia universitaria y sólo lo soltaron dos horas después, con una herida en la cabeza y la ropa llena de sangre. En la Audiencia, a su compañero de bufete lo tiraron escaleras abajo. Y a su antiguo amigo Leibovici le dieron una paliza igual que cuando cursaba Derecho y lo apaleaban dos veces por semana. Al lado de todo eso, las opiniones de Polihroniade eran inofensivas. No había día que por la Avenida no pasara un grupo de manifestantes entusiastas, la mayoría casi adolescentes, con su aire festivo de vísperas de vacaciones, gritando: «¡Abajo los judíos!». En una conferencia en la que intervino Cioran, el público cantó:

*Porque los extranjeros y los judíos
nos chupan la sangre,
nos chupan la sangre sin cesar...*

Polihroniade seguía hablando pero Mihail había dejado de prestarle atención. Pensaba: si tenemos que diñarla, hagámoslo al menos garrote en mano. Y al cabo de un rato, cuando Polihroniade ya había cambiado de tema, le espetó señalando al profesor con la mirada:

—El diablo no es Léon Blum, amigo mío. El diablo lo tenemos aquí y se llama Nae Ionescu.

Recordar y ponerlo por escrito. En el mismo periódico en el que leyó la comparecencia judicial de Nae, venían las listas electorales y Mihail vio el nombre de Mircea bajo la de Todo por la Patria, la candidatura de Codreanu para no presentarse con el nombre de la Guardia de Hierro y evitar otra ilegalización por parte del gobierno. Mihail recuerda que, cuando al domingo siguiente fue a su casa en un gesto de acercamiento, Nina no quiso decirle que Mircea había salido de campaña junto a Haig y Polihroniade. Y por las mismas fechas, en *Bună Vestire*, aquellas declaraciones con el titular «POR QUÉ CREO EN LA VICTORIA DEL MOVIMIENTO LEGIONARIO», que Mihail no pudo concebir que salieran de la boca de su amigo:

«¿Puede la nación rumana terminar su vida minada por la miseria y la sífilis, invadida por los judíos y despedazada por los extranjeros? Tal como ha dicho el Capitán, la revolución legionaria tiene como meta suprema la salvación de la nación. Creo en la libertad, en la personalidad y el amor. Por eso creo en la victoria del movimiento legionario».

La cabeza le daba vueltas y los ecos se le confundían cuando se acostaba y esperaba el sueño: los de Marietta Sadova, contándole que no había tenido más remedio que cobrar todo el dinero de la obra que había escrito junto a Lucia Demetrius, qué le vamos a hacer, me he visto obligada a firmarla sola puesto que ella no puede, ya sabes por qué; los de Camil Petrescu: ni Reinhard ni Stanislavski ni ningún director ha sido capaz de hacer los descubrimientos que he hecho en el teatro yo, que tengo un conocimiento profundo del texto, una vasta cultura filosófica y un gran tacto para aguantar a los actores, que no aprecian la suerte que tienen de trabajar conmigo; los de Constantin Noica: y si lo lamentamos por lo que a nuestros amigos judíos les concierne, tendremos que aceptar que sufran bajo las reglas del movimiento legionario que no saben entender; los de Mircea: somos el único país del mundo que respeta a las minorías y eso es una muestra de estupidez que interfiere en la revolución cristiano-ortodoxa que requerimos; los de Cioran: lo que el populacho pide no es libertad, sino ser mandado firmemente; o los del príncipe Bibescu, que tras frecuentar los círculos europeos más selectos y conocer a todos los grandes escritores de la época, se moría de ganas por que le montaran allí una obra y

lo buscaba para que lo ayudase: usted que tiene contactos en el mundillo del teatro, que sabe cómo funciona la escena de Bucarest, que conoce a las actrices más guapas del panorama.

Fue entonces, recuerda Mihail, cuando empezó a beber más de la cuenta. Salía cada noche y volvía muy tarde para caer rendido en la cama; beber, dormir y olvidar sus pensamientos; o conversar con su amiga Cella Seni, o quedar clandestinamente con la señora Ghiolu o con Dorina Blank. Borracho, incluso podía tomarse a Marietta como un personaje de sus comedias; ignorar las quejas de Cella Seni sobre que no la invitaban a ningún acto, que nadie quería publicar su libro, que todo le salía mal; asumir mejor las deudas de su padre o la revocación de su obra de teatro. «Parece que hay presiones en el Nacional», le dijo Marietta sin disimular su satisfacción tras lo compungido de su sonrisa. Pero Mihail no quiso darle el gusto de preguntarle en qué consistía la intriga. Prefería abandonar. Que *Juego de vacaciones* no se estrenase. Total, lo único por lo que lo sentía era por el dinero, pues estaba empezando a sentir la pobreza como algo denigrante y se había visto obligado a malvender su Austin descapotable. No había mañana que no se propusiera dejar de salir y ser más laborioso, hacer algo productivo que le reportara algún ingreso. En casa le informaron de que Leni había telefoneado y de su insistencia en que la llamase cuanto antes. Quizás por ella podría encontrar ese algo, pensó Mihail. Pero no descolgó el aparato. La vio dos días después, en el estreno de la temporada teatral del Reina María.

—Yo pensaba, señor Sebastian, que usted era un hombre educado.

—Y lo soy, señorita Caler. Le juro que no he tenido ni un minuto libre.

Lo que Leni quería proponerle era representar su obra bajo seudónimo, a lo que Mihail se negó rotundamente. Y así llegó un domingo y descubrió que estaba solo. Mircea y Nina tenían otro compromiso. Ni Cella Seni ni la señora Ghiolu contestaron al teléfono. Camil y Haig andaban fuera de la ciudad. Y la única que atendía a sus llamadas era Leni, a la espera de que cambiara de opinión sobre su ofrecimiento. En lugar de citarse con ella, Mihail prefirió ir al cine sin ninguna compañía, pasear, deducir que perderlo todo a los treinta podía no ser del todo un desastre, sino una prueba de madurez: ¿no debía estar agradecido por que se hubiese hecho un vacío a su alrededor que lo obligara a volver a empezar sin la inconsistencia de los veinte años? De Leni extrañaba su capacidad de olvido y su desinterés por las abstracciones, aun al precio de

su fijación por los objetos preciosos; la chispa con la que se encendía; aquella indolencia respecto a uno mismo que él envidiaba, como le dijo casi al principio, en la cama. «Yo soy caprichosa, coqueta y frívola, es cierto. Pero nunca he hecho nada sólo por coquetería, capricho o frivolidad.» Sin embargo a Mihail le cansaba que fuese tan lábil, que todo fuera tan complicado. Lo que quería era una vida de buenos días, el pan es blanco, la piedra es dura y el chocho es alto.

Recordaba la mañana que la conoció, en el jardín de Aristide Blank. Vestía de color níveo y, a la luz del sol, las espigas de su pelo se fundían en la claridad de la tela haciéndole resplandecer con toda su dulzura. La miró fijamente y fue como si aquel destello entrara en su interior igual que en un cuarto donde hubiesen abierto de pronto las cortinas. A veces cerraba los ojos y veía sus brazos delgados y blancos sobresalir de su traje de noche escotado. ¿Cuánto tiempo necesitas? El imprescindible para ponerme los zapatos. ¿En qué estás pensando? Me aburro; siempre la misma gente, las mismas conversaciones; hay momentos en que me gustaría hacer una locura, pero después se me pasa. Su risa juvenil, cristalina. Los hoyuelos que se le formaban en las comisuras. Ven aquí, deja que te haga el nudo de la corbata. Dos horas de baño al día, una por la mañana y otra por la tarde, en infusiones perfumadas, a veintiséis grados y medio, ni uno más ni uno menos. Y la última vez que la contempló maquillarse en su camerino no pudo parar de fijarse en la prominencia de su labio inferior, en su nariz aguileña, incluso descubrió una verruga que no le había visto antes. El cuerpo anguloso y los pechos pequeños le produjeron una sensación repentina de aborrecimiento, de un hastío que acrecentaban su entonación deliberadamente ingenua y su arbitraria sonrisa. De esa mujer había estado enamorado. De esa furcia encantadora que antes que encantadora era furcia y a la que, por inercia, seguía viendo de vez en cuando. Accedió a ir al Melody con ella y con Froda, quien intentó convencerlo para que se replanteara lo de la obra de teatro. La orquesta tocaba un tango argentino de moda, de una pasión lánguida que relajaba de forma vaga. De tanto en tanto algún hombre se les acercaba y, con la excusa de saludarlos o recoger del suelo la capa de visón de Leni, le acariciaba la espalda. Durante toda la noche, mientras los tres charlaban animadamente, tomaban whisky y sacaban cigarros de las pitilleras, Mihail mantuvo la mano entre sus muslos, palpándola bajo la mesa. Y Leni, cautivadora, segura y sin

dejar traslucir nada, no paró de sonreírle a Froda deliciosamente.

Quedarse solo aún tenía la ventaja de entrar en una librería o una tienda de discos y demorarse allí todo lo que quisiera, de comprarse un cuaderno nuevo o escuchar música a su antojo: el nocturno y la tarantela de Szymanowski, la *Sinfonía española* de Lalo, el *Après un rêve* de Fauré, pero sobre todo Mozart. Mozart y Bach. Una pieza tras otra. Siempre que, en el primer movimiento de la *Sinfonía «Praga»*, el *adagio* pasaba a convertirse en *allegro*, Mihail se ponía a saltar y tocar los quicios superiores de las puertas, interiorizando su contraste de melancolía y efusión, como cuando era adolescente y le daban una buena noticia. Asistió al concierto de violín de Beethoven y las notas no entraron en él, pero luego interpretaron el de dos violines de Bach y, en el segundo movimiento, uno de esos largos que le hacían sentirse en noviembre, con la lluvia otoñal inundándole de nostalgia y hambre de libros y tareas nuevas, se le humedecieron los ojos: le llegó tan hondo que no pudo diferenciarlo de su propia soledad.

Bach y Mozart. Mozart y Bach. Los únicos que le consolaban de lo que estaba ocurriendo. Del avance notorio de Todo por la Patria en las elecciones de diciembre de 1937. De la constitución contra todo pronóstico del gobierno Goga-Cuza al no sacar ningún partido la mayoría suficiente. De las primeras medidas antisemitas: la suspensión de los permisos para viajar en tren a los periodistas judíos, la revisión de las nacionalidades, el inicio de las exclusiones en el Colegio de Abogados. La noche de las elecciones, Mihail ya sospechaba que podría pasar, aunque lo que vaticinaba era un gobierno de la Guardia de Hierro. Pero la mañana de los comicios hacía sol, y en el aire flotaba una especie de *allégresse* por la que era fácil dejarse llevar y adormecer la conciencia del infortunio.

Almorzó en Capșa con Aristide Blank, bajando la mirada para no encontrarse con sus ojos sin que se le cruzara la cremallera del vestido enjaretado de Dorina, y luego se fue a dar un paseo solo, disfrutando de la luz sedosa del atardecer, un ámbar difuminado que apagaba con delicadeza los remordimientos y la ciudad; de un remanso tibio que era un silencio, un olor tembloroso de invierno y un canto de gratitud por el paso de los días.

Esa noche, antes de que se supieran los resultados, Camil lo llamó por teléfono:

—Si se confirma lo que parece, me haré de la Guardia y no te daré las buenas tardes. El mundo cambia sin descanso y quien no se adapta cae. Así ha ocurrido desde el principio y así ocurrirá siempre.

—Pues dímelo antes para no saludarte yo —le contestó Mihail riendo— y simplificarte la vida.

Porque aún no concebía que un simple cambio de gobierno pudiese alterar una letra, ni siquiera una coma, no ya de su destino personal, sino del de nadie.

Pero con el nombramiento de Goga, a quien sólo apoyaban el rey y el Partido Nacional Cristiano, desaparecieron todos. Como si estuvieran muertos. Aunque el único condenado a muerte fuese él, pensó Mihail, acordándose de Max Blecher. Después de que le retiraran el permiso de periodista para circular en tren y de que saliera su nombre publicado en una lista, como un delincuente, se le infectó la herida que se produjo esquiando. Tenía la rodilla morada y un hilo pardo le subía por el muslo hasta la ingle. Se despertó de noche, con fiebre, y apenas pudo levantar la pierna. Le resultó imposible seguir durmiendo, preguntándose de dónde sacaría el dinero para los cuidados, quién le atendería en caso de incapacitación, si tendrían que amputársela. Su madre continuaba en Francia acompañada de Beno, con la excusa de ver a Poldy, pero lo cierto era que quería permanecer el menor tiempo posible con su padre. Mihail desconocía lo endeble que ya era la situación de su familia cuando se marchó a estudiar a París. Sus padres se lo ocultaron y él tampoco preguntó nada. Con la luz encendida, pensaba en ellos, en cómo podría llegar a un acuerdo con los acreedores de su padre, tiritando, temeroso de la oscuridad, como cuando era niño.

Darí una cabezada: su madre se le acercaba con una mirada transida de pánico, la boca a punto de romper en sollozos, implorándole, pero él no la podía ayudar, ofrecer consuelo a la persona que más quería en el mundo y, cuando ya estaba delante, casi rozándole las manos, se sobresaltó en un baño de sudor frío. Acababa de amanecer y una luz líquida entraba por la ventana. Había nevado durante la noche. Y el silencio de la mañana, el blanco dulce e inamovible de su expectación, le hizo sentir que estaba en Brăila y que tenía que vestirse para ir al colegio.

Pero a donde tuvo que acudir de verdad fue al médico y, mientras cojeaba por la calle, creyó que la gente lo señalaba con el dedo. Le pusieron una

inyección de heparina. Llamó a Marietta para que le comprara medicamentos y no contestó; tampoco Lilly; mientras que a Cella Seni prefirió no avisarla, de la pereza que le daba escuchar sus lamentos. Así que no tuvo más remedio que recurrir a Leni. Se le hizo extraño verla a la luz del día. Y hubo algo desde que ella entró por la puerta que lo contrarió. Quizás fuera su alarma, que a oídos de Mihail sonó de inmediato a falsa:

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué tienes?

—No lo sé. La pierna.

—Déjame verla.

—Flebitis, dice el doctor Kahane. Y que si no me la cuidas tú, tendrá que amputármela.

Leni sonrió, tiró el sombrero y el abrigo en una silla, y se acercó para consolarlo. Se acurrucó con él en el diván y, después de descalzarse en un movimiento hábil, extendió sus largas piernas. Mantenía las rodillas juntas, apretadas por la seda de las medias, la falda de sarga azul demasiado corta, y empezó a acariciarle con gesto maternal el pelo. Al girar la mano, Mihail veía al dorso sus articulaciones, sobresaliendo como almendras de sus dedos finos y nerviosos, que terminaban en pétalos lacados.

—¿Por qué me miras las manos? —le preguntó Leni, consciente de su sensualidad.

Luego le ayudó a desvestirse, a meterse en el baño y a ponerse los pantalones.

—Basta, Leni —dijo sin embargo Mihail cuando, a la altura de la hebilla, se rozaron de nuevo—. Será mejor que de ahora en adelante no nos veamos.

Ella le quitó una mota del batín y se marchó tras darle un beso, cerca de la oreja. Mihail lo había dicho sin violencia, casi sonriendo. Pero luego pasó toda la tarde presa de la inquietud, esperando que sonara el teléfono o se abriese la puerta, aguantando la respiración cada vez que oía a alguien en la acera. Alcanzó a mirarse en el espejo y se vio más viejo y feo que nunca. Echaba de menos a Leni, pero también tenía claro que no quedaba nada entre ellos. Su marcha le escocía como la picadura de una pulga y al mismo tiempo, conforme transcurrían las horas, le reportaba una paz inesperada, una sensación de apatía en la que todo era gris y carente de vértigo. Las noches de su convalecencia, los ratos que consiguió dormir, soñó con ella, con Nina y con Nae.

En cuanto se recuperó, casi finalizado el invierno, decidió marcharse un fin de semana a Balcic y, como en un acto habitual o inconsciente, fue a visitar a Nae para comprobar si los rumores sobre su retirada eran ciertos. Lo encontró en el despacho de su villa de veraneo, con la cabeza más encanecida y unas ojeras negras que le despoblaban las cejas. Se había recluido en la costa con Cella Delavrancea y, acostumbrado al brillo que desprendían sus pupilas, a Mihail le impresionó toparse con una mirada titubeante, pegajosa, asustadiza, que poco tenía que ver con la de su rostro tallado a escoplo, con los ojos siempre al frente que parecían capturar y comprenderlo todo de inmediato. Recordó la primera vez que se vieron después de la publicación de *Cómo me convertí en húligan*: Nae se enteró de que estaba en Balcic, le invitó unos días y, como no llevaba ropa limpia, le prestó un traje blanco de marinero. Tres años después, nada más abrazar su batín elegante, le asaltaron todos los sentimientos que le rondaban cada vez que veía a su maestro: simpatía, irritación, cariño, gratitud, repugnancia, duda.

—Precisamente les decía en Berlín... —empezó a hablar Nae tan pronto como se sentaron cada uno a un lado de su mesa de roble—. En una entrevista con un ministro... Le expliqué con tal detalle cuáles eran las características de su propio régimen que el hombre, después de escucharme atentamente, se levantó y me dijo: «Señorr profesorr, hoy mismo voy a ver al Führer y a decirle que he estado con la única perrsona que ha entendido de verrdad la rrevolución nacionalsocialista».

Sin embargo Mihail notó que, mientras imitaba exageradamente el acento alemán, a diferencia de lo que hacía siempre, no serpenteó ni una sola vez las manos. De hecho, en su inigualable falta de modestia, había una merma de energía, una especie de cansancio. De la fragilidad que desprendía su jactancia brotó un estornudo que Nae cubrió con un pañuelo.

—Maldito resfriado —dijo secándose las lágrimas bajo los párpados—. Por eso me he venido unos días. Para alejarme del frío. Que quede entre tú y yo, pero estoy seguro de que lo cogí hace un par de semanas en la embajada británica, donde tuve que aclararle a un diputado laborista que no entendería nada de Rumanía si se empeñaba en juzgarla con el criterio de la libertad individual. Porque ése es un valor que nosotros no conocemos, que hemos importado de Francia y por el que la evolución orgánica de la nación pasa sin

considerarlo obligatorio. «Adivinar el futuro es vano», le dije, «del mismo modo que no podemos ver dos metros más allá en una tormenta de nieve».

Y eso lo decía una vez más tranquilamente, desde su magnífica casa llena de candelabros con vistas al mar, junto a una tetera de plata ceñida por una almohadilla blanca, servilletas con palomas de Venecia y ceniceros de madera pirograbada. En un momento Nae le informó de todos los entresijos gubernamentales, desterrando las habladurías que lo situaban fuera de juego prematuramente, añadiendo cada dos por tres que cualquier cosa que le dijera debería quedar entre ellos. Entonces, de repente, volvió a estornudar, utilizó de nuevo su pañuelo, bebió un sorbito de té y se quedó callado de tal modo que a Mihail le dio la impresión de que ya lo había dejado todo claro. Pero como si quisiera interrumpir a alguien alzando la voz, después de lo que sólo fue un breve interludio, pasó a referirse a las medidas adoptadas por Goga:

—Son ultrajantes —exclamó—, superficiales. Inspiradas por un espíritu bárbaro. ¿Cómo se puede afirmar de una categoría entera de ciudadanos, señor mío, que se dedican al tráfico de carne humana? Eso es una calumnia y cualquiera estaría en su derecho de llevarlo a juicio por difamación. Pero, hombre, ¿cómo es posible desclasificar a un millón de personas sin poner en peligro las mismísimas bases del Estado?

—No se preocupe, profesor —se atrevió a responderle Mihail—. Cuando la Guardia de Hierro acceda al poder, actuará de otra manera.

—En realidad no, pero en espíritu sí —fue la réplica de Nae—. Porque por mucho que ironices, entre un hombre que te mata con odio y otro que lo hace con dolor de corazón hay una gran diferencia. Lo que al intelectual le parece opresivo, al pueblo puede liberarlo.

Aunque procurara que no se le trasluciese, Mihail estaba cada vez más desconcertado. De vuelta en Bucarest buscó información por todos sitios. Preguntó a Rossetti, a Ralea y a Vişoianu. Incluso se planteó escribir con más cautela en su diario, puesto que temía encontrarse cualquier día con un registro. Todas las mañanas se enteraba de un despido, de una exclusión, de restricciones nuevas. Y por mucho que las noticias afectaran siempre a otros, intuía que más pronto que tarde no se le permitiría seguir trabajando de abogado ni, muchísimo menos, en las Fundaciones Reales. Una mañana vio acercarse a un hombre, beligerante, e incrementó la velocidad de su paso hasta casi correr. «¡Eh, tú, sinvergüenza!», oyó tras de sí, «¡mi mujer me lo ha

contado todo!», y sólo cayó en que se trataba del señor Ghiolu cuando logró ponerse a salvo. De esta forma, la presión cobarde que percibía en la sombra de todo comenzó a instalársele dentro, como si fuera la misma mezquindad que emanaba de las algaradas de los periódicos que Mihail leía en estado de estupefacción, paralizado, sin emocionarse ni soliviantarse. Esperando. Sin saber qué.

Al descubrir que había vuelto a aparecer *Cuvântul*, no pudo evitar un estremecimiento cuando vio la cabecera que, durante años, había tenido delante de sus ojos. Incluso al caminar por la calle o subir al tranvía, si veía a alguien con el periódico, sentía que se trataba de un amigo, de una persona de su misma familia. Él había creído en la nobleza y honestidad de *Cuvântul* hasta última hora. Le bastó una explicación sencilla de Nae para no dimitir: «Pero ¿no ves que todas esas acusaciones son absurdas?». Aún consideraba un honor haber pertenecido a su nómina. Un antiguo compañero le contó que la vida allí no había cambiado tanto, con las mismas disputas administrativas y miserias del oficio, pero Mihail percibió cómo omitió lo que ya sabía por Rossetti: el cambio de línea editorial, el nombramiento de Eliade como responsable de Cultura, la avalancha de legionarios que había desembarcado en el periódico. El titular de esa misma mañana lo dejaba claro: EL PSEUDOSABIO FREUD, DETENIDO EN VIENA POR LOS NACIONALSOCIALISTAS. Y en eso estaban todos: Mircea, Cioran, Noica, Haig; apoyando a quienes querían rebanarle el pescuezo; cuando hace nada, más que amigos, eran para él como hermanos.

Llevaba mucho tiempo sin ver a Mircea, y Mihail dudaba si debía dejar que las cosas se deshicieran por sí solas o si su amistad merecía al menos una hora agria de separación, una última visita en la que surgieran el resto de explicaciones y reproches. En realidad, sólo le quedaba Leni, de quien por mucho que lo intentara no podía olvidarse. A menudo la evocaba entrando en una habitación de hotel, quitándose unas violetas de la solapa para dejarlas en un vaso, fumando, cerrando los ojos, en sus brazos. La llamó por teléfono y, sin pedirle disculpas, le propuso que se vieran. Tras un resoplido condescendiente, Leni accedió y, cuando se encontraron, le contó que a Marietta le habían prohibido los ensayos porque en efecto la madre de Lucia Demetrius era judía, y Mihail se sorprendió respondiéndole que así tendría ocasión de sentir a sus propias expensas el salvajismo de sus ideas.

Con la sensación de que era inútil e imposible, llamó también a Mircea, buscando una excusa para verse, pero en cuanto escuchó el tono desabrido de su voz, le dijo que estaba pensando abandonar el país y Mircea se mostró de acuerdo, como si efectivamente ya no le quedara otra. Había comités de iniciativas para todo tipo de soluciones: bautizos en masa, emigración, una asociación de «rumanos mosaicos» solidarios con el gobierno, testaferros que enajenaban por cantidades desorbitantes un escudo heráldico, gente dispuesta a vender su apellido por un plato de lentejas, falsificaciones de genealogías: una desesperación que cobraba formas de rabinos apaciguando a los corderos. Pero Mihail continuaba sintiéndose incapaz de tomar parte en esa conmoción. Sólo sabía encogerse de hombros.

No tenía a nadie a quien ver, no tenía nada que decirle a nadie, nadie tenía nada que decirle a él. Las horas de insomnio se le acumulaban hasta tal punto que estaba convencido de que necesitaría tres días seguidos durmiendo para recuperarse. Una noche acabó con Leni e Irina a las seis de la mañana, bailando en el Splendid. Había ido a cenar a casa de Vișoianu y allí se encontró con Ralea y otros políticos profesionales, integrantes de lo que los miembros de su generación literaria, en su empeño por crear un nuevo sentido común, seguían llamando con insistencia Régimen de 1923: la minoría que hablaba y juzgaba y actuaba, mientras tomaba champán, en nombre de la mayoría cuya única idea era sobrevivir en aldeas hundidas en la miseria: demócratas con escandalosas fortunas, socialistas con cuentas saneadas, beatos entregados a las pasiones terrenales, directores de periódicos que cobraban doscientos mil lei mientras sus tipógrafos se morían de tuberculosis o de hambre. A Mihail le asombró que incluso ellos, con la arrogancia de la vieja política, pensaran que en las siguientes elecciones la Guardia de Hierro duplicaría sus votos, y que los liberales y los nacional-campesinos sólo conseguirían un diez o doce por ciento.

—Dicen que Codreanu ha llegado a un acuerdo con Goga para integrarse en el gobierno —reveló un ex alto cargo de Interior.

—El poeta y el payaso —dijo otro.

—¿Quién es quién? —ironizó un tercero.

—A la Unión Soviética le irritaría aún más un ejecutivo así en sus fronteras —opinó Ralea—. Radio Kiev no para de lanzar amenazas directas.

—Los rusos están deseando que caigamos de lleno en la órbita alemana —

intervino otro dirigente.

—Y sería un error —replicó Ralea—. Un bárbaro y terrible error. Aunque me temo que es a lo que nos encaminamos.

Mihail salió con la certidumbre de que si ni siquiera Ralea tenía fe, ya no quedaba esperanza; de que algo parecido debieron de haber discutido los políticos alemanes ante una taza de café, después de una buena comida, en vísperas de la llegada de Hitler. Últimos restos de buena vida en vísperas del derrumbamiento definitivo. Era también lo que, a su manera, seguían haciendo los diplomáticos británicos: sentarse a leer el *Times* con un puro en sus clubs, en la Bolsa, en el Parlamento; diciéndose unos a otros: «Tranquilos, dejemos primero que sean ellos quienes detengan a los bolcheviques»; sin ver lo que su madre llevaba viendo toda la vida: que no se puede expulsar a Satanás con Belcebú. Y atribulado, Mihail decidió marcharse, llamó a Leni y se citaron en Maxim.

Por la mañana, con la cabeza embotada por el humo y el alcohol, ni siquiera recordaba en qué momento se había incorporado Irina. Cuando dejó el hotel no le importaba nada, todo le resultaba ajeno: las alamedas nevadas, los árboles desnudos en su inmovilidad, las farolas encendidas como si alguien se hubiera olvidado de apagarlas. Sin embargo, conforme volvía a casa, le acongojó perder el tiempo mientras el mundo se desmoronaba. Pero qué sentido tenía hacer nada si en cualquier momento podía haber una revolución, se justificaba Mihail, un arresto masivo o una guerra. Al llegar, con las figuras de Leni e Irina revoloteándole aún despreocupadamente en el cerebro, sintió la súbita sensación de quedarse solo. Había bebido y hablado demasiado, queriendo a toda costa parecer alegre, y le bastó un instante para que toda su vivacidad desapareciese. Puso la radio y el quinteto de Schubert para dos chelos lo despellejó tira a tira. Su dolor y hermosura lo empujaba a escribir con urgencia, para lo cual debía irse de Bucarest, aunque no tuviera dinero.

Lo poco que había ganado ese mes se lo había enviado a Brăila a su padre y, aun así, soñaba con hacer un viaje por Italia, con volver a París, con visitar por primera vez Londres. Lo único que consiguió en cambio fue escaparse otro fin de semana a Balcic. Bucarest-Balcic. Balcic-Bucarest. Siempre la misma cantinela. Dos días para impregnarse de sol de invierno, de intensidad y de niñez, y sólo una hora para que la vuelta al bufete o a la Fundación lo

sumergiera en la dispersión y el sobresalto. El último, la salida del libro de Cella Seni. Apareció con una faja en la que se leía: LOS ESCRITORES LIVIU REBREANU, CAMIL PETRESCU Y MIHAIL SEBASTIAN RECOMENDARON ESTE LIBRO A LA EDITORIAL. Nada más verlo, la señora Rebreanu telefoneó a Camil preguntándole cómo había cometido la desfachatez de permitir que el nombre de su marido apareciera unido al de «ese judío».

Y de repente, de un día para otro, como quien no quiere la cosa, tras apenas cuarenta días desde su formación por el rey, cayó el gobierno Goga; y por mucho que Mihail se dijera que la situación podría ser igual de grave o peor tanto para él como para aquellos a los que le unía un lazo de sangre difuso, una cédula de identidad, un decreto o un antepasado remoto, no pudo contener una satisfacción refleja. Se pasó toda la noche en la calle, exultante, con una alegría nerviosa a la que se añadía el júbilo que le producían las noticias que llegaban de Berlín: revueltas, disturbios callejeros, tres cuerpos del ejército en lucha abierta contra las SA. Invadido por esa agitación que no excluía la zozobra, estuvo caminando hasta las dos de la mañana por los alrededores del Palacio Real, perdido entre la multitud, preguntando a cualquiera que se cruzase por su camino, convencido cuando daba con un escéptico e incrédulo cuando se topaba con un convencido, siendo más esa parte de él que había permanecido las últimas semanas aletargada y lo definía mejor que sus estados de abatimiento: el entusiasmo, el ímpetu de vivir y disfrutar, aquel rasgo de carácter que reconocía en la música de Mozart.

En medio del gentío, se encontró con Camil Petrescu, reducido al silencio, consternado, con un cómico contraste entre la potencia de su cuerpo y la debilidad de sus movimientos.

—Vete a ver cómo han invadido el Corso, todo el café lleno de judíos. Una auténtica toma de posesión. Un golpe de Estado.

Entraron en el café y contaron las caras sospechosas: en total, menos de quince en un local abarrotado, bullicioso, lleno de grupos charlando alegremente.

—Están todos escondidos —dijo Camil—. Conspirando.

El último titular de *Cuvântul* antes de que lo prohibieran de nuevo decía que unos abogados judíos mutilados se habían peleado en el Palacio de

Justicia, entre ellos, golpeándose con sus muletas. Y entonces, de golpe y porrazo, comenzaron a arrestar a legionarios.

Lo primero que hizo Mihail al enterarse fue ir a casa de Mircea. Nina no estaba. Luego llegaron Marietta y Haig. Todos se mostraban indignados con las detenciones. A todos les parecían estúpidas y abusivas. Mihail miraba a Mircea y lo escrutaba con atención: gestos que había olvidado, su retórica, mil temas lanzados al azar, tan seductor que le costaba no sentir el aprecio de siempre; con el aura que hacía que escucharle fuese más estimulante que hablar con cualquiera, que obligaba a sus interlocutores a poner en las palabras lo mejor de cada uno; con aquella presencia expansiva que rápidamente los convencía de no ser tan vitales y agudos como él. Mihail movió los labios para decir que sólo se trataba de la dictadura que habían deseado a condición de que no les tocara a ellos y les permitiera golpear a los demás, pero se lo pensó mejor y se quedó callado. Se preguntaba dónde estaría Nina.

Pocos días más tarde, se la encontró en el tranvía 16, como la primera vez. Mihail tenía delante a una señora que parecía esperar la próxima parada. La desplazó cortésmente para ocupar el asiento que dejaba libre y, cuando movió la cabeza, sintió que el corazón le daba un vuelco. Nina se lo quedó mirando como si el tiempo transcurrido entre los dos estuviese concentrado en sus ojos, con todos sus silencios y sobreentendidos, y a Mihail le embargó la sensación de que, si se acercaba un poco más, sería recibido por el entendimiento de lo muy complejo, por unos labios conocidos y a la vez por conocer que aceleraban el ritmo de su aorta. No era del todo atractiva, no. En los frunces laterales de los párpados se le notaba que era mayor que ellos; sin embargo había algo en su discreción, en su talante dispuesto a aliviar las incomodidades cotidianas, que provocaba un magnetismo del que carecían Sorana o Leni. Dudó una décima de segundo y, en la palpitación que lo arrastraba hacia ella, la idea de que en un segundo podría decidirse algo definitivo creció dentro de él y le hizo saltar del tranvía.

Mihail pasó semanas turbado por ese impulso repentino: la vida está hecha de galerías entrecruzadas por las que puedes caminar hasta la muerte sin juntarte con quien debes, separados sólo por un paso, por un equívoco. Así que decidió marcharse nuevamente a Balcic. Descalzo, junto al mar, con ropa ya de primavera, paseando por la orilla con un comandante y algunas mujeres

que se alojaban en su misma pensión, le resultó más fácil tomar perspectiva. Incluso alcanzaba a comprender las razones por las que Ralea, a quien escuchó decir que la abolición de la Constitución sería «una catástrofe bíblica», había decidido abandonar su partido y aceptar el cargo de ministro. Porque allí podía entender hasta lo que menos compartía, mientras andaba por un bosque situado a sólo cincuenta metros de la playa, después de romper la rama de un peral silvestre y hacerse un bastón con un tallo. Nadó durante media hora, en el agua fría, sin que nada se interpusiese en su avance, como en una levitación natural, sin esfuerzo. Luego extendió la palma de la mano para rozar la arena y tuvo la sensación de que en cualquier punto del cosmos había sitio para él, confiando en las ondas verdeantes, percibiendo que todo lo que vendría estaría bien por mucho que el viento le golpease la cara, afortunado por aquellas dádivas de las que no era el único destinatario. Bregó, gritó, se quedó aturdido bajo el sol y regresó al pueblo tarde, tostado y con una calentura en la que se le juntaban la brisa y la alegría de estar vivo.

La mujer del comandante no había dejado de mirarle en la playa, sorteando la presencia de su esposo, lanzándole insinuaciones. Y esa misma noche llamó a su puerta. Era una señora guapa con una tragedia muy simple: un marido impotente y con celos de loco, una vida provinciana, una carencia de escapatoria y de hijos. Lo besó sin secarse las lágrimas y Mihail la rechazó con tacto, enjugándole las mejillas, como a una hermana pequeña. El sexo era igual en todas partes, el mismo barboteo, la misma espuma, la misma humedad. Y él, después de Leni, necesitaba que todo fuera más suave.

Por la mañana, lo primero que vio al descorrer las cortinas fue a una muchacha salir de la villa de enfrente, corriendo camino abajo, en pantalón corto, camiseta sport y una blusa naranja refulgente a la claridad del día. Quizás era una chica que no tuviera nada de excepcional, pero en ese momento a Mihail le pareció la juventud, la libertad y la mañana. *Une jeune fille en fleur* que le hizo acordarse de Leni: Leni en el Melody, con él y con Froda, saludos, coqueteos, reclamos; Leni desnuda en la cama; Leni en la puerta, colocándose su echarpe, con una sonrisa irónica, escuchando que no volviese más, sus quejas: «Balcic es el único sitio en el que me resulta imposible desmoralizarme». Estaba otra vez relejendo a Proust y, al mirar a la joven por la ventana, pensó que siempre había una Odette, una Rachel, una Gilberte: una Lilit. «Esa muchacha va muy ligera por la vida», le vino la voz de su padre la

primera vez que lo sorprendió en Brăila con una chica. Mihail apoyó la frente sobre el cristal. Cerró los ojos y, al doblar la esquina, vio a Leni paseando despacio, cogida del joven apuesto que iba a su lado. «¡Leni!» Ella abrió los ojos de par en par, con la calculada simpatía de quien quiere ganarse a todos. «Leni, me alegro de verte, he estado hasta las siete en la Audiencia por lo de tu pleito, se ha aplazado hasta el 17 de septiembre.» «Hasta el 17 de septiembre», repitió ella como si tomara nota. «Te he llamado a casa y no respondía nadie, ni en el despacho de Froda; pasaba por aquí; no te estaba espionando.»

¿Qué fue lo que sintió?, se preguntaba Mihail con la cabeza pegada al cristal. Si no hubiera estado allí, en ese preciso instante, la vida habría seguido igual, él no hubiese visto nada y no se habría puesto en ridículo. Pero estuvo. Y después, en su casa, sólo deseó que dieran las nueve y Leni se encontrara en su camerino del teatro; no tanto porque quisiera verla, sino para que no anduviese con nadie. Luego recibió una nota suya: *Querido Mihail, o no te enteras o no quieres hacerlo o no ves más allá de tus narices...* Y la referencia explícita al texto de su obra de teatro: *... Pero tú comprendes rápido cuando quieres... Con tu arte de enseñarles a los otros los juegos que al final tú mismo acabas perdiendo...* Yo había creído tenerla y era ella la que me había tenido a mí, se dijo despegando la frente de la ventana, en la pensión de Balcic, con el mar de fondo, a lo lejos. La luz del sol creciente iba abriendo poco a poco el día, haciéndose cada vez menos vaporosa, impregnándolo todo de blanco y azul: la pasión y la piedad por los guijarros de la playa, por los pinos frágiles, por el verde esmeralda del horizonte; aquella ternera huérfana. Porque la rabia que le producía el desapego de Leni no era rabia, lo sabe ahora Mihail, sino miedo a una soledad sin matices.

Volver del mar y encontrarse con la atonía imperdonable de costumbre, con la incapacidad de quedarse en casa solo por las noches, con su cansancio de persona que se agotaba perdiendo el tiempo en nimiedades. Volver a Bucarest tras vivir al sol y toparse con un tumulto de luces artificiales y voces, con su infructuosidad literaria y su desidia como abogado, con que habían vuelto a detener a Nae. Mihail preguntaba aquí y allá, pero no recababa datos concretos. Telefonó un par de veces a Mircea y no contestó nadie, hasta que dejó de insistir temiendo parecer indiscreto. No sabía si habían internado a

Nae en el campo de Miercurea-Ciucului o estaba bajo arresto domiciliario, si lo habrían implicado en el proceso contra Codreanu, si se debía a la carta llena de amenazas que dirigió a Nicolae Iorga, si perdería la cátedra. *Tú estás sustancialmente enfermo, porque sólo puedes sufrir*. Mientras, él caminaba de un lado a otro sin sentido, sin saber adónde dirigirse, a quién preguntar, el mareo de caras desconocidas que chocaban contra la suya como el viento de Balcic, rodeado de fantasmagorías.

No dejaba de anonadarle la observancia estricta que hacía Marietta Sadova de las reacciones de penitencia y contrición que siguieron a los arrestos legionarios: el ayuno riguroso de los viernes y los martes; la lectura continua del *Oratorio de la madre del Señor* en su edición del Santo Sínodo; la oración invocatoria de Moța que excluía la lectura de periódicos y libros, la asistencia a espectáculos, y hasta el alcohol y el tabaco. Había que ver a Marietta en plena *imitatio Christi*, con la casa llena de velas, una tarde que fue a visitarla para ver si sabía algo de Nae y Mircea. Pero tras escucharla tararear el himno de la Legión, Mihail salió escopetado. Sin pensarlo cogió el autobús y se dirigió a casa del joven matrimonio con el que había coincidido en la playa junto con el comandante y su esposa. No tenía la intención de quedarse más de media hora, y se encontró inesperadamente con una noche de Balcic.

Estaban todos menos el comandante y su mujer. También había algunas jóvenes como Zoe Ricci, una pintora que conoció en casa de Lena Constante. Pasó toda la velada junto a ella: al principio, por casualidad; y, después, porque empezó a gustarle, porque ambos se dejaron llevar por esa forma colectiva que surge entre los invitados en una fiesta de subyugar silencios, apresurar resultados y hacer de un galanteo un inicio de noviazgo. Salieron al balcón, en las afueras de la ciudad; hierba seca, edificios aislados, graznidos oscuros, postes de teléfono; Zoe en una *chaise longue* y Mihail a sus pies. Le pareció terriblemente joven, recuerda, rememorando sus ojos felinos, su boca pequeña, sus pómulos perfectos. Besaba con timidez pero también con desazón, con una mezcla de deseo de agradar y angustia desesperada. Más tarde fueron a casa de ella, que olía a acrílicos. «Qué bonito es no estar sola»: lo mismo que decía Nora, la protagonista de la novela sobre el accidente que Mihail tenía medio abandonada. Y mientras la acariciaba, se preguntaba qué pasaría a partir de ahora. Una relación no, se repetía de continuo, con lo que le

estaba costando romper con Leni. Aunque quizás esa chica le ayudaría a terminar de una vez por todas. Al amanecer, Zoe le dijo: «Tienes una cara que se olvida fácilmente». Y cuando Mihail regresó a su casa, se sentó delante del manuscrito y puso en boca de su personaje esas mismas palabras.

Luego, con un cosquilleo agradable, a fecha de 24 de mayo de 1938, escribió en su diario:

No sé adónde me llevará esta nueva historia. La acepto con cierta inconsciencia. No sé cómo podrá terminar. Por ahora, soy feliz de que sea tan joven y guapa. Desnuda, es maravillosamente hermosa. Tiene unos pechos pequeños y firmes, tiernos como los de una adolescente. Semblante adusto y mirada dura, un tanto triste, con expresión de desaliento, pero el cuerpo es vivo, deportivo y cimbreante. Me gustaba oírla respirar en mis brazos y acariciarle el pelo negro un poco áspero. Pero sobre todo me gustaba verla haciendo planes sencillos e irrealizables para las vacaciones de verano, en alguna aldea de montaña, nosotros dos solos; durante el día cada uno trabajaría por su lado y por la noche nos amaríamos... Es la felicidad, mi imposible felicidad.

Sin embargo, Zoe había tenido una vida mucho más compleja que la suya. Esa muchacha de apariencia inocente había querido matarse. Llevaba consigo un amor desgraciado que permanecía en las cicatrices de sus muñecas. Era tan atractiva, tan delicada..., y apenas podía disimular las ganas de morir, su indiferencia. Hablaba sencillamente pero, al mismo tiempo, con un desánimo que era como si ya no esperara nada. No veía que sólo tenía veinticinco años, que acabaría saliendo de su desmayo, que alguien la llevaría de nuevo a la vida. Y ¿por qué no podía ser él?

¿Y por qué ha salido tan temprano?, se pregunta ahora también Mihail, mientras paga lo que el camarero ha querido hacer pasar por café turco con una inclinación natural al engaño. Tampoco es que haya tardado tanto en echar la carta al capitán Bachman. ¿Ha sido por el nerviosismo del primer día de clase? Aún tiene tiempo de estirar un poco las piernas, así que decide caminar un rato; pero nada más ponerse en movimiento, empieza a toser de nuevo. Cerca de allí se enteró de la desaparición de Mircea y de que estrenarían

Juegos de vacaciones. Se encontró en el estanco con Polihroniade, que estuvo detenido tras el asesinato de Duca y conocía de primera mano Ciuc: tembloroso, pálido. No era aún seguro, dijo. Mihail había leído, al abrir *Timpul* en la cola para comprar tabaco, que su obra inauguraría la temporada en la Comedia y que los ensayos comenzarían el 20 de agosto. Pero nada, ni la más que probable detención de Mircea, ni Zoe, ni los requerimientos que le llegarían del teatro, pensó, iba a disuadirle de marcharse fuera de Bucarest para acabar de una vez *El accidente*. En cuanto a Leni, desde que quedaba con frecuencia con Zoe la percibía lejos: la vio dos o tres veces y fue como si no la tuviera enfrente; le resultó reparador mirarla con ojos normales, ni asombrados ni interrogantes. Sabía que en Sinaia o en Breaza podría cruzarse con ella o con otros conocidos que lo distrajeran; con las putas, periodistas y jugadores del casino de Sinaia; por lo que a finales de julio se marchó a Bran.

La villa del doctor Stoian era un lugar tranquilo y limpio, cerca de un bosquecillo, una especie de parque con un arroyo que pasaba por debajo de la ventana del cuarto que había alquilado Mihail. El paisaje le recordaba a Breaza pero también a Ghilcoș, aunque resultaba más variado en su colorido y tampoco daba la sensación de alta montaña. Cada vez que salía de paseo encontraba algo nuevo, recovecos en los que tenía la impresión de encontrarse en Sceaux, donde vivía Poldy. Se concedió los tres primeros días de reposo y al cuarto empezó a escribir, consciente de que quizás fuera la última oportunidad para terminar la novela que arrastraba desde hacía dos años. Sin perseverancia, disciplina y continuidad, se decía, *je ne vaux rien*. Pero siempre que se disponía a retomarla le atoraba la misma incertidumbre, como si la experiencia y los libros publicados no sirvieran de nada: una inseguridad que no tenía cuando escribió el primero y que lo incitaba continuamente al abandono. Porque qué bien se estaba fuera, en el prado. El verano invitaba a tumbarse en una hamaca y disfrutar de lo que deparase el día. A diferencia de Mircea, pensaba Mihail, de un escritor constante él sólo tenía el remordimiento. Por eso se sentaba una mañana tras otra con resignación, sin entusiasmo, mientras miraba por la ventana con anhelo. Cuando al fin logró meterse en la historia, le encargaron una crónica urgente para la revista y, al mismo tiempo, le enviaron las correcciones del estudio sobre Proust, que ya casi tenía olvidado por lo que tardaron en publicarlo. Se acordaba de una cosa que le dijo Mircea hacía mucho tiempo: que traía suerte empezar un capítulo

nuevo en lunes; y, sin audacia ni confianza, escribió tres o cuatro líneas después de otro par de días dedicado a lo inmediato.

¿Qué habría sido de Mircea?, se preguntaba. ¿Estaría en el campo de internamiento de Ciuc? Como no veía su firma en *Vremea*, imaginaba que seguiría arrestado. No tenía ninguna noticia de él ni sabía quién podría facilitársela, puesto que Nina también había desaparecido o no cogía el teléfono o siempre estaba fuera de casa, buscando tal vez la manera de liberar a su marido. Sólo le quedaban tres días en Bran, y las dos semanas en las que había permanecido esclavizado a la silla le parecieron que habían volado tan rápido como los pájaros que veía desde la ventana. Entonces la sensación de provisionalidad, de estar ya en otra parte cuando aún no se había ido, le dificultó todavía más el trabajo. Tanto, que los últimos días los pasó igual que cuando llegó: tumbado en una *chaise longue*, bañándose en el arroyo, leyendo una novela inglesa, disfrutando del olor a bosque y del silencio atravesado por el rumor del agua y los insectos: jugando con otros huéspedes al ajedrez, al ping-pong y al balonvolea.

El regreso de las vacaciones fue como siempre: como una sombra que esparciera sus cenizas. Se acercó a casa de Marietta Sadova, después de una primera noche sin dormir debido al ruido y el calor sofocante, y le preguntó por Mircea. «Lleva casi un mes en Miercurea-Ciucului», le dijo con sequedad. Una Marietta que, a continuación, se mostró más desenfadada que nunca, lanzando rayos contra los judíos barrigudos y las judías enjoradas, como si la presencia de Mihail fuera más un acicate que un impedimento: reproduciendo el lenguaje de *Porunca Vremii*, el *Stürmerrumano*. También le informó de que Nae acababa de regresar del mismo campo, y esa noche Mihail volvió a soñar con él: ambos estaban en el patio del instituto de Brăila, discutiendo con vehemencia, el profesor muy alterado porque su discípulo se había atrevido a denigrar a la Guardia de Hierro.

Mihail, además, debía dinero a casi todo el mundo. Tras pasar a devolver la mitad de los veinte mil lei que le prestara Aristide, se armó de valor y fue a la calle Palade. Encontró a Nina sola. Al abrir la puerta, *Joyce* se abalanzó sobre él. Sólo el perro, que ladraba alborotado, pensó Mihail, parecía acordarse de que hubo un tiempo en que aquélla era como su propia casa. Nina se encargó con su mirada de hacerle ver que era una situación embarazosa. En

efecto, Mircea seguía encarcelado. Mihail permaneció en el umbral y ni siquiera la rozó cuando se despidieron. No supo qué decir. Deploraba lo que estaba pasando. Le afligía lo del profesor y lo de Eliade. Pero tampoco podía dejar de pensar que sus acciones habían sido un vulgar cálculo político, en el caso de Nae, y una triste idiotez en el de Mircea; una mezcla de farsa y oportunismo; un patético afán de notoriedad que, tarde o temprano, habría de tener consecuencias.

Se acuerda de un paseo que dio por esta misma zona con Leni. Caminaron hasta llegar al Dâmbovița y luego siguieron hasta el puente Elefterie. «Estás guapa», le dijo Mihail aquella tarde en la que los castaños sacudían los copos de nieve como flores frágiles, «hay un pacto entre tú y tú, y ese pacto se llama belleza». Días placenteros. O de malentendidos, como los llamaba ella. Rachas de frialdad y de rupturas a medias y de súbita cordialidad, entre sus prisas y su atención a cómo le sentaban los vestidos, el colorete, el peinado. Qué diferente era Zoe: «Me da lo mismo, mi amor. En cualquier sitio donde estemos solos. De todas formas, vas a dejarme». «¿Por qué?», se enfadó él. Y ella, digna pero intranquila, con una sonrisa velada llena de aceptación: «Porque no me quieres». Recuerdos que lo mismo se desvanecen que regresan con una presencia vívida: de pronto, como cuando se quedaba enredado en el ambiente del bar Continental, le entra prisa por volver a la parada del tranvía; Camil lo ha entretenido demasiado y debe regresar a las ocho de la tarde; ha quedado con Zoe aunque lo que más le apetece es leer o escuchar música, acostarse temprano. Decide explicárselo tal cual y pedirle disculpas cuando llegue, pero en ese momento suena el teléfono. Ni estaba en casa, ni podía acudir a su cita, le dijo Zoe: «Me han secuestrado. Ya te contaré». Y en lugar de leer como había deseado, se puso a recorrer el espacio del salón de un testero a otro. Me han secuestrado... Y luego regresaría con su secuestrador a casa. ¿Acaso no tenía derecho ante la falta de confianza en el porvenir que él le ofrecía?, rumiaba Mihail. ¿Y a santo de qué se complicaba la vida con relaciones que, al final, sólo le dejaban un sabor a escoria? Encendió la radio. Al principio le divirtió algo que no pudo reconocer y que le pareció ingenioso. Sin embargo, en lugar de remitirla, le acrecentó la angustia. Resultó ser *L'Histoire du soldat*, de Stravinski. Pero seguidamente pusieron el *Concierto para piano número 17* de Mozart y, mientras lo escuchaba, sintió el

gusto de estar tumbado en el sofá, sin ningún compromiso ni preocupaciones: la música como un cálido albornoz después de un baño de agua fría.

Mira el rectángulo del reloj. En realidad no es tan tarde. Podría incluso seguir andando un poco y volver por cualquier calle. Ve en un cartel el anuncio de *La estrella sin nombre* y recuerda el del estreno de su primera obra: TEATRO DE LA COMEDIA. MIÉRCOLES, 14 DE SEPTIEMBRE DE 1938. INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA DE INVIERNO. *JUEGOS DE VACACIONES*, DE MIHAIL SEBASTIAN. CON LENI CALER, GEORGE VRACA, MISU FOTINO YV. MAXIMILIAN. Los ensayos iban mal, se acuerda Mihail. Y le asustaba lo poco que Leni comprendía algunos pasajes. Las escenas que precisamente él escribió pensando en ella. No quería darse los aires de esos autores que aseguraban sangrar por su texto. No quería tomarse el teatro en serio. Pero le asombraba lo que les costaba a los actores entender los matices más simples. Recordaba lo que se decía de Leni cuando la conoció: «Es una esperanza para la dramaturgia rumana, por su voz clara y potente y por su atinada gesticulación», cuando lo cierto era que articulaba cada sílaba como una bola de hierro en una nuez de hojalata. Además, le indignaba que hubieran previsto sólo tres semanas, que hubiesen excluido de antemano la posibilidad de éxito. Aunque nada de eso importaba, se decía Mihail. Si la obra era suya, su representación ya no le pertenecía. Lo único que le interesaba era cuánto dinero podría sacar de ella.

El teatro, no obstante, le producía un placer que no le daba la novela. Desde el arco del proscenio, contemplaba las luces, el vestuario, y a veces se volvía e imaginaba la gente que iría al estreno. La novela sólo deparaba un orgullo solitario, o ni eso; mientras que el teatro ofrecía la satisfacción de la inmediatez; y, sin embargo, no dejaban de irritarle los comentarios que escuchaba: «¿Tiene música tu obra?», «¿*Juegos de vacaciones?*, ¿otra comedia de colegiales?», «deberías cambiar el decorado en el tercer acto, el público se aburre con uno solo». No podía asistir a un ensayo sin llevarse las manos a la cabeza o llamar al orden a alguien, pues todo le sonaba a artificio, adulterado por boca de los actores y el director, carente de vida. Para sorpresa suya, fue a uno de los últimos y apreció un sustancioso cambio. Leni se desprendió con una interpretación conmovedora que le produjo a Mihail en su interior algo sordo, melancólico, no supo qué tipo de posibilidad que se

abría hacia cierta esperanza: qué extraña debía de ser la profesión de actor para que alguien pudiera hacer bien lo que ni siquiera entendía.

Cuando colgaron los primeros carteles por la ciudad, Mihail se quedó con dos. Uno se lo mandó a Sceaux a su madre y el otro lo colocó en la pared de su cuarto. Se pasó un rato mirándolo, con la ilusión de un amante del teatro. Hasta fue a hacerse una foto para los programas. Pero el penúltimo ensayo lo sumió en la desolación. Nada convincente, ni un solo adarme de verdad: todo afectadísimo, hueco. No se rio ni una vez, ni encontró un solo momento auténtico. La estupidez nunca podía ser arte, ni siquiera ingenio, y de ella no eran los actores los únicos responsables. Salió de allí tan deprimido que pensó en marcharse lejos para no estar en Bucarest el día del estreno. Sin embargo, ¿cómo se le ocurría irse en esos momentos? Se le acababa de estropear la radio, pero proveniente de la del vecino oyó con nitidez a Hitler. No tenía la menor idea de lo que estaba diciendo: le bastaba con los aplausos interrumpiendo sus bravuconadas, aquellos vítores demenciales que destapaban una ira de tenderos y viudas de sargento obedientes o muertos de miedo o embriagados por aquella jerigonza áspera, mitad niebla mitad obscenidad, que encontraba su eco en el bramido de miles de gargantas. ¿Cómo tomarse en serio el teatro? Los telegramas hablaban de los Sudetes, de ultimátum, de que los alemanes habían entrado en Checoslovaquia: dos democracias occidentales obligando a otra a someterse a los abusos de un dictador. ¿Sería posible que mañana mismo lo vistieran de soldado?

Mientras, el último ensayo le resultó aún más estridente, más superficial y más falso. No podía entender cómo, a los actores, no les asustaba la ironía del término con el que se denominaban. Mihail tenía la impresión de estar en medio de la tripulación de una nave al garete en la que cada uno quería salvarse por su cuenta: que la función fracasase era irrelevante, con tal de que ellos tuvieran éxito y les aplaudieran. Ni uno solo se preocupaba de interpretar. Todos venían con sus gesticulaciones, sus quejidos y su tos de casa, y lo aplicaban al papel que fuera, como cuando Leni recitaba: «Usted es bucólico. Un dios Pan en pantalones blancos y *baskets*. Un dios Pan en una *chaise longue*. Un dios Pan que ni siquiera sabe portar un ramo de flores». Entre *Desde hace dos mil años* y *Juegos de vacaciones* había diferencias que no tenía derecho a olvidar, se dijo para calmarse Mihail. Si aquel libro trataba de algo relacionado consigo mismo, esta obra era una sandez y, como criticó

Mircea, una bagatela. «Será un éxito», le repetían. Pero ¿qué clase de éxito podía ser aquel sobre el que todo el mundo estaba en condiciones de formular un pronóstico?

Después de ese último ensayo salió a cenar con Leni, a Wilson, los dos solos. Se recogieron muy tarde. Leni había actuado en el tercer acto con tanta naturalidad y emocionándose de forma tan sincera, que Mihail descubrió no sólo que ella había comprendido perfectamente el personaje, sino cuánto había menospreciado él aquello de lo que no podía zafarse. De recogida, se pararon delante de un cartel y leyeron sus nombres, impresos uno junto al otro. Los envolvía el primer frío de septiembre y la luz de las farolas, anaranjada y silenciosa, iluminaba un misterio que ambos sentían contiguo al de ellos. Después de que una pareja apresurada entrase en un portal, eran los únicos que quedaban a esas horas en la calle, bajo la oscuridad serena y plácida de la noche con su cielo espolvoreado de estrellas, y la luna definida con precisión absoluta.

El día del estreno el público ríe, se emociona, aplaude. Entre los asistentes puede ver a Zissu enjugándose una lágrima. Él apenas presta oídos a la interpretación y, al terminar, todos confirman que ha sido un éxito. Mihail había decidido meterse en un cine y sólo llegó comenzado el tercer acto. Lo suficiente para asistir al ambiente de satisfacción y de fiesta. Las crónicas de la mañana fueron elogiosas. El teléfono no paró de sonar. Fuera a donde fuera le llovían las felicitaciones. Durante la primera semana todas las críticas resultaron favorables, algunas incluso entusiastas, abrumadoras. La taquilla también parecía marchar bien, en aumento conforme pasaban los días. Y aunque le enojaba el modo absurdo con el que el público se reía donde no debía, cada vez que iba a una función Mihail se dejaba contagiar por la atmósfera regocijante de la sala, con los balcones y el patio de butacas hasta los topes. Pero a la risa rápidamente le seguía la consternación. ¿Habría escrito un sainete? A Rossetti no le gustó la obra: no hubo necesidad de que se lo dijera; Mihail se lo notó. Sus amigos tampoco lo llamaron después del estreno. Ni Camil ni Marietta le dijeron nada de su comedia. Cuando se encontraba con un antiguo miembro de Criterion, los parabienes eran tan evasivos y comprometidos que Mihail no sólo sospechaba que ni siquiera había ido a verla, sino que le entraban ganas de pedirle perdón por haber

escrito algo tan vergonzoso.

Le extrañaba la afluencia de público. Por la noche, a la salida de los restaurantes llenos de artistas con los que parecía que no iba la cosa, se respiraba una especie de lividez cansada en gentes que ya hubieran renunciado. Chamberlain había vuelto a Londres con las reivindicaciones de Hitler bajo el brazo. Poldy lo llamó desde París. Estaba convencido de que Francia decretaría la movilización general y le preguntaba qué hacer con mamá. Decidieron que volviese a Bucarest, aunque a Mihail le aterraba que pudiera cogerle la guerra por el camino, sin hablar más que rumano. Pero si finalmente estallaba el conflicto, y Poldy y Beno tenían que enrolarse, tampoco podía permanecer sola en Sceaux. La lejanía de sus familiares le afligía en lo más hondo. Ojalá su madre no tuviera que presenciar otra guerra, se decía Mihail; ojalá no se viese obligada a perder lo poco que le quedaba; ojalá pudiera pagar él todo por ellos: para que sus hermanos no tuviesen que ir al ejército, su madre no viviera más bombardeos y su padre no asistiese a la muerte de ninguno de sus hijos. El acuerdo de Múnich les garantizaba una paz de la que no tuvo valor para alegrarse. Los dejaba vivir, de momento. Pero en Rumanía abría la puerta a un gobierno legionario.

Hasta que las salas de espectáculos se quedaron casi vacías. Entonces Mihail se sintió responsable ante los gestores del teatro, como si los hubiera forzado a hacer un mal negocio. Los simulacros de defensa pasiva habían sumido a Bucarest en la negrura, con las farolas apagadas, los postigos cerrados y las sirenas antiaéreas. Seguía viendo a Leni y a Zoe en retirada, mientras la taquilla bajaba estrepitosamente. Qué triste era presenciar una obra que se acercaba a su fin. El promotor teatral parecía desanimado.

—No me hagas reproches, por favor —le dijo Mihail después de que, para una sesión, sólo se vendieran dos entradas.

—No tengo ningún reproche que hacerte —le respondió Sică—. Estoy muy contento de haber montado tu pieza. Es la gente la que me deprime. Me confirma que no tenemos público para espectáculos sutiles. Tu obra no sólo era buena, el montaje estaba logrado. Tuvimos un estreno estupendo. Todo en la primera semana aseguraba el éxito.

Una mujer llamada Alice Theodorian, que había visto la obra siete veces, empezó a telefonarle todos los días, a invitarle a comer, a insistir con lo que Mihail interpretó como provocaciones e indirectas, no dejando pasar ocasión de manifestarle cuánto lo admiraba. Comenzaron a verse y un día Mihail desayunó con Zoe, durmió la siesta con Alice y pasó la noche en casa de Leni, donde vio un acuario idéntico al del despacho de Sică, aprovechando que Froda estaba de viaje. Qué ironía la de su destino, pensó, judío y con aires de *homme à femmes*. Aunque su temperamento era el de un hombre hecho para una vida ordenada, vivía sumergido en un mar de trivialidades. Lo único que le preocupaba era que su madre estuviese bien. Así que, a pesar de lo mucho que le desagradaba pedir un favor, le suplicó a Ralea que hiciera algo por ella, retenida en la aduana en una especie de cuarentena, junto con otros millares de judíos a los que no dejaban entrar ni volver, aun teniendo pasaporte rumano.

—Qué tiempos más horribles vivimos —se lamentó Ralea, con aquella tristeza que no le impedía sobrellevar cómodamente sus conflictos de conciencia.

Su padre estaba a salvo, en Brăila, donde parecía que se hubiera atrincherado desde la caída de Iuliu Maniu. El negocio de importación de tejidos familiar ya había comenzado a hacer aguas con los liberales, a quienes el padre de Mihail responsabilizaba exclusivamente de su declive, pero no quebró hasta que las medidas de Goga terminaron de asfixiarlo. Sin embargo negó su bancarrota hasta que la ruina se hizo obvia, poco después de prestarle a Mihail la suma de la fianza para su piso de Calea Victoriei. Él había pedido esa cantidad de dinero porque, aunque sospechaba que en su familia las cosas no iban bien, era mayor su deseo de confort e independencia. En cuanto a sus hermanos, ignoraba si seguirían en Sceaux o los habrían movilizado. Recordaba cuando vivían todos juntos en Brăila; el día que Poldy les comunicó que había decidido emigrar a América; el alquiler del número 45 de la calle Antim, su último año de licenciatura, en los tiempos en que el negocio de su padre aún prosperaba, y adonde acabó trasladándose su madre también. En Antim había vivido con ella y con Beno, una vez que Poldy se estableció de forma definitiva en Sceaux, mientras su padre iba y venía de Bucarest a Brăila. Y ahora que por fin se había mudado a su piso de soltero como siempre deseó, pensaba Mihail, el mundo se hundía irremisiblemente.

Su apartamento. Ayer por la tarde lo volvió a ver. Era un estudio espacioso y blanco, con mucha luz, en la octava planta de aquel edificio céntrico. Desde la amplia terraza en la que cabían tres hamacas abiertas, veía en semicírculo casi toda la ciudad, como si entrara en barco en la bahía de Nueva York, flotando entre *buildings*. Allí iba a poder al fin concentrarse y aislarse de los múltiples requerimientos: un lugar para él solo, del que sentirse dueño; una cómoda en la que guardar lo que quisiera; cuatro paredes entre las que recogerse y donde nadie pudiese entrar sin llamar a la puerta. Pero la primera tarde que pasó en su nueva casa sonó el timbre y, al abrir, se topó de bruces con los ojos rasgados de Zoe. Tenía la mirada oblicua que se le volvía violeta, del color de la ciruela, cuando estaba alegre y su rostro se iluminaba repentinamente. La besó nada más hacerla entrar, la metió en la cama y la dejó allí, ronroneando como una gata, mientras bajaba a Nestor a comprar pasteles. En el ascensor le hormigueó la excitación de tener a una mujer guapa arriba, entre las sábanas, esperándolo.

—¿De verdad eres tan joven? —le preguntó en cuanto regresó.

—¿Y de verdad tú eres tan viejo? —le respondió ella.

Varios días después Mihail recibió la visita de sus padres y Beno, que también pudo volver gracias a las gestiones de Ralea. Venían de la función y estaban emocionados. Por estar de nuevo juntos y por la obra de teatro.

—Me alegro mucho de que las cosas te vayan bien —le dijo su madre abrazándolo.

Traía dos crisantemos, las únicas flores que pudo comprar —dado que todos los puestos estaban cerrados— y que entraron en aquel apartamento. Allí Mihail no tenía radio, y sólo podía poner en el gramófono la *Cuarta sinfonía* de Brahms, pues los demás discos los había prestado o perdido con la mudanza. Por eso no fue hasta la mañana siguiente, en la calle, cuando se enteró del asesinato de Codreanu. Estrangulado por los guardias que lo trasladaban de la cárcel, se rumoreaba. En un intento de fuga, según la prensa oficial. Había quedado con Cella Seni y apenas fue capaz de prestar atención a lo que decía: «A mí nunca me han llamado para intervenir en una mesa redonda, en ningún encuentro literario, pero que ahora no te inviten a ti...». Sin venir a cuento, y después de reprocharle lo poco que se veían y que no hubiese escrito una reseña de su libro, Cella Seni le contaba un sinfín de cosas sobre el pasado de Zoe, sobre ese amor terrible del que la propia Zoe le había

hablado en verano. Él no le había solicitado esa información. En realidad, no sabía por qué tenía que comer con ella. Por su vieja amistad. Por un afecto pretérito del que no hallaba ni un retazo. Pensaba en las consecuencias que podría acarrear la muerte de Codreanu, pero Cella lo atraía hacia sí. Entonces le soltó con la mirada perdida:

—Estoy cansado de tu victimismo.

—¿Cómo dices? —se sorprendió ella.

—Que estoy harto de que siempre te estés quejando. De tus cambios de humor. De que continuamente me hagas sentir que te debo algo.

—No sé de qué me hablas. Me dejas de piedra.

—No puedo soportar más esta tensión —dijo sin mirarla en ningún momento—. Tus indirectas. Tus nervios.

—Estaba bromeando. ¿De verdad eres tan susceptible? Yo hacia ti sólo albergo cariño. Me entran ganas de llorar. Te escucho y no te reconozco. Me humillas y creo que no lo merezco. Pensé que eras mi amigo.

Años de contención y cinco minutos descontrolados. Un instante de violencia y, después, alivio. Cella Seni había conseguido que, a la salida del restaurante, Mihail tuviera la impresión de que la chica con la que se había acostado dos noches atrás, la misma que tras hacer el amor anduvo haciendo piruetas desnuda sobre el parqué de su piso, era para él una desconocida. Y ese pensamiento se fundía en la evidencia de que todo a su alrededor, todas las cosas agradables y duraderas, todo en lo que creía y se había apoyado hasta ahora, perdía consistencia, cambiaba de color, mutaba de realidad y de tiempo.

Leni se había marchado de gira sin despedirse. Además Mihail le mandó una orquídea a Nina con una nota en la que le preguntaba si podía ir a su casa, puesto que desde que Mircea estaba de nuevo libre no habían dado señales de vida. Recibió su respuesta en una carta remitida a la dirección de Antim: *Las duras pruebas por las que hemos pasado Mircea y yo nos han hecho aislarnos por completo del mundo.* Y aunque en un principio la leyó sin amargura, al ver que Mircea había firmado un manifiesto solidarizándose con las víctimas legionarias junto a Nae, le cristalizó el pensamiento, tan aristado y punzante como los añicos de la loza, de que lo que estaba pasando le incumbía de un modo personal, de forma directa, por más que hubiese tratado de negarlo.

Una mañana sin embargo, al llegar a la Fundación, se encontró a Mircea sentado en el hall, hablando con Rossetti y Vulcănescu. Mihail se acercó lentamente para saludarlos y, como en un acto reflejo o como si el pasado prevaleciera sobre el presente, Eliade se levantó de un salto y le dio un abrazo. Acababan de recibir un telegrama enviado por Constantin Noica desde París en el que comunicaba que, tras la muerte de Codreanu, había decidido afiliarse a la Guardia de Hierro y, en consecuencia, devolver cada uno de los anticipos cobrados. En cambio Mircea estaba allí para recordarle a Rossetti que ante todo era un escritor, y que no sólo esperaba que su libro programado saliese como estaba previsto, sino que seguía interesado en dirigir el Instituto de Orientalística sufragado por las Fundaciones Reales.

En la puerta de la editorial, Mihail le propuso dar un paseo juntos pero Mircea adujo que tenía mucho que hacer y se despidieron vagamente. Entonces la soledad que lo embargó allí parado, en mitad de la acera, con la estatua de Carol I enfrente y el Palacio Real a su derecha, le hizo pensar en Leni. ¿Por qué no le dijo nada antes de irse? Mihail había asistido a la última función medio escondido, en el anfiteatro, «¿quién eres tú?, ¿quién soy yo?, yo no sé nada, tú puedes ser el príncipe de Gales y yo una estrella bailarina», desde un lugar en el que pudo verla de lejos, sobre las tablas, «Stefan..., déjame ser la desconocida que se aparta de ti para volver a una vida misteriosa», cerrando los ojos para escucharla sólo a ella, «déjame ser la estrella bailarina que, durante tres semanas, sobre el puente de este barco, se ha divertido haciéndose pasar por una pobre joven sentimental, y tú... continúa siendo mi príncipe de Gales».

Puede que el presentimiento de que sería la última vez, de que todas aquellas palabras no volverían a pronunciarse, contribuyera a que Mihail viviese por fin su obra con emoción, con una música que le decía que nunca más vería las cabezas de los espectadores inclinadas hacia el escenario, en la oscuridad atenuada por las candilejas, asintiendo, haciéndose eco de lo que él había escrito: que no oiría jamás aquellas risas que subían en medio de un rumor vivo y cálido. A su lado había una chica que lloraba. La última muchacha que lloraba por *Juegos de vacaciones*. Y el motivo de la cuarta de Brahms que le vino al contemplarla le sonó a algo que moría, que se iba para siempre, que se desgajaba definitivamente de él.

SEGUNDA PARTE

Desde el puente que cruzaba el lago intentaba escuchar lo que decía el paisaje, y todo lo que no decía, y lo que decían las nubes y el aroma de las flores como un viento austral y el silbo de los pájaros. Al otro lado de la colina estaría el valle. Y recordaba su manto rojo en otoño, con las copas de los cedros y los robles reverberando como llamas sobre la hierba, sujetas a la santidad de sus troncos pardos, y enfilando el horizonte blanco de las montañas entrevistas, alguna choza de campesino con sus almiarés en formas de cono, con sus minúsculas herramientas para recoger el heno y los caminos culebreando las lomas enverdecidas. Todo lo que estaba más allá del agua y había vislumbrado por última vez un mes de noviembre en calma, antes de que cayeran las primeras nevadas, se le desplegaba en la memoria dotado de significado y de luz, al igual que comparecía en las rapsodias de Enescu, en una suerte de reverso de aquello otro que, aun percibiéndolo desde el sitio en que estaba clavado como un poste, no podía ver: la prueba palpable y oculta de una tierra de la que ya no formaba parte; la muestra más certera y humilde de que la naturaleza seguiría su ciclo, con todo su misterio, cuando él ya no estuviera. La llamada de la tierra, como se burlaba Cioran. De aquella región vaga y transfigurada. De aquel país triste con humor, según Eminescu. Polvo eres y en polvo te convertirás. Oteaba las pirámides oscuras de los tejados sobre la fachada rojiza respunteada de arcos de ladrillo, y los hilvanes de la columnata, y comprendía que, a diferencia del carbón y las constelaciones, el hombre dura lo que dura pero menos si alguien se empeña en lo contrario, y que eso precisamente lo obligaba a implorar afecto y a perdonar y a no ser negligente, mientras las briznas de rocío jaspeaban la barandilla y una garza volaba muy bajo y, mucho más allá, palparían los campos de girasoles o maíz y el hálito de los bosques, y los corzos y los paisajes de moreras y las llanuras de Timișoara, y el rojo de las amapolas y el blanco de las ovejas y todo el universo objetivo de acuerdo con el fluir y la caducidad del tiempo: la nítida claridad de la nieve, los ramajes frondosos, la promesa de los meses estivales, un armiño, los prados, los fresnos jóvenes, las numerosas iglesias

veladas por la niebla matutina, los molinos girando en silencio, las margaritas, el sauce sumiso al viento frío, el estanque profundo, bajo las nubes, bajo la lluvia, el caracol que ignora a qué piedra se encarama, el tren expreso que respira con avidez, el niño que se anuda la corbata para la fiesta del colegio, los carros lentos arrastrados por animales, los graneros, la hierba osada, los confines, los ojos negros de los iconos medievales: ardientes, de bestias salvajes.

Estaba allí, sobre el lago, pero no hacía tanto que había paseado por los jardines humedecidos del castillo de Marthe Bibescu, con una copa de *cointreau*, en una de esas noches serenas de principios de verano en las que las estrellas salpicaban la superficie como gotas de tinta clara. Había recorrido los senderos de Mogoșoaia del mismo modo que había disfrutado de las fiestas en la mansión bucarestina del príncipe Bibescu, con sus salas de opulencia bizantino-rococó llenas de tapices y relojes repujados, y le parecía que podía echarse a andar y adentrarse por la vereda trasera del palacio y que, en las escaleras, sobre el pavimento bañado en oro del vestíbulo, Marthe no dudaría en ofrecerle un baño caliente, ropa limpia y un whisky escocés, preguntándole por su última novela, por su ensayo sobre Proust o por los detalles de *Juegos de vacaciones*. Entonces podría contarle quizás, con toda la franqueza a la que invitaban las atenciones desprejuiciadas de los Bibescu, cómo se había ido cumpliendo lo que escribió en *Desde hace dos mil años*; la realización disparatada de su ironía; hasta qué punto se había convertido en un húligan, sin quererlo. Lo que a él le gustaba era escuchar música clásica, le diría, marcharse a Balcic a tomar el sol o subir a Sinaia para luego bajar por las laderas sobre los esquís olvidándose de lo que, por mucho que quisiese, tampoco podía dejar de ser: un intelectual, como lo calificarían algunos, alguien que escribía libros y publicaba artículos de política o de crítica cultural y que, por un motivo u otro, estaba sumergido en la atmósfera de su país, las polémicas de su entorno y las turbulencias de su época. Pero lo que era en realidad, pensaba decirle a Marthe Bibescu, era un hombre que ni simpatizaba con ninguna causa, ni había militado jamás en ningún partido. Un *hombre*, recalcaría esa palabra, al que en otras circunstancias, en una isla desierta con sol y sombra, en plena paz y seguridad y plena dicha, le hubiera sido indiferente ser o no judío. Trataría de explicarle que ahora, sin embargo, ser judío se le había vuelto una carga, un deber, un orgullo involuntario e

inexcusable; y después pasaría a exponerle lo que le repelían las teorías al servicio del momento de Nae; y la deriva de Eliade; y que tampoco se sentía más cerca de las doctrinas tranquilizadoras del rabino de Bucarest o de los políticos del orden constitucional que, antes de que el rey lo redujera a una dictadura encubierta, sus amigos habían tratado de derrocar tachándolo de caduco, débil, ineficaz, clientelista, venal, corrupto. Todo eso era cierto, podría incluso confesarle, pero quién sospecharía que, tras las elecciones del 37, la Guardia de Hierro se convertiría en una opción de gobierno; quién hubiera podido prever, cuando recorrían el país dando conferencias con Criterion, que Eliade o Noica o Cioran no sólo respaldarían en privado, sino que defenderían en público a ese partido, a esa banda paramilitar cuyo prototipo de enemigo encarnaba sin duda él: el judío de clase media que ocupaba algún cargo en la administración o una de las profesiones liberales que debían estar reservadas a quienes acreditaran su pureza de sangre: el mismo judío que seguía acaparando la mayoría de las plazas en la universidad: el burgués beneficiado por las prerrogativas que le daba la democracia, demasiado frágil para corregir las desviaciones del camino que conducía al destino que a saber quién había diseñado para la nación rumana.

Abstracciones, entelequias, colectividades tan vaporosas como gases tóxicos: pueblo, nación, destino, espíritu, renacimiento, judaico. *Creo que nunca he tenido miedo de personas ni de cosas, sino únicamente de señales y símbolos.* Una antigua aversión: la desconfianza instintiva en las metáforas; la preferencia por lo concreto, por las evidencias de los sentidos. Así comenzaba su libro, le repetiría a Marthe Bibescu, que casi con toda seguridad no lo habría leído, y después le preguntaría si eran susceptibilidades suyas, una consecuencia de su hipersensibilidad o egocentrismo o sentido trágico de la vida, una tara de carácter que hacía que rumiase cualquier enfrentamiento como cuando salía por la noche y bebía demasiado y a la mañana siguiente lamentaba haber hablado de sí mismo con una vanidad excesiva, si era un defecto suyo creer que, por mucho que no tuviera un leu con el que pagarse una radio nueva, él era de verdad un colaborador de la monarquía, un privilegiado por las instituciones emponzoñadas del Estado, o más bien un forastero, un intruso, alguien que, conforme la Guardia de Hierro se iba haciendo más fuerte, se había ido convirtiendo en sospechoso también de haber cometido un delito: el delito de no haber reconocido al profeta, de no estar entre el

verdadero pueblo, de apellidarse Hetcher, de llamarse en realidad Iosef Hetcher aunque todo el mundo lo llamara Mihail Sebastian. Él no era más que un hombre, le explicaría a Marthe Bibescu, pero cuando el rey prefirió un gobierno encabezado por Goga con tal de no ceder ante Codreanu, se transformó de un día para otro en un perseguido, en un ciudadano de segunda categoría que ya no podía viajar en tren, ni ejercer la profesión de periodista, ni ver sus obras representadas en los teatros. Hubo un momento en que ni Nae Ionescu ni Mircea Eliade ni Marietta Sadova lo reconocían ya entre los suyos: ellos que se sentían tan marginados y oprimidos y que, sin embargo, prescribían quiénes estaban dentro y quiénes se quedaban fuera; ellos que se creían una minoría y que, poco a poco, a base de silencios y opiniones excluyentes, fueron erigiéndose en el grupo dominante. Pero lo nuevo, tan pasajero como las formas de las nubes, apenas duraba unos meses y rápidamente pasaba a convertirse en lo nuevo viejo; y la caída de Goga no fue sustituida, como todos esperaban, por un gobierno de la Guardia de Hierro, sino por una concertación que, conteniendo a las cúpulas de los más relevantes, excluía la existencia de cualquier otro partido político. ¿No había leído la prensa? A fuerza de no dejar que gobernaran los fascistas, el propio rey había hecho de Rumanía un Estado fascista. Y cuánto tardó Ralea en romper su carné nacional-campesino para convertirse en ministro de Trabajo; cuánto tardó Armand Călinescu, que había ocupado la cartera de Interior con Duca, en aceptar la presidencia del ejecutivo; cuánto esperó Mircea para pasar por la Fundación y asegurarse que su pasado legionario no impidiera que se publicasen sus libros. De cuántos premios y becas y giras culturales y conferencias y ediciones y antologías financiadas por el decrepito régimen habían disfrutado y seguirían disfrutando con el nuevo: ellos que lo llamaban a él privilegiado, comunista, reaccionario, mientras ideaban cuál sería la mejor estrategia para que cambiara «la hegemonía cultural», para que los viejos escritores dejaran su espacio a la generación «emergente» —por más que buena parte de quienes se denominaban a sí mismos «jóvenes» superase los treinta años—, para que un gobierno fuerte de la Legión cambiara de una vez por todas las cosas de manera rotunda, inmediata, definitiva.

La mayoría saltaron como hienas tras la publicación de *Desde hace dos mil años*. Y aunque él había escrito en su réplica que quien no sabe perder con el corazón reconciliado no debería escribir libros, íntimamente le había

costado mucho recuperarse. A algunos, un naufragio, una polémica, una masacre, los dejaban indiferentes; a otros, una duda, una pregunta, un recuerdo, los destrozaban por completo. Otra resonancia. De otro material. Con otra temperatura. En público procuraba aparentar lo contrario, pero en el fondo no le podían dejar de herir los ataques recibidos: todas aquellas voces vengativas, las injurias, las bravatas, y la unanimidad de vocabulario que no diferenciaba a quien hablaba; hasta la amenaza en aquella obsesión por perseguir su libro que incluso le producía eccemas entre los dedos: «cuando un judío se convierte en tonto y renegado, que Dios nos libre», «Mihail Sebastian era un señor periodista del periódico ortodoxo-reaccionario *Cuvântul* de una inhabitual insolencia, que se declaraba en estos tiempos triunfador, burgués, que adoraba al sacristán Nae Ionescu, que daba lecciones de nacionalismo intransigente, y escupía en la democracia y los derechos del hombre», «un escritor falto de talento, que lame la mano que le golpea y maltrata la lengua rumana, un judío huligánico a quien echan del campamento antisemita y hace reverencias a los golpes que le propinan», «pelota, traidor, lastre del gueto», «el buey no habla, sino que muge, y no por tener la lengua gruesa, sino porque su mente y su alma están llenas de imponderables», «no importa lo buenos y justos que seamos con él y los suyos, porque seguirá sufriendo, besarle o pegarle le dará lo mismo, pues llorará de todas formas», «en un momento dado, cuando Hechter quiso huir por patas asustado por unas señales extrañas en el cielo ario, el señor Nae Ionescu calmó su dolor subiéndole el sueldo con dos mil monedas de níquel», «sucio *jidán*», «asqueroso alienígena», «pero te puedo demostrar, Mihail Sebastian, que tú no tienes ni derecho a respirar, por no hablar del de escribir, porque la literatura necesita una limpieza de la morralla como tú, Mihail Sebastian». Cualquiera hombre que grita se vuelve ridículo si su grito cae en el vacío y entonces, a partir de su exasperación, se ve impelido a seguir gritando, a gritar cada vez más para ocultar su propio sonido, del mismo modo que una sola mentira obliga a tejer una red entera de mentiras o una invención provoca una lluvia de invenciones. No quedó piedra sin tirar en aquella catarata, en aquel fuego cruzado entre extremos: «repudia la democracia y los derechos fundamentales», decía *Viața Românească*; «insulta la seguridad nacional y los sentimientos patrióticos», parecía contestar *Porunca Vremii*. Sí, no. Blanco, negro. Marxista cuando hablaba de fascistas y fascista cuando hablaba de marxistas. Húligan, burgués, bolchevique. Las precisiones eran inútiles:

citando fuera de contexto, cualquiera podía demostrar lo que se propusiese. Hasta que la agresividad pasó a convertirse en ópera bufa; y los conocidos y amigos que le denigraban en el papel lo saludaban como si no pasara nada, le pedían un favor, ni siquiera se excusaban. Y muchos de ellos, cuántos artículos habían escrito en la prensa oficial y cuánto habían presumido de las críticas favorables que los medios que denostaban hacían de sus libros. Cómo se las ingeniaban para nadar y salvar la ropa, para estar en misa y repicando, para hacer compatible la rebeldía más radical con las comodidades que les deparaban las instituciones contra las que la dirigían.

Pero ¿acaso él era mejor?, le preguntaría en voz alta a la princesa Bibescu. En las Fundaciones Reales le habían obligado a rellenar un formulario de adhesión al Movimiento y, el día que les visitó el nuevo subsecretario de Prensa, desde el despacho contiguo al de Rossetti, le escuchó hacer una llamada urgente: «Señor ministro, estoy en las Fundaciones. Tengo delante de mí la adhesión de la Sociedad de Escritores al Frente Nacional, pero hay algún que otro nombre impresentable... Mihail Sebastian, por ejemplo. ¿Qué hacemos?», y después de que se marchara, Rossetti le entregó la lista con gesto abatido, y él mismo pudo ver cómo su nombre figuraba entre los tachados. O el Día del Libro, cuando le conminaron a ir con el uniforme del Frente del Renacimiento Nacional, y transigió por miedo a perder su empleo en la Fundación o por pereza: por ese rasgo de temperamento capaz de no dejar por escrito o desde una tarima ofensa sin respuesta y que, sin embargo, prefería rehuir el conflicto directo y dar la razón al desconocido que tuviera delante, plegarse temeroso a quien detentara algún tipo de autoridad, decir sí a cualquier sugerencia por muy gravosa que fuera. O quizás fue simplemente por no pensarlo bien, porque ¿tan difícil hubiera sido ponerse enfermo esa mañana? Luego apenas pudo sobreponerse a la vergüenza: ¿tendría derecho a juzgar la calidad moral de nadie si no había sido lo suficiente fuerte para oponerse a aquella comedia?, ¿qué haría si le sometieran a presiones más fuertes?, ¿cuánto orgullo podría mostrar en una celda o ante un pelotón de fusilamiento?, ¿no era ruin pagar con su libertad interior un sueldo que tampoco daba para tanto? Esa noche pensó que, suponiendo que sus libros pudieran tener alguna vez interés para alguien, el hecho de haber vestido aquel uniforme anularía toda la significación de lo que él hubiera sentido o escrito. «Yo soy un escritor que ha llevado librea», se decía sin poder dormir, dando

vueltas de un lado a otro de la cama, añorando a Leni o a Zoe, un cuerpo al que poder abrazarse. Otros habían muerto en la hoguera por no ceder a muchísimo menos. De ahí que se considerara descalificado; inhabilitado para escribir la palabra «yo» con un mínimo de credibilidad y estima; sin ningún derecho a publicar más, ni una línea. «Yo soy un civil», había escrito en *Cómo me convertí en húligan*, y siempre había presumido de esa afirmación que le parecía una declaración de principios, de independencia y de inconformismo; cargando contra los uniformes y el espíritu de colmena; proclamando su disidencia natural y la única fe para la que se sentía capacitado, la confianza en el hombre solo; vindicando el azar irrevocable —no el privilegio ni la razón metafísica ni el mérito definitivo— de haber nacido junto al Danubio y amar esa tierra, de haberse educado en este país y escribir en su lengua, de ser una persona como otra cualquiera, sin etiquetas, simplemente él ante la naturaleza. Todo eso le habría dicho a Marthe Bibescu si aún fuera un hombre, un escritor, un civil, recuerda que pensó desde el puente, divisando a lo lejos el palacio de Mogoșoaia, entumecido en su puesto de vigilancia. No un soldado.

Mogoșoaia era un oasis rodeado de caos y miseria, con la distante conmoción de Bucarest a un lado y a otro el campo, y al alargar la mirada mientras hacía la guardia notaba cómo entraba y salía de sí mismo y podía contemplarlo todo a vista de pájaro, viendo la inmensa llanura en la que se cultivaba el trigo, los latifundios de más de mil yugadas, los lagares, el cielo inabarcable y el silencio rotundo, las iglesias como vasijas donde yerraba la primera luz del día, a ancianos extenuados por el trabajo, la frescura de las pinturas de los monasterios de Bucovina, monjes con las lenguas cortadas, jaurías ladradoras, esclavos mudos con los rostros estrechos. Más de dos terceras partes del país no había salido aún del feudalismo y tanto Zilber como los legionarios tenían como prioridad acabar con la burguesía, tan minoritaria y recluida en dos o tres ciudades. Los campesinos seguían trabajando como siervos, y sus vidas dependían cada año del propietario y el gendarme y el funcionario local que esperaba su leña para el invierno, aceptando la ruina y la vergüenza con la resignación del proverbio que decía que una cabeza doblada al menos no está cortada. Iuliu Maniu prometió que sus hijos pudieran ir a la universidad y, en cierto modo, lo había cumplido. Pero para la reforma

agraria no tuvo tiempo. Sin embargo Mihail pensaba en los hijos de los campesinos como si estuviera en un sueño en el que podía advertirlo todo, pensar en todo, puesto que el avance normal de los minutos y las horas había quedado en suspenso, y por delante se le desplegaba lo que había sido y lo que no llegó a ser nunca, lo real y lo ficticio, lo vivido y lo imaginario, lo cercano y lo lejano, el pasado y el presente y el futuro juntos: los chiquillos raptados por los turcos bajo el yugo otomano, las familias sometidas a la servidumbre y a los robos y las matanzas, a la injuria y al martirio, a lo largo de los siglos, tan próximas a la ciudad levantada a su estilo franco-balcánico, con sus alfombras rojas que cubrían las escaleras *art déco*, su zoco levantino, sus arcadas y sus villas y las columnas de los palacios que imitaban a los de París, sus muebles Beidermeier junto a los folclóricos tejidos rurales, extendiéndose hacia el campo mediante los barrios obreros, los suburbios que eran un crisol de gentes que gesticulaban y ofrecían y vociferaban como las prostitutas de Văcărești, con su mezcla de frescura y podredumbre, de vulgaridad y calidez humana. En las provincias el campesino estaba sometido a la misma red de intereses que el pequeño comerciante en que se convirtió su padre cuando, en un brote de *numerus clausus* siendo él todavía pequeño, fue cesado de su puesto de funcionario del puerto; a los favores al notario, al gobernador y al terrateniente, pensaba Mihail; mientras veía Bucarest y veía los valles y los viñedos y las montañas, y veía al mismo tiempo los muelles de Brăila, la presencia poderosa del río, sus cuarterones de tabaco, su mercado, su rivalidad con Galați a la manera griega, tan diferente de la región de Bărăgan, adonde decían que iban a mandar a los zíngaros, con sus cardos y el canto de la urraca del que hablaba Panait Istrati. Miraba el lago y la superficie se le simultaneaba a la del Danubio en Brăila o a la del mar Negro en Balcic: una encina arrancada que se pudre en el agua, los juncos acombados, las ramas rozándola, un ave rapaz cayendo sobre una liebre, las cigüeñas, los verderones, las dunas, la playa, millones de átomos comprimidos en distintas aleaciones, una muchacha que se quita las sandalias y dejar colgar las piernas desnudas fuera de la barca.

Su padre pudo montar un negocio mayorista de tejidos importados, pero debía rendir cuentas a toda la jerarquía de poderes de la ciudad, primero, tuvieran que ver o no con su oficio; y, después, soportar la presión para que lo enajenase a algún comerciante alemán a precio de saldo, tasas e impuestos

arbitrarios, los efectos del crack del 29, la amenaza constante de expropiación cuando no de usurpación directa en aras de la rumanización de la economía del Estado. Su hijo mayor había decidido emigrar, en una de aquellas diatribas con las que siempre daba la nota en las comidas familiares, con una inesperada fe que lo llevaría a un mundo completamente nuevo, más justo y flexible que el Erez del que hablaban sus tíos, pero sobre todo más alejado del atavismo al que pensaba que le condenaría el negocio de su padre, quien se había tenido que hacer a sí mismo frente a las adversidades. En el salón de su casa de Brăila, recordaba Mihail, una vivienda segura repleta de tíos y de primos, entre los muebles recios y negros cargados de florituras para generaciones sedentarias, había una vitrina con copas de cristal tallado, objetos de plata y manteles bordados, de cuyo fondo sobresalía un retrato de los abuelos maternos pintado sobre porcelana, tan satisfechos de cuanto habían conseguido, tan diferentes de sus consuegros (los unos tocando el piano por las noches, los otros leyendo el Talmud), y cada vez que su padre los hubiera visto allí habría pensado quizás que aquéllos eran los mismos rictus de desprecio con los que habían mirado al pretendiente de su hija menor, al muchacho del panadero, el mismo desdén que mostraban hacia quienes no habían sabido ser tan intrigantes o afortunados como ellos, que habían adquirido una solidez próspera con su pequeña fábrica de naftalina, y cuyas miradas debían de resultarle al padre de Mihail una forma de vigilancia perpetua y desafío.

Mientras, el segundo hijo de Mendel y Clara Hetcher se fue a estudiar a la capital y, gracias a la influencia de Nae Ionescu, pronto tuvo acceso a las fiestas que celebraban los banqueros y las condesas de Bucarest, los industriales del metal y los pozos de Ploiești, los altos funcionarios ministeriales y diplomáticos como Vișoianu o abogados como Roman, gente con títulos y cargos, la «buena sociedad», en los clubs y los jardines y salones que pretendían pasar con su esnobismo de nuevos ricos por los del Faubourg Saint-Germain, ufanos por tener entre sus invitados a algún escritor, a algún representante de la cultura que solía revelarse igual de provinciano que él, cuando se maravillaba por el mobiliario encerado del *piano nobile* de turno. De niño, Mihail había sorprendido a una cría de gato escondida en una esquina del patio de casa, y sin pensarlo cogió la piedra grande que servía para sostener el tendedero, y se acercó con ella levantada por ambas manos, y

entonces notó una resistencia por detrás y al volverse se encontró con los ojos severos y comprensivos de su padre. En Bucarest él no era fiel a lo que había sido su vida, ni tan siquiera a la que en cada momento iba siendo, pendiente siempre de la que podía ser, restando importancia a que algunos llamaran «operación social necesaria», «acción de desinfección o saneamiento», a lo que simplemente era una barbaridad; y al volver a Brăila por vacaciones a su padre le hacía gracia el acento refinado con el que hablaba, y por las noches miraba a sus amigos de la infancia bajo el dulce aire con la misma altivez que había aprendido de su hermano Poldy; y cuando más tarde se iba a dormir, las vacilaciones, la inquietud y la traición le impedían conciliar un sueño que no tardaría mucho de poblársele de delirios peores.

Él había abandonado a sus padres y a sus hermanos y a sus amigos de la infancia en nombre de las ideas de su época; del «espíritu de los tiempos», como decía Cioran, o de «la corriente de la vida alegre», como decía Leni: de una mezcla insoluble de excitación y languidez que lo mismo le hacía percibir su *affaire* a tres bandas con Leni y Zoe como una comedia, que lo hundía en el melodrama. Una mañana sale con prisas camino de sus clases universitarias, junto a los mirtos de las avenidas, con apenas diecinueve años, y las personas, las cosas, el sol le parecen irreales ante las preguntas que le martillean el cerebro: qué hacer, qué dirección dar a la vida. Una noche Zoe le dice que Leni se acuesta con «el guapo Bubi»; Zoe se muere por «el guapo Bubi», le revela al día siguiente Leni; «el guapo Bubi» escucha las confidencias de las dos y se entera de que él está loco por Leni y Zoe. Una tarde llega Leni a su piso de soltero, y de inmediato empieza a desnudarse, pero él la recibe hostilmente y le confiesa lo que ella ya sabe, que se ve con Zoe, y en lugar de ser Leni la que se desmorone, se lo toma con naturalidad, y es él quien acaba desconsolado en sus brazos, lamentándose del sinsentido en que se ha convertido su existencia, quejándose de los compromisos que le impiden escribir y disfrutar de paz de espíritu, y Leni lo escucha y se comporta con una delicadeza que revierte por completo su propósito: poner fin a una situación de la que hace mucho que quiere escaparse. Mihail imaginaba la vida que podría llevar con sus dos amantes si fuera capaz de lograr el equilibrio que ambas de por sí mostraban: la una, mundana y explosiva; y la otra, tímida, hermosísima. Una vida complicada aunque sin duda plena. Pero luego pensaba que para complicaciones ya tenía suficiente consigo mismo, y un día anotó en

su diario: «En mi vida ya sólo hay lugar para el suicidio o para una marcha definitiva, a donde sea, en soledad». Sin embargo, en vez de tirarse del octavo piso en el que vivía se marchó a Schuller a esquiar y regresó feliz por que Leni hubiera desatendido a sus peticiones de ruptura y siguiese volviendo a su apartamento. De hecho, decidió ponerse a aprender inglés con el entusiasmo de un joven al que le aguardara toda la vida por delante.

En otro de esos momentos desafortunados, que cada vez fueron siendo menos, asistió a uno de aquellos almuerzos en casa de Aristide Blank en los que también percibía condesada la variedad humana que le atraía tanto desde que la descubrió en París, el haz de lenguas y gestos y caras que reflejaba, de forma parecida a las calles ruidosas y mixtas en su colorido y mezcla de alegría y tristeza del Barrio Latino, las posibilidades de una vida amplia. Pero en esas fiestas de la alta sociedad había sobre todo potentados, políticos y magnates del periodismo que cerraban grandes negocios; no la gama de dependientas, costureras y adúlteras secretas con las que Mihail prefería confundirse en los bulevares y en el metro de París, antes de que dejara de viajar por Europa y se viera abocado a permanecer en el mismo sitio.

En la comida organizada por Blank charló con un señor al que le presentaron como conde de La Rochefoucauld y que, en un principio, Mihail no supo que se trataba del ministro de la Orden de Malta para la Corte. Como no hacía más que hablar de su pasaporte diplomático, creyó que se trataba de alguien de la embajada de Francia, motivo por el que le asombró aún más la violencia con la que insultaba a los socialistas franceses, el ardor y la esperanza con los que se ponía de parte de Franco y la inquina sutil que mostraba hacia los republicanos españoles. Él fue respondiéndole con una indignación que iba en aumento hasta rozar la agresividad, mientras el conde hablaba de todo con un aire de falsa modestia que resaltaba la sensación que tenía de su propia importancia, mostrándose como el iniciado en los grandes secretos que accede a contar a quienes preguntan pero de un modo extraoficial, de incógnito.

—*Vous savez, mais je n'en sais rien; je suis d'une totale ignorance* —y cuando decía «*totale ignorance*», era como si invitase a leer, a través de su sonrisa, un cúmulo de informaciones de suma relevancia.

El aristócrata se pasó toda la sobremesa refiriendo chismes de la corte

italiana, de la española, pequeñas anécdotas develadas en tono misterioso y luego subrayadas brevemente: «*Victor Emmanuel est un grand roi*»... «*Don Juan est marié à une charmante Bourbon, des gens très sérieux, agréables, amicales*»... «*Lors de la marche sur Rome, Victor Emmanuel, qui est un homme très raffiné, charmant et intelligent, a agi en chef de la maison de Savoie*»..., triplicando con frecuencia los adjetivos calificativos, repitiendo a cada dos por tres *charmant* para referirse a cualquier cosa o persona. Y cuando se puso a hablar de la primera entrevista entre el rey italiano y Mussolini, haciendo una mueca extraña con la lengua y la boca entreabierta como si todavía paladeara algunas de las exquisiteces que habían servido antes de pasar al salón de fumar, le guiñó:

—*Je le tiens d'une personne qui était présente et qui n'était pas le roi.*

A Mihail le hubiera gustado preguntarle si había leído a Proust, porque era la viva imagen del marqués de Norpois. Sin embargo, al regresar a su piso, se lamentó de haberse enardecido y haberle contestado en un tono inadecuado. Tuvo incluso la tentación de volver para preguntarle sus señas a Blank y enviarle una nota de disculpa. Se arrepentía de no haber sabido escucharlo con más temple, responderle con cortesía y controlar sus reacciones demasiado vivas. Al menos eso sí que podría haberlo aprendido él de Proust. Si hubiera sabido dominarse y aparentar la confianza suficiente para que el conde se sintiera a sus anchas, simulando modestia y admiración ante sus tics diplomáticos, las informaciones que le habría revelado hubiesen sido más valiosas y sus respuestas, más justas.

Pero ¿más valiosas para qué?, se preguntó de inmediato. ¿Desde cuándo las discrepancias se habían vuelto una barrera insalvable?, ¿desde cuándo una conversación sobre política convertía al interlocutor en enemigo?, ¿desde cuándo le importaba a él hasta ese punto la política?

Hubiera querido hacerle una visita a Nae antes de que lo volvieran a detener. Le habría escuchado sin la irritación de costumbre, intentado razonar, preguntándole por qué había cambiado de manera tan extrema. Él, que era incapaz de creer en una verdad única, que prefería las personas particulares a un país o la humanidad, tener objeciones e incluso el desorden al infierno del «orden», hubiese hecho ese esfuerzo por comprender. Porque si Mircea también pensaba así, sería por algo. Quizás él no había sabido ver lo que los otros veían, se decía Mihail. Quizás ellos llevaran razón. Quizás el error

estaba en que él confundía la lucidez con el miedo mezquino a perder su comodidad, en que desconfiaba del entusiasmo ante las ideas debido a un endurecimiento provocado por los años, en que recubría de escepticismo el temor a verse privado de todo lo que le había costado sobremanera. Y aunque no fuese de esa forma, ¿qué importancia tenía? ¿Qué importancia podía tener? ¿Cómo permitir que las desavenencias le separaran de aquellos a quienes se sentía unido desde hacía tanto? Mirándolas con perspectiva y desde una óptica distinta, las ideas adquirirían otro perfil y se convertían en láminas despejadas sobre las que pasar la mano sin demasiado esfuerzo: como las penas y contratiempos de su vida, podían relativizarse hasta quedar reducidas al fruto de la imaginación.

Cuando nombraron a Camil director del Teatro Nacional, acudió a su toma de posesión alegrándose con toda franqueza, comió luego con él en Cina y le deseó sinceramente suerte. Después fue a casa de Mircea y Nina, decidido a olvidar cualquier desagravio, y los abrazó como si entre ellos no hubiera mediado casi un año de distanciamiento. Culpable sin serlo, y aunque en el fondo le pareciera denigrante, Mihail había tomado la decisión de no volver a juzgarlos. Y si por la noche, cuando volvía a su piso solo porque no había querido quedar con Leni ni con Zoe, sentía que la suya no era más que puro absurdo, a la mañana siguiente no tenía más que mirar el cielo y los árboles del parque Cișmigiu para seguir confiando en la vida, para pensar que el encono podía aún arreglarse, para comprobar que la situación no era tan mala como resultaba a todas luces.

Todavía podía disfrutar de quedarse en casa escuchando música o leyendo en inglés las cartas de D. H. Lawrence. Alice Theodorian le prestó algunos discos, entre los que se encontraba el *Concierto para harpa y flauta* de Mozart y la *Sonata para arpeggione* de Schubert, y las habilidades de ambos para combinar la ligereza con la melancolía, la gravedad con el encanto, le parecían que dibujaban un esbozo muy similar al suyo, que al igual que los autorretratos de Rembrandt había mostrado primero a un hombre cohibido y luego extrovertido y, conforme todo empeoraba, volvía a resaltar su parte más retraída. A menudo tomaba de los estantes *Desde hace dos mil años*, ojeaba los primeros capítulos y, al cerrar el libro, se imaginaba llevandoselo a un editor importante de París y que su traducción acababa siendo un

acontecimiento.

Como no tenía dinero ni para reparar el viejo aparato de radio, y le abochornaba pedirles prestado a sus conocidos, se ofreció a Rossetti y a las sucursales editoriales francesas que quedaban en Bucarest, como Hachette, para traducir lo que fuera, mientras ponía repetidamente el *andantino* de Mozart, esa música tan pura que le hacía experimentar con fuerza las cosas que se perdían del modo más estúpido y el misterio magnífico de vivir. Porque cuanto más se ensimismaba, más consciente era de que existía la desdicha; pero cuando caminaba por el campo o salía a esquiar, le embriagaban los olores de la tarde difuminándose en un rubor de óxido antes de dar paso a la sombra, y entonces sentía un gemido que le recordaba a las noches de Brăila como un dolor que consuela, viéndose a sí mismo con los ojos de otro.

Aunque ya no podía deleitarse al igual que antes con la amistad, la brisa que alborotaba las copas como enjambres le devolvía la ternura perdida en los discursos teóricos, calmaba la desidia que sobrevenía a aquella dualidad y lo invitaba a no hacer planes. La última vez que se escapó a Balcic de esa forma, desarmado e incauto, en el avión que se adentraba en la noche el cielo le pareció de terciopelo y las luces de abajo, gemas de zafiros, amatistas, ópalos. Una vez allí, se bañó como de costumbre sintiendo el abrazo frío del mar, recibiendo su espuma en la cara, y luego dejó que su piel se dorara bajo el sol, quedándose quieto, dejándose llevar, tratando de agarrarse a la serenidad de las cosas que permanecían ajenas a los sobresaltos humanos. A veces tenía el presagio de cuanto podía perecer en un abrir y cerrar de ojos, y entonces se imaginaba zarandeado por el traqueteo de un tren que se paraba en una estación sin nombre, en mitad de la nada, negro de carbonilla, tirado en el suelo, y meses más tarde, cuando ese presentimiento alcanzó la cualidad de certeza, se afanaría por revivir las imágenes de Balcic, intentando olvidar y conciliar el sueño, de recordar la niebla que parecía algodón y los escorzos de los tejados que jalonaban un campo sin fronteras, de escaparse aunque ya no saliese ni de su propio lecho.

Tumbado sobre la arena, aquella última vez que pudo ir a Balcic, cerró los párpados y la claridad rosada que quería penetrar hasta las retinas hizo que sintiera cada uno de sus latidos. Luego se levantó muy despacio, se sacudió y se adentró en un pinar que olía a salobre y flor seca. Esa noche se quedó a la luz de la luna completamente solo, con la vista clavada en el espejo

abovedado del mar durante una hora, respirando la tersura del aire, entre los grillos y las rocas, lamentando que todo aquello no le infundiera la sensación de libertad que había sentido siempre. Por la mañana, le entraron ganas de quedarse tirado en la playa escuchando a las gaviotas, con los brazos en cruz, en una postura ridícula para cualquiera que lo mirase, acompasando la respiración al oleaje, dejando que el sol lo atravesara por todos sus poros, sin pensar, abandonándose al deseo de no regresar a Bucarest, de no ir a ninguna parte, hasta que se encontró con unos conocidos y fueron al barrio tártaro, y tras la cena pasearon por los linderos de la colina y de nuevo miró el mar argénteo, inundado por el claro de luna, con Balcic como un golfo resplandeciente, pensando que el cristal era limpio pero sus tensiones inacabables, una equivocación, sin saber que nunca más volvería a ese sitio.

A la vuelta decidió retomar el manuscrito sobre el accidente y terminar la novela como fuera. Si hacía falta, se encerraría en casa, desconectaría el teléfono, no vería ni a Leni ni a Zoe, simularía que estaba enfermo para no ir a trabajar a las Fundaciones Reales. Sentía acumulados todos los estratos de la espera, el tiempo que había parecido no servir para nada y que también formaba parte del aprendizaje, el poso de remanso que dejaba la impaciencia. Sentía que su mirada era como un vidrio con dos ángulos de refracción, capaz de descomponer un rayo de luz en siete bandas de colores; que una novela era la transcripción de un temperamento, de una sensibilidad que se escribía por sí sola; que la literatura como experiencia de vida no sólo reflejaba una realidad, sino que revelaba una verdad íntima. Y sentía que la longitud de la superficie en la que se desarrollaban sus días, tan monótona y estrecha, tenía una extensión de ramificaciones circulares que daban para una novela repleta de contrastes, tan llena de exuberancias múltiples como una sinfonía de Mahler.

Pero ¿podía embarcarse en un proyecto así, con lo que aparecía cada mañana en la prensa? Mihail se tomó como un drama personal la aniquilación de la república checa, leyendo los detalles en el periódico: aquello era tan abyecto que mancillaba todo lo que había podido esperar del hombre. Y entretanto, Chamberlain y Daladier sólo daban discursos de protestas. Resultaba grotesco; incluso daba ganas de reír, si se miraba desde otro planeta; el camino al infierno empedrado de buenas intenciones. Pero él vivía en el mismo planeta en el que estaba empezando esa guerra, en el mismo continente, demasiado cerca. Una guerra que podía llegar al día siguiente al

centro de Bucarest y reclutarle y, en pocas semanas, reducirlo a un soldado que muere en una trinchera. Su madre decía que la guerra era como un pantano en el que resultaba fácil entrar e imposible salir, y ella también vivía en el mismo planeta, y su padre, y sus hermanos. Cabía la posibilidad de que Poldy estuviese en esos momentos camino del frente. De hecho, Clara no podía contener las lágrimas ni dejar de repetir: «Yo no he tenido ninguna gran alegría». Y aunque exageraba como era habitual, pensaba Mihail, acertaba en que no había visto a sus hijos casados, con un empleo estable, ni tenido nietos de los que sentirse orgullosa. Él trató de consolarla como pudo y, cuando regresó a su piso de Calea Victoriei, recibió una llamada de Emil Gulian para que se reuniera con otros escritores y ver cómo entre todos podrían editar los libros de quienes fuesen muriendo. Pero a él le importaban un bledo sus manuscritos, le respondió en voz alta Mihail. Lo que le importaba eran los libros que quizás no pudiera volver a escribir y, sobre todo, la vida. La vida con la que no había hecho prácticamente nada y de la que tanto se quejaba sin motivo. La vida de su madre. Que todo se perdiera y no hubiese manera de recuperarlo. Por eso le contestó de malos modos y le colgó de forma brusca.

Y no obstante, se dice ahora, cuando recibiste la carta para presentarte en el cuartel, te asomaste a la calle y no viste ningún indicio de que pudiera haber guerra, sino un día impecable. Desde el balcón mirabas los coches subir por Calea Victoriei, la gente que caminaba como si fueran hormigas, y el vaivén era el mismo que el de una mañana normal. Estabas convencido de que Francia e Inglaterra se contentarían con sus palabras de apaciguamiento, Rumanía tragaría y Alemania continuaría su marcha hacia el sureste, repitiendo lo de Checoslovaquia, sin que nadie la parase. Por eso decidiste sellar en un sobre tus diarios y entregárselos a Beno, para que los metiera en la caja fuerte del tío Zaharia o los llevase al despacho de Roman, aunque al final acabara guardándolos él mismo en el altillo de un armario. Recuerda aquellos primeros días: jornadas bajo la lluvia en el patio y, al regresar, la misma pereza de siempre, la misma indiferencia e insensibilidad a las que añadías un embrutecimiento que te dificultaba valorar la vida de civil, como te habías prometido mientras hacías los ejercicios militares. Se trataba de un reclutamiento preventivo y tenías que estar localizable por si te volvían a llamar en cualquier momento. Pero tú no parabas de deambular de un lado a

otro, buscando información, bebiendo hasta las tantas en los cafés y restaurantes, incapaz de quedarte quieto, de escribir una sola frase, con una intranquilidad que era una mezcla de zozobra y de ansia por expresar las últimas horas antes de que una bala te perforara el cráneo. «*Avez-vous remarqué que les fanatiques ont les yeux clairs? Seul un homme aux yeux clairs peut être un fanatique*», decía Elizabeth en aquella cena a la que te invitó Antoine, en su palacete estilo habsburgo del parque Filipescu. «*Et moi, madame?*», le respondiste fascinado por su personalidad deslumbrante. «*Je me le demande. Vous les avez presque verts, mais pas assez pour un fanatique. Enfin, votre cas n'est pas résolu.*» Estabais todavía en la biblioteca, entre mujeres con vestidos largos de seda y hombres en chaqué. Por las ventanas se veía el jardín, iluminado en una noche opalescente; al fondo quedaba el portalón de hierro por el que entraban los invitados; en el patio lateral había una pérgola cubierta de enredaderas. Y aquellas flores como campanillas. Y las rosas. Y la madreselva. A las aceras llegaba un olor a azahar que adormecía, un penetrante aroma a vegetación húmeda: de los setos de los que colgaban corolas amarillas, de la fachada cubierta por la hiedra de la que pendían las clemátides. Y embriagado por la primavera y el champán, olvidabas que ya eras casi un soldado, diciéndote que no habías conocido a una mujer más inteligente que Elizabeth Bibescu, a nadie que te hubiera dado aquella impresión de vitalismo y espontaneidad tintineante, a pesar de que no le fuera concedido el don de la belleza hasta que hablaba o sonreía, porque entonces provocaba una atracción irresistible en los que estaban junto a ella, como si emanara un respeto profundo a la vez que un buen humor contagioso. «*Les domestiques sont terrifiants*», comentaba agarrándote del brazo mientras pasabais al comedor, cruzando la sala de billar. «*Ils sont les seuls à se rendre compte, avec une exactitude absolue, si quelqu'un est un homme de qualité ou non. Moi, je voudrais fonder une société pour la protection des nouveaux riches contre les domestiques.*» Y lo decía sin ninguna ostentación, casi sin reparar en ello. Aún puedes escuchar su voz al modo engañoso de las disociaciones mentales, como cuando tiempo después intentabas ordenar las imágenes y los pensamientos tras caminar por la ciudad del todo hostil en los meses más sanguinarios y alucinados, como si andar sin rumbo fuera el único recordatorio que te quedaba de la libertad, de una vida completa que se había borrado de un plumazo: caras y voces, nombres, frases enteras escuchadas al azar y que se quedaban suspendidas en el aire. Oyes su

risa espontánea y recuerdas su generosidad, la alegría innata de quien abre la puerta de una habitación y le gusta encontrarse a mucha gente en ella. A diferencia de su marido, que parecía haberse empolvado y perfumado esmeradamente, con su traje azul claro y su pajarita de lunares y sus botines blancos de humorista, Elizabeth vestía de una forma descuidada que resultaba graciosa sin estridencias, sin ninguna coquetería ni vanidad por todo lo que era: princesa por matrimonio, hija de un primer ministro británico, escritora furtiva, amiga de todo lo que había en Europa de ilustre, tan íntima de Léon Blum como lo había sido de José Antonio Primo de Rivera. «*Je savais qu'il allait être fusillé*», te contó con naturalidad mientras os sentabais a la mesa, «*et pourtant ma sympathie pour les républicains n'a pas fléchi*». George Bernard Shaw había escrito una obra de teatro para esa mujer que durante la guerra del 14 se desvivió organizando *matinées* para los soldados, que había actuado en dos películas de D.W. Griffith, que había sido pintada por August John con una mantilla que le regaló la reina de Portugal a su padre: Proust había escrito que parecía una joven de fresco italiano; a su boda con Antoine, que le llevaba veinte años, había asistido la reina de Inglaterra. Y tú no podías salir de tu asombro, embelesado con aquella mujer que se codeaba con líderes socialistas, con el rey exiliado de España (que la llamaba «*ma petite Elizabeth*»), con el máximo dirigente de los comunistas españoles que por amor a ella había permitido al duque de Alba (a «Jimmy») cruzar la frontera sano y salvo. Estuviste toda la cena como en una nube, con un agradable gusto por la conversación y el ambiente que te rodeaba, relajado por una corriente de simpatía que te provocaban ganas de no separarte nunca de su lado. «*J'aime les Juifs. Je les aime passionément. Ce n'est pas parce qu'ils sont malheureux. Non. Je les aime parce qu'ils éloignent l'horizon*», te dijo mientras os despedíais, y a la mañana siguiente le enviaste un ramo de camelias y una nota, y dos días después te reclutaron.

Del 18 de mayo de 1939:

Ayer recogí el equipo, unos andrajos infectos que es imposible tener en casa sin abrir las ventanas. Toda la noche he estado dando vueltas en la cama aterrado de pensar en los piojos. Me resulta imposible ponerme esos horrores. No he tenido más remedio que procurarme de aquí y allá un uniforme limpio. Mi vieja guerrera de

1933, las pantorrilleras, también de entonces, y mis botas de verano. Los pantalones me los ha dado Comşa. El otro día hicimos una instrucción general. ¡Ay! Qué pinta tan deplorable tengo. Miserable, como si me hubiesen dado una paliza, aniquilado y desfigurado. Ya no soy yo, no soy nada, nada. Algo que pueden matar en medio de una aglomeración sin que realmente tenga ninguna importancia; algo que pueden arrastrar por el barro, arrojar a una cuadra u olvidar en el campo. Algo sin nombre, sin identidad, sin mirada, sin voluntad, sin voz y sin vida: un soldado rumano. Desde que me enteré de que tenía que ir al «acantonamiento» de Mogoşoaia, he estado viviendo con la ilusión de que bastaría que Marthe Bibescu supiera que yo andaba por ahí cerca para que me llamase al castillo y me ofreciera una habitación. Ya me veía instalado allí como en una especie de veraneo y contaba las horas que podría dedicar a la lectura por las tardes cuando volviese del campo.

Sentado en la parada del tranvía, Mihail ha sacado el cuaderno donde apunta ráfagas de recuerdos y una libreta en la que tiene copiados fragmentos de su diario. Lo que no quiere que se le olvide. Pero la memoria es parcial, tendría que haberles dicho a Bachman y Vişoianu, cualquier testimonio comporta un juicio. Aunque también podría haberles reconocido que el olvido beneficia ruinmente a los agresores. Lo que dudaba era que, como aseguraban ellos, el conocimiento del pasado cerrase las heridas, que la reconstrucción de su experiencia favoreciera a las generaciones futuras, que el recuerdo sirviese para no repetir errores. Desde el regimiento telefoneó a Antoine Bibescu al Athénée Palace, pero le contestaron que se había marchado a Strehaiia. Pensó en escribirle allí. Sin embargo, en el último permiso para ir a casa, encontró como caído del cielo un telegrama suyo. QUIERO HABLAR DE SU EXTRAORDINARIO Y ADMIRABLE LIBRO SOBRE PROUST STOP SALGA SÁBADO A LA UNA LE ENVÍO AUTOMÓVIL A STREHAIA Y QUÉDESE EL TIEMPO QUE QUIERA BIBESCU. Inmediatamente le telegrafió: DESOLADO NO PODER ACUDIR A STREHAIA STOP ESTOY CONCENTRADO REGIMIENTO 21 INFANTERÍA Y A PARTIR DEL VIERNES ACANTONADO EN MOGOŞOAI. SIGUE CARTA. En ella le explicaba su situación y le rogaba que, como le hubiese pedido Marcel a Saint-Loup, intercediera ante su prima Marthe y le pidiera su hospitalidad,

puesto que para él —y esto no se lo dijo— Mogoșoaia era una especie de Doncières donde quizás podría ver de nuevo a Elizabeth Bibescu. Al mismo tiempo telefoneó a la mujer de Ralea para implorarle que hablase con la princesa. Y esa misma tarde le devolvieron la llamada: «La princesa lo lamenta pero, como no ha invitado al castillo a ninguno de los oficiales, le resultaría embarazoso invitar a un soldado». Conocía a Marthe de las veladas que organizaba su primo. Le gustaba que le contara sus historias con Gorki, con Barrès, con Nicolás II, con Rilke. Le divertía escucharle cómo se inventó el seudónimo de Lucile Décaux para firmar sus novelas populares; lo rápido que despachaba sus artículos para *Paris-Soir* y *The Saturday Evening Post*; la picardía con la que dejaba caer pistas sobre sus romances de la *belle époque*: con Jouvenel, con un príncipe alemán, con Alfonso XIII. La había entrevistado para su ensayo sobre la correspondencia de Proust, en la que aparecían numerosas cartas dirigidas a ella. Habían tomado el té en diversas ocasiones. Recordaba los ademanes ambiguamente masculinos de sus manos y los diamantes de sus anillos. Pero qué importancia tenía que fuera novelista, dramaturgo, confidente por azar, conocido; ahora era simplemente un soldado y los soldados no podían ser invitados a palacio. ¿Acaso estaba en condiciones de exigirle algo más? Con esa sensación mandó otro telegrama a Antoine: SI RECIBE MI CARTA REMITIDA HOY, LE RUEGO QUE NO LE PIDA NADA A LA PRINCESA MARTHE. SU SECRETARIA ME COMUNICA DE SU PARTE QUE ES IMPOSIBLE QUE ME INVITE A MOGOȘOAIA STOP YA SABÍA YO QUE ERA UNA LOCURA STOP CON MIS EXCUSAS Y AMISTAD DE SIEMPRE, M.S.

Un soldado. Levantarse a las cuatro; correr en el campo de instrucción; arrastrarse por el suelo; tomar al asalto objetivos imaginarios; caer, durante los minutos de descanso, en un sopor del que le resultaba imposible despabilarse. Una mañana parecía un año, de pie, sin poder leer ni hablar con nadie. Cuando los viernes regresaba a su casa, las sábanas limpias, la biblioteca y la luz que entraba por el balcón marcaban el tránsito de su vida de topo a un estado superior, fastuoso. Cualquiera, el portero del edificio, el último barrendero, un aprendiz joven, era más que él con uniforme. Lo peor de ser soldado en cambio, pensaba Mihail, no era el cansancio físico, ni la degeneración, sino la incapacidad de aceptarlo. Se decía que millones de

hombres vivían con normalidad en ese estado que a él le parecía infame, en medio de la suciedad promiscua y la miseria, extenuados, hambrientos, cubiertos de harapos; que no estaba mal conocer, aunque fuera en una concentración de reservistas, una suerte que si bien no lo volvía mejor, debería hacerlo más humilde. Pero no había manera. Si los pobres no podían hacer la revolución, le dijo a Belu Zilber, era porque la degradación física destruía todos los recursos de la dignidad. La revolución era un lujo. Y él, que nunca había aspirado a hacer ningún tipo de revolución, vivía la milicia como si lo estuvieran sometiendo a una tortura china.

Al menos, a partir de la segunda semana, pudo volver por las noches a su apartamento. Se daba un baño caliente y una ducha fría y eso le despejaba un poco. Pero en cuanto se sentaba en el sillón con un libro, o se tumbaba en la cama, se le cerraban los ojos. Tenía dos despertadores porque le aterraba la posibilidad de sufrir un castigo disciplinario por llegar tarde a la diana. Cronometró cada parte del trayecto para añadir el máximo tiempo posible al sueño. En lugar de a las cuatro, empezó a levantarse a las cinco menos cinco: se vestía, desayunaba, iba a la estación del Norte y, desde allí, con otros compañeros, cogía un coche hasta Mogoşoaia. «Vamos a la guerra en taxi», le dijo a Alice Theodorian. Un día tras otro, como un autómatas. A ella también le explicó que el envilecimiento era más fuerte que la rebeldía: poco a poco uno iba perdiendo no sólo la fuerza para resistir, sino también el gusto, la necesidad de hacerlo; se dejaba arrastrar al cenagal en el que no había más remedio que sumergirse; en una tienda de campaña, todos apelotonados, desarmando un fusil ametrallador, ¿quién era capaz, por mucho que le molestasen los gritos viriles que se jactaban de una hazaña sexual o un chiste grosero y establecían una complicidad fundada en la risotada y el palmazo en la espalda, de no reírse con aquellas bromas tan instructivas?

—Y así, en dos o tres semanas, te conviertes en un camarada más —le dijo a Alice—, con todo lo que eso conlleva de falta de amor propio; te adaptas a la vida cuartelera compuesta por trucos de la más soez vulgaridad.

Comer rancho, al principio por hambre y después por costumbre. Fijarse en los soldados que no se ríen, en concreto en uno que tiene una expresión triste e inerme, como de desgarró. Bibescu no paraba de telegrafiar a sus superiores para que le dejaran salir unos días. Que él fuera escritor y un aristócrata decadente intercediera por su nombre debía de tocarle tan de lejos

al coronel como las cartas de una pareja de novios, y sin embargo Antoine no dejaba de insistir. Incluso recibió un telegrama de la princesa Bibescu: SEBASTIAN INTROUVABLE MOGOȘOAI. TENDRE.MARTHE. Hasta que al final consiguió un permiso y fue a Strehai a pasar un fin de semana con el príncipe y con Elizabeth.

En su villa de retiro veraniego, Antoine Bibescu le contó cómo era el 102 del bulevar Haussman; cómo era Proust («igual que un niño frente a la injusticia»); cómo fueron sus gestiones para publicar *Du côté de chez Swann* y la explosión de cólera de Jacques Rivière, cuando se enteró del rechazo de Gide, en el comité de la *Nouvelle Revue Française*.

—A Marcel le aterrizzaba la posibilidad de que algún día se publicaran las cartas sobre las que usted ha escrito, pero estoy seguro de que al final le habría agradado su libro —le dijo justo antes de matizar—: Aunque quizás debería haber ido a París para hablar con Céleste, su última asistente. Ella es quien mejor lo conocía: la única persona, junto a su madre, a la que quiso Marcel.

Luego Bibescu se explayó recordando los tiempos en que cenaban en el Ritz y paseaban por el Bois de Boulogne en compañía de la princesa de Chimay y la condesa de Noailles: sirvientes, flores, cuadros, arañas de cristal, joyas, coches de caballo. El lujo de un mundo desaparecido. La cultura de la falsa duplicidad, en la que lo más importante era ocultar lo que de verdad importaba. A Mihail nunca le habían gustado las intrigas; sin embargo, le encantaba que le revelasen secretos. Cuando le comunicaban una información nueva, actuaba como si se tratara de una mera cortesía, con la máxima contención, lo cual no le impedía disfrutar de las confesiones ajenas, como hacía Antoine respecto a los salones literarios de un París *fin de siècle* que ya era moderno, brillante, sensual: pornográfico con sus juegos de saber o no saber, de disimulo y fingimiento.

—A Marcel le divertían mis cotilleos. Me decía que era el último señor de un país *certainement féodale*. Porque yo era una de las pocas personas que podían entrar en su cuarto sin previo aviso.

Y como el príncipe no paró en ningún momento de hablar de Proust, o de las comedias que le había dado por escribir y que nadie quería llevar a las tablas, Mihail no tuvo ocasión de quedarse a solas con Elizabeth, sino únicamente de cruzar miradas que siempre eran recibidas por ella con

amabilidad y transparencia.

De vuelta en el regimiento, mientras procuraba retener la sonrisa de la princesa, corriendo por el campo con el macuto auestas, resoplando y con el corazón a punto de reventar, Mihail pensó que la muerte en la guerra debía de ser un alivio si le dispensaba de levantarse del suelo, una y otra vez, al grito de «¡adelante!». Su torpeza irritaba a los suboficiales. Las miradas que le dirigían le recordaban a las de los matones que le insultaban en la puerta de la universidad. ESTÁ EstrictAMENTE PROHIBIDO ENTRAR EN EL BOSQUE, PESCAR Y BAÑARSE. PRÍNCIPE G.V. BIBESCU, decía el cartel frente al que cada martes tenía que permanecer ocho horas de guardia sin libros, sin permiso para liarse ni un cigarrillo, sin poder sentarse. En una de esas vigilancias eternas y simuladas, vio pasar a George V. Bibescu en un coche con chófer, su rostro congestionado de perfil, las mejillas estrelladas de hilos morados, el pañuelo de *viveur*. Seguía unido en matrimonio a Marthe pero cada uno llevaba la vida que quería: ella, dedicada al gran mundo y la literatura sentimental; y él, a las mujeres y la caza. Y Mihail se decía: es la mañana del 31 de mayo de 1939, son las siete, las ocho, las nueve, y nunca, nunca jamás, volverá a existir este instante.

Lejos de allí, en algún sitio quizás, la vida latía como el pulso de un corazón perfecto. Y, sin embargo, la belleza estaba por todas partes: en las briznas de hierba, en la benevolencia áurea del inicio de la mañana, en el temblor obsequioso de una hoja con el viento. La música que intentaba repetir en su mente para pasar las horas le recordaba a Leni; la arrogancia de los reclutas que se denominaban a sí mismos «bucarestinos», a la sonrisa de los que saben, a sus amigos intelectuales. Sólo era capaz de recordar la melodía más conocida de la *Pequeña serenata nocturna*, pero no el motivo principal de la cuarta sinfonía de Brahms, ni un acorde de la sonata de Schubert o los estudios de Chopin que oyó tocar a Kempff; si acaso, algo de la sinfonía de Mahler que escuchó por la radio, en una retransmisión suiza, y le pareció un prodigio de riqueza y versatilidad, con aquel movimiento tan suave que musicaba un pasaje de Nietzsche traducido luego por el locutor: «¡Oh, hombre, pon atención! ¿Qué dice la profunda noche? Yo dormía, de un profundo sueño desperté... ¡Oh, hombre, profundo es su dolor! Pero más profundo es el placer, que requiere eternidad...». Por contraste, los soldados con los que prefería relacionarse tenían rostros de campesinos y sonreían de una forma que parecía

decir: «¿A que se está aquí bien?». Entretanto, Antoine Bibescu seguía escribiéndole, cubriéndole de halagos y prometiéndole la publicación de su ensayo sobre Proust en la *Nouvelle Revue Française*. No fue hasta que Mihail le sugirió que no estaba en circunstancias de hacer nada por sus obras de teatro, cuando dejó de mandarle telegramas.

Del día en que volvió a ser civil, el 11 de junio de 1939:

Estoy absolutamente sin dinero, estoy solo, no veo a nadie, no quiero ver a nadie, no tengo ganas de trabajar, no tengo ganas de nada. Quién sabe, creo que sólo unos días en Balcic podrían arreglarme.

Recordaba los rayos bailando sobre las olas; el sol que se tornaba incandescente a última hora de la tarde, como si ardiera mientras se sumergía; las piedras de la playa, semejantes a seres vivos. La electricidad de la belleza. Y el dolor de no haber sabido abarcarla entera. Seguía empeñado en no ver más a Leni ni a Zoe, atenazado por los préstamos que iba pidiendo a uno y otro, constreñido por sus trabajos que nunca se acababan, en alerta constante por su familia: artículos para la *Revista de las Fundaciones Reales*, el plazo de apelación de un juicio que perdió por dejadez, traducciones de poca monta. Poldy escribió diciendo que había partido a un centro de instrucción en los Pirineos. Beno esperaba paralizado a que lo reclutasen. Su madre empezó a sufrir ataques de asma. Ante la dificultad de vender la casa, su padre también había empeorado de salud, avergonzado por que tuviese que ser su hijo quien saldara sus deudas, incapaz de no continuar haciendo las cosas a su manera: «Iosef, tienes que...». Y cada vez que Mihail oía esa expresión, sentía la furia regurgitándole en el pecho, como un adolescente huraño, y entonces le contestaba mal, y después le carcomía la culpa y un sentimiento de delicadeza herida.

Su madre no paraba de lamentarse, peor que cuando llegaban a Brăila los rumores de disturbios en la universidad, y él trataba de tranquilizarla por carta, y ella no se cansaba de repetirle que la vida podía y debía ser más sencilla. AVISO DEL ESTADO MAYOR. Al calor agobiante del verano las noticias eran cada vez más negras. «¡Grandes concentraciones de reservistas por lo de Danzig!», gritaba el muchacho que vendía los periódicos. Las informaciones que procedían del mundo real, observaba Mihail, coincidían

con los augurios de su propio cuerpo: extenuación física, molestias oculares que le impedían leer más de media hora, horror por sí mismo; cansancio de ser hombre, de estar siempre defendiéndose ante la perfección de quienes no aceptaban las imperfecciones.

Además tenía que terminar *El accidente* sí o sí, quitarse ese fardo de encima.

Rossetti le contó que, para salvar el pellejo, Nae le había implorado a Armand Călinescu que le concediera una audiencia y le suplicó que lo perdonase por todo lo que había hecho. Pero Mircea aseguraba que, en esa entrevista, Nae no sólo no se retractó, sino que perdió los papeles y por eso lo devolvieron a Ciuc.

—Estuvo en Braşov, en el hospital militar, por una dolencia cardiaca —le dijo en una terraza de la calle Călăraşi, adonde fueron con Nina y su hija Giza, como en los mejores tiempos; como si el propio Mircea no se hubiese llevado meses en el mismo campo de Miercurea por negarse a firmar su desafección legionaria; como si no hubiera sido nunca trasladado de ese lugar a un sanatorio por hemoptisis.

La buena estrella de Mircea, su potencia creativa, su fuerza de espíritu, su optimismo invencible. Incluso en la cárcel había escrito día y noche. Pero sin la intervención del general Condiescu, presidente de la S.E.R. y tío lejano de Nina, no habría salido de allí vivo.

Nina lo contaba ante la sonrisa complacida de su marido:

—«Enséñeme su expediente», le exigió el tío a Călinescu, «quisiera saber de qué se le acusa exactamente». Entonces Armand le respondió que, aunque incluso a él le gustaran sus libros, Mircea representaba a toda la generación que combatía a la monarquía.

—Y cuando Condiescu le preguntó si eso era un delito —completó Eliade —, Armand le contestó que ser el más estrecho colaborador de Nae sí.

Había muy poca gente por la calle, pero Mihail era incapaz de reparar en nada, abstraído, tratando de entender, de consolarse. Se había quedado pensando en algo que había dicho Mircea: los «miserables trabajos editoriales» que se había visto obligado a aceptar para ir en verano a los Bucegi, mientras Rossetti y Vulcănescu le buscaban una cátedra en el extranjero tras perder su plaza en la universidad, eran los que él hacía a diario. Por las noches, con todas las ventanas abiertas de par en par, no corría

ni un soplo de aire. Hasta su apartamento llegaba el olor a letrina que despedían las alcantarillas. Y en ese Bucarest de persianas cerradas durante el día, abrasado por llamas blancas e invisibles, Mihail corregía las galeradas de un libro de mala muerte o traducía una biografía barata de Abraham Lincoln.

Llevaba mucho tiempo sin dormir y, una tarde de finales de ese mes de agosto, hizo la maleta en cinco minutos, salió por la puerta con una rebeca en el brazo, corrió por el andén como un fugitivo y subió a un vagón con destino a Stâna de Vale. Allí durmió nueve horas seguidas y, al despertar, se dio cuenta de que aún no se había recuperado. Pero tenía prisa por salir al aire libre, antes de que la ansiedad lo postergase del todo, y se puso a andar y acabó subiendo el curso del río hasta una gruta de la que brotaba un hermoso manantial de agua pura.

Había decidido refugiarse en Stâna de Vale porque en Balcic ya conocía también a demasiada gente y quería estar solo para escribir de una vez por todas, al margen de su familia y las noticias. Alemania había pedido cuentas por la concentración de reservistas y Călinescu tuvo que telegrafiar a Carol II, que se encontraba de crucero. ¿No era un acto de inconsciencia similar al del rey permanecer en el bosque escondido, haciendo literatura, mientras estallaba una guerra? Sin embargo, estaba dispuesto a acabar la novela antes de que llegaran los primeros carros tigre, pues de repente, sin que nadie lo esperara, por un periódico en el hall del hotel, se enteró del tratado de no agresión germano-soviético.

Incluso en Stâna de Vale reinó el desconcierto; gritos por un lado, llantos por otro; todo el mundo yéndose o queriendo marcharse. Una anciana emplumada exigió al recepcionista que le pusieran un tren para ese mismo día o que, en su defecto, le proporcionasen una máscara antigás por si venían los rusos. Mihail, en cambio, lo tenía claro: sucediera lo que sucediera se quedaría allí, lejos de todo, aunque se pasara el día apoyado en la balastrada de la terraza contemplando el paisaje, sin estar pendiente de nadie ni desear nada ni tomar decisiones. Es la última oportunidad, se repetía para sus adentros, la última. Y aunque notara dentro de sí una especie de traición inefable, ese mismo sentimiento lo empujaba a saborear su retiro del mundo, con una cama para él solo, un escritorio y unos pocos libros.

Antes de volver a la habitación no obstante, telefoneó a Rossetti por si

tenía noticias nuevas y la única novedad le horrorizó más que el pacto entre Hitler y Stalin. Habían concentrado al redactor jefe y lo necesitaban urgentemente en las Fundaciones Reales.

La ilusión del progreso y el entendimiento humano; de la razón: una palabra que, visto lo visto, ya no tenía demasiada enjundia. Había un margen para lo desconocido. Un límite más allá del cual las cosas parecían ser más fuertes que la iniciativa de los hombres. Pero el porvenir nunca es una senda predeterminada que discurra en dirección única, cuesta abajo. La mañana que se proclamó la anexión de Danzig, en medio de la repugnancia, llegó una carta de Poldy, tristísima, en la que contaba que se había alistado como voluntario. En un primer momento, de modo inexplicable, Mihail sintió una tremenda paz. Pero luego, cuando empezó a conocer los telegramas sobre el bombardeo de Varsovia, se derrumbó por completo. No quería terminar de escribir la respuesta a su hermano. No sabía cómo hacerlo. Lo veía jugar con él de niño en Brăila, firme de joven en la puerta de casa; con su sonrisa abierta y protectora; con su altanería, generosidad y franqueza. Le costaba encontrar una palabra que expresara lo que le dolía su recuerdo. Quizás nunca recibiría esa carta, pero de alguna forma quería despedirse.

Más tarde, en Capșa, junto a Rossetti, Camil y Vișoianu, no fue capaz de probar bocado. Se reían, hacían chistes, mientras las noticias que llegaban eran imprecisas. Bucarest seguía con los restaurantes a tope y las calles animadas. Una ciudad curiosa por lo que pasaba, pero inconsciente de su tragedia. Y así Mihail no podía escribir. ¿Qué sentido tenía un libro más o menos? Tampoco lograba concentrarse en los diarios de Stendhal. Salía y deambulaba de un sitio a otro, buscando noticias, azorado. Durante días fue dando bandazos, leyendo cada periódico extranjero que caía en sus manos. No sabía esperar con calma. Sin desesperación. Sin histerias. Los alemanes avanzaban por Polonia y esperaba a que de un momento a otro volvieran a movilizarlo. Cada mañana atendía el nuevo parte del Estado Mayor: Alemania les pedía todo el trigo y el petróleo; Inglaterra, desembarcar tropas en Constanza. Y después quedaba con el primero que se lo propusiera. Una noche se citó en el Continental con Camil, quien le rogó que hablara con Rossetti para que le consiguiese una entrevista con Ralea y Călinescu.

—Es para una cuestión capital —le dijo con sigilo—. Yo soy el único que

puede salvar a Rumanía del desastre. No se lo digas a nadie, pero mantengo relaciones estrechas con el Estado Mayor del Segundo Cuerpo y, si desplazamos la guerra a Dobrogea, las operaciones de defensa se harán según mis indicaciones.

Los días eran soportables; las noches, no. El insomnio se le llenaba de una bruma inquieta. Se acordaba de Blecher, de su ojo para percibir lo absurdo cuando nadie notaba su ridículo, del verdadero motivo por el que no fueron a verlo, y se preguntaba cómo habrían sido sus últimos días. Se acordaba de Cioran, a salvo en París, gracias a una beca del Instituto Francés. Ocurriera lo que ocurriese, nada volvería a ser lo mismo. Y eso, pensaba Mihail, en caso de que hubiera retorno. Entretanto, jamás un «por ahora» había sido más vulnerable ypreciado. Pasaban las semanas y no lo llamaban del regimiento. Cayó también Cracovia. Pero Bucarest parecía cada vez más tranquila. A menudo le venían a la cabeza los habitantes de Polonia: si él estuviera en su lugar, trataría de hacerse con una pistola, dispararía lo que pudiera y guardaría la última bala.

—No, querido amigo —le dijo Camil al parecer en serio, infatigable, con la cara brillando—. No escribiré más artículos para ningún periódico. Sólo hablaré si me ofrecen un puesto en el gobierno. ¿Quieres entradas para el teatro?

Y Mihail, que no sabía si reírse o preocuparse de forma extrema, pensó: ¡felices los que tienen ideas! Ellos, al menos, podían conservar el sosiego y creer que comprendían. Lo suyo, aunque no fuera el caso exacto de Camil, era una causa; y de las causas Mihail desconfiaba instintivamente; pero también era una elección y, siendo tan indeciso, admiraba a quienes las tomaban. Para los comunistas, la revolución estaba en marcha; para los legionarios, se viviría mejor a la sombra de la victoria alemana; y mientras, él advertía cómo se le agotaba la entereza, cómo cualquier día morirían como gallinas degolladas.

Mircea había vuelto a desaparecer. Y no porque lo hubiesen arrestado de nuevo, sino porque trataba de rehuir su presencia. La cena en la terraza de la calle Călărași, pensaba Mihail, sólo había sido un espejismo. Justo antes de marcharse, Mircea soltó que había decidido refugiarse en la metafísica para escapar de «los horrores de la política». Y desde entonces no le cogía el

teléfono. Vulcănescu, asegurándole que reproducía sus palabras, le contó la opinión de Eliade: «La resistencia de los polacos en Varsovia es una resistencia judaica. Sólo ellos son capaces de chantajear con mujeres y niños, poniéndolos en primera fila para abusar de los escrúpulos alemanes. Hitler no tiene ningún interés en destruir Rumanía. Lo único que nos puede salvar es una política progermana, un gobierno encabezado por Nae Ionescu. Porque más vale un protectorado alemán que una Rumanía invadida por los judíos o los eslavos».

Mihail estaba pensando en eso mientras aguardaba su turno en un aplazamiento. Miraba a la calle desde el Palacio de Justicia, de pie, junto a los semblantes lívidos de la sala de espera: gente dormitando bajo una luz escrufulosa. Cuántas horas habría pasado encerrado allí. Igual que su vista era más débil y su cuerpo más romo, su inteligencia se había ido embotando entre aquellas paredes, se decía; y el recuerdo del tiempo que pasó en París, tan luminoso como breve, le afilaba la sospecha de que hacer lo que en cada momento se esperaba de él no había tenido tanto de renuncia o esfuerzo como de dejarse llevar para conseguir una situación más cómoda. Se sentía sucio, polvoriento, y la ropa le pesaba: el cuello de la camisa blando, la corbata torcida, la americana arrugada. Incluso hizo ademán de cepillarse, del mismo modo que se quitaba de pequeño los tiznes y la carbonilla después de un viaje en tren. Olía a archivo y tenía en la boca un gusto a papeles amarillentos. La cartera le pesaba en la mano y estuvo a punto de depositarla sobre el suelo. Pero no la soltó hasta que se dio media vuelta, cuando una mujer se inclinó hacia la banqueta de los abogados y susurró:

—Han tiroteado a Călinescu.

Entonces salió corriendo y cogió un taxi para su casa, donde encontró a los vecinos apiñados en la portería en torno a la radio, que seguía emitiendo los programas musicales de costumbre. Por lo visto, media hora antes, la locutora había interrumpido la emisión con un grito y, a continuación, farfulló que habían matado al primer ministro. Luego siguió una pausa y otro locutor dijo que, debido a un lamentable percance, se habían visto obligados a detener la retransmisión momentáneamente. Pero en la calle todo el mundo se comportaba como si no hubiera pasado nada. Por teléfono, Rossetti le aseguró que debía de ser una farsa. Los periódicos de la tarde salieron a su hora y no hacían mención alguna. Sin embargo, a eso de las seis, Mihail llamó a Lena

Constante, que era amiga de la cuñada de Călinescu, y ella le confirmó la noticia. Una cuadrilla de legionarios esperó el cortejo bajo un carro de leña mientras otra irrumpía en la radio. Ambas habían sido capturadas. Pero el primer ministro estaba muerto.

A Mihail le vino el tacto de la mano de Armand, su voz, su monóculo en el ojo. Falto de aire, salió al balcón y miró hacia abajo. La luz otoñal se reflejaba en las fachadas con su gama de púrpuras y naranjas. Los coches circulaban, los comercios seguían abiertos y un guardia facilitaba el paso del tráfico agilizando su ebullición, el mecanismo caótico y a la vez ordenado de la vida urbana. Era como si contemplara desde lo alto una ciudad que fuera a estallar en cinco minutos pero que, mientras tanto, continuaba imparable. Por esas calles había paseado él muchas veces cuando era más joven, desde Calea Victoriei hasta la avenida Kiseleff y más allá de villa Minovici o Filaret, admirado por el espectáculo de la metrópoli, en concordancia con el mundo. Y ahora, de repente, podían perderlo todo, la casa, el pan y la poca seguridad que les quedaba. El asesinato de Călinescu era la excusa perfecta para que los alemanes o los rusos entraran en Rumanía para poner orden y proteger a sus hermanos.

Había visto, antes de subir, a un grupo que marchaba con ropa astrosa y enormes bolsas, y la cara del anciano que se le quedó mirando, justo en el momento en que introducía la llave del portal, era la de su abuelo, la de su padre, podía ser la de su madre o la de Beno, la suya propia al día siguiente, escapando de una ciudad incendiada, refugiados de un sitio para convertirse en refugiados de otro, huyendo por el simple hecho de querer seguir vivos.

Y otro recuerdo nítido: hileras de coágulos sobre la nieve, ojos muy abiertos. Más allá del puente Elefterie acuden cientos de personas en tranvías, coches, autobuses; a pie. Parece una feria. La gente bromea y ríe a carcajadas. Una compañía de soldados de tu regimiento apenas puede contener a la muchedumbre. De estar reclutado, habrías sido uno de ellos. La multitud se da codazos para ponerse en primera fila. Algunos se suben en las farolas. Hay una mujer comiendo pipas de girasol. Aún tiene las cáscaras pegadas en los labios y ya se está metiendo la siguiente. «Tendrían que poner orden, hacer turnos para que todos lo veamos», dice otra, prematuramente vieja, con el pelo cubierto por una pañoleta. Detrás de los ojos, pasillos vacíos que no conducen

a ningún sitio. Sonrisas melladas. La pobreza que no sólo era hambre en el estómago. Un señor mayor retiró la vista como diciendo: «Esto no debería mirarse». Una campesina vendía macetas sentada en un taburete: campanillas blancas, azafranes silvestres, muguetes, dalias. Ojos entre asombrados y contentos. Los vecinos de los alrededores trajeron sillas de madera y pedían dos lei a quien quisiera auparse para mirar por encima de las cabezas. «¡Esto no vale!», gritaba un hombre tras pagar sus dos lei, «¡sólo se les ven las piernas!».

La vida reaparece discontinua cuando trata de reconstruirla: reminiscencias como segmentos que flotan en un espacio vacío; ecos; islotes apartados, carentes de sentido. Para qué. Al hojearlo, Mihail ha leído de pasada en su cuaderno: «Cadáveres de asesinos de Călinescu, cartel colgado». La ejecución tuvo lugar en el mismo lugar del crimen, y luego los dejaron allí tirados, en la acera, un día y una noche, con un letrero que ponía: TRAIADORES A LA PATRIA. De lejos no parecían cuerpos humanos, sino guiñapos.

Y el mismo espectáculo, en otras ciudades. Aunque Radio Londres hablaba de decenas, se rumoreaba que habían fusilado a todos los legionarios encarcelados y que la represión alcanzaba el medio millar de víctimas. Incluso Nae llevaba dos días desaparecido. En cuanto se lo dijo Rossetti, telefoneó a Mircea. «¿Todo bien?», le preguntó como cuando iba los domingos a su casa y se preocupaba por su escritura. Al oír su voz, Mihail suspiró aliviado. Pero después se quedaron los dos en silencio. Mihail le preguntó por su último libro. Las cifras de muertos aumentaban por día, Polihroniade entre ellos, le informó Mircea. Nina decía «ametrallados»:

—En los patios de las prisiones, para que todos lo vieran, como perros.

Y Marietta, en su camerino:

—Todos los chicos de Ciuc han sido asesinados.

Rossetti confirmó la muerte de Nae y no fue hasta medianoche cuando llamó para decir que el profesor se encontraba en su casa; enfermo, pero vivo. Mihail pensó: todos estos hombres, todos a la vez y cada uno por su parte, habrían asistido imperturbables al terror legionario que me hubiera matado a mí. Y, sin embargo, se sentía triste, acometido por la abyección y por el asco. Estaba releendo la *Historia de los judíos* de Dubnow: las expulsiones de

España; los pogromos en Venecia, Padua, Viena, Praga; los siglos XIII, XV, XVI; la recurrencia de *Los protocolos de los sabios de Sion*. En 1646, decenas de miles de judíos habían sido pasados a cuchillo en Polonia y Rusia, y mientras la sangre derramada avanzaba como la lava de un volcán, en las sinagogas se seguían discutiendo los textos talmúdicos. Pero qué significaba ser judío: ¿pertenecer a un pueblo ingenuo y astuto, sufridor y atrevido, que se había ido salvando a saber cómo? La apertura del Arca de la Alianza. Le venían recuerdos de su niñez en el seno de una familia poco practicante; judíos más que nada por apariencia social; una abstracción demasiado vaga para que corrieran ningún peligro.

Nina se presentó en las Fundaciones Reales pálida, llorosa, frotándose las manos. Lo agarró por las solapas y le suplicó:

—Van a matar a Mircea. No lo permitas. Habla con los tuyos.

Mihail la sacó casi en volandas y fueron a la calle Palade, adonde había dejado de ir todo el mundo. Mircea estaba sentado en un sillón tranquilo, con la mirada perdida. Nina lo escrutaba interrogante. Mihail les prometió que hablaría con Ralea para ponerles a salvo. Sin embargo, tuvo que hacer un esfuerzo por quedarse. Y no porque temiera que le sorprendieran con un miembro de Todo por la Patria, sino porque la charla carecía de sinceridad: como si ambos evitaran la querrela que los separaba y no sobreviviese nada de lo compartido y cada silencio agrandara la brecha.

Cualquier palabra era pronunciada con una mezcla de cautela y suspicacia. Mihail no podía olvidar las cosas que, según le contaron, había dicho Mircea; sus artículos en los que todos los crímenes eran culpa de la taimada democracia burguesa; dejar de interpretar cada gesto de su mentón como una señal no ya de desprecio o altivez, sino de odio. Estaba claro que ambos lamentaban lo que ocurría, pero Mircea hablaba como si tuviera más razones que él para sentirse afligido.

—Esta represión es criminal —dijo—. Ahora que tenemos al enemigo en la frontera.

Y Mihail se preguntaba si el asesinato de Armand no había ocurrido también con el enemigo en la frontera, si Mircea no condenaba la muerte de esa persona concreta con la que había departido: cómo podía quejarse de lo que pasaba cuando quiso y consintió lo que lo había provocado. La muerte como sacrificio colectivo. La muerte redentora con tal de que no le afectara a

él personalmente. La voluntad por encima de la razón, el ideal sobre la realidad, y los ritos de sumisión al jefe de la tribu. Pero aquél no era el momento de ajustar cuentas.

Mihail recordó una carta que envió a Mircea desde Ginebra: *Yo te veo como el núcleo más humano e inteligente que he conocido y todo lo que haces y dices me parece bien y me gusta. No sé cómo me ves tú a mí, pero estoy convencido de que nuestra amistad nos acompañará a lo largo de la vida.* Y cuando Mircea dijo: «Creo en el futuro del pueblo rumano, pero el Estado tiene que desaparecer; no importa que sean los alemanes», Mihail le dio una palmadita en el hombro y se marchó perplejo por la incompreensión mutua, por la distancia de quienes vivían en dos universos, con una aflicción que rozaba el hartazgo y la certeza de que entre todo había acabado.

No quería mirarse en el espejo porque sólo encontraba señales de desgaste y cansancio, tan faltas de esplendor como las hojas empapadas por la lluvia sobre la acera. En el tranvía se había quedado mirando a una joven que subió apresuradamente, chorreando, con una carpeta y libros bajo el brazo, la tez sonrosada, el cuello esbelto. ¿Cómo era tener veinte años? Las entradas del cabello se le habían acentuado, mientras su vida seguía transcurriendo entre las prisas en la redacción, las carreras en la imprenta y los plazos de los juzgados. Si no hubiese tenido que pagar las deudas de su padre, se decía Mihail, quizás no se habría visto impelido a trabajar tanto. Quizás hubiera evitado todas aquellas tardes en las que temía que la revista no saliese por su culpa, perder un pleito por incompetencia, olvidar la entrega de una traducción o el pago de una letra. O a lo mejor sólo lo hubiera prorrogado, el estado de desazón que le producía hacerlo todo sin orden ni método.

Únicamente en Pedreal pudo avanzar algo en su novela, aliviado de aquel peso en el pecho. Hizo casi todo el trayecto con la frente apoyada en la ventanilla del tren, los ojos entreabiertos, dejándose llevar por el traqueteo como palpitations desacompañadas, viendo los campos blancos y unas sombras acres, árboles o casas, fundiéndose en la oscuridad de la noche. Tenía la sensación de que los latidos resonaban a lo lejos, tras el cristal medio helado. La tarde antes se pasó un buen rato frente al escaparate de la tienda de deportes en la esquina del bulevar Elisabeta, contemplando los esquís, los bastones con punta de hierro, las botas y el resto de artilugios que no podía

comprar, con la cara tan pegada al cristal que sentía cómo le rozaba un frío más frío que el aire, mientras pensaba que tendría que conformarse con su anorak y su gorro azul de visera corta, parecida a la de un alumno de instituto. Pero nada podía empañar el sentimiento de felicidad al salir de un túnel e intuir la presencia de los Cárpatos, al bajarse en la estación y leer en un panel que las pistas tenían un grosor de 46 centímetros, al llegar a la pensión y disponer de unos días libres por delante.

Paseos por el bosque: él solo, sin nostalgias, sobre la nieve; marchar así siempre, sin detenerse; un hombre andando por la montaña que podía ser el mismo que hacía quinientos, dos mil años. Cerraba los ojos y anhelaba quedarse en aquel estado de impasibilidad. O se lanzaba por la pendiente más escarpada, en una carrera vertiginosa sin control, como si pudiera escaparse de sí mismo. Publicar o no con Rossetti. Durante buena parte del fin de semana estuvo cavilándolo, puesto que la de las Fundaciones le parecía más una imprenta que una editorial que distribuyera bien sus libros: sus pocos libros, que sólo era capaz de sacar cada tres o cuatro años. Lo seguía sopesando en el tren de vuelta, donde de repente le invadió un pánico sordo en una pequeña estación, cuando vio a unos guardias entrar con perros en los vagones y, por un momento, creyó que lo buscaban a él.

Cuando Rossetti le preguntó al día siguiente si había acabado la novela para incluirla en la programación del cuatrimestre, Mihail lo miró a la cara y únicamente supo contestar que sí, que pronto la tendría en su mesa.

Después de cobrar la traducción de la biografía de Lincoln, lo primero que hizo fue comprarse un aparato nuevo de radio: un Philips grande, de 4 + 1 lámparas, con una onda de recepción capaz de sintonizar cualquier emisora de Europa. Nada más instalarlo, se arrepintió del dispendio pero al mover la rueda apareció Radio París, anunciando el *Concierto para piano y orquesta* de Schumann, y entonces arrastró el butacón hasta el mueble y se repantingó como un niño el día de su cumpleaños. En cuanto empezó la música sonó el teléfono.

—¿Has leído lo de Finlandia? —oyó la voz de Camil—. No podemos tolerar que nos dividan de nuevo. Tenemos que permanecer bajo el mismo cetro. La situación de los checos, por ejemplo, no es tan mala. Si los finlandeses hubieran leído mis artículos se habrían salvado. Sí, sí, tú riéte. No

tienes ni idea del peligro que nos acecha. Se nos viene una invasión encima. Si yo fuese ministro, sepultaría a toda Rumanía bajo tierra y luego invitaría a los rusos a bombardearnos.

No tuvo tiempo de responderle porque llamaron al timbre. La portera, que le había oído toser en el ascensor, le traía un cazo de caldo y una carta. Mihail le dio las gracias y temió que fuese una mala noticia relacionada con Poldy. Sin embargo era una orden de concentración. Con fecha de ese mismo día. Se quedó un rato de pie, sin moverse, con el papel en la mano. Luego bajó el volumen y telefoneó a Rossetti para que se pusiera en contacto con el coronel del que le había hablado, un antiguo compañero del liceo, a ver si podían esperar a que terminase la novela.

—Tranquilízate —le dijo Rossetti—. Aunque se trate de un disparate, no te preocupes. En el peor de los casos siempre podrá salir después de la guerra.

Mihail miró el florero en el que, por una mezcla de cariño y pereza, aún estaban los crisantemos que le llevó su madre hacía casi un año: sus tallos secos, sus pétalos como púas marrones, le parecían la representación más convincente de en lo que se había convertido. A la mañana siguiente acudió al regimiento con 39 de fiebre. Volvió cuando ya había oscurecido, con el brazo acalambrado de sujetar el fusil. Y el segundo día, estuvo a punto de desmayarse. Odiaba lamentarse y pedir favores, lo único que hacía: quejarse en su diario, llamar por teléfono a Rossetti, suplicar un aplazamiento como si gozara de una prerrogativa. Pero en el cuartel no se dedicaban a nada. Ni siquiera a la instrucción. Sólo a esperar. Como idiotas.

Por las noches se acordaba de los encantos de Leni, de los ojos almendrados de Zoe, y se preguntaba si no se estaría volviendo un solterón sin remedio. Porque, definitivamente, su cara nada tenía que ver con la de la cédula de identidad abierta entre el cortaplumas y el teléfono. Aquel hombre confiado ya era un extraño: sin rastro de recelo, el nudo de la corbata bien hecho, el pañuelo asomándole por el bolsillo de la chaqueta de corte perfecto, la mirada irónica, enfrentándose a la cámara sin miedo, con un punto incluso arrogante. Mihail recordaba el día que acudió al registro a formalizar su cambio de nombre, la mordedura interior que se sacudió sin contemplaciones. ¿Qué quedaba de ese ímpetu? Cuando se iba a la cama, a veces, al cerrar los ojos aún aparecía Pedreal, y el sol rebosaba juventud y el viento era dulce

como en primavera.

O la última noche de 1939. La última también con sus tíos y primos llegados de Iași, adonde se fueron por la misma época en que emigró Poldy. No podía ser una cena alegre pero todos se afanaban por que lo pareciese. Mientras los miraba, Mihail recordó el pan ácimo y las macollas de hierba amarga de las comilonas por Pesah o Purim, el jolgorio obligatorio después de escuchar la *behará* del rabino bajo el *talèd* de su padre. Él sí que nunca había sido un judío observante, se decía Mihail. Desde pronto prefirió fijarse en Spinoza y considerarse un agnóstico laico. Pero a la mesa, inmerso en el bullicio y las bromas del tío Avram, pensaba: y, sin embargo, se trata de mi estirpe. Hombres panzudos que brindaban por el aumento de la familia y por que no faltaran la salud ni las ocupaciones, jóvenes machacados y orgullosos por el trabajo, primas que no paraban de dar a luz, mujeres cuyo concepto de la felicidad consistía en que no sobrara ni una loncha *kosher* en las bandejas que sacaban de la cocina. Muchos desaparecerían, engullidos por la nada.

Pero aquel fin de año Mihail los contemplaba con sus peinados remilgados, tras una sonrisa distante, y no podía dejar de ver hasta qué punto eran incapaces de medir el alcance de lo que ya había empezado. Al día siguiente, cada una de esas risas se apagaría como una vela; y un pequeño disgusto, un insomnio, una mala noticia, bastaría de nuevo para volverlos ojerosos y dramáticos.

—¿Alguien sabe el chiste de la noche de bodas en el restaurante? — gritaba el tío Avram haciéndole un gesto al marido de su sobrina Loredana.

—Los precios han subido mucho —decía al mismo tiempo el primo Cosmin, que también había importado tejidos y, tras quebrar como su tío Mendel, se dedicaba a traer coñac armenio y licores de Azerbaiyán mientras preparaba un golpe de efecto a principios de año: el lanzamiento de una marca de bragas—. Una remesa de tela costaba quinientos lei y ahora vale el triple.

—Todo se hundió cuando quitaron de en medio a Iuliu Maniu —oyó responder a su padre, que siempre acababa mencionando al primer ministro nacional-campesino, se hablara de lo que se hablara—. Él quiso devolvernos lo que era nuestro.

—Tampoco es que le cayéramos muy simpáticos —repuso Mihail.

—A Maniu no le gustaban los judíos de Transilvania, pero a mí sí que me

gustaba Maniu.

—¿Incluso cuando se dejó engañar por Codreanu?

—Una pareja de recién casados se lleva dos días sin salir de la habitación de un hotel... —había empezado a contar el tío Avram.

—¿Y qué querías que hiciera? —respondió Mendel—. Sólo se trataba de una alianza electoral no vinculante. Una táctica numérica. Alguien tenía que pararles los pies a esos rufianes.

—... Hasta que por fin se abre la puerta y aparece la esposa sonriente y el marido detrás, andando con dificultades...

—¡Bragas Constanza! ¿Qué decís? En febrero inundaré el mercado de artículos —dijo el primo Cosmin—. Si la hubieran dejado, la Guardia de Hierro lo habría arreglado.

—Cómo —replicó Mihail—. ¿Exterminándonos?

—... La mujer se dirige con rapidez al restaurante...

—No exageres, así quiso confundirnos Călinescu. ¡Querida, acércate! ¡Enséñale las bragas al primo Iosef!

—... El marido la sigue a dos metros de distancia —el tío Avram se había puesto en pie para imitar los andares del hombre—, escuchimizado...

—Al menos ellos llaman a las cosas por su nombre —intervino Beno—. Lástima que quieran pagarla con nosotros.

—Entonces la mujer se sienta, abre la carta e inmediatamente se la tiende al camarero...

—Sibilinamente, los Brătianu fueron más antisemitas que Codreanu. Acordaos de Oradea Mare, el pogromo de los estudiantes cristianos consentido por los liberales.

—Por favor, papá... —Mihail sólo parecía pendiente de lo que decía su padre.

—... «Mi marido sabe lo que a mí me gusta»...

—¡Qué! ¿Acaso Rumanía no necesita la regeneración de la que sólo se atrevieron a hablar ellos? ¿Acaso justificas los desmanes de estos sinvergüenzas? La ilusión que despertó en su día Maniu sólo fue capaz de lograrla después Codreanu. Lo de los judíos era un farol. Somos demasiados. Ciudadanos rumanos. Con certificados de antigüedad y méritos patrióticos. Lo fundamental es que toda esa panda de saqueadores salga de las instituciones. Y

cuando hablo de ladrones no me refiero sólo al Partido Liberal, sino también a los nacional-campesinos que nada tienen que ver con Maniu, a todo el Frente Nacional y, principalmente, al rey Carol.

—... «Sí, cariño, pero antes tendremos que comer, ¿no?»

—Bravo, papá. Has conseguido llegar a la misma conclusión que Nae Ionescu.

—No hace tanto que tú escribías en *Cuvântul* que los viejos partidos habían secuestrado la democracia —dijo Beno.

—No te equivoques —se dirigió su padre también a Mihail—. Yo no soy un intelectual. Ni un antisemita. Yo soy judío y, a diferencia de otros, orgulloso de serlo. Pero sé cómo funciona mi país y cuánto nos han robado. ¡Fíjate en el caso Skoda! ¡Corrupción en la venta de armas! ¿De qué democracia me hablas? Si Maniu pactó con Codreanu fue para que no siguieran gobernando los de siempre. Tú nunca has tenido memoria. Ya te has olvidado de cuando tu padre tenía que pagarles todos los meses. De alguna forma había que poner fin a ese tinglado. Iuliu Maniu lo intentó, recuérdalo. Menos policía y más educación. Menos banqueros y más reforma agraria. ¿Y cuánto duró? Apenas un año. Acusarle de venta de armas...

—Lo que yo os diga: un negocio al por mayor de prendas femeninas, blusas y batas.

—Y recuerda tú que Iuliu Maniu se bajó los pantalones, cuando tuvo mayoría, ante el gobierno de Ionel Brătianu.

—¡Amorcito, ven aquí! ¿De qué te da vergüenza? ¡Son el primo y el tío Hechter!

Mihail no pudo aguantar a que terminara la cena. Había esquivado la mirada de sus padres todo el tiempo, con aquel regusto incómodo que le subía a la garganta, igual que cuando hizo su *bar mitzvah* con trece años. No había dejado de acordarse de la casa de Brăila en venta, de la estufa de cerámica del dormitorio que compartía con Beno, de las zarzamoras y los groselleros del jardín: tener muchas ganas de verlos para después no demostrarlo; el aparador del salón, las damasquinas, la alberca a la que caían los saltamontes: tan poco valiente para decir con claridad lo que le apetecía en cada momento; aquel mundo ancho y magnífico que de repente se le volvió tan asfixiante como un traje que se le quedara pequeño: acceder a ir por su madre para después reprochárselo a base de resoplidos. Mirarlos era encarar la devoción

excesiva, el amor injusto, los pequeños cristales azules de las ventanas de la sinagoga que sólo había vuelto a ver en los cuadros de Chagall durante su periplo parisino. Y por eso no lo hacía. Porque, ante sus padres, Mihail nunca se había desprendido de la misma sensación de ser un desertor que cuando era estudiante y volvía a Brăila.

Él era el primer universitario de su familia. Había descubierto un mundo estilizado que no conocieron ellos ni cuando se mudaron a Bucarest y los recibió con fastidio. De ahí que se dividiese entre el remordimiento por haber escapado y la gratitud hacia su suerte pero, sobre todo, hacia sus mayores. Tanto sus padres como sus abuelos le habían permitido hacer siempre lo que quiso, recibieron los consejos del señor Banea —cuando les recomendó que lo dejaran estudiar en Bucarest— con una mezcla de satisfacción y de miedo, jamás habían puesto una mala cara ni ninguna rémora. Las discusiones que Mihail tenía con Mendel no partían del enfrentamiento de dos egoísmos, sino del olvido del hijo. Y ésa era la razón por la que, tras declararse la bancarrota del negocio, Mihail decidió asumir las deudas, incluidas las ilegítimas, convirtiéndose en una especie de fideicomisario de la familia.

Y, sin embargo, seguía sin poder mirarlos con franqueza. Aunque su padre lo interpelase directamente, con la vena del cuello hinchada y los ojos temblorosos, no podía levantar la vista para cruzarse con su rostro. Una plancha le aplastaba el tórax, martillos le batían por dentro de las costillas, más aún si pensaba que pronto desaparecerían tal vez con un sufrimiento inmerecido. «No te aflijas, mamá», pronunciaba Mihail en voz baja, cuando ella no se daba cuenta. Y eso lo incapacitaba para dar la vida por nada, ni por una causa ni por un amor ni por una tontería: pensar que su madre padecería cuando hubiera estado en su mano evitarlo, darle algún motivo de dicha: aquel abuso de los hijos buenos y las madres dispuestas a todo sin ninguna frialdad ni reserva de por medio.

Desde un rincón de la mesa Clara lo miraba y Mihail sabía que estaba adivinando sus pensamientos: ¿sería posible que llegara algún día a ser como ellos, un comerciante gordo y contento que pasase las tardes de domingo jugando al póquer y la cena de Pascua diciéndoles procacidades a los recién casados? Terminar bajo la *jupá*. La simple idea de encontrarse cada noche con el mismo cuerpo, con los mismos ronquidos y reproches, se le volvía insoportable. Deseoso de novedades sensuales, queriendo marcharse cada vez

que llegaba a alguna parte, buscando frenéticamente no sabía qué, sólo se preocupaba por su libertad de decidir, lo que excluía unirse a alguien en nombre de la ley mosaica: algo que tenía más de renuncia que de disfrute, de sometimiento que de existencia, que Mihail percibía como una mutilación de su ser.

Y de la misma forma que rechazaba el matrimonio, detestaba los aspavientos y las proclamas guturales de cualquier ideología que ofreciese una explicación total del mundo o prometiera el paraíso sobre la tierra. Como la religión, la pasión política nunca había tenido en él raíces muy profundas, quizás porque la consideraba una derrota del pensamiento, una intromisión de lo que fuera que estuviese en boga en el recinto de uno mismo. Le irritaban los juicios instantáneos, la palabrería y las rotundidades sectarias. En parte, porque creía que las exaltaciones no eran más que el impulso de un humor sociológico o un desacuerdo íntimo, el abono más propicio para el interés personal, una retórica en la que lo que más importaba era el sentimentalismo. Que su padre se dejara embaucar no tenía nada de extraño. Lo que le preocupaba era que le minase la violencia que asolaba el país, la pulsión que carcomía las nociones para voltearlas y desvirtualizarlas por completo.

¿Qué pintaba su padre hablando de «regeneración» o el primo Cosmin del «hombre nuevo»? La acción llevaba a la acción, decía Nae. Y la mejor manera de llegar a la acción era estar enfurecido, pensaba Mihail, cuya amargura sólo era equiparable a la impotencia de no hacer nada por repararla: quedarse en aquella cena hasta el final; dar un beso de buenas noches; decirles que todo iría bien, que no se preocuparan, que seguro que Poldy regresaba sano y salvo. Porque ¿cómo podía ser tan amable y pródigo en atenciones con todo el mundo y, ante sus padres, mostrarse incapaz de callar lo que sabía que les dolería o hacer lo que podría hacer sin esfuerzo? Quedarse sin embargo era como aceptar que ya estaba muerto, se dijo Mihail, participar de algún modo en la afición por el patetismo que llegaría ineluctablemente con los postres, y se escapó sin despedirse.

Mientras caminaba en paralelo a las ventanitas que punteaban la calle en chaflán, pensó que de un momento a otro los *goim* los obligarían de nuevo a penar por aquel barrio que parecía el gueto del que sólo habían salido hacía veinte años, y de donde —hacinados unos sobre otros, detrás de las verjas, como animales atemorizados— ya no huirían jamás. Los diez mandamientos

apaciguaban a sus antepasados; la trashumancia y el *shtreimel* reforzaban su prudencia; los tirabuzones y las filacterias eran lo único que les quedaba de su coraje. En casa de Camil, que sólo dejaba de sudar cuando estaba borracho, encontró a un grupo de *taxi-dancers* que bebían desenfrenadas mientras se subían en las rodillas de los invitados, entre risas y gritos histéricos, con intensidad burbujeante.

—Prefiero que no me molesten cuando estoy haciendo uso de mi virilidad —les decía un actor conocido.

—Podrás tener talento a raudales —le comentaba una actriz madura a una joven con indicios de no haber terminado la Escuela de Arte Dramático—, que si no tienes un padrino es inútil. Mira todas las que han llegado al Nacional... ¿De verdad no quieres que te presente a Camil?

—Para una cena discreta prefiero el Giodarche al Elisée —dijo otro hombre.

—En los tiempos de Vintilă Brătianu sí que había dinero... —oyó que contestaba el director general de Asuntos Culturales—. Cuando teníamos decenas de mecanógrafas, ujieres con librea y viajes a París o Londres.

—Siempre he creído que el oficio y la ocupación son contrarias al arte —intentaba explicar Camil al joven que tenía sentado encima, después de contarle deslavazadamente cómo fue herido y hecho prisionero en la guerra del 14—. Un escritor debe expresar con preclara sinceridad lo que siente, lo que piensa y lo que ha vivido. Tanto su experiencia como la de los objetos inanimados. Sin ortografía, sin vergüenza y sin letra redondilla.

Junto al afiche de *Juego de vacaciones*, Mihail tenía colgada en su piso una reproducción de Toulouse-Lautrec con una *femme perdue* que parecía sacada de una fiesta de Camil. Y al mirar la imagen de aquella mujer de sombrero adornado con plumas, vestido largo como una cortina, escote amplio y cinta negra en el cuello, no sólo se acordaba de Leni u Odette, sino que le devolvía París tan vívidamente como cuando consultaba el plano de metro que le mandó un amigo y guardaba doblado en cuatro, igual que un tesoro, en el cajón superior de su escritorio. Durante mucho tiempo Mihail había sabido recitar en voz alta todas las estaciones desde la Porte de Versailles a la Porte de la Chapelle, y ese ejercicio memorístico le había permitido conservar las sensaciones de la ciudad que amaba más que ninguna otra. Hasta que un día

empezó a olvidarlas y, como un milagro que viniese a rescatarlo de esa tragedia, un compañero de doctorado le envió aquel regalo en el que venía inscrito: *GRAND PLAN DE PARIS CONTENANT TOUTES LES LIGNES DU MÉTROPOLITAN. ÉCHELLE 1/10 000.*

Había tardes en que Mihail lo desplegaba sobre la mesa y, entonces, se le aparecían todas las calles con claridad bajo sus ojos, entre las líneas azules del metro que discurrían como ríos sinuosos, dividiendo la ciudad en islas, regiones y provincias. De esa forma revivía sus plazas y bulevares con una presencia física tan nítida, que hasta era capaz de oír el rumor que lo envolvía cuando caminaba en plena libertad por ellos. Posaba un dedo en la Porte d'Orleans, por ejemplo, y lo deslizaba hasta la Porte de Clignancourt inmerso en sus vicisitudes. Cada barrio tenía su atmósfera, sus modales y su moral (desde la tolerante y charlatana de los *arrodissements* obreros, hasta la fría y severa de los aristocráticos), comunicados por aquella red en la que un intercambio de sonrisas, un par de palabras o una mirada que se desviaba por un instante de los carteles de los vagones y las paradas (*TOUT EST MOINS CHER AU BON MARCHÉ. AU-DELÀ DE CETTE LIMITE LES BILLETS NE SONT PLUS VALABLES. LUSTUCRU, PÂTES AUX OEUFS FRAIS!*), bastaban para prolongarse en una aventura, en uno de aquellos amores sencillos de París que dejaban un resabio de eternidad precisamente porque duraban poco.

Siguiendo con la vista la sucesión de nombres podía volver a la Place Monge, con las calles aledañas que recorría habitualmente cuando era un doctorando de la facultad de Derecho que sin embargo preparaba un trabajo sobre Proust, e incluso le invadían los sonidos y las músicas de la rue Mouf-Mouf, con su olor a mantequilla, queso y garrafas de vino; las voces de los vendedores mientras llegaba un aria de Bizet o Gounod desde el fonógrafo de una casa (en una ventana abierta de la rue du Pot-de-Fer —tan estrecha y melancólica como la de un cuadro de Utrillo—, vio la cabeza encanecida de una mujer, quieta como si se dispusiera a cumplir un rito, antes de ocultarse con la discreción de un animal nocturno); o su barrio, Convention, con su ambiente de provincias, su aroma a guiso de ternera y su mal gusto, en el que los sábados tocaba la orquesta de *Monsieur Serverius, premier prix du conservatoire de Bruxelles*. Había sido en París donde se aficionó del todo a la música: lo mismo al jazz del Bal nègre de la rue Blomet, donde escuchó por

primera vez a Josephine Baker; que a las cantatas de Bach en la iglesia de Saint-Gervais o al *Martirio de San Sebastián* de Debussy en el teatro de los Champs-Élysées; que a las canciones populares de Maurice Chevalier y las coristas de los locales de la Bastille:

*Car je suis née
dans l'faubourg Saint-D'nis
et j'suis restée
une vraie gosse de Paris.*

Recordaba el sobrecogimiento que le produjo la interpretación de Ludmila Pitoëff en el Châtelet, su transformación paulatina en aquella obra de Pirandello, su mezcla de horror y piedad que le hizo querer escribir teatro. Y de igual modo que le gustaba deambular por las calles más cimarronas para charlar con las dependientas y las meretrices, también adoraba visitar al príncipe Bibescu en su palacete empapelado con lienzos de Vuillard de la isla de Saint-Louis, mirar por las cristaleras de La Coupole o el Dôme queriendo ser uno de sus comensales, sentarse durante horas a observar a la gente en el café Weber con un oporto o en la terraza del Deux Magots, contemplando cómo la tarde declinaba en su luminosidad sobre la piedra de Saint-Germain-des-Prés, cuya transmutación le hacía resplandecer por dentro. En París se le había revelado lo que significaba mirar un cuadro. A menudo se refugiaba de la lluvia en las galerías de arte moderno de la rue La Boétie y del Faubourg-Saint-Honoré, en Rosenberg o Bernheim, o visitaba sistemáticamente las treinta y tres salas del Louvre, una cada día, con un ansia de conocer y comprender transida de parsimonia y deleite, con una sensibilidad que nunca le había comunicado ningún libro. Podía pasarse una tarde entera ante el *San Francisco de Asís* de Giotto o una *madonna* de Cimabue. Y qué diferentes eran los sentimientos que le transmitían aquellos cuadros si los comparaba con las telas de la rue La Boétie y sus *vernissages*. Recordaba cuando asistió a una *soirée* futurista en la que participó Marinetti (presentado como *Monsieur F.T. Marinetti, de l'Académie royale d'Italie*); lo mucho que se divirtió viéndolo inflarse y desinflarse, cerrando los ojos, poniéndose rojo, arremetiendo contra las bibliotecas, los museos, el orden y la metafísica; su enérgica expresión facial mientras lanzaba vivas a la guerra e intercalaba sus ingenuas «máquinas líricas», *Pis-ton, pis-ton, Pisssssst-on!*, hasta caer

extenuado y dar paso a Russolo con su artefacto sonoro que sólo emitía chirridos.

Se rio como cuando iba al circo, recordaba Mihail, que al lado de aquello le parecía el espectáculo más profundo y verdadero de una época en la que la palabra se había degradado hasta confundirse con el grito o el silencio. Quizás se tratase de una insuficiencia, de una incapacidad suya para sentirse a gusto con la moda de su tiempo, pero se le antojaba cómico que los artistas a los que alababan Marinetti o Breton expusieran tranquilamente en la galería Rosenberg, o que el primero fuera anunciado en público de forma tan solemne. Una visita a las muestras de la rue La Boétie ejercitaba el ojo, renovaba el punto de vista, hacía que uno mirase más atentamente cuando salía a la calle, estableciendo relaciones insólitas entre un objeto y un gesto, entre las dimensiones y los contornos, viendo el verde de los autobuses y la hierba de los jardines públicos con una frescura que no había apreciado antes; el azul acero del cielo, más azul; el blanco de los edificios, más limpio; la gama cromática de la ciudad, como una banda multicolor ondeada por el viento sobre la amable tonalidad de fondo parisina. Respecto a ese arte, sentía una doble rebeldía: contra el calificativo «degenerado» que empezaba a llegar de Alemania, pero también contra la nueva imposición de que todo lo moderno fuera bueno. Porque Picasso le aburría, Braque le deprimía, en Max Jacob hallaba un primitivismo desprovisto de verdad y, en Léger, notaba una absoluta falta de inteligencia. Aquel lenguaje que se volvía hacia sí para abandonar el significado de las cosas. Él no discutía el valor estético de esos artistas, escribió para *Cuvântul*, simplemente le parecía inexistente en comparación con la llama interior y la sensualidad de Marie Laurencin, las conmovedoras mujeres ensimismadas de Pascin o la desesperación penetrante de Utrillo, en la que no cabía ningún tipo de efectismo. A Dufy le reconocía cierto ingenio muy alejado del talento de Degas. Y si lo contemplaba junto a Chagall, percibía en De Chirico un horrible manierismo técnico.

Sin embargo, cuánto echaba de menos lo que le ofrecía París, la ingenuidad gamberra e involuntariamente graciosa de los estudiantes del Barrio Latino, la armonía civilizada y el buen humor que le producía sentarse a leer en los jardines de Luxemburgo, el ambiente de feria popular de sus sitios más pintorescos: lo feliz que se había sentido confundiéndose entre su miseria y su belleza, lejos de todo, cuando el equilibrio de su alma era total, la

vida suspendía su curso y el tiempo se consumía como una vela. Incluso en las horas tensas durante la crisis a la que condujo la intervención de Laval en la Sociedad de Naciones para que no se sancionara a Italia por invadir Etiopía, la última vez que estuvo allí, era palpable que Francia no tenía obsesiones ni miedos, que aquél era un país con una seguridad que impedía la indiferencia en las épocas de calma y lo protegía del pánico en las revueltas. Pasara lo que pasara, cayese el gobierno que cayese, ningún valor correría peligro, y la vida de la república —con su espíritu local, sus hábitos cerrados y su ritmo tonificante— permanecería intacta. En eso solía pensar Mihail cuando se quedaba absorto en el plano que le había mandado su amigo. En eso, y en cómo había perdido la ironía, la pasión y el garbo que rezumaban las crónicas que envió a *Cuvântul* durante su año y medio en París, donde todo estaba vivo.

Como no pasaban lista, el segundo internamiento se convirtió en algo parecido a una de sus jornadas laborales en las que la persistencia de la monotonía anulaba cualquier posibilidad de variación. Cada vez retrasaba más la hora de llegada al cuartel y anticipaba la vuelta a casa por las tardes. Llegó incluso un momento en que dejó de acudir después de almorzar y, mientras estaba en el regimiento, se quedaba en el dormitorio de la compañía leyendo a Montaigne: ¿y si Cicerón, al alertar sobre quienes no veían los peligros, o aun viéndolos hacían como que no los veían, acababa cayendo en el ridículo?, se preguntaba Mihail, ¿y si era él el que no entendía las razones de los otros o, peor aún, no creía en la sinceridad o contenido de sus actitudes?, ¿y si todas aquellas reflexiones sólo eran la extensión de la tristeza que le producía el reclutamiento? Lo único bueno era que los fines de semana los tenía libres y podía irse a esquiar o quedarse en casa escribiendo. En la montaña, cerraba los ojos y permanecía horas con la mente en blanco, o bajaba una ladera practicando arados, dejándose llevar por la velocidad y la fricción del aire en la cara y el tono ambarino de la nieve, con sus vetas de marfil, bajo la paleta dramática del ocaso. Todo pasaba ante su vista en menos de un segundo, las neuronas atrapando un instante de verdor, una sombra, un banderín en el túnel vacío de la caída libre, para desaparecer de inmediato. Si el esquí era aquella gran luz, aquella fulminante pérdida de conciencia que le hacía descubrir en él fuerzas que no conocía, podría ser que una nueva vida empezara desde el

principio, sin peso ni memoria, completamente libre. Pero si se quedaba en casa, el mínimo cambio de ánimo era más notorio que el universo formado por los jirones de hielo sucio de la calle: todo un microcosmos si lo observaba con atención; con su número infinito de formas, matices y rugosidades; con una profundidad material tan intensa como el alba o el crepúsculo. ¿Cómo iba a ser capaz de escribir una novela si no sabía registrar cuanto se desplegaba ante sus ojos? ¿Cómo dejar de ser un pájaro que se choca una y otra vez contra un cristal, y percibir el abrecartas de plata que estaba encima de la mesa, el tictac del reloj alto de madera, los botones negros de la radio, el pequeño sofá de tela verde o los surcos despellejados de la punta de sus dedos? ¿Cómo iba uno a nombrar la naturaleza si desconocía junto a qué tipo de árboles pasaba a diario? Mihail trataba de fijarse en las cosas concretas como si les pidiera que lo ayudasen a dejar de estar tan presente dentro de sí mismo: ver, reconocer y llamarlas por su nombre. Pero si encendía la radio, notaba que la música ya no penetraba en él; y si encontraba una emisora alemana, la apagaba rápidamente. Los lunes volvía al ejército, adonde llevó una caja de las Fundaciones Reales con volúmenes que costaban miles de lei. «¿Sólo esto?», exclamó el coronel, «¿así quieres montarme la biblioteca? La próxima vez trae más y, para mi uso personal, los libros de la reina María». Se rumoreaba que las futuras concentraciones serían sólo de judíos; además se afirmaba que, en cuanto estallara la guerra, integrarían la primera línea; de hecho, ya estaban reclutando a miles en Besarabia para que cargasen piedras y cavaran trincheras. Su compañero del 21 de Infantería le dijo sobre el capitán: «Es un hijo de puta, pega y blasfema, pero tiene una cosa buena: no soporta a los *jidani* y nos deja meternos con ellos». Y Mihail pensó que aquél era el mismo consuelo que los alemanes debían de estar ofreciendo a los polacos y los checos.

Una noche volvió a llamar Zoe. Hacía tanto que no la veía, que Mihail estaba convencido de que ya no quedaba nada entre ellos. Apareció por el apartamento guapísima y dócil, con sus ojos de gata asustada, y él se dio cuenta de que aún le desarmaba su fragilidad, por más que recibiera dinero del novio de su mejor amiga, según le contó Cella Seni el día que se dejaron de hablar, con su despiste calculado. Mihail también se apercibió de que, tras el silencio de Zoe, no se escondía ningún misterio; que el olor que a veces le

venía, cuando Zoe se levantaba de la cama, pertenecía a Leni; y que nadie, ni siquiera ella misma, era capaz de sacarla de su incolora apatía. Otra tarde lo visitó Dorina Blank, aún atractiva:

—Mi marido dice que uno no debe presentarse allí donde no le han invitado, pero el propósito de una cita a ciegas es precisamente que esas reglas no sean tenidas en cuenta.

Sin embargo Mihail la rechazó. Luego llamó a Zoe, y a la noche siguiente, y a la siguiente también. En la carencia de preguntas de ella encontraba al menos cierta tranquilidad, una tregua. Se suponía que otra vez era un civil, pero la orden de licenciamiento se retrasaba, como si su nombre administrativo, sin rastro de su verdadero apellido, no fuera suficiente. Un judío se nota aunque se haya cambiado de nombre, se decía Mihail. Un judío puede esperar. Un judío es un leproso. Todos los contingentes nuevos estaban formados por judíos, y a los licenciados les comunicaban que los volverían a reclutar a finales de marzo.

—No te dejaré ir hasta que me montes la biblioteca —le dijo el coronel cuando se lo encontró por los pasillos.

Y Zoe que no paraba de llamar cuando no la llamaba él, cada vez más dulce, más entregada y más sensual. Decidieron pasar un fin de semana en la montaña, los dos solos, y fueron a Poiana, donde permanecieron la mayor parte del tiempo bajo las mantas, con los copos golpeando tenuemente las ventanas. En lugar de sentirse atrapado, a Mihail le embargó durante esos días una sencillez serena. Por las tardes, el sol horadaba la densa capa de nubes bajas y, por las mañanas, correteaban por la nieve. El terreno se rizaba como una marejada, y a lo lejos flotaban los abetos, sus siluetas en las cumbres luminiscentes. Le faltaban las palabras, estaba como borracho, quería revolcarse por el suelo. Zoe se quedó mirando un avión que volaba a poca altura y se puso a perseguir la cola de su sombra. Después se echó en sus brazos jadeando, con las mejillas rosadas y el pelo revuelto, sin fuerzas ya para reírse pero contenta con una fogosidad que él no le había visto antes. Mihail apuntó ese detalle para incluirlo en *El accidente*. ¿Sería posible aún la felicidad?, ¿al calor de la chimenea?, ¿en una cabaña con una mujer y todo blanco afuera?

La piel de Zoe había aprendido nuevos movimientos, una forma orlada de inclinarse, de arquearse desde la cabeza a los talones, de caer inerte. Era

como si fuese de pronto consciente de que tenía un cuerpo diverso y desconocido, y que ese cuerpo ocultaba un potencial inagotable. Era como si hubiese emergido de un letargo en el que todo en ella era pequeño y refractario, como si ninguna lágrima pesara más que el muslo que se abría hacia la sábana esperando, que la redondez de sus senos coronando el vientre llano. Era, en definitiva, como si hubiera descubierto que las personas podían estar desnudas sin que mediase el dolor ni las comparaciones, que podían tener una belleza salvaje y conducirse con la pasión de una fiera por un territorio inexplorado. El cuerpo de Zoe se movía lentamente, sin tirantez, con la tensión de un animal joven al que le ataca el sueño hasta vencerlo por completo. Incluso hubo un instante en que Mihail pensó que podrían tener hijos; que la falta de solicitud de aquella chica suave, flexible y translúcida, era una promesa de vida apacible.

Siempre había anhelado que las cosas fueran más sosegadas y duraderas. Y una de esas noches soñó con estabilizarse, con ser un anfitrión que recibiera a sus amigos en una casa segura y confortable; soñó con decorarla de una forma sobria y práctica, a base de muebles antiguos, y que ese hogar ofreciera una continuidad; y mientras él soñaba, ella quizás permanecería despierta, a saber con qué ilusiones o angustias en la cabeza, y cuando la luz comenzó a listar el flanco derecho de la cama, lo despertó con ternura y se subió encima de su pelvis, balanceándose con unos ojos de asombro o desafío, infantiles y rebeldes, como diciéndole: «Mira, éstos son mis pechos y éste es tu ombligo; y éstas son mis caderas y éstas, tus manos». Pero la nieve apilada en la juntura de los cristales, al igual que el resplandor que había renacido entre ellos, empezó a derretirse conforme se desplegaba el día; y al dejar la cabaña, camino de la estación, en el bullicio de gente que acarrea sus esquís para los campeonatos de eslalon, se encontraron de cara con Leni Caler, que salía de un hotel junto a un hombre que no era Froda. Mientras se saludaban, Mihail pensó que esa mujer había estado desnuda en sus brazos, y no sólo le fue imposible recordar el cuerpo oculto bajo aquel vestido gris y aquel collar de perlas con una sola vuelta, sino que a pesar del rímel y la capa de maquillaje, le pareció que su cutis tenía el aspecto de la fruta escarchada. Luego subió al tren riéndose con Zoe, cogidos de la mano, como una pareja de recién casados entre quienes de repente se instalara algo. De vuelta en Bucarest, después de reprocharle su comportamiento con Cella Seni, Lena Constante le dijo que el

amante de quien recibía dinero Zoe era un actor con pinta de músico zíngaro a quien Mihail conocía vagamente de las noches en el Continental, y a eso se aferró para alejarse una vez más de ella.

Cuando tiene los primeros ejemplares, corta uno y lo hojea. Lo colocó sobre su escritorio. Le gustaba verlo allí, encima de la mesa. Lo miraba con una mezcla de tranquilidad e indiferencia. Otra cosa sería cuando la gente lo leyera. El libro no había convencido a Rossetti y Mihail sentía mucho que se hubiera lanzado a editarlo con los ojos cerrados: de alguna manera, era como si lo hubiese traicionado. Entonces, una de las primeras noches después de llegar *El accidente*, le invadió el pánico. Se dijo que, en lugar de una novela, quizás había escrito una idiotez, algo que lo desacreditase para siempre: una pifia inútil. Sólo quería dormir, escapar muy lejos y no retornar nunca. Mircea por teléfono: «tu mejor libro», «una novela moderna», «muy interesante», «una historia con mucha naturaleza»: deprisa, de una forma más animosa que entusiasta, comprometida. De una parte, a Mihail le hubiese gustado que le dijera, sin miramientos, su auténtica impresión de la novela; pero, de otra, temía que lo hiriese con su crudeza. Él tampoco había sido franco al leer los libros de Mircea, nunca se había atrevido a decirle qué pensaba de sus provocaciones gratuitas. En su día publicó una reseña elogiosa de *Maitreyi* y, desde entonces, cada vez que Mircea criticaba o mostraba displicencia respecto a un escrito suyo, se lamentaba de no atreverse a confesarle lo que realmente opinaba de sus novelas. Siempre le había importado más no dañar su amistad o contrariar a Nina. Por eso nunca había leído a Eliade desde su propio gusto, reflexionaba, sino desde el de Mircea. Que ahora le pagara con la misma moneda le escocía igual que, cuando eran más jóvenes y Mihail le pasaba un manuscrito, le echaba sin tacto todo su trabajo por tierra.

¿A quién podía preguntar para obtener una respuesta sincera? ¿A Camil? Beno sólo supo decirle que le enganchó el episodio de Ann; pero cuando él le preguntó por el resto, se quedó en silencio. La verdad era que a nadie parecía entusiasmarle. Aunque peor era la indiferencia: los que, al pasar las semanas, no decían nada o dejaban caer que no la habían abierto; los conocidos de quienes él leyó sus libros en detrimento de su propia escritura, porque le habían pedido una presentación o una reseña, o porque simplemente sabía que esperaban su lectura: Marietta, por ejemplo, que ni siquiera le agradeció el

ejemplar que le mandó cuando se cruzaron por casualidad en el teatro. Esa misma noche Mihail también vio a Nae a la salida del Nacional. Estaba pálido y no paraba de toser. Quedó en que le haría una visita pero, apagado y lento de movimientos como lo encontró, le dio vergüenza decirle que había publicado otra novela.

Camil le comentó que el final de *El accidente* tenía algo de significativo: «Esquiad y os curaréis de los amores desgraciados». Su madre lo llamó una mañana, muy temprano, cuando Mihail estaba todavía dormido.

—¿Qué pasa? —se alarmó.

—Anoche estuve leyendo tu libro. No paré hasta terminarlo.

—¿Y te gustó?

—¿Si me gustó? Luego no pude dormirme del disgusto. ¿Cómo se puede sufrir tanto?

—Mamá... Paul no soy yo. Ann no existe. Nora es una invención. Nada de lo que sucede en el libro es cierto.

—A mí no me engañas, Iosef Hechter.

—Pero te prometo que no es verdad...

—No sé qué te ha pasado, hijo.

—... que esta vez no es verdad, te lo aseguro.

—No comprendo por qué no eres feliz.

—Mamá, por favor, no empieces de nuevo...

—Aún eres joven...

—Mamá...

—Una vez regresaste a casa cuando acabaste la universidad y traías un libro...

—Siempre me recuerdas lo mismo.

—De ese amigo tuyo... *En las cimas de la amargura...*

—De la desesperación, mamá... *En las cimas de la desesperación.*

—Peor aún. Ahí empezaste a perder tu alegría... A escribir libros como aquel que te hirió tanto... El de los dos mil años...

—Mamá, por favor.

—Sí... A mí no me engañas... Yo te lo notaba... Y tu padre se preguntaba si te dolía más lo que decían o haber escrito de esa forma sobre los tuyos...

—Mamá...

—Todavía eres joven... Busca una mujer que te entienda... Las cosas no son tan difíciles...

Y otro día le llamó Froda:

—Desde el principio hasta el final, sin poder soltarlo.

—¿Lo dices en serio?

—Estoy perplejo. No sé qué decir. No encuentro la manera de felicitarte ni de darte las gracias.

—Las gracias por qué.

—Hacía mucho tiempo, desde *Climas* de André Maurois, que no leía un libro tan hermoso.

—¿Y no crees que exageras?

—El único pero es que se trata de una novela para iniciados.

—¿Para iniciados?

—Para quienes hayan vivido acontecimientos parecidos.

—Ya.

—He rastreado los menores detalles. Sé quién es Ann. La conozco.

—Pero...

—Por favor, no hace falta que me expliques nada. Sólo te ruego que no le digas a Leni que te he hablado con tanta emoción de tu novela.

Mihail se encontró en un café con el distribuidor de las Fundaciones y no pudo evitar preguntarle cómo iba el libro. «Regular», le dijo con una mirada esquivada que a todas luces quería decir: «Flojo». Luego pasó por una librería y estaba medio escondido. Preguntó al encargado y aún no habían vendido ni uno. Pero él no sabía promocionarse, qué le iba a hacer. Debía asumir que no era un escritor de éxito. Al menos les había gustado a algunas mujeres de sus amigos: a la señora Ralea, por ejemplo, o a la señora Vișoianu. ¿Por qué no se conformaba con eso? A Rossetti no le podía pedir un esfuerzo de publicidad, sobre todo desde que había caído en desgracia y su cargo en la Fundación colgaba de un hilo. Y Mircea estaba demasiado ocupado camuflándose como un camaleón, consiguiendo prebendas del gobierno del que tanto renegaba; la última: agregado cultural en la embajada de Londres, con una retribución fabulosa, según Vulcănescu. Mihail iba pensando precisamente en Mircea y en Nae cuando entró en el edificio y la portera le entregó una nota urgente. Era de Nina. Y le rogaba que acudiese a casa del profesor lo más rápido posible.

Al llegar a Băneasa, no pudo controlar un espasmo que pudo parecer desproporcionado. Nina estaba demacrada y Mircea, cabizbajo. Por lo que oyó Mihail supo que, desde que Nae salió por segunda vez de Ciuc, se habían reunido cada semana. También se dio cuenta de que el profesor los había llamado uno por uno para despedirse: a Vulcănescu, a Dinu Noica, a Haig, a Sterian, a Mircea Eliade. Según escuchó, al único que lamentó no ver fue a Cioran, que seguía en París. Entonces, mirando a Nae lívido y ojeroso, con sus cejas en forma de ángulos, recordó aquel paseo de hacía casi diez años: «Sólo las cosas que surgen del interior son las que acaban bien». Y lo que brotó de su interior al regresar de París, en lugar de su tesina de Derecho Público o terminar el ensayo sobre la correspondencia de Proust, fue *Desde hace dos mil años*. Cuando se lo dijo a Nae, conocedor de la historia de las religiones y la cábala y los *chassidim*, le gustó el proyecto. Pero, al exponérselo, Mihail omitió cómo y por qué alguien, un pueblo o una raza si se prefiere, pasaba a convertirse en premisa del oprobio. Pensó que para el profesor sería, como en el fondo era para él, algo secundario, pues ¿no había alabado Nae la contribución que «los judíos de valía» habían hecho al país?, ¿no sostenía que un Estado que oprimía a las minorías perpetraba una infamia?, ¿no había dejado clara la diferencia entre nación como realidad cultural y Estado como realidad política? De lo que Mihail le habló fue de la dificultad de ser judío en una época secularizada; de que las adversidades externas no podían competir con las internas; de que el antisemitismo era rudimentario y periférico comparado con el sufrimiento judío, con su postura trágica o herida abierta, dado que nadie se había examinado a sí mismo con más dureza ni castigado con más rigor, o ¿acaso los profetas de la Biblia no eran las voces más crueles que habían sonado jamás agudizando esa sensibilidad turbulenta? Tal vez se tomó a la ligera aquello que también decía Nae: «Somos ortodoxos porque somos rumanos y rumanos porque somos ortodoxos». Pero el caso es que le pidió el prólogo y Nae aceptó. En 1931.

Sin embargo Mihail no terminó el libro hasta tres años más tarde, y para entonces, al igual que casi toda Europa, Nae había cambiado. Aunque una cosa era lo que decía en público y otra el afecto con que seguía tratando a su pupilo. Por eso Mihail no quiso faltar a su palabra: por gratitud, por lealtad personal; no, como se dijo luego, por dinero, por traición a la comunidad

judía, por atraer hacia la causa hebrea a un patriota rumano: por masoquismo. En ningún momento pensó que Nae podría sentirse también incómodo, forzado. Tal vez fui yo quien debió desistir, se decía Mihail junto al lecho de su maestro. De esa forma no habría leído nunca aquellas palabras que esperó con tanta inquietud, con tanta esperanza en que su trasfondo fuera conciliador y comprensivo: *Judá sufre porque alumbró a Cristo, lo vio y no creyó. Judá sufre porque es Judá. Iosef Hechter, tú estás enfermo. Tú estás sustancialmente enfermo porque sólo puedes sufrir. El Mesías ya vino, Iosef Hechter, y tú no lo reconociste. O no lo viste, porque la soberbia te puso escamas en los ojos: ¿no sientes cómo se apoderan de ti el frío y las tinieblas?* Mihail aguardaba la sinceridad estimulante de Nae, no aquel manifiesto legionario el año en que se proclamaron las Leyes de Núremberg. «Acaba de dármele. Toma. Léelo. Una tragedia, una auténtica condena a muerte», fue a casa de Mircea en cuanto lo tuvo en su mano. Pero si lo pensaba bien, quizás era a lo que él había incitado en tanto que el profesor Blidaru no sólo consistía en un trasunto evidente del propio Nae, sino que la suya —la incompatibilidad del cristianismo y el judaísmo— era también la tesis de ese personaje en la novela. El prólogo no obstante iba más allá, se había dicho muchas veces Mihail, sobre todo cuando afirmaba que si entre dos cuerpos extraños no había síntesis posible, la existencia del judío en el mundo era inaceptable. Porque eso tenía una consecuencia: Judá-Hechter-Sebastian y sus semejantes, con independencia de que fueran creyentes o ateos, rebeldes o apáticos, intelectuales u obreros, debían ser eliminados. ¿El riesgo de amar lo que uno tenía derecho a amar? Alucinaciones ingenuas. ¿El acto irrevocable de haber nacido en el Danubio y querer esa tierra? Una chaladura utópica. *Extra ecclesiam nulla salus*. ¡Tan claro como el agua! Judá sufría porque alumbró a Cristo, lo vio y no creyó. Judá sufría todavía porque era Judá. Los hijos de Abraham sufrían y, al sabotear las raíces cristianas de la nación, tenían que ser exterminados.

Nae ignoró adrede lo que sostenía el narrador de la novela: por mucho que el antisemitismo fuera un hecho continuo, lo que ocurría en el siglo XX era una broma comparado con lo que pasó en el XIV; porque mientras entonces tenía un orden religioso, el del presente era económico. Si la estructura social se centraba en lugar de en la religión o la economía en la apicultura, reflexionaba el álgter ego de Mihail, el judío sería rechazado desde el punto de vista de las

abejas. Los judíos eran culpables, sí; existía la costumbre que los condenaba a ser detestados, sí; pero su verdadera maldición era su deber de sufrir: el sino del que ni la huida, ni el suicidio, ni el bautismo llegarían a librarlo nunca. La única vía que le quedaba era la espera y el sometimiento. ¿No estaba clara la ironía? Para Nae, en cambio, ni la tierra a la que aludían Blidaru y el nihilista Părlea —inspirado a su vez de forma obvia en Cioran— era para ellos, y por lo tanto no podían ser admitidos en una redención que no sólo era espiritual —ahí radicaba la confusión— sino también política. En un intento de seguir los consejos de su mentor y cansado de escrutarse a sí mismo, el protagonista de la novela abandonaba la carrera de Derecho e iniciaba los estudios de Arquitectura; decidía construir una casa lineal, con grandes ventanales y una terraza recta en la que entrase el sol, como tributo a su maestro. Para Blidaru, por el contrario, si no en un traidor demostrado, su aprendiz se había convertido en un traidor posible. De ahí que la casa, en lugar de una ofrenda como era su intención («un lugar sencillo, limpio y tranquilo, con un corazón abierto por igual a todas las estaciones»), acabara volviéndose un desafío y, en una suerte de escenificación similar a la danza de *La consagración de la primavera* (figuras de negro y escuálidas —imaginaba Mihail mientras la escribía—, bailando un son tribal, alrededor de la hoguera), terminase convertida en paja para el incendio que se acercaba, para el desmoronamiento o el cataclismo del mundo tal y como auguraba Părlea, que resultaba tan caricaturesco cuando hablaba así como su referente de carne y hueso.

Y aun con todo, ¿era necesario que Nae se dirigiese al autor llamándolo por su nombre, utilizar ese prólogo para esclarecer la deriva de su pensamiento?... y ¿a qué venía la acusación personal? Cuando Mihail le agradeció a Mircea el artículo que escribió en su defensa, atreviéndose a contradecir a su «guía» al diferenciar drama interior de drama público, Mircea sacudió la cabeza y se limitó a decir que no podía dejar pasar un error teológico de tal calibre. Pero más que sus dudosas verdades, tan fácilmente refutables, lo grave y doloroso era el prólogo en sí: que Nae hubiese pensado y escrito eso. Mihail sin embargo decidió publicarlo sin cambiar una coma, siguió yendo a sus clases, cultivando su amistad y, cinco años después, al contemplar su cadáver, no sólo se lamentaba de que aquel hombre extraordinario muriese derrotado, sino que se daba cuenta de lo mucho que lo había querido. Porque qué insolente se le tornaba el triunfo de los otros. La

mayoría de los viejos compañeros de Nae estaban sanos, eran ricos y se habían convertido en instituciones: Herescu era el nuevo presidente de la Sociedad de Escritores, Eftimiu había adquirido un gran prestigio después de dejar a los nacional-campesinos por los goguistas y sonar para la Dirección General de Teatro, Tătărescu era de nuevo primer ministro: la pura demostración de que se podía ser mentiroso y corrupto, y tener éxito. Mientras, Nicolae Ionescu moría a los cuarenta y nueve años, solo, excluido y sin que nadie lo tomase en serio. Mihail lo recordaba sentado en su despacho de *Cuvântul*, a cualquier hora del día y de la noche, levantando en solitario el periódico, sin perder nunca la serenidad, con una sonrisa a pesar del cansancio. Los catedráticos de filosofía se burlaban de él citando sarcásticamente su definición de periodismo («el descifrado de un acontecimiento en curso») o llamándole «el Sócrates rumano», pero Nae no se ofendía. «Nadie le puede decir a nadie lo que hay que escribir», le dijo una tarde a Mircea en su presencia, «ni si son mejores los artículos de ciencia que la literatura; y aun suponiendo que yo se lo dijese, usted debería hacer de todas formas lo que le pareciera, porque si no dejaría de ser usted: la alondra está hecha para cantar, no para pensar dónde irá a parar su canto». Y a él: «¿Angustia? ¿De dónde sacan ustedes la angustia en este mundo lleno de certezas? ¿Acaso no basta que el sol salga y se ponga para que estemos tranquilos?».

Mihail pensaba en lo difícil que había sido siempre el entendimiento entre generaciones, por la falta de generosidad de los mayores y el exceso de furor de sus cachorros, como si hubiese algo opaco entre ellos, una incapacidad recíproca para comprenderse; y Nae había sabido hablar a los jóvenes, entenderlos y hacerse entender por ellos. Nae era la única persona que había conocido contra la que el destino era impotente, puesto que lo aceptaba fuera el que fuese; el único hombre en el que de verdad había creído; el maestro de toda una «generación», aunque Mihail empezara a desconfiar de esa palabra. «Hay un otoño para cada esperanza y una primavera para cada desesperanza», podía oír su voz. Pero también había sido un hombre triste, encerrado en una sombra voluntaria, un dirigente de la vida pública que movía los resortes con una mano escondida y fría. Ésa era su leyenda, el enigma que provocaba tanto indignación como intriga. Y aunque Mihail sabía que su profesor estaba convencido de que las trampas coronarían su vida y los obstáculos serían su

recompensa; que si bien era capaz de desperdiciar las ocasiones para ascender, se había conducido demasiado por motivos personales; que renunció al éxito y sólo publicó una recopilación de artículos porque insistieron sus discípulos; esperaba que, cuando el cuerpo se derrumbase, aquella mente intrincada seguiría combatiendo con todas sus fuerzas. Que hubiera escrito en *Cómo me convertí en húligan* que la única venganza posible contra su prólogo era publicarlo, o que una vez lo comparase a sus espaldas con el diablo, contribuyó también a que no pudiera reprimir el llanto.

No tener dinero, cobrar la mitad del anticipo de la novela y que se vaya en un mes de alquiler, traducir a precio de miseria, pasar el día entre la redacción de la revista y los juzgados, escribir un artículo deprisa, reclamar los emolumentos ínfimos del ensayo sobre Proust, pagar las facturas y las reparaciones y los cigarrillos y las letras de su padre, velar por Beno, llegar a casa hecho un despojo, salir por las noches, no saber decir NO, devolver préstamos a Blank o Zissu, vivir en una grisura informe. El cuarteto de Ravel. *Las Noches en los jardines de España*. Los alemanes ocupando Dinamarca. Rossetti diciéndole que el director del Instituto Francés quería que trabajase en París. Desembarcos británicos en Noruega. Mientras esperaba la llamada del Instituto Francés, enfermó de nuevo de la garganta. Ni siquiera tenía fuerza para respirar con alivio. Regusto de decadencia. Cada vez que ponía la radio se topaba con algún boletín que le hacía ver que en cualquier momento podría quedarse sin nada. Incluso con fiebre, salía de su apartamento por no estar solo, venciendo la sensación de inutilidad. Ante el espejo, un hombre pálido, desmadejado, carente de valentía. Los ingleses se retiraron al poco de Noruega. Camil, admirable, lo vio venir: «Mi sistema filosófico, que realiza cosas que no se han hecho en los últimos mil años, encuentra su confirmación con cada noticia que llega de la guerra». Un mar verde, cárdeno, malva, adonde no llegasen los partes del frente; un conato de aire en el que la luz lechosa del sol se confundiese con los reflejos del agua. Que si el rey se había reunido con Horthy, que si lo había hecho con Göring, que si Alemania se preparaba para un ataque inminente. *Segundo concierto para violonchelo y orquesta* de Haydn. Cada vez más diluido, aplanado, disperso; expurgando la prensa. Ocupación de Luxemburgo. Zoe acudió a dormir dos o tres días, mientras bombardeaban el aeródromo de Bruselas, y él no tuvo coraje ni

dignidad para rechazarla. Al contrario: cuando dejó de venir, la llamó para que volviese. En las emisoras italianas, programación insustancial, noticias anodinas. *No me queda ni un leu*, escribió en su diario. Ayer cayó Lieja. Termina de hacer el amor con Zoe y se la queda mirando, con tristeza. Cayó Róterdam. Lo llaman del regimiento. En Roma, «manifestaciones estudiantiles», preparando el «entusiasmo del pueblo». Tercera concentración. Holanda capitula en cuatro días. *Quisiera tener más valor, quisiera poder expandir más valor a mi madre, a Beno, ofrecerle a Zoe un poco de esperanza*. La población belga abandonando las ciudades. En el cuartel lo tomaron por desertor y tuvo que rendir unas explicaciones humillantes. Lovaina, Amberes, Sedán. Lo destinaron a una nueva compañía, a la Cuarta de Fortificaciones: como en un hospital, un manicomio, una cárcel. Nadie estaba autorizado a abandonar París. Una obertura de Beethoven, *Las ruinas de Atenas*, después de que el general Gamelin diera un orden del día parecido a un planto. Reynaud convoca urgentemente al mariscal Pétain. Los partes aliados con un tono de desmoralización opuesto al triunfalismo de los alemanes. Zoe le dice que lo quiere. *En un Sceaux presa del desconcierto, ¿qué habrá sido de Poldy?* Combates a diez kilómetros de Reims. Cuando va a ver a sus padres, ya no puede hablar de la guerra; tampoco ellos lo quieren escuchar; se ponen de acuerdo para guardar silencio. Reynaud reconociendo que la situación es seria, «pero no desesperada». Rossetti al teléfono: «Los franceses han perdido cuatrocientos mil hombres». Churchill por la radio: «Sería una locura decir que la situación no es grave, pero también creer que está perdida». *Señor, ten piedad*. Gamelin sustituido por Giraud; Weygand, generalísimo. *Estoy pensando siempre en Poldy: le pido a Dios que tenga valor para vivir, resistir y esperar*. La necesidad de olvidar su ateísmo. En el cuartel, desde el capitán al sargento, todo el mundo blasfema, trona, pega, malgasta su energía, pierde el poco tiempo que les queda. Amiens y Arras. El regimiento confinado al completo porque el coronel estaba disgustado por la «compostura» de los soldados en la calle. Purcell, el lamento de Dido. Los alemanes llegan al Canal de la Mancha. Sin poder lavarse, sin afeitarse, sin comer, sin dormir, mientras se hundía la vida. Próximos objetivos: Boulogne, Calais y Dunkerque. En el regimiento sólo podía mirar hacia la puerta, hacia las vallas. Toma de Calais. Se despertó a la una y media y luego aguardó con los ojos abiertos a que se hiciera de día. «La situación en la costa es precaria», un parte francés. *Que no me vean, que no me oigan, que no me*

pregunten. El terror de los periodos de calma. Y mientras está recluido, una confabulación legionaria, un atentado maquinado por un grupo terrorista llegado de Berlín. No poder escuchar las emisoras alemanas ni cuando ponían música. Reclutamientos continuos de soldados judíos. Los alemanes diciendo que han entrado en Boulogne y los franceses desmintiéndolo. Se hace con un mapa y lo escruta palmo a palmo. Capitulación del rey de Bélgica. Carta de Poldy, fechada diez días atrás, en la que contaba que había dejado Sceaux hacia un centro de instrucción sanitaria, a saber dónde. Visita al tío Avram, encorvado, medio ciego, corroído por un cáncer y, aun así, preocupado por una serie de recibos, obsesionado por una cantidad de dinero que tenía en rentas del Estado y cuya cifra exacta repetía con precisión absoluta. Cayó Lille. Camil: «Seamos objetivos». Un estado físico en descomposición, una especie de gripe. Pero él no podía ser objetivo: le parecía una forma de aceptar las cosas, cuando la simpatía hacia los alemanes se extendía por todas partes. *El mundo está pasmado, cuando tendría que estar horrorizado.* Admiración militar por Alemania en un vecino, que afirma que sólo han comprometido el cuatro por ciento de sus recursos. Y otro, respecto a los franceses: «Lo siento por ellos, pero no podemos hacer nada». En ningún momento se les pasaba por la cabeza, a esos hombres objetivos, que la victoria alemana traería su esclavitud. Ofensiva en el Somme. *La diferencia es que, mientras a ellos les traería sólo la esclavitud, a nosotros nos traerá la muerte.* Por fin cobra el resto del anticipo por *El accidente*: cuando se acabe ese dinero no sabrá qué hacer, adónde ir, ni siquiera tendrá una cama. Aceptación generalizada de los triunfos alemanes y, bajo la medrosa estupefacción, el antisemitismo rumano: siempre a la espera, siempre salvador, siempre revestido de pureza. Blank y Zissu preocupándose por él, invitándolo a recepciones. Dunkerque ocupada. *Siento repugnancia de mis amigos millonarios, yo no tengo dinero para el alquiler y ellos se pirran por las conversaciones abstractas.* Primer bombardeo sobre París, doscientos cincuenta muertos. Sólo de pensarlo se paraliza. Columnas motorizadas en Giross y Rouen. *En lo más recóndito del corazón, todavía confío.* Italia declara la guerra a Francia e Inglaterra. NO, NO Y NO. Acude al Instituto Francés y allí escucha a Reynaud, entre sus conciudadanos, un discurso triste pero de una firmeza que aún contenía esperanza. NO. Los alemanes cruzan el Sena. *Pero no puede ser.* El gobierno retirándose al sur del país; los periódicos, que dejan de salir; las emisoras parisinas, que no funcionan. Plan

de evacuación. *Varias veces a lo largo del día, en casa, en la calle, me entraban ganas de llorar. Todavía me resulta imposible comprender todo lo que ha pasado. Todavía me resulta imposible creer que sea cierto.* Reynaud en la radio, por última vez: una desesperación, una despedida y un testamento. La línea Maginot. Una portada de periódico, separar las tropas de Alsacia y Lorena, entrevista al pasar en un chico que gritaba: ¡PARÍS OCUPADO! Eugen Ionescu, a quien hacía dos años que no veía, contándole cosas terribles, recién llegado de allí. Verdún también. En Burdeos, el Consejo de Ministros, reunido día y noche. Hasta que, en la Torre Eiffel, la bandera con la cruz gamada. Centinelas alemanes en Versalles. Y en el Arco del Triunfo. ¡FRANCIA DEPONE LAS ARMAS! Poldy. Pétain sustituyendo a Reynaud. Capitulación sin condiciones. *Como la muerte de un ser querido.*

TERCERA PARTE

Mirar con los ojos bien abiertos, estar más atento a los hechos que a las opiniones, a cada uno de los detalles, a lo comprobable y no a su interpretación, aquella «objetividad» que invocaban todos. El relato del testigo ocular, como decían las demandas judiciales. Yo atestiguo, yo lo vi, *j'accuse*. Esforzarse por que no lo engañara la nostalgia ni el resentimiento. Encarar el pasado y escribirlo como lo fue registrando mientras era presente en su diario, sin mentir, sin inventar nada que alimentase el victimismo. Pero las cosas no ocurrían con la neutralidad abstracta de los hechos históricos, sino que le sucedían siempre a alguien, a las vidas privadas que se multiplicaban en miles de reflejos chocando entre sí como partículas de polvo. Y qué sentido tenía dar forma a las cenizas, buscarle una lógica a los escombros; qué significaba hablar cuando el lenguaje ya no podía hacerse cargo; cómo utilizar de nuevo las palabras dañadas. «El testigo nunca debería quedarse al margen», le dijo Bachman, «porque si es así acaba convirtiéndose en cómplice.» Y Vișoianu: «Sólo tú tienes legitimidad ante los ejecutores y los que permanecieron impasibles». Mas ¿quién era él para juzgar a nadie?, se preguntaba Mihail repetidamente. Él que calló y miró hacia otro lado y no habló cuando tuvo que hacerlo y que sobrevivió y quizás había actuado igual que ellos. *Nosotros y ellos*. Esa incapacidad, esa insuficiencia. Sin embargo las repercusiones de los acontecimientos estaban ahí, como las «esferas de interés» del pacto Mólotov-Ribbentrop: que al regresar del ejército te encuentres con que te han expulsado del Colegio de Abogados y de las Fundaciones Reales; que en el regimiento te enviaran a cavar, a descargar vagones de leña, a hacer maniobras de defensa por el norte del país, mientras la URSS se anexionaba Besarabia y Bucovina; que Bulgaria y Hungría se agregasen también el sur de Dobrogea y buena parte de Transilvania. O la abdicación de Carol II, las concesiones a Alemania relacionadas con los pozos de Ploești, Ion Antonescu nombrándose Conducător. Todo distorsionado. Porque el servicio en el ejército dividía la vida entre la «zona» y la «normalidad», dos habitáculos comunicados. Por eso, al entrar en su

apartamento de Calea Victoriei y toparse con las paredes agrietadas, ladrillos al descubierto y cascajos de yeso por los suelos, en un principio no concibió que pudiera tratarse de los efectos de «ese terrible castigo de Dios», como llamaban al terremoto de noviembre las voces del Estado Nacional-Legionario, sino que le espantó hallar en el corazón de su casa el eco de la guerra que llevaba en el suyo. No lo comprendió hasta que se lo explicó Dumitru, recuerda Mihail, quien paralizado por el cansancio, el quebrantamiento de la salud y la cancelación del futuro, tampoco supo apreciar el cambio de tono del marido de la portera, que ya no se dirigía a él con aquella sumisión que le disgustaba tanto.

La hija de Aristide y Dorina Blank había muerto con sólo ocho años, al desplomarse el techo, y la vida suspendida y el estupor hacían que lo aceptara todo, hasta eso. Se decía que había que resistir como fuera, tener paciencia, aguantar con los dientes apretados: si se salía vivo, llegaría el día en el que se pudiera respirar de nuevo. Pero la fiebre cada vez era más continua y bajaba con mayor dificultad, y por las noches Mihail apenas podía dormir y, cuando lo hacía, le arrastraba una marea de voces discordantes, de presencias y ausencias que volvían simultáneamente, confundiendo sin ligazón lugares y tiempos, conversaciones que se desvanecían y que una cojetada terminaba de borrar por completo. Entre el duermevela y la vigilia, a veces soñaba con Brăila y con Nina y con Nae, pero otras con Leni o Zoe en un Balcic tan irreal como un cuadro de Gauguin, amarillo y rojo. Todos se marchaban, todos se instalaban, todos sabían dónde situarse para aprovechar mejor la dirección del viento. Por la calle se encontró a Cioran, de vacaciones antes de regresar a París: «Compréndelo. Si me quedara, tendría que incorporarme a la concentración de reservistas. Hoy mismo he recibido la orden. No me hubiera presentado de todas formas, pero así está solucionado». Cioran que, durante los arrestos de legionarios, había enviado a la prensa artículos sobre sus paseos en bicicleta y que, cuando las cosas cambiaron lo suficiente como para sentirse seguro, leyó una loa a Codreanu por la radio en la que lo comparaba con Jesús y a la Rumanía previa a su alumbramiento, con el desierto del Sahara. Y casi todos los demás decían lo mismo: hay que seguir, la guerra no debe paralizarnos: los que podían comprar un billete de barco, conseguir un visado, pagar un sello en su pasaporte si resultaba necesario. Mihail, sin embargo, permanecía allí, sin mover un dedo, con aquella impresión de

quedarse en un mundo que se cerraba a su alrededor, de cerco sin escapatoria: de asistir, una tras otra, a algo más que una despedida. Incluso Eugen Ionescu, que por entonces era de los pocos que iban por su piso, con una sonrisa que no ocultaba sus nervios a flor de piel, lo estaba removiendo todo para huir, en medio del caos producido por los refugiados de las provincias perdidas, la inflación y el terremoto; mientras él, recuerda Mihail, se encerraba en casa, presa de amenazas inconcretas: si habría echado o no el cerrojo, si las contraventanas eran invisibles, si las paredes se habían vuelto transparentes.

De cualquier parte, en cualquier momento, podía irrumpir el ruido, los sonidos intimidatorios: los pasos y golpes que en la oscuridad se convertían en indicios del pánico, los culatazos en las puertas secos y explícitos, el ascensor al mismo ritmo que las pulsaciones, la obra social para resarcir a los desposeídos a la par que se culpaba de su miseria a los judíos, la severidad religiosa tiñéndolo todo de un ambiente de penitencia: los altavoces de la calle que conminaban a arrodillarse por los pecados de la ciudad y la redención de las almas; mujeres tapándose media cara boca abajo, o con la frente en el suelo, dándose golpes en el pecho con las yemas unidas, santiguándose, con velos, llorando en un arrebató de éxtasis; las construcciones megalómanas, ridículas y vulgares en su desmesura, imitando el estilo de Albert Speer, con crucifijos ortodoxos por todos sitios; los retratos de Codreanu y Moța con alas angelicales al frente de las procesiones que Eugen llamaba «las costumbres del Estado Nacional-Funerario»; y, como contraste, los triunfos de los Panzer y la Luftwaffe, celebrados con exaltación, con acaloramiento. A Mihail le repelían por igual los *via crucis*, las oraciones colectivas, los entierros interminables, las santificaciones de los mártires y la suntuosidad de aquella religión lúgubre, que los lamentos en hebreo o yiddish y las salmodias y la resignación mansa de los rabinos, las supersticiones de los gitanos, o el carnaval de mujeres y hombres que levantaban el brazo lanzando gritos de apoteosis al paso del cortejo fúnebre de Codreanu o el coche del Conducător: aquellas bocas, con malas dentaduras, ebrias de palabras y de himnos. Las camisas verdes o azules o pardas simplificaban las ideas y los sentimientos, se decía Mihail. Sólo dos o tres verdades absolutas, desembozadas, nebulosas, pero por las que había que estar dispuestos a dar la vida. Con una camisa o un saludo, uno podía encontrar todas las respuestas. ¿Quieres una religión? He aquí una bandera. ¿Quieres un sentido? He aquí un

jefe. La mística del hombre en uniforme. El gusto natural por la ceremonia. La voluptuosidad de creer en ficciones y someterse a ellas. El instinto humano del espectáculo. Y de todos los espectáculos, el más amenazador era la multitud: la embriaguez del sometimiento apoyándose mutuamente; la demencia compartida; los coros, las ovaciones, los pasos marciales o en cadencia, los símbolos, la borrachera psicológica. ¿No era más fácil ser abeja que hombre y ocupar un sitio en la colmena? Feliz como una abeja, como una hormiga, con un lugar seguro, con una función estricta, con un horizonte preciso.

Nunca le habían gustado las festividades regionales, los trajes folclóricos, las camisas con correajes, los gorros que imitaban a los de los *haiduci*, los cirios, los rituales etnicistas que convertían a las personas en monigotes, bailando o tocando tambores, celebrando lo mismo a saber qué divinidad que el advenimiento del hombre nuevo. No le gustaban y había quien se lo reprochaba como una señal de elitismo. Pero no se trataba de eso, se decía Mihail. Siempre le habían incomodado. Lo ponían nervioso. Galvanizaban su única convicción radical: menos templos y más hospitales, menos danzarines y más maestros, menos agua bendita y más agua potable. Además, se sentía extranjero entre los vivos y muertos de la turbamulta que esgrimía como motivo de orgullo el ser rumano de pura cepa y que, muchas veces, iba acompañada por una banda de música. A su padre en cambio le brotaban lágrimas cada vez que escuchaba un himno, fuera el que fuese, el de Rumanía o el de Hungría, *La Internacional* o el de la Guardia de Hierro, tristes o exultantes, sirvieran para consolar o para el estigma, y a Mihail ese detalle le conmovía pero también le provocaba una rabia impotente, más acusada cuando veía a la policía motorizada confiscar bienes, imponer precios, secuestrar, destruir negocios, propinar palizas, instalar unos palos en los que se escarnecía a los «impíos judaicos». Los gendarmes se repartían las mercancías requisadas y hasta el embajador alemán Von Killinger se sorprendía del salvajismo de aquellos postes de la infamia. El terremoto había sido, según *Bună Vestire*, el aviso de una nueva noche de San Bartolomé, el signo para acometer «la venganza de los mártires» y purgar la «corrupción espiritual del antiguo régimen». Milicias armadas de hachas masacraban en Jilava a sesenta y cuatro presos políticos, sacaban a dirigentes como Tătărescu de sus casas, «ajusticiaban» a «carcamales oligarcas» como el padre de Aristide Blank o Nicolae Iorga. «Una advertencia que resuena durante siglos en la historia rumana», había

escrito Codreanu. «Un castigo que resurja cada mil años, del pueblo a quienes huellen y vejen sus leyes y a sus padres e hijos, porque de encina nace encina y de traidor, traidor», había dicho Moța. El majestuoso funeral del cuerpo exhumado de Codreanu fue sin embargo la última vez que Antonescu vistió la camisa verde. El Führer le exigió en persona orden y, en medio de la somnolencia y el terror inerme y la imbecilidad como estado de ánimo (*me dan ganas de gritar pidiendo ayuda pero a quién con qué voz con qué palabras*), la noche del 20 de enero de 1941, el asesinato en el bulevar Brătianu del mayor Döring, el decreto que suprimía las comisarías de rumanización, el cese de los ministros de la Guardia de Hierro, las manifestaciones de estudiantes exigiendo un gobierno puramente legionario, acusando a la policía de la ejecución del jefe del espionaje alemán en los Balcanes, de ser un instrumento de la hidra anglo-masónica, denunciando a los judíos por haberse hecho con el control de «nuestra sagrada patria».

Qué ocurriría si el final de la guerra fuera sólo un espejismo, si todo volviera a empezar, si de nuevo se formara un gobierno con ministros guardistas y, no conformes con eso, exigieran más, y comenzase otra vez la violencia arbitraria, tolerada, casi de curso legal, como el asesinato de Iorga, como la matanza de los presos de Jilava, y sintieras otra vez que tarde o temprano irían también a por ti, que no importa dónde te escondas ni cómo te llames ni que no hayas hecho nada, que pronto te encontrarán y llamarán a tu puerta y te llevarán con ellos y no se sabrá nada de tu vida, como no se supo nunca más de tantas otras. Qué pasaría si hoy mismo, después de dar la clase en la universidad, regresas a casa y pones la radio y, en lugar del parte soviético, aparece la voz del mariscal Antonescu asegurando que «en veinticuatro horas será restablecido el orden por el bien de la estabilidad de la nación y la economía», anunciando el cambio de todos los prefectos del país, exhortando a los ciudadanos a no salir después de las nueve. Los legionarios habían ocupado la sede central de la policía y, sin embargo, las calles parecían una vez más tranquilas: sólo algunos grupos dirigiéndose al Ateneo o al ministerio de Finanzas, cantando, como bachilleres de París por los alrededores de la Sorbona. No había línea de teléfono. Y aislado en su piso, Mihail se preguntaba cómo estarían en el domicilio familiar de Antim: si triunfaba el levantamiento, debería permanecer junto a ellos. Se oían disparos

continuamente, incluso cañonazos. Aunque sonaban lejos, cada vez se aproximaban más al centro. Había cortes de circulación en el bulevar Elisabeta y los autobuses dejaron de funcionar; cordones de soldados en Calea Victoriei y piquetes en cada plaza; manifestantes de un lado a otro, «¡no tiréis, somos hermanos!», órdenes de que nadie se asomara a los balcones. Cuando los ruidos cesaron, Mihail salió a la terraza y divisó en la calle, junto a la farmacia, una vela sobre la acera iluminando un cerco de sangre. Bajó a preguntar y se enteró de que un soldado había muerto. Las tropas, que según un vecino sólo habían disparado al aire, se retiraron y los legionarios habían avanzado. Una ciudad de gente aletargada, indiferente. La imagen de la desorientación. Barricadas, hogueras. La radio con sus emisiones normales hasta que de pronto, antes de interrumpirse por completo, un comunicado informando de que la revolución había triunfado en Constanza y Craiova, de que los «ministros judaizantes» las pagarían con creces; y los panfletos legionarios en los periódicos; y el insomnio: aquel no poderse quitar de la cabeza a su madre, a su padre y a Beno en medio de una noche en la que todo era oscuridad, con los teléfonos inutilizados, con Radio Bucarest sin señal que pudiera sintonizarse.

Qué sentirías si una mañana, después del desvelo que ya no lo provocan los disparos, pusieses la radio y descubrieras al locutor de voz aguda que daba los boletines del Alto Estado Mayor, leyendo un manifiesto del general Antonescu que afirma que los ataques rebeldes están siendo sofocados, que no hay defecciones en el ejército, que la población civil queda habilitada para defenderse en caso de ataque. Recuerda que saliste a la terraza y que te encontraste con un cascote en el suelo, un agujero de bala en el quicio y un día neblinoso de invierno. Pero de pronto hubo un estrépito metalizado, los transeúntes empezaron a apartarse y viste avanzar, hacia la Avenida, a las columnas motorizadas alemanas con fusiles y ametralladoras en posición de tiro. Y luego, aquellas dos ediciones de *Cuvântul*: la de la mañana, con llamamientos a apoyar la revolución legionaria; y otra especial, de horas más tarde, con la orden de Horia Sima, el sucesor de Codreanu y viceprimer ministro hasta el día anterior, pidiendo que la lucha acabase. Entonces, en las tiendas, igual de rápido, el optimismo bucarestino: «Con tal de que se tranquilice la cosa...». Alice Theodorian se ofreció a llevarte en coche a la calle Antim y, al recorrer la ciudad mirando por la ventana, pudiste comprobar

la verdadera dimensión de los hechos: una Calea Victoriei desierta, con tanques y cañones por todos sitios, cruces sellados, edificios oficiales de los que salía humo. Mientras conducía, Alice te contaba cómo, durante las dos últimas noches, Văcărești y Dudești habían sido saqueados. Y te lo decía con un tono compasivo, mirándote de reojo, como queriendo añadir: «Tú me entiendes, los barrios judíos». Pero las detonaciones se habían mitigado; y dictaron la orden de entregar todas las armas, hasta las de caza, para evitar más casos de pillaje; y, una vez en Antim, os abrazasteis todos, lo que no impidió que durante la tercera noche continuarais estremeciéndoos por el más mínimo ruido. Cuando las líneas volvieron a funcionar, personas llamaban por teléfono para ver si otras estaban vivas. Sima insistió en que quien siguiera el combate quedaría fuera de la ley e, inmediatamente después, se fue de Rumanía escoltado por una unidad enviada por Himmler. Retractaciones y condenas. Antonescu anunció las sentencias para los instigadores de la revuelta. Los militares fallecidos, enterrados de forma solemne; los rebeldes, sin honor. Los legionarios, cuando vieron llegar a los soldados de la Wehrmacht, habían gritado enfervorizados: «*Seig Heil! Duce, duce, duce!*», pero al ver que los alemanes los rodeaban y les pedían que se disolvieran, se marcharon sin oponer resistencia.

Y tú, conforme te enterabas de los detalles, pensabas en Cioran, en Haig, en Noica, pero sobre todo en Mircea, que ya estaba en Londres, como agregado cultural, con pasaporte diplomático. Te lo dijo casualmente Vulcăneșcu: «Supongo que habrás leído el último libro de Eliade. Una maravilla, como todo lo suyo. Qué generoso es... Enviarnos un ejemplar antes de irse...». Mihail recuerda que mientras esperaba a Alice para que lo llevara a Antim, en la acera donde se encontraba el cerco de sangre, un pobre hombre que había visto varias veces en el tranvía y que siempre se acercaba a pedir limosna, señalando la mancha, le tartajeaba algo a un grupo de viandantes.

—¿Cómo que una judía? —le preguntaba un señor trajeado.

—Sí, una judía, la pu-puta que la parió.

—¿Y no le han hecho nada?

—¡Cla-claro que sí! La han a-arrestado.

—¿Han oído? ¡Ha sido una judía!

El gobierno suprimió de nuevo todos los periódicos legionarios, entre

ellos el último *Cuvântul*. Las noticias de la guerra llegaban desde muy lejos y, por primera vez, a Mihail le resultaban ajenas. Los escaparates y ventanales de la plaza del Teatro Nacional y el edificio de Teléfonos habían sido arrasados por las ametralladoras. Văcărești y Dudești estaban en cenizas. Hablaban de cientos, incluso de miles de muertos. Aún circulaban algunos tanques del ejército. En el bulevar Elisabeta, Mihail vio cómo tomaban y limpiaban el cine Regal, que había servido de sede guardista. Los espectáculos y restaurantes quedaron prohibidos después de las ocho y media. Y, sin embargo, la gente seguía riéndose por la calle, en un día hermoso, más propio de finales de marzo que de enero, abrazándose en cada esquina, aliviadas, exclamando con entusiasmo que el «patrón» había estado a la altura, que todos los legionarios eran unos criminales. Cioran, a quien tampoco se le vio el pelo durante la revuelta, le dijo a Belu Zilber: «La Legión se limpia el culo con este país», y a los dos días estaba en París, en un puesto de la embajada concedido por el gobierno. Cuando Zilber se lo contó, Mihail recordó lo que había dicho Mircea tras el asesinato de Călinescu: «Rumanía no se merece un movimiento legionario». Se acordaba de los dos, deseando la desaparición del Estado: por su afición a las hogueras purificadoras, Cioran; y para salvaguardar el espíritu rumano, Mircea. «La riada incontenible y justa de la cólera de los ancestros», decía Mircea. «Déjate de remilgos, a la hora de la verdad las vidas individuales importan una mierda», le dijo una vez Cioran. Pero por si acaso ellos protegían las suyas, piensa Mihail que debió decirles y no dijo. Por su parte Haig se presentó al trabajo el 25 de enero, como si nada, cuando dos días antes lo habían visto desgañitándose en aquella orgía monstruosa, sumergido en el primitivismo del gentío, marchando entre las columnas legionarias. Aunque a la hora de las adhesiones y los cambios de posición, Camil era sin duda el gran experto:

—La multitud avanza. La multitud esgrime bastones. Eso es fuerza. La gran fiesta popular. Y yo debo estar donde estén mis lectores.

De un día para otro, nadie simpatizaba con los legionarios; todo el mundo respaldaba el régimen de Antonescu; y ni siquiera les hizo falta pisar Văcărești y Dudești, donde no quedó una casa que no hubiera sido forzada, quemada, expoliada, tan sólo algún establecimiento de nombre rumano en pie: carteles colgados en comercios y locales de artesanos, con la rúbrica PROPIEDAD CRISTIANA, tras los que también eran perceptibles los

destrozos. Acompañado dos pasos por detrás de Alice, Mihail entró en una sinagoga que todavía olía a hollín y vio los rollos de la Torá sin recoger, profanados. Nada quedaba de los talleres de los zapateros remendones, de las tiendas de especias y del polvo y el sudor de las calles, del olor a salmuera y hojaldre y *mititei* y las barberías de cuando se alojaba en las pensiones de estudiantes. De vez en cuando veía a una anciana o un niño entre las ruinas, como buscando, o esperando. Y nadie se atrevía a dar una cifra; las familias apelotonadas a las puertas del depósito de cadáveres; las esquelas mortuorias, todas judías, de *Universul*. A muchos los asesinaron en el bosque de Băneasa y los dejaron tirados en la nieve, desnudos, con signos en la piel; a otros los obligaron a redactar notas de suicidio; un lote fue masacrado en el matadero, colgados por la garganta de los ganchos para reses, mutilados (un cadáver tenía los testículos metidos en la boca), algunas cabezas con impactos de balas y, encima de cada una de ellas (entre las que se contaba la de una niña de cinco años), otro cartelito: CARNE *KOSHER*.

A Haig lo arrestaron nada más que se dejó ver; Marietta se encontraba en paradero desconocido; pero otros hablaban con distanciamiento, se mostraban satisfechos: justificaban, olvidaban, recordaban sólo lo que les convenía. Y Mihail pensaba: a revolucionarios así, nunca les pasará nada; porque ninguno vivía en las cientos de casas devastadas; casas que podrían haber sido las de la calle Antim; familias que pasaron cuatro noches separados y después no encontraron nada ni a nadie. Lo único que podía leer era la *Historia de los judíos* de Dubnow y, por más que descubriera que a lo largo del tiempo había habido numerosos Hitler, no hallaba un pogromo de una ferocidad como la del que acababa de suceder. Cada mañana se enteraba de nuevos detalles, de nuevas cifras, de las identidades de los asesinos. Metieron a un grupo entero en el sótano del cine Regal conducidos por porras y barras de hierro; allí les golpearon con látigos y tubos de cobre en la cara, manos, nalgas y plantas de los pies; después les hicieron beber de la letrina que, antes, habían obligado a limpiar con la lengua a un rabino tras abrirle la cabeza a martillazos. Entre los torturadores, que incluso establecieron turnos para no perder el tiempo, se encontraban policías leales a la Guardia de Hierro, organizaciones legionarias, sindicalistas, universitarios, obreros, estudiantes de instituto y mujeres. Uno de los cabecillas que ató a otra remesa que habían llevado al bosque de Jilava a unas dianas, con el objetivo de delinear sus cuerpos con

balas, era el hijo del ministro del Interior destituido. A una embarazada le sacaron el nonato clavándole dos estacas. A un anciano lo asesinaron de un hachazo. A una vecina que escondió a una familia judía la arrojaron por la ventana y orinaron sobre su cadáver. A un maestro que ocultó a un alumno judío le marcaron la frente con un hierro al rojo vivo y al niño lo desollaron. A una niña que escapó trepando por un árbol la abatieron como a un pájaro. Amputaciones de lenguas o de genitales o de orejas, abrasamiento con antorchas o con ácido, roturas de cráneos. Un grupo tuvo suerte: después de dos días de juegos fueron puestos en libertad a las afueras de la ciudad, en Straulesti, y les permitieron volver a sus casas gateando; otro fue trasladado al puente del río Sabar y, antes de ejecutarlos con un tiro en la nuca, les incautaron los dientes de oro, la ropa y los zapatos. Al enterarse de todo eso, la mente de Mihail se poblaba de escenas macabras que sólo parecían haber imaginado Goya o Brueghel, en los desastres de la guerra o en las matanzas de inocentes o en las bodas campesinas en las que la vulgaridad y la crueldad alcanzaban una plétora de rojo sangre. A las mujeres jóvenes que desnudaron para hacer prácticas de tiro en Jilava, les perforaron los senos con punzones o se los cortaron directamente. A los cuerpos que colgaron en los ganchos del matadero les rajaron el abdomen, les sacaron los intestinos y, como protesta por la subida de precios de la carne, se los colgaron del cuello, anudados como corbatas. «Lo admito, somos excesivos, sospechosos y exaltados. Nos bastan nuestras enfermedades milenarias, no necesitamos adversarios, nos tenemos a nosotros mismos», había escrito en *Cómo me convertí en húligan*. Y ¿cómo se había atrevido a ironizar con eso?, ¿cómo podía haberse equivocado tanto?, ¿con qué frivolidad había hablado de la adversidad interior si la comparaba con la de los legionarios? A otro grupo de mujeres las raparon con esquiladores de ovejas y cortadores de setos, y luego las forzaron a tragar un purgante casero de magnesio mezclado con gasolina y vinagre. Cuadros de pesadillas en los que la gente bailaba en una especie de aquelarre excitado asesinando desenfrenadamente: danzas junto al patíbulo, dos urracas en medio del jolgorio, la pierna de un hombre que se ahoga en el agua mientras un labrador la mira impasible, centenares de vidas jaleando a la muerte, en un arsenal de delirios como los de El Bosco, en un pandemonio cuyo origen no podía ser sino el miedo, la locura, el odio: un adolescente descargó su arma contra los peatones que pasaban por Calea Victoriei mientras reía y lloraba al mismo tiempo.

Y detrás de sus miradas, pensaba Mihail, el mismo corredor que no conducía a nada, los mismos ojos fuera de órbita que habían celebrado la ejecución de los asesinos de Călinescu; desplazados, mendigos, trabajadores, parados, menesterosos, niños, ancianos; la misma turba cuya hambre iba más allá del vacío de sus estómagos, de las espaldas encorvadas a fuerza de agacharse ante los surcos y los señores de la gleba. La masa desesperada que lapidaba, robaba e incendiaba impunemente, sin saber del todo contra quién encaminaba su furia: monstruos sin piernas, cáscaras de huevo rotas con el interior lleno de calamidades, engendros con alas, monos bailarines, hombres en marmitas, hombres-moluscos con un cucharón clavado en el culo, cántaros con ojos, bocas abiertas; un cosmos de preguntas sin respuestas: por qué matan, quién imparte las órdenes a la muchedumbre convertida en soldadesca, ¿no eran los ya muertos quienes estaban más seguros? Las campanas se confundían con las alarmas antiaéreas. Los legionarios que tomaron la radio habían cerrado sus comunicados gritando: «¡Viva la muerte!». Y al cabo de los días, en los lugares donde cayeron sus cuerpos, aún ardía alguna que otra piadosa vela, podía verse algún clavel ajado o un ramo de flores puesto allí de noche, sin que nadie viera al depositario. En Constanza, los jóvenes que pensaron que la revolución legionaria había triunfado celebraron su victoria desarmados, con los torsos descubiertos, a diez grados bajo cero, justo antes de caer acribillados por el ejército. Según *Universul*, en el bosque de Jilava fueron asesinados noventa y tres judíos en cinco minutos.

Y la contorsión del argumento que demostraba que tanto ayer, cuando estaban con el régimen anterior, como hoy, que estaban en contra, su actitud era y seguía siendo, desde el punto de vista de los principios, idéntica. Después de la revolución, Camil ya no era legionario; en realidad, según decía, nunca lo fue; ni cuando difundió su adhesión a la Guardia de Hierro por todos sitios a «título confidencial» y añadió que si bien era amigo de Mihail Sebastian no lo era menos de Nae Ionescu, ni cuando opinaba que sólo con un baño de sangre las cosas se enderezarían, ni cuando su amigo Poldy Stern le suplicó que le guardara unos papeles y llamó a la prefectura dejando caer que ignoraba si aquellos documentos de un abogado judío eran contratos comerciales o dólares; telefoneó a Mihail para decirle que sólo podía sentirse bien con un gobierno como el de Antonescu, el único que encarnaba los

verdaderos valores nacionales. Durante las navidades, Zoe no se había cansado de repetirle que nadie tenía por qué saber que se seguían viendo; entonces Mihail le sonsacó que sus hermanos eran legionarios; pero tras el levantamiento ella lo invitó a que fuera a su casa, y al llegar y ver que él vacilaba, con una amplia sonrisa, gritó para que todos la escuchasen: «¡Pasa, hombre, pasa!». Haig seguía detenido y Lilly le contó con cuánta satisfacción habían recibido esa noticia en el mundillo del teatro. Marietta había vuelto a aparecer por la Escuela de Arte Dramático, pero estaba muerta de miedo; le fue imposible reunir las firmas suficientes para cursar una petición anónima a favor de Haig; y eso que la recibieron con el mayor entusiasmo: nada más entrar en el ensayo, una de sus alumnas le gritó desde el escenario: «¿Dónde está el general para que le bese los huevos y le chupe la polla por librarnos de los legionarios?».

Sin embargo, no dejaba de ser curioso que la calma sucediera siempre a la tormenta, que una tarde serena bastara para olvidar aunque fuese por poco tiempo. Un instante de felicidad, como una marea movida por un viento que se levantase sin motivo, aclaraba el corazón y lo inundaba con el misterio oculto en el reverso de las cosas. Entonces Mihail se preguntaba: quién podría asegurarme que ahí al lado, sin que yo pueda verlo, alguien no prepara una nueva tragedia. Pero entretanto reanudaba sus clases de inglés, con un profesor norteamericano que odiaba a Roosevelt y quería que Alemania ganase la guerra, y por las noches leía en su lengua a George Bernard Shaw, y sólo cuando se encontraba con una expresión como *full of himself* o *incompatibility of temper* se acordaba de Mircea. En la prensa seguía el curso de la guerra en África. Hasta que, conforme pasaron los días, las medidas de represión que anunciaban los periódicos se trocaron en reglamentaciones antisemitas. También se restringió la luz. A oscuras, Bucarest era un agujero negro sin coches, escaparates y letreros de neón, mientras los soldados alemanes campaban a sus anchas con sus uniformes gris-verdosos. Los parques deslumbrantes y las avenidas arboladas y el esplendor vegetal de los jardines en primavera se transformaban en los ángulos de una ciudad luctuosa. Y con el toque de queda, todas las contraventanas se cerraban y los últimos transeúntes corrían en busca de taxis, que pasaban a toda prisa, sin detenerse.

Pero durante el día aún salía. Quedaba a menudo con Eugen Ionescu, quien un sábado se emborrachó tras sólo dos cócteles y, con las bolsas de sus ojeras

más hinchadas y la calva más reluciente, le confesó lo que Mihail ya sabía: que su madre era judía, que su padre la abandonó con dos hijos pequeños y que jamás podría quitarse ese tormento de encima. Mihail procuraba ver a gente nueva, o a conocidos que no le recordasen a Nae ni a Mircea. Y así se dio cuenta de que las únicas personas que le apetecía ver eran judías o tenían raíces judías.

O la reconversión del lenguaje, que era igual de burdo que el antiguo, por mucho que pretendiese nombrar un mundo nuevo: los giros de los periódicos afines al gobierno, las expresiones de los locutores oficiales, los epítetos de los reporteros que habían servido a tres regímenes y hacían lo mismo con un cuarto, las hipérbolas aduladoras, los eufemismos: fórmulas mecánicas y frías, metáforas muertas, símiles en conserva: en vez de un uso preciso, jerga. Era una irritación, más que estilística, retórica; producida por una sintaxis de la mentira cubierta por un léxico clamoroso y vago: críticos que decían que tal o cual obra representaba la «verdadera» literatura, profesores que apelaban a «una Europa joven», novelistas que no se cansaban de repetir «una civilización pujante», cronistas que utilizaban sin empacho «revolución de las razas victoriosas» o «régimen vigoroso», el abuso del adjetivo «histórico», la predilección por la palabra «fanático» desprovista de su carga peyorativa: furrielerías con sacarina, clichés con pompa y vaticinios de periodismo de tercera que abarcaban desde el habla de la calle hasta los discursos con ínfulas intelectuales: aquella cháchara, la disolución del lenguaje que dejaba de configurar el pensamiento para embrutecerlo. Una época en la que las palabras se quedaban sin densidad, pensaba Mihail, en la que su contenido ya no era su contenido; ni siquiera el de aquellas en las que él quería seguir creyendo: «libertad», «justicia», «reforma», «progreso»; convertidas en un fraude, tan muertas como guirnaldas artificiales; sustituidas por las falsías de la guerra triunfal y la ocultación de la derrota, por los engañabobos y las cortinas: «arrollar», «sanear», «flexibles y fluidas líneas de combate». Se modificaban con la esperanza de que dejara de existir lo que ya no albergaban; quienes las pronunciaban no se las creían; y quienes las oían no las entendían, aunque simulasen lo contrario.

En qué momento una palabra que alienta el crimen se convierte en crimen. Nadie se atrevió a coger una expresión de moda («cambio», «era»,

«regeneración», «irrefrenable», «heroico», «épica») y contrastarla con la realidad. Nadie pareció apercebirse de su inflamación hueca. El «hebraico» seguía siendo taimado, astuto, estafador, cobarde, de nariz curva, reacio al agua, nómada, parásito. El «judaísmo internacional» practicaba una «propaganda difamatoria» destinada a cometer «atrocidades». Un general: «Quienes han resucitado en el mundo de hoy el terror y la violencia salvaje del mundo de antaño contra quienes están indefensos, serán los únicos estigmatizados por sus contemporáneos y castigados por la historia como se merecen». Y sin embargo, se decía Mihail, la verdad era algo que no se podía camuflar de ninguna forma: por debajo de todas las tergiversaciones, de todas las mentiras y todas las aberraciones, por hondo que se la escondiera o por terriblemente que la mutilasen, todavía se abría paso, destellaba y respiraba. Debía respirar. Aún había valores humanos indestructibles. Por eso prefirió no asistir al estreno en el Nacional de *Ifigenia*. Giza le dijo por teléfono que fue un éxito; y él se guardó de responderle que, a tenor de lo que le había contado Sică, hubiese sido más apropiado que la obra de su padrastro se titulara *Ifigenia o el sacrificio legionario*. Mircea, por supuesto, no vino para el estreno. Seguía en Londres. Lo mismo que Cioran, que desde París continuaba apoyando a Horia Sima al tiempo que se negaba a escribir a favor de Vichy: según le dijo Eugen, para no enemistarse con sus nuevos amigos intelectuales. Así daba gusto ser radical, pensó Mihail, guardando silencio.

Al menos le quedaba la radio, aquel refugio que le permitía escuchar música cuando quisiera: por ejemplo, una retransmisión en directo desde Turín, con el concierto *Emperador* de Beethoven y la *Patética* de Chaikovski, bajo la batuta de Ígor Markévitch. ¡Cuántas veces se había acordado de Markévitch en los últimos meses! En esos momentos, más que nunca, envidiaba su tranquilidad en Vevey, el día de 1931 que lo conoció junto al lago Lemán, en aquel remanso que parecía hecho para escribir, una soleada mañana de domingo, tan jóvenes los dos, tan nerviosos y cordiales desde el principio, con aquella forma de sentir tan llena de vida. Se acordaba de las velas transparentes de los barcos, que le recordaban a los de Brăila; de que vieron a un grupo de jóvenes como sirenas en sus trajes de baño: una melena rubia, una silueta blanca, unos brazos agitándose sobre el azul añil, como si los contemplaran a través del vidrio; y del largo paseo que dieron juntos, los dos vestidos con polos y zapatillas de tenis, de la hora del té, del júbilo de la

conversación y la cena en aquella noche de septiembre, después de que la luz blanca fuera perdiendo su ardor limpiamente. La variación del colorido era vertiginosa: el de una nube que se desplazaba por un imperceptible golpe y que cortaba la claridad, el de un árbol que vibraba lo suficiente para modificar su perspectiva. Las sombras descendían difusas, no tan pesadas como un presentimiento y menos ciertas que una inquietud, hasta alcanzar una belleza insoportable. Había que silbar o frotarse la nariz para rebajar la armonía y no caer desplomado.

A mitad de su paseo con Markévitch, se elevó la voz de una joven bañista, cantando una canción infantil, y poco a poco las de sus amigas se fueron sumando con acento anglosajón, como Dianas de Vermeer, con la frescura y la ingenuidad de sus caras y el descaro de sus faldas cortas, como si no tuvieran miedo ni nada que perder. Un grupo de muchachas inglesas o americanas con apenas quince años, en aquel paraje por el que Mihail no había pasado nunca y que, sin embargo, le resultaba familiar, sumergido en su horizonte violeta y simétrico como una acuarela, sobre el perfil de los abetos que le recordaban al valle de Annecy y al camino que comunicaba Brăila con el balneario de Lacu Sàrat. «*Oh!, que c'est joli!, que c'est beau...!*», cantaban las jóvenes excursionistas, probablemente hijas de diplomáticos, contagiándole la misma sensación de libertad que producía el frufú de sus ropas cuando emprendieron la vuelta. Para la gente como ellas o como Markévitch no había guerra, pensaba Mihail: el arte, la carrera, los éxitos, todo continuaba. Mientras él, que tan grato había considerado irse lejos y olvidar las cosas viejas para zambullirse en las nuevas, sólo vivió poco más de un año en París, veraneó un mes en los Alpes de la Alta Saboya, visitó Budapest, fue a Ginebra un día en el que las hojas le transmitieron un efecto sedante, y allí creyó que la Europa de Aristide Briand no era una opción política, sino un tipo de sentimiento; que mientras una opinión podía ser contestable, ese sentimiento era una verdad; que, en aquella Europa apacible, todo era libre y quedaba abierto ante su porvenir.

En Rumanía en cambio, un país donde la pena de muerte se aplicaba por una décima parte de lo que hicieron, a los asesinos del bosque de Jilava los condenaron a veinticinco años. Mihail dudaba si el nerviosismo que sonaba como dientes rechinando en su interior provenía de la conmoción anafiláctica

que le diagnosticaron, pero el caso es que cada tarde retornaba la fiebre, y lo que en principio parecía una dolencia cómica se le fue complicando, pues le dolían las piernas y los ojos, apenas podía subir un tramo de escaleras sin asfixiarse, le volvieron a salir los eccemas de los dedos, padecía diarreas y ninguno de los médicos a los que visitaba lograba ponerle remedio. Su cabeza era como una jaula de ardilla en la que las ráfagas de pensamientos no dejaban de rodar: las tropas alemanas en Bulgaria, los actores del Nacional acusando a Haig de comunista para que no lo soltaran, Malaxa cediendo «de buena fe» sus empresas al Estado, Marietta Sadova expulsada de la Escuela de Arte Dramático, Giza presa de la desesperación porque cada dos por tres hacían un registro en casa de Mircea. Se lo contó con incomodidad Marietta Rareș, que casi hizo ademán de no saludarle, el sobretodo de terciopelo en un brazo, cuando se encontraron por la calle. Y ante todo eso, de nuevo, él sólo podía encogerse de hombros. Si ellos hubieran vencido, pensaba Mihail mientras la escuchaba, habrían sido diez veces más bestiales. Rossetti le dijo que a Mircea lo habían destinado a la legación de Lisboa, y que de momento no tenía previsto pasar por Bucarest.

—Así se ahorrará tener que posicionarse —sonrió Mihail—. Al final estará igual de bien en un sitio que otro.

Y quizás tampoco le hubiera contestado si, esa mañana, el corresponsal en Alemania de *Universul* no hubiese titulado: LOS JUDÍOS TIENEN LA CULPA. En sus sueños cortos e interrumpidos aparecían de forma recurrente Mircea, Nina y Nae. Se cumplía un año de la muerte del profesor y hubo una misa conmemorativa en la iglesia Visarion a la que fue tras pensarlo mucho. Allí reconoció algunas caras de *Cuvântul*, todos más viejos, como si fuera el funeral de la antigua plantilla del periódico, junto a aquellos jóvenes con barbas recientes, mandíbulas apretadas y ojos encendidos. Mihail se fijó en los de uno, atravesados por una pureza incompatible con lo real, y pensó en lo lejos que estaba no ya de su jactancia o extremismo, sino de su juventud. Recordaba la defensa que Mircea había hecho de aquellos desarraigados y su brutalidad —«un húligan no es un antisemita que rompe cristales, sino un inconformista»—, y le vino a la cabeza otra frase de *Los jóvenes bárbaros*: «Sólo hay una iniciación fértil en la vida, la experiencia subversiva». En primera fila estaba la viuda de Codreanu, a quienes todos se acercaban para presentarle sus respetos; y escondida tras un pilar, Cella Delavrancea, cuya

tristeza parecía la única sincera durante el ofertorio.

La voz del sacerdote se le confundía a Mihail con la de Nae en la universidad, exponiendo su teoría de las leyes que se hacían y deshacían por encima de los hombres: «Uno es lo que la tierra lo obliga a ser y nada más». Escuchaba el timbre de su maestro —a quien, por más esfuerzos que hiciera para creer como un campesino cristiano, siempre le torturó la duda sobre la existencia de Dios—, miraba a un lado a su amante y al otro a sus acólitos, y se preguntaba qué había hecho Nae entre esa gente; sobre cuántos sufrimientos, muertos y búsquedas sin respuesta descansaría su conciencia. Un viejo conocido, asistente a las conferencias de Nae, se volvió con su camisa verde y se le quedó mirando fijamente. Recordó la intervención de ese hombre tras una ponencia de Criterion: «Con los muertos vivientes uno no es amable. O se está con ellos o contra ellos. Y cuando hablo de muertos vivientes me refiero a los social-liberales, que siguen con sus frases hipócritas y no son más que fósiles lamentables». Mihail salió antes de que terminara el oficio y, en la calle, notó que se mareaba.

Sin saber qué hacer ni adónde ir, se sentó un momento en las escaleras de la iglesia. Aún no había recuperado el resuello cuando se acordó de la cena a la que le había invitado un arquitecto y, en aquel piso moderno, rodeado de desconocidos que nada tenían que ver con Criterion y que le recibieron de forma afectuosa, le pareció estar en otra ciudad, en otro país, en un lugar en el que no había guerra, con libros y cuadros por todas partes. Pusieron la radio; escucharon un discurso de Churchill lleno de optimismo; brindaron por sus palabras. Pero cuando salió Mihail se encontró con una cárcel vigilada por soldados alemanes. Esa noche soñó con Nina en Brăila: iban por el bulevar Cuza hacia el Danubio y, a la altura de la iglesia luterana, había una prisión militar donde estaba Mircea; en el patio se paseaban presos de todas clases; entraron en un despacho y desde allí telefonaron a un funcionario; luego se izaron tres banderas negras; y aquello significaba que lo habían ejecutado.

La nueva ley de alquileres posibilitaba que cualquier casero pidiera a un inquilino judío el importe que le diese la gana, incluso parecía animarle a que fuera lo suficientemente alto para que el arrendatario no tuviese más remedio que marcharse. «No hay que olvidar que estamos en guerra», le dijo el suyo a Mihail cuando subió a comunicarle el aumento. Olvidar la guerra..., cuando él

la sentía minuto a minuto, como una especie de ahogo, todos los días, cada vez más lentos y pesados. Aquellas medidas eran más humillantes que las palizas y la rotura de escaparates. ¿Cómo se permitía que a un conjunto de normas las llamasen «leyes raciales»? ¿Qué fundamento jurídico podían tener? ¿Qué hacer para impugnarlo? Antes, aunque sólo fuera por puro formalismo, uno podía apelar a la autoridad, el ordenamiento tenía un mínimo de justicia.

Sumido en su madriguera, Mihail ya sólo salía para encontrarse de vez en cuando con algún amigo, pero eso le agudizaba más la angustia en el pecho. Comarnescu, que no hacía tanto daba por hecha la victoria alemana, sólo se atrevía a expresar sus dudas cuando estaba con él a solas: «Si no ganan antes de noviembre, les será complicado». O Leni, que llevaba un año sin que le dieran un papel: «Si no actúo en otoño me muero, te lo juro, ya no puedo aguantar más». O Eugen Ionescu, que llegó una tarde a casa como un ciervo perseguido, citando a Sterian entre los judíos que no se tenían por tales: un hombre sano que se entera de repente que tiene la peste puede volverse loco, pensó Mihail, y Eugen sabía que ni un padre cien por cien rumano, ni su apellido arraigado aunque no guardara parentesco con Nae, ni el hecho de haber nacido cristiano, lograrían tapar nunca la maldición de que por sus venas corriera sangre hebrea.

Pero más extraña todavía era la sensación de entrar en un gran restaurante con luz, mucha gente y música, cuando Mihail acudió invitado por el matrimonio Zissu al Royal, a aquel decorado que se había vuelto ajeno a su vida. El doctor Zissu era un teórico del nacionalismo judío que hablaba sin pudor de los réditos que le dejaban los dividendos heredados de su familia. También era aficionado al teatro y le gustaba frecuentar la compañía de escritores y departir con ellos de tal modo que, sólo dos meses después del pogromo, iba todas las noches al cine, a un estreno o a un restaurante lujoso acompañado de su esposa: prototipo de nueva rica que nada tenía que ver, pensaba Mihail, con las madres de Văcărești o con la suya. Zissu no dejó de elogiar *Juego de vacaciones* y de preguntarle para cuándo otra comedia, sin mencionar *El accidente*, y Mihail se pasó toda la comida en un estado de aturdimiento y vergüenza. Salió de allí sin almorzar y sintiéndose culpable: no había día que no publicaran un decreto como el que expropiaba las propiedades inmobiliarias de los judíos para dárselas a altos funcionarios y, mientras tanto, él alternaba en uno de los restaurantes más caros de Bucarest.

Como no tenía dinero para pagar al casero, aceptó una suplencia como profesor de literatura en uno de los institutos a los que, después del edicto de segregación, sólo podían ir alumnos judíos. Y al hablarles a los estudiantes de poesía rumana, sentía con fuerza no sólo su ausencia de vocación docente, sino lo inútil y absurdo que era aferrarse a las cosas que ya no tenían sentido. ¿No estaba precisamente en el romanticismo el germen de aquella animalización? Los chicos escribían su comentario sobre Eminescu y Mihail no podía evitar compadecerlos por el tiempo que estaban perdiendo; por su juventud soliviantada; por sus padres que se habían quedado en la ruina, en medio de la calle, por culpa de un reglamento de Antonescu.

—Verás como a mí no me dan ninguna de esas casas —se lamentaba Camil.

—Pero, hombre —le respondió Mihail—... Si te la dieran, tú no la aceptarías...

—¿Que no la aceptaría? ¿Y por qué no? Mientras yo me limito a escribir lo que pienso, otros consiguen fincas y hasta un castillo en Transilvania. ¿Sabes lo que le han hecho a Marietta Sadova?

—No.

—La han arrestado. Por una denuncia de su antigua socia. ¿Cómo se llamaba?

—Lucia Demetrius.

—Ésa.

—Normal.

—Sí, pero aunque se lo tuviera merecido, no deja de ser una guarrada.

Se despidió de Camil sin decirle que había quedado con un autor novel que estaba dispuesto a pagarle por una obra de teatro. Mihail debía escribirla y el otro la estrenaría con su nombre. Pero tras el mes de plazo que acordaron, no había sido capaz de redactar ni la primera escena. Entró en el coche del escritor en ciernes y bajó cinco minutos después, sin trato y con el corazón desbocado. Mientras el joven le ofrecía el cinco por ciento de las ganancias de taquilla («compréndame, necesito hacerme un hueco en el sector del teatro»), Mihail fijó los ojos en el pañuelo de cachemir que le asomaba del bolsillo para no mirarle a la cara.

Que llegase un momento en que la percepción tuviera un filtro de desapego

que amortiguase las noticias de terceros, los recuerdos, la punta de resentimiento que le brotaba inesperadamente, cuando se acordaba de Mircea o se enteraba de la jugada oportunista de un amigo, y que quería erradicar porque sólo sacaba lo peor de sí mismo. Eso esperaba. Una impasibilidad que le permitiese observarlo todo como si fuera un desorden de la naturaleza. Mihail se decía que el avance de la guerra era mucho más importante que sus tristezas; por las noches leía a Balzac en francés y a Shakespeare en inglés; y le hacía gracia que la gente exclamara: «¡Estás más delgado!, ¡has envejecido!», cuando se llevaba todo el día escuchando la radio y siguiendo por la prensa los movimientos de la marina británica, celebrando sus escasas victorias como cuando el almirante Cunningham dio como brevísimo orden del día «*Well done*» y él cerró el puño al igual que un tenista que ganara un set decisivo.

Una mañana llamaron a la puerta y recibió la visita de Alice, a quien no veía desde la revuelta de enero. Estaba intranquila y a Mihail le emocionó que aún quedara alguien que se preocupase por él. Se cuidó mucho de no confesarle que necesitaba cien mil lei para conservar su piso. Fue en un día de marzo que le recordó la suavidad de los colores y la luz cambiante de Balcic, sus bosques espléndidos de acebos y pinos. Estaban paseando por el lago Florească cuando Mihail le confesó que le daba pereza conocer a la gente, como dándole a entender que, aunque sus encuentros volvieran a ser agradables, no debería perder el tiempo, pues estaba seguro de que pronto se cansaría de ella. Mihail la admiraba más por la actitud pensativa que adoptaba mientras iban caminando, por lo dispuesta que estaba a permitir que reinara el silencio entre ambos y lo fácilmente que dejaba que su rostro mostrase un aspecto de ecuanimidad y aplomo. Aún recuerda que Alice dirigía su mirada vagamente hacia la distancia, y que su sombrero hacía juego con los tulipanes rastrillados por la luz oblicua de la tarde. Eso, más un sentimiento de dulzura y la respuesta de ella:

—Qué día más hermoso hace.

Y sin embargo Mihail siguió yendo a cenar a su casa, como también iba de vez en cuando a la de Aristide Blank, por más que la mayor parte del tiempo permaneciera callado, escuchando los vaticinios que sus amigos hacían sobre la guerra. Incluso fue a escuchar *La pasión según San Mateo* cada Semana Santa, pero sin la vieja y plácida sensación de vacaciones, la música

más misericordiosa y curativa que conocía, procurando que nadie lo viese, en las últimas filas del Ateneo, arrasado por la emoción y la normalidad rota. Había caído Salónica, Belgrado era un montón de ruinas y tenía que empezar con la mudanza, pensar dónde viviría. La casa de sus padres era demasiado pequeña; ni sus libros ni su escritorio cabían ya allí; y a la humillación de tener que dejar su piso, se le añadía la consecuencia de renunciar a la libertad que había buscado durante toda su vida.

Nunca podrá decir que fue valiente. La miseria física le asustaba. La inseguridad le daba miedo. Por mucho que le gustase viajar, hubiera preferido quedarse en su apartamento para siempre. Pensaba: si al final de la vida errante no hay descanso ni salvación, ¿a santo de qué tanta ansia y sufrimiento? Se dejaba llevar. Como siempre. Y por eso no era capaz de pedirle a Alice que no insistiera; de decirle claramente que, aunque sólo fueran amigos, aquello podía complicarse. Ella le había prestado un disco con uno de los últimos cuartetos de Beethoven, el opus 132, y al escucharlo Mihail sintió que en lugar de comprenderla, era la música la que adivinaba lo que le pasaba y encontraba el consuelo justo, pues la languidez tensa de su espera le hacía ver que del letargo a la claudicación había sólo un paso; pero cuando las cuerdas entonaban de repente la *canzona di ringraziamento*, toda la potencia de lo que aún podía llegar a ser le recorría las venas resucitándolo, infundiéndole fuerzas aunque apenas sirvieran para continuar mirando mapas, leer las noticias entre líneas, seguir los partes de guerra como un enfermo con conocimientos de medicina que escrutara sus análisis clínicos en busca de esperanza.

En esa música estaba contenido todo él, pensaba Mihail acordándose del libro que quería escribir sobre Stendhal, su espíritu entusiasta y desolado, su sensibilidad y la alternancia del temperamento que rastreaba los estados de ánimo de una vida completa. El cuarteto de Beethoven le decía que era hermético y cruel, egoísta y honrado, transparente e ingenuo, exquisito y pasional, extrovertido y solitario. Podía herirle el más mínimo detalle respecto a sus libros, como a un niño al que se le rechazara la mano, y sin embargo él era el crítico más implacable con ellos. Sentía la vileza íntima de compararse continuamente con sus amigos, de verse arrojado a una competición para la que le faltaba dureza de carácter, y en la que la mayoría había prosperado mejor armándose de una vanidad de estrellas del

espectáculo. Quería recuperar la despiadada alegría exterior, calurosa e irónica, de cuando era más joven; el vigor y la liviandad que Stendhal apreciaba en la música de Cimarosa y de Rossini; la efervescencia que le producía la frescura de una mujer desconocida que pasaba por la calle o el blanco superpuesto de los pintores de la Escuela de Bolonia. Añoraba más esa pasión cuando lo estrangulaba un paréntesis de inutilidad y grisura. De ahí que no dejara de echar de menos la sensualidad de Leni, su corazón sin confusiones, dispuesta como una fruta jugosa, como un olor a tierra húmeda, como la polinización de una azucena. Ella sí que había tenido coraje para vivir su vida, para soportar su mezcla de acción y sueño, de soledad y bravura. Y al pensar en Leni se acordó también de una cosa que decía Lucien Leuwen: «*Ne rien prendre au sérieux, hors l'amitié et l'amour. Tout le reste est une mauvaise plaisanterie*».

Cuando terminaba el disco lo ponía de nuevo, conmocionado por hallar en Beethoven lo que no había descubierto hasta entonces: su faceta tardía de crear un arte nuevo partiendo de materiales muy viejos, una manera diferente que tal vez no fuera comprendida por sus coetáneos pero que con el tiempo adquiriría un significado que incluso a él se le escapaba en parte, otra cosa, una distorsión deliberada y radicalmente libre de la forma que la hacía estallar como en la literatura quizás sólo se había atrevido a hacer Virginia Woolf, de quien Vişoianu le había prestado una novela en la que encontró un lenguaje para pasar de lo real a lo más real con una delicadeza insólita. La última vez que lo escuchó, Mihail se quedó mirando los objetos del piso y tuvo la impresión de que en conjunto formaban algo vivo, una especie de presencia orgánica: la máquina de escribir, el montón de cuartillas en blanco, el tintero, los cuadernos, el diario, el gramófono, la radio, el sofá, la lámpara de pie, las estanterías, los libros. Lo veía todo como si fuera inventado, como si no existiese ya ningún vínculo entre aquellos objetos y él, a través de una cortina de humo. Una intimidad que se rompía, una relación destrozada, otra etapa que llegaba a su fin. Pero fuera estaba la guerra, pensaba, y perder una vivienda cómoda por otra menos cómoda no debía ser una desgracia. Todos juntos en Antim estarían más apretados aunque menos expuestos a los golpes, gastarían menos, resistirían en compañía, trataba de animarse, por mucho que supiera que una posición perdida era una posición perdida, un escalón más pendiente abajo, algo imposible de recuperar por entero.

La mañana que le confiscaron el aparato de radio no desayunó, se levantó de un salto de la cama y se puso a escribir a borbotones el guion de una comedia que transcurriría en 1848, dejando de lado la primera escena de lo que con el tiempo llegaría a ser *Última hora*, según las semejanzas con la rebelión de enero que estableció durante la noche, puesto que mediante un camuflaje de época podría hablar de forma desinhibida del presente. Lo último que alcanzó a escuchar fue un boletín de la BBC: «*From Greece bad news, from Libia not so good*». Y mientras los gendarmes la retiraban sin dar explicaciones, mirándose los chanclos, Mihail se dio cuenta de que había sido lo bastante fatuo para pensar en proyectos literarios, dejándose achispar por la *bouffée* de la creatividad y olvidando lo que había pasado, lo que acechaba continuamente y lo que aún estaba por llegar; pero la última noche en Calea Victoriei, de modo recalcitrante, se acordó de la primera y llamó a Zoe; y desnudo entre baúles y montones de papeles, con Zoe dormida al lado, pensó que le resultaba más fácil irse de Bucarest, de Rumanía o incluso de Europa, que abandonar su apartamento.

Entonces escuchaste el ruido del ascensor y, con el mismo miedo que te producía la alfombra enrollada y el crujido del parqué y el color de la única manzana que quedaba en la cocina, esperaste a que llamaran a la puerta. El timbre despertó a Zoe y tú te levantaste con un pánico obcecado, vareándote las rodillas conforme te acercabas al cerrojo, y te percatabas de la hora, y de que habías quedado para la mudanza. Zoe aguardaba sentada en la cama y se cubría con la sábana. «Te espero en el coche», dijo Alice, ruborizándose al entreverla por el espejo. Y cuando Zoe te lo preguntó en tono neutro, mientras buscaba atropelladamente su ropa y trataba de reprimir las lágrimas, tú te aseguraste de que Alice bajaba ya en el ascensor y, sin cerrar la puerta que aún sujetabas con la mano, te limitaste a responder:

—¿Es que no puedes dejarme tranquilo?

Cuanto mayor era la confianza o el afecto, mayor era la incapacidad de sentir, su impaciencia para las contrariedades menores. La casa de vecinos que sus padres habían alquilado cuando Mihail aún estudiaba en la universidad era demasiado reducida para que vivieran cinco personas adultas, con los gritos de su madre y Octavia en la cocina y la dificultad de encontrar un momento a solas, todos apretujados esperando la comida o la siesta,

envejeciendo juntos, en aquella pequeña celda dentro de la gran celda en la que se había convertido Bucarest. Ya no era un inmueble moderno y en las escaleras olía a orines de gato. Apoltronado, Mihail se quedaba mirando las paredes empapeladas con cenefas verticales de lilas que se habían vuelto azul oscuro por algunas partes debido a la humedad y, en otras, se interrumpían por los desgarrones. Así pasaba las horas. En aquel sopor. Contemplando por la ventana la tarde, sin conocer ya a nadie en el barrio, un señor con paraguas, un oficial, a lo lejos la voz de un vendedor de estraperlo. La radio familiar también había sido confiscada y, para escuchar los boletines ingleses, tenía que irse a casa de Alice; pero casi todo el tiempo lo pasaba recluido, en la calle Antim.

Recordaba cosas de su infancia y, con extraña claridad, veía al niño que fue, siempre tan responsable y pendiente de agradar; «tan dócil», como decía su madre. Le venían destellos de cuando estaba en el colegio: tendría seis o siete años y un niño de su misma edad hacía equilibrio, como un funambulista, sobre el murete del patio de recreo al que llegaba el hedor de una curtiduría; entonces él se acercó por detrás y, sin motivo, lo empujó de tal modo que el crío cayó de cabeza en el suelo. De pequeño disfrutaba mucho cuando se ponía enfermo, y no tenía que ir a la escuela, y se acostaba en la cama de matrimonio, y su madre le traía un tazón de leche caliente mientras le medía la temperatura. Veinticinco años después volvía a permanecer en batín todo el día, sin afeitarse, como si así acentuara la provisionalidad de su situación, como si el único placer que le quedara consistiese en arrancar por las mañanas las hojas del calendario.

Qué rápido se acostumbra uno a tener una vida sin oficio ni horarios. A vivir en un estado de tránsito sin expectativa. A no ser nada ni tener casi nada. Cuando se levantaba por las mañanas, se quedaba mirando la brocha y el cuenco para la espuma, la maquinilla de afeitarse, el peine, el cepillo para la ropa, y le parecían objetos de otra época, de una persona distinta. El primer impulso era no hacer nada, ni tan siquiera lavarse la cara, pero después hacía un esfuerzo para no abandonarse, como si en las tareas más anodinas habitara el núcleo de la dignidad y desistir fuera la victoria más rotunda de quienes pretendían convertirlo en un despojo. Era importante no ceder, mantener la higiene, cuidar cada pormenor de su resistencia íntima; limpiar los zapatos, anudarse los cordones, cortarse las uñas después del baño; por mucho que se

hubiese convertido en un apátrida tanto en la calle como en su propia casa, donde no podía soportar los ruidos de los cacharros ni los olores de la cocina cuando intentaba leer un libro.

Mihail mostraba una predisposición insincera a ayudar pero, en su interior, deseaba estar solo en un cuarto, no tener que compartir litera con Beno como cuando eran chiquillos, encerrarse con pluma y papel, sin que nadie lo molestase. Y ese deseo le enojaba aún más porque le llenaba de pena, pues la conciencia de no ir más allá de su autocomplacencia le empantanaba el alma en un lodo mezquino. Aunque procurase evitarlo, siempre acababa respondiéndole de mala forma a su padre, o tratando con altanería a su hermano, o gritándoles a su madre y a Octavia que guardaran silencio, y más que culpa lo que le sobrevenía de inmediato era asco de sí mismo. Para desensimismarlo, su madre le pedía que fuera a por el pan, pero en la tienda del barrio se encontraba con colas, broncas, murmuraciones e imágenes que lo retrotraían a la Brăila de 1917, y volvía de vacío, pensando que desde el octavo piso de Calea Victoriei la lluvia era hermosa.

Otros días no aguantaba más la casa y deambulaba por la ciudad, o se metía en el Museo Simu, o iba a la biblioteca para leer sobre 1848. Levantándose de madrugada y esperando en la puerta de la panadería durante dos horas, Octavia conseguía comprar un pan, uno solo, mientras él seguía por la prensa los detalles de la desaparición de Rudolf Hess como en una novela por entregas. A raíz de una noticia breve de sociedad se enteró de que Nina estaba en Bucarest. Llamó a Rossetti y no se lo supo o quiso confirmar. Marietta Rareș le colgó o se cortó la línea. Entonces telefoneó a Lilly y ésta le dijo que había venido sola y llevaba en la ciudad cuatro semanas. Mircea se había quedado en Lisboa. Nina quería convencer a Giza para que se fuera con ellos. El año que habían pasado en Londres la había cambiado, añadió Lilly. Estaba más guapa. La misma gente que le había dado la espalda la invitaba a recepciones y se fijaba en su atuendo, en su manera de hablar. Y aunque Mihail sospechó que se encontraría con una mujer que ya no tendría nada que ver con la muchacha del pasaje Inmobiliaria, decidió ir a su casa.

—Ayer justo pensé llamarte.

—Pues no hubieras dado conmigo.

—¿Por?

—Porque ya no vivo en Calea Victoriei.

—¿Ah, no? De todas formas no pude. Tuve que ir a una velada con el jefe del Alto Estado Mayor alemán y el ministro de Propaganda. Un martirio. Debí de hacer un gran esfuerzo para que no me sorprendieran bostezando. En cualquier caso, no te hubiese perdonado que no vinieras. ¿Cuál ha sido tu fuente?

—*Universul*, y Lilly Popovici.

—Comprendo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, ahora bien. Vivimos en un piso espacioso, céntrico, pero al salir de Inglaterra nos registraron. Fue duro cuando todos en la embajada comenzaron a pasarse al enemigo. Nos hicieron un cacheo integral, en el aeropuerto, con el avión esperando. Humillante. Horroroso.

—¿Y se puede saber qué buscaban?

—¡Qué sé yo! ¿Documentos que comprometieran a la Corona? Rompieron las maletas de Mircea y revolvieron sus papeles. Se quedaron con algunos. Imagino que su estudio sobre la mandrágora sería una prueba grave de espionaje. Y aquellos bombardeos... Hacían retumbar las paredes de los refugios antiaéreos. Temimos que nos derribaran en pleno vuelo.

—A Mircea le aterraban los truenos.

—Pues hazte la idea.

—Desde que estuvo a punto de naufragar en una tormenta, cuando era explorador de joven, en Constanza. ¿Qué tal le va?

—Bueno, ya lo conoces. Cualquier cosa le parece una intromisión en su obra, un obstáculo en su lucha contra el tiempo. En Londres se quejaba porque no podía escribir, pero ganaba casi medio millón de lei por organizar de vez en cuando una exposición o traducir un despacho. Incluso pasamos algunos meses en Oxford. Ahora, en Lisboa, lo han nombrado secretario de prensa. Y se lleva todo el día despotricando, ya sabes: que si la cultura rumana es demasiado provinciana, que si los rusos acabarán con Europa, que si el mejor trabajo que puede hacer por su país es que en Portugal se hable de Rumanía. Tanto yoga y tanto budismo, para vivir intranquilo. Dice que su misión es denunciar por qué hemos sido y seguimos siendo un pueblo distinto, heroico y oprimido. Viene y va. Si no escribe, se obsesiona con que no es libre, y le invade la neurastenia. La idea era llevarme a Giza conmigo, pero también he

venido para dejarlo unas semanas solo.

—Entre vosotros siempre fue así.

—Si yo no estoy, se pierde. Le entran lo que llama «las pulsiones del erotismo» y después se deshace en llantinas.

—Muy impropio.

—Echándome de menos. Te hablo en serio. O acordándose de cuando ibais a casa de Floria Capsali. Como un niño. Tú lo conoces igual que yo. Odia la melancolía pero en el fondo es un melancólico. Ensalza la voluntad pero puede llegar a ser de lo más inconstante.

—Sabréis lo que pasó en enero.

—Desde que mataron a Iorga, Mircea no duerme por las noches. «Es terrible», me decía, «terrible». Los dos pensábamos en ti. Me alegra mucho que estés a salvo. Yo sé que tú sospechas que a Mircea no. O que le es indiferente. Pero te equivocas. A él siempre le perdieron las palabras. Todo eso de la supremacía de lo espiritual, de la tradición rumana, de la élite del pensamiento y el terror de la historia, lo único que encierra es su amor a la humanidad, su odio al materialismo. Le espanta que los soviéticos arrasen con todo lo bueno que hay en su país. Y te aseguro que jamás, jamás, ha dicho ni escrito una palabra contra vosotros.

—Contra nosotros.

—Contra la población judía.

—Pensé que te referías a los artrópodos.

—Conmigo ya no hace falta que te hagas el gracioso.

—¿Y aquellas declaraciones en *Bună Vestire*?

—¿Cuáles?

—«¿Puede la nación rumana terminar su vida minada por la miseria y la sífilis, invadida por los judíos y despedazada por los extranjeros...?»

—Eso no lo dijo él.

—¿Estás segura?

—Lo que me sorprende es que tú no.

—Rossetti me comentó que le encargaron un libro sobre Salazar.

—Salazar es un hombre fascinante, humilde: un líder querido por su pueblo, un verdadero revolucionario. Pero Mircea sabe que así malgasta su talento, su capacidad excepcional para comprender la metafísica.

—Supongo que nadie le habrá puesto una pistola en la cabeza para que lo haga.

—Unos van al frente, otros a Ciuc, otros sufren manías persecutorias y él ayuda a que las relaciones entre dos naciones hermanas funcionen. No sé si lo comprendes.

—Por supuesto.

—Aunque le tienta dejarlo todo... A veces dice que le gustaría volver a la calle Palade... Sin dinero, pero libre.

—Tranquila.

—Y otras que querría retirarse a un monasterio.

—Ni volverá a Bucarest ni se meterá en un monasterio.

Lo que Mihail quería era dormir, penetrar en una deliciosa ausencia de luz, en una penumbra que no fuera la negrura de pozo en la que estaba cayendo la ciudad, sino un sitio apacible sin amenazas ni gente, sin presencias ominosas ni las voces que le revoloteaban en el cerebro, en ese estado de semiinconsciencia en el que chocaban unas con otras y se quedaban como la hierba que ni entra ni sale de la boca de un rumiante, volviendo una y otra vez en círculo, a los mismos lugares de siempre. Pasaba las noches en blanco, con jaquecas, incapaz de nada excepto de dolores, sin hallar un camino ni un atajo ni una pequeña línea de fuga, como si ya no perteneciera a este mundo, desesperado por la omnipresencia profunda de las sombras. Se dormía sin darse cuenta y, cuando despertaba, se sentía inquieto, más cansado aún, y la mayoría de las veces no sabía dónde estaba, atrapado por la agitación, por los espejismos acústicos y visuales que también le acompañaban durante el día, durante las horas que pasaba encerrado en casa o las caminatas alucinadas que daba por un Bucarest aciago, en un estado de embotamiento similar al de las resacas cuando salía por las noches, enfebrecido, medio sonámbulo. En algunas ocasiones, si se adormilaba después de comer con los ruidos de la guerra a lo lejos, volvía a disfrutar de la luz brumosa y dulce de Balcic en los primeros días de primavera, de los perfiles envueltos en neblina y del sol acariciándole la cara, rodeado de jazmines o de las rosas tempranas que de repente ya no eran las de Balcic, sino las de Brăila. Un lugar se convertía en otro sin tránsito en la conciencia y la conversación que tuvo con Nina sucedía, en lugar de en la calle Palade, en un café Continental que estaba en París y en

el que también se encontraba Félix Aderca diciendo, con lo mal que lo pasó con el gobierno de Goga y Cuza, que habría conseguido de Codreanu un régimen favorable para los judíos; que *Para los legionarios* era un libro histórico; que si la Guardia no hubiera sido antisemita, se habría afiliado a ella. «Codreanu fue una gran personalidad, como Sarah Bernhardt; y Hitler es un genio excepcional, comparable sólo con Napoleón, incluso más grande.» Aderca, siendo uno de los escritores más conocidos de Rumanía, se acercó durante la revuelta de enero a la sede legionaria de la calle Burghilea a pedir cortésmente información y, tras llamar a la puerta, lo metieron para dentro y no lo soltaron hasta por la noche, con cuatro costillas rotas. Todo a la velocidad de las disociaciones mentales, de la fugacidad del ojo que entrevé al pasar en un vehículo una chaqueta de cuero, un rostro familiar que parece el del secretario de Ana Pauker; todo tan efímero y susceptible de olvido o evocación como las percepciones de los sentidos, como una llamada a Rossetti para preguntarle por algo relacionado con sus libros y enterarse de que lo han cesado de su puesto de director de las Fundaciones Reales.

O la tipografía de la cartilla de racionamiento con una marca especial para el pan, el azúcar y el aceite. O los olores de la calle: a barro húmedo, a adoquines, a pétalos, a especias, a estiércol, a los embutidos rancios de los ultramarinos. O la luz de una mañana diáfana en Pedreal, cuando la impotencia por no asir todos los detalles le producía a Mihail una urgencia impúdica y frustrante. O las voces oídas al pasar, «buenos días», «buenas tardes», las risas, los llantos de los niños, «¡derrota británica en Groenlandia!», «¡Hess en paradero desconocido!», como cometas de sonido o pájaros cuyas estelas desaparecían de inmediato, cuando iba por la calle absorto en sus pensamientos que le retorcían el corazón en un torno de angustia, chocando con los transeúntes. O la sensación de irrealidad por el miedo ante los ruidos fantasma, los golpes en la puerta, las voces de los ausentes, la inminente revelación de una noticia definitiva que acabaría desbaratándolo todo; ante la estridencia del timbre o el despertador, en mitad de la madrugada, y al coger desorientado el teléfono escuchar la voz de Camil diciendo que, tras analizar conforme a su «método» el parte alemán sobre Rudolf Hess, ha llegado a la conclusión de que no ha huido, sino que lo han enviado en una misión secreta de paz para confundir al «enemigo». En ese momento Mihail estaba caminando solo por una ladera blanca de Pedreal, mientras sonaba en el magnetófono el

preludio de Debussy *De pas sur la neige*, y sólo al colgar el teléfono sin línea se acordó de que esa misma mañana Titu Devechi le había llevado en coche a ver su casa de la Avenida, una villa con aire de chalet suizo: habitaciones grandes, fantásticas vistas, ventanales inmensos, una sala de gimnasia y un comedor espacioso suspendido sobre el recibidor. «Por todo esto es indispensable el buen orden europeo», le dijo Mihail admirando las colgaduras, las sillas acolchadas y los bronceos, y Devechi, siempre tan agradable, como un adolescente al que se le escucha sin interrumpirle y al que sólo se le podría decir: «No te preocupes, cuando seas hombre verás», sonrió creyendo que se refería a la victoria alemana.

Todos hablaban de una «paz de compromiso»: según el periódico, los británicos habían perdido en Groenlandia un buque de 49.000 toneladas y 1.500 hombres; continuamente sonaba el teléfono con nuevas derrotas de los aliados: Aristide, Alice o Rossetti; y Mihail se decía que si a finales de 1929, cuando se fue a París para seguir unos estudios inútiles, hubiera tenido más visión y se hubiese quedado en Francia o se hubiera marchado a Inglaterra o Estados Unidos y aprendido de verdad una lengua importante, en lugar de un escritor búlgaro en vías de extinción sería un autor vivo que escribiría para treinta mil lectores en lugar de para cuatrocientos. Cuando termine la guerra, pensaba cada mañana, me marcharé a Estados Unidos. ¿Y no era eso un resto de incurable optimismo judío? Porque la primera medida del nuevo editor de las Fundaciones fue suprimir las páginas dedicadas a los autores hebreos de la *Historia de la literatura rumana* de George Călinescu, lo cual era para Mihail casi un favor, pues en ella se calificaba su obra de falta de imaginación y de talento. Se lo contaron en una cena de amigos en la que pusieron a parir a Nae Ionescu. Para Ralea era un embaucador, un farsante y un cacique, como cuando intervino ante la Legión Cóndor para repatriar los cadáveres de Marin y Moța. Rossetti reveló cómo había financiado *Cuvântul* con dinero de la I.G. Farbeindustrie y el Aussenpolitisches Amt.

—*Cuvântul*... —añadió Devechi—. Y su cochazo.

—Desde luego... —dijo Ghiță Ionescu—. Aunque hay que reconocer que sentó en el banquillo al liberalismo rumano.

Y Mihail, que veía tan claramente cómo convenía borrar la existencia de Nae para que su sombra no se proyectara sobre sus deudores, ante aquel asentimiento unánime, no replicó que era la inteligencia del profesor la que

insultaba a quienes habían conseguido más mereciéndolo menos; no sólo volvió a acordarse de lo que le dijo al bueno de Polihroniade, sino que al guardar silencio se dio cuenta de que él siempre había estado achantado por su influencia, de que nunca había hablado con naturalidad y dicho lo que pensaba delante de su maestro; y por eso repitió que Nae era el diablo; y aunque al principio le satisfizo que a los demás les divirtiera la ocurrencia, *Erbarme dich mein gott...*, luego le embargó otra vez la ingratitud, *Dios mío ten piedad...*, la deslealtad íntima, *advierte mis ojos que lloran amargamente...*, el desprecio por sí mismo.

El resto era guerra, guerra por todas partes, en los boletines informativos, en lo más recóndito del cuerpo, en los apagones cada vez más frecuentes, en las órdenes de cavar trincheras antiaéreas, en la reunión de Ribbentrop con Antonescu, en la supresión de los trayectos en tren y los exámenes de bachillerato, en la ola de requisas, en la evacuación de los ministerios: en el miedo a recibir el requerimiento verde del ejército, a la delación de su antiguo casero, a que vinieran a por ti una noche y te pegasen un tiro en las afueras. Pero mientras, lo único que hiciste fue sumergirte en Balzac, diciéndote a cada página que nunca llegarías a escribir nada que se le acercara, con la sospecha de tus limitaciones y mendacidad, olvidando que tú también medraste a costa de Nae, de que no desaprovechaste ningún favor ni ocasión de ascenso social, la ignominia del impostor, apocado por tu apellido, servil, siempre queriendo más, lo que otros habían conseguido antes que tú, inquieto en todas partes, llegando y ya yéndote, ahogado por tu sentido de la responsabilidad, deseando constantemente estar en lugares mejores, en cualquier sitio con tal de que no fuera aquel en el que te encontrabas en ese instante. Te decías de continuo que lo único que valía era seguir de pie, quizás para borrar las huellas de tu pasado, la soberbia de las críticas culturales que publicaste en *Rampa* o *România literară*, el gesto de la foto de la cédula en la que aparecía tu nombre falso, aquel rostro que la decepción no había marcado aún, repitiéndote que si seguías vivo era porque no había ocurrido nada irreparable, que era necesario no claudicar, que todo era posible mientras no capitulase Inglaterra.

—¿Sigues sin creértelo? ¿Sigues sin creértelo? —le gritó Eugen Ionescu—. ¡Los están deteniendo por la calle, en sus casas, por las noches! ¡Los están montando en trenes y mandándolos a saber dónde!

Justo antes de encontrarse con Eugen, Mihail había visto una columna de personas, la mayoría bien vestidas, conducidas entre bayonetas, lastrados por la pesadumbre, espantajos con carcasas huecas. En esa fila espoléada por ladridos de perros habría abogados, médicos, arquitectos, profesores, artesanos, obreros, hombres como él con sus mujeres, padres e hijos cuyos trajes de calidad, por la simple actitud de la marcha, parecían harapientos. Una señora se bajó de una limusina y saludó a los alemanes brazo en alto. Un hombre que caminaba se encontró de pronto con un fusil apuntándole, levantó los brazos, lo metieron en un furgón militar y desde ese momento ni sus amigos ni sus parientes sabrían más de él seguramente. Una mujer tuvo el valor de acercarse a dar agua a una niña. Otra intentó pasar una patata cocida o un mendrugo de pan a un anciano y recibió el culatazo de un gendarme rumano ante la risilla del supervisor de las SS. Pero tampoco creyó nunca que pudieran cortarles el teléfono por el simple hecho de ser judíos; o que estallase la guerra entre Alemania y Rusia, por mucho que Eugen le repitiera descompuesto: «¡Eres un estúpido! ¡Nos odian, Mihail! ¡Estás ciego!». Veía aquellas columnas de arrestados, las hileras de camiones, de carretillas y gente que llevaba bultos, camas, baúles y jaulas de pájaros, y pensaba en el matrimonio Zissu, en su indolencia de ricos que parecían vivir en otro mundo, sin preocupaciones, ajenos a los rumores de que los mismos policías vendían luego en el mercado negro las joyas y las maletas de los detenidos, haciéndole sentir más que nunca su propia pobreza como una injuria. En una calle, los gendarmes repasaban una lista de niños que, por lo visto, tenían que ser evacuados, la ciudad cada vez más oscura, viandantes alumbrándose con pequeñas linternas de bolsillo para no tropezar, ni un solo taxi ni coche de particulares, los teatros y los restaurantes y los grandes almacenes cerrados; operarios metiendo muebles en un camión, bajo la luz de un farol, a la puerta del Palacio de Justicia; el viento haciendo girar sobre el asfalto los papeles de las oficinas precintadas con sus rótulos de CONFIDENCIAL o Estrictamente Secreto. Y al volver a casa, su padre, con la cara demudada, entregándole un telegrama inaplazable que había llegado por la mañana sin dirección de remitente:

Es cómico que se hable de Eminescu como poeta filosófico.
Porque el único poeta filosófico soy yo.

CAMIL PETRESCU

Decían que Londres hablaba de ultimátum germano-rumano a la Unión Soviética, pero lo que se creía, se sospechaba, se inventaba, se afirmaba o negaba, emborronando las páginas de los periódicos voceados por niños con aspecto de mendigos, sólo era una muestra del aturdimiento colectivo, de la confusión y la histeria. Las noticias no contaban lo que pasaba, sino lo que estaba a punto de pasar. Un diario afirma que la guerra comenzará mañana, si deja de llover; otro, que se están elaborando listas de funcionarios destinados a Besarabia; otro, que las fábricas de papel han recibido la orden de hacer reservas para distribuir las en esa región y en Bucovina. El general está esperando para ocupar Chişinău el día que se cumpla un año de su pérdida. Los autobuses que han dejado de circular están siendo transformados en vehículos sanitarios. En el Nacional se ensayan obras para los teatros de Cernăuți. Y Mihail, que en medio del caos se había puesto a leer a Tucídides, se preguntaba para qué preocuparse por cosas que se repetían de forma idéntica a lo largo de los siglos, la noche anterior al 22 de junio de 1941, cuando mediante una arenga al país y otra al ejército Antonescu anunció que, al lado de Alemania, Rumanía declaraba la guerra santa a Rusia por la liberación de los territorios usurpados y la aniquilación del bolchevismo: Operación Barbarroja; «contra ese conglomerado de animales»; las tropas rumanas unidas al 11º Ejército alemán; Mólotov en su papel de cordero inocente, protestando contra la agresión a los convenios internacionales.

Ese día la ciudad permaneció desierta, como un domingo de agosto, triste, monótono; de esos que anonadan de calor, futilidad y cansancio; con todos los postigos cerrados y la convulsión sobrevolando el aire seco que semejava el aliento de un horno. Poco después comenzaron las alarmas antiaéreas, los carteles de propaganda por las calles: EL CARNICERO DE LA PLAZA ROJA; y en otro, bajo el lema QUIÉNES SON LOS AMOS DEL BOLCHEVISMO, un judío vestido con un caftán rojo y una chistera llevando una hoz y un martillo, escondiendo bajo sus faldones a tres soldados soviéticos. Decían que habían detenido a Leni y a Froda. ¿Sería posible que hubiese llegado la hora de que vinieran también a por él? Se encerró en Antim a cal y canto, desde donde escuchaba los bombardeos continuos, incluso en su barrio. El estampido inicial iba precedido de una llamarada corta, como un relámpago. A lo lejos, resplandores rojizos. Y los primeros muertos. Entre ellos, un alumno del instituto de quien tenía su cuaderno para corregirlo.

«¿Qué quiere que haga con él?», le había preguntado Mihail la tarde anterior, pensando en cuánto le recordaba ese muchacho al personaje de Jeff, de *Juego de vacaciones*. «Léalo, por favor», le respondió el chico, «me gustaría saber qué piensa de mi trabajo». La prensa, al primer día de guerra, aseguraba que ya se habían recuperado Chişinău y Cernăuți. LOS JUDÍOS SERÁN EXPULSADOS DE LOS PUEBLOS DE MOLDAVIA. Al principio bajaban todas las noches al refugio pero, al cabo de una semana, Mihail empezó a quedarse en casa: total, con alarmas o sin ellas, no iba a pegar ojo. LOS JUDÍOS, A CAMPOS DE TRABAJO. Decían que había combates en la región de Minsk pero, como no tenía radio, no podía comprobar ni saber nada.

Recuerda el calor sofocante. Encrespado. En lugar de aire, almíbar resbalando por el esófago.

Y que no se atrevía a salir, pues lo mejor era que nadie lo viera.

A la caída de la tarde, cuando se ponía el sol, se paseaba por delante de la puerta, sin alejarse demasiado, o por el patio; hasta que llegó un momento en que lo único que deseaba era un espacio un poco más grande, con una cuña de cielo suave. Leía lo que decía Tucídides de la guerra del Peloponeso y le parecía que estaba hablando de 1914 o de ese mismo momento. Lo único que no había en Atenas y Esparta eran judíos: camiones de policía peinando los barrios, confiscando sus banderas rumanas; comentarios de que pronto deberían llevar un signo distintivo. Y conforme aumentaba el runrún, más se recluía, todo el día en batín, escondido como un prófugo, sin comunicarse con nadie; pendiente de los partes alemanes que cada vez eran más triunfalistas y numéricos: 4.123 aviones y 2.532 tanques destruidos, 40.125 prisioneros; leyendo las noticias que contaban que en Iaşi habían sido ejecutados más de quinientos «judeo-masones» junto a la nota gubernamental, publicada en todas las ediciones especiales, que aludía a una complicidad indeterminada con paracaidistas soviéticos.

Imposibilidad de hablar y escribir. Cada una de las víctimas de Iaşi eran personas complejas en todas sus dimensiones: esposos, padres, hermanas, hijas, primos, enamorados; muertos tan singulares como los vivos y, sin embargo, desprovistos de individualidad, reducidos a su condición genérica: viejos o jóvenes, adultos o niños, mujeres u hombres: judíos: habitantes indeseados, sin distinción de clase: categoría a exterminar. Un vecino lo

sorprendió en su paseo del atardecer con un periódico y le preguntó: «¿Han entrado ya en Moscú?», y cuando Mihail le dijo que no, agregó: «Pues que entren rápido, para que despellejemos a los judíos»; con aquel brillo de amenaza o sarcasmo, de delación y desprecio, que pronto se volvió tan generalizado. De una de esas miradas dependía la salvación o la condena, de una sonrisa que despuntase en un momento inoportuno, un gesto que no se correspondiera con lo que se esperaba, un tono de voz inadecuado. El sí o el no. Cómo un hombre podía aniquilar a otro hombre con un solo gesto o salvarle la vida mirándolo con bondad. Si no apartabas tus ojos a tiempo, o lo hacías demasiado rápido, podías convertirte automáticamente en sospechoso. Quizás ese vecino habría visto en los tuyos una señal de estigma o de miedo; quizás escondía un temor similar y no había notado cómo desviabas la mirada a un lado y otro, vigilando los flancos: la tensión de tus mandíbulas, el pánico cauteloso de no parecer ni demasiado serio ni demasiado alegre, la desorientación de quien ha pasado mucho tiempo convaleciente o sale de su encierro sin saber nada del mundo, sin haber escuchado por la ventana de la cocina el comunicado oficial de la jornada, *en los últimos días ha habido casos en que elementos ajenos a nuestra nación y enemigos de nuestros intereses*, o una conversación en la calle entre una señora vestida con pulcritud y un caballero («Qué cree que se ha demostrado en Iași, ¿eh? Que eran los judíos quienes tiraban las bombas con sus propias manos»), *han disparado contra soldados rumanos y alemanes*, o las noticias de que en Buzău, *cualquier intento de repetir estas miserables agresiones*, a todos los varones judíos de entre diez y sesenta años los habían encerrado improvisadamente en sinagogas o institutos, *será reprimido de forma implacable*, ni leído los titulares de *Universul*, EL AVANCE ALEMÁN EN RUSIA ES IMPOSIBLE DE DETENER, que hacían que de la preocupación y el acoso uno pasara a la apatía de la que sólo le sacaba otra noticia, otro rumor, otro comunicado, *por cada soldado alemán o rumano serán ejecutados cincuenta judeo-comunistas*, en el transtrán de la casa con sus horas para comer y charlas y juegos de cartas o incidentes con la criada que diluían la sensación de peligro en algo pringoso e indiferente. Esperar a que pasaran las horas, a que llegara la noche, a que se terminasen los días. Al padre de un amigo de Beno, una persona sin importancia, se lo llevan en coche, nadie sabe adónde ni por qué. Su propio padre ya ni siquiera habla, sin resto de su sagacidad negligente ni ganas de decirle a su hijo lo que debe

hacer, el día entero sentado en su sillón con la mirada perdida, inclinado hacia delante, sujetándose la cabeza, susurrando «Llevabas razón, llevabas razón», Mihail no sabía si dirigiéndose a él o a la esposa que estaba a su lado, quien siempre fue la representación del miedo y la espera y el vitalismo altruista y el fervor sentimental, y que ahora se asfixiaba con las noticias, marchitándose poco a poco, como los crisantemos que le llevó una vez a Calea Victoriei. En un campamento de verano donde Poldy trabajó hacía años tenían a los jóvenes sin poder volver a sus casas ni recibir visitas ni comida. Unos gitanillos que vendían por la calle *La novela del carnicero rojo* gritaban a pleno pulmón:

*Sale el tren de Chitila
llevando a Stalin a Palestina.
Sale el tren de Galați
repleto de judíos colgados.*

Sin embargo, Rossetti no pospuso sus vacaciones de verano; desde el mar Negro llamaba de vez en cuando a Eugen Ionescu, siempre con informaciones privilegiadas, para decir lo que más o menos sabía todo el mundo: que la derrota rusa era inminente. Camil no estaba de acuerdo, creía que nadie contaba con «la terrible fuerza combativa del soldado bolchevique»: si él fuera Hitler, sabría cómo aniquilar la resistencia rusa: lanzando cinco mil paracaidistas en Moscú para provocar el desconcierto; si fuera Antonescu, sabría cómo ocupar las casamatas soviéticas: las atacaría sin cesar, a breves intervalos con pelotones de veinte soldados, para lograr el agotamiento nervioso del adversario. A ninguno de los dos les afectaba la ordenanza de la alcaldía de Buzău publicada en la prensa: los judíos no podrían circular desde las ocho de la tarde hasta las siete de la mañana; no tendrían derecho a entrar en los cafés ni en las confiterías; se les prohibía visitarse entre sí, ya fueran parientes o amigos; para llamar al médico debían avisar a la policía. Pero nada comparado con la matanza de Iași o los viajes en tren sin destino, pensaba Mihail. Algunos de sus familiares, como el primo Cosmin, habrían subido probablemente a uno de esos vagones abarrotados en los que los piojos saltarían de unos a otros y los condenados se mirarían, se cogerían de las manos, se apretarían aún más entre ellos: los niños consolando a sus madres, los jóvenes a los ancianos. Los periódicos hablaban de que, durante el bombardeo de Iași, se habían descubierto «elementos en colusión con pilotos

judeo-soviéticos derribados»; de que incluso habían escondido a paracaidistas; de que a las tropas alemanas no les había quedado otra que poner freno a los desmanes del enemigo. El novio de Octavia no obstante, que estaba reclutado en el Tercer Ejército, le contó por carta que no habían sido sólo los alemanes los que se desplegaron por la ciudad disparando, sino que la mayoría eran rumanos y no sólo gendarmes o soldados, también civiles armados con escopetas y arcabuces, con las mismas azadas que utilizaban para la siega; que los soviéticos ya habían deportado a muchos judíos cuando invadieron el nordeste en el verano del 40. Hasta los partes oficiales reconocían que las unidades no habían sufrido ninguna baja por francotiradores y, sin embargo, cientos de judíos habían sido conducidos a la comisaría central mientras hordas linchaban a quienes se relegaban de las columnas de arrestados.

Mihail se preguntaba qué conducía a la multitud. Qué clase de fiebre, marea o hipnotismo. Como una noche de carnaval o apocalipsis. Como un ejército de desposeídos que salían de sus cuevas o chozas o suburbios, y campaban por la ciudad en la que nunca fueron admitidos, arracimados con sus garrotes y sus hatos y sus rostros insalubres y sus niños detrás o en brazos. Masas arramplando con las tiendas que encontraban a su paso, rompiendo cristales y vaciando escaparates, subiéndose a las farolas, en un flujo de corriente humana que se ensañaba con quienes les habían dicho que eran los culpables de su indigencia. ¡RUMANO! POR CADA *JIDAN* QUE ELIMINES, LIQUIDAS A UN COMUNISTA. EL MOMENTO DE LA VENGANZA HA LLEGADO. Ejércitos de parados urbanos, refugiados de las provincias ocupadas, bandidos y criminales liberados de las cárceles, trabajadores no cualificados, excombatientes, estudiantes y funcionarios precarios, campesinos emigrados a la ciudad, plebeyos, la «chusma» de la que hablaba Lena Constante, el «populacho» como les había oído decir en alguna ocasión a Mircea y Cioran, el odio hacia cualquier idea o modo de vida que percibieran por encima, hacia la mentalidad burguesa que detestaban más que al capitalista explotador o al boyardo latifundista, el rencor de siglos jaleado por los dirigentes que demandaban una orgía de sangre. La misma alucinación colectiva, ya fuera en la revolución de enero o en Iași, donde pocos días atrás habían ordenado que se marcara con una cruz cada vivienda cristiana. Una vez en el patio de la comisaría, los ametrallaron mientras los que lograban huir

tenían que vérselas con el gentío que los acechaba en la puerta. Y a quienes permanecieron con vida, en torno a tres mil, los montaron en dos trenes que recorrieron quinientos kilómetros en seis días y medio dando vueltas sin sentido, en mitad del calor del verano, en vagones sellados donde habían inscrito COMUNISTAS JUDÍOS o ASESINOS DE SOLDADOS ALEMANES Y RUMANOS, sin ventilación ni agua ni comida ni sitio donde depositar la orina y las heces. Cuando paraban, contaba el novio de Octavia, evacuaban los cadáveres que ya habían empezado a pudrirse y los trasladaban a las fosas que habían mandado abrir en los cementerios judíos. Y ante eso, pensaba Mihail, lo único que quedaba era sentarse a esperar la muerte. ¿Qué habría sido de sus familiares? ¿Habrían sacado al primo Cosmin de su tienda de prendas femeninas para fusilarlo? ¿Y su prima Loredana? ¿Y su marido a quien el tío Avram contaba chistes procaces? Tanto él como sus padres o Beno podían haber ido en uno de esos trenes, se decía Mihail, habrían ido si en lugar de en Bucarest hubiesen vivido en Iași.

Mientras tanto, Camil le recordaba su incidente con Poldy Stern no como acto de arrepentimiento, sino para decirle que, en caso de que le sucediera algo, no se le ocurriese mencionar su nombre ni pedirle ayuda.

—No te preocupes —le respondió Mihail—. Te prometo que sólo me referiré a ti utilizando un nombre cifrado.

Había concluido con Tucídides y, por las noches, releía *Guerra y paz* antes de volver a soñar insistentemente con Nae, casi siempre en el patio del liceo de Brăila, o con Nina, en escenas en las que nunca aparecía Mircea pero en las que todo remitía a su presencia. Rossetti le envió por correo las galeradas del pasaje censurado que le dedicó George Călinescu en su *Historia de la literatura*. Pero ¿cómo tomarlo en serio?, se preguntaba Mihail, ¿cómo seguir siendo escritor?, ¿cómo curarse de la repugnancia? El mariscal Ion Antonescu no sólo consintió la masacre de Iași, sino que mandó ajusticiar a todos los judeo-comunistas que tuvieran linternas o banderas rojas como prueba de su colaboración con los rusos. Los servicios de inteligencia que organizaron el pogromo junto al *einsatzgruppe* alemán dependían directamente de su primo lejano, el primer ministro adjunto Mihai Antonescu. Por el novio de Octavia se enteró de que algunos moribundos habían sido enterrados vivos junto a los cadáveres y, por Alice, de que el ejército tenía la orden de ejecutar a todos los judíos que quedasen en Besarabia y Bucovina. En una fotografía en

la prensa se veía una larga fila de mujeres cubiertas de guiñapos, con críos desarrapados; ningún hombre; y el pie de foto explicaba, con toda literalidad, que eran judeo-comunistas agrupados para darles su merecido por las fechorías cometidas. En otra imagen se observaban muertos en las aceras bajo una columna de sospechosos con las manos levantadas, de cara a la pared, mientras eran registrados. Y al doblar la página: LA LÍNEA FÉRREA SMOLENSK-MOSCÚ DESTRUIDA. Smolensk. La misma batalla sucedida ciento veintinueve años atrás y que Mihail había leído la noche anterior recreada por Tolstoi.

Todo el mundo a su alrededor, menos Eugen Ionescu, esperaba una victoria rápida de Alemania sobre Rusia, para que Ucrania abasteciera de trigo al continente y no les gobernasen «los judíos y los zapateros».

—¿Y qué pasará si Moscú no cae antes del invierno? —le preguntó Mihail a Titu Devechi, sentados en su salón luminoso.

—Eso es absurdo. Imposible.

Pero cada semana que se suponía que iba a ser decisiva, según los titulares de tinta corrida que anunciaban los periódicos, aplazaba su carácter definitivo para la siguiente mientras la policía entraba en las casas de los judíos y se llevaba la lencería, sábanas, almohadas, camisas, cobertores: sin avisar y sin dar explicaciones. LOS HORRORES COMETIDOS POR LOS BOLCHEVIQUES EN SU RETIRADA. Casi todas las noches sonaban dos o tres alarmas, potentes estallidos, el cielo surcado de luces, obuses ululando. ¡MOSCÚ ARDE! Y una madrugada vinieron los gendarmes y sacaron a todo el edificio de la cama. VEINTE MIL SOLDADOS SOVIÉTICOS DEL EJÉRCITO CERCADO HAN DESERTADO EN MINSK. Por las escaleras se oían voces y botas, silbatos, portazos. NUMEROSOS AERÓDROMOS BOLCHEVIQUES OBTENIDOS POR LOS ALEMANES EN LA REGIÓN BÁLTICA. Durante la alarma alguien se había dejado una luz encendida en la buhardilla. EL INTENTO SOVIÉTICO DE DETENER EL AVANCE DE LOS ALEMANES HA FRACASADO. Y un vecino les echó la culpa a las criadas. EN TODA LA EXTENSIÓN DEL FRENTE DEL ESTE, LAS OPERACIONES AVANZAN SEGÚN LO PREVISTO CON LUCHAS ENCARNIZADAS. Entonces se llevaron a todas las sirvientas a comisaría, incluida Octavia, y los registros continuaron durante el resto del día; la

parálisis, una especie de presión cardíaca y de sofoco continuo; el miedo que hace que te mees literalmente en los pantalones. Camil: «La guerra con los rusos está costando; ha sido una intuición genial de Hitler haberlos atacado ahora; dentro de un año habrían resultado invencibles». En la calle había gente en pijama y otro grupo, vestido de negro, que se disponía a ir a un entierro. Todos los amigos de Mihail tenían el diagnóstico claro: Alemania se quedaría con el territorio ruso y el Führer, con el reconocimiento de haber librado a la civilización del bolchevismo. Una anciana de luto: «Pues como esto tarde mucho se va a marchar hasta el sepulturero». «Salvar a Europa» era una expresión que ya aparecía en *Guerra y paz*. El gendarme: «Tus papeles». Porque lo contrario sería un horror, decían; los dominaría un general georgiano, tártaro o calmuco, y no habría escapatoria para nadie. «¿Por qué te pones nervioso?» *Para nadie*. Eso reflejaban a su vez los ojos del gendarme: yo lo soy todo y tú no eres nadie. La mirada de Dumitru, el portero de Calea Victoriei, pidiéndole su nueva dirección por si le llegaba una carta. Cada mañana Mihail se despertaba asombrado de que aún no hubieran venido a buscarle. «Sebastian...», sopesó el gendarme mientras comprobaba la fotografía de la cédula con una sonrisilla irónica, antes de tirársela al suelo para que se agachara. «¡Venga, nos vamos!», gritó tras escupirle y darle un puntapié en la cara.

La congoja del ultraje en aumento, la espera indefinida, la vergüenza de que alguien te viera los pantalones mojados o retorcerte en el suelo. Si no su antiguo portero, podría ser cualquier conocido o vecino, como aquel que le preguntó si las tropas alemanas habían entrado ya en Moscú. La apretura en el pecho, el hueco en el estómago, las piernas que flaquean. ¿Cómo era posible golpear a un hombre? Algo tan insensato que no produce dolor ni en el alma. Cualquiera que se hubiera fijado en cómo sudaba cuando se le acercaba la policía. Ganas de aullar. Camil diciéndole que tenía la certeza de que efectivamente los judíos de Besarabia dispararon contra «los rumanos». Ghiță Ionescu contándole los negocios que estaba haciendo como funcionario del Ministerio de Economía, lo fácil que era derivar una partida o la expropiación de la villa de Roman en Sinaia, que firmó en calidad de agente de la Oficina de Rumanización, y en la que vivía él ahora con su esposa. Como una pérdida del equilibrio. Mihail lo dejó con la palabra en la boca porque corrió al

retrete a vomitar. Cualquiera de ellos podría ser, pensó al limpiarse con la manga de su chaqueta raída. En cualquier momento. La delación como virtud. Como algo por lo que llevarse un premio.

Los partes eran cada vez más embrollados y no había forma de saber quién atacaba o cercaba a quién. Encaramarse a la ventana de la cocina para oír la radio del vecino. No poder pensar en otra cosa que no fuera la guerra. Ni un momento de libertad. De reposo. El círculo estrechándosele a su alrededor y la vida que se convertía en un milagro que se repetía cada día, cada minuto en las agujas del reloj de la casa de Antim, en las paredes empapeladas con aquellas cenefas desvaídas. Cuando les convocaron a la prefectura a Benó y a él, junto a todos los judíos de entre veinte y treinta y seis años, Mihail pasó por otro momento de impotencia: toda la gama de sentimientos que oscilaban entre la aceptación, la ira, el abandono, el miedo, el desespero, la locura y el absurdo, rindiéndose ante la inminencia de la desgracia. Se trataba sólo, según decían, de una concentración de reservistas para formar batallones de trabajo; sin embargo, la tensión hizo que la fiebre le subiera a treinta y ocho y medio; y como no podía llamar a un médico sin dar el correspondiente aviso, mientras su madre le preparaba un tazón de té con cardamomo, cerró los ojos y deseó que únicamente fuera una pesadilla. Lo despertaron los golpes en la puerta muy temprano, casi al amanecer. La policía los sacó de nuevo a la calle. Mihail llevaba una manta por los hombros y, aun así, tiritaba. Los pusieron a todos en fila, en la acera, y les leyeron un bando por el que no sólo los judíos de entre veinte y treinta y seis años debían presentarse en la prefectura, sino que los de treinta y siete a cincuenta y uno también. El capitán lo leyó en voz alta y, a continuación, hizo un gesto y la patrulla desapareció, dejándolos allí, mirándose unos a otros, sin saber nada más: bromeando con la exactitud de las edades, pensando cada uno en una forma distinta de exterminio.

Toda la ciudad parecía agitarse por una especie de animación nerviosa: grupos corriendo de un lado a otro; gritos y consignas; semblantes pálidos y preocupados; salvajes forzando a inocentes con bocas dilatadas, dislocándoles los hombros; una joven que echa a correr gritando: «¡No, no, no!»; miradas que se interrogaban sin palabras, con la muda desesperanza que se había convertido en el nuevo modo de saludo judío, en un signo de solidaridad fugaz o abatimiento compartido: yo sé algo de cómo es tu vida. Las tiendas estaban abarrotadas para comprar lo necesario para la partida; ya no quedaban

macutos; imposible encontrar siquiera latas de conservas, los precios subiendo cada media hora. Y desde Văcărești, desventurados famélicos, andrajosos, ancianas con sayas y pañolones negros portando fardos hacia el centro. Alice y Vișoianu lo acompañaban y lo llevaban a un sitio y otro, recuerda Mihail; en Calea Victoriei, mujeres con miradas de zozobra y súplica, dando vueltas alrededor de la prefectura, sin atreverse a acercarse demasiado, las mismas que en las puertas de cada centro de internamiento. Y los superlativos como chiste: las letras de los titulares más grandes, las cifras más fantásticas, el adjetivo «innumerable», la normalización de la desmesura: 46 millones de cuadernos para los soldados, Ribbentrop asegurando que estaban en condiciones de librar la guerra durante treinta años, las valerosas tropas rumanas capaces de luchar a 52 grados bajo cero. A los mejores soldados del mundo les habían entregado las mejores armas del mundo. «El universo escucha al Führer.» Cuando se ganaba una batalla, ésta se convertía en «la mayor batalla de la historia universal». Y los bolcheviques, como los judíos, también eran enemigos «universales». Los datos al servicio de la fanfarronada: el gobierno exigiendo de la comunidad judía diez mil millones de lei. Entretanto, él iba zarandeado de aquí para allá, apoyado en Alice o sentándose en un banco, frente a la Facultad de Medicina, en el umbral de la consulta que tenía en Cotroceni el doctor Kahane, quien en lugar de facilitarle un certificado médico le recomendó que se provocase una intoxicación comiendo todo lo que le había prohibido en los últimos meses, embutidos y carnes principalmente, como si quedara algo en la alacena de la que se había acabado hasta la sémola.

Al llegar a casa se desplomó sobre una silla y se pasó una hora allí, en silencio, debatiéndose entre presentarse o no presentarse, mirando a Beno y a su madre. Desde el coche de Vișoianu había visto una fila de personas con carros de madera y sacos a las espaldas.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Mihail.

—Por ti —respondió Vișoianu—. Y porque siempre que veo a un judío me siento tentado de decirle: «Señor, créame: yo no tengo nada que ver con esto».

Y mientras Vișoianu la esperaba en el coche con el motor encendido, Alice al despedirse, en la acera de la calle Antim, con un paquete de comida que no había sabido cómo entregarle:

—Me avergüenza lo tuyo, Mihail. Me avergüenza que tú sufras y yo no,

que te estén humillando y a mí no.

Y entonces le respondiste que la vergüenza era que nadie tuviese que ver; que tantos lo reprobaran sin dejar de ser un eslabón del engranaje antisemita en que se había convertido el Estado con sus oficinas, periódicos y procedimientos; que algunos dijeran que estaban perplejos pero a la vez firmasen, ratificasen y dieran su consentimiento no sólo con su pasividad o silencio. La obligación de inscribirse en la Oficina Central Hebrea. La ley que vetaba los matrimonios con gentiles. «Y en cuanto a los demás, ¿no los ves?, están exultantes: la sangre judía y el escarnio han sido siempre diversiones públicas.» Y sólo cuando te percataste del silencio de Alice y su boca entreabierta, le pediste disculpas.

Decidieron no presentarse. A ver qué pasaba. Y al cabo de unos días, no había pasado nada. Nadie había venido ni a por él ni a por su hermano. No llegó ninguna nueva citación. Llamaron a la puerta y corrieron a esconderse en el armario. Pero era Alice. Quería contarle cómo Vişoianu, la noche que lo acompañaron a casa, le hizo una declaración de rodillas. ¡Así que la gente se seguía enamorando!, se dijo Mihail. Aquello le dejó un sabor agridulce y decidió salir y entrar en una sala de cine: ¿para qué recluirse si la libertad podía acabarse de un momento a otro? Cuando terminó la película, se dio cuenta de que no se había enterado de nada. Se había llevado todo el rato pensando en las cifras de los partes alemanes; el último: 895.000 prisioneros en Smolensk, y 13.145 blindados, 10.380 cañones móviles y 9.084 aviones destruidos. Con una maquinaria contable así, ¿cómo se les iba a pasar él, se encontrara donde se encontrase? Y sobre todo: por qué, para qué, hasta cuándo. Dirigió los ojos al cielo y, mientras lo observaba como si quisiera encuadrarlo o captar su textura y simetría, se le empañaron. Era un cielo de tinta azul oscuro, liso y compacto por un lado, y con pequeñas nubes por otro, encrespadas a modo de rompiente: un cielo meridional que le decía que mientras existiera su bóveda limpia, pese a todo el horror, aún podía haber consuelo.

Ni siquiera había reparado en que estaban en pleno verano y que, bajo otras circunstancias, él estaría en Balcic tomando el sol, escribiendo por las mañanas, bañándose en el mar y contemplando las estrellas. Aquel cielo podía ser perfectamente el de Ginebra, o el de Lisboa, o el de Florencia, y cobijar

una ciudad lejana y sin guerra, norteamericana quizás, o Buenos Aires, una capital en cualquier caso distinta a Bucarest, en la que poder caminar como un ser anónimo, como un ser vivo. Mihail pensó una vez más: si en 1937, cuando me invitaron a Ginebra... Entonces aún era lo bastante joven, tenía aplicación. Y ahora, cada vez que se miraba en el espejo, se acordaba de un verso de Dante Gabriel Rossetti:

Look in my face; my name is Might-have-been.

El segundo exhorto llegó en forma de comunicado oficial del centro de reclutamiento. La última era que tenían que presentarse todos los varones judíos de entre dieciocho y cincuenta y tres años. Y esa vez se trataba de arreglar los raíles de la estación, de cargar listones de madera y vigas de hierro. A Beno le tocó los miércoles y a él, los viernes; pero el resto de semana aún podía estar en libertad, pensó Mihail, si es que podía denominarse de ese modo. Se rumoreaba que la estrella amarilla que debían llevar cosida los judíos de Cernăuți pronto sería obligatoria también para los de Bucarest. Sin embargo, todo continuaba siendo por ahora. A los dos días suspendieron el trabajo en las vías. Y esa noche acudió a una cena en el elegante apartamento de Alice, a cuyo balcón se asomó como si por la mañana no se hubiese tenido que presentar a trabajar como recluso forzado. Allí se dijo por primera vez que, de sobrevivir, escribiría un estudio sobre la legislación antisemita o, al menos, una memoria que detallara pormenorizadamente lo que estaba pasando. Desde la terraza, con aquel mar de edificios apagados a sus pies y los titulares de las noticias en la cabeza, reparó en que cada repunte de luz duraba menos, y tuvo la sensación de que el tiempo, como la guerra, se había estancado y que sería así para siempre. LA CIUDAD DE ODESA CERCADA POR LAS TROPAS RUMANAS Y NIKOLAIEV, POR FUERZAS RÁPIDAS GERMANO-HÚNGARAS. Cualquier comunicado del Eje anulaba el optimismo de la conferencia Churchill-Roosevelt. AL ESTE DE BUG, LAS TROPAS ALEMANAS HAN OCUPADO LA IMPORTANTE REGIÓN MINERA DE KRIVOI ROG.

Entre los invitados de Alice, se encontraba Felix Aderca, que había escrito una réplica a la *Historia de la literatura rumana* de Călinescu llena de vigor y justicia, pero a Mihail la propuesta de sumarse a su escrito sólo le provocó indiferencia. LAS OPERACIONES CONTINÚAN CON ÉXITO TAMBIÉN

EN LOS OTROS SECTORES. Se sorprendió respondiéndole que le daba lo mismo lo que se dijera de él, que incluso prefería que nadie se acordara de que una vez había escrito libros.

—Si me permite que le sea sincero —le dijo a Aderca—, ya no anhelo ese tipo de revancha.

—No se trata de revancha, estimado Sebastian —repuso Aderca—, sino de dejar la verdad clara. Me sorprende que habiendo sido usted tan combativo en las polémicas, se haya vuelto tan pacífico. Pero en este caso, más que ante un rifirrafe literario, nos hallamos ante un asunto ético. Quien puede hablar no debe callarse. Usted tiene talento. Sus libros eran buenos. Y me pregunto cuándo perdió la valentía de seguir luchando por su decencia.

En el momento en que se pierde la vocación por la vida, por amar y hacer algo útil con la existencia, estuvo a punto de contestarle Mihail, comprendiendo que los escritores como Aderca habían sido más generosos y menos resentidos que los jóvenes, cuando oyó entre murmullos la voz del teniente:

—Los rusos están resistiendo en Smolensk y en Leningrado. Es la primera vez que se para en seco una ofensiva alemana. Y ahora tendremos que esperar de nuevo el deshielo.

Era un oficial del Tercer Ejército recién llegado del frente ucraniano, apuesto, educado. Sin responder a Aderca ni agradecer sus palabras, Mihail volvió al salón, donde el teniente trataba de responder a las preguntas que le hacían sobre Iași.

—Pero se trataba de un caso de traición, ¿no? —inquirió Titu Devechi.

—Eso parece.

—¿Acaso no lo cree?

—Sí, claro, por supuesto que sí.

—¿Alguien quiere un poco más de champán? —terció Alice llenando la copa de Devechi.

—¿Y qué hay de cierto en los rumores de las matanzas a orillas del Dniéster? —preguntó Mihail cuando la conversación parecía que iba a tomar otro derrotero.

—¿Qué matanzas? —preguntó la mujer de Devechi.

—En una guerra siempre hay víctimas indeseadas —le respondió su

marido, con las mejillas visiblemente rojizas.

—En una guerra —replicó Mihail— mueren los soldados en combate o, como mucho, los civiles alcanzados por un bombardeo. Pero si desaparece la protección de la ley, entonces puede morir cualquiera, empezando por los más indefensos.

—Creo que lo que el señor Sebastian quiere saber —intervino Alice— es si están actuando de forma inadecuada contra las minorías de Bucovina y Besarabia.

—Las órdenes son muy simples —se avino a responder el teniente—. Ejecutar o deportar a todos los que hayan colaborado con el enemigo y a los elementos provocadores.

—¿Así, sin más? —le sostuvo la mirada Mihail, mientras dejaba la copa en la mesa—. Mihai Antonescu habla de limpieza, de plaga, de desinfección del linaje rumano.

—A veces se los fusila y otras se los cita en la estación y se los envía a Transnistria.

—¡Pero eso es espantoso! —exclamó Alice.

—Ellos no saben adónde van —contestó de nuevo el oficial, que había mudado su sonrisa paciente por una mueca de disgusto—. También llegan de Moldavia, de Valaquia, del sur de Transilvania o de Dorohoi, y se presentan con equipaje, como si fueran de vacaciones. Nosotros hacemos el trabajo con la colaboración de las bandas ucranianas, que van por libre pero nos ayudan a encontrar a quienes se esconden en los sótanos y los bosques, a cambio de azúcar o cualquier cosa que revender en el mercado negro. Aunque si preguntan, contestan los alemanes. Algunos suben al tren convencidos de que se dirigen a un país neutral, de que los pondrán a salvo.

Devechi evitó la mirada de Mihail; Alice le agarró la mano; Vișoianu la miró desde la terraza, donde seguía departiendo con el círculo en el que aún se encontraba Aderca.

—En un vagón con capacidad de cincuenta pueden entrar doscientos, también gitanos —prosiguió el teniente con la vista clavada en su vaso—. Cuando están todos dentro, se recogen los bultos que han dejado en el andén: las maletas abiertas, las cacerolas. Hay quien incluso lleva a los niños con trajecitos de marinero. De nada sirve. Para las SS son ganado enfermo a los que arrear hasta el matadero. Por mucho que las muchachas se atusen el

cabello, suben todos. Si alguno se atreve a preguntar si podrán cambiarse de ropa dentro, los alemanes ríen. Como ya he dicho, son ellos quienes dan las órdenes, breves y rápidas, de una forma que ni nosotros entendemos. Después de una movilización, recogemos ovillos de lana, dedales, frascos de perfume, espejos, zapatos, candelabros, libros... Las cosas menos pensadas, objetos que ni podrían imaginarse. Y todo tiene que ser transportado a comandancia. Pero en los pueblos en los que no hay ferrocarril ni carreteras, se los traslada a algún barranco o cantera cercana.

—A cuántos —dijo Mihail.

—No lo sé. Centenares, millares quizás —y con la mirada de nuevo perdida en el hielo del whisky, el teniente añadió—: Yo mismo podría haber matado u ordenado que ejecutaran a cuantos hubiese querido. El chófer que me llevó a Mogilev aniquiló a cuatro. Mi capitán disparó a una judía reacia.

Todos se habían quedado en silencio. Mihail notó que Alice estuvo a punto de preguntar «reacia a qué», pero en ese momento la radio empezó a retransmitir el último aviso del Ministerio del Interior. *Por orden del general Ion Antonescu, caudillo del Estado. Mihail tampoco dijo más. Se hace público que si los comunistas cometen algún acto de sabotaje, serán fusilados veinte comunistas judíos y cinco no judíos.* Tal vez sólo después de matar se pueda parecer inocente, pensó; tal vez esa forma de hablar no sea el modo de huir de lo que se ha hecho, sino de lo presenciado. Luego sonó la música que daba paso al boletín del Cuartel General Rumano y el locutor informó: *Estamos a 15 kilómetros de Odesa. Bajo amenaza de las pistolas de los comisarios políticos judíos, los rusos luchan hasta la muerte.*

La muerte abstracta. Pero la muerte concreta del tío Avram, aunque no estuviera relacionada con la guerra, hizo pensar a Mihail que, por mucho que ser judío fuese una imposición externa, había algo más en lo que se asemejaban: el pasado inmodificable del que estaba hecho, el sustrato que compartían el muchacho lleno de ilusiones que llegó a Bucarest y el adulto destruido que se miraba al espejo en Antim. Los periódicos se lo recordaban a cada rato. LOS JUDÍOS DE 18 A 53 AÑOS... Los más jóvenes se quedaban en Bucarest para trabajar en los polígonos bombardeados; Rossetti y Camil se quejaban de que las cosas fueran tan lentas; Von Killinger pronunció un discurso en el que aseguraba que si los alemanes y rumanos seguían luchando

juntos, su amistad se volvería eterna; a Beno lo destinaron a Fierbinți, y a Mihail lo único que se le ocurrió decirle fue que permanecer bajo el sol quizás le sentaría bien. Otros, para librarse de los trabajos forzados, pagaban centenares de miles de lei, aunque nada en comparación con quienes se habían ido antes aprovechando privilegios, fingiendo cometidos internacionales o enfermedades que requerían tratamiento en el extranjero, señoritos que hasta hace nada pedían una revolución y la seguían defendiendo allá donde se encontraran, disfrutando a veces incluso de un sueldo del Estado y opinando a favor o en contra de Antonescu desde su seguridad en cuanto cruzaban la frontera, recuerda Mihail, mientras lo máximo que había alcanzado él era que le respetaran su condición de profesor y no lo llamaran en los primeros reemplazos.

Emil Gulian fue a verle una mañana, vestido con uniforme militar, y lo convenció para salir a dar un paseo. Quiriendo aliviar la urgencia que le produjo su sonrisa en la puerta, Mihail le pidió disculpas por aquella vez que le colgó después de proponerle reunirse con otros escritores para publicar las obras de quienes fuesen muriendo en la guerra. Emil negó con un gesto divertido y lo agarró del brazo. Ni el tiempo ni el atuendo lo habían cambiado. Trabajaba para la Oficina de Prensa y le contó que se estaba barajando que la Guardia de Hierro volviese al gobierno. También le confirmó la hostilidad húngara por la cuestión de Transilvania. Hablaba despreocupado y de forma cercana, y en ningún momento pareció temer que le vieran en su compañía. De hecho, fue Mihail quien inventó una excusa en Calea Victoriei para despedirse.

Había empezado a llover y, cada vez que llovía, pensaba en Poldy, en Beno y en los hombres que estaban en las trincheras. Por todos sitios se sucedía la caza y grupos enteros eran conducidos a la prefectura. En una ocasión, saltó del tranvía justo antes de que le pidieran la tarjeta identificativa y, pasado el peligro, no supo si sentía más pavor o hastío. Habían transcurrido dos años de guerra y el tiempo no había resuelto nada; si acaso, la instauración absoluta del eufemismo como modo oficial de comunicación: «está teniendo lugar la última fase operativa», «batalla de cerco», «la contraofensiva se aproxima a la madurez». Lo único que le daba cierta sensación de bienestar era pasear cogido del brazo de un amigo. Pero no quería poner a Emil Gulian en un aprieto. Con Eugen Ionescu era distinto: no ocupaba ningún puesto en el ejército y casi que compartía con él estado. Cuando caminaban juntos por el

Dâmbovița, Mihail fantaseaba con que paseaban por una ciudad en paz.

—Últimamente sueño mucho contigo —le dijo una de esas tardes Eugen tras su mirada burlona y melancólica—. Estamos sentados en un café y, de pronto, aparece un rinoceronte. Ninguno de los dos le damos importancia y seguimos charlando. Pero después vamos a *Cuvântul* y allí descubrimos que no sólo Nae se ha convertido también en rinoceronte, sino que todos se están transformando en rinocerontes, poco a poco, Mircea, Noica, Cioran..., mientras tú y yo nos miramos temiendo que el próximo sea uno de nosotros.

La lluvia continua de noviembre hacía que apenas se pudiera andar por la calle. Los tranvías iban muy despacio, con los pasajeros en el estribo o en los parachoques, y las redadas ralentizaban más la circulación. Mihail esperaba a que en el instituto lograsen su exclusión definitiva de los trabajos forzados, para lo que les habían pedido diez mil lei por profesor, pero ni aun así podían asegurárselo. La última exigencia era entregar 4.000 camas, 4.000 almohadas, 8.000 sábanas y 8.000 fundas de almohada. La comunidad judía pidió a un grupo de «intelectuales» que se encargase de la recogida. Eso le hizo recordar que, en el regimiento, cuando hacía falta material de oficina, vajilla o artículos de almacén, la solución era la misma: que lo pusieran los judíos. Debía acudir además al Colegio de Abogados para retirar su expediente de suspensión indefinida.

—Debe usted presentar su solicitud —dijo el oficinista de la secretaría.

—¿Qué solicitud?

—La solicitud por escrito de cancelación.

—¿Y no basta con mi solicitud oral?

—Lo siento. Es el reglamento.

—Pues déjeme usted un papel y se la hago ahora mismo.

—Imposible. Antes debe pedir el modelo en el Ministerio de Justicia.

—¿Cómo dice?

—Yo no decido nada. Ése es mi deber.

—¿Y no podría hacer una excepción?

—Es el reglamento. No querrá usted verse sometido a un procedimiento verbal, ¿no?

—¿Un procedimiento verbal?

—Bueno —bajó el tono de voz el funcionario—. Que quede claro que yo no soy antisemita, que tengo otras ideas. Pero ¿cuánto das? *Wie viel? Fünfhundert?*

Y al final tuvo que darle los únicos trescientos lei que le quedaban. De humillación en humillación, Mihail no sabía discernir cuál era peor: si el chantaje del oficinista o el espectáculo de la Gran Sinagoga, donde se reunían las camas, las almohadas y la lencería, repleta de gente apesadumbrada que iba y venía cargando cosas, como si ya nadie se extrañara de nada. Las autoridades se quejaban de que el trabajo no cundía, de que no le ponían entusiasmo, de que sólo conseguían cachivaches viejos. Amenazaban con que si en veinticuatro horas no estaba todo listo, sería el ejército quien se encargaría de la requisita. Pero cuando ya casi lo tenían, surgió otro ultimátum: 5.000 trajes, sombreros y botas, más una orden que quedó revocada ese mismo día: que en sus chaquetas, en la parte superior izquierda, cosieran un retal con una estrella de seis puntas, dos triángulos superpuestos de seis centímetros por cada lado.

Al enterarse de esa medida y pasar junto a un guardia con una metralleta, a Mihail le entraron ganas de gritarle: «¡Dispare! ¡Acabe de una vez con nosotros!», pero luego se dijo que no era con aquellos arranques de desesperación como se sobrevivía a lo largo de los siglos. Se sentía parte integrante de aquellos que, entre balbuceos, imploraban a un cielo sin respuesta. Su forma de resistir era quedarse encerrado; huir hacia dentro; leyendo a Balzac o escribiendo en su diario: la única manera de deserción, de afrontar los días oscuros. El dinero seguía perdiendo su valor y una noche, cuando su madre le preguntó si le quedaba algo para la compra, Mihail se dio cuenta de que estaba sin blanca. Entonces Clara le dio un beso y él se la quedó mirando.

—Hacía mucho tiempo.

—Nunca me atrevo —le contestó ella.

—Yo tampoco.

—Pensé que ya no te gustaba.

—Pues me gusta.

—A mí también.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, Iosef.

Clara cerró la puerta y todo lo acumulado emergió en Mihail con una dolorosa ternura física. Recordaba los primeros tiempos allí, cuando su madre aún no se había instalado definitivamente y venía con su padre desde Brăila para cocinar y lavarle la ropa. «¡Esta lámpara no se sostiene!», gritaba Mendel subido a la escalera, «¡el enfoscado es más fino que un papel de fumar!»; y cuando le pedía una herramienta y él se equivocaba: «¡No tienes ni idea, no sabes diferenciar una llave de un martillo!». «¡Ni tiene por qué!», le respondía ella, «¡tú arregla eso y deja que el niño se dedique a sus cosas!». Se marchaban los domingos por la tarde, después de dejarle el piso limpio, las ollas llenas y las camisas planchadas, y él los contemplaba alejarse desde la ventana.

Aquella imagen de las espaldas cansadas de sus padres, encaminándose al tranvía que los llevaba a la estación, le producía la misma mezcla de amor inefable e irritación que aún le estallaba al escuchar los gritos en la cocina, las voces durante las partidas de cartas en las que nunca participaba, las carcajadas sin ton ni son de Beno, los bisbiseos de la criada, los suspiros de su madre, las puertas cerrándose muy fuerte, los pasos arrastrados, las conversaciones en las que no intervenía, el chirrido de la compuerta del horno, las toses, los bostezos, los chasquidos, como si en vez de una casa aquello fuera una sala de máquinas, un sitio en el que se sentía vigilado, en el que perdía el tiempo, donde no podía concentrarse hasta que todos estuviesen dormidos, con el olor a guiso impregnando las paredes. Entonces tenía que meterse algodones en las orejas para no oír los ronquidos si quería avanzar una página: vencer el cansancio y luchar contra la inquietud y la lacerante bondad no correspondida, contra su incapacidad de aceptar y mostrar gratitud y cariño con la naturalidad de Beno.

Y sin embargo, aunque se quebrasen en sombras y el aire se llenase de reflejos metálicos, las noches eran hermosas. Tras los avisos antiaéreos, sobre las ráfagas como luciérnagas cayendo en las industrias químicas de la periferia, el claro de luna seguía siendo ligero. La ciudad inmóvil y callada se convertía en algo distinto de la ciudad habitual, y la mayoría de las veces que sonaba la alarma, en lugar de descender al refugio, Mihail se ponía a mirar por la ventana, preguntándose cómo habían podido llegar a esa situación, con las cosas que había oído durante el día taladrándole las sienes: «Después de la guerra te contrataré como redactor jefe de mi periódico, tenlo por seguro»;

«por lo visto ha sido Filderman, sí, el presidente de la Unión de las Comunidades Judías, quien ha convencido a Antonescu para que dé marcha atrás con lo de la dichosa estrella»; «¡señora, ya no quedan puerros ni zanahorias!». El coraje y la determinación de Wilhelm Filderman. De no haber habido rectificación, pensaba Mihail, en lugar del signo de la peste, la estrella de David se habría convertido en una señal con la que mostrar el repudio a la infamia, la inocencia.

En la Gran Sinagoga se encontraba con voces que había olvidado, con caras que no veía desde hacía muchos años: vecinos de Brăila, compañeros de universidad, conocidos del periódico, exabogados, alguna mujer con la que tuvo un flirteo y a la que le costaba identificar en un principio. Eran rostros que no sólo dibujaban el paso de los años con sus pómulos caídos, sus arrugas y sus bolsas de piel bajo los ojos, sino los estragos de la denigración y la impotencia; semblantes que se le revelaban como máscaras, como fantasmas retornados del pasado, como vestigios de un tiempo que fue y que, a tenor de las expresiones que Mihail veía en ellos cuando finalmente los reconocía, había ajado a su vez el suyo, todos más viejos y derrotados, voces que en el duermevela, después de que las sirenas avisaran de que ya había pasado la alerta, regresaban transmutadas en las de sus amigos de la infancia: «La última vez que nos vimos nos contestaste de manera brusca, como si desde que te fuiste a Bucarest ya no quisieras nada con nosotros, y te sintieras superior, y te hubieses vuelto uno de esos escritores engraidos». Aquellas voces que en ocasiones eran reales y en otras fruto de la imaginación se mezclaban con alguna imagen efímera, como la del señor Bercovici en el umbral de su casa de Brăila, de repente octogenario y escuálido, sin el brío con el que saludaba a tu abuela en el mercado; o la de aquellos hombres que también habían sido robustos y rezaban con voz orgullosa en la sinagoga, con sus chisteras y velas, clamando ante el *hejal* para mejorar el mundo, *¡ten entusiasmo y sé fuerte!*; o la de tus amigos de la niñez, todos mirándote y asintiendo porque habían escuchado lo que decía Nicu, que había querido ser cantor pero sólo se quedó en miembro del coro masculino, y entonces tú querías llamarlos, pedirles perdón, abrazarlos, pero no podías, no llegabas a alcanzarlos, y ahí era donde te despertabas sobresaltado.

Cuando ibas casa por casa, a recoger la ropa de cama que llevar a la Gran Sinagoga, no tenías valor para insistir y cedías ante las primeras protestas. Los

gestos amables y solícitos de quienes te abrían la puerta se trocaban en un rictus de embarazo cuando descubrían para qué habías llamado al timbre. Estás sentado en la sala de espera de la consulta de un médico en la calle Polizu, un interior con muebles carcomidos, terciopelos y espejos sucios, y cuando la criada te comunica que ya puedes pasar, te das cuenta de que te han tomado por un paciente y que el doctor no se puede hacer a la idea del verdadero motivo de tu presencia. Vuelves de una de esas casas cuando te encuentras por la calle con Emil Gulian, que te revela que el acoso sobre Moscú es más intenso que el cerco de Leningrado, pero después aparece de pronto Rossetti, que acaba de llegar de las vacaciones que ha prolongado dos meses más que de costumbre, y te dice que por el camino ha visto trenes militares alemanes que venían de Timișoara en dirección al Danubio. Una familia adinerada que no te reconoció se negó a entregar ropa ni dinero: «Nosotros no damos, no formamos parte de la comunidad». La lencería vieja que tenían la habían donado a un hospital en calidad de ciudadanos rumanos, repetían, ignorando que tú sabías que en la época del Estado legionario pagaron miles de lei por hacer lo mismo.

Un comerciante sí entregó toda la ropa de alcoba que fue capaz de reunir pero, cuando se percató de quién se la pedía, exclamó con una risotada:

—¿Qué le parece? ¡Ahora resulta que usted es judío! Aunque seguro que mañana, cuando las cosas se arreglen, se olvidará otra vez de nosotros, ¿eh?

—¿A qué se refiere?

—¿No escribió usted aquel libro...? ¿Cómo se llamaba...? *El año 2000*, ¿no? Aquel con la tapa gris en el que renegaba de su condición de judío.

Rossetti le había oído decir al embajador norteamericano que lo que no le perdonaría jamás a Rumanía era que hubiese cruzado el Dniéster y tratado así a los judíos. También le comentó a Mihail que el discurso de Roosevelt dejaba entrever la entrada de Estados Unidos en la guerra. Sin embargo, la prensa rumana siempre avisaba de lo mismo: EL EJÉRCITO ALEMÁN ESTÁ PREPARADO PARA LA CAMPAÑA DE INVIERNO. Por su parte, Alice le traía de vez en cuando alguna revista suiza, y entonces Mihail se detenía en la cartelera, los espectáculos de variedades, los anuncios por palabras, los alquileres y las ofertas de vacaciones: *JURA VAUDOIS. PENSION FAMILLE À LA CHAMPAGNE. ALT. 600 M. SITUATION TRANQ. GD. VERGER.*

CUISINE SOIGN.PRIX 5,50. REVEROLLES-SUR MARGES. Conforme avanzaba el otoño, las calles adquirían un aspecto cada vez más siniestro. El olor a coliflor hervida y plástico derretido se fundía con el de las chimeneas de los barrios adinerados. Y en la oscuridad, Mihail perfilaba la escena de una comedia, esbozaba el primer acto, se dejaba llevar por una atmósfera interior que, en otras circunstancias, pensaba, podría acabar siendo una obra de teatro. La guerra era una excusa para demasiadas renunciadas, se decía, una larga hibernación, pero alrededor aún había hombres que trabajaban y se movían. ¿Por qué no iba a poder escribir él?

Pasaba los días en Văcărești de una forma absurda, del templo a la sinagoga, esperando entre la confusión nuevas indicaciones sobre las requisas. Habían transcurrido tres años desde la última representación de *Juegos de vacaciones*: si entonces, en la penumbra del teatro, hubiera sabido todo lo que vendría después, habría tenido tiempo de huir. Ahora en cambio, aletargado por la insensibilidad y sin expectativas, sólo podía tomarse la escritura como el que se sentaba ante un tablero de damas, puesto que ni podía publicar libros ni estrenar ninguna pieza. Emborrataba por la noche el principio de lo que podía ser una comedia en una redacción de periódico, a la espera de una noticia importante, y por la mañana se encontraba con puestos de control en cada esquina, para sorprender a quienes no tuvieran en regla el «trabajo de utilidad pública», y el desánimo le impedía continuarla. Reatas de detenidos eran dirigidos a varazos, como ovejas, como enfermos contagiados por una dolencia inmundada, jaleados por los alaridos de los perros. Un día, camino de la Gran Sinagoga, lo pararon, le pidieron su documento de identidad y, tras consultar una lista, un gendarme le dijo que formaba parte de los pocos profesores eximidos antes de añadir: «De momento». Vivir en aquella permanente angustia. En aquella provisionalidad. De momento no lo llamarían para hacer trabajos forzados, pero tenía que ir de un sitio a otro recogiendo trapos y colchones para la comunidad judía. De momento los ataques alemanes estaban estancados a las puertas de Moscú y Leningrado, pero los partes hablaban de una operación final inminente. De momento no podía escribir dos días seguidos. De momento sobrevivía.

—Si los ingleses no desembarcan en Francia —le dijo Zilber—, de nada servirá la heroica resistencia de los camaradas rusos.

Pero casi todos los demás seguían creyendo que Hitler los libraría del

peligro eslavo. EL DESPLOME DE LOS EJÉRCITOS SOVIÉTICOS ES INEVITABLE, decía con titulares rojos *Universul*. Beno regresó por un fin de semana a casa fuerte y guapo, tostado por el sol. «¿Lo ves? ¡El trabajo al aire libre te ha sentado de maravilla!», exclamó Mihail, como si su hermano volviese de esquiar o hacer senderismo, cayendo de inmediato en lo grotesco de la palabra «libre» e iniciando un gesto de disculpa. Sin embargo, antes de que dijera nada, Beno comprendió, ambos rieron y se unieron en un abrazo. No traía ni su mochila ni ninguno de sus objetos personales. Hasta su ropa estaba tan destrozada que no parecía la suya. La dejó en el pasillo, mientras se bañaba, y el olor que desprendía aquel montón de harapos provocaba una náusea en la que se mezclaba el barro, el dolor y la podredumbre. En cualquier caso, la presencia de Beno les levantaba el ánimo. Mihail incluso accedió a ir con él y sus padres a la sinagoga, a rezar por Poldy, como cuando era niño. El sermón del rabino en cambio, con su tono de mal periodista, le pareció tan superficial que salió antes de que terminara, enfadado consigo mismo por que las lágrimas de sus padres le produjeran un nudo en la garganta. Cuando el rabino dijo: «Los judíos siempre hemos sido el pueblo elegido», a Mihail le entraron ganas de replicarle: «¡Pues esperemos que lo seamos para bien en algún momento!». Estaba harto de los accesos homicidas de Dios contra quienes había hecho responsables de la aspereza humana. Beno lo percibió, le sonrió con una compasión que apenas ocultaba su poso de amargura, pero nada más salir recuperó el buen humor de tal modo que, el domingo por la tarde, a Mihail le costó más que nunca despedirlo.

Cuando Beno se volvió a marchar, sobre la casa cayó una apagada tristeza. Y el lunes se despertaron con la noticia de que, como reacción a un acto de sabotaje contra la planta eléctrica de Iași, los judíos de Bucarest sólo podrían vivir a partir de entonces en los distritos de Văcărești y Dudești. Mihail aún no había cobrado el primer mes de clases en el liceo, que era un local mísero lleno de alumnos sin interés que resaltaban su impaciencia. El casero se presentó al día siguiente y les pidió noventa y tres mil lei para renovar el contrato. Aquel hombre conocía a su familia desde que Mihail estaba en la universidad. Durante media hora trató de hablar con él, rogándoles a sus padres que los dejaran solos. Mendel salió de la habitación y Mihail escuchó cómo le decía a Clara: «Tu hijo no sabe negociar, lo convence cualquiera, es demasiado blando». Recuerda que acabó discutiendo con el casero: voces

rotas, gestos inútiles, expresiones altisonantes. Y, aun así, no se explica cómo pudo contenerse, su pasividad contemplativa, la rendición ante lo inexorable. A no ser que la calma proviniese del derrumbe.

Porque distinguir entre los sueños y la sucesión de sueños en que se convirtieron los días fue cada vez más difícil. Rostros que Mihail ya no sabía si pertenecían al pasado o al presente, si estaban vivos o muertos, el tío Avram, el tío Zaharia, Moritz Bercovici, el primo Cosmin, nombres que, bajo la misma amenaza, conseguían mantenerse a flote, ganar algún dinero, salir adelante, no como él, que parecía irse a pique con su ineptitud para las cosas prácticas, que sólo sabía escapar de la fatiga soñando con los ojos abiertos, imaginándose que se encontraba en Suiza, en su antigua habitación de Cornavin o en un piso a orillas del lago Lemán, en Lausana: las viñas en las colinas, recibiendo la luz; la carretera y la vía de tren que comunicaban con Ginebra cerca del agua; los macizos de los Alpes, como recortes de papel puntiagudos. Para dormirse intentaba recordar las paradas de metro de París, o las alineaciones del Venus o el Rapid, pero lo que le venía era una pieza de piano de Poulenc, mezclada con las expresiones que utilizaba cuando escribía crítica teatral, artículos o reseñas de libros, y la vergüenza retrospectiva que le producían sus propias palabras le dificultaba aún más dormir, pues ¿acaso él no había escrito también tonterías como «construir mediante la batalla cultural un pueblo nuevo»? Se quedaba en casa y, cuando no podía soportarlo, salía para desahogarse, dejándose llevar por el flujo desordenado de las cosas, recorriendo de modo inconsciente las zonas que frecuentaba antaño en un intento fútil de volver a la normalidad, en medio del colapso, por un Bucarest en el que había irrumpido una naturaleza sanguinaria que no comprendía, a veces con las sirenas antiaéreas y los reflectores en funcionamiento, amedrentado, como un vagabundo o un lunático. Andaba por un mundo de delirio regido por el insomnio en el que los recuerdos se le mezclaban con espejismos, apariciones fugaces y voces que se desvanecían en la nada. Caras conocidas transformándose de pronto en rostros de verdugos, palabras que resonaban como los desvaríos de los iluminados, temores de fugitivo. Cerraba los ojos cuando volvía exhausto a casa, afiebrado, y en su conciencia se amalgamaba lo que había vivido en otro tiempo con lo que había visto u oído en la calle o incluso con lo que no había vivido ni escuchado

nunca. Caminaba entre el tumulto, al margen del pánico colectivo o zambullido en él, refractario a los vítores y entusiasmos, dejándose arrastrar por la excitación, y sólo al meterse en la cama se daba cuenta de que sus ojos no estaban acostumbrados a ver tantas imágenes sucesivas: de que el impacto de las caras que, por un instante, creía reconocer no aliviaba su sensación de aislamiento, sino que la intensificaba. Blecher, Nae, Cosmin, Poldy, Nina, Durmiși. Se cubría la cabeza, y apretaba fuertemente los párpados, pero ni aun así era capaz de dejar de oír las campanillas de los tranvías, el tañido de las campanas, las bocinas de los automóviles, el hormigueo de los bulevares, la textura sonora de la ciudad de la que emergía un parte radiofónico, el grito de una mujer, el sonido de una explosión o un tiro. Cerraba los ojos para tratar de escapar de ese vértigo y entonces imaginaba que era un redactor de la BBC en Londres, con cuarenta libras al mes, escribiendo en la biblioteca del Museo Británico como Nina le contó que hacía Mircea, y que se iba a pasar las vacaciones a alguna playa del sur de Inglaterra. Pero otras veces estaba en el frente ruso, puesto que era el enviado especial de un periódico norteamericano, y luego volvía a Nueva York, donde escribía obras de teatro que obtenían un gran éxito en Broadway, y allí se cansaba pronto del mundo del espectáculo y se retiraba a una casa de campo un poco más al norte, a Vermont o a Maine, en la que pasaba los inviernos sentado junto a la chimenea, con un equipo moderno de música escuchando discos de Bach y Mozart, aunque a veces también aparecía acompañado de la primera Zoe, tan joven y tierna, y recorrían en coche la Costa Oeste o viajaban en yate a Egipto y después a Palestina, en un barco pequeño en el que se encontraban sólo diez o doce personas, en el que se podía hacer el amor en sus camarotes salados por el agua marina, y en cada puerto la gente los recibía con simpatía, ofreciéndoles marisco que asaban en el mismo muelle, en unas parrillas que olían a carbón y a pescado fresco; o le enviaba una carta al presidente del PEN Club explicándole que era un escritor exiliado y lo llamaban por teléfono para hacer una gira de conferencias por Estados Unidos. LA GRAN BATALLA DE KIEV HA TERMINADO. La irrealidad de los sueños era semejante a la que le producía el estado de estupor y agotamiento e hipnosis con el que salía a pasear, escribía en su diario o se quedaba mirando por la ventana. La ciudad se había vuelto hosca, con hombres mal vestidos que merodeaban alrededor de las colas de racionamiento, donde se arracimaban mujeres con capachos de esparto y traficantes de cupones, llena de cristales rotos, de frenazos a

destiempo, un baile de sombras en el que distinguía de espaldas una silueta que de pronto le resultaba conocida. Un hombre en pijama, descalzo, con el aturdimiento de quien acaba de ser expulsado del sueño, es llevado con las manos en la nuca, empujado a culatazos, custodiado por dos gendarmes que fuman mientras con la otra mano sostienen un fusil o una pistola. Una cabeza rotunda se vuelve entre el gentío y resulta que es Camil, afirmando que si Odesa no había caído aún, era a causa de los judíos empeñados en resistir como fuera. *Es posible que la campaña contra Rusia adquiera ahora un cambio de rumbo*, decía el noticiario que salía de un bajo, y Camil añadió que los anglo-americanos ganarían la guerra por la presión de los judíos estadounidenses, con quienes era imposible ningún pacto. Va caminando por una acera detrás de un grupo de personas, con pasos apresurados, vacío, renuente, porque acaba de oír el grito de una mujer, dejándose llevar por la barahúnda con una mezcla de fatalismo, pesar y vergüenza, con el miedo anticipado a que le pidan la cédula identificativa y una voluntad trastornada que ya no intervenía en sus actos, y de repente distingue una figura que está convencido de que es Nina, pero al volverse se trata de una desconocida que no se parece en nada a ella, y entonces se da cuenta de que tampoco ha habido ningún grito de mujer, de que el desgarró inhumano que había creído oír y hacia el que pensaba que se dirigía la gente es el eco de una madre que vio en las ruinas de Văcărești, después de un bombardeo, con el cuerpo inerte de su hijo en brazos. Entre el sueño y la conciencia las imágenes se disolvían del mismo modo que las palabras, y los titulares embusteros de los periódicos se convertían en la voz de Nina o de Mircea o de Nae, que le interpelaban en una conversación imaginaria, en un compás discordante que retardaba la percepción del sonido a una lentitud infinitesimal, la voz de Leni reprochándole algo, con la misma distorsión con la que uno quiere alcanzar un objetivo en una pesadilla y nunca llega a conseguirlo, puesto que las piernas le fallan o el coche que conduce no avanza, o se pone a recular, o se detiene o no arranca sin motivo. Todo tan frágil e incierto y borroso y lleno de resquebrajaduras: Blecher despidiéndose, justificando el cansancio y la obligación que a cualquiera le produce visitar a un moribundo; la primera vez que oyó un disparo fuera del cuartel, ese ruido seco y deshabitado, como el de una tabla que se rompe o un petardo, y al que sigue cuando se diluye el silencio; Churchill diciendo que los hechos valen más que los sueños; Mircea contándole que no soporta estar en pareja, preguntándole si puede el miliciano

destacado en la frontera del espíritu casarse, cómo conjugar la plenitud de destino —«la esperada entrada en Canaán que es el matrimonio»— con su propia libertad, revelándole que no sólo obligó a Sorana a hacerse un raspado, sino que también le pidió a Nina que hiciese lo mismo. Cuánto te hubiera gustado mantener una última conversación con él, y con Nae, pero estás en el negocio del tío Zaharia, escribiendo dos cartas que tienes que mandarle a Poldy, y luego sales a la calle y subes por Calea Victoriei, por la acera de la derecha, donde una dama emperifollada grita que los legionarios se han sublevado y se están acercando al centro, no la crees y sigues tu camino cuando adviertes que es verdad, que toda Calea Victoriei está llena de guardistas, de figuras que se detienen frente a las tiendas de Dudești y se quedan esperando una señal, y entras en la peluquería y todo está vacío y, junto al ascensor, un comandante coloca una ametralladora, y al salir ves cómo cargan sacos de arena para construir barricadas, y entonces coges a mamá, a papá y a Beno, y os vais corriendo al piso de Alice, pero luego desistes, porque el mejor sitio para esconderse es la casa de la abuela, y sólo al llegar a la calle Unirii de Brăila te quedas más tranquilo, aquí no vendrá nadie a buscarnos, no sospecharán nada, y en ese momento te das cuenta de que aún están vivas la abuela y la tía Caroline, y de que en una habitación contigua yace Beno con Mali, la chica que era vuestra vecina hace veinte años, y te metes en la cama al lado de ella, desnuda y sorprendentemente hermosa, efusiva, sus pechos duros, y entonces te despierta Camil contándote que acaba de ver a Hitler para que revise la cuestión de Transilvania, puesto que los rumanos se merecen una satisfacción después de luchar valerosamente al lado de las potencias del Eje, y te trae un ejemplar de *Universul*, ALEMANIA ESTÁ PREPARADA PARA LA CAMPAÑA DE INVIERNO, y te llevas las manos a los bolsillos y sólo encuentras calderilla, insuficiente para subir al tranvía, y descubres un cadáver que pende de un árbol, el periódico daba a entender que en Praga se habían producido ejecuciones por el Yom Kippur, y ayunas inexplicablemente y por la tarde vas al templo para escuchar el *shofar* con indiferencia, qué emocionante en otro tiempo cuando ibas con la abuela, los adoquines sembrados de pedazos de vidrio, y una casa que ya no es una estructura porque sólo es ladrillo y cemento y muestra suspendida una bañera en la que fue su segunda planta, y un crío que mete un alambre entre las ruinas mientras canta una letrilla que ensalza al Conducător; no hace tanto, si te hubieras tropezado con un cadáver te habrías precipitado al teléfono para

llamar a la policía, aunque ahora todo el mundo sabe que es necesario no hacer preguntas, dejar al pelele tirado en el albañal, el que lo mató tendría sus motivos, pero al acercarte al árbol del que pende el cuerpo te das cuenta de que se trata de una rama tronchada, colgante, gruesa, la piel de un animal eviscerado, un odre seco.

Del viernes 3 de octubre de 1941:

Esta tarde ha hablado Hitler. Yo estaba con Eugen Ionescu dando un paseo por Cișmigiu, sobre las seis, justo cuando se retransmitía el discurso. Lo convencí para que nos dirigiéramos a un café en el que hubiese un aparato de radio. Nos sentamos en una mesa. Me habría gustado oírlo pero, a los dos segundos, Eugen se levantó. Estaba pálido, blanco.

—¡No puedo! ¡No puedo!

Lo decía con no sé qué desesperación física. Salió corriendo y yo fui detrás de él. Me habría gustado abrazarlo. Pero no lo hice.

No lo hizo. No hizo nada. Y, sin embargo, tenía que hacer lo que fuera para salir de la miseria. Buscar otro trabajo. Algo que no fuese literatura. Labores de oficina, correduría o compraventa, puesto que el sueldo de profesor era irrisorio. Visitó a Rossetti pero no se sintió con fuerzas para pedirle nada. Tampoco llamó a Aristide ni a Zissu. Pensó en Bibescu, pero no quería deber más préstamos a nadie. Sólo necesitaba un trabajo. «La inflación es un asesinato en masa», le comentó Camil, asustado por que sus cuarenta mil lei mensuales volaran tan rápido. «A mí no me afecta, yo no tengo un céntimo», le respondió Mihail. Y lo único que supo decirle Camil fue: «Claro». Finalmente aceptó la sugerencia de la señora Zissu y se decidió a probar como marchante. Las hojas caídas en la Avenida, de un amarillo pálido con rescoldos iridiscentes, le hicieron acordarse de la primera vez que llegó a París. **TODO EL FRENTE SOVIÉTICO SE HA DERRUMBADO.** Aquellos dos días en tren le bastaron para alejarse de su universo cotidiano, de sus deseos y preocupaciones, como un globo sin lastre; como si el espacio que se iba abriendo respecto a su origen agrandase además el tiempo; como si una hora de viaje bastase para transformar su interior propiciando el olvido. «¡La mayor batalla de la historia!», gritaba un gacetillero mientras Mihail se dirigía

a casa de una aristócrata con el catálogo bajo el brazo. Conforme el tren avanzaba dejaba atrás la atmósfera portuaria de Brăila, con su aire de mercantilismo y solidez, sus elevadores y chimeneas junto al Danubio, los vapores, los sauces, las cadenas de las amarras, el brazo inmóvil de una grúa suspendido en el aire, la vida modesta pero abastecida de un comerciante de provincias con toda su dignidad; y los olores del puerto (a río, a carbón, a toneles de grasa) le recordaban una rutina desahogada de la que, sin embargo, quería alejarse a toda costa: un aroma proveniente de los muelles que había perfumado su niñez y que se evaporaba, con menos nostalgia que alivio, mientras se iba adentrando en Francia. «¡Londres se toma como un desastre la derrota rusa!» Estaba harto de ser el hijo obediente, el colegial abnegado, de contemplarse con celo como a Isaac camino del sacrificio. La destrucción de los ejércitos de Timochenko significaba el final de la campaña soviética. ¿No era aquélla la misma mansedumbre que le había vuelto después de treinta años? Al pasar por un restaurante del parque Filipescu escuchó desde la puerta un extracto traducido del discurso que pronunció Hitler la tarde que los ojos de Eugen quemaban de pánico. La primera noche en París, recuerda Mihail, se desmoronó como un niño mimado, con un sentimiento de orfandad y desilusión que era el mismo que, de pequeño, sobrevenía al deseo de un juguete, de un viaje, el vacío que se apoderaba de él una vez que conseguía lo que tanto había ansiado. *Éste es el resultado de los veinticinco años de dominación judía que, por más que se llame bolchevismo, se asemeja en el fondo a la forma más general del capitalismo. Pero en ambos casos, los responsables de este sistema son los mismos: los judíos y sólo los judíos.* Desde muy pronto tuvo confianza en la bondad del mundo: en la justicia, la honestidad, la razón, con el candor y la falta de autoanálisis que caracterizaban a su entorno. Los continuos cambios de matices en los periódicos. ¿Cuándo dejó de ser así?, ¿cuándo devino la rotura? EL MOMENTO DEL DESPLOME SE ACERCA. ¿Cuándo empezaron a importarle más las burlas de Mircea y sus amigos que levantaban una ceja cuando alguien hablaba de buenos sentimientos? Y por la tarde: SE ESTÁN HACIENDO PROGRESOS. Porque tenía una necesidad genética de proximidad y aceptación, dejó de creer en todo lo que había creído para hacer suya la arrogancia ajena. Incluso Rossetti se atrevió a hablar de bluff. Y al enterrar al niño que lo creía todo, lo esperaba todo, lo toleraba todo, y al adolescente habituado a la fidelidad a los padres, el respeto a la ley y las

convenciones, la amistad y el propósito de mejora, fue como si comiese del árbol de la ciencia, como si la insatisfacción y la desconfianza y la sospecha se instalaran dentro de él, se decía Mihail, y quedara incapacitado para sentir amor por nadie. Había aprendido que cada vez que los periódicos utilizaban el adverbio «heroicamente» era porque algo iba mal pero, al escuchar a Rossetti, se le acrecentó la idea de irse de una vez por todas, por mucho que la falta de dinero y dejar a su familia en guerra le frenaran. ODESA, EN LLAMAS. La alegría abierta de subirse a un avión que despegaba. Se sabía que habían metido en trenes a los judíos de Bucovina y los habían enviado a Transnistria. LAS OPERACIONES EN EL FRENTE ORIENTAL CONTINÚAN CONFORME A LO PREVISTO. Pero los partes no daban más detalles. ¡EL MOMENTO DECISIVO SE ACERCA! ¿Entraría Japón en guerra? PRONTO LLEGARÁ LA PAZ. Mihail nunca había pensado en emigrar tan intensamente. Su hermano mayor lo había hecho, él mismo lo hubiera hecho cuatro o cinco años atrás, cuando aún era un joven lleno de energía que caminaba por Bucarest o París queriendo atrapar todo, observando los escaparates con igual curiosidad que las ventanas por las que se veían escenas de comedor como las que había abandonado para rehuir de sus coerciones morales. Pero ahora estaba convencido de que era absurdo, imposible, tarde. Tuvo la noticia de que pronto saldría un buque con 750 emigrantes con dirección a Palestina. Alice le trajo un ejemplar de la *New York Times Review of Books* y se vio de nuevo en otro mundo. Para llegar allí, sin embargo, le haría falta un sentido de la aventura del que carecía, pensaba, ser más fuerte y estar más sano: menos arruinado por la vida. Al parecer, Odesa había caído definitivamente. Las calles engalanadas. Celebraciones. El parte alemán no decía nada de la ofensiva contra Moscú, pero los telegramas de prensa afirmaban que la ciudad se estaba evacuando. Aguda sensación de peligro. Cada minuto. Por cada fibra de sus nervios. Y eso, pensaba Mihail, le incrementaba la necesidad de escapar de la ratonera. Sólo deseaba dormir. Sumergirse bajo tierra. Dejar que el tiempo pasase por encima. No hacer nada, no decir nada, no preocuparse por nada. ¿Acaso no se volvía ridícula la lucha por vivir si no había indicios de luz al final del camino? Está con Alice y Aristide en el vestíbulo de un gran buffet; hablan de hacer un viaje por Italia; Aristide le muestra un mapa del itinerario; les traen unos dulces; pasan a una habitación y entonces se encuentra a solas con Zoe, que quiere casarse con él, y le falta valor para rechazarla; la escucha con remordimientos; Zoe que dice que ha tomado la

decisión porque ve que sufre mucho, que incluso ayuna por ella; y él no se atreve a responderle que si no ha estado comiendo ha sido por el Yom Kippur; propone en cambio que los case en el Registro Civil Eugen; pero cuando llegan el edificio se ha convertido en un centro de reclutamiento, la gente felicita a su madre, Ionescu lee un fragmento del diario de Renan, el cuartel se convierte en el patio de la casa de Antim aunque todos los invitados son de Brăila, antiguos compañeros del instituto todavía con quince años, entre ellos Nicu, y Dorina Blank con su hija, y aquel alumno suyo que murió en uno de los primeros bombardeos; entonces el patio de la casa se transforma en el recreo del liceo de Brăila, y entonces ve a Nina llorando en un rincón, y entonces aparece Nae gritando que por fin ha estallado la revolución legionaria, y entonces se despierta y la sensación que tiene no es de angustia, sino de paz, hasta el punto de que, por un momento, el silencio de la mañana le hace pensar que su padre ya se ha ido al trabajo, y sus hermanos al colegio, y que su madre vendrá pronto para ver si le ha bajado la fiebre.

Después de bastantes lucubraciones, como una forma de sobreponerse a las pesadillas, Mihail aceptó una entrada de Alice para ir a la Filarmónica a escuchar un concierto de Brandemburgo, la segunda sinfonía de Schumann y la séptima de Beethoven. Aunque al principio le costó concentrarse, mirando el reloj y preguntándose cuánto duraría, poco a poco las notas de Bach dejaron de discurrir arriba y abajo sin rozar su cuerpo. Pasó toda la función encogido en su butaca, escondiéndose para que nadie lo reconociera. ¿No se había expuesto ya demasiado, como delante de los Devecchi, en la conversación que tuvo con el teniente del piso de Alice? El tercer movimiento de Schumann despertó todo lo que de delicado le quedaba todavía, y durante el *allegretto* de Beethoven notó cómo la música lograba imponerse al rechazo de todo lo germano. Nada más salir, en cambio, le remordió la conciencia y, sin explicaciones, se despidió de Alice. Sentía pudor de sí mismo, de cómo había sido capaz de cometer esa frivolidad cuando no tenían dinero ni para comprar comida, de la falta de escrúpulos de ir a un concierto alemán con lo que estaba ocurriendo en Bucovina. Tenía a un hermano en la guerra y a otro en un campo de trabajo, pensaba Mihail, y él se iba a la Filarmónica. Había estado a punto de no entrar, pero en el último momento otra voz le preguntó: ¿por qué mortificarse?, ¿por qué imponerse renunciaciones bobas?, ¿y si es la última ocasión

de sentir en directo los violines de una orquesta?

Sin embargo, una vez dentro, no pudo vencer la timidez ni el miedo. Entregó su abrigo en el guardarropa y lo avergonzó el desgaste de su chaqueta, la sonrisa de la señorita que lo atendió y cada persona que lo observaba de reojo. No podía dejar de pensar que cuantos cruzaban la mirada con la suya se decían: «Ése es judío», y trataba de esquivarlas, como si incurriera en una especie de desdoro al sostenérselas. Se sentía como un espectro que se adentraba por unas horas en la luz para regresar después a su tumba. Lo percibía todo sobresaltado: el rumor de los vestidos de las mujeres, los guantes blancos, las pieles, los uniformes de los oficiales. Los hombres iban bien vestidos, tranquilos, respirando confort y seguridad en sí mismos. Y Mihail se escabullía entre ellos temiendo que lo identificaran o le pidiesen algo, sin darse cuenta de que nadie reparaba en su presencia. Era como si la guerra sólo pasase por él, con su desharrapado traje de paño grueso. Durante el descanso se quedó hundido en su asiento, respondiendo con monosílabos a los comentarios de Alice, cuando hacía menos de tres años disfrutaba de los intermedios saliendo al *foyer* para mirar a las damas o departir con quien fuera. Ahora, por el contrario, podía pasar días enteros sin hablar. Había semanas incluso que sólo entablaba conversación con sus padres y con la mujer que recogía la correspondencia en la Unión de las Comunidades.

Siempre que iba a llevar una carta para Beno, las noticias del tablón de anuncios lo dejaban sin aire: los caminos de Besarabia y Bucovina estaban llenos de cadáveres; ancianos, enfermos y niños habían sido arrojados de sus casas, ahuyentados hasta Mogilev; todos los judíos del noreste que hubieran llegado a Bucarest después de enero de 1940 debían abandonar la ciudad con destino a Ucrania. **AHASVERUS YA NO TENDRÁ MÁS LA OPORTUNIDAD DE ERRAR**, había titulado *Porunca Vremii*. Las condiciones sanitarias de los deportados eran execrables. «He decidido evacuar para siempre a los judíos de las provincias. Quedan aún diez mil en Besarabia que serán enviados al otro lado del Dniéster en breve y, si las circunstancias lo permiten, conducidos a los Urales», dijo Ion Antonescu en el Consejo de Ministros. Muchos estaban pereciendo de tifus, de hambre y de escorbuto. Y una noche Mihail anotó en su diario:

Hay una locura antisemita que nada puede detener. En ninguna parte hay freno ni razón. Si existiera un programa antisemita, incluso estaría

bien. Sabría uno hasta qué límites puede ir. Pero lo que hay es sólo pura bestialidad, sin control, sin vergüenza, sin conciencia, sin finalidad y sin meta. Todo, absolutamente todo es posible. Veo en las caras judías la palidez del miedo. Se les ha helado la sonrisa de optimismo ancestral, se les apaga la vieja ironía consoladora. Algún día, un día lejano, la pesadilla pasará pero nosotros, tú, él, yo, nosotros los que nos miramos a los ojos unos a otros, hará mucho que habremos caído. Desde junio hasta hoy la cifra de los judíos asesinados supera los cien mil. ¿Cuántos quedamos? ¿Cuánto tiempo hace falta para asesinarnos a todos? ¿Adónde dirigir la mirada? ¿Qué podemos esperar en estas circunstancias?

Después releyó lo que había escrito, cerró el cuaderno con tapas de hule y lo devolvió a su escondite, en el altillo de un armario.

«¡Márchate!», le aconsejó Rossetti. Y le explicó cómo hacerlo. Lo primero era escapar a Estambul y, desde allí, coger un barco a Palestina o Estados Unidos. Sin embargo, todo parecía muy complicado: pasaporte, visado búlgaro, visado turco; por no hablar del dinero. En mitad del insomnio, Mihail veía salvoconductos por todos sitios, permisos de tránsito mecanografiados en idiomas que no entendía, denegaciones de embajadas, papeles devueltos con un sello rojo en la primera página con el membrete JUDEN-JUIF. Pero los obstáculos materiales no eran los peores: ¿podía irse solo y abandonar a Beno a su suerte?, ¿tenía derecho a dejar a su madre allí?, ¿le quedaban fuerzas para la partida? Por otra parte, esperar indefenso y quieto era una locura. Un decreto-ley estableció la cantidad de ropa que cada judío estaba obligado a entregar según los ingresos que tuviera al año. Las categorías iban desde quienes no ganaban nada hasta quienes obtenían quinientos mil lei. Un hombre medio debía entregar cuatro camisas, diez pares de calzoncillos, cuatro pares de calcetines, cuatro pañuelos, cuatro toallas, cuatro camisetas de franela, tres trajes, dos pares de botas, dos sombreros, dos abrigos, dos mantas de lana, dos fundas de colchón y dos juegos de sábanas. Aunque lo peor no era eso. Lo peor era que ninguno supiese si quitaría del almanaque la hoja del día siguiente.

De noche las calles se volvían más y más lúgubres: a través del frío y

oscuro viento se oía de vez en cuando la campana de un tranvía como si pasara por otra ciudad, por otra época. Y, aunque el simple hecho de solicitar un pasaporte fuera motivo suficiente para que lo considerasen sospechoso, sus amigos animaban a Mihail a que intentara la partida, a que acelerase los trámites para los que pronto sería demasiado tarde. Aristide le aseguró que le prestaría el dinero, distraído, mientras revisaba en el Boletín Oficial la lista de ropa que tenía que entregar. Vișoianu le prometió que haría las gestiones necesarias para que le dieran los visados. Sólo Tudor Teodorescu-Braniște, que era de los pocos periodistas que criticaron de buena fe *Desde hace dos mil años* y con quien Mihail entabló amistad a partir de entonces, le advirtió de que sería más difícil de lo que creían todos. Cada vez que lo veía, Mihail lo recordaba hablando en la Fundación de democracia, con atrevimiento, cuando más desacreditados estaban los medios parlamentarios: el público dormitaba si se debatía sobre la fragilidad del Estado de Derecho y las reformas para su supervivencia, sobre las medidas contra la corrupción y los logros graduales que podrían conseguirse; pero si algún orador pronunciaba la palabra «esclerosis», y planteaba el cercenamiento de los privilegios de los plutócratas y la clase política, el mismo público emergía del letargo y se animaba furibundamente.

Braniște le enseñó en un periódico la réplica que había dirigido Antonescu al llamamiento de Filderman en favor de los judíos confinados en los guetos de las provincias nororientales: para el mariscal, esta medida sólo era el castigo justo a las atrocidades perpetradas en Odesa; y terminaba: «El odio de ellos es el odio de usted». Al leerla, Mihail pensó en los viejos, en los niños y en su madre. ¿Qué decir ante eso? ¿Cómo consolarla? Desde que partiera Beno, había hecho un gran esfuerzo por sonreír y ya no podía, por lo que en lugar de volver a casa fue a visitar a Zissu, a quien encontró pálido y taciturno, como no lo había visto nunca. No podía precisar hasta qué extremo, pero tenía información de que pronto cambiaría el régimen especial de los judíos. Se hablaba incluso de privación de la nacionalidad, dijo, de expulsiones de Bucarest y de la creación de un gueto en Văcărești. Estaban reunidos en familia preparando la partida. Barajaban cantidades, que Mihail jamás podría reunir, como de algo secundario. Así que, temiendo molestar, se fue sin pedirle los doscientos mil lei que, según Braniște, costaba el visado turco.

Al doblar la esquina se topó con la señorita Lereanu. Quiso evitarla pero

ella lo saludó efusivamente. La secretaria de Roman insistió en que se tomaran un café a la vuelta de la manzana; ella invitaba, dijo con humildad; «lo siento de corazón, imagino por lo que tendrá que estar pasando». Mihail inventó que tenía una cita importante en Calea Victoriei para rehusar el ofrecimiento. Sin embargo, ella se empeñó en acompañarlo. Él la recordaba sentada ante la máquina de escribir, con su aire de desamparo inmune a la simpatía, y ahora caminaba con determinación a su lado. Mihail le preguntó por Roman. A menudo se acordaba del temblor de su barbilla y de sus ojos acuosos, y sintió por su antiguo jefe un afecto repentino. La señorita Lereanu le dijo que, hasta que se vio obligado a cerrar el bufete, no hubo día que Roman no lo nombrase, y que siempre se le notó el pesar por haberlo despedido: «Al principio se negó, señor Sebastian». Y comoquiera que Mihail prolongase su silencio, le contó que un amigo sargento, que acababa de volver de Odesa, estaba horrorizado.

—Tenían orden de arrojarlos al mar —decía mientras Mihail aceleraba el paso—, pero le dio tanta pena que mandó a su pelotón que los fusilaran en la playa. Los acusaban de una bomba que pusieron los rusos en el cuartel del ejército rumano.

Mihail continuaba callado.

—Antonescu ordenó la represión de doscientos comunistas por cada oficial muerto. En cambio, cuando decía comunistas, se refería a los judíos. Luego tomaron como rehenes a sus familias y a algunos los ahorcaron para escarmiento público.

Mihail evitaba su mirada y caminaba cada vez más deprisa.

—Al resto los llevaron a las afueras para ejecutarlos en las zanjas antitanques cavadas durante el asedio. Sin embargo, como debían ahorrar munición, encerraron a los supervivientes en unos almacenes. Nuestros soldados les disparaban si se asomaban por algún hueco. Entonces rociaron el edificio de gasolina y le prendieron fuego. Apostaron las ametralladoras en la puerta para acribillar a quienes escaparan. Algunos salían prendidos en llamas. Otros se arrojaban por las ventanas. Una mujer le pidió a mi amigo que la rematara. Un niño convulsionó ante ellos. No sobrevivió nadie. Tenga cuidado, por favor. Esas órdenes no provinieron de los alemanes.

Al oír esto, Mihail se marchó rápidamente, y no porque le desagradara el tono de voz de la señorita Lereanu, o le recordase con su presencia el tedio

del bufete, sino porque ya no podía escuchar más aquello que contaban los que escribían desde Mogilev después de ser deportados: *Queridos todos nos encontramos bien estamos haciendo a pie un largo camino las noches las pasamos en el campo besos*. Pero había que leer entre líneas: se hallaban tan tranquilos en sus casas, sin nada que lo hiciera presagiar, cuando pasada la medianoche oían un ruido de tambores; salían a la calle a ver qué ocurría; les ordenaban que a las tres en punto estuvieran listos; hacían el petate en dos horas; en la estación entregaban las llaves de su casa y los documentos de identidad; a cambio les daban un número; subían a un tren; luego tenían que hacer un largo trayecto andando por el barro, contra la cellisca; los que no podían caminar eran abandonados y pronto se convertían en presas de los buitres; cruzaban el Dniéster en barcazas; se veían obligados a vender su ropa para comer; y, cuando llegaban a Mogilev, los que habían aguardaban en barracones, en establos sin abrigo ni medios, comiendo pieles de patatas podridas; gentes que ya no eran doctores, abogados, profesores, sólo *jidani*; y los que ni siquiera tenían la suerte de caer esperaban a la intemperie a que los pusieran de nuevo en camino.

—Tratemos de no pensar en los judíos de Transnistria, os lo ruego —había dicho Lena Constante—. No podemos hacer nada por ellos. Valoremos nuestra suerte. No es posible llorar por el destino de todas las víctimas. También hay terremotos, pestes. Y tenemos que seguir con la vida.

Si Mihail acudía a su casa con primorosos jarrones encima del piano, mesitas relucientes y réplicas de vasijas griegas, era porque le dejaba que se quedase allí el tiempo que quisiera, escuchando música. Tenía un fonógrafo estupendo y decenas de discos. Mientras oían lo que les contaba una amiga cuyos primos habían escrito desde Mogilev, sonaban las *Variaciones sinfónicas* de Cesar Franck, y Mihail no pudo hacer otra cosa que fijar la vista en el tapiz del diván y la bandeja de plata sobre la que reposaban las tazas de té blancas, con bordes dorados, junto a dos platitos con bollos rellenos de mermelada en forma de hoja de parra. Ni una de esas cosas se movía y todas eran reales. Sin embargo cuando Lena Constante decía «judíos» delante de la señora Ghiolu y demás amigas, a pesar de su solidaridad, el gesto que acompañaba a su pronunciación parecía más acorde a que hubiera dicho «hediondos cretinos».

Mihail también continuaba yendo a casa de Alice, donde solía encontrarse

con Vișoianu, Braniște y Aristide, siempre con las mismas conversaciones, envenenándose entre ellos, dándole vueltas a lo mismo, ninguno sabiendo más que otro. Por lo visto, contaba Braniște, el ministro de Finanzas había convocado por la mañana a Filderman, que se estaba desviviendo por enviar ayuda humanitaria a Transnistria; lo recibió de pie, sin darle la mano ni los buenos días; tampoco lo invitó a entrar y sentarse; desde la puerta del ministerio, le habló a gritos y no permitió réplica: se limitó a comunicarle que la población judía tenía que suscribir un empréstito de diez mil millones y le dio de plazo un mes para llevarlo a cabo.

Pero fuera cual fuera la conversación, siempre acababan enzarzados en la misma diatriba: Aristide creía que la guerra duraría dos años más, Vișoianu que año y medio, y Mihail contestaba que no estaría mal que terminase al día siguiente. De casa de Alice se iba a casa de Lena Constante, o de casa de Lena a casa de Alice, para no volver a la suya y asistir al desmoronamiento de sus padres: ella, todo el tiempo haciendo calceta; él, simulando que leía el periódico o revisaba las cuentas. Un día le rogó a Lena que no invitara a nadie más para poder concentrarse mejor en la música. Le gustaba sobre todo un disco que tenía con un concierto para piano de Ravel, y aquella tarde lo puso varias veces, cerrando los ojos para percibir mejor las resonancias jazzísticas que lo transportaban a Nueva York, los dos sentados junto a la mesa cubierta de damasco bordado en la que descansaban una pequeña lámpara de tulipa y el gramófono, sin hablar de la nueva travesía del desierto, se decía Mihail, de la renovación del cautiverio de Babilonia, hasta que su anfitriona le sugirió si quería quedarse a cenar y él aceptó, con tal de retrasar el insomnio y la vuelta a casa.

—El sueño es una bendición que sólo descende sobre los limpios de espíritu —le dijo Mihail a Lena Constante—. Los insomnes somos culpables de no conocer la paz interior.

Seguía teniendo pesadillas el poco tiempo que dormía: iba con alguien por la calle y se topaban con una manifestación que empezaba a increparle; se le aparecían Nae o Mircea y le daban la buena nueva llenos de entusiasmo; estaba cenando con Filderman, quien le confesaba que no había nada que hacer, y luego entraba Goebbels y los saludaba a todos efusivamente, ignorándolo; su madre se le acercaba con los brazos abiertos y le pedía que la perdonara, que lo único que no podía soportar era que la angustia de él fuera

culpa suya. Mihail había recibido otra citación, pero aún no se había atrevido a decírselo. Fue a hablar con el director del instituto, para intentar un aplazamiento, y éste le dijo que la exención para profesores volvería a abrirse pronto aunque no sabían cuándo. También le aconsejó que, mientras, lo mejor que podía hacer era incorporarse a los trabajos forzados. Pero cuando ya estaba decidido a explicarle a su madre que quizás tendría que ausentarse por algunos días, Mihail se enteró de que si se inscribía como letrado en lugar de como docente, podría lograr una prórroga. La idea surgió de Braniște, quien estaba al tanto de todos los tejemanejes para librarse de los destacamentos. Le sugirió que después, cuando les tocase el turno a los abogados, volviera a inscribirse como profesor de liceo.

—Y ya que no consigues vender un cuadro —añadió—, quizás deberías buscar un trabajo relacionado con el teatro.

La ciudad estaba desde primera hora llena de banderas por la entrada de las tropas victoriosas en Odesa. En los periódicos sobresalían titulares con signos de exclamación. Una ordenanza del ayuntamiento restringía a los judíos comprar en el mercado de diez a doce; otra establecía sanciones para los campesinos que les vendieran hortalizas; otra prohibía el sacrificio ritual de aves y su venta, vivas o muertas, en los barrios de población hebrea. Y Mihail, mientras los escuchaba en los gritos de los vendedores, oía los tambores tocando en medio de la noche en Dohoroi, veía gente corriendo a la estación y casas cerradas para siempre. ¿Qué sería de su primo Cosmin? ¿Y de Beno? ¿Y de Poldy? LOS JUDÍOS TIENEN LA CULPA, rezaba nuevamente, de forma original, el último artículo de Goebbels en *Das Reich*. Llegaban noticias cada vez más atroces del centro de Europa. La BBC incluso hablaba de cámaras de gas. Y mientras, recuerda Mihail, él escuchaba a Ravel en casa de Lena Constante; se limitaba a contemplar la lluvia tras los cristales; aquel noviembre triste, húmedo y sucio.

El despacho de Durmiși era como un atolón en medio del derrumbamiento, un cuarto silencioso que irradiaba una quietud en la que a Mihail le hubiera gustado quedarse para siempre. Había pasado por allí para devolverle el estudio sobre Montaigne que le prestó antes de la guerra, cuando Nae ponía a Durmiși como ejemplo de los males que aquejaban a la universidad y Mihail lo veía casi a escondidas, con una mezcla de vergüenza hacia el viejo

adversario de Iorga y de infidelidad hacia Nae. Desde que lo habían expulsado de su cátedra, Durmiși había encogido, aunque conservaba aquella calvicie geológica de la que se infería que no tenía nada que ocultar. Trabajaba enterrado en manuscritos y, por más que siguiera elevando sus ojos chisposos por encima de las gafas y sus guedejas laterales, era como si hablara desde otro tiempo.

—¿Se ha dado usted cuenta? —le dijo señalando el *Universul* que asomaba entre los papeles con la declaración rutinaria de Antonescu—. La rotundidad en las afirmaciones es una prueba de idocia. Pero el mariscal sólo es una consecuencia, la cristalización vulgarizada de cuanto elucubraron sus amigos. Sí, sí, ya sé... No hace falta que diga nada... En un país en el que nadie tiene el valor de dudar usted tuvo coraje. Sin embargo la tónica común es que no se planteen los límites de lo que puede saberse. Todo son opiniones. Especulaciones. Y nadie deja en suspenso un juicio cuando no se poseen pruebas fiables, nadie admite la posibilidad de equivocarse. Lo normal es contribuir al torrente de demagogia y frases huecas; conducirse por el apasionamiento o el interés, las pocas veces en que no coinciden. Hoy día las cosas tienen una dureza implacable. A Montaigne le alarmaba que no hubiese una idea por la que los hombres no estuvieran dispuestos a matar. Claro que aquí nadie ha leído a Montaigne, y los pocos que lo han hecho lo han olvidado. Son los que pronuncian o escriben palabras que quizás no deberían decirse, porque desde el momento en el que las dicen desencadenan actos, se empiezan a cumplir. Ellos no van a las trincheras, ¿verdad? A ellos no los colgarán de un gancho. Hablan del destino y de dar la vida por lo que sea mientras ponen la suya a buen recaudo. Usted sabe perfectamente a quiénes me refiero. Cuando decían que nos dejáramos de melindres humanistas y empleaban expresiones como «cirugía necesaria», no hacían otra cosa que echar leña al fuego, a la hoguera de la que escribía Cioran tan cómicamente. Cómicamente, digo, por no decir trágicamente. Observe la irresponsabilidad. La de no medir el sentido de lo que se dice ni el modo en que se expresa. Hemos vivido enfermos de palabras, despreocupados por su falta de correspondencia con la realidad, indulgentes ante las barbaridades. Aún recuerdo cuando Nae Ionescu me acusaba de ser sólo un remordimiento de conciencia, una antigualla, un «enemigo de la promesa». O un esbirro de la ley al servicio de los poderosos. De los poderosos, fíjese en el rasgo de humor rumano, cuando él departía cada dos por tres con el rey y yo no salía de mi despacho. Y sus amigos de Criterion..., que se denominaban marginales, la nueva generación, tan parecidos entre sí y tan asfixiados por quienes detentaban la visibilidad... Pero rápidamente ellos crearon el pensamiento dominante, ¿no es cierto?

—Dejémoslo en que adquirieron experiencia pronto —sonrió Mihail.

—Sin duda, querido amigo. Sin duda alguna. Mientras vaticinaban el

hundimiento de una democracia que a su juicio sólo era otro tipo de dictadura, medraban en la universidad, aceptaban cualquier beneficio que otorgase un magnate o el Estado. Sobre todo Eliade, con su esoterismo. ¿No piensa que en su obra hay una sublimación de complejos íntimos? Toda esa confianza intransigente, su contundencia provocativa, su manera de confundir la historia con la propia biografía... O su afán por mostrarse superior... El desagrado frente a la blandura y la falibilidad humana... Su consiguiente defensa de la acción tal vez tenga que ver con cierta impotencia, ¿no? Sexual incluso, aunque Freud no sea mi pensador de cabecera...

—A Mircea siempre le perdieron las palabras —se sorprendió Mihail utilizando la expresión de Nina.

—La rebeldía de un individuo contra su medio suele ser efecto de la vergüenza. Pasan sin tránsito de odiarse a sí mismos a estar encantados de conocerse. Y yo me pregunto: ¿cómo una persona tan inteligente pudo no verlo? ¿Cómo es posible que gente cultivada defendiera voluntariamente a Codreanu y pretendiese salvar a la humanidad mostrando aquella indiferencia por los hombres? ¿No es el concepto de nación racista de alguna manera? Decadentes, derrotistas, hasta degenerados nos llamaron, ¿recuerda? Porque a usted también le cayó lo suyo con su novela. Quizás llevasen parte de razón, aunque yo creo que la lógica de hierro sólo es la mejor medicina para acabar del todo con el enfermo. Que si nuestras contemplaciones y nuestra tibieza apuntaban la vieja política burguesa... —Durmiși hablaba con una manta sobre los hombros, con los dedos rojos por los sabañones y una palidez dispéptica, junto a una estufa averiada—. Burguesa, dese cuenta. O que las fuerzas de la historia, del pueblo o del espíritu debían estar por encima del individuo, por supuesto. Como la sangre derramada siempre es ajena, el intelectual se siente libre de decir lo que quiera. Odiaban más a los incrédulos o escépticos que a los del bando contrario... El intelectual sólo tiene dos obligaciones y suele saltarse ambas sin reservas: la de mirar el mundo con los ojos abiertos y la atención necesaria (no confusamente a través de las ideologías, los lugares comunes y la moda), y la de hablar y escribir en virtud de las conclusiones obtenidas mediante la observación meditada y la crítica responsable. Aunque eso suponga ponerse en contra del grupo al que uno pertenece y que le llamen apóstata, traidor, renegado. Usted, en cierta medida, supo hacerlo con su opúsculo de desagravio. No antes. Pero da igual. Como

bien sabe, disentir es quedarse sin amigos, en tierra de nadie. Nos tachaban de comunistas cuando quienes más se parecían a los comunistas eran ellos. Aunque me niego a pensar que lo que quisieran fuera esto.

—¿Está seguro?

—Es que si no perdería la cabeza... Si de verdad creyese que lo que buscaban era esta criminalidad, no me quedarían razones. Porque dígame para qué puede servir tanto sufrimiento. Prefiero pensar que ni ellos sabían cómo iba a ser la vida si se cumplía lo que enseñaban a sus alumnos. Mire, a mí siempre me ha pasado como al narrador de *Desde hace dos mil años*: que por cobardía o carácter, nunca confié en las vaguedades de las proclamas y los símbolos, en los vapores de los discursos y las inflamaciones verbales. Procuro no atender a las palabras, sino a los hechos. Por eso me gusta tanto la botánica. O los oficios artesanales, la carpintería, las manufacturas. Las cosas que se hacen demoradamente. Los actos concretos, tangibles, la perfección de la naturaleza. Observe un edificio en ruinas por una bomba y se dará cuenta de lo que cuesta levantar algo y lo fácil que puede venirse abajo. Y, sin embargo, entre los escombros, siempre queda una flor en una maceta, una peonía en medio de la destrucción, algo que inexplicablemente ha sobrevivido al fuego y permanece ahí, en medio de los cascotes: indicios que prueban que son las cosas más frágiles las que tienen mayor resistencia, ¿no lo comparte? Porque, desde el momento en que se negó a aceptar el chantaje moral del doble rasero, usted también dejó de ser un hombre del presente. Para usted lo que importa es la vida. Corríjame si me equivoco...

—No lo sé —respondió Mihail a su profesor de Derecho Natural—. Ya no estoy tan seguro.

—No desfallezca, querido amigo. No decaiga ante la injusticia. Y no me refiero a las declaraciones o los principios, sino a la actitud de preferir el argumento a la interjección, a no levantar la voz cuando todos gritan, a no suspender su espíritu crítico. Eso es decisivo. Ahora que todo lo que daban por supuesto y se permitían desdeñar ha desaparecido, no deje de defender las soluciones imperfectas ante las totalidades. No les dé la razón a quienes prefirieron la discordia al diálogo y echar sal en las heridas y ahora celebran la brutalidad. En eso debemos ser firmes, porque la democracia va en contra de los instintos, del dominio del fuerte sobre el débil. No claudique. Ya tendrá tiempo de hablar. Pero no calle por gregarismo, sino por prudencia. De la

complicidad es responsable tanto quien la impone como quien la acepta. Lo más fácil es esforzarse en ver lo que ven los otros. Así que, cuando esté en condiciones de hacerse oír de nuevo, recuerde que en el momento en que por desgana o comodidad deje de ejercerse la libertad de expresión, habremos perdido definitivamente.

Pero a Durmiși sólo volvió a verlo esa vez. Porque con quienes se encontraba era con otros. Como aquel secretario general del Ministerio de Economía, que dijo en casa de Braniște que aún había posibilidades de que Inglaterra ganase la guerra, y a quien no le resultaba raro desempeñar un cargo en un gobierno proalemán entretanto. U Oțetea, que relató horrorizado el pogromo de finales de junio, tapándose la cara con las manos, con verdadera consternación, pero seguía siendo director del teatro de Iași. A aquel almuerzo también fue Ghiță Ionescu, que llevó un vino muy bueno y no muy caro, dijo guiñando, de la Oficina de Rumanización. A Mihail no dejaba de asombrarle que a algunos les resultase indistinto que ganara un bando u otro, según el momento o con quien se estuviese hablando: que la incompatibilidad continuara siendo algo desconocido en el Danubio. Con tono divertido, Ghiță contó que el *Struma*, que tenía que zarpar ese mismo día desde Constanza en dirección a Palestina, no había salido. El *Strumaera* el barco que Mihail había soñado tomar: el barco en el que, de haber tenido dinero y voluntad, se habría montado en vez de seguir encerrado, releyendo los ensayos de Montaigne, las tragedias de Shakespeare o las novelas de Balzac, entornando los ojos y abriéndolos de repente por el estrépito de una alarma, la voz de un vendedor ambulante, la melopea de un ciego, los gritos después de un disparo o una explosión aislada. Veía a personas que sólo conocía vagamente o que ignoraban su condición y, de vez en cuando, aparecía Camil, y sus dislates le hacían acordarse de algo que le dijo Durmiși: que vivían en un gran frenopático. Pero Durmiși o Braniște o Vioșianu ni gritaban ni se limitaban a quejarse, a suspirar falsamente de compasión o mirarle de forma lastimera. Al recordar la charla que tuvo con Durmiși, a Mihail le vino la imagen de la estufa inservible bajo la mesa como el recordatorio más nítido de su propia evidencia: no tengo dinero, no tengo dinero y no tengo dinero; ni para la calefacción ni para comprar las camisas y los calzoncillos que le correspondía según su escalafón económico. Quizás incluso la miseria se le notase desde

fuera, pues había observado que sus amigos adinerados, como Aristide y Zissu, parecían evitarle. O a lo mejor eran imaginaciones suyas. En cualquier caso, la última ordenanza ahondaba en la herida: el gobierno había decidido que los judíos pagasen más impuestos en lugar del trabajo de utilidad pública; el que no pagase iría a trabajar; y el que no fuera o, estando enfermo, no pudiese, sería deportado.

Las únicas personas a las que frecuentaba voluntariamente eran Alice, Braniște, Eugen, Vișoianu y Belu Zilber. Pero sólo hablaban de la guerra, de una forma que le resultaba cada vez más inútil y desoladora: Braniște, confiando impotente en el derrumbe de los alemanes; Vișoianu, indignado por la falta de seriedad de los ingleses en Libia; Zilber, entusiasmado con la contraofensiva rusa. Y llegó un momento en el que Mihail asistía a sus conversaciones en silencio. Se sentía cercano y, a la vez, alejado de ellos. Le gustaba verlos pero luego aprovechaba la más mínima excusa para despedirse, atolondrado, con un arrepentimiento como si hubiese sido él quien hubiera hablado más de la cuenta. No podía sacudirse la conciencia del tiempo perdido, del asco y de su negligencia física; pero tampoco expresar nada. Cada vez que se planteaba escribir, surgía una nueva ley para la que tenía que hacer algún tipo de renuncia, cada cual más absurda, como la confiscación de los esquís. ¿De dónde sacarían tantas sandeces? Los buscó y los escondió en casa de Alice, preguntándose si algún día volvería a utilizarlos. Todo tan lento y sin final. Tan exasperante. Por mucho tiempo que lo llevase dentro, uno nunca se acostumbraba a vivir con el miedo, a los partes de guerra que sonaban ya a cotidiano: Japón ha entrado en guerra, la continuación de las operaciones y la forma de lucha en el Este depende de la llegada del invierno, en grandes extensiones del frente oriental sólo hay que señalar operaciones locales. Por su parte, las noticias que venían del Pacífico eran catastróficas. ALEMANIA E ITALIA DECLARAN LA GUERRA A ESTADOS UNIDOS. A los ataques japoneses no seguía ninguna réplica de los aliados. Rumanía también declaró la guerra a los americanos y ese mismo día evacuaron su legación: otra puerta que se cerraba. Y para consolarse, Mihail se decía que al menos el *Struma* por fin había podido zarpar y pronto llegaría a Estambul, cargado de hombres libres. La gente se bautizaba masivamente porque, por lo visto, en Bucovina los judíos cristianos no estaban siendo deportados. Alice le preguntó a qué estaba esperando. Mihail no supo explicarle que, si la herejía

se llevaba en la sangre, no existía remedio ni concordia que pudiera salvarle. Y entonces pudo pronunciar en voz alta lo que nunca llegó a decirle a Marthe Bibescu: que en otras circunstancias, en otro sitio, en plena paz y seguridad, le tendría sin cuidado ser o no judío, pero que allí y ahora no sólo no podía ser otra cosa, sino que tampoco quería serlo.

Querido señor Zissu:

Le pido disculpas por estas líneas. Créame, me resulta mucho más difícil escribirlas que a usted leerlas. Usted las puede romper y olvidar: yo no las olvidaré jamás. Necesito dinero. Dinero no tengo desde hace mucho tiempo, pero ahora todo se ha vuelto literalmente insoportable. Mañana tengo que pagar el alquiler. Además, la Navidad me coge sin nada. Pienso que tiene que haber alguien en esta ciudad tan grande que me haga un préstamo. «Préstamo» no es un eufemismo. Por ello entiendo una cantidad que algún día devolveré.

Una de dos: o salimos de la pesadilla de la guerra y, en ese caso, un hombre como yo, con su nombre, su brazo y su cabeza ganará fácilmente lo que se le niega hoy y pagará; o no saldremos nunca de esta guerra y entonces el dinero, prestado o no, se perderá al mismo tiempo que la vida.

Este sencillo razonamiento me hace hablar con cierta brusquedad. Le pido que me ayude a salir de este momento tan difícil. Si no tiene o no puede, quizá encuentre a alguien en su entorno que sí pueda. Y si no, rompa esta carta y olvídela.

O las únicas palabras de Mircea Eliade para felicitar las navidades a Rossetti, mientras las calles mostraban una normalidad artificial con la trapisonda de las fiestas, sus prisas y su simulacro de abundancia, con los escaparates iluminados medio vacíos y los paquetes de los regalos, bajo los árboles sin hojas como fuselajes de brazos negros:

Dos cosas han sido extraordinarias para mí en este año que termina: la sorprendente debilidad de la aviación soviética y la lectura de Camoens.

Esquivar al casero en el patio, esperando a que se apagara la luz de la puerta para entrar, muerto de frío, agazapado como un cachorro indefenso que

se resguarda de la velocidad de los faros de los coches. Que el editor de Hachette en Bucarest te proponga traducir libros para niños por un sueldo de principiante. Escuchar el discurso de Hitler por año nuevo, refiriéndose al enemigo bolchevique: *Su intento de torcer el destino en el invierno de 1941-42 para lanzarse de nuevo contra nosotros tiene que fallar y fallará*. Pensar en la insurrección legionaria de enero, los pogromos de Iași y los trenes a Transnistria, y escribir en tu diario: «Llevo conmigo, en mi alma, los 364 horrendos días de este aciago año que acabamos esta noche. Pero vivimos. Aún podemos esperar. Aún hay tiempo». Las horas transcurrían despacio; los años, deprisa; y la vida era un milagro que se repetía cada día. A Mihail le sorprendió que, después de tanto tiempo, le buscara Leni Caler. Froda había regresado tras pasar seis meses en un campo de internamiento, no especificaba si Ciuc o Târgu Jiu, y no se cansaba de sostener que cuanto había vivido hasta entonces era falso, que a partir de ahora iniciaría una nueva vida. Pero esa nueva vida parecía ser la misma de siempre. Nada más llegar a su casa, Mihail supo que querían proponerle algo relacionado con el teatro: el dramaturgo Nicușor Constantinescu estaba dispuesto a prestarle su nombre para firmar una obra y montarla; lo mantendrían en secreto y, después de la guerra, lo harían público.

Mihail no sabía si le asombraba más la generosidad del ofrecimiento o el desinterés que Constantinescu demostraba por su propia obra, pero aun así la propuesta le emocionó y, esta vez, la aceptó agradecido. Tenía que escribir una pieza distinta desde el principio, puesto que la que pensó ambientar en la revolución de 1848, con su reivindicación de la tradición democrática rumana desde Caragiale hasta Lovinescu, era inviable dadas las circunstancias. Además, debía ser una obra que no delatara a su autor, ya que de ninguna forma quería poner en un aprieto a Constantinescu. Lo más acertado era escribir una comedia ligera, sin mucho escrúpulo, pues de lo único de lo que se trataba era de ganar dinero. Dejó a Montaigne y se puso a leer teatro para volver a cogerle el pulso, con un nervio que hacía mucho que no tenía. Sin embargo, y esto lo sabía bien Mihail, pensar en una pieza que se quería escribir no era garantía de que se escribiera. Hacerlo por encargo tenía asimismo una suerte de imposición que lo paralizaba. Leyó obras de Savoir y Duvernois, pero nada. Incluso estudió la primera comedia de otro dramaturgo francés con la intención de copiarla, y tampoco. No fue hasta que entró una

tarde en el cine y de repente unió el título *Alejandro Magno* a dos personajes, cuando sintió el chispazo que relacionaba lo que acababa de ver con *Última hora*, su antigua idea sobre una comedia de enredos situada en un periódico.

No quería escribir una obra de poesía íntima, pensaba Mihail, sino algo con muchos personajes, acción e intriga. ¿Sería capaz de abstraerse? Aunque había logrado pagar la primera mensualidad del nuevo contrato de alquiler, le quedaban muchas deudas. Y el texto debía estar acabado en un mes. No podía prescindir del instituto y, cuando llegaba a casa, estaba tan embotado que le costaba entrar en la escritura. Pero había que escribir. Pedir un nuevo préstamo y escribir. Escribir pasara lo que pasara. Y bajo esa presión, al cabo de poco tiempo, Mihail empezó a dejarse llevar y así encontró el placer inesperado, desconocido hasta entonces para él, de sentarse ante la hoja en blanco.

Un día almorzó con Constantinescu e incluso hablaron de representarla en el Nacional. No obstante, Nicușor tampoco estaba del todo libre de sospecha; su mujer era judía; y Mihail le sugirió que quizás la Comedia sería un lugar más adecuado.

—Puede ser, puede ser... Aunque...

—Aunque qué.

—Aunque siempre es complicado que representen dos piezas de un mismo autor en una temporada.

—¿Tienes otra obra?

—¡No!... Estamos en ello... Froda y yo... Nada serio.

Eso desanimó a Mihail de tal manera que ya no creía tan bueno lo que llevaba escrito. Pero si quería que no se le adelantase Froda, tenía que terminar la suya rápidamente. Fingió una gripe y se ausentó del liceo durante tres días. Se encerró en su cuarto y se puso a escribir con una furia desesperada, chillando de malhumor cada vez que su madre u Octavia lo desconcentraban. Trabajó como si le fuera la vida en ello hasta que no tuvo más remedio que reincorporarse al instituto. A partir de ese momento sólo pudo escribir dos o tres horas por la tarde, exangüe, con la cabeza ocupada por las clases y las preocupaciones, con una angustia en el pecho que se le extendía por el brazo izquierdo. Se le acrecentó el insomnio. Las jaquecas se le convirtieron en algo permanente. El radiador estaba roto y no tenía dinero para otro ni sabía cómo repararlo.

Visitó a Leni con el propósito de averiguar cómo iba la obra de Nicușor y Froda, y supo que era una comedia, que estaba muy avanzada y que casi la tenían apalabrada con el Nacional.

—¡Entonces podrán programar la mía! —Abrazó a Leni.

Aquello, al menos, era una pequeña esperanza, se dijo Mihail durante un par de semanas, mientras los débitos seguían asaltándolo por todos lados. Quería devolverle cuanto antes el préstamo a Zissu. Y entre una cosa y otra, apenas tenía tiempo para su obra de teatro. Se le iban los días intentando apañar un arreglo, una prórroga, otro crédito. Andar por la calle era siempre encontrarse con lo mismo. «¡El nuevo comunicado contra los judíos!», gritaban los vendedores de periódicos. Se acercó a uno, cogió un ejemplar de *Universul* y, junto a los repliegues de Rommel en el norte de África, se enteró de que todos los judíos, «sin la menor excepción», estaban obligados a quitar nieve durante cinco días; de que cualquier irregularidad conllevaría la expulsión del país; y de que aquellos que no pudieran demostrar el cumplimiento del periodo de servicio, formarían los primeros batallones de trabajadores que partirían a Transnistria en primavera.

Nunca había visto tanta cantidad de nieve en Bucarest. Empezó a nevar como si cayese una espesa cortina de gavillas cortadas y, tan sólo en unas horas, el asfalto se cubrió de una capa lustrosa en la que reverberaban las luces. La calle Antim era un cegador río blanco. Los tranvías apenas podían acceder al centro. Y mientras intentaba abrirse paso, Mihail pensaba que ante la fuerza natural resultaba imposible cualquier propósito humano. Le vino la idea de un relato que se titularía precisamente *Nieve*: el protagonista sería un profesor de matemáticas que se levanta todos los días en un triste decorado conyugal y hace su camino al instituto, de manera mecánica; una mañana en cambio, tras una nevada semejante, nota una especie de resurgir en su interior; el fastuoso espectáculo de la ciudad lo empuja a comenzar una nueva vida; con esa idea entra en el liceo; sonrío al dar los buenos días; decide no abrir el libro de trigonometría y les pregunta a sus alumnos qué es lo que les hace felices; entonces la animalada que suelta uno sentado en la última fila lo devuelve a la realidad y regresa a casa deprimido, como siempre.

A pesar del tedio que le provocaba el instituto, de la indignación que le producía la precariedad también intelectual de sus compañeros y la indiferencia de sus alumnos ante el ridículo en que había caído la instrucción

del arte (¿cómo podía seguir enseñándose a Sófocles o Shakespeare de forma inmune al presente?, ¿no era considerarlos piezas de museo otro modo de analfabetismo?, ¿no era eso lo que estaba propiciando la catástrofe?), Mihail se vio obligado a aceptar un curso complementario de literatura extranjera por las tardes para devolverle el préstamo a Zissu. Como único golpe de suerte, la nevada hizo que todos los colegios y liceos cerraran durante una semana. Cuando el bedel le comunicó la noticia, estuvo a punto de darle un abrazo y echar a correr a su escritorio pero, al volverse, el conserje lo llamó y le informó de que todos los estudiantes de último curso y el profesorado más joven tenía la obligación de limpiar la nieve de las calles. Se escabulló porque no era una medida contra los judíos que tuviera que documentar, porque aún tenía pendiente el trabajo de cinco días al que lo obligaba la ley, y porque necesitaba terminar su obra de teatro.

Esa tarde, llegando a casa sin otra luz que la de las farolas azuleadas para no atraer a los bombarderos, Mihail oyó el maullido de un gato que venía de la portería. Al acercarse un poco más, entrevió un cesto depositado sobre la acera y dentro encontró a un bebé de dos o tres meses, destapado. No sabía cómo cogerlo, qué hacer para que dejara de llorar. Tanto Mircea como él habían rehuido siempre esas cosas; de hecho, antes de que le entrara su furor erótico, Mircea ni miraba a las mujeres. Aunque habían hablado en varias ocasiones de que la paternidad era la mejor forma de apagar el fuego sin llama, ambos se negaron a tener hijos: Mircea, porque prefería consagrarse a su obra; y él, porque estaba seguro de que les transmitiría su angustia, de que la preocupación abrumadora que le produciría velar por un ser frágil lo acabaría aplastando. Casarse, aceptar los niños que vinieran, mantenerlos en este mundo inseguro hasta guiarlos un poco, reconocían tanto Mircea como Mihail, era el logro más grande que podía alcanzar un hombre. Sin embargo, Mircea temía que algún día su hijo le reprochara todo lo que le había reprochado él a su padre, mientras Mihail —a diferencia de los judíos piadosos, que no miraban a su descendencia como rehenes que soportaran el funesto destino de su amor, sino con el regocijo de que a través de ellos el pan se siguiera bendiciendo— estaba convencido de que carecía del valor, la paciencia y la fortaleza de ánimo que requería ese paso; de que los sentenciaría a una sensibilidad común y a la posibilidad de morir antes de tiempo.

Fue una asociación instantánea porque súbitamente, con el bebé en brazos, lo que a Mihail le rodó por la cabeza fueron los interrogatorios de la policía, la investigación y las declaraciones en la prefectura. Miró a un lado y a otro. Dejó de nuevo a la criatura en el capazo. Lo abrigó con la mantita. Llamó fuerte con la aldaba y corrió hasta la esquina. Sólo cuando vio a la portera abrir y recoger la cesta con el niño, y tras esperar un rato para no encontrarse con el revuelo en el patio, abrió el portalón con sigilo y subió las escaleras como los días siguientes al vencimiento del alquiler, en los que le daba vergüenza cruzarse con el casero en el rellano.

No podía permitirse más complicaciones. Ninguna otra distracción. Suficiente tenía ya con su inhabilidad para escribir bajo plazo. La comedia de Froda y Nicușor estaba casi lista y Mihail sólo iba por el primer acto. Además, ante la negativa del Nacional, la apalabrarón con el Studio y la Comedia. ¿Cómo iba a pedirles él que renunciaran por consideración a su palabra? Debía buscarse otro signatario, puesto que ya que la había empezado, y aunque no pudiera postergar más los trabajos en la nieve, su deseo era terminar la suya cuanto antes. Aún no había arreglado el radiador y tenía que meterse en un cine si quería calentarse. Tanteó a Rossetti y a algunos conocidos del teatro para hacer lo mismo que le propuso Constantinescu con otro dramaturgo, pero todos se mostraron escépticos: nadie estaba dispuesto a jugarse el pellejo por un autor olvidado; por un nombre incómodo; por un judío que en aquel invierno en el que el frente ruso seguía detenido, no sabía si tiritaba de frío, de aborrecimiento o de pánico. Lo llamaron de comisaría. Al inscribirse como cabeza de familia, Mihail atendía personalmente a todas las notificaciones. Dos horas de terror. Revisando papeles. Temiendo que le preguntaran por la orden de la nieve. Atemorizado por que, una vez dentro, no lo dejaran salir, lo subieran a un camión y lo montaran en un tren con dirección a Ucrania.

Pero sólo se trataba de que los judíos no podían tener criada, le informaron de malos modos, y como la zozobra le impidió explicar que Octavia no cobraba salario ni tenía adónde ir, Mihail habló con sus padres y le rogaron a la muchacha que se marchara. A Mihail aún le duraba el miedo y la vergüenza que lo paralizaron en la prefectura cuando, a la mañana siguiente, Nicușor se presentó en Antim para insistirle en que terminase la obra, que ya

se las arreglaría para sacarla, mientras él se preguntaba si era posible que aún quedara un rastro de bondad. Fueron juntos a casa de Froda y Leni, y allí Mihail les leyó lo que llevaba escrito. Sin embargo, no logró arrancarles ni una sonrisa: un muro impenetrable, erguido en un sofá, de caras benevolentes y aburridas. No sabía si los gestos de decepción de Nicușor se debían a que su obra era mala o a que le producía incomodidad representarla como suya. Tampoco se lo preguntó. Pensó que lo mejor sería buscarse la firma de algún desconocido, sin antecedentes judíos ni teatrales. Pero luego se acordó del joven que se lo había propuesto ya y de cómo, tras escuchar sus condiciones, salió de su coche con la ignominia temblándole en el cuello.

Aunque quizás, simplemente, lo que ocurría era que su obra era pésima, se decía Mihail, y él había perdido la inventiva para escribir por exceso de realidad. Iba pensando todo eso, mientras salía del inmueble donde vivían Leni y Froda, y se dirigía a casa de Rossetti. Su antiguo editor le mostró un ejemplar del *Times*, que informaba de que submarinos alemanes habían atravesado el Canal de la Mancha bajo las narices de los ingleses; y otro de *Universul*, que publicaba una disposición por la que se excluía a los titulados universitarios de trabajar en la nieve.

—Para esto me han servido las clases de Nae —sonrió Mihail.

Por el *Times* se enteró también del suicidio de Stefan Zweig, y si bien la primera reacción fue decirle a Rossetti que aquel hombre privilegiado no tenía derecho a hacer eso, por la noche pensó que tal vez debería imitarlo. Rossetti le aseguró que no podía ayudarlo. Y Mihail, que ni leía ni escribía ni hacía nada útil y sin embargo guardaba la misma sensación de estar desbordado que cuando trabajaba en el bufete y en las Fundaciones Reales, seguía aceptándolo todo por inercia, aguantando de mala gana, sintiéndose obligado a ir a comer a La Gaviota con Zissu, sin poderle decir lo mucho que le repelía deberle dinero. Se veía desguarnecido a base de disimulos, cada vez con la cabeza más gacha. Su vida estaba igual de detenida que el frente oriental, pensaba, cuando Zissu comentó que un submarino ruso había torpedeado al *Struma* y que había más de setecientas víctimas.

Después de aquella embarazosa comida, Mihail fue a ver de nuevo a Nicușor, y éste le ofreció un adelanto de cincuenta mil lei si aceptaba introducir sus sugerencias y terminar la obra juntos. Mihail se quedó mirándolo. En silencio. Durante un buen rato. Luego le gritó que a él sí le

quedaba conciencia artística y se marchó dando un portazo.

Beno volvió del campo de trabajo, enfermo; y nada más quitarse su ropa apestosa, se tuvo que ir a limpiar nieve al carecer de estudios universitarios. Pero al menos estaba en casa. Benó había sido un muchacho pausado, risueño. Seguía teniendo un semblante que distaba de ser rectilíneo. A su aire rechoncho le era ajena la severidad, siempre tan amigable, con una mirada limpia ribeteada de inseguridades. Quizás por ser el pequeño, había sido demasiado dependiente de su madre. Pero con el tiempo se había convertido en alguien al que confesar cualquier preocupación y, ahora, volvían a dormir juntos en una litera, Mihail arriba y Benó abajo, como cuando eran niños y se llevaban en Brăila charlando hasta las tantas. Un domingo que Benó libraba fueron al Barașeum, el único teatro en el que podían actuar judíos e interpretarse obras en yiddish. Sólo programaban sainetes populares cuya vulgaridad hacía reír a un público a rebosar, que compraba las entradas con diez días de adelanto, y que a Mihail dejó desolado. A la salida, el gerente lo reconoció y le propuso que escribiera una pieza para ellos. No pagaban mal. Y sin embargo también se negó a hacerlo.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Benó.

—Porque aún me queda dignidad.

—¡Te han ofrecido treinta mil! —tosió—. ¿Acaso piensas comer con tu dignidad?

Lo que Mihail había pensado era pedirle disculpas a Constantinescu y proponerle un trato: él escribiría la obra a su manera y, cuando la terminase, dejaría que Nicușor la cambiara y la representase a su antojo si mantenía el anticipo de cincuenta mil lei. Ya habría tiempo de arreglarlo después de la guerra, en caso de que terminase. Los rusos habían intensificado sus ataques en Donetz pensando en la llegada de la primavera. Y las medidas antisemitas seguían sufriendo continuos cambios. La dispensa para los universitarios sólo era posible pagando mil lei por diez, que eran los días a los que habían aumentado el trabajo de la nieve que en principio debía ser sólo de cinco. ¿No se daban cuenta de que, en dos o tres semanas, empezaría a derretirse? Aunque aún hacía frío y estaba nublado, la atmósfera era menos brumosa, más suave, y en ella comenzaba a revolotear el aroma dulce del polen. Con el buen tiempo, ya se sabía, retornaría la vieja sensación de volver a la vida, el renacer de las

flores: el miedo sordo a que los alemanes salieran de su hibernación y siguieran arrasando con todo.

El uso del futuro en los partes germánicos, el cambio del movimiento por el «frente de posiciones», la palabra «atolladero» y la sustitución de «guerra relámpago» por «ofensiva de tortuga», parecía indicar no obstante que estaba pasando algo. Los rusos guardaban silencio. Sin embargo, los días de trabajo en la nieve dejaban a Mihail tan cansado, que no era capaz de interpretar nada lúcidamente. Nunca había imaginado lo desastrosa que era de verdad su salud hasta que cogió una pala y la levantó quinientas veces, cargada hasta los bordes. Beno y él salían a las cinco de la mañana y llegaban a casa a las ocho de la noche. La tarea en sí era una chapuza: amontonar la nieve a izquierda y derecha para despejar el apeadero de Grivița. Pero lo realmente agotador era estar todo el día de pie, el camino y las formalidades: pasar lista, las comprobaciones y el visto bueno. De regreso, los tranvías solían ir atestados y a veces no podían subir a ninguno. A Mihail la calle Antim jamás le había parecido tan lejos.

Al principio apenas podía moverse debido a las agujetas y, como con Beno sólo coincidió una semana, el resto Mihail se desplazó, cambió la nieve de sitio cubriendo los espacios que ya estaban limpios, y volvió a casa solo. El aire cortante se le colaba por los orificios nasales, le amorataba los labios y pinchaba los ojos llorosos. Debajo de la ropa se abrigaba con papel de periódico para que no lo doblara el acorchamiento que le producía el frío. Pero a todo se acostumbraba uno, se decía Mihail, hasta a convertirse en un esclavo. Al cabo de unos días, lo insoportable se le convirtió en una especie de deporte, en un modo de evadirse de sus pensamientos y centrarse sólo en su labor de obrero: apelotonar la nieve como si fueran niños haciendo castillos de arena; trazarse como objetivo superar la marca del día antes; convertirse en un empleado del tren, en un barrendero, en un limpiador de vías férreas.

A menudo se quedaba mirando el reloj del vestíbulo, detenido en las 3:12, y se acordaba de la estación de Brăila, que para Mihail era como el mar: una puerta que conducía a lo desconocido y que acrecentaba el deseo de escapar por ella. Cuando llegaba el tren de Constanza le asaltaba el recuerdo de que él también había sido un viajero o había podido en cualquier momento serlo. Hacía tres o cuatro años. Desde la ventanilla del compartimento, contemplaba con indiferencia cómo dejaban atrás, a lo largo de la línea, a varones sin

nombre, con los rostros oscuros de hollín, trabajando a la intemperie.

Una tarde, de vuelta en el tranvía, leyó en el periódico la última ocurrencia del gobierno, el impuesto de reintegración, que cargaba sobre los judíos el cuádruple de lo que pagaba el resto de contribuyentes. Cada ley, pensó Mihail, más estúpida. ¿Qué más se podía inventar contra ellos? Por las noches no se quitaba el frío ni cuando se metía en la cama. Desmadejado, aterido, con una humillación indefectible, notaba cómo le abandonaba cualquier clase de lenitivo, cómo se le troquelaba el alma con las tiritonas y se hundía en el remolino pastoso de la calamidad. Dejaba su certificado de los Ferrocarriles Rumanos bajo el *abat-jour* de la mesilla de dormir, con los diez cuños azules y el rojo que demostraba las jornadas cumplidas en la estación de Grivița. Y el día que completó los círculos del 4 al 13 de marzo de 1942, antes de cerrar los ojos, miró la tarjeta casi con orgullo.

Como en un acto de justicia por lo que le dijo a Beno, todo el mundo le repetía que los diez días de trabajo le habían sentado bien, que estaba más delgado y moreno, como si hubiese pasado una semana en Predeal o en la playa, adonde tampoco podrían ir los judíos a bañarse en verano. Vișoianu le contó además cosas sobre la actividad de Mircea en Lisboa: artículos entusiastas apoyando a Salazar y a Franco. El casero les aumentó aún más el alquiler y se negó a firmarles la renovación del contrato. Voces en su cabeza, conversaciones imaginarias, lo que le hubiera gustado decir y no dijo o dijo de otra manera. Cuando era menester ser violento y tenaz, él sólo sabía ser amargo e irónico, pensaba Mihail: con tal de no tener conflictos, aceptaba que lo saqueasen si lo dejaban tranquilo. Los rusos estaban contraatacando, pero Hitler había prometido que los aplastarían «en los meses venideros», le informó Camil, optimista. En cualquier caso, su carencia de pragmatismo le pesaba a Mihail como un bloque de granito. «La victoria será nuestra.» Y cómo resarcirse del tiempo de horror, del miedo denso o la contumacia degradante. La rabia y la soledad desalojaban cualquier atisbo de ternura. O la pudibundez de que te descubriesen podrido. Después de los días de trabajo en la nieve y el abuso del casero, Mihail se sentó en la mesa y trató de retomar su obra de teatro. Pero ya estaba lejos. No sabía por dónde seguir. Intentaba cambiar lo que llevaba escrito y lo único que hacía era empeorarlo. Así, lo que tendría que haber sido un encargo rápido, prácticamente un juego, se le

convirtió una vez más en un suplicio. Una tarde, en lugar de persistir, se levantó de la silla y se fue a jugar al póquer. Ganó mil quinientos lei y, en lugar de guardarlos o entregárselos a su madre, se compró un cuarteto de Mozart y el tercer concierto de Brandemburgo, aunque le hubieran requisado también el gramófono. Un intento de fundirse con la primera mañana de primavera. O la ilusión de que la vida no siguiera pasando sin tocarle.

—No me lo puedo creer. ¿Y qué vas a hacer con esos discos? ¿Lamerlos?

—Algún día terminará esta guerra.

—Pero nosotros no lo veremos porque nos habremos muerto de hambre.

—¿Quieres dejarme en paz?

—Estoy harto de desayunar polenta, de comer y cenar alubias, de ver a mamá sacar de donde no hay mientras tú te compras un disco de Mozart.

—Será mejor que te calles.

—¿Que me calle? Tú siempre has mirado por ti. Nunca piensas que necesitamos los otros.

—Beno, por favor.

—Que si hacemos ruido y el señorito no puede leer, que si el olor de la cocina le impide dormir, que si él nunca se rebajará a escribir un sainete que alegre un poco a la gente... Que si necesita no sé cuánto para irse a París o independizarse en su pisito...

—No tienes ni idea.

—Claro... Y tú sí... Porque tú siempre has sido más inteligente, ¿verdad? Mirando a los que sólo decimos tonterías por encima del hombro...

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Tú, que nunca has sabido qué estudiar ni encontrar un trabajo? ¿Tú, que lo único que has hecho en la vida ha sido sonreír como un bobo y agarrarte a los faldones de mamá?

—Te recuerdo que yo he estado en un campo de trabajo y tú no.

—Porque yo fui a la universidad y a ti no te dio la gana por mucho que te lo ofreciera papá.

—Y eso me convierte en un ciudadano de segunda dentro de la última categoría de subciudadanos, ¿no?

—Será mejor que lo dejemos, Beno. Déjalo ya.

—Dime una cosa, Mihail: ¿acaso tú sabes lo que es tener miedo? No me refiero al miedo que sentimos ahora cuando recibimos una citación, nos cruzamos con una redada o nos llegan noticias de Polonia o Transnistria. Sino miedo de levantarte de la cama cuando todo marchaba bien. Miedo a quedarte solo. A no saber qué hacer. A que un pánico irracional te acelere el pulso y te nuble la vista y no seas capaz de contárselo a nadie por temor a que te consideren un ser frágil o, peor aún, un tarado, un hombre digno de compasión porque no sabe valerse por sí mismo. Miedo a que después de uno de esos momentos de debilidad, una tristeza infinita se te meta en el corazón y sólo quieras ovillarte en la cama. A ese dolor. ¿Sabes de lo que te hablo?

Si lograba escribir dos días seguidos, reconfortado por el buen tiempo, Mihail pensaba en todos los proyectos que le gustaría emprender, que estaba seguro de que realizaría si llevase una vida ordenada, con un horario pautado, en condiciones de tranquilidad. En esos momentos, percibía que había lugar para todo, que la vida era un haz infinito y que algún día volvería a ser una fuente de oxígeno de la que aspirar a bocanadas amplias. A veces quedaba con Leni, aunque de manera distinta, en honor a una vieja amistad. De ser una de las principales actrices de Bucarest, había pasado a tocar el acordeón en locales de mala muerte. Una tarde iban los dos en el tranvía y la mujer de un comandante la reconoció, pero no se atrevió a acercarse. Sólo antes de bajar, en la parada del mercado, la señora se volvió y le estrechó la mano diciéndolo todo con la cara. Su marido parecía igualmente complacido. Y cuando se marcharon, halagada en su vanidad, Leni le contó sus aventuras amorosas de cuatro o cinco años atrás, todo por lo que él se había desvivido. Sin embargo, a Mihail ya le traía sin cuidado. Miraba a Leni y se decía: sigue siendo una chica deliciosa y, aunque tenga la cara un poco deslucida, su cuerpo conserva una firmeza y una sensualidad que podría hacer feliz a quien la aceptase como un don del azar, sin exigencias ni celos.

Pero uno no podía cambiar el pasado. Corrigiendo las lecturas de sus alumnos, Mihail encontró un resumen de *La ciudad de las acacias*, una novela que le parecía una equivocación, algo que jamás debería haber sido publicado. El comentario era no obstante tan perspicaz que cogió su volumen de la estantería y empezó a leerlo con desconfianza. Para su sorpresa, más allá

de las ingenuidades que lo siguieron abochornando, se encontró con una poesía y una delicadeza que lo emocionaron. Se sentó en el sillón y no lo soltó hasta terminarlo. Cuando lo cerró, pensó que aquel libro conservaba su juventud o que quizás él era tan viejo que su frescura adquiriría una relevancia desmedida.

En la boda de la hija de Vișoianu ya no era un invitado de los novios, sino de los padres. Miraba las caras de los asistentes y, bajo el tenue efecto del alcohol, recreó en un minuto la historia de cada uno de ellos, superpuestas unas a otras, imbricadas con la de la ciudad y el paso del tiempo. Luego, en el autobús de la línea 40, la vio desplegar. Pero en cuanto llegó a casa con prisas por tomar notas de todo, su madre le comunicó que les habían cortado la luz, y la novela se le difuminó en un abrir y cerrar de ojos.

—No sé por qué me lo cuentas ahora.

—El mundo no gira a tu alrededor.

—Te quise mucho, Leni. Me hiciste daño.

—Tú siempre te bastaste para sufrir.

—Eres cruel.

—¿Y en la sonrisa con la que me lo dices no hay cinismo?

—Me alegro de que nos sigamos viendo y de haber estado contigo. ¿De qué vale vivir si no se ha amado verdaderamente?

—No me hagas reír... ¿Cómo decía Corina en *Juego de vacaciones*?... «Que tú eras frío, Stefan, que eras distante...»

—He comprendido que, cuando te acostabas con otro, ni me engañabas a mí ni lo engañabas a él. En eso residía tu encanto.

—¿Me tomas por una furcia?

—Ni por asomo; tú misma decías que te gustaba hacer el amor.

—Siempre concebiste a las mujeres como un trofeo o una víctima.

—A ti te amé.

—A mí precisamente no. Cuando me decías que me amabas, yo percibía en tu mirada que en el momento en que se me ensancharan las caderas, se me cayesen las tetas y mi carne oliera a trigo, ya no querrías saber nada de mi cuerpo.

—Eso no es así.

—Claro que lo es.

—Estabas conmigo en la cama y, a la vez, era como si no estuvieras; buscando siempre otra cosa, a saber qué. Tú no te dabas cuenta, pero del mismo modo que decías que yo te transmitía una indiferencia que te sentaba bien, a mí tú me contagiabas tu nerviosismo, tu ansia por querer algo distinto, por no saber disfrutar del instante y trasladarme tu exigencia. ¿Qué necesidad había de ser tan crítico, de examinarlo todo y compararlo con lo que no se tiene o tal vez nunca se tendrá porque a lo mejor ni existe? Deberías haber podido verte la cara cada vez que yo decía que algo era «para troncharse». No sé... Cualquier frivolidad de esas que ayudan a vivir... O cuando te hablaba del mundillo del teatro y de mis éxitos...

—Desde luego, sabías desenvolverte.

—¿Qué quieres decir?

—Se te veía en todas partes, en los descansos de los estrenos, en el fútbol, las carreras... Tus vestidos llamaban la atención. Andabas en boca de todo el mundo y te gustaba. Hasta en tus gestos había algo de la vedette que siempre quisiste ser.

—¿Y por eso me mirabas con hostilidad cuando interpretaba tus palabras sobre el escenario? Querías cambiarme, Mihail. Moldearme a tus fantasías. Y yo vivo en el mundo real. Con mis virtudes y defectos. No puedo pensar y sentir de una forma, y actuar de otra. Aunque lo intentara, no podría cambiar. Ni por ti, ni por nadie.

La humillación, el insomnio, el cansancio, la amargura, el asco, la indignación, el sentimiento de culpa, la mala salud, las conversaciones imaginarias con las personas que más le habían importado, nada, se decía Mihail, debía ser un impedimento ni para escribir, ni para seguir viviendo. Su propia inclinación al sarcasmo le irritaba más que los logros injustos de los otros porque le entristecía no estar a la altura, caer en mezquindades, no conservar la disciplina de la observación y la perspectiva. Incluso llegó un momento en que ya casi no anotaba nada en su diario, porque todo lo que se le ocurría era confuso, vago. ¿Dónde había quedado su propensión a bromear y reírse de sí mismo? La única tarea por la que escapaba de su estado disperso, como si hiciera un crucigrama, era traducir algún soneto de Shakespeare, contar sílabas, buscar rimas, hasta cuando iba por la calle.

Al haber cumplido rigurosamente con el trabajo de la nieve, deseaba que cayera otra gran nevada que lo tapase todo, empezando por él, bajo un mar blanco que propiciase el olvido. Pero de los diez días que acreditó, no le habían reconocido cinco y lo obligaban a pagar cinco mil lei de sanción. Cuando se lo dijo a Rossetti, creyó que se trataba de una estafa.

—Tú lo has definido muy bien—le respondió Mihail—. O una parodia.

Entonces Rossetti le contó que Nina estaba de nuevo en Bucarest. Mihail hizo un esfuerzo para no mostrarse sorprendido ni decepcionado. Incluso balbuceó que sabía algo.

—Me la encontré y me comentó que cabe la posibilidad de que trasladen a Mircea a Roma —añadió Rossetti—. Aunque no es definitivo.

Pero lo que sí era definitivo era lo que ganaba Eliade en la embajada rumana de Lisboa: 400.000 lei mensuales, haciendo propaganda u organizando eventos culturales. Por mucho que exagerase Rossetti, con lo que Mircea cobraba en un mes él podría vivir un año, pensó Mihail, o al menos pagar sus deudas y las multas que le imponía el régimen de Antonescu.

Dudaba si lo que sentía al oír a Rossetti era autocompasión, envidia o cólera. Mientras Mircea llevaba una vida de comodidad y lujo en el «orden nuevo» que siempre anheló, él tenía una rutina de prisionero. Y, sin embargo, lo echaba en falta. Añoraba su camaradería, el impulso que contagiaban su agudeza y vitalidad. A menudo se acordaba de las horas que habían pasado juntos, de su forma de ser inesperada. Mircea se reía de las crisis de Mihail y eso lo ayudaba tanto como cuando le leía un manuscrito y se lo criticaba sin tacto. Su optimismo y su dureza le hacían reaccionar de modo variado. Y aunque lo hiriese cada vez que ceñía los labios en un gesto de contradicción, aunque su imperturbabilidad le hiciera creer que luchaba contra una rigidez que lo golpeaba y lo tensaba por dentro o le caía encima como un jarrón de agua fría, Mihail tampoco olvidaba lo mucho que deseaba que Mircea tuviese una buena opinión de él: el mecanismo desigual que hacía que, por muy endeble que pudiera ser un libro de su amigo, a Mihail siempre le pareciera mejor que los suyos. ¿Tenía acaso Mircea culpa de esa percepción?, ¿de que incluso en su sonrisa aprobadora él hallase un repunte de burla o condescendencia?, ¿de que en sus ojos descubriera una inteligencia apasionada y gélida que le resultaba más inquietante porque no llegaba a comprenderla? Mircea nunca había dejado de ser un misterio, pensaba Mihail,

que sólo tenía claro que había invertido más energía en tratar de conocerlo que la que Mircea le había dedicado a él.

¿Se habría basado su amistad en un enorme malentendido? Mihail estaba seguro de que, a su manera, Mircea también le había tenido aprecio. Y aunque fuera consciente del falso cariño de quienes había considerado sus amigos, lo que más le costaba asumir era que Mircea, por propia voluntad, olvido o indiferencia, ya no volvería a formar parte de su vida. ¿Qué podrían decirse cuando todo acabara si se viesen de nuevo? ¿Serían capaces de hablar sin pedirse explicaciones? ¿Sabrían separar la mentira de lo que se es de lo que se proyecta? Necesitarían pasar un rato juntos con silencios y sin prisas, pensaba Mihail, para volver a las palabras y las sonrisas comprensivas. Pero a los años de esplendor de Eliade, él sólo podría oponer vejaciones. Y mientras que el éxito, aun cuando fuese fruto de la infamia, continuaría siendo siempre un triunfo, el fracaso no se justificaba con nada. Sin embargo, lo que más le dolía no era la evidencia de la ruptura y la pérdida, sino que Nina no lo hubiese llamado, que se hubiera tenido que enterar por Rossetti de que estaba en Bucarest, que cualquiera supiese más que él de quienes habían sido sus mejores amigos.

—Estoy harta de tus recriminaciones. De tus lamentos. ¿No te has parado a pensar en que, si no fue a verte, sería por algo? Traía un mensaje para Mihai Antonescu. Lo vigilaba la Gestapo. Pensó que si te llamaba, te comprometería. ¿De verdad crees que, en otras circunstancias, no lo habría hecho?

—En otras circunstancias.

—Nosotros no tenemos la culpa de lo que te ocurre. Al contrario, lo sentimos mucho. Había gente que ya no venía a casa porque no quería coincidir contigo y te defendimos. Pero tú nos condenaste.

—Mircea ha justificado y deseado todo lo que podría acabar con mi vida.

—Con tu vida no, con su concepción del mundo. Y si no sabes separar una cosa de la otra, es que eres un egocéntrico. Mircea bajó del Himalaya porque creía en el hombre, la creación y la ayuda al prójimo. Cuando los rusos entren en Bucarest y lo conviertan en un sovieta, entenderás de qué te hablo.

—Egocéntrico yo. Mircea, no.

—Para él, un poema, un amor o una tarde con los amigos era más importante que toda su erudición.

—Nina...

—En el momento en que alguien se sentía cohibido o abrumado por su personalidad, Mircea hacía un esfuerzo para que nadie sufriera por su culpa.

—¿Estás hablando en serio?

—Me desespera tu victimismo. El mismo desde que te conocí. Tu pena.

—Mi pena.

—Nunca supiste reaccionar. Te quedaste cuando pudiste marcharte. Jamás dijiste lo que pensabas aunque quienes te conocíamos te lo leyéramos en la cara. Un disidente...

—Vosotros no habéis sentido lo que es estar amenazado.

—¿Ah, no? ¿Te has olvidado ya de Ciuc y de lo que tuvimos que pasar en el aeropuerto de Londres?

—Preferiría no indagar en las jerarquías del martirologio.

—Nae murió a causa de su internamiento, si no envenenado, como opina Mircea, y tú nunca has sido un proscrito; un *outsider*, como dicen los ingleses; un disidente, que es lo que te gustaba pensar. Lo que tú creías que era tu espíritu heterodoxo sólo era la impotencia de tu inadaptación, tu inseguridad y tu falta de acero. De tu temperamento frágil. De aquella pasividad con la que me recibías cuando yo regresaba de la Telefónica, todo el tiempo entregado a la mitomanía de exagerar las adversidades. Tú no servías para la polémica. Carecías del caparazón necesario para que no te afectaran las críticas, de flexibilidad y de anchura de espaldas. Y eso nos frenaba a la hora de decirte la verdad. Porque fueron las desavenencias las que te dejaron prematuramente nervioso, acobardado, exhausto. En cambio, mientras exista la lengua rumana, se seguirá leyendo la obra de Mircea.

—Y por eso te fuiste con él.

—Te obsesionas, Mihail. Nunca has entendido nada. Sólo buscas que te tengan lástima. A Mircea le corría la sangre por las venas. Mircea apostó por mí. Decidió que tuviéramos una vida común. Nos enamoramos.

—¿De verdad lo crees así?

—¿Lo dices por lo de Sorana? Porque sería una ruindad impropia del Mihail que yo conozco. Desde entonces sólo he recibido de tu parte reproches y nunca me importó. Yo siempre te he querido como eres, pero tú pretendías que nosotros no fuéramos como somos. Querías que fuéramos como tú. Y si

hubiésemos sido como tú, estaríamos muertos o hundidos en la miseria.

—Una apreciación muy atinada.

—Yo soy una persona que ha aprendido mucho sabiendo muy poco, de ahí mi insistencia en que Giza estudie.

—Ojalá poseyera yo tu serenidad y sabiduría.

—Es curioso, no recordaba tu sarcasmo. Pase lo que pase, nunca me apartaré de Mircea. No lo hice cuando me pidió que no tuviéramos hijos ni lo voy a hacer ahora. Por mucho que aquella decisión haya prorrogado sus consecuencias.

—Qué quieres decir.

—La semana que viene me opero. Del útero. Por eso he venido sólo con Giza. Como confío en ti, y me consta que sabes lo que pasó, te lo digo sin ambages. Tú no se lo dirás a nadie. Lo último que querría es que se enterase Mircea. Porque nada, absolutamente nada, debe interferir en su trabajo.

Los rumores sobre nuevas medidas no cesaban: prohibición de circular después de las ocho, restricciones del racionamiento, distintivo amarillo, horario reducido de compras, entrega de bicicletas, no subir al tranvía ni a coches particulares ni entrar en casas cristianas, gueto en el sector de Negru, deportación general a Transnistria. Los bombardeos le asustaban menos y no le provocaban tanta incertidumbre, recuerda Mihail, pues ya no se atrevía a hacer nada por miedo a que estuviera prohibido. La vida nunca le había parecido tan irreal. Incluso oyó que a un enano que había sido payaso de circo le negaron ejercer su oficio porque un judío no podía ser enano. ¿Qué sería de Poldy? La gente continuaba leyendo libros, tenía fuerzas para reír, iba al teatro. Y a veces Mihail pensaba que su desgracia no tenía que ver con la guerra. La guerra estaba en otra parte, mientras lo que resultaba más amenazador se encontraba a la vuelta de la esquina. Le sorprendía que, dos años después de la caída de Francia, siguiera vivo. Cuando llegó el verano, y terminaron las clases del instituto, tuvo más tiempo para escribir y, sin embargo, pasaba las mañanas sin hacerlo: por agotamiento, por el escozor de los ojos, por lo que fuera. Uno de esos días de principios de julio Alice le trajo una nota:

En épocas como ésta, nada puede contar más entre las personas que

el afecto y el aprecio recíprocos o, en una palabra, la amistad. Sólo quería que supieras que la tuya ha sido un consuelo para mí durante todo este tiempo. Me voy, Mihail. Ojalá pronto tú también puedas.

EUGÈNE IONESCO

Estar con los nervios destrozados, cada vez más cerca del límite. ¿Acaso no era mejor morir que vivir en la pobreza abyecta y el terror continuo? Que de pronto te entren unas ganas irrefrenables de gritar con rabia, en medio del estruendo, o que no puedas contener el nudo en la garganta cada vez que recuerdes la nota de Eugen y pienses en lo mucho que se merecía que tuviese suerte en París, adonde Mihail supo de inmediato que se fue a tenor del guiño afrancesado de su nombre. Que se te ocurra una idea en mitad del desvelo y levantarte de un salto para anotarla y comprobar, a la mañana siguiente, que era vacua, ingenua, sin misterio: que te faltaba no sólo la paciencia para el trabajo de meses de desarrollo, sino espontaneidad, soltura, recursos; un poco de libertad; aunque sólo fuera un poco. O quedar con Rossetti en Capşa y, mientras llega, fijarte en el poeta Ion Barbu sentado junto a Paul Morand — que por entonces era el embajador de Vichy en Bucarest— y un acólito echando pestes del parón de las tropas de Rommel; y comoquiera que su discípulo tratara de levantarle el ánimo recordándole otras victorias alemanas, Barbu que se pone a palmeo, a chillar, trocado su abatimiento en entusiasmo; y entonces empezaste a reír, mirándolos con descaro, sin que ellos se dieran cuenta, moviendo los hombros compulsivamente, hasta que llegó un camarero y te invitó a abandonar el local, como si fueras un borracho, y te viste de repente en la calle con una sonrisa congelada, mirando al infinito.

O terminar, pese a todo, la comedia que se iba a titular *Alejandro Magno* pero que acabó llamándose *Última hora* y que, en realidad, ni siquiera era una comedia en el sentido en el que la ideaste en un principio —una obra ligera, escrita rápidamente para ganar dinero—, sino algo de lo que nunca estuviste satisfecho, a medio camino de todo y sin llegar a nada, ni lo bastante buena para aparecer en un catálogo de autor ni lo suficientemente vulgar para que tuviera éxito. Pero al menos la acabaste, y podías ponerte con la obra que le prometiste a Leni, y que desde el principio supiste que se titularía *La isla*, o con ese proyecto de novela contemporánea que no te atreviste a empezar nunca. En la imprecisión de las noticias alemanas del frente y los avisos de posicionamientos aéreos, las *werhmachtberichte* y los *luftlagemeldung*, un

nombre sobresalía por encima de las demás palabras, STALINGRADO, adonde parecían converger todas las direcciones del mapa que mirabas cada noche con una avidez que te corroía las entrañas. Fue terminar *Última hora*, volver a Montaigne, y te encontraste con que casi cada página era subversiva, censurable si hubiese sido escrita en el Bucarest de 1942. Te había gustado descubrir, en una nota a pie de página del estudio que te prestó Durmiși, que Shakespeare leyó a Montaigne, ibas pensando mientras caminabas, lejos de casa, sobre las diez de la noche, recordando «De l'inutil et de l'honneste», como en un raptó cegado, sin sentir exaltación ni tristeza, sino una abrumadora falta de aire en el pecho, una carga en los hombros y un hueco en el estómago, las piernas débiles, andando por ahí sin rumbo, cuando de repente sonó la alarma antiaérea y una parte de tu conciencia se detuvo tranquilamente a preguntarse: por qué, por dónde; los rusos estaban en el Don, los ingleses en Egipto; quién se habría tomado la molestia de volar hasta ese sitio. En las proximidades de la plaza Nación no había refugios, así que te tiraste al suelo, junto a toda la gente que pasaba en ese momento por la calle, que bajaba de los tranvías y los autobuses. El asfalto se estremeció y aún puedes ver las nubes de humo y polvo elevándose a gran altura. De los cráteres se oían gritos. Con el mentón sobre la tierra, veías los proyectiles, los reflectores, los cañonazos semejantes a fuegos artificiales, bajo una luna tornasolada de manchas grisáceas. Una hora boca abajo, sin pensar ni sentir nada, el tiempo derramado como una mancha. Hasta que se hizo el silencio. Entonces una mujer salió de un agujero estirándose el vestido y limpiándole la cara a su hijo, sonriente. Un hombre se despegaba el barro de su chaqueta. Personas por todos lados que volvían a sus tareas. Y tú te sacudiste, regresaste a Antim y te pusiste a leer «De l'expérience», recuérdalo: de vez en cuando levantabas la vista del libro y volvías a ver los perros que contemplaban el bombardeo enmudecidos.

Qué importancia tendría un insomnio más o menos, padecer eccemas, arrastrar aquel resfriado que parece que aún te dura. Le escribiste una carta a Antoine Bibescu, pidiéndole que te invitara a Corcova, pero el príncipe no captó la ironía y te respondió: *VOUS ÊTES ATTENDU AVEC JOIE ET IMPATIENCE*. Leerías el telegrama con los oídos entorpecidos, el pensamiento en letargo y la sonrisa propia de los ciegos cuando escuchan los murmullos. Y del mismo modo que en las alucinaciones de la fiebre se reflejan

deformadas las experiencias vividas por el paciente antes de caer enfermo, así te vino de pronto el rostro de Cioran, y Beno te sorprendió gritándole que los libros no debían ser muros que separasen de la vida, que su nihilismo tenía menos de inmoralidad que de repugnancia por los hombres; o veías sobre un tendido de cables de telégrafo, mientras ibas de un lado a otro, los grajos y las abubillas abigarradas de los pinares de Balcic, y entonces te detenías a observar aquellos pájaros urbanos como si estuvieras de visita, mirándolo todo como si nada fuera contigo, enterándote por casualidad de que Haig había muerto en el frente oriental —adonde mandaban a los legionarios a luchar en primera línea— o de que Mircea estaba en Bucarest: sintiendo una indiferencia que convertía su comportamiento, en vez de en algo enojoso para ti, en una consecuencia lógica. Fue Floria Capsali quien te contó que se reunieron «todos», en casa de Mircea, y que no dejaron de «evocarte». «¿Por qué?», fue tu respuesta, «¿acaso hacíais espiritismo?». Y cuando Vulcănescu, recién nombrado subsecretario del Ministerio de Finanzas, te refirió la misma cita de grupo, le preguntaste cómo estaba Mircea y te contestó: «Muy bien, lo vi estupendo, con una gran paz interna». O el tilo en los días de verano, aún más largos, que te acrecentaban la sensación de llevar una vida de larva entre los boletines informativos: LAS AUTORIDADES HAN CONSTATADO QUE LA MAYOR PARTE DE LAS TRANSGRESIONES LEGALES Y DE LOS ACTOS DE SABOTAJE SON COMETIDOS POR JUDÍOS. En el patio de la casa aún estaba el viejo tilo. Y aquel artículo en el *Bukarester Tageblatt*: ES DE DESEAR QUE EN OTOÑO RUMANÍA SE VUELVA POR FIN *JUDENFREI*. Una mañana subiste la persiana y te lo encontraste en flor. El mismo artículo hablaba de las deportaciones masivas de Francia a Polonia. Poldy. Y al abrir la ventana comprobaste que además lo delataba su aroma. Lleno de presentimientos. Pero hasta entonces ni te habías dado cuenta de que el tilo seguía allí, asfixiado por el temor, con los sentidos muertos, como si estuvieras dentro de una pesadilla de la que nunca podrías despertarte. Cerrabas los ojos con fuerza, para invocar el sueño, y se te aparecía delante el primo Cosmin, demacrado, cubierto de harapos, mirándote con tristeza, como diciendo: «Oh, Mihail, ¿por qué no me has ayudado?»; y detrás de él veías también a la Baba, sentada en una silla, muy derecha, balanceando a un lado y otro la cabeza, y entonces entraba el oficial que conociste en casa de Alice y se ponía a contarle a tu abuela cómo un soldado le quitó a una niña su caja de mariposas antes de subirla al tren («ya no necesitaréis nada de esto»), o cómo

habían ahogado lentamente a un rabino en una bañera llena de orina y excrementos, después de obligarlo a escupir sobre un rollo de la Torá hasta que la boca se le quedó seca. En verano, tú jugabas en Brăila con Beno a aplastar mariquitas, como todos los niños, y te asustó el número de pequeños cadáveres que habíais acumulado mientras las noches se te llenaban de hordas portando hachas, martillos, garrochas, mazas, trabucos, navajas, guadañas, quijadas, hoces: de ordalías medievales y autos de fe a las puertas de la comisaría de Iași o de la prisión de Jilava o en mitad de la revolución legionaria, como en una gran mascarada; o de perros aullando, o de moscas zumbando, o de chinches saltando por la cama y por tu cara.

—Pero ¿por qué escribió usted aquello? ¿Por qué lo hizo?

—Ya te lo dije. Se trataba de un momento en el que nadie podía sustraerse a la política y los vínculos con la colectividad.

—La política debería ser razonamiento, no entusiasmo.

—Te pareces a Durmiși. Háblale de las virtudes de la razón a un joven. Háblale de las cualidades de sus mayores y verás qué desprecio siente.

—Usted me ayudó a amar la cultura, a creer que podría ser libre.

—Lo que la gente llama cultura no es más que una palabra para encubrir su ignorancia. Me di cuenta en mis últimos años. Hay cosas más importantes.

—Sentí mucho su muerte.

—Lo sé. En mi velatorio tu llanto me recordó a una mujer que se cambia las compresas en público. Siempre fuiste la viva expresión de la duda y el conflicto. Y, por lo que observo, lo sigues siendo.

—Todo se ha venido abajo. Algún día nos arrepentiremos de lo que dijimos. Quizás cuando comprobemos que no podremos recuperar nada.

—¿Durmiși de nuevo? Ahora que tengo tiempo para pensar en estas cosas, he hallado el término más adecuado para calificar su sucedáneo de pensamiento: erudición cursi. Es una lástima que andes tan inclinado hacia eso...

—Lo que despreciábamos era infinitamente mejor que lo que vino.

—No te autoflageles. Tú no dijiste nada de lo que arrepentirse, eras incompatible con el desprecio. Jamás fuiste un radical; si acaso, de la moderación; de algo suave y blando. ¿Te refieres a tu democracia?

—Y a la suya también. Usted fue tan beneficiario como yo de ella.

—El rumano no sabe qué es la democracia, ese espejismo consolador para que unos pocos hagan lo que les dé la gana. Para un alemán, la disciplina es la mejor forma de libertad.

—Me entristece que lo suyo sea irreversible. Los latinos no entendemos el militarismo como voluntad, no podemos concebir una acción sin un fin utilitario.

—¿Ah, no? ¿Y Mussolini?

—¿De verdad podría tomarse a Mussolini de ejemplo?

—Tú lo hiciste, ¿no lo recuerdas? ¿Te parece poco la conservación de Rumanía como pueblo y como Estado? El nacionalismo no es una ideología más, sino una *weltanschauung*, una concepción del universo.

—La muerte le ha sentado fatal.

—En Rusia, unos teorizantes mediocres han construido un imperio formidable. Tú mismo lo comprobarás, cuando seamos invadidos. Entonces se te quitarán las ganas de argumentos.

—Yo lo admiraba, profesor. Me ayudó con su vivencialismo.

—Pero el vivencialismo también era rechazo del racionalismo positivista, y tú nunca quisiste conjugarlo. La democracia es un sistema político producto de la mentalidad protestante, inadaptable al espíritu rumano, igual que el capitalismo burgués y la cultura occidental, mayoritariamente. Eso es lo que tú no quisiste entender del prólogo que te escribí, con todo mi pesar, pero con la intención de ayudarte. Lamento que aún no lo hayas comprendido. Por cierto, ¿cómo está Mircea? ¿Sigue escribiendo libros patibularios? Por motivos distintos, él tampoco entendió nada de lo que procuré enseñarle. *Retorno al paraíso* es una novela tan llena de amargura y desesperación que, para leerla, hay que tomarse una dosis triple de valeriana. Y qué rasgo más bizantino que te llamara a ti cobarde la última vez que vino a Bucarest, cuando te estabas jugando la vida y a él le cogió todo oportunamente en el exilio. Yo nunca logré ser un buen cristiano. Y sin embargo os aprecio, os perdono: fuisteis mis dos discípulos más brillantes. El pequeño melancólico francés y el incoherente Prometeo rumano. El tuyo, Sebastian, es el drama de Lot: cómo conservar la inocencia después de las emulaciones. Para comprender de verdad el mundo, tenemos que cometer algún delito. Pero no te preocupes, los hombres olvidan rápido, y más en esta negrura sin estrellas, en este aburrimiento.

Parando constantemente para comprobar los avances en el Cáucaso, o para situar en el mapa Stalingrado, Mihail empezó *La isla* con Leni como protagonista en la cabeza, aunque lo que de verdad le hubiera gustado escribir era aquella novela larga, aquel fresco ambientado en Bucarest desde 1926 hasta el presente. Pensaba en los personajes de *Desde hace dos mil años* y veía cómo habían continuado sus vidas entrelazadas con las de otros: un trabajo serio, con fichas y documentación, no como el dejarse llevar a lo que saliese con que había escrito sus anteriores libros. LOS JUDÍOS ENTREGAN LAS BICICLETAS. Un proyecto que demandaba la resistencia física y salud mental que había perdido, trataba de excusarse. LOS JUDÍOS DEBERÁN PAGAR EL PAN A TREINTA LEI MIENTRAS LOS CRISTIANOS PODRÁN SEGUIR COMPRÁNDOLO POR QUINCE. Pero ¿no seguía siendo en cierto modo un privilegiado?, se preguntaba Mihail cuando leía aquellos titulares. Mientras algunos se quedaban sin pan, él había obtenido un salvoconducto para ir a Corcova.

Por uno de los pasillos que se vio obligado a recorrer para solicitarlo, se encontró con Paul Sterian, gordo, porcino, a quien no veía desde la disolución de Criterion y que ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Industria y Comercio. A Sterian se le notaron tanto las ganas de escabullirse que, para quitárselo de encima, llamó rápidamente para que le dieran el certificado. Pero la alegría de marcharse por fin unos días de vacaciones era superior al resentimiento. Y al regresar de Corcova, Mihail se sintió más tranquilo, tostado por el sol, como cuando volvía de Balcic en su otra existencia. Una semana de libertad podía hacer de él todavía un hombre nuevo. Aún no estaba tan consumido como para no reaccionar a las llamadas de la vida. Aún tenía reflejos. Aún era capaz de sobreponerse al desmembramiento.

Sin embargo, de un modo más acentuado que antes, el regreso a Bucarest fue retornar al infierno, a un agujero ominoso en el que ya no quedaba ni un rincón de calma. El simple hecho de pasar por San Juan Nuevo, donde se encontraban quienes no habían cumplido con el trabajo de invierno, le hizo sentir una vergüenza que le impidió girar la mirada. Poldy estaba en la campiña, en Garona, decía una carta que llegó mientras él se relajaba con los Bibescu, pensó Mihail; una carta que no añadía nada más, después de tanto tiempo, pero que al menos descartaba un campo de concentración

transitoriamente. Zissu había sido internado en Târgu Jiu, y la simpatía que a Mihail le provocaba cualquiera que se hallase en esa situación se le borró nada más escuchar a su mujer quejarse, con aquel aire de arribista y actriz de comedia infame. LA SUERTE DE LA CIUDAD ESTÁ ECHADA, decían los periódicos sobre Stalingrado, mientras a los judíos de San Juan Nuevo los montaban en camiones y luego en trenes.

Se lo contó Blank, en el cementerio de Bellu, adonde lo acompañó a llevar flores a la tumba de Mafalda. Aristide le hablaba de su hija y, a Mihail, se le mezclaba la curva blanca de los pechos de Dorina con la imagen de los miles de muertos, sin nombre y sepultura, que los convoyes arrojaban a la nada. En comparación, un terremoto era una obra piadosa. Al menos Mafalda tuvo la suerte de morir en un instante de horror: no en semanas, meses. LOS JUDÍOS NO TENDRÁN PAN UN DÍA DE CADA CINCO. Cuando Mihail le contó lo de los deportados a Camil, éste le respondió:

—Piensa en las barbaridades que cometieron los rusos cuando construyeron el canal del Vólga y te quedarás con la conciencia tranquila.

LA RACIÓN DE AZÚCAR DE LOS JUDÍOS DESCIENDE DE 200 GRAMOS A 100, LA DE LOS CRISTIANOS SE MANTIENE EN 600. Cristianos y judíos. Como en la Edad Media. Y mientras los partes alemanes hablaban de «territorio ganado» en Stalingrado, de que todo era «cuestión de horas», o de que «la piara» no había logrado «colarse», la policía seguía deteniendo a familias completas por incumplimiento del trabajo obligatorio: todas las noches, en casi todos los barrios. Gente inocente desfilando con lo puesto, muriendo a cada paso, cumpliendo órdenes hasta no poder más. Al volver del liceo, los alumnos ya no encontraban a sus padres. Mujeres que regresaban de la compra descubrían las puertas de sus casas selladas. En Văcărești había niños que deambulaban por la calle medio desnudos, descalzos, bajo la lluvia, sin hogar, sin nada que llevarse a la boca.

—A vosotros os va bien —añadió Camil—, mejor que a millones si os comparáis con los polacos o los ucranianos. Gracias a Antonescu. Si el mariscal no se hubiese resistido, os estarían exterminando.

Y aunque llevaba parte de razón, ¿cómo explicarle lo que era acostarse sin saber si por la mañana te despertarías en la misma cama? Cuando el jefe plenipotenciario de las RSHA, Reinhard Heydrich, harto de las chapuzas «técnicas» del gobierno rumano, le conminó a resolver de una vez por todas la

cuestión judía, Antonescu le respondió que a él nadie tenía que decirle qué hacer con sus judíos. Esporádicamente, tras asegurarle que no sospecharían de su condición, Mihail aún acudía a algún acto social como aquella cena en el Majestic con el matrimonio Bibescu y Paul Morand acompañado de su mujer, la princesa Soutzo. Sin que Mihail supiera qué había cambiado ni por qué coincidían en una misma velada partidarios del Eje y críticos con Antonescu, Antoine y Elisabeth volvían a mostrarse entregados, declarándole sus preferencias de manera fastuosa, avisándolo para todo. Pero él no era más que un plebeyo, y todo ese lujo ni siquiera le facilitaba pagar el alquiler, mientras por la ciudad rampaban los soplones y los trapaceros.

En una cena distinta, Rossetti le contó que uno de los libros más leídos en Tiraspol era *El accidente*. La razón, muy simple: sólo se compraba y se leía lo que se encontraba, quedaban treinta ejemplares en el almacén de una librería y se vendieron. A unos oficiales amigos les gustó. Y cuando Rossetti les dijo que su autor era judío, uno de ellos exclamó: «¡Vaya, hombre! Pues ni se nota». Entre Braniște y Rossetti habían conseguido que Stefanescu aceptara firmar *Última hora*, y Mihail pensó: lo que sea, con quien sea; y después fue con Leni al Barașeum, donde todo le pareció una locura: jazz, cuplés, escotes, chistes, caretas de monigote con el rostro de Hitler.

Otro día quedó con Antoine Bibescu, a quien se le había antojado ir al teatro. No vieron una obra, sino dos, puesto que el príncipe no tuvo paciencia para terminar la primera. Mihail, que llevaba dos años sin aparecer por el Nacional, no sabía cómo ocultarse: Bibescu iba con un traje blanco de dril y unas zapatillas domésticas que arrastraba a cada paso. Cuando cruzaron el *foyer* todo el mundo empezó a cuchichear y a mirarlos de reojo. Durante la función, Antoine no paraba de preguntarle en voz alta: «*Qu'est ce qu'il dit? Qui-est ce? Comment s'appelle la femme en vert?*». Y en la Comedia se puso a roncar como un toro. Había entrado en el patio de butacas con su atuendo playero empezada la obra, y se sentó a un metro del escenario, como un dignatario colonial que viviese en una región bárbara y no tuviera ninguna necesidad de agradar a los indígenas. Mihail le siguió medio divertido, medio temeroso de las consecuencias. Porque entretanto, a miles de kilómetros, Stalingrado resistía; en Antim, Octavia lloraba como un niño cuando ya no tuvo más remedio que marcharse; en el instituto comenzó el curso y, con él, la extenuación de arrastrarse hacia allí como quien se dirige al patíbulo; y, desde

Berghof, Hitler juraba que acabaría con todos los judíos.

Con la partida de Octavia, aunque nunca antes hubiera hecho una cama y apenas entrado en la cocina, Mihail tuvo que dejar de comportarse como un huésped obsesionado con el tictac del reloj de pared, y preocuparse de fregar y hacer la compra, puesto que su madre estaba cada vez más consumida y su padre no se levantaba. Desconocía las tareas que comportaba una casa: la vajilla acumulada en la pila, la mugre por todos sitios y la cantidad de objetos en los que jamás había reparado: frascos de medicamentos, folletos, botecitos de afeite, cepillos, dedales, colchas, cajitas de porcelana, todo entre borlas de polvo. Además del fogón había una mesa de mármol sobre una estructura de hierro colado y una placa de zinc, encima de la carbonera, que servía de repisa para las sartenes y cacerolas. Hasta ese momento no sabía cómo se encendía la hornilla y, de repente, Mihail se vio obligado a cocinar para cuatro personas, mientras Beno lavaba y planchaba la ropa.

Ver a su madre como una anciana prematura, abanicándose aunque hiciera frío, le partía el alma. Y su padre, que siempre se había considerado a sí mismo un comerciante férreo, parecía un muñeco de trapo. Mihail recordaba cuando eran más jóvenes y ella rebosaba energía y tenacidad y justificaba cada negligencia de su marido hasta que éste se enfrentó con Poldy, el día que el primogénito se atrevió a decirle que jamás continuaría su negocio. A Mendel las palabras de Poldy le hirieron en lo más profundo, pues estaba convencido de que gracias a su esfuerzo todos disfrutarían de un porvenir tranquilo, y cuando su hijo decidió emigrar a América, Clara dejó de comportarse como la mediadora que suavizaba los golpes del cabeza de familia, bien dándole la razón a Poldy, bien responsabilizando a su esposo de que se hubiera ido.

Una mañana llegó una carta de Brăila. Mendel dio un respingo y se irguió sobre la almohada. Palideció al leerla y, cuando terminó, le cayeron dos lágrimas bajo las gafas. «Es del hijo de Moritz», dijo. A saber cómo, antes de su repentina muerte, su amigo Bercovici se las había arreglado para vender la casa familiar de los Hechter y saldar la mayor parte de sus deudas. Mendel se puso en pie y sonrió tristemente a su esposa. Luego se dirigió a Mihail y, con los párpados temblando, lo cogió por los hombros: «Nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros, Iosef...». Y cuando, después de un intervalo, quiso continuar donde se había interrumpido, Mihail hizo un gesto de negación y lo

abrazó con fuerza, durante un buen rato.

—¿De qué tendría que arrepentirme yo? Y ¿por qué?

—Dejaste de llamarme, de escribirme.

—Tú tampoco lo hiciste.

—¿Y qué querías que te dijera: «Querido Mircea, te agradecería mucho que movieses tus contactos en Exteriores y me sacaras de este nido de cucarachas»? O mejor aún: «Querido Mircea, ya sé que tus ideas concuerdan más bien con las de Todo por la Patria, pero ¿podrías hacer una excepción y olvidar por un momento que tu amigo, quiera o no quiera, es un judío asqueroso?».

—Te reto a que encuentres una sola línea, una sola palabra escrita por mí, que denote el más mínimo antisemitismo. Aquellas declaraciones de *Bună Vestire* que me atribuyeron no las pronuncié yo. El periodista las tergiversó a su antojo. Te lo dijo Nina y no la creíste. Por el contrario, tú sí que publicaste algún artículo halagador sobre el fascismo italiano.

—¿Halagador? Tenía veintidós años, todos respirábamos aquella atmósfera. Recuérdalo bien. Era irónico. Tú también te sentías influido por Nae...

—Sí, yo me sentía influido por Nae. Él fue mi guía, mi maestro. Su muerte me dejó huérfano. Pero tú hacías cualquier cosa con tal de agradarle. Eras su criado. Con esas relaciones de dependencia a las que te apegabas enfermizamente.

—Eso es falso.

—Por supuesto que no. Y si tú justificas lo que hiciste, ¿por qué tendría yo que retractarme de nada?

—Porque todos dijimos muchas tonterías, pero algunos las seguís diciendo.

—Bien, al menos te incluyes de modo retroactivo, que es la forma más cómoda de incluirse en algo...

—Antes jugueteábamos. Luego fuisteis en serio.

—Sabes que admiro la cábala, que he estudiado tu religión y respeto sus ritos y creencias. Siempre he escrito laudatoriamente sobre ellas.

—¿Mi religión? A mí me importa un pimiento la religión. Hablamos de

otra cosa. ¿A qué me vienes ahora con la religión si tú tampoco has creído en nada que no seas tú mismo, si a ti lo único que te interesaba era su parafernalia o, por utilizar tus palabras, «sus mitos y símbolos»? «La sífilis judía que contaminó a la excelsa civilización balcánica...» ¿No es eso antisemitismo? Mejor habría sido que hubieses seguido con tus chamanes siberianos y las costumbres primitivas de Australia.

—La guerra me ha enseñado que es una estupidez insistir en que uno lleva razón.

—Pero es que tú no llevas razón. Confundes la máscara con lo natural. Para ti todo son cifras y códigos.

—Ése no es el problema. La cuestión es si yo estoy conforme o no. Cada escritor se bate en duelo consigo mismo. Se reta y tiene que mostrarse en paz o en conflicto con lo que hace. Mi descubrimiento de que lo sagrado no se distingue de lo profano no tiene parangón. A veces incluso me asusto de lo profundamente que entiendo el mundo. ¿Cuántas novelas rumanas pueden equipararse a *Regreso del paraíso*? Lo primero son los libros, después están los hombres.

—No, al revés. Justamente lo contrario. El mundo del Corso, el Ateneo, la universidad y la Fundación Carol era muy reducido. Porque ¿qué demonios es para ti la «civilización balcánica»? Y de existir algo así, ¿en qué ves que pueda ser calificada de «excelsa»?

—Tanto Iorga como Nae buscaron antes que yo lo específico nacional, por no hablar de Eminescu, que quizás sea el único que pueda equipararse. Nuestra mala suerte es haber nacido junto a la Rusia bolchevique, predestinados a que nos engullan. El nuevo orden anglo-soviético, los «tiempos espléndidos» de los que habla Churchill, no aceptarán en su seno a gente como nosotros. La civilización latino-cristiana sucumbirá bajo la llamada dictadura del proletariado que, en realidad, no es más que el directorio de los elementos eslavos más abyectos. Si vencen, mi pueblo, mi obra y yo desapareceremos. A ningún rumano inteligente puede convenirle la derrota del Eje. La agonía de Rumanía depende de nuestro sacrificio de sangre en Stalingrado. Y eso parece que sólo lo veo yo. Es fantástico el juego que se traen los ingleses, pues los desgraciados se creen que Hitler es el responsable de sus dramas coloniales. Mientras, los asesinos rojos, que a diferencia de otros tienen el mérito de operar por millones, son esperados como los

liberadores de Europa. La gente podrá continuar con su vida, pero yo no encuentro sosiego.

—¿Y qué es lo «específico nacional»? ¿Ser dacio en lugar de ario? ¿Campesino en vez de burgués? ¿Ortodoxo en lugar de judío?

—¿Acaso no te das cuenta de tu determinismo? Todo lo llevas al mismo sitio. Yo hablo del absoluto cósmico, del terror de la historia, de las esferas del espíritu; o de que el día sigue sin falta a la noche, pase lo que pase; o de la identidad que se adquiere a través del misticismo y la tragedia colectiva; y tú te das por aludido porque eres judío: porque, en el fondo, te gusta serlo para tener una excusa para sufrir más de lo que sufre el hombre en sí mismo. La vida triunfa siempre y reintegra.

—A mí me es indiferente la identidad y en una sociedad moderna las especulaciones sobrenaturales deberían quedar fuera del Estado. Lo que yo rechazo es la sumisión del individuo a preceptos cuya única fuente proviene de una tradición que los atribuye a los dioses o los ancestros. En lo único que yo creo es en el conocimiento que nos da la experiencia. En la prueba científica. Sin lugar para la magia ni las revelaciones.

—Una postura muy flexible por tu parte, sí señor. Tu arrogancia racional, tan particularmente sensible. Y una muestra de respeto indudable por mi obra.

—Tú decías que vivíamos el crepúsculo de las leyes, de los valores universales... ¿Y si Nietzsche estaba equivocado? ¿Y si realmente sí existen los imperativos morales? ¿Y si la verdad es la verdad aquí y en San Petersburgo?

—San Petersburgo ya no existe. Tu verdad la ha convertido en Leningrado.

—¿Prefieres entonces lo que está ocurriendo en Varsovia?

—Tranquilo, siempre he perdonado la acritud que suscita mi carácter. Comprendo tu animosidad. Al menos, por primera vez, eres sincero. Aunque sea por medio de una orgía de beatitud, masoquismo y humillación de ti mismo.

Había transcurrido más de un mes desde que les leyó *Última hora* a Braniste, Rossetti y el matrimonio Bibescu, y el único comentario positivo provino del primero, impresionado por que hubiese escrito una obra de humor en tales circunstancias.

—Una comedia briosa —insistió—, aunque se adense un poco en el

segundo acto con las disertaciones del profesor y la muchacha sobre Alejandro el Grande. Una obra optimista. Tienes mucha habilidad para el enredo y para crear personajes. Además, es curioso que muestre tan bien la corrupción en la Rumanía de antes, cuando todo estaba manga por hombro y, sin embargo, lo que vino después ha hecho que añoremos.

—¿Y Stefanescu? —le preguntó Mihail con avidez—. ¿Está de acuerdo contigo Stefanescu?

—No lo sé con seguridad. Pero me da la sensación de que aún no ha leído tu manuscrito.

Mihail estaba convencido de que Stefanescu tampoco representaría su obra. Pero, a pesar de que Leni iba a interpretar finalmente la comedia de Nicușor y Froda, decidió seguir escribiendo *La isla* por cabezonería, por dignidad y por respeto hacia sí mismo. Ya no se trataba de acabar una pieza para Leni o para que alguien la firmara, sino sólo de hacerla. Aunque se quedase en el cajón. Como *Última hora*.

Los partes evitaban mencionar Stalingrado. Mihail no se percató hasta que se lo dijo Aristide tras enseñarle una carta de Eftimiu, quien había sido una de las firmas que denigró con más virulencia *Desde hace dos mil años*, y que seguía llamándole «colaborador rojo de un periódico ortodoxo» y «judío no converso al servicio de Nae Ionescu»: como si todavía escribiera para *Cuvântul*, como si todo lo dicho y vivido desde entonces no hubiera cambiado nada, como si no hubiese sobrevenido una guerra que era un gemido en la oscuridad, un sentimiento de culpa cada vez que pasaba por San Juan Nuevo. Dos escuelas rebosaban de gente que esperaba ser enviada a Transnistria. Por las ventanas se veían caras retorcidas, pero también niños sonriendo, y uno dudaba si dolía más la desesperación de los que sabían, el desconcierto feliz de los que ignoraban o la indiferencia por que las víctimas y los verdugos fuesen otros.

El acoso y el crimen no eran responsabilidad exclusiva de los dirigentes que decidían eliminar a alguien, pensaba Mihail. Ni siquiera de los intelectuales que los habían alentado con la palabra. Delante de los familiares que aguardaban noticias de los de dentro, quienes habían sido sus vecinos cerraban las ventanas; y esa comodidad silenciosa, esa obediencia, había contribuido también a que triunfase la barbarie. Cuando los liberaron, Mihail vio los ojos de quienes habían mirado a la muerte y pensó que nada tenía

sentido. «¡Viva la Gran Rumanía!», chillaban unos. «¡Viva el mariscal!», vitoreaban otros. Pero el *Bukarester Tageblatt* aseguraba que en otoño de 1943 ya no habría judíos; y *Universul*, que la ofensiva en Rusia se pararía una vez más durante el invierno para asestar el golpe definitivo en primavera. A las deportaciones, pasaron a llamarlas «expatriaciones de elementos» y, como a partir de entonces tendrían que hacerse mediante un departamento especial, quedaron suspendidas hasta la creación del nuevo organismo.

Una tarde, Mihail se presentó en casa de Stefanescu y le pidió el manuscrito de *Última hora*.

—Aún no he podido ojearlo, compréndelo. Estoy demasiado ocupado.

Se lo arrebató prácticamente de las manos y accedió a leérselo a Leni y a Irina, previniéndolas de que se trataba de algo sencillo, una comedia sin apenas poesía.

—Pero ¿por qué no escribes de forma más vulgar? —le sugirió tras escucharlo Irina.

—Yo en cambio añoro vida —dijo Leni—, uno de esos personajes femeninos tuyos que sueña, se burle, que imagine una existencia distinta.

Mihail se encogió de hombros. Rossetti le informó de que los ingleses habían atacado en Egipto; pero de Stalingrado, nada. Ver a Rossetti era la constatación de que había hombres que seguían viviendo, pensaba Mihail, en medio de una guerra que a él le había obligado a suspenderlo todo y aguardar de tal manera que el tiempo muerto en el Palacio de Justicia le parecía ahora un regalo. Los ingleses avanzaban en Egipto e incluso, según Rossetti, habían obtenido una victoria. Sin embargo, en la prensa rumana, las operaciones proseguían conforme a lo previsto, con nuevos éxitos y una orden del Ministerio de Propaganda que disponía que se retirasen de las librerías y bibliotecas los libros de los autores hebreos. Mihail vio en Hachette dos inmensos tableros rotulados con letras grandes: ESCRITORES JUDÍOS, con fotos de perfil, el nombre de los padres, la fecha de nacimiento y la lista de títulos prohibidos llena de errores. Llevaba dos años escondiéndose, tratando de mantenerse lo más olvidado posible y, de repente, con lo mucho que había lamentado no ver sus novelas en las mesas de novedades, su nombre aparecía en un escaparate.

Aunque los periódicos tratasen de minimizar el desembarco angloamericano en el norte de África, Rossetti le contó la arenga en francés de

Roosevelt. Y eso dio ánimos a Mihail para seguir de nuevo el curso de la guerra en el mapa, escuchar la BBC en casa de Alice y leer la prensa entre líneas. La situación de Rommel se volvía terrible. Los rotativos hablaban de «movimientos» y de «retirada hábil». Los discursos de Hitler cada vez eran más confusos y uno sólo podía sacar en claro su intención de exterminar por completo a los judíos. Mihail imaginaba la victoria aliada el día después de que los hubieran pasado a todos a cuchillo. ¿Dónde estaría Poldy? Mientras las tropas estadounidenses avanzaban por el Mediterráneo, los alemanes le exigían a Antonescu que dos trenes de deportados saliesen diariamente hacia Ucrania. Pero, al parecer, el mariscal seguía rechazando tanto esa presión como la de la jerarquía ortodoxa. La tarde que le informó Rossetti, apareció Camil y nada más escucharlos dijo:

—Ya jugaré yo la carta británica cuando sea absolutamente segura.

Por su parte, Aristide mandó a llamar a Mihail para contarle que le habían requisado su biblioteca y rogarle que hablara con Paul Sterian. Mihail mostró una tímida reticencia pero no supo cómo negarse. Cuando fue a verlo, en el despacho había dos funcionarios y Sterian dudó si ponerse de pie o permanecer sentado. Estaba tan estupefacto como el día del salvoconducto. Al final hizo un ademán de levantarse que reprimió a medio camino.

—¿Qué desea usted, señor Sebastian? —le preguntó carraspeando la papada. Y por la forma sonriente con que dijo «señor», Mihail comprendió no sólo que se dirigía menos a él que a los funcionarios, sino que estaba harto de sus impertinencias. Con un nudo en la boca del estómago, le explicó de qué se trataba guardándose de decirle que se trataba de Blank, de su amigo común Aristide Blank.

—¿Y por qué no se le puede sacar a la venta la biblioteca a ese señor? —respondió de forma glacial Sterian—, ¿acaso espera la victoria inglesa?

Mihail salió de allí más furioso que nunca. Conocía a Paul Sterian desde hacía una década. Habían compartido tertulias, vacaciones y sesiones de Criterion. Lo consideraba un colega. Sin embargo, con el tiempo, uno se había convertido en un hombre poderoso y pagado de sí mismo, mientras que el otro era una criatura gastada e indefensa. Hubo un visto y no visto en que se miraron. Fue cuando Mihail descubrió que ya no tenían nada en común, el momento en que supo con certeza que quienes creía sus amigos nunca lo habían sido y que nada podría volver a unirlos.

—Te cito de memoria: «La realización ideal hay que hacerla de forma autónoma, gracias al simple esfuerzo del alma, sin el estímulo ni el patronazgo de nadie», de *Cartas a un joven provinciano*. «Los hombres de verdad, los hombres vivos y enteros resisten y se realizan en la vida; los otros, los mediocres y apocados, desaparecen. Se trata de un medio de selección natural», de tu personaje Dragu, en *Los jóvenes bárbaros*. «Pero por lo que yo observo, el mundo moderno no conoce en absoluto esas experiencias colectivas estimuladas o alimentadas por la muerte, por el sentimiento de que el hombre es mortal, de que existe un alma, de que existe al menos una muerte. Las experiencias colectivas de hoy nacen de la barriga. ¡Desgraciados!», de tu personaje Tomescu, en la misma novela.

—¿Y?

—Ése es tu pensamiento.

—¿Estás diciéndome tú, que has sido crítico literario, que lo que dicen los personajes de mis novelas es lo que su autor piensa?

—¿Te atreves a desmentirlo?

—Que *Los jóvenes bárbaros* sea un libro violento obedece a que era necesario que lo fuera.

—¿Para vengarte de la vida ordenada que llevabas en contra de tu «esencia», como decías, o para defender otra cosa?

—David Dragu: «No es menos heroico el sufrimiento de un hombre solo, en su habitación, durante sus noches de estudio, que el de un hombre apaleado por sus creencias políticas. La lucha de un hombre contra su destino es mucho más grandiosa que cualquier lucha política de este mundo. La primacía colectiva pura sobre la élite significa la vuelta al reino animal». O: «A esta gente la estimulan desde fuera con órdenes, jefes y eslóganes. No es una rebeldía de la juventud biológica. Es una barbarie organizada, algo muy diferente de lo que realmente significa ser un húligan».

—En el fondo siempre fuiste un elitista. Tratabas con condescendencia a quienes veníamos de provincias. Estudiaste en un colegio de prestigio. Tu padre iba al Círculo Militar. Echabas pestes de la ignorancia propiciada por el gobierno sentado en el hall de las Fundaciones Reales, de vuelta de algún viaje o acto sufragado con dinero público. Que despreciaras todo eso no te borra la distinción genética. Porque más desdeñabas a quienes nos educamos

en los liceos estatales.

—¿Me estás diciendo que lo que tienes contra mí es un mero rencor de clase? Te creía más inteligente. El marxismo sólo entiende al hombre como parte de la masa, nada le importa el amor y la muerte. Una revolución la hace la élite que carga contra el poder económico y político para lograr el apoyo de la gente, que no es necesario que comprenda. Sólo así se acelera la descomposición de las estructuras demoliberales.

—Tú nunca dejaste de ser un privilegiado que jugó a hacer la revolución y que, cuando las cosas se pusieron feas, se marchó a Londres.

—¿Es entonces eso lo que no me perdonas? ¿Buscar las mejores condiciones para desarrollar mi escritura? ¿Hablamos de coherencia? Te recuerdo que quien se sigue viendo con Zilber eres tú, después de lo que escribió contra *Desde hace dos mil años*. Me tenías envidia por el éxito de *Maitreyi*, por que Nina decidiera venirse conmigo, por que fuese capaz de escribir en un mes lo que tú tardabas en hacer tres años.

—Tú nunca quisiste a Nina.

—Eso sí que no te lo permito. No ha habido nadie que me entienda como Nina. Ella me contó cómo trataste de consolarla mientras Cioran hacía lo mismo con Sorana.

—Y tú me contaste cómo las obligaste a abortar.

—Las buenas intenciones no bastan. Te pueden tranquilizar la conciencia, darte razones para el autoengaño, hacerte pensar que eres virtuoso. Pero sin acción nada es posible. Y eso es lo que a ti siempre te faltó, ambición, entrega, voluntad, mientras andabas sobrado de hipocresía y buenas intenciones. Estoy harto de los que se pasan de prudentes por miedo a fracasar en la vida, a malograr su talento.

—Tú aceptaste a Nina como acto de altruismo cuando lo que de verdad pensabas es que era muy poca cosa para ti.

—Exacto. Por eso tuve que enfrentarme con mi familia cuando decidí vivir con ella. Tu intuición es admirable.

—Tenías miedo y te quitaste de en medio. Porque te asustaba el amor de Nina y la pasión de Sorana. Porque no querías que ninguna de las dos te cortara las alas.

—Un hombre fuerte, un hombre hecho y derecho, no tiene por qué temerle a nada. Puede ser cojo, ciego, tener una sarta de críos a sus espaldas o estar

enjaulado en un villorrio. No importa. Él se mantiene vivo, continúa siendo y creando contra viento y marea. Conozco a muchos pusilánimes, así que no intentes proyectar tus debilidades. Yo no me ahogo en un vaso de agua. No soy un guapo imbécil que se inventa problemas de conciencia.

—¿Cuántas veces le has sido infiel a Nina?

—Nunca creí que llegaras a convertirte en un inquisidor. Al final te has vuelto uno de ellos. Si no hubiera habido guerra, serías uno de esos señores que se casan como Dios manda, pagan las tasas escolares y contribuyen a sostener la beneficencia mientras permiten que se roben millones, se manipule desde la prensa o se reprima policialmente. Vivirías en la más perfecta moralidad. Porque a ti lo que siempre te importó fue estar bien considerado.

—Tú en cambio preferiste preparar a la juventud para la muerte hablándoles del «destino común». Del «sacrificio necesario». A los que están cayendo en el frente, como insectos aplastados.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? ¿No es cada uno responsable de lo que hace? La metafísica y la mística son eternas y válidas. Pero es menester purificarlas de sus contingencias si queremos que nos sirvan.

—Palabras... ¿Por qué te gustó siempre tanto escucharte?

—El objetivo moderno de pensar nos ha llevado al descubrimiento de la especie y, en oposición a ella, del sujeto. No somos conscientes de lo lejos que estamos del pensamiento impersonal de los antiguos, de la tradición popular y el mito. Sólo nos ha quedado el individualismo. De una forma u otra todos somos unos parásitos. Cada uno busca lo mejor para sí. A ninguno de los dos nos interesó la política. Sucumbimos al mundo material. Hubo hombres más fuertes que nosotros.

—Te escucho hablar igual que antes, como si estuvieras en un atril, y me doy cuenta de que te quise mucho, Mircea, de cuánto me importaba la impresión que tuvieras.

—Y ése fue tu gran problema. Tú fijaste las relaciones de poder conmigo y con Nae situándote en el escalón inferior, abusando de tu rol de víctima, culpando a los demás de tus desgracias. Todo lo hacías desde la impotencia. Ni tú mismo te otorgabas valor, lo que te perjudicaba tanto literaria como vitalmente. Y no creas que no me irritaba que siempre estuvieras buscando mi aprobación. Si no te dabas tú a valer, si no te conferías tu autoridad, ¿cómo pretendías que lo hiciéramos nosotros? A mí sólo me preocupa mi opinión. Lo

que sé que soy. Y no me resulta fácil. Por más que sea capaz de absorber cualquier dolor personal, no puedo asumir la tragedia de mi nación a causa de la estupidez de Roosevelt y Churchill, que no dijeron nada cuando la URSS ocupó Besarabia, los países bálticos, media Polonia y Finlandia, y ahora ayudan a Stalin en nombre de la democracia. Rumanía debe seguir siendo aliada de Hitler. Tú eres un sentimental. Un licenciado en Derecho. Ésa es la mayor diferencia que hay entre nosotros.

—Si supieses lo poco que me impresionas ya...

—Tómalo como quieras. No pienso dejarme intimidar por ningún chantaje. Yo soy como quiero ser. Puedo conculcar todas las leyes excepto la mía. No me voy a cohibir por tus sensiblerías. Tú sin embargo no puedes sacudirte el miedo a ser ni tus prejuicios burgueses.

—Siempre llamamos prejuicios a lo que no nos conviene...

—La verdadera amistad no debería tener en cuenta ninguna prohibición ni ningún juicio. ¿Qué es eso de que sólo me seguirías queriendo si me lavo las manos y los dientes? A eso es lo que llamo yo egoísmo.

—Quizás sólo sea una consecuencia. Yo sí podría seguir siendo amigo de un cobarde, pero no de un criminal.

—Di lo que quieras. Todo será absurdo si Rumanía desaparece como nación, como cultura y como pueblo.

Al curso sobre Shakespeare que acordó con el liceo como fuente de ingresos complementaria se inscribieron cuatro personas, de las cuales fueron a la primera sesión tres, junto a dos antiguos alumnos por cortesía. Mihail salió de ella dispuesto a devolver el dinero y a cancelarlo. Esa tarde le subió de nuevo la fiebre. La debilidad hacía que todo lo percibiera con más distancia, como cubierto por un velo. Avisó al instituto y permaneció ocho días encerrado en casa, leyendo a Jane Austen. *Emma* le pareció una novela sencilla y simpática, si bien algo lenta, minuciosa, como una pintura flamenca. *Orgullo y prejuicio* en cambio, por su construcción e ironía resplandeciente, lo dejó fascinado, rendido ante la envidia de una poesía tan leve y luminosa. Que la literatura tuviera esa impresión de vida. ¿Podía aspirarse a más? Pero la convalecencia y el constreñimiento le hacían perder instantáneamente la ilusión de escribir libros con la viveza de Jane Austen, novelas que contemplaran la pluralidad del mundo ensanchándolo y contuviesen sus picos

opuestos, mientras aquella mujer había escrito de rodillas, bajo la mesa del comedor de su padre, con toda la familia alrededor ignorando lo que hacía. Seguir hablando de la oscuridad y el vacío no añadía nada nuevo a lo ya conocido. ¿A quién podía impactar, dadas las circunstancias, otra novela de esas que los críticos —o incluso él mismo en la época de *Criterion*— llamaban «perturbadoras», «incómodas»? La literatura tenía que «molestar», decían; siempre y cuando no los molestase a ellos, claro. Pero Mihail había dejado de sentirse atraído por los observadores que se centraban sólo en la fealdad o la perversión ajena. La prosa de esos escritores solía parecerle además indigente, incolora, privada del don de evocar lo inasible, incapaz de medirse con las verdades de la experiencia y captar los estímulos sensorialmente. Estaba harto de visiones siniestras, de imágenes que no ofrecían reposo alguno, del jugueteo astuto con la sensibilidad del momento, del arte sin esperanza. ¿Qué sentido tenía una literatura que no aportase ninguna afirmación del mundo? Con todo lo que estaba pasando, seguía habiendo una riqueza inagotable y, cuanto mayor era el empeño por no dejar que se perdiese nada, más zonas de misterio surgían a vuelapluma. La vista y el oído: pintar con palabras y escuchar las cosas. Pero la contemplación de la belleza sólo era posible cuando uno sentía amor hacia lo que lo rodeaba. Si únicamente experimentaba aversión, no podía admirar ni expresar un sentimiento generoso. Mihail necesitaba en cambio que las cosas fueran a la vez grandes y sencillas. Que los escritores, como decía Balzac, mantuviesen la cabeza fría y el corazón caliente. Porque ¿qué razones había para escribir si el único propósito era comunicar la desesperación? ¿Acaso no costaba demasiado poco como para enorgullecerse tras hacerlo? ¿Qué lógica tenía *épater le bourgeois* si existía Transnistria?

Las tardes de letargo le incrementaban el hastío por los hombres con pretensión de resultar inteligentes, por la guerra y por sí mismo; pero era algo que debía guardarse para él, pensaba Mihail, o como mucho anotarlo en su diario. No encontraba ni un ápice de la pasión que quería transmitir mediante la literatura. Y a menudo se preguntaba qué necesitaría para no suicidarse si tuviera una pistola a mano: ¿dinero?, ¿trabajo?, ¿estar enamorado? ¿Qué habría sido de Zoe? Hiciera lo que hiciese el resultado era gris, y lo único que le apetecía era jugar a las cartas. También estaban deportando a los judíos de la Francia no ocupada, y algunas noches tenía que salir al frío para respirar,

con la ciudad más turbia que nunca, opaca, alambres de espino estrangulándole, con las conversaciones que imaginaba metidas en la cabeza. Cada día era un aplazamiento. Dejó de fumar porque no podía permitirse comprar tabaco. Pidió trabajar de negro, de traductor anónimo, de lo que fuera. Los trajes se le estaban desastrando. Las botas tenían agujeros. Las bocamangas se le habían deshilachado. Se miraba en el espejo y sólo veía un inútil, la imagen de lo que la gente llamaba fracaso. Porque ¿cuánto le faltaba para mendigar? Parecía que Montgomery estaba arrinconando a Rommel en África, pero ¿no era demasiado pretender que su situación cambiase dependiendo de lo que sucediera tan lejos? En los partes alemanes, había tres adjetivos que se repetían inopinadamente: «desbaratados», «destruidos» y «aniquilados». EN EL DON MEDIO, LOS BOLCHEVIQUES, QUE LLEVABAN VARIOS DÍAS ATACANDO CON UNA POTENTÍSIMA CONCENTRACIÓN DE FORMACIONES BLINDADAS, HAN PAGADO SU OSADÍA Y HAN SIDO ANIQUILADOS. Si algún día llegaba la paz tendría que escribir una crónica de los años de guerra con una precisión de informe jurídico, se repetía Mihail, una fenomenología de la mentira que de tan abrumadora volviese inverosímil la incredulidad, un ensayo titulado *Hechos, hombres, textos* que abordara cómo el lenguaje dejó de preocuparse por si lo que decía guardaba relación o no con la realidad, cómo ponía de relieve la contradicción entre la pureza de principios y los comportamientos. A Mircea y Cioran las palabras les habían permitido ser héroes sin correr ningún peligro, ser radicales sin sufrir privaciones, ser patriotas viviendo lejos y sin haber hecho nada en favor de nadie.

Lo que se decía, se mantenía y reafirmaba podía ser absolutamente mentira y, sin embargo, eso carecía de la menor relevancia. Se negaban las evidencias. Lo importante era apuntalar la falsedad como si, repitiéndola mucho, pudiera convertirse en cierta. Pero a finales de 1942, por dinero, Mihail estaba dispuesto a hacer cualquier cosa: una obra de teatro mala sin firma, folletines, traducciones mal pagadas, plagios, adaptaciones, infamias: lo que fuera con el falso aburrimiento, la falsa intelectualidad y la falsa nobleza suficientes para tener éxito. Su soledad pública era total y tampoco soportaba la privada. No tenía noticias de Poldy ni de Emil Gulian, desaparecido en el Don. «Con tal de que esté vivo», le dijo su mujer por teléfono, y al salir de la cabina le entraron ganas de gritar. Recordó un artículo de Mircea publicado a principios de los

años treinta: «Invitación a la barbarie». En él afirmaba que, a pesar de la muerte que lo rodeaba por todos lados, no sabía cómo ahogar el gozo que le invadía al pensar que, de todos esos cadáveres, surgiría un mundo nuevo. Porque iba por la calle y seguía dialogando con Mircea, su voz resonándole en la mente como se le presentaban las escenas de sus obras teatrales. «Las jóvenes generaciones incomprendidas y desincentivadas, esos muchachos a quienes la euforia impulsa a sentirse fuertes.» «Los legionarios, de la mano de las maravillas logradas mediante el sacrificio y la voluntad, han sentado las bases de una élite rumana.» «Hasta que se restablezca el nuevo orden, tendremos que resignarnos a un desorden necesario.» Y las citas de los artículos de Eliade se le mezclaban con lo que le había oído: la rebelión como fase en la que alcanzar el Gran Éxtasis, la juventud como heroico desafío subversivo, la libertad alcanzándose por medio de regimientos uniformemente intoxicados por el mito colectivo. Milicias y batallones de asalto. Legiones del mundo de hoy. Escuadras de *huliganii* ligadas por un mismo destino. La palabra «joven», tan utilizada como la sal en las comidas. Mircea quiso esta guerra, se decía Mihail, la esperó, la alentó y seguía creyendo en ella desde Lisboa con su cara de huelemierda; y Emil Gulian, que era incapaz de ofender ni de sentirse ofendido, ¿tenía que caer a la orilla de un río en el que no se le había perdido nada? Pero un grito habría sido una prueba de que vivía, un esfuerzo de concentrar la tensión acumulada, algo que le aliviase la agonía. Aullar con la esperanza de recuperar. Un sonido del alma. En mitad de la acera. Como un lobo. Le flaqueaban las piernas, la visión, la garganta. Demasiado agotado para abrir la boca siquiera. Se dio cuenta cuando un par de hombres lo ayudaron a levantarse del suelo.

CUARTA PARTE

Está sentado en la parada del bulevar Regina Maria, mirando la hora, con un hilo de sudor que le cae por la columna. Son las doce y, conforme el sol se encuadra en el cielo, la temperatura parece cada vez más la de un día de verano. Las estaciones están por encima de la historia, le gustaría decirle a Belu Zilber, que no sólo se adhirió a los ataques a *Desde hace dos mil años*, sino que arremetió contra Nae nada más salir de Jilava, aun sabiendo que el profesor había intercedido en su liberación, o contra el propio Mihail, cuando publicó aquel artículo titulado *Yo también soy burgués*, como si presidiera un tribunal proletario. De la Historia con mayúscula pero también de las historias íntimas, le diría a Zilber. En eso llevaba razón Mircea, piensa Mihail. La vida se regenera sin cesar y no entiende de cambios de poder ni de tribulaciones personales. La vida escapa de las clasificaciones simétricas. «Por lo visto, ahora vivimos en una superestructura», había ironizado Vişoianu en el almuerzo en el que también estaban Rossetti y Zilber, quien nunca quiso saber nada de las desviaciones y los desórdenes humanos. Hubiera sido gracioso explicarle a Mircea cómo coincidía en ese aspecto con Voltaire, para quien la existencia no tenía por qué ser desdichada; para quien mirar el universo como una celda, y a los individuos como criminales a los que ejecutar, era la idea de un fanático; para quien la tierra, los hombres y los animales eran lo que debían ser en el orden de la providencia.

Puede imaginar la sonrisa burlona de Zilber, que al escuchar lo de las tribulaciones personales, o la palabra «providencia», seguramente hablaría de «realidad objetiva», de los avatares de la Historia. Pero ¿de qué dependía que la mañana continuara su ascenso y su declive hacia la tarde, y que luego se pusiera la luz independientemente de que llegase o no el tranvía? A saber qué habrá pasado ahora, se dice Mihail consultando una vez más el reloj, mientras recuerda a Zilber en la manifestación para darle una patada en el culo a Rădescu; entre Ana Pauker, Pătrăşcanu y Gheorghiu-Dej; tras la cara de tambor de Tătărescu. «No dejaremos que nos opriman los mismos», le había dicho dos o tres días antes. Mihail vuelve a escuchar el nombre de Zilber en

boca del traductor de Vishinski, al otro lado del despacho del director de *România Liberă*. El bueno de Zilber, tan feliz por el nombramiento de Petru Groza, por quitarse de en medio a Rădescu, a los reaccionarios del Bloque Democrático y al vejestorio de Maniu, con Tătărescu en Exteriores en sustitución de Vișoianu. Cuando el aire sopla con fuerza, piensa Mihail, la basura es lo primero que se levanta. O como decía su madre: donde quiera que caiga una piedra, siempre parará en la cabeza de un judío.

En un acto reflejo se palpa los bolsillos, sin buscar nada en concreto, para cerciorarse de que lo lleva todo. Monedas sueltas, un billete usado de tranvía, una ficha de teléfono. Lo de siempre. Objetos pequeños que se fueron acumulando. Aunque esta vez nota algo distinto en el interior de la americana. Un crujido dúctil de papel. Y al desdoblarlo se da cuenta de que es una entrada para la Filarmónica, borrosa por los bordes y el pliegue central, en la que aún puede leer la fecha del concierto: 25 de abril de 1939. Casi seis años justos. Otra vida en la que nadie podía imaginar lo que aún parece inimaginable. En esos seis años Mihail se había puesto la chaqueta primaveral que lleva sólo un par de veces: para el almuerzo en el campo al que le invitaron los Bibescu, dos meses atrás, y ahora. Del mismo modo que la cancelación de los antiguos actos se fue convirtiendo en la nueva rutina (abrir un grifo y que no saliese agua, marcar un número de teléfono y que no contestase nadie, mandar una carta que no llegaría nunca a su destino), uno acababa acostumbrándose también a los ritmos de la guerra conforme se sucedían las estaciones. Cada una de ellas con las mismas fases, con la somnolencia invernal de las tropas alemanas, su resurgir a finales de marzo y la violencia amedrentadora del verano. Después del ruido, en otoño, era fácil comprobar que nada definitivo había pasado, y entonces llegaban las primeras nieves y la rueda comenzaba otra vez de nuevo.

De lo único de lo que se trataba era de seguir vivo, un día más, un mes, otra primavera, cuando la devastación no dependía de uno y las posibilidades de sobrevivir se iban reduciendo. Los recuerdos son fugitivos y se olvidan pronto, piensa Mihail. Cristalizan en lo profundo, como insectos inmovilizados en una porción de ámbar, y sólo más tarde se revelan a la conciencia; intentan seguir un orden cronológico pero subsisten de forma paralela. La sorpresa de levantarse una mañana y comprobar que aún continuaba con vida. «Amigo mío, esta guerra durará hasta el 47 o el 48», le

resuena la voz de Sică, como disculpándose, el día que le encargó la traducción de *Topaze*. Al leer aquella obra sobre un maestro honesto que acababa volviéndose un hombre de negocios, Mihail vio con claridad que la inclinación por lo sutil de su teatro era lo que efectivamente le vedaba el éxito. Pero al igual que un padre que se dice a sí mismo que debe ser más duro con sus hijos, él tampoco podía decidir cómo escribir: al final uno acaba haciendo lo que es, lo que no puede cambiar a no ser que traicione la predeterminación oculta en las células de su cuerpo. Una fruslería cuando los periódicos avisaban de que los judíos no tendrían ya cincuenta, sino cien gramos menos de pan que los cristianos. Aún recuerda el temor de no saber alimentar a su familia, la culpa por seguir fantaseando con la literatura; y después del miedo, invariablemente, la vergüenza por sentirlo. Como recuerda también lo que le contó Alice sobre el doctor Kahane, que era un médico extremadamente serio, bajo, aquilino, tieso, cuando la visitó para darle una noticia grave: que Sebastian era un agente de la Seguridad; que tenía mucho dinero sin que nadie supiera de dónde salía; que nadaba en el lujo, gastando a manos llenas. ¿No era una idea excelente para una comedia? Mihail incluso fue a ver a Nicușor. A cambio de cincuenta mil lei, la escribirían en tres semanas, los dos juntos. Pero Constantinescu no estaba en casa. Lo buscó por los cafés que frecuentaba la gente del teatro y, aunque no lo encontró, sí pudo ojear la revista *Telón*, en la que se anunciaba una comedia idéntica a la que se le había ocurrido a cuenta del doctor Kahane. Mihail no había podido reprimirse y contarle el argumento al primer conocido con el que se encontró, con el propósito de hacerse notar después de llevarse años ausente de los corrillos artísticos, y esa obra ya había sido escrita, estaba a punto de estrenarse.

Pero del mismo modo que un objeto en el bolsillo lo retrotraía a un pasado que era a la vez reciente y lejano, esas escenas de hacía apenas dos años también formaban ya parte de una vida que, como una figura garabateada en la orilla que difuminan las olas, se había ido borrando. Todo cambia muy rápido, se dice Mihail, y casi nadie está dispuesto a recordar cómo fueron las cosas. Lo que en un momento resultaba inaudito, y se pensaba que jamás podría suceder, sucedió, y ésa era la mejor prueba de que podría suceder de nuevo. Lo que resultaba inconcebible acabó convirtiéndose en algo cotidiano. «A ése lo han fusilado... Ese otro desapareció... A aquél se lo llevaron...», y la gente

lo decía con la tranquilidad de quien dice: «Ha ido al teatro». La memoria sin embargo es mucho más frágil de lo que pudiera pensarse, se repite Mihail, rumiando la invitación de Bachman y Vișoianu. Los detalles se borran, se adaptan, se ajustan a lo que creemos o preferimos no recordar, de ahí que, cuando habló con ellos, se preguntara si no sería más adecuado el olvido, sobre todo si el recuerdo actuaba en su vida como un peso muerto; si las ofensas ya no tenían remedio; si los agravios no sólo no se podían modificar, sino que empezaban a servir otra vez de arma arrojadiza: para qué hablar y correr el riesgo de que el rencor y la autoindulgencia me engañen y distorsionen mi versión de los hechos. Todo era mudable, fluía, y hacía unos meses que Mihail tenía la sensación de que lo poco que permanecía ya no le interesaba a nadie. ¿Quién era él, además, para dar lecciones morales? Esa pregunta, como un mantra, como un leitmotiv de Wagner. Y cómo referir la ausencia de comprensión lógica. A veces las personas callan por miedo, pero también por la imposibilidad de expresar con el lenguaje lo que se quiere contar, por la derrota de las palabras que no supieron detener la barbarie. ¿No sería entonces más necesario el silencio? ¿No era la literatura una injuria para el grito desnudo? Quizás el judío sólo fuera un reproche viviente y, ante tanto imperativo cívico, Mihail notaba una exigencia de recogimiento.

Con la aversión que siempre le habían producido las aglomeraciones, los codazos y las fiestas patriotas, el día que entraron los soviéticos en Bucarest, en cambio, no le desagradó mezclarse con la multitud, participar de aquellas miradas galvanizadas; hasta que se percató de que estaba rodeado de los mismos rostros que sólo unas semanas atrás habrían aplaudido su asesinato, lo habrían delatado o linchado en un bosque, en el patio de una prisión, a las puertas de una comisaría.

Hacía menos de un año que los partes alemanes informaban de que la estepa calmuca se había convertido en «zona de elasticidad», de que las calles estaban repletas de judíos limpiando las aceras, de que los alumnos de octavo interrumpían sus clases y la ciudad yacía sepultada bajo toneladas de nieve. Entonces él seguía leyendo a Balzac por las noches, anotando que, aunque a veces le irritara su estilo o cierta grandilocuencia, al final siempre le vencía su galería de tipos que era un grabado más profundo y acerbo que los de Daumier. ¿Acaso la caída de Francia en 1940 no estaba ya en *Lacomedia*

humana? Lo que significa un libro para un cautivo, reflexiona Mihail. También fue a una audición de *Pelléas et Mélisande*, y como quedó hipnotizado por aquel recitado sobre la música difusa que lo envolvía como una luz etérea, a la tarde siguiente volvió al Instituto Francés para escuchar de nuevo la ópera de Debussy. Ocupaciones para mitigar el insomnio, para evitar la sensación de espasmos y de que alguien intentase ahogarle cuando caía por fin en el primer sueño, para apaciguar el nerviosismo que le producía la prensa: combates efectuados por fuerzas numéricamente superiores, el enemigo avanza, potentes ataques, incursiones bolcheviques con fuerzas masivas, defensa móvil. Distracciones para continuar agazapado. Al sur del frente oriental, la encarnizada batalla de invierno, que dura ya dos meses, sigue con la misma violencia. Para callar ante el ruido de fondo, por cobardía, por miedo a la amenaza o a que alguien se acordara de lo que él mismo escribió, por parálisis o conveniencia. Las tropas alemanas, combatiendo en las más duras condiciones, resisten nuevos y poderosos ataques con valerosa perseverancia y tenaz voluntad de lucha. Para callar como otros habían callado antes por comodidad, por cinismo, para no distinguirse del grupo, para no ir en contra de los tiempos, para parecer lo suficientemente patriotas, por ir a lo suyo, porque estaban convencidos de que ésa era la única manera de salir adelante. La isla de Stalingrado está siendo atacada por todos los flancos. Paradójicamente, esas mismas noticias le daban fuerza para seguir escribiendo *La isla*, aunque fuera muy lentamente, con un esfuerzo descomunal y la inseguridad de costumbre. Resistencia encarnizada, traducciones para sobrevivir, duros combates, cambios irreversibles. Para callar como el que calla por la imposición de los violentos, por el temor a plantarse frente a ellos, o como el que antepone la ideología a las personas, o por puro miedo físico o a ser excluido, por no verse arrastrado en la espiral de las víctimas, como el que se escuda en que todos sus vecinos actuaron igual, en la sospecha de que cada uno merece su suerte, «algo haría», y luego confiesa que decidió no tomar partido cuando en realidad lo que hizo fue alinearse con los matones. Silencios justificatorios, asesinos, impuestos o escogidos. El silencio como actitud por defecto; el que calla consiente; la autocensura que sopesa lo que puede decirse: ver y decir no lo que se piensa, sino lo se espera que se diga. Muchas personas que habrían debido hablar callaron y seguían callando, o decían una cosa en público y otra en privado, o hablaban de una forma y actuaban de otra. Todo aquel que volvía la cabeza, que cerraba los ojos y

pasaba de largo, ofendía la memoria de los justos. Mientras, el tono de los partes lo alentaba por más que temiera que la represión se agravase. Pero que fácil resultaba después condenar a toda una sociedad, caer en los tópicos de la cobardía y las complicidades, y qué difícil desenredar lo que es tan complejo como el silencio del agredido que omite la agresión para no padecer otra. Hasta que Von Paulus dejó de resistir e incluso la prensa rumana tituló: LA BATALLA DE STALINGRADO HA TERMINADO.

Sin embargo, en una cena en casa de Camil, comprobó que había personas para las que nada había cambiado. «Los rusos serán aniquilados en abril», decía un legionario, «se lo ha prometido el Führer a Antonescu». Profesiones de fe convencidas del milagro: los alemanes estaban más fuertes que nunca, con sus reservas intactas, las nuevas armas que preparaban eran formidables, Stalingrado sería en breve retomado. Y ¿qué hacía él cenando con un legionario?, se preguntaba Mihail. Cada cigarrillo, cada copa de whisky le recordaba su pobreza (*hay en mí algo de pequeñoburgués*, escribió en su diario, *de funcionario acostumbrado a vivir de un mísero sueldo y que se asusta como un niño, con un miedo ridículo, con las cuestiones de dinero*); el último agravante: los llamados «impuestos militares», que entre los suyos y los de Beno ascendían a cuarenta mil lei, como una broma saliendo del himno fúnebre al que empezaban a sonar los comunicados oficiales. ¿No sería mejor título para su ensayo *De la realidad física de la mentira*? Porque, por arbitraria que fuese, la perfidia crecía, se ramificaba, se organizaba, se convertía en sistema, y a partir de cierto grado sustituía a la realidad para ejercer una presión irresistible no ya sólo sobre la gente, sino sobre sus propios autores. Cuando las palabras que se usaban eran las más obtusas y falsas, el mundo se volvía más hostil y la violencia se colaba por ellas para retorcerlas, rebajarlas y obliterarlas. Un ensayo que indagase en el reflejo que hace preferir la mentira a la verdad, en lo confortable que había sido dejarse engañar y en lo raro que fue ver lo que se tenía delante de los ojos. Los ataques a las ciudades del norte de Italia hicieron temer un *couvrefeu* general; los espectáculos debían comenzar a las siete de la tarde y terminar antes de las diez; las tiendas tenían que cerrar a las cinco y los tranvías, estar fuera de circulación a las once. Y también se hablaba de nuevo de evacuación y de aislamiento en guetos.

—¡Que se jodan! —oyó a un señor que leía el periódico—, ¡así

responderán por escupir a Jesucristo!

Estar aislado, con el corazón encogido, en un callejón sin salida, y que de pronto te abran una ventana. Recordándolo, Mihail comprende qué le inspiró para escribir en un estado de embriaguez las conversaciones de los personajes de *La isla*, pero no se explica cómo se le cruzó la imagen de un profesor de matemáticas, apasionado por la astronomía, enseñándole a una mujer en traje de noche las estrellas. Leyó que el Ejército Rojo estaba en Taganrog y lo primero que se le vino a la cabeza fue el nombre de Chéjov, mientras Alice le decía: «Sé prudente. Y en caso de peligro, ven a casa». Pero la mayoría se limitaba a confiar en otro renacer de la Wehrmacht: los alemanes harían una inmensa concentración de fuerzas que liquidaría a Rusia definitivamente, Rommel aplastaría a los angloamericanos en cuanto Gibraltar fuera ocupada sin resistencia, la guerra submarina paralizaría por completo cualquier acción de los aliados. Incluso las actrices repetían mientras se atusaban los rizos en casa de Camil: «Mi opinión es que la guerra terminará con una paz de compromiso». Pero cualquiera que leyera entre líneas los discursos de Goebbels podía darse cuenta de que Stalingrado se había convertido en un golpe fatídico, que la ofensiva rusa era para ellos una desgracia, que Alemania atravesaba su peor crisis o, lo que era lo mismo, que los judíos estaban más expuestos que nunca. El doctor Goebbels da una alocución con su gabardinita y su pata torcida en casa de Camil, con *Der Angriff* bajo el brazo, rodeado de actrices que fuman y dejan entrever los muslos al cruzarse de piernas, de muchachos que mariposean con una copa alrededor de su anfitrión; todos gritan: «¡Hechter, Hechter!», pero el ministro de Propaganda no se detiene ante él; va diciendo a todos: «Usted es ario, y usted también, y usted...»; y sólo al llegar a Camil se para un momento y exclama: «De usted no estoy seguro». Internamientos, impuestos militares, limitaciones en las tarjetas de identificación, pesadillas, escasez, los mismos presentimientos, el mismo flotar al viento y la misma incertidumbre. Los alemanes habían reconquistado Járkov, pero la sucesión de las estaciones enseñaba que el péndulo podía girar de nuevo, que nada cambiaba fulminantemente, que lo que causaba de golpe estupor pasaba pronto a diluirse en la lentitud de los días. A modo de celebración personal del Purim, Mihail recuerda que decidió leer *El libro de Ester* de la Biblia inglesa y, a continuación, la *Ester* de Racine. Y aquella noche, después de recordar la nariz de plástico que se ponía el tío Avram

cuando llegaba esa fecha, escribió:

Pasan los siglos y los milenios y nuestra historia siempre es la misma: qué fantástico misterio.

Y al igual que los siglos y los cambios de estaciones, la vida seguía pasando, rememora en la parada con la misma perplejidad por el tránsito de los peatones y los coches e incluso un avión en lo alto, cada vez más inquieto por llegar tarde a su primera clase en la que también ha empezado a llamarse Universidad Popular, mientras revive en una contradictoria pausa interior, en una suspensión cromática y solemne, el almuerzo en los prados de Mogoşoaia: cómo fue por el camino fijándose en los matices que ofrecía el campo, en las transiciones del malva al azul y del violeta al morado, en el resurgir de los pétalos con sus pistilos amarillos y en las pequeñas flores de la lavanda y la explosión de los cerezos. Contemplaba el rojo de las amapolas, los narcisos silvestres y las primeras azucenas, y pensaba que la primavera podía ser la estación más cruel si la naturaleza bulle, aletean las aves y nadie levanta la vista para observarlo. ¿Desde cuándo no contemplaba lo que acontecía a su alrededor?, se preguntaba Mihail. Cabezas bajas, eso era la guerra. Elevar las cervicales y encontrarse con la luz y afrontar la paciencia de su inmensidad. Nadie mirando al cielo a no ser por temor a un bombardeo.

A ese almuerzo no sólo asistieron Camil, Rossetti, Branişte y Vişoianu, sino también mujeres con vestidos ligeros estampados de colores claros, un cura francés, un príncipe italiano y un diplomático suizo. A Mihail le había emocionado redescubrir en aquella mañana diáfana lo que amaba, después de cinco años de ausencia, con todas sus cosas nuevas, como si nunca las hubiera visto: malvarrosas; pájaros que gorjeaban desatados entre las ramas, bajando a picotear las migas de los manteles y los restos caídos en el suelo; detalles que lo empequeñecían, le recordaban los tirsos del jardín de Brăila y, a la vez, le insuflaban ánimo para recibir lo que fuese con entereza. Pero a esa sensación de plenitud rápidamente le siguió la desgana de acudir a un acto social, de sonreír, fingir interés, agradecer la hospitalidad, someterse al escrutinio de las miradas y entablar una conversación en francés con desconocidos que ignoraban lo que llevaba dentro. Una vez allí, no le salían las palabras; y se dio cuenta de que cuanto le rodeaba le parecía ajeno, los rostros difuminados por el efecto del alcohol y el mareo de salir de su

enclaustramiento, como si nada fuese con él o él no estuviera presente o tuviese fiebre o todo le resultara indiferente: una mano que no acierta a coger de una bandeja un canapé, que no obedece al impulso del cerebro, que le impide el contacto directo con lo material; la sonrisa congelada, entre formas en vez de personas; la boca seca que no alcanza a pronunciar lo que su mente ha construido; el vértigo de las voces y las caras y los colores fuertes, como si los contemplara desde un tiovivo.

Marthe Bibescu se comportaba de una forma sencilla, menos suntuosa que de costumbre, aunque con el mismo arte para cambiar de conversación que siempre; tanteando un tema, dos, tres, hasta encontrar el más adecuado; agrupando y desagrupando círculos y presentando a todo el mundo: modulando el timbre y las distancias con su talento palaciego, teatral y sofisticado. Pero Mihail no podía articular ni una frase, borroso, invisible, incapaz de recabar la atención en las conversaciones como si le hubiera desaparecido la voz o nadie lo escuchara ni se percatase de su presencia. Camil en cambio hablaba por los codos, desempeñando su papel de escritor balcánico, alabando su propia obra en un francés macarrónico, y Mihail habría acudido en su ayuda si la sordera en medio de aquel cenáculo no hubiese roto todos los puentes, si no hubiera estado tan imbuido en sí mismo y en la comedia nueva que había empezado a escribir sin terminar *La isla*, al tiempo que se hablaba en un corrillo de la ofensiva aliada.

—Un espejismo —decía Camil—. Un mero interludio antes de la claudicación definitiva.

—Estoy completamente de acuerdo —añadió el cura.

—Pues yo no me atrevería a ser tan optimista —repuso el diplomático suizo.

—¿Por qué? —le preguntó el príncipe Bibescu, con un guiño que a Mihail le pareció que albergaba una suerte de ironía encubierta—. ¿Acaso no confía usted en la potestad del Führer y de nuestro Conducător?

—El renacimiento de la Wehrmacht se consumará en cuestión de días —dijo el príncipe italiano—. Y entonces los atravesaremos como el cuchillo que entra en la manteca.

—Por supuesto que sí —asintió Braniște, mirando a Vișoianu—. Estamos todos convencidos.

Pero Mihail apenas los escuchaba y, según fuera el retazo de charla que

llegara hasta él, bien pensaba en una respuesta que no lo expusiera demasiado, bien que a *La Osa Mayor* le sobraban quince páginas de lirismo innecesario. Le desconcertaba la actitud de Braniște, de Vișoianu y del príncipe Bibescu; y mientras observaba a Camil se dijo que podía acostumbrarse al error, pero no a que quienes lo cometiesen fueran sus amigos. Cruzó una mirada con Elizabeth y notó que ella retiraba la suya, para buscar a Marthe, con una palidez apenas perceptible.

La tarde anterior había visitado a la esposa de Emil Gulian. Nadie tenía noticias suyas. Nadie podía confirmar si estaba prisionero o muerto. La mujer consultaba a echadoras de cartas y adivinas de posos de café, ponía velas, encargaba servicios religiosos, y Mihail se quedó acompañándola hasta que, antes de irse a la cama, la niña rezó sus oraciones por papáito. Al volver a casa, no pudo dormir, y entonces se dio cuenta de que llevaba tres días sin hacerlo. LUCHA COMÚN CONTRA EL BOLCHEVISMO Y LOS PLUTÓCRATAS ANGLOAMERICANOS. Los titulares de los periódicos se le desvanecían bajo los párpados, y cada vez que cerraba los ojos era como si un camión escoba barriera el suelo de nieve, gritos de niños, rumores de pasos, los Junkers o los Heinkel como un huracán cercano, y así se hundía y se hundía en la almohada hasta quedar envuelto. EL PUEBLO RUMANO LLEVARÁ ESTA GUERRA HASTA LA VICTORIA FINAL. A veces se dormía de esa forma y se despertaba con la sensación de no haber descansado, exhausto por las horas en el instituto, inhabilitado para ligar dos pensamientos, con la cabeza como una caja de guijarros.

—Su contribución histórica será base y garantía para el futuro de la nación —estaba diciendo Camil, y su voz le llegaba desde una distancia kilométrica.

Cuatro o cinco días antes, Mihail se había obligado a asistir al ensayo general en el Studio de la última obra de Camil y recordó cómo, en el teatro, aquella gente exasperada que se ponía zancadillas, se insultaba y se pavoneaba, era la misma que antes de la guerra. Sin embargo, en lugar de irritarle como antaño, le había resultado cómico. ¿Tan aletargado estaba para que los juegos en los que siempre participó ya no lo tocaran? Para eso sí que era buena la política, para olvidar las pequeñas miserias. ¿Y por qué se sentía comprometido con Camil? ¿Por qué seguía viendo y hablando con aquel hombre que ora reproducía el comunicado sobre la visita a Hitler de Antonescu, ora desgranaba el argumento de su pieza en un conciliábulo en el

que sólo se oían sus ostentaciones? Mihail tenía la sensación de que todo era irreal, empezando por sí mismo, convertido en un objeto. Quizás se debiera a su ropa, o al ambiente distendido en el que no cabía la posibilidad de decir las cosas que no se podían decir de otro modo. La gente era muy difícil, y el jardín le daba una paz que los hombres y mujeres nunca le habían proporcionado. Entre manchas descoloridas que parloteaban sin que nada de lo que decían penetrara en su interior, vio acercarse hasta él la figura estafalaria y expansiva del príncipe Bibescu, que le estrechó en un caluroso abrazo.

—Mi querido amigo, he pasado un mes en Ginebra, donde me acordé mucho de usted. Un conde me describió el París ocupado y me di cuenta de que ya no lo reconoceríamos. —Antoine echó un rápido vistazo a los demás invitados y, cambiando el tono de voz, añadió—: Pero estoy muy contento. Le he entregado mis obras al promotor Sică, y asegura que me representará alguna comedia. Quería compartir mi alegría con usted e invitarle a que viniera con nosotros otra semana a Corcova —y sin esperar siquiera a que Mihail le diera una respuesta, le preguntó—: ¿Ha leído el último artículo de Goebbels?

Mihail no supo qué contestar, pues nada más oír Corcova había pensado en una semana de dicha; aunque tampoco hizo falta; al instante, Antoine continuó:

—*Vous devez écrire toute de suite. Il le faut. Toute de suite. Pas un moment à perdre*, y cuando termine la comedia le prometo que moveré todos mis contactos para que se represente en Londres o Nueva York, después de la guerra.

HAN RESURGIDO ATAQUES RUSOS.

—Tenemos que hablar —prosiguió—. Hay algo de lo que Braniște y Vișoianu quieren hacerle partícipe.

Embargado por la calidez soñolienta del zumbido de las abejas y el vuelo de las mariposas, Mihail escuchaba también a Camil enumerando las buenas críticas que había recibido su pieza, magnificando los detalles, mintiendo directamente, cuando dos tardes atrás lo había encontrado entre pilas de recortes de prensa, desmenuzando aquellas mismas reseñas que le parecían insuficientes, maldiciendo a cada crítico que no hubiese alabado su trabajo: «No están interpretando correctamente mi obra. No comprenden cuál ha sido mi intención. No me interesa lo que digan quienes no son capaces de ver lo que sí veo yo, que voy décadas por delante». Entonces Mihail le preguntó si

sabía que acababa de caer Túnez y Camil levantó la vista, se cogió la cabeza con las manos, se puso en pie, dio unos pasitos y dijo parándose en seco: «Y ahora ¿qué haremos?».

—Stefanescu no la representará —le dijo a Antoine—. Ni él ni nadie.

—Eso es evidente, querido Mihail. Por lo que debería pensar en un plan subsidiario. ¿Ha sopesado presentarla usted mismo bajo seudónimo? Del artículo del que le hablo se infiere que habrá una intensificación de las políticas de exclusión. Goebbels ha pedido a Antonescu cuatro mil millones de lei o la deportación total de los judíos rumanos, así que me temo que no tiene qué perder. Pero de lo que quería hablarle era de otra cosa. De algo mucho más importante.

A Mihail le costó reparar en qué podía ser más importante que la masacre orquestada. Seguía con la vista a Marthe Bibescu, sin atreverse a preguntarle al príncipe dónde se había metido Elizabeth. Quizás fuese mejor así. Porque al encanto y la gracia que antes le había hecho sencillo acercarse a una mujer, por muy inaccesible que fuera, les habían sucedido la torpeza y la apatía. Se dio cuenta del revuelo cuando volvió la cara y ya no halló a Bibescu sino en el corrillo del que sobresalían las voces, los rostros de preocupación y las frases suspendidas. La campaña de África había terminado, decía Vișoianu. Lo acababa de oír Braniște dentro, en la radio. Los últimos focos de resistencia italo-germanos habían cesado. Capitulación. Y cuando alguien especuló con la posibilidad de un desembarco aliado, el diplomático suizo lo negó tajantemente. Era el mismo que, durante el almuerzo, había contado que doscientos cincuenta jóvenes, de los «destacamentos volantes», habían sido enviados en columnas a Transnistria, para compensar las exigencias del Führer.

—*Je déteste l'arrogance de De Gaulle* —dijo luego en los postres, y volviéndose hacia Bibescu le preguntó—: *Prince, aimez-vous les juifs?*

A lo que Antoine, pasando su mano por el hombro de Mihail, respondió:

—*Pas de gaffe! Notre ami est juif.*

El cura se engollipó con una tortita y derramó el té. Por su parte, Bibescu no volvió a referirse a su invitación a Corcova en lo que quedó de velada, ni siquiera cuando se despidieron.

Apenas un año después, y aunque le haya costado verlo, las mismas

barbaridades a las que nunca se acostumbró las pronuncian otros: el mismo afán por avivar la llama, por difamar, por encontrar un chivo expiatorio. Ahora, cada vez que Mihail escucha que la era abierta tras la liberación soviética traerá un hombre nuevo, que los fascistas serán ajusticiados y no quedará ni un colaborador en la universidad ni en las administraciones, recuerda las palabras que se decían en la buhardilla de la calle Melodiei o en Criterion; las mismas invectivas que lanzaban políticos, sacerdotes e intelectuales; el mismo lenguaje corrompido que, pretendiendo vaticinar el desastre, pasaban a formar parte de él, aprovechando cada momento para sembrar cizaña, alentando el encono, buscando el mejor modo de ofender al que tenía otras ideas igual que antes al que se apellidaba de manera indeseable. «Hay que negar hasta el saludo a los que asesinaron a Jesucristo. Debemos ir a la guerra antes de tolerar la desaparición de la Iglesia ortodoxa. Sin religión no se formarán hombres, sino salvajes.» Se trataba de una dilapidación análoga de las palabras, de una semejante inflación que disminuía la validez del verbo hasta que no se pudiera oír, hundido en las simplificaciones groseras y la banalidad generalizada. «¿Somos hombres o no? Quien no esté listo para darlo todo, en estos momentos de persecución, no merece llamarse rumano. Hay que estar dispuestos a defendernos por todos los medios, no sólo por los legales, porque a la hora de la defensa todos los medios valen.» Palabras venenosas, esqueletos de palabras, palabras fantasma que casi todos eructaban sin reparar en la falta de maridaje con los hechos ni consideración alguna. «En este año hemos de imponernos con nuestra razón, o con otras fuerzas si no bastara. La cobardía de los partidos ha permitido que los que en las cloacas nefandas se agitaban hayan sabido aprovecharlo para ponerse al frente del destino de nuestra patria.» Una civilización de palabras es una civilización malsana, decía Eugen Ionescu. Y si daba miedo pensar en el país que quisieron sus amigos pero en el que prefirieron no permanecer, se dice Mihail, también asustaba el que parecía quererse implantar tras la caída de Antonescu, pues en ambos las palabras eran medios de la bestialidad calculada.

Porque de repente apareció toda una pléyade de comunistas, y lo que habían gritado con tanto ímpetu los legionarios, o los popes religiosos o los partidarios furibundos del mariscal, no era tan distinto de lo que invocaban ellos. JUZGADOS LOS CRIMINALES DE GUERRA. Quizás Vișoianu lleve

razón, barrunta Mihail, desesperado por el inoportuno retraso del tranvía: quizás convendría contar lo sucedido para que no se olvide que mientras millones de esclavos soviéticos habían rezado por su liberación a manos del ejército hitleriano, millones de víctimas de los campos de concentración alemanes habían aguardado ser liberadas por el Ejército Rojo. Aunque los rusos no sólo traían la derrota de Hitler, sino también la del antiguo sistema que querían reemplazar por el suyo. Y los vencedores impondrían su unanimidad, reescribirían la historia, blanquearían sus atrocidades en nombre del orden nuevo. EL INTERROGATORIO CONTINÚA. Para que no se repitiese, insistía también Bachman; como si fuera mi obligación, piensa Mihail; pero ¿acaso recordar era garantía de nada? RUMANÍA VA A IMPORTAR DE LA URSS GRANDES CANTIDADES DE MATERIAS PRIMAS. Para combatir en todo caso la estupidez más que la maldad. Porque de pronto los ganadores se confundieron con los vencidos y las víctimas con los verdugos, todos revueltos en la muchedumbre que vitoreaba a las tropas rusas, las mismas miradas de entusiasmo que recibían agradecidas el fin del yugo alemán y que habían calumniado, instigado, contribuido o estado dispuestas a hacerlo. IMPORTANTE DISCURSO DE MÓLOTOV EN LA CONFERENCIA DE SAN FRANCISCO. Los carceleros junto a los perseguidos. EL HERMANO DE GOEBBLES, CAPTURADO. Los criminales junto a los vituperados. LUCRETIU PĂTRĂȘCANU, MINISTRO DE JUSTICIA. Los mismos periodistas y escritores que, de la noche a la mañana, escribían con exceso idéntico como perros fieles pero para diferente amo. EL PROFESOR STOILOV INAUGURA EL CURSO DE LA UNIVERSIDAD LIBRE DEMOCRÁTICA. Durmiși había sido el primero en verlo: «Construir algo valioso, duradero y viable requiere mucho tiempo, mucho esfuerzo, una labor que incluso puede ser ingrata y tediosa; destruirlo es rápido y no cuesta prácticamente nada; además tiene el impacto inmediato que la lentitud de la construcción hace imposible: la democracia nunca se parecerá a ningún paraíso y sólo despertará lealtad cuando se pierda». FULANITO SE RELACIONÓ CON OCTAVIANGOGA. Las mismas huestes que levantaban el brazo en diagonal y ahora cierran el puño. SE CONFIRMA QUE MENGANITO COLABORÓ CON MIHAIA NTONESCU. Durmiși fue el primero en padecerlo. ZAHARIA STANCU TAMBIÉN ESCRIBIÓ PARA *PORUNCA VREMII*. Y después el mismo pueblo que era en sí su mayor desgracia, que no podía ser inocente, que seguía gritando a coro o callando o

haciendo gestos o lanzando mueras con pasión desbordante.

A Durmiși le negaron su reingreso en la universidad; llevaba semanas que no quería tener contacto con nadie; había dado de baja su línea de teléfono o lo mantenía descolgado. «Comeremos todos *mămăligă* y cebolla, comenzando por el gran Rădescu», había oído Mihail a Belu Zilber sobre el primer ministro que todos consideraban interino tras el derrocamiento del Conducător; lo mismo que le había escuchado a Nae en relación con el ministro de Exteriores que no ocultaba sus simpatías anglofrancesas antes de la guerra: «Comeremos todos *mămăligă* y cebolla, comenzando por el gran Titulescu». Dentro del gobierno del Frente Nacional Democrático estaban quienes, como Maniu y Rădescu, pedían prudencia y quienes, como Groza o Gheorghiu-Dej, exigían la aceleración de la reforma agraria y los juicios sumarios. Iuliu Maniu cumplió con su deber de forma imperfecta, como no podía ser de otro modo, pero su fracaso a la hora de profundizar en la democracia de un país estamental no se recordaba, sino que lo que se invocaba eran sus manejos para «engañar al pueblo» e «instalarse». En la manifestación de febrero ante el Palacio Real, Mihail vio a Zilber gritar bajo un retrato inmenso de Stalin: «¡Con su puño de hierro nos conducirá a la felicidad!». Y tras arremeter contra Rădescu, la prensa hizo lo propio con Maniu, hablando de nuevo de fórmulas «caducas», de «pescar en río revuelto», de la «farsa burguesa», o de que el fin justificaba los medios si la partida se jugaba con las reglas del críquet liberal. Los mismos expertos en camuflajes semánticos; el mismo truco obsceno; la misma forma de falsificar: todos los logros de la Historia han requerido sacrificios, liquidación física en vez de ejecución, criticarnos es dar alas al enemigo. Querían, una vez más, que la política estuviera en todas partes en todo momento. Y ser burgués, como antes ser judío, conllevaba casi la expedición de un certificado de muerte. Alemania debe vencer y vencerá. La URSS debe vencer y vencerá. La misma ficción gramatical, la misma desmesura de las metáforas, la misma hinchazón del vocabulario. Para talar árboles hay que levantar astillas. Las decisiones no las toman los hombres, sino el pueblo. El bien común debe aceptar como necesario hasta el derramamiento de sangre.

Los hombres excepcionales surgen de las sociedades en crisis, decía Mircea, decía Belu Zilber. Acabar con los perros rabiosos, con los beneficiarios del nepotismo democrático, con Judá, con los

contrarrevolucionarios; exterminar a las sabandijas, los piojos, las cucarachas; ¡acabad con las ratas!, ¡matadlas a todas, hasta la última! El gran timonel tiene fe en sí mismo, es tenaz, calmoso e inquebrantable, ha atado a su ancla el cable más sólido y dirige la Historia. Más la liturgia de las religiones políticas, con sus marchas y desfiles, con la subordinación del presente al porvenir en aras de la necesidad histórica, con la santificación de la muerte abstracta y las justificaciones de las concretas. Un orden fuerte que sustituyera al caos parlamentario, que limpiase el Estado de parásitos. Un cuerpo doctrinal que cubriese todas las áreas de la existencia humana, incluso lo que ocurría en las cocinas. No quieran pensar o saber, sólo creer. Los nuestros o ellos. «Dictar más que prohibir, camarada, operar de modo profiláctico», escuchó Mihail en el despacho de *România Liberă*, propagando lo conveniente, dando las consignas que generasen la nueva opinión pública, desde arriba, los ecos de la formulación pregonada a las masas a las que había que instruir además de alimentar, lanzando los lemas, ¡despreciad a los traidores!, ¡guerra a los burgueses!, ¡a la picota con los vendidos!, ¡muerte a Iuliu Maniu!, la industrialización será el cimiento del Estado, nosotros construiremos el socialismo, eslóganes que se aferraran poco a poco al cerebro y solapasen el argumento. Y como las palabras eran gratis, uno podía seguir diciendo lo que fuera. Mircea: «La guerra crea cultura. El ciclo de Pericles fue el resultado de las guerras médicas. Con las guerras púnicas los rumanos cimentamos nuestra cultura». Gheorghiu-Dej: «Acabaremos con los explotadores del pueblo, con las élites financieras, con los politicastos, los oligarcas y los intelectuales humanistoides». Cuestiones de táctica, de estrategia, de lucha generacional. Marietta Sadova: «Si en este país sólo votaran los menores de treinta y cinco años, Codreanu ya sería presidente». Los patriotas contra los traidores. La gente contra los acomodados. Extirparlos. Misión providencial. La palabra haciéndose carne y generando una montaña de cadáveres. Mihai Antonescu: «Contra el espíritu judío que permitió la alianza del gran capital con el marxismo». Ana Pauker: «Contra el espíritu burgués que permitió la alianza del gran capital con el fascismo». Al igual que Pauker, Gheorghiu-Dej había estado en la cárcel pero, a diferencia de ella, representaba al obrero rudo y auténtico, desvinculado de la *intelligentsia*. Nuestra causa es justa; la suya, asesina. La razón, la verdad, el destino, estarán siempre de nuestra parte. Porque lo importante era permanecer en el bando correcto, aunque sólo fuera por no hallarse sin amigos.

—Obsérvalo bien, Mihail —le dijo Constantin Noica—. Entre el lenguaje ordinario de los nacionalistas y bolcheviques, y el elevado de los intelectuales rumanos, apenas hay diferencias estilísticas.

Prensa, carteles, banderas, uniformes: la misma acción de propaganda y de proselitismo; la misma demagogia; el mismo aire radical y agresivo. Para satisfacer los ardores. Para defenderse contra la invasión judía, nazi, marxista, contra la última fase del capitalismo. La idea de que el cambio real sólo se podía producir por medio de la ruptura tajante. La mistificación del terror con el entusiasmo. Pătrășcanu: «El ciudadano soviético es libre para manifestar su disgusto y, si no lo hace, es porque éste no se da». A Mihail le contaron que, en la última redacción de *Cuvântul*, había dos retratos: el de Ion Antonescu y otro de Codreanu; del despacho del director de *România Liberă* colgaban el del rey Miguel y el de Stalin. Y el Partido Liberal, que seguía siendo el mayor enemigo del pueblo aunque prácticamente hubiera desaparecido como antes casi no existía el Comunista, hatajo de corruptos, igual que los del Partido Nacional Campesino. Codreanu: «Unámonos todos para crear, para nosotros y nuestra raza, otro destino. Se avecina la hora de la resurrección. ¡Tiempos nuevos llaman a nuestra puerta! Muere un mundo de almas secas y nace otro lleno de fe». Vishinski: «El Partido es la encarnación de la idea revolucionaria en la Historia, la cual no conoce escrúpulos ni vacilaciones y nunca se equivoca. El revolucionario sabe que la Humanidad importa siempre más que los individuos y no teme las consecuencias de la lógica. El sentimentalismo burgués y su noción hipócrita de ética sólo pueden producir desprecio». Ion Antonescu: «No es una lucha contra los eslavos, sino contra los judíos. Es una guerra a vida o muerte. O vencemos nosotros y el mundo se purifica, o vencen ellos y seremos sus siervos. Satanás es judío. El patriota rumano ha de erradicar la plaga nacional. Si es necesario, ametralladlos». El emisario de Zhdánov: «El factor decisivo es nuestra voluntad inflexible. El que se ablande y debilite no tiene lugar en nuestras filas. El que siembra una atmósfera de pánico les hace el juego a nuestros enemigos». Cioran: «La moral no existe». Belu Zilber: «El único criterio moral es lo que es útil para el proletariado». Durmiși: «Hoy que la habilidad y la dignidad están reñidas, y quien posee la una tiene que prescindir de la otra, me obligan a declararme culpable de haber puesto a los hombres reales por encima de la humanidad». Los miopes, los estetas, los imbéciles, los tibios, los cobardes: los que no

comprenden. Ana Pauker: «Ninguna masa de injusticias individuales puede llegar a constituir por sí misma evidencia suficiente sobre la injusticia general del sistema». En el libro recopilatorio de los artículos que publicó en *Vremea* y *Cuvântul*, Mircea puso en primer lugar «Invitación a la barbarie».

A los subsecretarios de prensa los habían sustituido los comisarios políticos, los enviados de Moscú que trasladaban las instrucciones de Zhdánov sobre lo que se podía o no publicar, los lugartenientes de Vishinski que estimaban que el gobierno de Rădescu no delimitaba bien quiénes eran los enemigos del pueblo, aquel secretario personal de la mujer que Mihail vio sentada en el banquillo de los acusados en el proceso de Craiova de 1936. Todo el mundo decía que la influencia de Ana Pauker dentro del Partido era mayor que la de Pătrășcanu, aunque hubiese rechazado la secretaría general; aunque se rumoreara sobre la muerte de su marido, cuando los dos fueron trasladados un año después del juicio a la URSS, donde los acusaron de traidores trotskistas. Belu Zilber insinuaba que la Pauker hizo lo que tuvo que hacer, testificar contra su esposo, y que tras su negativa a liderar el partido había algo relacionado con tener a un hermano en Israel, por más que su asistente personal fuese uno de los jóvenes legionarios que conoció en prisión y a los que ahora había reconvertido para la causa proletaria. El lobo no puede hablar del miedo de las ovejas. Mihail lo vio entrar aquella mañana en las oficinas de *România Liberă*, dos pasos por detrás de ella, con su perfil anguloso, la cabeza muy repeinada, los hoyuelos en las mejillas, mirando a un lado y a otro, con los ojos fulminantes que él conocía tan bien de su época universitaria, de sus charlas en *Criterion*, del funeral de Nae Ionescu. Pasaron al despacho del director del periódico, junto al enviado especial de Zhdánov, el traductor y aquel hombre con la chaqueta cruzada del ejército soviético, de aspecto flatulento, pelo cano y gafas redondas que, sólo cuando se fueron, supo que se trataba de Vishinski. En la redacción estaban tan azorados que, sin que nadie lo advirtiera, Mihail trasladó una máquina de escribir al rincón de la mesa más próxima a la mampara que la separaba de dirección y, desde allí, pudo escucharlo entre el tableteo de las teclas.

—Un escritor, un periodista, sólo puede ofrecer un retrato maduro y responsable si está de acuerdo con el progreso y en contra de la reacción.

Palabras en ruso y después el mismo traductor:

—El camarada Kirlov dice que iría más allá, camarada Vishinski. Pasada

la fase de transición, la prensa tendrá que convertirse en el engranaje y el tornillo de la lucha de clases. En una pieza fundamental de la organización unificada del Partido.

—Pero eso es tendencioso. —Mihail reconoció la voz del director.

—¿Usted es de los que creen que la prensa puede ser apolítica?

—No, no, claro que no.

—El lenguaje ha de militarizar las fuerzas forjadoras de la imaginación. Erigirse en arma del proletariado. Héroe positivos, eso es lo que el camarada Stalin espera de los escritores. Conceptos como espontaneidad, formalismo irracional o desesperación del individuo no casan con el materialismo científico. En el hombre no hay nada. Y la prensa debe plantar batalla, por medio de la retórica de la persuasión, para erradicar los malos hábitos. Nunca se sabe cuál es la brizna de paja que hace inclinar la balanza.

Ruso. Traductor.

—El camarada Vishinski pide que no caigamos en la susceptibilidad. El revolucionario ha de podar sin escrúpulos las ramas sin perder el tiempo comprobando cuál está podrida. Y el periodismo es el principal medio de reeducación.

—El objetivo no es destruir la peculiaridad nacional, sino a los enemigos de clase empezando por los liberales. Y por liberales no me refiero sólo a los militantes del Partido Liberal, sino a cualquier superviviente de la mentalidad burguesa y el cosmopolitismo desarraigado, a aquellos que dudan o se creen interiormente libres.

—Entendimiento inmediato, camarada Pauker —chapurreó en rumano el emisario de Zhdánov—. Así, sí. —Y prosiguió en ruso.

—Reaccionario es todo el que se oponga a los procesos históricos ineluctables, añade el camarada Kirlov. Todo el que practique el escapismo.

Traductor. Ruso. Traductor.

—Pero la labor reeducativa ha de ser progresiva, sin que nadie se dé cuenta de cómo operamos para curar, dice el camarada Vishinski. Al igual que en cualquier proceso complicado, hay que dar una explicación simple que resulte asequible y ofrecer víctimas propiciatorias. Por eso discrepa de usted, camarada Pauker, respecto a que la colectivización, como sucede con el realismo socialista, deba ser abordada desde un principio. No se precipite. Déjelo para una etapa ulterior. Y que no se note el propósito. No se puede

comer deprisa la Historia para luego vomitarla de golpe.

Ruso.

—Por otra parte, no será obligatorio el elogio de la Unión Soviética, dice el camarada Kirlov. Nos conformamos con que no se publiquen críticas infundadas que vayan contra el materialismo histórico.

Mihail azuzó el oído y, entre la confusión de voces en ruso y sus traslaciones al rumano, distinguió el nombre de Pătrășcanu en boca del traductor, el de Petru Groza pronunciado por Vishinski, la advertencia de que erradicaran cualquier atisbo de conspiración y a Ana Pauker proponiendo a Belu Zilber para algo. Entonces escuchó la respuesta que dio Kirlov, el hombre bajo con la cara picada de viruela que era el emisario de Zhdánov:

—El camarada Zilber, no. No es políticamente fiable. A ese judío lo queremos fuera.

—Le recuerdo, camarada Kirlov, que *Pravda* fue creado y dirigido durante mucho tiempo por judíos.

—Y yo le recuerdo a usted, camarada Pauker, lo que le ocurrió a su marido.

El remolino del ir y venir de la ciudad, el griterío y el ruido de los automóviles y camiones, un organillero, un carruaje tirado por un burro seco, una ráfaga de aire, el vuelo de los vencejos. Cielo y árbol. Niños jugando. Una sábana colgando de un balcón, balanceándose intermitentemente. *Bucarest, 27 de mayo de 1945. Querido capitán Bachman: He estado reflexionando sobre su oferta y he decidido aceptarla. Me refiero a la de escribir guiones para Hollywood. Sobre la otra en cambio, que fue más una invitación que una oferta según creí entender, no estoy tan seguro.* Mihail siempre había amado la vida pero considerado peligroso vivir. Con su aire de abandono. Con sus herpes en los labios, erupciones en la piel y diarreas sin venir a cuento. Con la incomodidad de compartirse consigo mismo. Con la inquietud y la intriga de las cosas conglomeradas en un sitio cercano, como si un acontecimiento tremendo estuviera a punto de suceder, alejado de ese punto que nunca conseguía captar, como un vacío en torno al corazón de la vida cuando nada existía fuera de él. El que busca no encuentra, decía su madre, y quien no busca es encontrado. Fue la guerra lo que le hizo salir. La guerra y las discriminaciones raciales. Los hechos.

En el cristal de un vehículo que se ha detenido ha visto reflejado su rostro. Una cara que ya no mostraba su apasionamiento pero tampoco sus crisis íntimas, sus ganas de sorberlo todo: la de un hombre entregado por completo a sus problemas personales, pendiente de las mujeres, de humor variable, cada vez menos autosuficiente, sin sentido de la proporción ni principio de realidad, el más ceñudo y el más alegre. Hasta que quedó arrasado por la inercia del rechazo. *He estado pensando desde la última vez que hablé con usted, tras una conversación similar con Constantin Vișoianu, y en estos momentos me inclino por no escribir lo que ambos me sugirieron, sin duda con la mejor de las intenciones.* Esa vergüenza, ese gesto esquivo, ese temor retraído en los ojos y esa culpa los había visto también en la mirada de sus amigos adinerados: en Zissu, que no había estado interno en ningún campo sino que se había escondido sin decirle nada a su esposa, y que cuando decidió salir a la luz fue a ver a Mihail para ofrecerle setenta mil lei, para pedirle disculpas si en algún momento no supo ayudarlo; o en Aristide Blank, que le dijo que había decidido arruinarse voluntariamente para no enriquecerse con el petróleo bajo los alemanes pero que, como no podía seguir en Bucarest, se había refugiado en su casa de los Cárpatos.

Cada uno trataba de ponerse a salvo, conscientes de que en un segundo desaparecería todo. Nadie podía hacer nada por él ni él podía hacer nada por nadie. Podían intercambiar saludos y sonrisas, pero todos vivían en su aislamiento, yendo de un sitio a otro buscando soluciones imposibles, afanados en lo mismo. *Ustedes me decían que no podía rechazar mi papel de juez. Que en eso estribaba mi labor. Que yo era el especialista y mi deber, guardar memoria. Pero créame si le digo que, precisamente yo, no tengo derecho a quejarme, pedir ni protestar por nada. Porque del mismo modo que nadie debería sentirse obligado a satisfacer mis peticiones, tampoco nadie debería sacar provecho o arrogarse un privilegio permanente a partir de su supuesto papel de víctima.* Mihail andaba entre ellos como una sombra, como un ausente. Hablaba, veía, oía, contestaba, se extrañaba y asentía pero más allá de toda esa agitación superficial estaba solo consigo mismo. A la noticia de que habían deportado a Filderman por sus comunicados enviados a Suiza y sus protestas contra las cargas impuestas a los judíos, reaccionó con una frialdad imparable. En qué momento un hombre deja de ser un hombre, deja de sentir. Y sin embargo, allí estaban. Zissu, Aristide, él. Sobrevivieron,

se dice Mihail. ¿Qué podía saberse de la naturaleza humana?

Recuerda que, a principios de junio de 1943, se encontró con Constantin Noica, a quien hacía mucho que no veía. Estuvieron hablando de la visita de Mircea. Y Dinu le contó la discusión que tuvieron en casa de Vulcănescu.

—Le dije que se había contentado con convertirse en un técnico y servir al Estado fuera cual fuera su gobierno. Que no había hecho nada cuando asesinaron a Codreanu. Que la guerra no era un problema decisivo. Que el problema era colaborar o no con un Estado que podía estar regido ayer por un rey, hoy por un mariscal o mañana por un sovieta, sin conflictos de conciencia, excusándose simplemente en que se es un técnico. Mircea trató de escaparse argumentando que lo único que contaba era la esencia rumana, cargando contra la tecnocracia del poder. Y entonces tuve que rebatirle que cabía la posibilidad de que los mitos arcaicos de los que él hablaba, presentándolos en su incorruptible verdad, pudieran ser también en su origen un truco del mando tecnocrático, simple arcano recuperado por el poder precisamente.

Mihail había olvidado esa forma de hablar. Se lo dijo y Dinu le respondió haciendo aquella analogía estilística que lo dejó aún más aturdido. Fue Noica quien le reveló que, si Mircea no se puso en contacto con él, fue porque llevaba un mensaje de Salazar para los Antonescu y sabía que lo vigilaba la Gestapo. Y cuando señaló que se marchaba a Berlín para dar una conferencia sobre «La tensión interior de la cultura rumana», Mihail no pudo evitar una sonrisa. *Yo no soy una víctima, Larry. Yo sobreviví. Otros no podrán plantearse siquiera contarlo. O tal vez sí, en la mente de los vivos. Pero si quienes han pasado por una experiencia peor deciden callar, quizás es porque no encuentran palabras para lo que ni ellos pueden explicarse.* Desde ese día en que se encontró con Noica, cada noche, cuando no podía dormir o vagaba como un ciego entre el sueño y la vigilia, Mihail imaginaba que hablaba con Nina o Mircea de cuanto había permanecido latente y no se atrevieron a decirse, de lo que le hubiera gustado decirles y no dijo nunca.

«Tienes ojeras.» Después de que tantas cosas se hubiesen desmoronado, de vez en cuando le venía una frase intrascendente. La voz de Leni. Una imagen a la que rápidamente se superponía otra. Septiembre del 43. Vestíbulo del Athénée Palace. Observó que la noticia corría de boca en boca, como una descarga eléctrica. De pronto entró un oficial italiano.

—*Siete italiano?* —le interpeló Bibescu.

A Mihail se le heló la sangre. El hombre se acercó a la mesa en la que estaban sentados y respondió:

—*Si, io sono italiano.*

Entonces Antoine se puso en pie y, antes de abrazarlo, le dijo:

—*Monsieur, vous n'êtes plus en guerre. Votre pays a fait la paix. Ou vous haïssez Badoglio?*

Conforme se precipitaron los acontecimientos —recalificación general del frente ruso, retirada alemana hacia el Dniéster, Donetsk, Salerno, liberación de Mussolini por las SS— su vida se fue abriendo poco a poco: volvió a salir sin temor durante el verano, empezaron a invitarle de todos sitios, comenzó a dejarse llevar por cualquier bagatela; aceptando pequeñas obligaciones por amabilidad, por descuido, por intemperancia; hasta llegar de nuevo al desorden en el que no encontraba ni una hora en la que sentarse a escribir sosegadamente. En septiembre fue a Corcova y, aunque se repuso como si hubiese estado durmiendo nueve días seguidos, acabó hasta el gorro de las excentricidades del matrimonio Bibescu. La víspera de su regreso, en cambio, paseó solo al atardecer por la viña y el prado lo atrajo con una fuerza inusitada. Sentía el temblor del otoño viniendo de lejos, por la hierba y los árboles, atravesándolo. La luz llameaba cárdena, proyectándose en el camino de vuelta sobre los parterres de dalias y hortensias del jardín, sobre el césped recién cortado. Se quedó mirando a Elizabeth y, ante la blancura de su tez, no halló ni un resto de sentimiento. El aire le golpeó las mejillas como el ala de un pájaro. Entonces experimentó una sensación de hermandad hacia aquella mujer, que de repente le pareció tan frívola como Leni, mientras adquiría conciencia del mal gusto de su vestido. ¿Fue eso? Era un estado silencioso de tranquilidad. ¿Cuánto había durado la noche? ¿Qué ganaron con despedazar a la gente? ¿Cómo expresar la ofensa? Una nostalgia sin nombre que no había sentido en ningún sitio, quizás porque nunca había sabido mirar de cara al otoño como podía hacerlo tras sobrevivir a aquel invierno que finalizaba tan tarde, a destiempo.

Camil y Rossetti veían las cosas desde otra perspectiva. Si era cierto que la guerra iba a pasar de lleno por Rumanía, dijo Rossetti, eso significaría más

bombardeos, más destrucción y más estragos. Las preocupaciones de Mihail, sin embargo, eran de orden interno: que los alemanes en retirada prescindieran de Antonescu y formasen un gobierno legionario. Los judíos de Dinamarca estaban siendo aniquilados. «*For sufferance is the badge of all our tribe*», se acordó de lo que decía Shylock. Pero otras veces la angustia se le adormecía, lo dejaba en paz e incluso había noches en que le permitía conciliar el sueño.

Celebró el Yom Kippur. Ayunó. Fue al templo a escuchar el *shofar*. Por encima del hombro de alguien intentó deletrear el *Avinu Malkeinu*. ¿Por qué? No se trataba de creer ni de querer creer. Sino de una necesidad de reconciliación consigo mismo. De mantener el honor y la conciencia. De refugio. De calidez.

Y un día se dio cuenta de que habían cesado las conversaciones imaginarias. Con Nina. Con Leni. Con Beno. Con Mircea. Con Nae.

No sabía nada de Rebreanu, que había estrenado en el Nacional una obra antisemita titulada precisamente *Shylock*, desde el asunto aquel de la faja del libro de Cella Seni. Cella podía sufrir incontinencia emocional, se dijo Mihail, pero sin duda lo había apreciado y tenía talento. Se arrepentía de su comportamiento con ella. ¿No había reproducido la relación que mantuvo con Mircea invirtiendo los papeles? A casa de Rebreanu fue por Camil, que le invitó a una lectura para amigos de su última novela. Se lo pensó mucho antes de ir y luego lo lamentó. ¿Qué podía decirles a los viejos conocidos que habrían justificado su deportación o exterminio? Pensó en Mircea y se dio cuenta de que tampoco tenía nada que le pudiera decir. Notó el cambio de actitud de los demás. Aquella falta de interés que apuntaba al olvido y a toda suerte de nuevos compromisos. La hipócrita manera de ser amables. Una debilidad impostada. Aquí no ha pasado nada. Yo no quise. Fueron las circunstancias. Entonces ¿no creyeron que estaban eliminando la escoria del país? Y ¿por qué volvía él?, se preguntaba Mihail. ¿De verdad iba a pasar la guerra sin romper nada entre ellos? ¿Cómo era posible que entre su vida anterior y la de mañana no se impusiera nada irrevocable, nada indestructible, una cesura definitiva?

Viento, frío, otoño. Y sólo un deseo: una casa abrigada en la que leer y escribir con calma, laborioso y paciente, junto a una mujer, sin inhibiciones. Reírse juntos.

El Ejército Rojo atravesaba el Dniéster. Preocupación en las calles. Como si comenzaran a sentir el aliento del dragón. Mihail oyó a un escritor asegurar que se suicidaría si Alemania perdiese la guerra, que no podría vivir en una Europa ocupada por los descendientes de los presidiarios rusos y los emigrantes americanos, retornados para destruir la cultura de Occidente. También escuchó a un profesor de Iași contar la matanza de junio del 41: «Fue el día más salvaje de la historia».

OPTIMISMO ACENTUADO EN BERLÍN, titulaba *Universul*. Y al abrir el periódico: «En las últimas 24 horas el enemigo no ha conseguido adelantar ni un kilómetro». Estabilización «relativa», decía sin embargo un comentarista, en un inverosímil verano repentino a finales de octubre, cálido y sereno, que propiciaba que los combates continuasen «con una violencia que no cesa», el parte alemán informando de la evacuación de Kiev y, sólo unos días más tarde, noviembre frío, nuevamente.

Un rostro al doblar una esquina, casi donde Mihail se encuentra ahora. Dos o tres días después de que entraran las tropas soviéticas. Una cara familiar pero que no se correspondía con ese sitio: las arrugas de la frente muy pronunciadas y morenas, la barba desgredada, el mal olor. Con un gorrito de soldado en el que, tras la mugre, podía apreciarse la estrella roja. Sólo cuando el hombre le extendió la mano con la palma abierta, reconoció al vagabundo de Calea Victoriei que se les acercaba siempre que Alice iba a recogerlo en coche. Más imágenes: dos niños desnutridos rompiendo los cristales de una casa para desvalijarla, anuncios en los periódicos ofreciendo recompensas por objetos robados, alimentos descompuestos, mujeres encorvadas con largos faldones negros, un bizzo con cataratas, las velas depositadas a las puertas de las iglesias. Y otra: un tullido, con los muñones de ambas piernas al descubierto, llagados, bajando por la cuesta de Smărdan, desplazándose con las manos, mientras pedía también limosna.

Con el fin de presentarle sus condolencias por la muerte de Haig, y verla una vez más para inspirarse en el personaje de la señorita Coucou, fue a visitar a Marietta Sadova y la encontró con las mismas lágrimas, los mismos desmayos y las mismas modulaciones que siempre, hasta el punto de que en un arrebato apremiante se le colgó del cuello y le gritó a la oreja: «¿Qué será de nosotros, Mihail? ¿Qué nos harán los bolcheviques?». Cuando se calmó un poco y cesó su gama de gemidos dolientes, el pelo como un algodón que pudiera salir volando con un golpe de aire, le contó que había visto a Nina en Bucarest, demacrada y raquítica, y aunque ella no le quiso decir lo que le ocurría, Marietta se enteró poco después de que había sido operada sin que Mircea supiera nada, antes de regresar a Lisboa con Giza. Tenía cáncer. Cáncer de útero. ¿Sabía él algo quizás? Mihail se quedó mirando al vacío, negó con la cabeza y fue en busca de su amigo Mouton, afectuoso y cabal a modo de contrapunto.

Mouton era un hombre amable y tímido, con una sonrisa que parecía pedir perdón por una falta permanente, un estudioso que se atrevió a contactar con él para que leyera el manuscrito de un ensayo que había escrito sobre Proust, cuando nadie tenía el valor ni de saludarle. Como en Durmiși, Mihail vio en él una templanza genuina, una mezcla de inteligencia sin petulancia y cordialidad tan inusual que le despertó una corriente de simpatía instintiva. Ya sólo estaba cómodo con personas en desacuerdo con su época, como Durmiși o Mouton, quien sin ser judío parecía tan atónito como Mihail y, al no ser comunista, se debatía entre la esperanza y el escepticismo. Sentados en un café, disfrutando de la conversación como hacía mucho, Mouton, que parecía vacunado contra la inclemencia, le dijo de repente:

—Leemos, trabajamos, vemos a otras personas y hacemos proyectos, pero más allá de todo se cierne la sombra de los desastres que todavía pueden llegar.

Exceptuando a Braniște, Vișoianu y Alice, se daba cuenta Mihail, el resto de sus conocidos estaban aterrados por la proximidad de los soviéticos. Seguían empeñándose en que los alemanes no habían perdido aún la guerra ni la perderían jamás. «Sólo atraviesan por una fase de crisis de la que pronto saldrán fortalecidos», decía Camil, «preparando un avión invisible y un proyectil con propulsor con los que en primavera destruirán Londres». O el mismo Rossetti: «Están descansando para, cuando termine el invierno,

aniquilar a los rusos». Rossetti sostenía que siempre había ido con los ingleses, pero que eso no era óbice para evaluar la guerra «con objetividad», y que todavía era pronto para descartar la victoria alemana. Marietta y Froda estaban descompuestos y afirmaban que en dos meses los bolcheviques entrarían en Bucarest y perecerían todos, «judíos y rumanos», indistintamente.

Como quería consultar otros libros sobre Shakespeare en la universidad para el curso monográfico que le ofrecieron repetir en el instituto, Mihail tuvo que presenciar la clase de la única persona que podía conseguirle un pase de lector: un profesor ayudante de Nae Ionescu, militante legionario, que empezó hablando a un auditorio disminuido sobre las mismas cosas que Nae pero sin su ingenio, y luego lo mezcló todo hasta acabar alabando el valor de Churchill sin que nadie, ni siquiera el orador, se diera cuenta del acto de subversión que estaba cometiendo. Ya nada importa, pensó Mihail. Nadie se replantea nada. Nadie tiene la más mínima necesidad de retractarse. Un comentario adulador sobre el Reino Unido parecía carecer de consecuencias tanto para quien lo enunciaba como para quienes lo escuchaban.

Lo cierto era que, tras la derrota de Stalingrado, la presión antisemita aparentaba haberse suavizado y, una noche, acudió con el príncipe Bibescu a una representación de *Las bodas de Fígaro* sin el temor con que lo había acompañado, meses atrás, al teatro. Se atrevió incluso a preguntarle por Elizabeth.

—Está en cama —respondió Antoine—. Parece que se le ha complicado un catarro. Pero yo no puedo estar todo el día junto a su lecho, como pretende ella, con lo independiente que se ha jactado de ser siempre. Necesitaba oír algo hermoso y por eso lo he llamado.

¿Desde cuándo no iba a la ópera?, se preguntó Mihail. ¿Desde cuándo no escuchaba a Mozart? Sólo con ver el edificio del Ateneo iluminado como un palacio dieciochesco sintió una emoción profunda. Le deleitaba todo lo que había mirado tantas veces y era como si lo descubriese por primera vez: la profusión de amarillos, dorados y rosas, sus curvaturas, la mezcla de neoclasicismo y barroco bizantino sustentada en pilares griegos. Y nada más que dio comienzo la obra, por mucho que la puesta en escena fuera pésima, qué riqueza, cuánta juventud, qué maravillosa facilidad; decenas de motivos musicales que podrían haberse convertido en pretextos de sinfonías o piezas de cámara; aquella variedad de temas entrelazados generosamente, casi con

indiferencia. En el vestíbulo, durante el intermedio, le preguntó a Bibescu si conocía a algún artista, de la época que fuese, con un don para transmitir alegría superior al de Mozart. Volvió a casa tarareando: «*Un desio..., un desio..., un desio ch'io non posso spiegar...*», y sólo al ver el *Universul* de la mañana sobre el aparador, que con el nerviosismo de volver a la ópera no había tenido tiempo ni de ojear, supo dónde y en qué momento se encontraba: EL MANDO MILITAR ALEMÁN VUELVE A HACERSE CON LA INICIATIVA EN EL ESTE.

Eso le bastó para que se despertase a la mañana siguiente enfermo; no enfermo literalmente, con dolores y fiebre, sino sin ánimos, sin fuerzas para levantarse e ir al instituto. Porque el nuevo estado de cosas no le había producido ningún ingreso, se arrepentía de llevar una vida mundana, saliendo por ahí como antes de la guerra, como si ya no sucediera nada, como si los periódicos no hablasen de ciudades reconquistadas por más que a los pocos días callaran, aunque de la información censurada pudiera deducirse que Berlín estaba sufriendo bombardeos, que los rusos habían reanudado su avance y que Montgomery proseguía hacia al norte de Italia. Tenía que detenerse a leer entre líneas las noticias para superar el abatimiento de los titulares, para poder terminar la traducción de *Orgullo y prejuicio*, pedirle prestados a Leni el gramófono y los discos de Mozart que él mismo le regaló, volver a escuchar el *andantino* y respirar, respirar por un momento.

Entonces llegó una carta de Poldy, recuerda Mihail, que hizo que su situación se le volviera aún más ridícula. Poldy estaba enfermo de verdad y tenía que operarse. Durante tres meses de 1941 había permanecido en un campo de internamiento y salió de allí con la salud quebrantada. Pero ni lo contaba hasta ahora, ni especificaba cuál era su dolencia. Sólo escribía: «Pasé mucha hambre, un hambre terrible», mientras ellos no sabían nada. Al terminar la carta de su hermano Mihail se percató de que, cada vez que tenía la inconsciencia de olvidarla, la guerra se le revelaba como una pesadilla inacabada. En cuatro años no había dejado de pensar en Poldy ni un instante, un empeño inútil que no impedía ni su degradación ni el titular de la mañana, DOCE MIL DETENIDOS EN FRANCIA: que la guerra hubiera pasado por su vida arrasando todo lo que amaba.

Había quedado para leerles *La Osa Mayor* a una actriz y un empresario teatral, y fue sin ganas, sin la menor ilusión ni perspectiva. Sin embargo, su

lectura tuvo un efecto tan entusiasta que decidieron ponerla a ensayar inmediatamente. Mihail pasó toda la noche dictándole el manuscrito a tres mecanógrafas. Al día siguiente la obra estaba en el teatro, firmada bajo el seudónimo de Victor Mincu, un supuesto profesor que prefería permanecer en el anonimato. Le convencieron para que cambiase el título a *La estrella sin nombre*. Le pagaron un pequeño adelanto. El director de escena, al corriente de la confabulación, le mandó una nota tras la primera lectura colectiva: «¡Es una obra maestra!». Y como el tercer acto estaba sin terminar, Mihail fingió otra gripe y no fue al instituto durante una semana.

Se puso a escribir a un ritmo frenético, casi de forma automática, sin las reticencias y los miedos de siempre. Lo hacía por la mañana y por la tarde, después de cenar, sin descanso, con una jarra de café que rellenaba continuamente. Le contrariaban los actores que habían elegido para el reparto; pero mal que bien interpretada, elogiada o denigrada, lo único que le pedía a esa pieza era que, de una vez por todas, le trajese quinientos mil lei y lo sacara de la pobreza. Después de trabajar, caía rendido en la cama, con la espalda alanceada y los ojos abiertos. Esos días el sueño tardó tanto en llegar como cuando sentía el cerco estrechándose y una opresión hasta asfixiarlo: está en la universidad, en el seminario de Nae Ionescu, junto a Poldy; su viejo profesor le pregunta la hora y anota en un papel la respuesta que le da su hermano para que se la entregue; se vuelve hacia él y le pide que la lea con acento judío; la hora difiere de la que han dicho otros estudiantes pero, inmediatamente, Nae pone sus manos sobre las de él y le dice con una sonrisa franca: «El sábado por la noche te vas a París. El Führer ha claudicado. Ya es hora de despertar. Resucita».

Y sin embargo. *Yo no olvido*. Todavía sin embargo. *Ni perdono*. Siempre sin embargo. *Incluso a veces me pregunto si la comprensión no justificará lo injustificable*. Al principio nadie sabía exactamente qué era. *No simpatizo con el «olvidémoslo todo» pero tampoco con el «no hay que olvidar» obligatorio*. No podían creerlo. *Porque quizás tendremos que olvidar un poco para poder seguir viviendo*. Un silbido cada vez más cercano. *Dejar de lado el odio*. Un simulacro tal vez. *Y encontrarle un uso mejor a la posibilidad liberada*, le siguen zumbando las palabras de la carta a Bachman. Una sacudida que pareció de la artillería antiaérea y luego otra, y otra, y otra.

Volaban tan bajo que hasta se apreciaban las estrellas rojas. Y dos días después, de nuevo: camiones y carros de madera y tartanas con toda clase de cachivaches; colchones, muebles, cabeceros de camas, cabras, jaulas, hombres con sacos, mujeres con bebés en brazos, mulos doblados; una marea humana como las de los antiguos nómadas; la migración universal de la Biblia; el viejo dolor del pueblo, que no tiene tierra ni esperanza, y que se renovaba cada siglo; el miedo que hace que todo el mundo huya o quiera huir, como en el día del gran juicio. Media ciudad se había vuelto a quedar sin luz. No había agua. Los radiadores no funcionaban. Filas enteras de mujeres y niños con pozales iban y venían de las fuentes donde hacían cola. Las cifras de víctimas eran contradictorias. «Cuatro mil doscientas», aseguraba Rossetti. En el barrio de Grivița, desde la estación hasta el bulevar Basarab, ninguna casa intacta. Gente desenterrando cadáveres. Lamentos bajo los escombros. En el cruce de una calle, tres mujeres llorando a grito pelado, arrancándose el cabello y rasgándose la ropa, ante un bulto carbonizado. ¿No había oído ya eso?, se preguntó Mihail. Tras la lluvia de la mañana flotaba un olor a barro, a hollín y a madera quemada. La velocidad negra de los cuervos. Como si atacaran a las criaturas despavoridas que eran las personas bajo la luz de los incendios. Tratando de escapar dentro de un bestiario cerrado en el que lo común se volvía monstruoso. Quién se lo hubiera dicho, cinco años atrás, cuando pasaba por allí camino de Mogoșoaia, buscando con avidez noticias en la prensa, recordaba Mihail, señales de la guerra que estaba a punto de estallar no sólo para él, que se desplazaba al campo de instrucción como quien iba a su trabajo, sino para los comerciantes que abrían ruidosamente las tiendas, para la gente que acudía presurosa a la estación o al mercado, para cualquiera que pasara por la calle. *Decía Proust que uno siempre piensa que se encuentra ante una experiencia sin precedentes.* Pero por muy oscuros que fueran los presagios, jamás imaginó que pudiera presenciar aquel cuadro fúnebre, aquella bruma de fuego y muerte.

En medio del bombardeo Mihail salió al patio y vio flotando papeles de colores. Por un momento pensó que lo único que tiraban los aviones eran octavillas, puesto que los primeros rumores —una bomba en la calle Brezoianu, otra en el bulevar Carol I— parecían invenciones, como si el nerviosismo que animaba las avenidas fuese debido más a la curiosidad que al pánico. Pero la casa de Leni quedó completamente en ruinas; la joven que

venía a hacerle la manicura a su madre antes de las prohibiciones, formal como una señorita de internado y graciosa como un párvulo, pereció aplastada por una viga: y entre tantos muertos anónimos, su rostro se tornaba aún más pavoroso. Aristide, Braniște, Camil, Rossetti, Vișoianu y Alice habían desaparecido. Todo el que podía marcharse lo hacía. Únicamente se quedaban los que no tenían a donde ir. Y no se trataba sólo de salvarse físicamente. Era toda la miseria que seguía, todo el peligro y el furor que acechaban en un ambiente de desesperación y odio. El segundo bombardeo le cogió en casa y, al menos, pudo consolar a sus padres. Hubo una descarga tan potente que creyeron que el objetivo era su barrio. Mihail preparaba los vapores de eucalipto para su madre y sentía cómo los aviones pasaban sobre el tejado; aquella espera tensa: ahora, ahora, ahora. El bulevar Elisabeta, desde la calle Brezoianu a la plaza Rossetti, y Calea Victoriei, desde Correos a Regală, estaban bloqueados. La Telefónica en cambio había quedado indemne. Pero en la universidad y la Escuela de Arquitectura crepitaban las llamas. Por la noche se veían a lo lejos. Y el olor humeante. Y nadie con quien hablar. Y Poldy, sin señales de vida.

Incluso con el estruendo de los aviones y las alarmas, Mihail continuaba leyendo a Balzac: su París sucio y fétido, mezcla de esplendor y miseria, era lo único que lo evadía. Una mañana sonó la sirena mientras estaba en el instituto, salió escopetado y, afuera, cientos de personas corrían igual de desorientadas que él, como hormigas enloquecidas. Tropezó en una zanja en la calle Once de Junio, se levantó y siguió andando a toda velocidad, pensando en su madre, en medio de una ciudad de la que se iba apoderando la pátina de la muerte. Las falsas alertas creaban una atmósfera desértica en la que no dejaba de flotar una vacilación sofocante. Pero, cada dos o tres días, los avisos se confirmaban y las bombas caían como racimos vareados. En un refugio murieron varios jóvenes de los destacamentos de defensa pasiva, muchachos de catorce o quince años. No hacía nada que las autoridades fanfarroneaban: «Podemos poblar de árboles toda Transnistria y así impedir que el viento del norte sople hacia Rumanía», y ahora el viento y la lluvia eran el mejor escudo antiaéreo. A cada ataque moría alguien conocido. Una familia vecina al completo. Personas como él, pensaba Mihail, como sus padres o como Beno. Seres particulares que habían nacido, crecido, albergado sentimientos y, en una milésima de segundo, dejaban de tenerlos. Aunque los

objetivos eran precisos, nadie se escapaba del azar; cualquier medida de prevención resultaba vana. Toda la ciudad olía a humo y a lilas debajo de las nubes densas que subían después de los bombardeos: en sesenta horas, apuntó en su diario, cinco alarmas y dos ofensivas aéreas, más los obuses aislados; la mayoría de calles ardiendo, sin tranvías ni teléfono. La gente se amontonaba alrededor de las puertas de los sótanos. Pero también se moría en los refugios. Porque nada tenía sentido, ninguna finalidad, sólo sufrimiento inútil. Por la noche, la certeza de que la próxima bomba caería sobre el techo se hacía más intensa: un silbido prolongado y fino, como un cohete luminoso de pirotecnia, anunciando el golpe que sin embargo no llegaba a producirse.

Mihail cerraba los ojos y esperaba, convencido de que a la siguiente saltarían por los aires; sobrevivir a una nueva noche y, por la mañana, asistir a la huida de los otros; el rumor de que el 10 de mayo Bucarest sería definitivamente destruido, propagándose con la superstición de una profecía. Pero no podían caer en la histeria. A pesar de los estremecimientos, tenía que aguantar, seguir de pie, sobrevivir aunque sólo fuera por sus padres. ¿Por qué no los cogiste y os marchasteis como todos? Le pidió a Sterian un salvoconducto y lo único que obtuvo fue otra negativa fría. Cada vez que intentaba contactar con un amigo influyente se encontraba con que también se había ido. Y eso fue tal vez lo que los salvó. Que no les quedase nadie. Sólo Balzac con su obstinación por la catástrofe y las furias abyectas de sus personajes. ¿Sería posible rehacer algo parecido a una vida? Cayó Sebastopol, se produjo una tregua en los bombardeos, el frente italiano se reactivó, los rusos atacaron Moldavia y Besarabia, pero la guerra no tenía orden ni concierto: uno podía pensar que la aviación estaba concentrada en el norte de Italia y, media hora después, correr a los refugios. Las cartas que llegaban de Poldy tenían fechas muy antiguas, si bien al menos eran tranquilizadoras: estaba mejor y decía que al final la operación no sería necesaria. ¿Lo diría para no preocuparlos? A saber cuánto habría sufrido en soledad, pensaba Mihail, al tiempo que trataba de insuflar optimismo a su madre. ROMA OCUPADA POR LOS ALIADOS. Sică quería estrenar la temporada del Studio con *La estrella sin nombre*. «Es casi imposible de conseguir», dijo, «pero de todas formas me gustaría intentarlo». Y Mihail le respondió: «Haced lo que queráis. Me importa un rábano. ¿Acaso crees que a alguien puede impresionarle ya el teatro?». Aún no le habían pagado lo que le

prometieron, mientras a las afueras de Bucarest la aviación rusa ametrallaba a las columnas de refugiados. Así, hasta que los angloamericanos desembarcaron en Normandía, Eisenhower arengó a los europeos, y Churchill declaró que cuatro mil grandes buques y once mil aviones habían formado parte del ataque.

Importan los datos. «*This is D-day*», dijo la BBC. En 1933, sólo dos meses después de que Hitler accediera al gobierno, se abrió el primer campo de concentración, empezaron a quemarse libros de autores judíos o adversarios del nazismo. Quien quema libros, escribió Heine, acaba quemando hombres. Los hechos. «Lanchas inglesas de desembarco combaten contra la infantería de marina alemana», tradujo en casa de Mouton. En 1935 el antisemitismo quedó codificado en las Leyes de Núremberg, por las cuales el judaísmo no era una religión de la que uno pudiese alejarse mediante el bautismo, *Judá sufre porque alumbró a Cristo, lo vio y no creyó*, una tradición que poder cambiar por otra, *Judá sufre porque es Judá*, sino el signo de una subespecie humana, de un nivel zoológicamente inferior al resto. Las cifras ciertas. «Esta mañana, a las ocho y cinco, el British Army anunció intensos bombardeos en Calais, Boulogne-sur-mer, El Havre y Cherburgo.» En la noche de los cristales rotos de 1938 se quemaron 191 sinagogas. «Toda la población que viva en un radio de 35 kilómetros desde la costa tiene que prepararse para los bombardeos.» Las palabras exactas. «La Royal Air Force tirará volantes con una antelación de 50 minutos.» En 1939 los judíos de Polonia fueron encerrados en guetos y, desde entonces, se supo que existían campos de exterminio, *Iosef Hechter, ¿no sientes cómo se apoderan de ti el frío y las tinieblas?* Pellizcarse, clavarse las uñas de incredulidad e impaciencia. Mihail recuerda cómo se fue enterando de que la Italia que tantas veces soñó visitar iba siendo liberada, la sensación de que quienes se acercaban eran amigos. Los rusos habían entrado en Finlandia y, sin embargo, los telegramas alemanes seguían teniendo un tono exultante, como en los días de las grandes victorias, con ditirambos de triunfo. ¿Finalmente habían inventado el arma secreta, el avión sin piloto, el cohete misterioso? *Wunderwaffe!* ¡El perro del infierno! LONDRES EN LLAMAS. ¡Millones de ingleses huyen presa del pánico! ¡Londres destruido! ¿Londres evacuado? Reaparecieron Aristide, Alice con Vişoianu, Camil, y ninguno quiso decirle

dónde habían estado. En una comida en el Continental, entre un grupo de intelectuales resplandecientes, un profesor de la Facultad de Ciencias exclamó: «¡Por fin!». A lo que Crainic replicó: «Pero no es bastante. En Washington es donde hay que dar», haciendo honor a su cargo de ministro de Propaganda cuando detuvo a un vendedor de periódicos que había entrado en el local, según le contaron a Mihail, y le quitó uno de un manotazo. *Me niego a que la memoria sirva para sojuzgar de nuevo. Cada uno veía lo que quería ver. Para el ajuste de cuentas. Porque los hechos eran los mismos. Para la venganza justiciera. La prensa. Para la Ley del Talión. Las noticias. Las sentencias no las pueden emitir quienes hayan sufrido el daño. Y, sin embargo, parecía que vivían en mundos distintos. Sino la generalización de la acusación particular. Aunque quizás siempre fue así. Los tribunales sumarios son menos adecuados que los libros de historia. Pero ¿por qué seguir callando? Y menos idónea me parece la ficción, como creo que ya le dije. La sonrisa intacta de Camil. La ficción escrita por mí, me refiero. Una idea fija es un universo cerrado. Por alguien que asistió a cómo las palabras fueron forzadas a decir lo que ninguna boca humana debió decir jamás, con las que ningún papel fabricado por el hombre debió mancharse nunca. Los rusos avanzaban a pasos agigantados. Si lo indecible fue hecho palabras, ¿a cuenta de qué la literatura? Los americanos penetraban hacia el centro del continente. Tal vez en el futuro, cuando haya caducado el estatuto de víctima y la culpa, pueda hacerlo alguien que no lo vivió, alguien que cuente sólo con los datos de los historiadores: el joven al que interpele al final de un librito que no debí publicar, Cómo me convertí en húligan; ese hombre al que no conozco pero que seguramente existirá, en algún sitio.*

Cuando la situación giraba de nuevo y sólo parecía haber embrutecimiento e irracionalidad, lo único que hacía Mihail para que la mente no se le atrofiase era intentar oír música como fuera o leer de un tirón *Los chuanes*; escribir que Balzac era un conservador sin hipocresía en el que el novelista siempre acababa anulando al doctrinario; las notas a las que se aferraba como a una tabla de salvación y que precisamente le van a servir para el curso que tiene que empezar hoy, si llega el tranvía, que debe de haberse retrasado por un fallo mecánico o un control rutinario, ojalá que no por uno de esos atentados que se producen aisladamente desde que la ciudad está ocupada por los

soviéticos, un ataque con explosivos caseros fabricados por un comando residual de legionarios. Decide tomar un taxi. Entonces Mihail recuerda cuando a la mujer de Zissu le dio por recogerlo en coche de caballos y pasearlo por la Avenida, buscando resultarle interesante, el día que le contó que Nae la pidió en matrimonio de joven, cómo la siguió cortejando después y qué tipo de regalos le compraba gracias al dinero que recibía de Berlín, ya sabes de qué te hablo..., y el año pasado..., si tú hubieses querido..., justo antes de que él se precipitara del coche sin mediar excusa. *Todos tenemos algo que callar.* Cuando parecía que el peligro había pasado, retornaban los bombardeos. *Nadie está libre de pecado.* Una explosión alcanzó una casa de su misma calle, a apenas diez metros. *Mi testimonio está ya escrito, conforme fueron sucediendo los hechos.* El humo flotaba por encima de los tejados que seguían en pie; por todo el barrio, tintineos de cristales rotos. *En mi diario.* Y en el refugio, más que nunca, la sensación de que la muerte se cernía sobre ellos: la fuerza expansiva arrancó los goznes de las puertas y entró una nube de polvo. La señal de fin de alarma resultaba extraña: ¿fin para quién?, ¿para los que emergían ilesos o para quienes yacían sepultados? Un día que empezaba de ordinario podía acabar repleto de escombros. Llegaban noticias confusas de que los rusos estaban retomando Polonia y Mihail dudaba si creerlas. Al parecer, incluso habían intentado atentar contra Hitler. Pero aunque Camil y los Crainic de turno se negaran a verlo, de algún modo era perceptible que la bestia se descomponía, por mucho que arreciaran los ataques, a pesar de las oleadas de aviones, entre aquel ruido de motores y traqueteos de fusilería: cada sacudida, como un terremoto; los edificios tambaleándose; llamas blancas y amarillas, como un volcán en erupción, hacia Correos y la Metropolía. *Pero cambiemos de tema, querido Bachman.*

A veces Mihail salía con Beno, cuando cesaban las alarmas.

—Tiene que haber una justificación militar —le decía a su hermano—. Romper la alianza de Rumanía con Alemania, por ejemplo. Porque no puede tratarse de un acto de destrucción por el mero placer de humillar y producir daño.

—Siempre me ha admirado tu inocencia —le respondió Beno—. Pero lo que más me sorprende es que la sigas conservando.

Sin embargo en ese paseo ya se percibía que la guerra estaba tocando a su fin, recuerda Mihail antes de mirar el reloj y comprobar que es muy tarde, que

o encuentra un taxi o no llegará a su clase. De lo único de lo que se trataba era de salir sanos y salvos de los últimos coletazos. Los norteamericanos avanzaban hacia Rennes; los rusos atacaban Varsovia y atravesaban el Vístula; mientras, la excitación aumentaba, esperando la noticia definitiva. SAETAS BLINDADAS ESTADOUNIDENSES EN CHARTRES, y al leerlo Mihail se acordó de aquel octubre del 37 en que estuvo allí con Poldy y Beno, conmovido ante la belleza majestuosa de la catedral, ante la misma elevación que sentía cuando escuchaba *La pasión según San Mateo*. DESEMBARCO EN EL SUR DE FRANCIA. Hacía calor. Cannes, Niza, Saint-Tropez. ¿Por qué continuaban las alarmas si había tanto que hacer en aquella zona? Estrenaron *La estrella sin nombre* en la Comedia, pero no quiso ir, esperando a que los aliados derrocasen de una vez a Hitler, cruzando los dedos para que la victoria no se los llevase por el camino. *Como le comentaba, he decidido dejarlo todo*. A pleno sol, las bandadas de aviones tenían un brillo metálico pero, cuando se perfilaban sobre un fondo de nubes blancas, se volvían gris mate. *Marcharme a Estados Unidos*. Vivió el avance hacia París sin separarse del mapa, como cuando fue tomada por los alemanes. *El inglés es un idioma que alberga la promesa de futuro que ha perdido Europa*. Como si fuese algo inevitable. *Dado que aquí me sigo sintiendo extranjero, le comunico que acepto su invitación*. Pero no había nada inevitable. *En Rumanía continúa viva una enfermedad latente que, aun cambiando de color, conserva la lógica que conduce a la eliminación del contrario*. Hasta lo peor habría debido evitarse.

Sică fue a su casa para que viera al menos una representación de *La estrella sin nombre*. OFENSIVA RUSA SOBRE MOLDAVIA Y BESARABIA. Y, en comparación con el granero del Alhambra, la Comedia le pareció a Mihail una magnífica caja de resonancia. LOS BOLCHEVIQUES TOMAN IAȘI. Incluso no le desagradaron del todo los actores. EL FRENTE SE APROXIMA. «Es una comedia llena de encanto y delicadeza», decía Sică, «una obra excepcional: de una vivacidad y una pasión melancólica sobrecogedoras; esos diálogos de los protagonistas mientras contemplan el cielo, esa levedad maravillosa, ese optimismo al principio del tercer acto...». Llamando a la puerta. Y no la guerra que le había venido agotando durante cinco años como un drama personal, se decía Mihail, la guerra de los libros de historia o las páginas de los periódicos, ni siquiera la que se encontraba al

salir a la calle cuando veía un muerto o el socavón de una bomba o un incendio. Ahora se trataba de la guerra física. De la guerra que, como las desgracias, les sucedía a los otros. La guerra en la que resistencia militar significaba evacuación forzosa, hambre y represalias como en el norte de Italia. El ojo del huracán. En su retirada, los alemanes podrían acribillarlos. Pero otras noticias eran distintas. Toulouse había sido reconquistada por las fuerzas del maquis y Poldy debía de ser al fin un hombre libre.

Entraron por una puerta trasera del Palace que conducía al reservado a través de un pasadizo con escalones en espiral. Al frente de la mesa estaban Vişoianu y Branişte, junto a un alto cargo del gobierno de Duca que Mihail reconoció por los periódicos. En el lateral izquierdo se encontraba sentado Belu Zilber y, en el derecho, un dirigente del Partido Nacional Campesino. Ocuparon las dos sillas que quedaban vacías y, mientras Antoine entregaba al *garçon* el bombín, Mihail se fijó en los cubiertos sobre el mantel blanco y pensó que, a excepción de Zilber, ninguno de los presentes había visto una cartilla de racionamiento.

—Querido Mihail —dijo Vişoianu—, aunque el príncipe no te haya adelantado nada, imaginamos que intuirás para qué nos hemos reunido.

—Se trata de que esté representada toda la oposición —continuó directamente Branişte—, desde el Partido Liberal hasta el Comunista, pasando por Iuliu Maniu.

—Algo provisional —dijo Vişoianu—, hasta que se convoquen elecciones.

Le sirvieron vino y Mihail miró al camarero y luego a Zilber.

—Puedes hablar abiertamente —dijo Belu.

—Contamos con el apoyo del rey Miguel —dijo Bibescu—, pero no nos queda mucho tiempo.

—La derrota del Eje es cuestión de semanas —añadió Vişoianu—, quizás de días.

—Hemos procurado mantenerte al margen hasta ahora —dijo Branişte—. Sin embargo, nos gustaría contar contigo.

Mihail miraba a cada uno de los rostros diluidos y era incapaz de aprehender lo que decían aquellas voces resonando en un cuenco vacío.

—De momento se barajan dos nombres —intervino el representante liberal

—: Maniu o el general Rădescu.

—Con Pătrășcanu de vicepresidente —agregó Belu Zilber—. Si no, el Ejército Rojo asegurará su presencia en el ejecutivo.

—Antonescu se halla en un estado de máxima debilidad —explicó Vișoianu—, con los rusos acechando y las exigencias de Von Killinger.

—Lo único bueno que ha hecho ese hombre —dijo Braniște— es frenar la deportación masiva de las provincias centrales.

—Pero como no cambie de rumbo —añadió el político liberal—, Rumanía será destrozada por los aliados.

—¿Esperan eso del criminal de nuestro Conducător? —replicó Zilber.

—En efecto, no lo hará —dijo Vișoianu—. De ahí que tengamos que buscar lo que nos une más que lo que nos separa. Entretanto, es preciso que continuemos mezclándonos con ellos, sin levantar sospechas, con cada paso calculado.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo sin que Mihail se diera cuenta, todos lo miraron al mismo tiempo. Él detuvo la vista en el rosbif que le habían servido. Luego la levantó y observó que las troneras estaban cubiertas por una cortinilla negra. Le pareció ver los zapatos de alguien que pasaba por la calle.

—Comprendo. Lo que no alcanzo a entender es qué pretenden de mí.

Por una estrecha ranura entrevió el cielo cálido sin nubes.

—En principio —respondió Braniște—, saber si estás con nosotros.

—Para quienes me conocéis, eso es obvio.

—Y después —agregó Zilber—, que participes activamente.

—¿A qué te refieres?

—A labores de propaganda —comentó el dirigente nacional-campesino—. Sus amigos aseguran que usted es el periodista indicado para contar qué se hace y para qué se hace.

—¿En mi situación?

—Tu situación dejará de ser tal en cuanto caiga el gran payaso —repuso Zilber.

—Estamos pensando en crear un nuevo periódico —añadió Vișoianu.

Bibescu le rellenó la copa y le invitó con un gesto a comer o contestar a lo que se le estaba pidiendo.

—¿Cuál es tu respuesta? —preguntó Vișoianu.

Mihail respiró hondo.

—¿Dispondremos de tu ayuda? —insistió Braniște.

Está mirando a un lado y otro de la calle pero no encuentra ningún taxi. Le viene un olor a sofrito de un inmueble en el que aún son apreciables las picaduras de la metralla. Un niño corre dando vueltas alrededor de un perro. Murmullo de tránsito. Algo que se alza y cae al suelo, bajo la luz vertical, efímeramente. Las sábanas húmedas chasquean como velas sacudidas por el viento, hasta el punto de que Mihail casi siente su frescor. Hay un cartel en el que una bota aplasta una esvástica, medio despegado. No entiende lo que dice porque está en cirílico. Pero no debe de ser muy distinto de lo que se oye por todas partes: dar la vida por el pueblo, por la causa justa, por el paraíso en la tierra. ¡El Ejército Rojo, ése es el que ha impedido a Himmler guardar el secreto de Treblinka! Hay una pareja de soldados soviéticos, imberbes y risueños, en una esquina. Ha visto un taxi pero iba ocupado. A una ventana del edificio en el que están tendidas las sábanas le faltan los cristales. Como llamara a la hora que lo llamara daba comunicando, Mihail decidió presentarse en su casa. Desconchados. El último bombardeo, la liberación de París, la entrada de los rusos en Bucarest el 30 de agosto de 1944. Pero justo entonces llegó una nota de Durmiși, explicando que estaba seguro de que le habían intervenido el teléfono, pidiéndole que tuviera cuidado, que se cerciorara de si no se lo habían pinchado también a él. Fogonazos que se le mezclan de golpe. Recuerda que sonrió al leerla, porque desde que les cortaron la línea de nuevo no tenía teléfono. Apenas pudo disfrutar de la liberación. Se metió con Beno y sus padres en un piso abandonado, como hacían otros, temerosos de que aparecieran sus dueños y los echaran a la calle. La aceleración de un torbellino en el que nadie sabía si se dirigían a la paz o al desastre. Imágenes de la calle, de noche, la gente celebrándolo y la inadecuación de entrar en el griterío colectivo. Todo el mundo decía lo mismo: que Antonescu había sido derrocado en cinco minutos, en el mismísimo Palacio Real, bajo orden del rey Miguel, por no romper con los alemanes. Y después, el nuevo gobierno, el cambio de bando en la guerra y el armisticio, sin solución de continuidad, tantas cosas que ni tuvo tiempo de brindar por la reconquista de París, recuerda Mihail, pues de un día para otro volvió a ser periodista, la madrugada entera escribiendo para *România Liberă*.

A la mañana siguiente, la Luftwaffe atacó Bucarest: un bombardeo distinto, desconocido, sin interrupción ni alarma previa, que los retuvo en el refugio durante sesenta horas y que, en su batida de retirada, alcanzó la casa de Antim. Cuando estaban a punto de llegar a la meta sanos y salvos. «Siniestrados», los llamó la nueva administración. Pero al menos, él y su familia, estaban vivos. Si los alemanes hubieran vuelto después del bombardeo, habrían tenido tiempo de aniquilarlos uno a uno. Cuatro días sin dormir, sin quitarse los zapatos, tirado en el suelo, sus amigos comunistas que no dejaban de pedirle colaboraciones para los nuevos periódicos, pero él sólo aceptó escribir para *România Liberă*, puesto que Braniște y Vișoianu no habían fundado el suyo, y ni siquiera eso lo tuvo claro. *Y aunque, cada vez que me mire al espejo, descubra unos ojos en los que ya no se puede leer ni una huella de pensamiento, lo único que tengo claro es el horror que me produce que un solo inocente más sea castigado por un pecado no cometido.* Ralea salió de Târgu Jiu y rápidamente ocupó un puesto relevante entre aquellos que se apresuraban a tomar posiciones, a hacer valer títulos, a exigir derechos: a cambiar la historia pública y personal a medida de sus intereses, a asegurarse a cualquier precio un puesto en las instituciones de un país en el que el término «comunista» había tenido siempre un sentido peyorativo. *Aunque todos seamos culpables.* Y ante ese espectáculo él no podía, se decía Mihail, no le salía, no quería hacerlo. *Aunque de ese rostro que veo por las mañanas tras despertarme sólo sienta la vergüenza de sobrevivir.* El rechazo que le regurgitaba por dentro. *Llamémosle omisión de socorro, falta de coraje, no ayudar cuando estuvo en mi mano hacerlo.* Aún no es el momento de hablar, pensaba. *Llamémosle no haber prestado atención a quien necesitaba algo o prestar un favor que no me hubiese costado tanto.* Porque sólo sería capaz de gruñir, de graznar. *Llamémosle haber contribuido al dolor ajeno por irresponsabilidad, por dejarme llevar cuando todos remaban a favor de la corriente.* Era cierto que había esperado durante años el día en que por fin pudiera soltar un grito después de tanta náusea. *Cada palabra que pronunciamos tuvo consecuencias.* «No quieren tu compromiso», le dijo Vișoianu cuando comprobó el giro que adoptaba *România Liberă*, «sino tu acatamiento». *De ahí nace la injusticia de estar vivo en lugar de otros que lo merecieron más que yo.* Esperar y observar: ya tendría tiempo de escribir un libro. *De aquellos que murieron no a pesar de su valor, sino precisamente por tenerlo.* De hecho, tomando notas aquí y allá, recuperando pasajes de su

diario en el cuaderno que lleva en la cartera mientras busca un taxi, ya había empezado a hacerlo. *Créame si le digo, querido Bachman, que envidio a quienes tienen fe.* Y, sin embargo, se comprometió con el periódico más emblemático del cambio. *Porque no sé de ningún acto humano que pueda borrar la culpa.* Una serie de crónicas. *Esa angustia de la que quizás ya no me libre nunca.* Intentando contar lo inmediato con la máxima serenidad y transparencia. *Yo no tuve arrojo para alzar la voz y sigo sin tenerlo.* Tratando de ser ecuánime, y opinar lo mínimo, aunque se le saliera el corazón por la boca. *Porque ése sí que debería ser mi deber, decir toda la verdad, no recordar sólo el pasado, no hablar sólo de una parte, no albergar la ilusión de que en América pueda sobrellevarlo.*

Le alegró la llegada de las tropas soviéticas: pensando en Mircea, pensando en Nina, pensando en Nae. Pero no dejaba de sentirse un intruso, el pudor y el desprecio volviéndosele cada día un poco más hacia sí. Él no era un hombre de comités ni de asambleas. No poseía ninguna de las cualidades que otros demostraban con su olfato para averiguar por dónde soplaban el viento. Él no sabía lamer culos, pensaba Mihail; desconocía cuál era el momento adecuado; carecía del gusto de conspirar contra nadie o traicionar a un amigo. Su comprensión del poder era nula y, por el detalle más nimio, sentía una punzada de remordimiento. Tampoco estaba hecho para exponerse, para comparecer ahora que todo el mundo lo requería en el instituto, en la prensa, en la Sociedad de Escritores. Pero ¿iba de nuevo a dejar de decir lo que creía que era justo? Siempre que asistía a una reunión o entraba en las oficinas del periódico, le reconcomía la misma pregunta que cuando acudía a un almuerzo organizado: ¿qué pintaba allí? Lo que tuviera que decir lo diría a su debido tiempo, le contestó a Vișoianu, pues ¿quién lo escucharía entre tanto ruido? Desde las ventanas del apartamento que le habían permitido seguir ocupando junto a sus padres y su hermano, Mihail pudo ver el desfile de tanques por el bulevar Carol; bajó y hubo un momento en que estuvo a punto de emocionarse: cuando pensó que esos hombres sucios acababan de reconquistar la vida. Era un ejército cansado, al límite de sus fuerzas, que desfilaba con sus botas polvorientas; jóvenes de apenas dieciocho años que tosían, padecían artritis y úlceras de estómago; casi adolescentes que habían dejado atrás sus aldeas y no paraban de sonreír con sus enormes mochilas y canciones guerreras. Después de los blindados iba una fila de Studebakers con

soldados rumanos, antiguos prisioneros en Rusia, también alegres, a los que se les notaba que no habían combatido, que sólo eran un destacamento de desfile. Había grandes expresiones de entusiasmo pero también cierta reserva. Muchos transeúntes miraban de reojo a los judíos que aplaudían, mientras Mihail se preguntó de pronto cuántos de ellos habrían sido partícipes de una delación, conducido los vehículos en los que los trasladaron, vigilado, fregado los suelos de las celdas en las que se había torturado, contribuido a llenar los trenes, inspeccionado las pertenencias o los cadáveres; personas con las que no hacía tanto que habían departido o compartido mesa en las fiestas; no esbirros ni monstruos, sino gente cualquiera, gente que sin embargo había apoyado o callado mientras otros gritaban: «¡Démosles muerte a los perros!». Matar debía de oler de un modo especial. ¿El asesino no se preguntaba de dónde venía su víctima, dónde nació y si alguien la estaría esperando? Había habido madres que intentaron proteger a sus hijos con sus propios cuerpos y ya nadie conocería los nombres de esas mujeres y esos niños. Y a los que los habían acosado hasta hacinarlos, a quienes los habían apaleado sin piedad, a quienes los rociaron con gasolina y los incineraron en vida, también los habían esperado en casa y ahora podían reunirse con sus familias.

«Sólo si se plantea en serio la cuestión de las responsabilidades», escribió en una de sus primeras crónicas, «este país podrá volver en sí. Porque, si no, a Rumanía le saldrá demasiado barata la guerra. Al mismo tiempo, la historia está repleta de ejemplos que invitan a desconfiar en la justicia de los vencedores sobre los vencidos». ¿No era eso moralismo? En medio de la muchedumbre se fijó en un rostro que había visto antes, no recordaba cuándo ni dónde. Alzaba el puño con furia, como si lo fuese a soltar en la garganta de alguien, los rasgos tensionados, el cuello enrojecido, jaleando a los soldados igual que cuando la multitud se confería impunemente el derecho al linchamiento, un puño cerrado golpeando con toda su energía allá donde cogiera, un brazo que atrapaba un cuerpo por la nuez hasta que acababa arrojándolo al suelo: las caras de quienes contemplaban los cadáveres de los matarifes de Călinescu al otro lado del Dâmbovița, los rostros de quienes arrasaron el barrio de Văcărești o colgaron a otras personas de los ganchos del matadero. Pero no fue hasta dos días después que acertó a identificarlo. Era el portero del inmueble en el que vivía Durmiși, el mismo hombre que le había mirado con recelo la última vez que Mihail acudió a verlo y que, sólo

unos meses más tarde, ante la pregunta de si sabía algo del profesor, con una sonrisa torcida, con una mezcla de satisfacción y burla que seguía sin librarlo de la sospecha, le dijo secamente: «No se encuentra en casa»; y cuando Mihail le entregó todo el dinero que llevaba encima: «Salió hace dos noches acompañado de dos hombres y aún no ha vuelto. Se lo llevaron en un coche negro. Quizás lo hayan purgado»; y al pronunciar aquella expresión que de repente repetía casi todo el mundo, mudó la dejadez a la delicuescencia.

No ve ningún otro taxi. Y entonces se desespera. Se maldice por haber salido tan temprano y no haber ido a la universidad andando, tranquilamente; por haberse quedado absorto frente al Colegio de Abogados; por haberse demorado en la estafeta de correos, releendo la carta una vez más, cambiando en inglés las expresiones que le resultaban dudosas y que aún le bailan en el cerebro, antes de enviársela al capitán Bachman. Pero hace demasiado calor, y mientras se vestía Mihail pensó que si pasaba un rato caminando llegaría con la camisa sudada. Ahora ya es tarde para eso. Inexplicablemente, se le ha echado el tiempo encima y nota en las axilas los cercos. Si quiere ser puntual, deberá encontrar un coche que lo lleve de inmediato. Quizás avanzando un poco hacia el norte, por el bulevar Regina Maria, dé con un taxi y entre en el aula con la frente brillante y las manos húmedas, y un bedel lo confunda con otro y lo expulse, y él tenga que enseñarle los papeles que certifican su nombramiento. El profesor judío al que, sólo por el hecho de sobrevivir, puede que miren con desconfianza, tan sospechoso como se volvió Durmiși al no mostrar entusiasmo por la llegada del Ejército Rojo. Lo escrutarán de arriba abajo y no sabrá cómo comenzar, olvidará cuanto ha preparado, y en lugar de la adrenalina que sentía cuando hablaba en público en los tiempos de Criterion, notará un hormigueo en los brazos, un temblor desacompasado en el tórax, un vértigo al verse en el atril al que deberá agarrarse para no perder el equilibrio: para no caer desplomado mientras todos lo están observando.

Hasta ahora no se ha dado cuenta de que se ha llevado el periódico del café bajo el brazo. Se percata cuando echa a andar, apresuradamente, en sentido contrario al que había pensado, tratando de acortar por la calle Justitiei. Ser siniestrado era mucho más grave de lo que suponía cuando pasaba con Beno junto a una vivienda derruida. Una casa es una fábrica donde uno encuentra cada cosa en su sitio, como un tornillo o la pieza de un

mecanismo, y cuando se viene abajo esa organización el habitante se queda reducido al caos. Mihail no sabía cuándo volvería a tener una vida normal. A ser un hombre entre los hombres después de descubrir lo que el hombre es capaz de hacer a los hombres. Porque todo continuaba en suspenso. Y aquella pregunta que le martilleaba la cabeza: a quién pertenecería el piso que habían dejado que ocupasen sin problemas. A una familia como la suya. A un joven matrimonio objeto de una acusación anónima, de una redada, de un asesinato o simple ajuste de cuentas. El aire cálido de mayo huele a tilos florecidos y, entre las grandes arboledas de los bulevares y jardines, Mihail ha visto lujosas villas en estado de abandono, socavones, edificios agrietados, mansiones afrancesadas que permanecen igual de elegantes que antes de la guerra. La belleza y la ruina. El esplendor y la destrucción. La vitalidad y la cochambre. Sintió un inmenso alivio cuando decidió no seguir escribiendo para *România Liberă*, sin levantar suspicacias y antes de comprometer demasiado su firma, quizás por vanidad, o porque reparó en que le resultaba imposible servir a un régimen de comités secretos. La imbecilidad adoctrinadora era peor que la simple imbecilidad. Y para eso, se dijo, mejor escribir teatro.

Si era amigo de Pătrășcanu, que derogó todas las disposiciones antisemitas en cuanto tomó posesión del Ministerio de Justicia, o de Belu Zilber, era por los mismos motivos por los que lo había sido de Mircea y de Nae o seguía siendo amigo de Camil: por lo que había de humano en ellos, al margen de sus ideas o charlatanería que sólo podían conducir al baño de sangre al que condujeron. Aquella sed fue tan terrible que Mihail no comprendía cómo no se morían de vergüenza. Pero ahora de lo que se trataba era de establecer la nueva versión de la verdad: después de que se consumara el colapso del ser racional, el infierno en la tierra, los mayores extremos de sufrimiento infligido. La excusa del siniestro le vino bien para no provocar ninguna duda. Sin embargo lo peor era que no consistía en una excusa: estaba sin casa, no tenía un sitio donde supiera que dormiría la semana siguiente, carecía de un lugar donde sentarse a escribir literatura. Al desconcierto sumaba un miedo que también era antiguo y nuevo al mismo tiempo. La vieja sensación de una amenaza que se aproxima. Despertarse otra vez con el grito que le provocaba una pesadilla en la que nadie se creía la enormidad de lo que había pasado. Al principio no quiso prestar atención a los chismorreos. Que algunos soldados

rusos estaban violando a mujeres; que paraban coches por la calle, obligaban a bajar a su conductor, se subían al volante y desaparecían sin dejar rastro; que saqueaban tiendas, al mismo gentío que los vitoreó a su llegada. Por lo visto, entraron en casa de Zissu, le revolvieron la caja fuerte y se llevaron sus relojes. En todas las versiones de tropelías siempre había un soldado ruso que se quedaba con el reloj de alguien. Pero el Bucarest opulento y frívolo del que él también había formado parte, pensaba Mihail, era una provocación para un ejército que venía de un país asolado. Había bandos que prohibían circular por las calles después de las nueve de la noche u ordenaban la entrega de los aparatos de radio, y aunque se parecieran mucho a los anteriores, veía en los militares soviéticos una suerte de licitud, sobre todo si los comparaba con los ciudadanos rumanos, judíos y gentiles, iguales en su mezquindad e indecencia.

Cometió el error de asistir al acto de formación del Sindicato de Escritores Judíos, repleto de rostros desconocidos, de nombres que no había oído en su vida, de fracasados que rebufaban miserias y ambiciones con descaro. Y al salir de allí, Mihail no se perdonó no haberles dicho a la cara todo lo que se merecían. Pero lo que más le enervaba era hallarse todavía en su situación de provisionalidad, como en un andén entre dos trenes que se cruzan, en aquel apartamento por cuyos dueños tampoco se atrevió a preguntar. «El silencio y la cobardía pueden volverse duraderos», le dijo al capitán Bachman, «pueden instalársele a uno dentro para siempre». No tenía libros, no podía hablar con nadie que lo estimulase, carecía de jornada de trabajo. La cartelera de los cines estaba acaparada por películas soviéticas: en el Aro, en el Franklin, en el Capitol. Sin embargo el Astoria pasaba *Intermezzo*, con Leslie Howard e Ingrid Bergman, y sintió un gran placer al oír el inglés, al ver una cinta de una técnica opuesta al género alemán, italiano o ruso. En el noticiario salió un desfile de prisioneros en la Plaza Roja: columnas de andrajosos en los que no quedaba ni un resto de la provocadora elegancia del hitleriano que había desfilado por Bucarest. Lo fácil que es hacer de un hombre una bestia. Los jóvenes afeitados, con ropa limpia y baño diario que vivían en el Embajador, creían que los judíos revolcados en el lodo de Polonia y Transnistria eran ratas que cualquiera podía matar, y ahora los atónitos eran ellos, marchando por Moscú entre bayonetas. Un día que bajaba de un taxi Mihail vio cómo una tanqueta soviética perseguía un coche particular. Otro se encontró con una redada en la que los soldados rusos

incautaban relojes. Los bandos estaban por todas partes. Y aun así, anotó en su diario:

No es un signo muy claro de libertad y la gente difícilmente lo entenderá. Pero si puede ser una lección para los rumanos, que durante cuatro años se han dedicado a expoliar a los judíos, no viene mal.

Iba de un sitio a otro pensando dónde vivir, acuciado por mil compromisos, todo el día en la calle, dudando: ¿reparar la casa de Antim?, ¿pedirle otra al gobierno?, y ¿quién podría asegurarle que no se tratase del piso de algún huido, de algún deportado, de algún fallecido antes de tiempo? Con la inflación que equiparaba el rublo a cien lei, el dinero ya no valía nada. Camil se agarraba a las solapas de Belu Zilber, tratando de demostrar, de justificarse, de hallar un medio de defensa; y Mihail no podía evitar sentir pena por él. A otros mucho más fascistas, les sobraba insolencia para hacer gala de leninismo. Camil, en cambio, se disculpaba. Al fin y al cabo, era lo que había hecho siempre; con Carol II, con los legionarios y con Antonescu; exculparse. Estaban en el Corso, cuando un crítico de teatro reconoció a Mihail y se levantó para increparle: «¡Vosotros trajisteis a los alemanes a Rumanía, vosotros tuvisteis la culpa, sí, los de *Cuvântul!*!», y cuando Mihail le replicó: «No. Nosotros, no. La gente como tú que trabajó con los nazis», se quedó blanco, como si fuera a darle un infarto, mientras él no podía reponerse de la pesadumbre de seguir siendo para muchos sólo uno de los de *Cuvântul*.

Tenía que ponerse a escribir ya su libro sobre la guerra, se decía Mihail. Como descargo y para tranquilizarse. Para calmar el escozor que le hacía comprender que en el fondo aquel crítico llevaba razón: que él consintió y participó y escribió para *Cuvântul* y no hizo nada para evitar que sobreviniera lo que jamás debió haber sobrevenido. Tomaba notas, releía su diario, buscaba datos, pero no podía sentarse a trabajar debido a los requerimientos que se le iban multiplicando. El Bloque Democrático le encargó la redacción de un manifiesto y una frase suya, «La historia no hace regalos», se convirtió rápidamente en la coletilla de todo titular, de muchos artículos, en una especie de lema que repetían periodistas y políticos. Vio unas imágenes sobre la guerra en Ucrania y, al salir del cine, se le cruzó un camión lleno de soldados soviéticos con unas sonrisas que de nuevo le parecieron de niño, con una cordialidad y frescura de ángeles: ¿de dónde sacaban fuerzas para no reducir a

cenizas la ciudad en la que vivían las madres, las esposas, las hermanas y las queridas de los que habían arrasado su tierra y aniquilado a las suyas? La furia acumulada. Y a Mihail no dejaba de avergonzarle pensar que sólo podría servir de compensación el exterminio absoluto de Alemania.

Le proponían todo tipo de negocios, de cargos: personas que lo habían ignorado o humillado y querían ahora que trabajara para ellos. Como Paul Sterian, con su cara de arenque abotagado, que no sólo le pidió que le presentara su nuevo libro de poemas en el Ateneo, sino que le ofreció un puesto jurídico en la empresa textil que presidía tras dejar impunemente el ministerio. O Ion Barbu, que hacía años que no lo saludaba, y que cuando se lo encontró por la calle se abalanzó sobre él, estrechándole las manos con efusión, diciéndole «teníais razón», como si se tratara de una partida de ajedrez o una apuesta entre amigos, «han cometido muchos errores, Hitler era un aficionado, nunca debieron dejarle el mando». O aquella carta:

A don Mihail Sebastian, escritor y redactor de la *Revista de las Fundaciones Reales*. Octavian Neamţu y sus compañeros de la *R.F.R.* le rogamos vuelva a ocupar su puesto. El miércoles a las 4 de la tarde deberá presentarse en nuestra sede (bulevar Lascăr Catargiu), donde tomará contacto con el nuevo comité de redacción.

Se la enseñó a Belu Zilber, a Aristide, a Zissu; y todos lo felicitaron; nadie lo vio como una indignidad. También lo invitaron a la sesión de constitución de la nueva Sociedad de Escritores, en cuyo orden del día figuraba como décimo punto la readmisión de los autores judíos. Mihail leyó la convocatoria y se la devolvió a Rossetti sin mediar palabra. El nuevo presidente de la S.E.R. iba a ser Victor Eftimiu: Eftimiu que, de un día para otro, aparecía por todas partes, en el teatro, en los periódicos, en la asociación de propietarios siniestrados, donde pronunció un fulminante discurso sobre el espíritu revolucionario. Alguien propuso crear una cuota en el comité ejecutivo de la S.E.R. «en representación de los escritores judíos», para Felix Aderca y Mihail Sebastian, y Eftimiu contestó: «¿Por qué? ¿No deberían estar agradecidos por que los readmitiéramos?». Todo eso acrecentaba la lucha entre escribir artículos y participar en la impostura, entre contar lo que había vivido y formar parte de la desvergüenza, entre decir lo que veía e intervenir en aquella comedia siniestra. Mihail no sabía si desistir, guardar silencio y

replegarse como un caracol, inhabilitado hasta para acudir al almuerzo con Vișoianu y Zilber en el que Rossetti le dijo que lo había recomendado a la nueva universidad, era consecuencia del hastío que le producía la charca balcánica o mera inercia.

Conoció a un par de militares soviéticos aficionados a la literatura, el uno crítico de *Izvestia* y el otro poeta, y en ellos sólo vio o quiso ver la expresión de bondad que reflejaban sus palabras. Quedó con Rossetti, que se presentó de punta en blanco, con la esperanza de que le propusiera algo que le facilitase algún ingreso; sin embargo, Rossetti se mostró reservado y no hizo alusión a ninguna de las promesas que le había hecho durante la guerra, pues aunque veía en la situación una oportunidad para lanzar proyectos, no se atrevía a emprenderlos por la presión comunista. Si bien *La estrella sin nombre* se había vuelto a representar y tenía éxito, Sică no quería revelar aún la verdadera identidad de Victor Mincu porque temía que regresaran los alemanes y lo fusilasen a él de camino. Pero si algo podía comprender Mihail era el miedo. Cuando Alemania cayó por fin, se llevó las manos a la cara y lloró como cuando murió Nae, pensando en todos los hombres que no verían aquel derrumbamiento. Habían sobrevivido, él y su familia. Y ahora tenían que comenzar una nueva vida. Una vida que había que vivir en libertad. Lo que más había ansiado durante los últimos años. La libertad. No su reformulación. No aquel pavoroso espíritu de conformismo, ni los cambios de chaqueta de quienes lavaban su pasado delante de los testigos que no habían olvidado: «Nuevos como orientación pero viejos como estructura rumana de pensamiento», escribió en su diario. Y aunque lo único verdadero y que ocultaba lo demás era que los alemanes habían sido derrotados, Mihail no sabía cómo ni por dónde empezar.

Cuando Vișoianu regresó de Moscú, lo citó a comer junto a Rossetti y Belu Zilber: «Tienen conciencia de su gran victoria, pero al mismo tiempo les irrita que no les tomen en serio. La comisión ha sido incapaz de cambiar ni una coma del armisticio. De vez en cuando, Mólotov nos preguntaba: “¿Qué se les había perdido a ustedes en Stalingrado?”.» Y esa misma noche, después de discutir con Vișoianu, Mihail fue a un espectáculo soviético de *music hall* en el Alhambra. «Yo creo en la libertad, igual que tú. Y allí la gente tiene miedo de decir sí o no. Están pasando hambre», seguía oyendo la voz de Vișoianu,

quien añadió que carecían de carburo, de velas, de ropa, de herramientas, de cerillas, de caucho, de jabón o sal, mientras les sobraba entusiasmo por la industria y temor a ser considerados «traidores de la madre patria»: ahí radicaba el famoso coraje del soldado soviético. Se trataba de una compañía de los frentes, con un pianista penoso, dos danzarines de circo y un actor algo torpe, que recitaba a Pushkin y fábulas en verso, junto a una actriz cómica relatando monólogos; también había un tenor vestido con un esmoquin, probablemente confiscado, que le quedaba tan mal que daba lástima; y sin embargo Mihail miraba a su alrededor y le parecía un milagro: un mongol, un tártaro, un sargento con un inconfundible semblante de *bon enfant*, un soldado miope con una hermosa expresión de melancolía, un ambiente fraternal y cándido. Se reía con ellos y aplaudía a la vez, mientras recordaba el teatro judío al que fue con Beno y Leni. ¿No era él, con su vida desbaratada, uno más, uno de ellos? «Sí, pero tú no eres un bolchevique, Mihail. No lo has sido nunca y tampoco podrás serlo ahora. Para ellos, sólo serás un contrarrevolucionario. Un burgués. Un fascista rumano.» ¿Cómo iba Vişoianu, que se había pasado media vida en Suiza, a apreciar la diversión popular y aquella capacidad de sobreponerse a la tragedia?

Pero a diferencia de ese público, Mihail seguía sin saber arreglárselas con las cosas más básicas; era un «poeta» en el peor sentido de la palabra; discutía con el gestor de los inmuebles vacantes y acababa dándole la razón, se mostraba incapaz de protestar ante quien lo molestara, nunca había sabido cómo sacar más partido de nada, continuaba sufriendo cuando pedía un favor, entraba en una oficina de la administración y se venía abajo, tragaba, cedía, aceptaba, se comprometía, iba por ahí sintiéndose deudor de todo el mundo, cuando lo único que quería era que lo dejaran de una vez tranquilo. Ni podía sacudirse la tensión, ni sabía cuidarse. Y cada vez tenía peor aspecto.

—Deberías hacerte notar —le dijo Rossetti—. Permanecer en la superficie. Relacionarte con algún grupo o meterte en un organismo.

—¿Como una bacteria?

—La gente se sitúa, se abre hueco, y a ti parece que se te agudiza el desamparo.

—Que vengan a buscarme.

—Orgullo —dijo entonces Zilber—. Lo hicimos y permaneciste indiferente.

—¿Y mis crónicas para *Rômania Liberă*?

—No cumplieron su cometido.

—Él es un hombre solo —intervino Vișoianu, y a Mihail no se le escapó el deje irónico—. Te lo vuelvo a repetir: escribe sobre tu experiencia. Ése es tu deber.

—Mi deber... ¿En este país donde todo es ilimitado y nadie sabe su oficio, donde todo se mueve pero nada cambia, donde todo quiere resolverse de un día para otro con una revolución o más de lo mismo?

—Pues por eso —dijo Rossetti—. Cuéntalo para que no se repita.

—Dar lecciones de moral no es una virtud precisamente.

—¿Y callarse? —le espetó Zilber.

—¿Me callé en *Cómo me convertí en húligan*, ante aquella avalancha de calumnias que provinieron de ti entre otros?

—Todos fuimos parte activa. La incomprensión fue mutua.

—¿Cómo que todos? —se exaltó Mihail—. ¿Qué incomprensión? ¡Estás insultando a los inocentes!

Porque nada le servía de consuelo. Camil le enseñó dos artículos de adhesión a la izquierda: un violento ataque contra los alemanes y otro contra Gide; ambos con el mismo tono voluntarista lleno de color y movimiento, con sus mistificaciones rebosantes de optimismo y exageraciones de ópera bufa; decidido a convertirse en bardo nacional, en escritor oficial por más que nunca se supiera si lo que decía era mentira o cierto. Al fin había empezado a representarse *La estrella sin nombre* con el nombre de su verdadero autor en el cartel. Y una noche, cuando Mihail regresaba acompañado del teatro por algunos miembros de la compañía, un soldado ruso salió de una esquina, apoyó el cañón de la pistola en la sien de la actriz principal, les robó cien mil lei y se llevó el reloj del director de escena. Con todas las personas que se lo tenían merecido, pensó Mihail, y les sucedía precisamente a ellos, a las únicas que le habían ayudado de verdad desde que terminó la guerra.

Le consumía el malestar, ese odiarse sin tregua y tratar de salvarse al mismo tiempo; cada vez peor; cada vez más furioso con el mundo y consigo mismo. ¿No había habido una complicidad general en la masacre? ¿Por qué ni la RAF ni los estadounidenses volaron los crematorios y destruyeron los *lager*? ¿Por qué no arrojaron sus bombas a las vías que conducían a Belsen o Auschwitz pese a las súplicas que les llegaban de Polonia? Noruega,

Dinamarca y Bulgaria habían dicho no. Ciudadanos anónimos se habían solidarizado a título individual con sus compatriotas judíos; algunos incluso habían mostrado el valor de ayudarlos; algunos habían muerto por ello. Pero ¿no había sido más fácil escudarse en el escepticismo?, se preguntaba Mihail, ¿más sencillo pensar que eso no podía suceder en la sociedad de la que había salido Goethe? No se trataba de hacer una revolución comunista, le dijo a Camil, sino de que se produjeran verdaderos cambios:

—Yo creo en la justicia social, pero no a cualquier precio. ¿Cómo se puede hacer una revolución sin ejecuciones?

Mas quién conoce nada de uno; quién se preocupa por saber; las palabras sólo pueden transmitir un poco del verdadero yo, se decía Mihail, y qué poco de ese poco era recibido. Circula una imagen que la gente ha creado de uno y, hagas lo que hagas, resulta imposible de revertir, mientras tu auténtica vida es como una isla. Nadie te conoce. Nadie sabe cómo piensas. Nadie tiene la más remota idea ni de por lo que tuviste que pasar ni de qué opinabas entonces.

—Me alegro de que haya evolucionado —le dijo al recibirlo en consulta un médico al que no veía desde los años treinta, puesto que al doctor Kahane lo sacaron una noche de su casa de Cotroceni, lo acusaron de fascista en un juicio sumario y, a la mañana siguiente, lo fusilaron.

—Disculpe, ¿a qué se refiere con que he evolucionado?

—Sí. Me han dicho que ya no es usted de derechas.

—¿De derechas? Y ¿cuándo he sido yo de derechas?

—¿No estaba usted ligado a Nae Ionescu y escribía para *Cuvântul*?

Debió de ser un acto inconsciente, como el de recoger el periódico del velador junto al maletín y el sombrero, mirando pero sin ver, con su pinta de viajante de comercio, primero el pie derecho que baja de la acera, después el izquierdo, los ojos en la esquina por la que vienen los coches, un leve giro de cabeza, el cartelito del taxi, la mano en alto, con el ejemplar de *România Liberă* pinzado bajo el brazo, incómodo en la postura mientras precipita la llamada, ajeno al tráfico de la calle y a la incongruencia de la velocidad del vehículo en el cruce del bulevar Regina Maria con la calle Justitiei, junto a la iglesia de San Nicolás Vladica. Qué raro que dentro de nada esté subido en una tarima impartiendo clase como si fuera Nae, piensa Mihail en una infinitésima parte de segundo, retirando la vista de las cinco cruces que

coronan la fachada neobizantina, de las columnas de la entrada, del blanco vivo bañado por la luz, alegre como si lo acabaran de lavar en aquel preciso instante. Poco a poco volvió al trabajo, aunque con la vieja sensación de hacer algo que aplazaba las cosas a las que de verdad le hubiera gustado dedicarse, enredado en la adaptación teatral de una novela en inglés, terminándolo todo con prisas, como si el hecho de acabar antes le dejara tiempo libre para hacer ese algo esencial que luego nunca llevaba a cabo. Aún quería escribir su libro sobre la guerra, un ensayo en el que explicase qué había ocurrido en Rumanía durante los últimos años, sobre las componendas y el oportunismo de su intelectualidad, sobre los mecanismos psicológicos que condujeron a que ésta se fuera deslizándose hacia la extrema derecha al igual que algunos viraban ahora hacia el comunismo, sobre las compatibilidades, el arte y la técnica de caer de pie, nadar y guardar la ropa al mismo tiempo. ¿Cómo se desarrollaban los procesos de disimulo?, se preguntaba Mihail. ¿Cómo se llegaba al salto de la conversión? Pero lo único que le ofrecía un ingreso inmediato, en un clima de sometimiento y vileza y modo de medrar en el que de nuevo la desconfianza de todos respecto a todos se convertía en la mejor forma de control, eran el teatro y las traducciones. Había rechazado reingresar en las Fundaciones Reales, continuar como profesor de instituto, asesorar a la empresa de Paul Sterian, la administración judicial de una sociedad alemana expropiada, un puesto de redactor en la radio pública, escribir una columna diaria para *România Liberă*. Y, como decía Beno, no se podía vivir de rechazar cosas: la angustia no daba de comer.

Su negativa a participar en el periódico independiente que Braniște se propuso montar, toda vez que los demás se situaron en la órbita comunista, le costó a Mihail un par de noches de insomnio, antes de concluir que prefería no adherirse a ninguna corriente. Además, su decisión de no hacer más periodismo era firme. Por su parte, Vișoianu, Zilber y Rossetti se habían empeñado en que lo nombrasen consejero de prensa del Ministerio de Exteriores, cuando él ni siquiera sabía qué significaba eso: a lo mucho, sospechaba que debía de ser una especie de chupatintas sin ninguna tarea concreta; algo parecido al fraude de cargo que desempeñaron Mircea y Cioran con el anterior régimen. En Rumanía, la contribución de los hombres de letras al debate público era inversamente proporcional al conocimiento del tema que se discutía. De ahí que se le fuera asentando la alternativa de marcharse al

extranjero. ¿No lo habían considerado una basura sin nacionalidad ni derecho de ciudadanía? ¿No le habían empujado a cruzar la frontera impidiéndoselo al mismo tiempo? ¿No decían que el judío era un desarraigado, el mejor representante del cosmopolitismo que había odiado tanto Hitler como lo seguía haciendo Stalin? Irse muy lejos, poner tierra por medio, escapar de una vez, para no tener que decidirse, para no elegir, para huir de quienes no aprendían ni escarmentaban con nada, para no seguir odiando, para no recordar obligatoriamente. Mihail no soportaba más los cotarros en los que todo se decidía entre bastidores, las conversaciones en las que se pasaban unos a otros los contactos, el compadreo y los chanchullos entre los nombres de la política y la cultura: la delación, otra vez, como si el acto de acusar fuera la única manera de defenderse; aquel conformismo servil maquillado de falacias contradictorias: «necesidad de reconciliación», «justicia», «consenso», «retribución», «visiones comunes»; como si no hubiera habido una parte agresora y otra agredida. El patriarca ortodoxo: «Cristo es el hombre nuevo. El hombre nuevo es el hombre soviético. Luego Cristo es el hombre soviético». El único capaz de realizar el fin superior. De suprimir la explotación del hombre por el hombre.

La gota que colmó el vaso para dejar *România Liberă* fueron las cifras publicadas sobre la manifestación de febrero: Mihail estuvo allí y calculó que, ante el Palacio Real, no se congregó ni una cuarta parte. Tampoco habían exigido a gritos, como aseguraba el periódico, que Iuliu Maniu fuese procesado por traición y se instaurase un gobierno prosoviético; únicamente habían pedido la dimisión del general Rădescu y, manipulados por los dirigentes comunistas, la implantación expeditiva de la reforma agraria. Y después de lo que había pasado, debía ser algo completamente distinto. Un gobierno del pueblo, sí, pero elegido de forma democrática. No podían incurrir en el mismo error. Al menos a él, pensaba Mihail, tenía que servirle la herida de *Cuvântul*. El seguimiento que había hecho además *România Liberă* del caso de los criminales de guerra era contrario a los hechos, contribuyendo a la inculpación de cuantos secundarios hubieran tenido vínculos no sólo con el entorno legionario, sino vagamente de derechas, sin mencionar en cambio a los verdaderos responsables. ¿Qué mal había cometido el doctor Kahane para ser «ajusticiado por reaccionario»? ¿De qué podían acusar al profesor Durmiși, que fue de los pocos que tuvo el valor de enfrentarse a los alumnos

que pedían limpiar la universidad de catedráticos judíos o socialistas? Los rumores aseguraban que a los arrestados les habían descubierto armas que no eran suyas. La portada que conmemoraba el Primero de Mayo, con aquella ilustración de una bola del mundo azul erguida por vigorosos brazos que ahora eran proletarios, pero que un año atrás bien podían haber sido legionarios levantando un crucifijo, ese espectáculo en el que cientos de hombros se convertían en uno solo como una imponente máquina adulatora, terminó por convencerlo de que Vișoianu estaba en lo cierto.

Cada vez que veía lo que publicaba la prensa, con su nueva y a la vez antigua tendencia al entusiasmo y la mentira, Mihail pensaba que la única posibilidad honrada era dedicarse exclusivamente a la abogacía, a un oficio del que no tuviera que avergonzarse. Porque tampoco aguantaba más a la gente del teatro. La simple opción de colaborar otra vez con Leni y Froda le sacaba de sus casillas. Ya no estaba dispuesto a tragar con los aires de quienes se consideraban a sí mismos artistas. Aún recordaba cuando le pidió a Froda mucho menos de lo que merecía su trabajo, justo después de presenciar cómo cedía a unos concesionarios de programas las condiciones más onerosas, y encima Froda se llevó las manos a la cabeza y acabó pagándole la mitad sin que él supiera rebatirlo. ¿Cuántas veces se había comprometido con ellos mientras ensayaban otra pieza en su lugar sin decirle nada? Leni sabía mentir, Froda sabía mentir, pero él no había aprendido aún a no poner cara de tonto cuando se enteraba de que alguien le había mentido.

Qué diferentes todos del capitán Bachman, que había luchado en el Pacífico, que era un judío apasionado, que estaba furioso porque todo el mundo que conocía en Bucarest había sido legionario. Aunque perdía la cabeza por el teatro, en su vida civil era guionista de Hollywood. No había conseguido que le representasen ninguna obra y se había conformado con escribir para la Metro Goldwyn Mayer. Se lo presentó Rossetti en el Intercontinental y Mihail sonrió cuando escuchó lo de «conformado».

—Ya quisiera yo hacer su trabajo en lugar de escribir comedias en Rumanía —le dijo pensando cada palabra del inglés.

—Pues eso es fácil —replicó Bachman—. Escribame después de la guerra y seguro que podremos arreglarlo.

Pero al capitán le interesaba más su producción literaria. Conocía los vericuetos de *La estrella sin nombre* y no paraba de preguntarle sobre el resto

de su obra.

—¿Y no ha pensado en escribir una novela sobre lo que ha pasado? —le preguntó la segunda vez que se vieron, en una velada del Círculo Militar, rodeados de altos cargos, comisarios soviéticos y diplomáticos aliados.

—Una novela, no. Quizás un ensayo. Una especie de memoria. Aunque cada vez lo tengo menos claro.

—¿Por qué? —se sorprendió Bachman, que mezclaba torpemente el rumano con el francés para no acaparar la conversación en su idioma—. Usted debería contar lo que ha vivido. Ofrecernos su palabra de testigo.

—No hay mérito en ponerse en el lado correcto a toro pasado. Tampoco en reclamar un estatuto especial de víctima. Durante estos años he llevado un diario, escrito al instante, en el que no fui lo suficientemente fuerte para evitar el testimonio de mi fragilidad. Jamás lo publicaré. Porque lo último que deseo es que nadie me compadezca.

—Pero no se trata de eso. No le hablo de pedir una reparación, sino de contar para comprender. De contar por justicia. De contrastar lo percibido racionalmente. Dejando el odio aparte.

—¿Y no sería una forma de desviar la atención remover un pasado que ya no puede cambiarse? ¿Y cómo se puede dejar el odio aparte?

—No creo que usted sea tan pesimista. Quizás no haya que buscar tanto la verdad como el bien, *ne croyez-vous pas?*

Larry Bachman era un hombre lleno de energía, con el rostro sonrosado, que hablaba de la realidad y la democracia como si las palabras acabaran de estrenarse. Una figura nueva. Alguien con quien Mihail podía departir como si se conocieran de toda la vida.

—Contar sería hacer una selección que no haría justicia a los hechos. ¿Cómo es posible que una persona que le es extraña, un hombre de carne y hueso como usted, cubra su cuerpo de golpes o decida asesinarlo en nombre de lo que sea? Usted no puede entenderlo. Nadie que no lo haya vivido podrá imaginarlo. Sólo quienes atravesaron el infierno están en condiciones de hacerlo. Y aun así, resultaría imposible transmitir la verdad desnuda. Cuanto más trato de explicarme, menos me comprendo. Por lo que en tales circunstancias, y ahí debo darles a los marxistas la razón, la literatura se convierte en un lujo innecesario.

—Sí, pero si no lo hace usted, lo harán otros —dijo Bachman—. La

pamjat' (porque así es como llaman a la memoria los rusos, *isn't it?*) es demasiado importante para dejarla a merced de la revancha o los intereses. Usted sabe perfectamente que la historia se reelabora con cada régimen, y que de las enciclopedias desaparecen las palabras indeseables. Escriba de las vidas particulares que no caben en la Historia. Escriba los detalles. Escriba cómo las invenciones ocuparon el lugar de la realidad —y lanzando una sonrisa franca a su alrededor, agregó abriendo los brazos desenfadadamente —: Lo mismo que sigue sucediendo ahora. Si no, dejaría el pasado al servicio del presente.

—En todo caso sería mi verdad, no la verdad.

—La verdad objetiva no existe, amigo Sebastian, o si existe resulta difícil de conocer. Pero sí que podemos acercarnos a una verdad aproximada, práctica, buscada con honestidad, sin tergiversaciones deliberadas.

—Y dice usted que debería escribir una novela...

—O una crónica, un ensayo, una *mémoire*... El género es lo de menos. Pero la ficción le daría más libertad.

—La ficción no lo ampara todo. Hay cosas que no se pueden contar mediante la ficción. La literatura es insuficiente. La poesía no ayuda a descubrir el lugar de la que ha sido proscrita. Y escribir una novela ahora sería otra forma de oportunismo.

—Definitivamente está en plan catastrofista. De acuerdo... Pues escriba un ensayo.

—Un ensayo cuyo estilo tendría que mostrar la serenidad y distancia de las que carezco. Párese a pensar. Tal vez, como dice Belu Zilber, todos seamos culpables.

—Unos más que otros. Recuerde las cosas como fueron.

—Entonces tendríamos que sustraerle al odio su carácter eterno. Aquí cada uno fue culpable de una manera. Unos, de delito de silencio. E incluso eso habría de matizarse. Porque están quienes callaron por adhesión o complicidad y quienes lo hicieron por miedo. Quien calla otorga pero, también, quien calla sobrevive. Otros fueron culpables de exaltación: de «encender el espíritu», como decía Eliade, de azuzar y convertir la política en un estado de ánimo arrebatado, ajeno a cualquier tipo de raciocinio. Ellos justificaron lo injustificable en un juego infantil: los de arriba contra los de abajo, las élites contra el pueblo, los traidores contra los rumanos. Exigiendo

soluciones simples a problemas muy complejos. Olvidando cualquier sentido de la realidad y provocando, aunque fuese por ignorancia o buena fe, consecuencias sanguinarias. Son los que se negaron a tener paciencia. Quienes por temperamento no creían que las cosas pudiesen mejorar mediante el acuerdo, lentamente, por medio de las reformas que rápidamente tachaban de obsoletas, de débiles o sustentadoras del antiguo régimen, sin sopesar que puede que existan opciones más modestas, susceptibles de ser verificadas, no castillos en el aire. Mi generación le declaró la guerra a la anterior, primero en la cultura y después en la política. Y lo joven, lo nuevo, no es un valor inherente. Tiene que demostrar que es mejor que lo antiguo, que lo que quiere superar o sustituir, sin que ese objetivo se convierta en algo vacío, en un fin en sí mismo. Y por último estamos los culpables de haberlo intuido y no haber hecho nada para remediarlo. Quienes nos dejamos llevar por el momento y no desconfiamos más rotundamente de quienes trataron de convencernos con argumentos irracionales; quienes incluso participamos de la orgía de palabras gratuitas por frivolidad o debilidad de carácter; quienes no nos atrevimos a plantarnos por temor a perder el aprecio de la manada. Los cobardes. Los culpables de delegar nuestro juicio en jefes carismáticos, en los profetas de lo falso. Y entre ellos estoy yo.

—Se juzga severamente, Sebastian. Demasiado.

—No. Sólo me niego a intervenir en la ilusión de no ser cómplice que nos inunda actualmente. Sólo las verdaderas víctimas tienen derecho a perdonar. Quienes vieron con sus propios ojos la cadena de montaje de Treblinka, con su tecnología de la destrucción, su ferrocarril y su pueblito teutón fingido. El perdón también puede ser una forma de normalización del crimen. Yo no estaba en Transnistria; y, para los que no estuvimos allí, perdonar o no sólo son juegos espirituales. En su país la gente seguía durmiendo por las noches y comiendo caliente, haciendo el amor o temiendo al dentista, como si vivieran en otro planeta o en otro tiempo. No es seguro que las palabras puedan abordar estas cuestiones. No tenemos la certeza de que recordar evite nada. Como tampoco está claro que quien se decida a hacerlo salga indemne.

—Si me permite, no creo que eso invalide su testimonio.

—Pues yo creo que sí. El hecho de no oponerme en su momento a las verdades reveladas de mi generación me deslegitima por completo.

—¿Tuvo usted otra alternativa? ¿Acaso no piensa que el coraje para

rebelarse requiere una opresión no extrema? La revolución es un privilegio, me dijo la primera vez que nos vimos. La hostilidad contra los judíos alcanzó en este país una magnitud que anuló cualquier posibilidad de acción. Fustigarse por eso es indecente. Fueron otros, y no usted, quienes pudiendo evitarlo permanecieron en silencio.

—¿Y el comportamiento de Filderman? ¿Y quienes se jugaron la vida por ayudarnos? ¿Y la revuelta de Varsovia?

—Aplastada. Reducida a cenizas... ¿Me está diciendo que prefirió ser un mártir a sobrevivir? Casi nadie tiene madera de héroe, y menos quien es capaz de escribir *La estrella sin nombre*... No sabe usted cuánto me gustaría que hiciéramos una obra parecida juntos.

El optimismo de Larry Bachman lo sanaba: su forma de no paralizarse, de seguir creyendo en las relaciones de los hombres, después de que la esperanza desapareciera centímetro a centímetro y el sol se pusiese en pleno mediodía; su manera de no hablar rimbombantemente. Sin embargo, en cuanto se despidió de él, Mihail se topó en la calle con Marietta Rareș y se lo notó en la cara, aunque al principio creyese que lo que pasaba era que no quería saludarle como había hecho en otras ocasiones, cuando lo rehuyó como si fuese un apestado. Porque fue ella, con su chaquetón de piel de conejo, quien se le acercó esta vez. Había recibido un telegrama de Lisboa, hacía diez días, en el que Mircea le comunicaba la muerte de Nina.

No recordaba las palabras exactas. O no las quería recordar. Y fue como un palpito. Quizás en las Fundaciones Reales siguieran guardados los periódicos de la hemeroteca. Su mente pensaba lo que las piernas parecían contradecir: para qué, a estas alturas; por qué, aun no compartiendo los postulados de mi época, consentí en formar parte de sus síntomas. Andaba rápido, dándole vueltas a la cabeza, y el viento que hacía crujir las ramas de los árboles semejava pasos tras de sí. Había salido a la calle porque los objetos se le echaban encima y, al entrar en el edificio donde había pasado tantas tardes, no reconoció a nadie. Pero al momento vio que de la sala de archivos aparecía una secretaria de cuyo nombre no se acordaba y que, nada más verlo, lo saludó efusivamente: «Señor Sebastian, cuánto tiempo... Qué alegría volver a tenerlo por aquí». Yo estaba metido en el juego, se decía mientras la escuchaba. La hemeroteca aún no estaba en funcionamiento, aunque

por él harían una excepción, por supuesto, sin tantas comprobaciones y tantos permisos burocráticos como había que pedir ahora para todo. En el de las concesiones, las astucias y las palmaditas en la espalda. Subieron por el recibidor y pasaron a una de las salas de lectura. Mihail le apuntó los datos en un papel. La secretaria desapareció. Y a los diez minutos volvió con una carretilla en la que portaba varios fajos atados, amarillentos, cubiertos de polvo, con la mayoría de las páginas dobladas o rotas. Un escalofrío le recorrió al desplegar la primera portada, bajo las pantallas verdes que daban una luz de agua estancada. Y si bien se entretuvo en los nombres de las firmas, las carteleras de cine y los anuncios publicitarios, del mismo modo que después de un chiste negro sobreviene un silencio que golpea como un mazazo, no le resultó difícil encontrarlos. Por duplicado. El primer artículo, de 1929; y el segundo, de cuatro años más tarde.

Antes de leerlos buscó en cambio aquel editorial escrito por Nae: «Tenemos una sola convicción, la de resistir de manera violenta a cualquier medida ilegal». Se refería a la prohibición de los legionarios ordenada por Duca antes de las elecciones, a la muerte de un estudiante guardista a manos de la policía. Mientras la prensa democrática lo condenó en nombre de la ley, *Cuvântul* pareció hacerlo en el de la Guardia de Hierro. Y aquello sonaba como los clarines del desastre. Nae pedía «la disolución revolucionaria» de la vida pública, puesto que estaban «en la era de los asesinatos». Siempre había habido crímenes políticos, sostenía el profesor, pero hasta entonces sólo los habían cometido los ricos. Una vez dentro de la lucha armada, ésa era la misión del hombre nuevo al que no le importaba morir. La persecución de los legionarios iba más allá de la policía, señalaba Nae, aludiendo directamente a Titulescu, a Duca y, en una clara alusión a Elena Lupescu, al «judaísmo internacional e interno». Ellos operaban de forma oculta «contra nuestro movimiento nacionalista». Y pedía explícitamente la revolución colectiva de la Guardia de Hierro que, si se había retrasado, era por culpa de «la cobarde pasividad de la burguesía». A los judíos asimilados les impelía a que se declarasen judíos y dejaran de entrometerse. Pero cuando él fue a su despacho a presentar su dimisión, recordaba Mihail, Nae le hizo creer lo contrario: «¿*Cuvântul* fascista? ¿No ves que es absurdo dada nuestra trayectoria?».

Cómo no supo verlo o por qué no quiso hacerlo. En Viena, en Madrid, en Berlín, la socialdemocracia se desmoronaba; sobre Europa se cernía un cielo

oscuro; y siguiendo la vieja costumbre, los judíos pagarían la desesperación hasta el punto de convertirse en perros contagiados por la rabia. Entre la fecha de ese editorial y su artículo del 15 de diciembre, comprobó Mihail, mientras Braniște hacía desde su periódico un llamamiento a la tranquilidad, *Cuvântul* acogió entre sus páginas a Vasile Marin. ¿A qué venía pues la ironía de «El hombre con revólver»? ¿Quién estaba en condiciones de apreciarla en aquel ambiente?

Ese hombre va por el país y dispara. Dispara igual que respira. Es una función biológica que le corresponde. El revólver forma parte de su anatomía y si su fisiología se vuelve negligente, la pistola completa sus faltas. El hombre del revólver va por ahí repartiendo balas a cualquier hora del día y de la noche, en todas las provincias de Rumanía, agujereando el mapa del país con su fuego rebelde. Anteayer estaba en Bucarest, ayer en Brăila, hoy en Ploiești, mañana en Buzău. Si hace frío, él dispara. Si le pides la hora, sigue disparando. Si no le preguntas nada, también dispara.

La broma era demasiado simple y siniestra incluso para una sociedad acostumbrada a las bromas simples y siniestras. ¿Tenía sentido escribir así? ¿De verdad le parecía gracioso presentar a ese hombre, que simbolizaba una sensibilidad cada vez más extendida, como un pistolero de las películas del Oeste? Sus balas no mataban, decía Mihail, como mucho deterioraban los pantalones. De esa forma quería reflejar la indignación de una población desilusionada. «Si las cosas van más lejos, nuestro hombre se verá obligado a sustituir su pistola por una metralleta con igual pasión, y pasará a llamarse “el hombre de la metralleta”.» Gheorghe Brătianu había disparado al aire en un enfrentamiento con la policía. Los altercados continuaron un día sí y otro también. Y dos semanas después el primer ministro Duca fue tiroteado en el andén de la estación de Sinaia. Pero entretanto *Cuvântul* mostraba su solidaridad con los legionarios arrestados y el propio Mihail, en un artículo del 21 de diciembre, escribió también:

He hecho una pequeña encuesta política a mi alrededor, en el mundo de mis amigos y compañeros de trabajo, escritores, profesores, médicos, gente culta, todos los que han padecido bajo la etiqueta de «joven generación» los abusos del poder y en cuyo nombre los jefes de

los pelotones ideológicos se han permitido enunciar verdades absolutas. Y he constatado, de modo muy general, que ninguno de ellos, ninguno, está inscrito en las listas electorales. Ninguno va a votar.

Su intención no era sustraerse de la preocupación del momento ni de la crisis que atravesaba el país. Su propósito simplemente era exponer que ninguno de los partidos en liza respondía a las preguntas que formulaba esa «élite intelectual», ni aportaba soluciones a sus anhelos. Pero eso, con la Guardia de Hierro prohibida, ¿no podía interpretarse como un apoyo implícito a ella? Para Nae, sin la Legión, las elecciones no significarían nada. Y en su artículo «Con sangre o sin sangre, es lo mismo», Mihail parecía repetir la idea de su maestro, como el «lorito de prensa» que le llamaron sus detractores. Sin embargo hablaban de cosas distintas. Si para el profesor las elecciones habían sido completamente ilegítimas, para Mihail carecían de valor porque se sustentaban en un sistema en el que el parlamento poco tenía que hacer ante las disposiciones del gobierno. ¿Había no obstante, de cara al público, alguna diferencia cuando se preguntaba si unas elecciones ensangrentadas o angelicales cambiarían las funciones del congreso? Luego vio la firma de Codreanu por aquellas mismas fechas en *Cuvântul*, en la tercera página, no sólo lamentando el destino de «los niños golpeados en las cárceles por orden de los banqueros judeomasones», sino prometiendo que no quedarían sin venganza. O el peculiar villancico navideño de Nae del día 25, aquel editorial titulado oportunamente «Masacre», en el que equiparaba a Cristo de modo codificado con el Capitán utilizando expresiones como «todo se paga» o «nos podemos esperar cualquier cosa», reclamando de forma críptica un acto de expiación, lamentando asimismo el «sacrificio de los niños». Un rey y un traidor. Herodes y Judas. Carol II y Duca. Y el día del atentado, cuando aún no había llegado la noticia a la redacción, también Nae: «Podría ser que después de la disolución de su acción, la Guardia vuelva más fuerte y emprenda otros caminos». Mientras, Mihail siguió siendo redactor jefe desde que Nae asumió la dirección hasta el 30 de diciembre de 1933, el día en que asesinaron a Duca y decretaron el cierre del rotativo y el ingreso en la cárcel de su director por instigación al crimen, a pesar de las protestas encabezadas precisamente por Nicolae Iorga: sin ninguna muestra de condena por los atentados legionarios, sin ningún rastro de compasión por las víctimas de su violencia, sin ninguna conciencia de que el periódico que amaba con todo su ser había contribuido

directamente a la muerte de Duca.

Pero esa suspensión de sus facultades intelectivas no sólo databa de aquel entonces, pensaba Mihail. En 1929, comentando un libro de Maurice Bedel, aunque apenas tuviera veintidós años, mostró su admiración por la revolución fascista de Mussolini; y en el verano del 33, cuando ya no era tan joven, después de visitar en París una exposición de los sombreros de Marinetti financiada por el gobierno italiano, mientras Eliade sólo escribía por entonces artículos sobre el *Unipanishad* o como mucho sobre la economía precaria de los intelectuales, él había publicado con ligereza de literato: «Un régimen que anima la fantasía, un régimen que te permite regresar a tu infancia, un régimen que acepta con ingenuidad lo ridículo, es un régimen que favorece un espíritu joven, libre, inigualable, capaz de patrocinar toda suerte de locuras creativas». ¿Por qué? ¿Tal era su irresponsabilidad, su opinión verdadera? Y por qué, tras los sucesos de diciembre del 33, siguió apoyando a Nae sin reservas, «el único hombre al que me siento obligado a someterme, sin que por eso tenga un sentimiento de renuncia, sino al contrario: un sentimiento de logro, de reintegración», decía el narrador de *Desde hace dos mil años* sobre el profesor Blidaru. Mihail leía estremecido, y recordaba lo que no quería recordar con la amargura de lo que no fue necesario, y le pesaba el arrepentimiento igual que cuando se enfrentaba a un amigo y se llevaba tres días cavilando lo que le había dicho, tratando de disculparse independientemente de si hubiese llevado razón o no. Ser severo con uno mismo no era agradable, debería haberle respondido al capitán Bachman. El insomnio no ayuda a descansar. La noche de fiesta pasa y el disgusto llega por la mañana. Y si él había luchado durante toda su vida por preservar su espíritu crítico, por el exiguo espacio que quedaba entre las intransigencias, por ser un disidente civil en lugar de un partidario en un momento de robo y perversión de las palabras, el peso de la responsabilidad empezaba por medir las propias, por evitar las generalizaciones ingeniosas y las ocurrencias. Guardar silencio entonces habría sido una respuesta y ni siquiera la más inofensiva. Pero Mihail era un hombre de buen humor, seguro del grupo al que pertenecía; estaba en la flor de la edad adulta; tenía una tribuna cuya influencia le proporcionaba placer, un trabajo para nada infructuoso, alegría de vivir aunque la empañase con nimiedades. En el fondo no le afectaban tanto los lemas antijudíos que se soltaban como espumarajos. Contemplaba de lejos las

artimañas detestables. Jamás pensó que le incumbirían de lleno. El miedo no se le había convertido aún en una enfermedad como la sarna, de la que no se libraba por más que se rascara. Y por eso mismo, pensó en la hemeroteca, era todavía más culpable. Corresponsable de los crímenes no sólo en la medida en que se desentendió de ellos, sino en que contribuyó con su comportamiento vergonzoso. Tan injustificable como los políticos charlatanes, corruptos, miopes y arribistas; o como los funcionarios que colaboraron; o como los intelectuales que azuzaron la ira. Culpable por colocarse un bozal o escribir únicamente lo que los otros querían. Porque el lenguaje servía para unir y para separar, para atraer y para repeler, para ahuyentar la desconfianza o para blindarse. Y era ahora cuando se daba cuenta de la importancia de sus palabras, de su silencio posterior como un hábito o una manera de acomodarse, de lo equivocado que había estado siempre. Creyéndose un escéptico, había sido el más iluso. Creyéndose lúcido había errado en todo y, más que nada, en sí mismo. ¿Por qué había percibido a Mircea como si fuera su guardián durante tantos años? ¿Por qué siguió queriendo a Nae incluso después del prólogo? ¿No acertaron los críticos que vieron en él no sólo un temperamento de buen alumno, sino sumisión y masoquismo? ¿Por qué no se enfrentó antes a los suyos diciendo lo que debía, o lo que le parecía indigno callar, sin importarle que estuvieran o no de acuerdo? ¿Por miedo al vacío, a ser rechazado, o por temor a descubrirse como verdugo o posible víctima? Y ¿quiénes eran «los suyos»? ¿quiénes, «nosotros»? ¿quiénes, «ellos»? ¿No era la línea que separaba al testigo del cómplice demasiado fina? ¿De verdad le importó decepcionar a su maestro hasta el punto de dejar de ser él mismo sólo por obtener su aprobación y el aplauso ajeno?, se preguntó Mihail ante los viejos periódicos. O ¿es que aquél también había sido él y por eso nunca pudo romper con quienes compartió algo más que el afecto?

La luz desde una perspectiva cenital, como un amanecer vibrante, emanando una desvergüenza infantil, con un gesto de sorpresa parecido al del rostro pudibundo del conductor, superficies geométricas de materia. Contempló la montaña no como cuando se evocan de modo exasperado las cosas hurtadas, sino con la serenidad de quien mira un paisaje con un sentimiento de pertenencia. Ponerse en el lugar de sus viejos amigos, se decía Mihail, de la gente que no significaba nada para él, diferenciando su acritud de

la del adversario que hay dentro de cada uno, olvidarse sin resentimiento. ¿Qué diría Nae de eso? Carácter es destino. Pero el suelo gemía, la nieve seca que pisaba el monstruo que seguía agitándose en su interior. Por un instante, sin embargo, hubo un silencio extraordinario y una palidez y una pureza, y de repente lo contemplado dejó de ser una lámina en relieve y se convirtió en algo profundo: cerró los ojos, aguzó los oídos y, desde el sonido más leve hasta los ruidos violentos que aún conservaba dentro de sí, desde el grito más exaltado hasta la más dulce palabra, era la naturaleza la que hablaba, la que revelaba su fuerza, su vida y sus relaciones, como a un ciego al que se le niega el mundo infinitamente sensible y en cambio capta su inagotable variedad a través de lo que oye. Poco a poco había ido sintiéndose menos solo, menos inútil, menos pobre. Zoe. Amar a alguien. Leni. Le habían devuelto restaurada la casa de la calle Antim, donde alojó a su familia, pero él decidió mudarse a un piso de la calle Maria Rossetti. Tener hijos. La noticia de la muerte de Elizabeth, por boca de Antoine, como otro jarro de agua fría. Recibió un telegrama de una editorial de Roma interesada en publicar *El accidente* en italiano; le escribió desde Los Ángeles Larry Bachman, diciendo que había hablado con un productor de Hollywood dispuesto a contratarle como guionista o incluso a llevar al cine alguna de sus obras de teatro; un par de editoriales francesas, que parecían querer volver a reiniciar sus sucursales en Bucarest, le propusieron traducir *Mujeres* y *La ciudad de las acacias*. La inteligencia era una porquería, la exigencia de criterio que acaba destrozándote. Para qué sospechar, para qué decir lo que ya se sabe que permanece agazapado. Y toda esa pesadumbre de la oscuridad, que veía el consuelo como algo medroso, simple, justificatorio. Uno debería contar sencillamente lo que siente. Como, por ejemplo, la emoción que le atenazó la primera vez que estuvo en París: «¡Has escapado!». Rossetti le confirmó que habían admitido su candidatura en la Universidad Libre Democrática. Nina, cuántas cosas nos quedaron por decir, cuántas cosas debí decirte, porque tú estabas conmigo en todos lados, en la risa, en el amor, en el lamento. Lo de la consejería de prensa de Exteriores estaba también hecho, aseguraba Vișoianu, antes de que lo relevaran en el ministerio. Además, los teatros querían programar todas sus comedias, ofertándole cuatro veces más de lo que le pagaban en su otra vida. Adaptó la novela de Steinbeck *La luna se ha puesto* y su representación cosechó un gran éxito. Pero luego lo llamó Vișoianu y le dijo que su perfil no era el adecuado, y le ofreció a cambio un puesto menor que

Mihail rechazó de inmediato, ofendido por que para el nuevo gobierno no siguiera siendo otra cosa que un maldito judío, alguien para el que podía haber un sitio en la sombra siempre y cuando no cometiese la osadía de aspirar a un cargo de primera fila. Sin embargo era imposible no ser judío, o se era o no se era, ésa no era una función de la que se pudiese dimitir, ni motivo de orgullo ni de vergüenza, ¿no sientes cómo se apoderan de ti el frío y las tinieblas, Hechter-Judá-Sebastian-Mincu? O Amyntas, su seudónimo de crítico, «la novela rumana moderna ha de romper con los modelos autóctonos, con el campesino como tema». O Flaminius, cuando escribía sobre música. ¿Y no era su cara la que iba al lado del conductor del camión? Nae decía que ser rumano significaba ser también ortodoxo, igual que el animal «caballo» es de forma inherente «cuadrúpedo». Cioran, en su desolación ontológica provocada por el aburrimiento, llegó a referirse a ellos como «torva inmunda». Querido Blecher, un escritor que se muere es un mundo que se cierra de manera irrevocable, yo también debí haberte visitado más, te dejaron solo, cuando te diste cuenta de que escribíamos los unos para los otros, antes que nadie, sin ningún contacto con la realidad, de lo ridículas que eran nuestras pretensiones mientras la vida pasaba inadvertida. Los legionarios eran hombres jóvenes, sanos, que practicaban deporte y estaban dispuestos a dar la suya por Dios, pero habían comido poco. *DOUANE FRANÇAISE*. Los bosques no entienden de fronteras, como la línea aérea que lo llevaba a Balcic, mostrando a sus pies la contigüidad sin cartografía del terreno. Pero en la recepción por el nombramiento de Tătărescu, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, asistieron las mismas personas que habían brindado con el último ministro de Antonescu, y Vivi le comentó en un aparte que quizás lo de la consejería aún tuviera arreglo. Entonces Mihail miró a su alrededor y le pidió una semana para pensarlo. Leni a Sică: «¿De verdad que no tienes ningún papel para mí?». Se marchó con un grupo de amigos entre los que se encontraba *Andrei*, que era el nombre de Pătrășcanu en la clandestinidad y por el que lo seguían llamando en confianza los más cercanos, a Pedreal; y luego seis días de vacaciones solo en Diham, en la cabaña Vânători; la alegría de encontrar los esquís y los bastones en casa de Alice, después de tanto tiempo. Pătrășcanu tenía más de sofisticado intelectual inglés o francés que de burócrata moscovita y, no obstante, fue quien propició la parodia de los juicios sumarios, o quien los toleró o no quiso preocuparse demasiado por ellos, rodeado de una corte de obsecuentes que fruncían el ceño si lo fruncía él o que se reían a carcajadas si contaba un

chiste. Mihail había cambiado de criterio sobre las purgas en cuestión de semanas, pasando de la certeza a la duda, y cuando Zilber le pasó un manifiesto para apoyar el ordenamiento represivo, ante la sorpresa de sus amigos comunistas, se negó a firmarlo. Sus artículos habían empezado siendo más encendidos, pero rápidamente se replegaron en la prudencia, como una prevención ante el encomio. Ay, Pătrășcanu-Andrei, tú también estuviste en la cárcel. Te lo suplico, Zoe, perdóname, ¿qué fue de ti?, ¿dónde te encuentras? Y cuando Zilber le pidió explicaciones calló, calló como siempre lo había hecho con Jenica, con Nina, con Leni, con Zoe, con Alice. *Sólo quienes participaron abierta o secretamente pueden decir que no fue tan terrible*, le escribió al capitán Bachman, y lo tachó enseguida. Aquella gente triturada, pisoteada, fumigada como cucarachas. Los deportados de Transnistria estaban vigilados a veces por judíos. Y los antiguos siervos de los eslóganes y los salarios legionarios rivalizaban ahora para denunciar la dictadura de la que formaron parte: los golpes bajos asestados en sordina en esta cultura regida por la brusquedad y las transacciones en la que no hay nada más grave que las sonrisas panfletarias, querido Bachman, por el mercadeo de los compromisos y el trucaje, de la noche a la mañana renegando y atenuando y explicando y poniéndose de acuerdo, dispuestos a pagar el precio de otra forma de sometimiento, a renunciar a la vida privada en medio de la masa espesa, a sucumbir a la viscosidad y a la obediencia untuosa. Lo que estaba en tela de juicio era la posibilidad misma de comportarse como persona. Y qué rápido olvidaban algunos su propia culpa, el sufrimiento ajeno, en la somnolencia de las complicidades, con esa agilidad con la que se reinventaban las máscaras de la nueva farsa, en el carnaval que transcurría tanto en las oficinas como en las calles. Porque ahora resultaba que quienes habían sufrido eran ellos. Como Zaharia Stancu, flamante bolchevique tras salir indemne de las acusaciones derechistas vertidas sobre él por la prensa, que después de destrozar *Desde hace dos mil años* por ser de izquierdas te estrechó la mano y te pidió permiso para enviarte su libro. «No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo, yo Jehová», el rabino de Brăila, los bostezos de su infancia, el Levítico. Y Kipling: «Para que no olvidemos». Y el Eclesiastés: «Todo será olvidado». Linchamientos, ejecuciones retributivas, amnesia, justicia exprés, colaboracionismo. El único silencio válido era el de permanecer callado cuando no había nada que decir. Porque él carecía del gusto por la santidad, pensaba Mihail, sólo quería ser el

mismo hombre que había esperado la muerte del mundo al que creyó pertenecer. Ya que he decidido no participar en el asesinato de nadie, me condeno a un exilio permanente del que no volveré nunca: que otros hagan historia. Y si me marchó, querido Larry, no es tanto por consistencia ética ni rebeldía, sino por necesidad psicológica, para no ver cuando me miro al espejo mi propia incomodidad. ¿Se podía ser acaso escritor sin ser libre? ¿No era más probable volverse estéril si se quedaba que si se iba? ¿No era la tarea del escritor contemplar las cosas bajo su punto de vista y decir lo que consideraba que era cierto, obedeciendo a su instinto en vez de a lo que tocara o fuera preceptivo? Emigrar era una forma de renunciar a la lengua materna, una opción de hallar valor para hacer frente a la mayoría. Los alemanes permitieron que los rumanos robaran y los soviéticos, únicos vencedores sobre el fascismo y únicas víctimas según Zhdánov, que se quedaran con lo robado. Los soldados rusos estaban propinando palizas a inocentes para quitarles un reloj, para arrancarles el oro de los dientes, hubiera debido decirle a Andrei, violando a las mujeres a sabiendas que sus actos serían transigidos como «juegos de niños». Pero Pătrășcanu había acabado con las discriminaciones raciales y los mocetones soviéticos le habían traído a Mihail la libertad. Mas ¿cuántos legionarios estaban ingresando en el Partido? ¿No era ése el rostro del secretario, junto al conductor del camión? De la misma forma que las personas que se resisten a una tiranía por lo general se resisten a otra, quienes han colaborado con una también lo harán con la próxima. En contra de la ley fueron echados de sus casas, desterrados de sus lugares de nacimiento, despojados de cuanto poseían, llevados de aquí para allá involuntariamente. Y ahora: expulsiones drásticas, limpieza de clase en vez de étnica, venganza contra todo lo que oliera a alemán o a húngaro. Del colaboracionismo a la prueba de lealtad para con el ocupante. Presos políticos. En Ciuc o Târgu Jiu. Contrarrevolucionarios. Enemigos del pueblo. Conspiradores fascistas. Depuraciones judiciales. Todo tan arbitrario como para asegurarse el acatamiento. Vivi, estabas en lo cierto. Procesos por traición, por algo tan baladí como haber hecho una declaración íntima de inconformismo. Mientras la policía y los funcionarios implicados en las redadas y las deportaciones eran exculpados. Y los nuevos partícipes, que muchas veces eran los viejos con el entusiasmo renovado, con su relación extrañamente lejana respecto a lo que habían protagonizado. *Al odio de los verdugos no puede seguirle el odio de las víctimas*, borró también de su carta

a Bachman, *porque ésa sería la victoria más duradera del hitlerismo*. Pero ¿quiénes eran esas personas? ¿Hasta dónde llegaba su culpa? ¿Cómo se podían individualizar? ¿Cómo distinguir no ya si eran o no responsables, sino entre los diversos grados de implicación? ¿Cómo se gestionaba de manera racional la memoria? ¿En base a qué se escribiría el pasado si no había un solo indicio de sentido común por ningún sitio? ¿De dónde saldría un punto de encuentro, una pauta compartida, la fórmula de no matar a las víctimas dos veces? Contéstame, Andrei, ¿por qué se pasa la ideología por alto cuando resulta conveniente? El color rojo como antes el verde, el pardo. La mayoría de la población seguía sin ser comunista porque había sido mayoritariamente de derechas y antisemita, pero tanto la justicia natural como la historia personal debían supeditarse a la política. Su madre: «El que adelante no mira, atrás se queda». Bastaba con encarcelar al adversario y amañar las cifras para crear las nuevas unanimidades.

El viento frío de los Bucegi le acariciaba la cara. Y ese roce que llegaba del susurro del bosque, tranquilo como un pulso, lo conmovió hasta lo más hondo. La luz blanca contorneaba el paisaje cubierto de niebla y no pudo ni hablar. Las palabras ya no servían si lo que se quería era mirar el horizonte, como si lo contemplara por última vez, y fijar en la conciencia su misterio. Los mismos jóvenes que antes boicoteaban las clases de los profesores judíos, liberales o marxistas agredían ahora a los legionarios, como a aquel ayudante de Nae que le consiguió el ensayo sobre Shakespeare. «Seres nauseabundos de lo viejo que no termina de morir.» Y quizás él también se había hecho viejo, pensaba Mihail, pues no encontraba en la montaña la exuberancia de otro tiempo. Sin embargo ya no estaba dispuesto a evocarse a sí mismo con un aspecto más joven y un espíritu más impresionable. Sus ojos no se sorprendían y deleitaban como entonces, pero tampoco estaban cansados; si acaso se mostraban más tristes, como si arrastraran una soledad incurable: la querencia de ser un hombre y no una muestra de género. *Me gustaría conocer la legislación antisemita que podría anular en mi ser el hecho irrevocable de haber nacido en el Danubio y de amar esta tierra*. Miraba las laderas salpicadas de púrpura y azul y se decía que tendría que borrar las cicatrices, enfrentarse a la vida social sin que nadie notase sus heridas, tratar de no desilusionar a quienes creían en él. *A mi gusto judaico por las catástrofes íntimas, el río le ha opuesto el ejemplo de su real indiferencia. A mis*

complejidades internas le ha opuesto la simplicidad del paisaje. Y a la incertidumbre y a la inquietud les ha mostrado el juego efímero y eterno de las olas. ¿De verdad que no era esa cara la del ayudante de Ana Pauker? Lo que la censura debería prohibir era la propaganda obscena, a quienes carecían de corazón, a quienes como él ya no podían sentir (a Zoe le gustaban los helados, los bombones, las cosas dulces): había dejado de necesitar a las personas y ahora Mihail se daba cuenta de lo mucho que las echaba de menos. A veces Alice lo miraba como si aún lo estuviera esperando. Ninguno de los dos había conocido los compromisos que conllevaba el matrimonio, las preocupaciones y el amor que traían los hijos. ¿No le daba vergüenza estar triste?, le preguntó Andrei. Sobre todos los padecimientos y todas las decepciones, el único hecho determinante era que el año que terminaba le había devuelto la libertad. Pensaba en Poldy, en lo mucho que deseaba verlo de nuevo, un deseo en el que se fundían el resto de esperanzas, desatándole un ímpetu que despertaba de un largo sueño, incluso fuerzas que no conocía, el impulso secreto de no dejarse vencer nunca más, de desechar el presentimiento de que algo horrible estaba a punto de ocurrir otra vez y, ahora, con la cabeza tumbada sobre el asfalto, los árboles del bulevar se inclinan como para darle la bienvenida, las golondrinas que trazan sus curvas en el cielo sostienen la música de Schubert que no había sido capaz de recordar en el acantonamiento, *¿qué dice la profunda noche?*, como si celebrase la vida desde el otro lado, «creo, acepto, confío», transfigurando la misma belleza que le provoca la desazón de no querer abandonarla, convirtiendo cada vértigo en una afirmación que quiere dar las gracias sin peso, sin nombre, aunque no sepa a quién: sin llama ni noches en blanco ni grandes pasiones pero con convencimiento. Demasiada muerte, demasiadas sombras, demasiadas cenizas, escribir sobre un día cualquiera, sobre la necesidad de orden. Olvidar la poca paz y la poca concordia y el mucho odio.

Esa sonata de piano que fue la última que compuso Schubert transporta al territorio de la muerte pero luego gira e ilumina toda la experiencia vivida, la ebriedad y el deseo y la pompa y la juventud y el languidecimiento de todo, como una afirmación de su complejidad, con la mirada de los pintores que inventan su propia luz mediante la que ven o transforman el mundo. Es un sobrecogimiento hacia lo que es muy próximo, en el interior de uno pero

también en lo externo, algo que permanecerá siempre desconocido; una efusión de gratitud hacia lo valioso que hemos alcanzado o recibido; un remanso del arrepentimiento y la solicitud de perdón por el dolor que haya podido uno causar, voluntaria o involuntariamente; un trance que lo sacude del pasado, de la narcótica rutina de antes de la guerra, y lo hace ascender hacia una claridad inesperada, inmerecida, de pleno cotidiana y que nada tiene que ver con el sol. Por la acera pasaban parejas, pequeños grupos se habían detenido, un loro, unas medias secándose en el alféizar, una propulsión, el equilibrio de las cosas que llegan a su fondo. Y era emocionante ver a toda aquella gente parada de una forma tímida y discreta, respetuosa, armónica, absorta, reconcentrando toda la nobleza del sentimiento humano como si celebrasen una ceremonia que interrumpía la vida que se reanuda de un momento a otro, bajo los escombros de las palabras, como si no hubiera pasado nada, en cuanto la policía despeje el tráfico.

Que se pudiese desconectar la memoria a voluntad, que los recuerdos cejen en su acoso, reconocer a Dios únicamente en lo no realizado. Penetrar en la demora que había permanecido entre los ruidos lógicos y que sobresale a la luz de la conciencia, que es una pequeña linterna en las tinieblas desvelando un caos de imágenes coloridas. El agua de Balcic con una extraordinaria intensidad de azul no sólo hacia dentro, donde el terso viento la cubre con penachos de espuma, sino también cerca de la orilla. Los carrizos y la parra virgen de Brăila y los fresnos y robles de la montaña. Las sutilezas de Alice, las risotadas de Bachman, la amabilidad de Mouton, el abrazo de su padre, el cariño de Beno, las buenas noches de mamá. Olvidarlo todo menos eso. Las personas se parecen a lo que les rodea. La ventana se duele de su persiana; la puerta, de la cerradura; el ataúd, de su agonía. Un rostro que se hunde, pestañas cuneiformes. La jaula cae sobre los pájaros aturdidos. Y quienes sepan tendrán que ceder ante quienes apenas lo conozcan. En menos de un abrir y cerrar de ojos. El olvido como justicia y como perdón. La música como piedras blancas. Para que la hierba no se encoja. La mancha de tinta en la mesa no ha palidecido. Decir no, decir sí.

El 29 de mayo de 1945, en su casa de Cascais, Mircea Eliade escribió:

Me he enterado esta noche por Radio Rumanía de que Mihail

Sebastian murió ayer a las 12.30 a consecuencia de un accidente de circulación. La noticia me trastorna por lo absurdo de ella.

Mihail ha vivido, sin duda, una vida de perros en estos últimos cinco años. Escapó de las matanzas de enero del 41, de los campos de concentración de Antonescu, de los bombardeos americanos y de todo lo que siguió al golpe de Estado del 23 de agosto del 44.

Ha visto la caída de la Alemania hitleriana. ¡Y ha muerto en un accidente de circulación a los 38 años!

Me viene a la mente nuestra amistad. En mis sueños, era una de las dos o tres personas que me habrían hecho soportable Bucarest. Incluso durante mi clímax legionario lo sentí cerca. Su amistad significó muchísimo para mí. Contaba con esa amistad para volver a la vida y a la cultura rumanas. ¡Y ahora se ha ido aplastado por un camión! Con él también se va una buena parte, y muy hermosa, de mi juventud. Me siento también más solo. La mayoría de la gente a la que he querido está ahora más allá...

¡Adiós, Mihail!

GLOSARIO DE PERSONAJES REALES

Acterian, Haig: Poeta, escritor, dramaturgo y director teatral rumano de origen armenio (1904-1943). Fue el segundo marido de Marietta Sadova.

Aderca, Felix: Escritor judío considerado uno de los mayores representantes del modernismo rumano (1891-1962).

Antonescu, Ion: Mariscal del ejército y político rumano que gobernó dictatorialmente el país, desde septiembre de 1940 a agosto de 1944, en estrecha colaboración con la Alemania nazi. Antes había sido ministro de Defensa con Octavian Goga. Nació en 1882 y fue fusilado por crímenes de guerra en 1946.

Antonescu, Mihai: Abogado y político rumano que fue primer ministro adjunto y ministro de Asuntos Exteriores durante la dictadura de Ion Antonescu, del que era primo lejano y con quien fue ejecutado tras la guerra (1904-1946).

Barbu, Ion: Matemático y, sobre todo, uno de los mejores poetas rumanos del siglo XX (1895-1961).

Bibescu, Antoine: Aristócrata, diplomático y escritor rumano nacido en 1878 y fallecido en 1951. Hijo de un príncipe valaco y nieto por parte de madre de un primer ministro, se educó en París, donde conoció a grandes personalidades artísticas de la época y fue amigo íntimo de Marcel Proust. Contrajo matrimonio con Elizabeth Asquith, veintiún años menor que él.

Bibescu, Elizabeth: De soltera Asquith, adoptó el apellido de su marido tras casarse con Antoine Bibescu. Nacida en 1897, era hija de un primer ministro británico. Fue escritora, activista y dinamizadora de la alta sociedad. Murió en 1945.

Bibescu, Marthe: Escritora rumana y aristócrata por su matrimonio con el

príncipe George V. Bibescu. Nació en 1886 y murió en el exilio en 1973.

Blank, Aristide: Economista y hombre de negocios rumano nacido en 1883 y muerto en París en 1960.

Blank, Dorina: Actriz rumana (1902-1997), apellidada de soltera Heller, esposa de Aristide Blank.

Blecher, Max: Escritor judío (1909-1938), apodado «el Kafka rumano», que publicó en vida el poemario *Cuerpo transparente* y las novelas *Acontecimientos de la realidad inmediata* y *Corazones cicatrizados*. Póstumamente, vio la luz su tercera novela, *La guarida iluminada*.

Bogza, Geo: Poeta rumano (1908-1993), fue encarcelado por pornografía.

Branîşte, Tudor Teodorescu-: Escritor y periodista rumano. Criticó desde posiciones democráticas *Desde hace dos mil años*, pero luego se hizo amigo íntimo de Mihail Sebastian. Nació en 1899 y murió en 1969.

Brătianu, Gheorghe: Hijo del ex primer ministro Ionel Brătianu y próximo al rey Carol II, militó inicialmente, como era tradición en su familia, en el Partido Liberal para, más tarde, fundar un partido político propio situado mucho más a la derecha. En 1947 fue puesto en arresto domiciliario por las autoridades comunistas y murió tres años después en circunstancias desconocidas.

Brătianu, Ionel: Político rumano, líder del Partido Liberal, hijo de Ion Brătianu, hermano de Vintilă Brătianu y padre de Gheorghe Brătianu. Fue primer ministro durante cinco mandatos y ministro de Asuntos Exteriores en varias ocasiones. Nació en 1864 y murió en 1927.

Brătianu, Vintilă: Político rumano del Partido Liberal que desempeñó el cargo de primer ministro entre 1927 y 1928 (1867-1930).

Bujarin, Nikolái: Intelectual y político revolucionario ruso, integrante del círculo inicial leninista, víctima de las grandes purgas de Stalin tras un juicio farsa (1888-1938).

Caler, Leni: Actriz y cantante rumana, amante de Mihail Sebastian. Fue una de las figuras femeninas más conocidas en su país durante el periodo de entreguerras. De origen judío, sufrió las consecuencias de la legislación antisemita. En 1950 se exilió a Berlín. Nació en 1904 y murió en 1992.

Călinescu, Armand: Economista y político rumano, fue primer ministro desde marzo de 1939 hasta su muerte en septiembre del mismo año. Nació en 1893 y, en sus inicios, intentó afiliarse al Partido Liberal pero, ante el rechazo

de la familia Brătianu, acabó militando en el ala izquierdista del Partido Nacional Campesino. Partidario acérrimo de Francia e Inglaterra, se opuso a los movimientos fascistas y fue expulsado de su partido cuando aceptó la cartera de Interior en el gobierno de Octavian Goga. Continuó siendo ministro con el Frente de Renacimiento Nacional hasta su nombramiento como primer ministro.

Călinescu, George: Influyente crítico e historiador literario de la época, a la altura de Titu Maiorescu y Eugen Lovinescu, de orientación clasicista y personalidad enciclopédica (1899-1965).

Cantacuzino, Maruca: Esposa del príncipe Mihail G. Cantacuzino, mantuvo una relación extraconyugal con Nae Ionescu, a quien abandonó, tras la muerte de su marido, para casarse con el compositor George Enescu. Nació en 1878 y murió en 1969.

Capsali, Floria: Bailarina de ballet rumana (1900-1982), esposa del artista Mac Constantinescu.

Caragiale, Ion Luca: Uno de los mejores dramaturgos rumanos (1852-1912).

Carol II: Primer monarca rumano nacido en Rumanía. Debido a su carácter disoluto y mujeriego, renunció en un primer momento al trono para ocuparlo finalmente en 1930. Sus líos matrimoniales y su forma de gobernar corrupta y nepotista —rodeado de un grupo de financieros y periodistas de derechas al que se conocía como la «camarilla» del rey— no impidieron que nombrara gobiernos, a veces de forma caprichosa, hasta la supresión de los partidos políticos cuando proclamó el Frente de Renacimiento Nacional. Presionado siempre por la Guardia de Hierro, entregó el poder a Ion Antonescu a cambio de su abdicación. Murió exiliado en Portugal en 1953.

Cioran, Emil: Escritor y filósofo rumano que, tras su marcha a París, pasó a publicar su obra en francés. Valorado por su estilo irónico, aforístico y pesimista, renegó parcamente del pensamiento de su juventud. Vivió el resto de sus años de forma modesta en el Barrio Latino, donde recibió con frecuencia a amigos como Mircea Eliade, Eugène Ionesco, Samuel Beckett, Paul Celan o Fernando Savater. Nació en 1911 y murió en 1995.

Codreanu, Corneliu Zelea: Líder de la organización fascista y ultraortodoxa rumana Legión de San Miguel Arcángel y de su rama paramilitar, la Guardia de Hierro. Nació en 1899 y murió en 1938.

Comarnescu, Petru: Crítico literario, ensayista, periodista y dinamizador cultural, fundó, junto a Mircea Vulcănescu y Alexandru Christian Tell, el grupo Criterion. Especializado en la cultura estadounidense, su primera obra fue *Homo Americanus*. Nació en 1905 y falleció en 1970.

Condiescu, Nicolae M.: General rumano, presidente de la Sociedad de Escritores y familiar de Nina Mareş (1880-1939).

Constante, Lena: Diseñadora teatral e ilustradora, cercana al grupo Criterion y amiga de Lucreţiu Pătrăşcanu, tras el enfrentamiento de éste con Gheorghiu-Dej fue encarcelada durante doce años por el régimen comunista (1909-2005).

Constantinescu, Nicuşor: Dramaturgo y director teatral rumano fallecido en 1980.

Crainic, Nichifor: Teólogo, poeta, profesor de la Universidad de Bucarest y político de extrema derecha. Fue ministro de Propaganda con Ion Antonescu. Nació en 1889 y murió en 1972.

Cuza, A.C.: Profesor universitario y político ultranacionalista rumano (1857-1947). Tras separarse de la agrupación de Nicolae Iorga, se convirtió en el líder del Partido Nacional Cristiano, de tendencia antisemita y fascista. Carol II lo prefirió a él y a Octavian Goga para formar gobierno en 1937 a causa del carácter antimonárquico de la Guardia de Hierro.

Delavrancea, Cella: Pianista, escritora y profesora de música rumana (1887-1991). Estuvo tres veces casada, una de ellas con Aristide Blank, y fue amante de Nae Ionescu.

Devechi, Titu: Periodista rumano, amigo de Mihail Sebastian.

Duca, Ion G.: Primer ministro liberal en el invierno de 1933, fue asesinado por la Guardia de Hierro mientras ejercía el cargo debido a sus esfuerzos por oponerse al ascenso del fascismo.

Eftimiu, Victor: Escritor rumano, especialmente dramaturgo, que desempeñó varios cargos culturales a lo largo de su carrera (1889- 1972).

Eliade, Giza: Hija de Nina Mareş, adoptada legalmente por Mircea Eliade.

Eliade, Mircea: Nacido en Bucarest en 1906, está considerado uno de los más grandes orientalistas e historiadores de las religiones del mundo y el escritor rumano más importante del siglo XX. Su ingente obra abarca desde el ensayo académico hasta la literatura. Agregado cultural primero en Londres y

después en Lisboa durante la Segunda Guerra Mundial, no regresó jamás a Rumanía. Tras la muerte de Nina, se trasladó a París y terminó ejerciendo la docencia en la Universidad de Chicago, donde falleció en 1986.

Eminescu, Mihai: Poeta romántico tardío, calificado como la voz más importante de la literatura rumana y gloria nacional de las letras (1850-1889).

Enescu, George: Posiblemente el mayor compositor de música clásica que haya dado Rumanía. Nacido en 1881, su carrera estuvo muy vinculada a Francia, donde falleció en 1955.

Froda, Scarlat: Pareja de Leni Caler, fue director y promotor teatral, así como director de la revista *Rampa*.

Filderman, Wilhelm: Jurista rumano, presidente de la Unión de Comunidades Judías, que se desvivió por minimizar las políticas antisemitas de la época (1882-1963).

Gheorghiu-Dej, Gheorghe: Secretario general del Partido Comunista Rumano desde 1944 hasta su muerte, primer ministro desde 1952 hasta 1955 y presidente de la República a partir de 1961. Por su militancia sindical fue varias veces encarcelado antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando estuvo confinado en el campo de concentración de Târgu Jiu. Partidario de la línea dura y la estrecha colaboración con la Unión Soviética, a partir de la contienda controló el partido de manera férrea defenestrando a sus más directos competidores, como Ana Pauker o Lucrețiu Pătrășcanu. Nació en 1901 y murió en 1965. Su sustituto fue Nicolae Ceaușescu.

Goga, Octavian: Considerado el mayor poeta de su época; debido a sus simpatías por Alemania y su antisemitismo, decidió involucrarse en política uniéndose a A.C. Cuza y fue nombrado primer ministro en 1937. Nació en 1881 y falleció en 1938.

Groza, Petru: Político rumano, militante del ala izquierdista del Partido Nacional Campesino, fue primer ministro en sustitución de Nicolae Rădescu, por orden de Vyshinski, en el primer gobierno de posguerra controlado por el Partido Comunista. Durante su mandato, que duró hasta 1952, Miguel I fue obligado a abdicar para instaurar la República Popular. Nació en 1884 y murió en 1958.

Gulian, Emil: Poeta rumano (1907-1942).

Hechter, Beno: Hermano menor de Mihail Sebastian, encontró los nueve cuadernos que conformaban su *Diario* en el último domicilio del escritor.

Mantuvo en secreto este descubrimiento. En 1961 emigró a Israel pero no se atrevió a sacar los manuscritos del país y encargó a unos amigos que lo hicieran. Allí fueron fotocopiados y consintió la publicación de algunos de sus fragmentos. Beno se estableció finalmente en París y, tras su muerte ocurrida en 1990, su hija vendió los derechos del *Diario* que apareció en Rumanía en 1996.

Hechter, Clara: Madre de Mihail Sebastian.

Hechter, Mendel: Padre de Mihail Sebastian.

Hechter, Pierre (Poldy): Hermano mayor de Mihail Sebastian, emigrado a Sceaux (Francia) tiempo antes de que estallara la guerra (1905-1979).

Herescu, Nicolae I.: Erudito clásico, ensayista y poeta rumano, presidente de la Sociedad de Escritores y profesor universitario (1906-1961).

Hess, Rudolf: Jerarca nazi que voló en solitario a Escocia en mayo de 1941, burló las patrullas de la aviación británica y se lanzó en paracaídas, siendo entonces apresado. Las controversias sobre esta acción aún no han sido aclaradas, y no se sabe con exactitud si Hess era un emisario de paz de Hitler, si su propósito era contactar con las élites inglesas afines al nazismo, si perdió la cabeza o simplemente huyó de Alemania. Fue juzgado en Núremberg y condenado a cadena perpetua en 1946. Murió en 1987, a los 93 años.

Ionescu, Eugen (o Eugène Ionesco): Dramaturgo rumano en lengua francesa tras su emigración a París en 1938. Fue uno de los máximos exponentes del teatro del absurdo con obras como *El rinoceronte*. Elegido miembro de la Academia Francesa, nació en Slatina en 1909 y falleció en París en 1994.

Ionescu, Ghiță: Profesor de ciencia política y diplomático rumano (1913-1996). Huyó de Rumanía cuando el país cayó en la órbita soviética y ejerció la docencia en el Reino Unido, participando activamente en el Consejo Nacional Rumano del exilio.

Ionescu, Nicolae (Nae): Fue un periodista y filósofo, profesor de la Universidad de Bucarest, que apadrinó a la mayoría de los intelectuales rumanos integrantes de la llamada Generación del 27. Nació en 1890 y falleció en 1940.

Iorga, Nicolae: Importante historiador, profesor universitario, crítico literario, dramaturgo y poeta rumano nacido en 1871 y asesinado en 1940. Parlamentario y presidente de la Asamblea Nacional tras la Primera Guerra

Mundial, fundó el Partido Nacionalista Demócrata, de tendencia antisemita, y fue primer ministro entre 1931 y 1932.

Istrati, Panait: Escritor realista rumano, de origen griego, lengua francesa e ideas izquierdistas (1884-1935).

Lovinescu, Eugen: Posiblemente el mayor teórico literario rumano después de Titu Maiorescu, ejerció una gran influencia sobre la intelectualidad de su época (1881-1943).

Lupescu, Elena: Amante y posterior esposa de Carol II, de origen judío, por quien éste renunció en un principio al trono tras la muerte de su padre Fernando I. Nació en 1896 y murió en Estoril en 1977.

Malaxa, Nicolae: Conocido industrial rumano del periodo de entreguerras, actuó como mecenas literario y financió a partidos políticos como la Guardia de Hierro (1884-1965).

Maniu, Iuliu: Dirigente histórico del Partido Nacional Campesino, de centroizquierda. Ocupó el cargo de primer ministro en tres ocasiones. Participó en la conspiración que desembocó en la caída de Ion Antonescu y el cambio de bando de Rumanía en la Segunda Guerra Mundial. Partidario de los aliados, no estuvo conforme con las condiciones del armisticio firmado con la Unión Soviética y acabó sus días en prisión por sus desavenencias con el poder comunista. Nació en 1873 y falleció en 1953.

Mareş, Nina: Amiga de Mihail Sebastian, se casó con Mircea Eliade cuando ya tenía una hija, Giza, que fue adoptada por éste inmediatamente. Murió en Lisboa en 1944.

Marin, Vasile: Político e ideólogo fascista, perteneciente a la Guardia de Hierro, nació en 1904 y falleció en Majadahonda, en 1937, durante la Guerra Civil española.

Markévicht, Ígor: Director de orquesta y compositor nacido en Kiev en 1912. Emigró con su familia a Suiza en 1914 y falleció en Francia en 1983.

Miguel I: Hijo de Carol II, ocupó el trono antes que su padre, con tan solo seis años, cuando éste huyó del país con su amante Elena Lupescu. Con diecinueve años volvió a ser proclamado rey tras la abdicación de su padre. Estuvo en medio del golpe que derrocó a Antonescu y del subsiguiente cambio de bando de Rumanía en la Segunda Guerra Mundial. Fue obligado a abdicar en 1947, cuando el Partido Comunista proclamó la República Popular en estrecha colaboración con la Unión Soviética. Murió en Suiza, en 2017, a la

edad de noventa y seis años.

Mólotov, Viacheslav: Político y diplomático ruso que desempeñó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en dos ocasiones. Firmó con su homólogo alemán, Joachim von Ribbentrop, el tratado de no agresión germano-soviético que, entre otras finalidades, tenía la de repartirse Europa del Este en esferas de interés. A ese pacto de agosto de 1939 se le conoce también con el nombre de los dos ministros que lo rubricaron. Nació en 1890 y murió en 1986.

Morand, Paul: Diplomático, académico y prolífico escritor modernista francés, fue embajador de Vichy en Rumanía (1888- 1976).

Moța, Ion: Político y militar fascista rumano, perteneciente a la Guardia de Hierro, mano derecha de C. Z. Codreanu, nació en 1902 y falleció en 1937, junto a Vasile Marin, en la Guerra Civil española.

Noica, Constantin (Dinu): Relevante filósofo rumano (1909-1987). Tras la Segunda Guerra Mundial, fue represaliado por las autoridades comunistas.

Pauker, Ana: Apodada la «Pasionaria» rumana, fue una dirigente comunista que se convirtió en ministra de Asuntos Exteriores a finales de los años cuarenta, tras perder a su marido en las purgas estalinistas y pasar ella misma por la cárcel y el exilio. La versión oficial de la época sostenía que acusó a su esposo de trotskista, pero la posterior desclasificación de los archivos soviéticos ha confirmado que se negó a hacerlo en cada uno de los interrogatorios. Señalada por su origen judío primero y por su talante moderado más tarde, su enfrentamiento con Gheorghiu-Dej provocó su arresto en 1953 y su caída en el ostracismo hasta su muerte en 1960.

Pătrășcanu, Lucrețiu: Abogado, sociólogo y economista rumano (1900-1954). Fue el líder del Partido Comunista Rumano antes de la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, ministro de Justicia. En 1954 fue condenado a muerte por oponerse a las políticas estalinistas, acusado de nacionalista burgués y chovinista.

Petrescu, Camil: Considerado uno de los novelistas rumanos más importantes del siglo XX, fue también un reconocido dramaturgo y poeta. *El lecho de Procasto* es una de las mayores novelas rumanas de todos los tiempos. En 1947 fue elegido miembro de la Academia Rumana. Nació en 1894 en Bucarest y falleció en su ciudad natal en 1957.

Polihroniade, Mihail: Fue un historiador y periodista rumano perteneciente a la Generación del 27 que fomentó, entre otras publicaciones

ultraderechistas, la revista *Axă*. Nació en 1906 y murió en 1939.

Popovici, Lilly: Actriz rumana.

Rădescu, Nicolae: General del ejército rumano, fue el último primer ministro de Rumanía antes de la toma del poder por parte del Partido Comunista. Comenzó militando en la ultraderecha pero luego se convirtió en uno de los críticos más relevantes del mariscal Antonescu, por lo que fue internado en Târgu Jiu. Nació en 1874 y murió exiliado en Nueva York en 1953.

Ralea, Mihai: Sociólogo, editor de *Viața Românească* y político rumano que militó en el Partido Nacional Campesino y, más tarde, se convirtió en ministro de Trabajo del Frente del Renacimiento Nacional. Debido a su humanismo marxista, colaboró también con el poder comunista aunque de una forma ambigua. Murió en 1964.

Rareș, Marietta: Actriz rumana (1896-1993).

Rebreanu, Liviu: Novelista rumano (1885-1944).

Ribbentrop, Joachim von: Político y militar nazi, era ministro de Asuntos Exteriores cuando firmó en agosto de 1939 con su homólogo ruso, Viacheslav Mólotov, el pacto de no agresión germano-soviético. Nació en 1893 y murió en 1946 tras ser condenado a la pena capital en los Juicios de Núremberg.

Ricci, Zoe: Pintora rumana, novia de Mihail Sebastian.

Roman, Sacha: Abogado bucarestino en cuyo bufete trabajó Mihail Sebastian.

Rossetti, Alexandru: Reconocido filólogo y editor, profesor de la Facultad de Letras de Bucarest y miembro de la Academia Rumana (1895-1990). En la época de la novela era director de la editorial y la revista de las Fundaciones Reales.

Sadova, Marietta: Actriz rumana y dramaturga del Teatro Nacional (1897-1981). Formó parte del grupo de mujeres que participaron en las conferencias del grupo Criterion. Fue esposa de los escritores Ion Marin Sadoveanu y Haig Acterian.

Seni, Cella: Escritora rumana, amiga de Sebastian.

Sică: Promotor teatral.

Sima, Horia: Político fascista rumano, sucedió a Codreanu al frente de la Guardia de Hierro. Nació en 1907 y murió en España, donde se instaló

acogido por el régimen de Franco, en 1993.

Stancu, Zaharia: Periodista y escritor rumano, fue uno de los más feroces críticos tanto de Criterion como de la novela de Sebastian *Desde hace dos mil años*. Con las autoridades comunistas en el poder, se convirtió en director del Teatro Nacional, miembro de la Academia Rumana y presidente de la Unión de Escritores. Falleció en 1974.

Stefanescu, Mircea: Dramaturgo rumano (1898-1982).

Sterian, Paul: Poeta y alto funcionario rumano (1904-1984). Perteneciente al círculo Criterion, tras la guerra dirigió una fábrica textil y, con la llegada de los comunistas, trabajó como contable y jornalero. En los años cincuenta pasó temporadas en prisión.

Tătărescu, Gheorghe: Político rumano, dos veces primer ministro, tres ministro de Exteriores y una de Defensa. Comenzó su carrera al lado de Duca, en el Partido Liberal, pero poco a poco fue adoptando posturas cada vez más ambiguas hasta jugar un papel crucial en el Frente de Renacimiento Nacional. Tras ser expulsado de su partido intentó un acercamiento al Partido Comunista, que acabó encarcelándolo cuando llegó al poder. Nació en 1886 y falleció en 1957.

Theodorian, Alice: Amiga de Mihail Sebastian.

Titulescu, Nicolae: Conocido diplomático y político liberal, fue ministro de Asuntos Exteriores y representante rumano de la Sociedad de Naciones. En 1936 Carol II lo cesó de todos sus cargos y lo obligó a dejar el país. Murió en Cannes, en 1941, a la edad de cincuenta y nueve años.

Tzopa, Sorana: Actriz rumana, novia de Mircea Eliade.

Vishinski, Andrei: Jurista y diplomático soviético (1883-1954). Fue ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética entre 1949 y 1953, después de actuar como vicecomisario del Pueblo en el extranjero y encargarse del control de países satélites surgidos tras la guerra como los estados bálticos o Rumanía.

Vișoianu, Constantin (Vivi): Jurista, político y diplomático rumano. Fue delegado de la Sociedad de Naciones y participó tanto en la Conferencia de Desarme de principios de los años treinta como en las negociaciones de paz con la URSS tras la guerra. Entre otros cargos, desempeñó el de embajador en La Haya y Varsovia, así como el de ministro de Asuntos Exteriores desde noviembre de 1944 hasta marzo de 1945. Forzado a huir tras el ascenso al

poder del Partido Comunista, presidió el Comité Nacional Rumano en el exilio. Nació en 1897 y murió en 1994.

Von Killinger, Manfred Freiherr: Militar y político nazi, fue embajador de Alemania en Rumanía hasta el golpe de Estado que derrocó a Antonescu, en 1944, cuando se suicidó por miedo a la reacción de Hitler.

Vulcănescu, Mircea: Filósofo, economista, profesor de ética y sociólogo rumano (1904-1952), miembro de la Generación del 27 y el grupo Criterion, fue subsecretario del Ministerio de Finanzas entre 1941 y 1944, arrestado en 1946 y condenado como criminal de guerra.

Zhdánov, Andréi: Político soviético (1896-1948). Consuegro de Stalin, organizó el Kominform, para coordinar los partidos comunistas de Europa. Férreo defensor del realismo socialista, en su afán por controlar las producciones culturales de la órbita soviética fue conocido por sus ataques a artistas como Shostakóvich o Eisenstein, así como por dictar que las únicas víctimas de los nazis fueron las rusas soslayando las judías.

Zilber, Belu: Amigo de Mihail Sebastian, de origen judío, y miembro de Criterion. Su temprana militancia en el Partido Comunista le hizo llevar una vida convulsa, perseguido tanto por los gobiernos antisemitas rumanos previos a la guerra como, años después, por sus propios correligionarios.

Zissu, A. L.: Escritor, promotor cultural e industrial judío, teórico del sionismo y portavoz de la comunidad judía rumana bajo el régimen de Antonescu. Nació en 1888 y, arrestado y torturado por el gobierno comunista, murió en 1956, poco después de lograr por fin emigrar a Israel.

NOTA DEL AUTOR

De entre los libros, páginas de internet y artículos consultados para escribir esta novela, hay algunas referencias ineludibles. La más importante sin duda es el *Diario (1935-1944)* del propio Mihail Sebastian, publicado en España por Destino en 2003, con traducción, prólogo y notas de Joaquín Garrigós, que es la persona que más ha hecho por difundir la literatura rumana en castellano. Hasta tal punto es así, que muchas de las palabras que aparecen en este libro son más suyas que mías. Joaquín Garrigós es además el traductor de las novelas de Sebastian *El accidente* (Destino, 2003), *La ciudad de las acacias* (Pre-Textos, 2008) y *Desde hace dos mil años* (Aletheia, 2008), que contiene un prólogo muy esclarecedor de Norman Manea; mientras que la traducción de *Mujeres* (Impedimenta, 2008) es de Marian Ochoa de Eribe. El resto de la obra de Mihail Sebastian no está traducida que yo sepa al español y las ediciones que he manejado de su teatro completo y sus crónicas periodísticas han sido dos publicaciones francesas: *Théâtre* y *Promenades parisiennes*, editadas ambas por L'Herne en 2007. Para *Cum am devenit huligan*, sin embargo, tuve que acudir a la versión original en rumano que Cristina Tanase tradujo para mí.

Por otra parte, en la edición de Círculo de Lectores del *Diario* de Sebastian aparecía una introducción de Antonio Muñoz Molina titulada «El fugitivo inmóvil» en la que, de modo parcial, estaba la semilla de esta novela. Igualmente reveladores fueron los ensayos de Norman Manea «Felix culpa» e «Incompatibilidades», traducidos también por Joaquín Garrigós dentro del volumen *Payasos. El dictador y el artista* (Tusquets, 2006). Una especie de refutación de las tesis que sostiene Manea —a la vez que un rastreo de las relaciones que mantuvieron Sebastian, Mircea Eliade y Nina Mareş— es el artículo «Mircea Eliade y Mihail Sebastian: dos descripciones de una amistad

y sus interpretaciones», de Mac Linscott Ricketts, biógrafo de Eliade, que apareció en el número 28 de la revista *Empireuma* (otoño de 2002). Manea, por su parte, habla de nuevo sobre los dos escritores en su autobiografía novelada *El regreso del húligan* (Tusquets, 2005); y de Ana Pauker, en *La quinta imposibilidad* (Galaxia Gutenberg, 2015). Pero para conocer la versión de los hechos desde el punto de vista de Eliade, quizás sea necesario leer sus dos libros de memorias —*Las promesas del equinoccio* (Taurus, 1982) y *Les moissons du solstice* (Gallimard, 1988)—, su *Diario portugués (1941-1945)* (Kairós, 2001) y, en el plano de la ficción, *Los jóvenes bárbaros* (Pre-Textos, 1998), estos dos últimos títulos traducidos una vez más por Joaquín Garrigós. El estudio de Francisco Veiga *La mística del ultranacionalismo (Historia de la Guardia de Hierro), Rumanía, 1919-1941*, publicado por la Universitat Autònoma de Barcelona en 1989, me fue imprescindible para comprender el contexto de la época. Asimismo, los ensayos de Marta Petreu sobre Cioran y el vínculo que mantuvo Mihail Sebastian con Nae Ionescu indagan con resultado desigual en la propagación del pensamiento fascista entre la *intelligentsia* bucarestina de los años treinta: hablo de *An Infamous Past. E. M. Cioran and the Rise of Fascism in Romania* (Ivan R. Dee, 2005) y del artículo publicado en *România literară* en 2008 «Diavolul si ucenicul sau: Nae Ionescu - Mihail Sebastian», origen de su posterior libro homónimo. *The Holocaust in Romania* (Ivan R. Dee, 2000), de Radu Ioanid, es un estudio exhaustivo sobre las atrocidades antisemitas cometidas por el régimen de Ion Antonescu. Por último, puede que Sebastian nunca habría visto al salir de un restaurante la imagen de Dios expulsando del paraíso a Adán y Eva, si Óscar Esquivias —que fue también quien me descubrió los cuadros de Sabin Popp, entre otras sugerencias— no me hubiese enviado una postal en la que aparece esa escena recreada por Picu Pătruț.

Con cada una de las personas arriba mencionadas estoy en deuda, así como con los empleados de la hemeroteca de la Biblioteca Central Universitaria de Bucarest y del Museo Judío de Ámsterdam, con Ioana Gruia, Dorina Vasile, Rosario Izquierdo Chaparro, Fran G. Matute, Daniel Ruiz, Antonio Rivero Taravillo y, en especial, Sara Mesa. A todas ellas: mi gratitud y reconocimiento.

C.V.